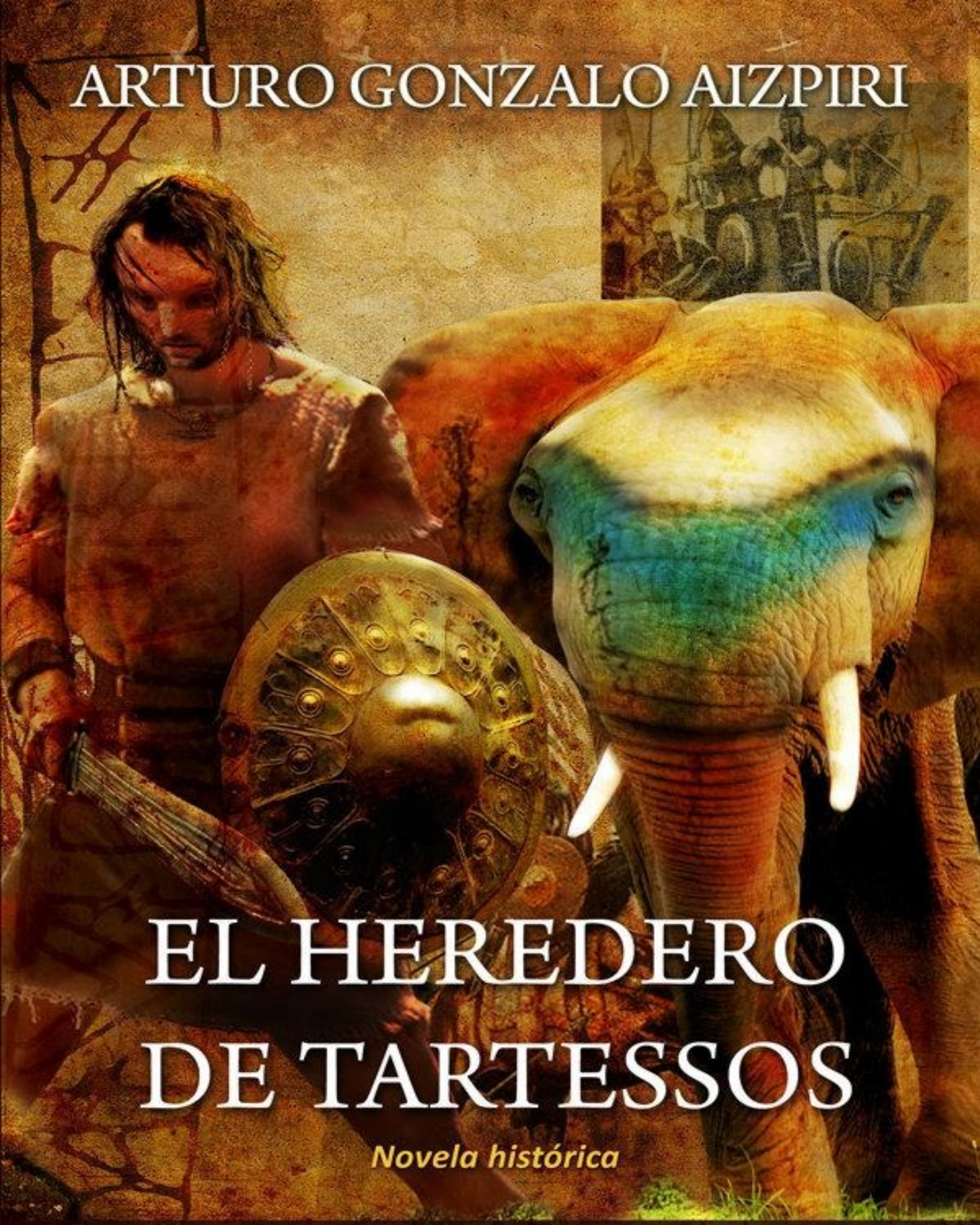
ARTURO GONZALO AIZPIRI



EL HEREDERO DE TARTESSOS

Novela histórica

Lectulandia

Una tarde de comienzos de verano, junto a un cruce de caminos en el corazón de los montes ólcades, un joven celtíbero es testigo de un combate entre soldados cartagineses y guerreros oretanos. El celtíbero se ve impulsado a tomar partido, y esa decisión lo conducirá a conocer aspectos insospechados de su propio pasado y a jugar un papel protagonista en los trascendentales acontecimientos que están a punto de cambiar el destino de Ispania. La huella del legendario reino de Tartessos, el avance irresistible de Amílcar Barca por elvalle del Betis y la resistencia desesperada de la ciudad íbera de Hélike, se entrelazan en un fascinante fresco histórico, que recrea aquel tiempo en que las serranías del interior de la península ibérica se convirtieron de pronto en el escenario decisivo de la lucha por el poder en el mundo antiguo.

Arturo Gonzalo Aizpiri

El heredero de Tartessos

Trilogía de Aníbal - 1

ePub r1.0
Titivillus 25.10.2021

Arturo Gonzalo Aizpiri, 2012
Ilustraciones: Dionisio Álvarez
Diseño de cubierta: Sandra Delgado

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Ángela, por no dejar de inspirarme nuevos sueños y recorrer media España conmigo tras los pasos de Gerión y de Anglea. La vida a tu lado es la aventura más hermosa que se pueda imaginar.

PRÓLOGO DE UN LECTOR ASOMBRADO

Tal vez no resulte razonable, ni cortés, comenzar el prólogo de una novela histórica diciendo que no soy lector habitual de este género literario, tan pujante en nuestro país. Pero así es. Por mi condición profesional de arqueólogo e historiador paso la mayor parte de mi tiempo trabajando en estudios históricos, así que suelo emplear mis ratos libres en otras lecturas de ficción.

Siendo así, el lector se preguntará el porqué de este prólogo e, incluso, por los méritos de este prologuista. Debo señalar que son numerosas las afinidades que me unen al autor, y, singularmente, una de ellas es el interés por el medio ambiente. En efecto. Arturo Gonzalo Aizpiri ha sido uno de nuestros más comprometidos y eficaces gestores, tanto en la Comunidad de Madrid como en el gobierno español, de los asuntos medioambientales. Ambos hemos tenido ocasión de colaborar en proyectos como la defensa del valle del Lozoya frente al intento, finalmente frustrado, de atravesarlo en superficie por la línea férrea del AVE Madrid-Valladolid.

Por eso no me llamó la atención que quisiera visitar las excavaciones arqueo-paleontológicas que, junto a los catedráticos Juan Luis Arsuaga y Alfredo Pérez-González, dirijo en Pinilla del Valle, en la sierra madrileña. Fue en el curso de esa visita cuando descubrimos nuestro común interés por los pueblos celtibéricos, y cuando Arturo me explicó el proyecto de su novela y recabó mi opinión. Debo decir que Arturo también se interesó por conocer a Dionisio Álvarez, un magnífico ilustrador, habitual colaborador mío, que tristemente murió pocas semanas después. Me congratula que la portada de este libro incluya un homenaje a Dionisio.

Inicié la lectura más atento al gazapo histórico o arqueológico que a la propia trama, pues pensé que se requería de mí más como supervisor arqueológico que como crítico literario, y pronto me vi sorprendido por la abundante documentación histórica y las fuentes clásicas que Arturo Gonzalo Aizpiri ha tenido que manejar para encajar los sucesos en la Iberia prerromana. Los hechos históricos, el paisaje natural y antropizado, las costumbres de nuestros antepasados, todo está perfectamente aquilatado y no hay errores en la reconstrucción de las diferentes escenas. Visto con los ojos de un arqueólogo, esto resulta muy llamativo y meritorio.

Reconstruir el pasado de una forma veraz es el objetivo principal de los historiadores. Los arqueólogos nos centramos en la vida cotidiana de los humanos, con especial énfasis en su evolución tecnológica. La llamada nueva arqueología y también la arqueología postprocesual se centran en la reconstrucción de la vida humana intentando descifrar algo que no fosiliza, pero sí deja huella, como son los sentimiento de las personas.

Me viene a la memoria mi primera colaboración en un yacimiento paleolítico, en la cueva de Tito Bustillo (Ribadesella. Asturias, 1977). El director de aquella excavación, el catedrático Alfonso Moure, me decía, mientras excavábamos un hogar magdaleniense, que nuestro objetivo no era tanto saber cómo era aquel hogar, sino qué pasó en él, para así poder reconstruir la vida diaria de un magdaleniense. No puedo estar más de acuerdo con aquella idea. Descubrir los sentimientos y aun los sueños de nuestros antepasados es la utopía de cualquier arqueólogo. Pero no es fácil. A veces el temor a la crítica nos lleva a ser excesivamente cautos e incluso pusilánimes. Solo algunos más valientes, a veces temerarios, se atreven a emitir propuestas no demostradas con evidencias científicas pero que nos abren nuevos caminos para la investigación. Y en ocasiones son aficionados o literatos quienes, sin temor a la crítica disciplinar, nos proponen alternativas no exploradas.

Esto es lo que me ha sucedido con la novela que tienes entre las manos, amable lector. Como he dicho, las primeras páginas las leí con ojos de arqueólogo, pero esa actitud tornó a las pocas páginas. Rápidamente los personajes, sus relaciones, sentimientos y sueños me atrajeron mucho más que los aspectos formales. La novela está muy bien escrita, pero lo que me cautivaba era la fuerza de las escenas. Y por mis trabajos en los yacimientos celtibéricos de Numancia y Tiermes en Soria, y el Llano de la Horca en la localidad madrileña de Santorcaz, he tenido la ocasión de recrear numerosas escenas de este mundo prerromano.

Conocer el comportamiento de los diferentes pueblos que habitan la meseta ibérica cuando llegan a ella cartagineses y romanos es uno de los temas más atractivos, en mi opinión, de la arqueología española. Desde que el historiador alemán Adolf Schulten recopilara las Fontes hispaniae antiquae (que continúan el trabajo previo de Miguel Cortés y López en su Diccionario geográfico-histórico de la España Antigua, publicado en 1835 y 1836), todos cuantos hemos bebido en ellas hemos precisado contrastarlas con la información arqueológica de los yacimientos. En los años sesenta combinábamos la lectura de La Península Ibérica en los comienzos de su historia, de García-Bellido, con Los pueblos de España, de Caro Baroja, para tener una visión de conjunto. A finales del siglo pasado muchos autores, como Almagro Gorbea, Bendala, Burillo, Arturo Ruiz o Ruiz-Zapatero, escriben síntesis que combinan y contrastan las fuentes escritas con las arqueológicas. Y cada cierto tiempo aparecen manuales que actualizan nuestros conocimientos. Me atrevo a recomendar el más reciente de ellos, De Iberia a Híspania, coordinado por Francisco Gracia Álamo y editado a finales del 2008, para completar la bibliografía que Gonzalo Aizpiri incluye al final de su novela.

En este, la narración está centrada en el enfrentamiento entre las tropas de Aníbal y los indígenas del interior de la península ibérica. Sobre estos, la denominación de celtíberos tal vez sea la más adecuada, pero dependiendo de a qué autores sigamos, la Celtiberia incluirá o no a grupos como ólcades y vettones (además, siempre, de arévacos, pelendones, belos, tittos y lusones), y las fronteras inestables entre ellos se situarán en un punto u otro.

La resistencia indígena frente al cartaginés invasor no solo es el telón de fondo del relato, sino algo, en mi opinión, mucho más importante: la expresión de los más nobles sentimientos. En una sociedad como la nuestra, en la que los llamados valores son tan poco valorados, cabe tomar esta novela como una invitación a compartir sentimientos como la amistad, la lealtad, la generosidad, el compromiso, la honradez, el respeto a la naturaleza.

Recibamos, pues, esta primera novela de Arturo Gonzalo Aizpiri como una invitación a reflexionar sobre la evolución de la condición humana y, si aún es tiempo, a recuperar lo mejor de nosotros mismos.

Enrique BAQUEDANO.
Arqueólogo.
Director del Museo Arqueológico Regional
de la Comunidad de Madrid.

AGRADECIMIENTOS

Cuando uno tarda cuatro largos años en escribir su primera novela corre el riesgo de que quienes lo rodean acaben por perder la fe o la paciencia, o ambas cosas. Si no ha sido así es porque Ángela, mis hijos Lara y Víctor, mis padres y hermanos, y ese guipo de maravillosos canallas que tengo por amigos, son incondicionales en el amor y la indulgencia. A todos os estoy inmensamente agradecido por esto y, sobre todo, por todo lo demás.

Algunos de ellos, además, leyeron el manuscrito y me hicieron observaciones y comentarios muy valiosos. Gracias, por ello, a mi padre, Ángela y Lara, Jaime y Elena, Javier, Julio, Ángel y Maena, Gema y Juan. Aurora y Alejandro. Juan Pedro de Gaspar dedicó su inmenso talento y muchas horas de su tiempo a que esta novela tuviera un diseño gráfico que me parece insuperable; mi gratitud hacia él no tiene límite. Su portada incluye, a modo de homenaje, un pequeño fragmento de un trabajo de Dionisio Álvarez Cueto, uno de los grandes nombres de la ilustración histórica española, recientemente fallecido. Gracias también a Enrique Baquedano; es todo un honor haber contado con su sabiduría y amistad. Y. cómo no, a Alberto Santos, mi editor y amigo, a quien corresponde una gran parte del mérito de que este proyecto se haya convertido en realidad.

Y vaya también mi reconocimiento a todos aquellos historiadores, arqueólogos, conservadores de museos y aficionados que perseveran en investigar los rincones peor iluminados de nuestra historia. No se me ocurre mejor homenaje que el intento de sembrar en otros, aunque sea con esta novela llena de licencias y deslices, la inquietud por conocer mejor aquel tiempo en que comenzó a fraguarse lo que somos.

Pélendonés
Arévacos
Bélos
Fitos
Olcadés
Contrébiá
Cárbica
Cirmo
Cárpétanos
Orétanos
Hélike
Rástulo
Curris
Ipolka
Cármo
Gádir
Abdéra
Mar de Lévante
Ispániá SIII ác

Celtiberi, id est robur Spaniae
(Celtiberos, son la fortaleza de España)

LUCIO ANNO FLORO

PRIMERA PARTE

VOCES DE AGUA Y FUEGO

CAPÍTULO I

País de los ólcades (Celtiberia).
Año 229 a. de C.

Dejó caer sus armas en el suelo alfombrado de helechos y se recostó contra el tronco de un gran pino, muy cerca de las escarpaduras de arenisca que descendían desde las alturas de la sierra. Había estado recorriendo ese monte durante toda la tarde, tratando de encontrar huellas entre los macizos de zarzas, jaras y retamas, dando vueltas y más vueltas por aquel laberinto de piedra, agua y vegetación espesa. Comenzaba a atardecer y sintió que el desánimo le caía encima como una bofetada. «¿Seré capaz de encontrar mi presa?», se dijo. Habían pasado ya dieciséis días desde su partida de la aldea y comenzaba a preguntarse si regresaría con las manos vacías, incapaz de demostrar su hombría a toda la tribu. «No volveré si no es con el trofeo; prefiero que todos piensen que he muerto a la vergüenza de entregar las armas». Acarició la espada de hierro, el pequeño escudo circular de madera con refuerzos de bronce, el largo arco y la jabalina cuya asta había fabricado con sus propias manos; pensó en las horas innumerables que había empleado lijando y templando al fuego las ramas elegidas cuidadosamente.

Había decidido dedicarse a buscar un jabalí; hacía años que no tenían enfrentamientos con las aldeas vecinas y en esta época del año los lobos contaban con bastantes presas en los altos páramos como para acercarse a las tierras de los hombres. Pero el caso es que si no conseguía regresar antes del plenilunio con una cabeza de jabalí, lobo o enemigo, perdería toda oportunidad de convertirse en un guerrero y tendría que pasar el resto de su vida cultivando los campos y pastoreando los rebaños como un siervo, sin derecho siquiera a participar en la asamblea de la tribu. De modo que le quedaban solo dos días. Había encontrado muchos de esos lugares donde los jabalíes se arrancan los parásitos revolviéndose en el fango y frotando la piel contra los árboles, y había conseguido lanzar la jabalina contra un gran macho que había cargado contra él, pero no solo no logró cobrar su pieza, sino que aun escapó a duras penas, con la huella de los colmillos del animal marcada profundamente en el muslo. Y es que la jabalina nunca había sido su fuerte.

En cambio, era un arquero excelente, pero ninguna de las bestias se había estado quieta el tiempo suficiente para permitirle hacer blanco en las escasas partes vulnerables de su correosa piel.

Además, tenía hambre. La búsqueda del jabalí le había obsesionado de tal modo que había dejado de rastrear otras piezas menores para poder comer carne, y subsistía a base de bellotas y algún que otro lagarto que había encontrado adormecido por el calor del sol. Bebió agua y sintió que la fatiga le cerraba lentamente los párpados.

Se sobresaltó de pronto y abrió los ojos; debía de haber dormido un buen rato, porque la luz empezaba a ser incierta entre los árboles. Escuchó de inmediato el sonido que lo había despertado. Entre el aire inmóvil del bosque llegaba el rumor lejano de una batalla: metales, gritos de hombres y piafar de caballos. Se levantó de un salto, alerta como un gato, y avanzó cauteloso entre pinos, robles y sabinas hasta que desde un promontorio pudo contemplar el camino que transcurría por una ancha vaguada entre los montes, junto al río Sucro[1]. No pudo evitar una exclamación:

—¡Cartagineses!

En el centro de una densa nube de polvo combatía un grupo de jinetes. Dos hombres se defendían desesperadamente de cuatro soldados con uniforme de cuero y lienzo rojo, algunos más yacían en el suelo. Aunque nunca antes los había visto, sabía que los atacantes eran cartagineses, porque en los fuegos de las aldeas no se hablaba de otra cosa desde hacía varias lunas. Después de muchas estaciones de ausencia, habían vuelto aquellos púnicos sanguinarios y las tribus de Ispania iban cayendo una a una bajo su dominio. «¡Cartagineses a las mismas puertas del país de los ólcades! ¡Nadie pensó que estarían tan cerca. Tengo que ir a la aldea a dar el aviso!», pensó, tratando de identificar el origen de los dos hombres que aún resistían. Eran íberos, desde luego, con sus falcatas de hierro, la túnica corta y las altas botas, la capa y el casquete de cuero. «Probablemente oretanos», se dijo, y un instante después el que parecía más joven de ellos gritó algo y atacó con furia, mientras el otro salía al galope hacia el bosque, tomando una dirección que le haría pasar muy cerca de donde se encontraba observando el muchacho.

El cartaginés que parecía ser el jefe del grupo, con un mechón de plumas coronando el casco, dio una cortante orden y dos de sus hombres saltaron en persecución del fugitivo. Uno de ellos aminoró la marcha para tensar el arco y lanzar una flecha silbando entre los troncos que un momento después impactó con un sordo crujido en la espalda del oretano. Este se desplomó sobre el cuello de su caballo y aferrándose a él lo espoleó para adentrarse en el bosque

cada vez más sombrío. El muchacho se sintió invadido a un tiempo de temor y de júbilo. «¡Esta es mi oportunidad, aquí tengo la presa que necesito!». Sacó dos flechas de la bolsa de piel que colgaba de su espalda y apuntó cuidadosamente al claro por el que en ese momento veía pasar al oretano. Esperó escuchando el palpitar furioso de su pecho hasta que apareció en el claro el primero de los cartagineses; la expresión triunfante del rostro del púnico se congeló en una mueca de agonía cuando una flecha le atravesó el cuello. El segundo jinete perseguidor salió de los árboles justo a tiempo de ver caer a su compañero, y tensó su propio arco buscando al atacante a su alrededor. Tal vez viera llegar la segunda flecha, porque se le clavó exactamente entre los ojos.

El muchacho corrió exultante colina abajo, hacia donde yacían los púnicos en un charco de sangre que se extendía lentamente sobre las hojas secas. Sabía que no tenía un minuto que perder. «¡Por Cosus, lo he conseguido, mi primera salida y mato ni más ni menos que a dos cartagineses!», se gritó en silencio, incapaz de creer lo que estaba ocurriendo. Desde el camino llegó un aullido de muerte y lamentó no haberse parado a ver cómo transcurría la lucha antes de abandonar su escondite, pero ya no podía volver atrás. Llegando al claro, desenfundó su espada y de sendos golpes a doble mano cortó las cabezas a los caídos, y corrió con ellas siguiendo el rastro del caballo oretano.

No tardó en encontrarlo. El caballo, un alazán espléndido, probablemente del bajo Betis[2], permanecía inmóvil al pie de un roble inmenso. El animal miró al recién llegado con líquidos ojos inquietos, dilatando los ollares por el reciente esfuerzo. Tal vez se preguntara si era una amenaza el joven que ahora se aproximaba con movimientos suaves, desgranando un murmullo amistoso y tranquilizador mientras sostenía una cabeza ensangrentada en cada mano.

—Tranquilo, caballo, aquí traigo a los asesinos de tu amo, no tengas temor de mí.

No dejó de observar al jinete mientras tanto; parecía muerto, con el rostro enterrado en la crin y la flecha brotando vertical de la espalda como un estandarte. Al llegar junto a él advirtió un movimiento y se detuvo en seco, dejó caer sus trofeos y desenfundó la espada. El oretano giró la cabeza poco a poco y gimió roncamente. El joven se quedó paralizado, observando su rostro exangüe: era un hombre de unos cuarenta y cinco años, casi anciano, con la cabellera y la barba encanecidas y facciones meridionales. Supo que debía matarlo de inmediato y escapar con su caballo; si, como temía, la victoria en el camino había sido de los cartagineses, estarían ya adentrándose en el

bosque tras él, a pesar de la noche que se cerraba rápidamente. «Lo siento, íbero, tú no eres mi enemigo, pero el peligro para mí sería aún mayor si les dices que ha sido un hombre solo quien ha matado a sus compañeros», pensó mientras alzaba la espada.

En ese instante, el hombre abrió los ojos y los clavó fijamente en el rostro del joven, con expresión angustiada y demente. Bajó la mirada y una sola palabra se le rompió en los labios antes de desvanecerse de nuevo:

—¡¡Tartessos!!

CAPÍTULO II

«¿TARTESSOS? ¿Habré entendido bien? ¿Cómo puede este hombre saber nada de eso?». El joven se sacudió el estupor con una creciente sensación de peligro y, cambiando de intención, recuperó las cabezas de los púnicos, saltó a la grupa del caballo tras el herido y suspiró aliviado cuando vio que el animal respondía a la presión de sus talones y se encaminaba mansamente hacia el oeste.

Un rugido de ira le reveló que sus víctimas habían sido halladas. «Ya resolveremos los enigmas más tarde, si es que consigo salvar el cuello. Ahora debo hacerles perder el rastro». No tardó en alcanzar un arroyo por cuyo cauce condujo al caballo pendiente arriba, atento a cualquier señal que le hiciera saberse perseguido, pero durante largo rato no escuchó otro sonido que el amortiguado chapoteo de los cascos del alazán entre las piedras y el rumor del agua.

Llegó al fin a un punto en que el arroyo cambiaba bruscamente de curso, obligado por una pared vertical de arenisca que retrocedía en su base formando el profundo abrigo en que había pasado las últimas noches; pudo oler las cenizas del fuego que le había ayudado a mantener a raya a las criaturas del bosque. Guardó silencio tratando de percibir algún signo de peligro. Se echó el herido al hombro y lo tendió boca abajo en el lecho de arena del refugio, ató después la brida del caballo a un pino junto a la entrada. «Ahora la espalda», se dijo arrodillándose junto al íbero. A la luz mortecina del anochecer comprobó que el impacto había sido amortiguado en gran medida por el manto de piel, y la flecha había tocado hueso después. «Has tenido suerte», murmuró mientras la extraía de un tirón. La herida empezó a sangrar copiosamente empapando la espalda del herido. La lavó con agua del arroyo y la propia capa del oretano, lamentando no tener un lienzo limpio. Cuando terminó, comió un puñado de bellotas y repasó mentalmente los acontecimientos de aquella tarde, congratulándose de su buena suerte.

Sintió que le inundaba toda la fatiga del día; un momento después dormía tendido a un paso del oretano.

Al despertar se le vinieron encima en tropel los acontecimientos de la jornada anterior; se irguió y miró hacia la entrada del abrigo temiendo ver a los

cartagineses avanzando hacia él. Pero no había nadie, tan solo el caballo, que le observaba impertérrito, recortándose contra el alba. Sabía que habría debido mantenerse en vela, pero se había sentido tan exhausto que no pudo hacer otra cosa que abandonarse a la protección de la fortuna. Extendió el brazo y sonrió al comprobar que el cuerpo del oretano estaba aún caliente. Vivía. «Vivimos los dos, tengo dos cabezas púnicas y un caballo. Y un montón de preguntas esperando respuesta. Vamos allá, antes de que nos encuentren». Se acercó al arroyo y bebió a grandes tragos el agua fría del monte. Volvió con un cuenco lleno y se arrodilló junto al extraño, contemplando la herida de su espalda con aire crítico. No parecía estar tan mal. Había perdido mucha sangre, por supuesto, y aún podía morirse en cualquier descuido, pero probablemente saldría adelante si conseguía llevarle pronto y sin contratiempos hasta la aldea. Debían ponerse en marcha cuanto antes.

—¡Eh, tú, forastero, despierta! —dijo, empujándolo con suavidad.

El herido gimió tenuemente y abrió los ojos. Trató de hablar, pero la voz se le hundió en la garganta.

—Toma, bebe un poco, debes de haberte quedado seco como un muerto.

Le acercó el cuenco a los labios y el hombre bebió con avidez; después torció el gesto en un rictus de sufrimiento.

—¿Puedes hablar?, ¿me entiendes?

El oretano asintió.

Aunque como todos en su aldea hablaba algunas palabras de íbero, le alegró poder utilizar su lengua; se llevó la mano al pecho y habló con solemnidad.

—Soy Gerión, hijo de Gerión y del pueblo de los ólcades. No te deseo ningún mal, a pesar de lo que estuve a punto de hacer contigo en el bosque.

El hombre apuntó una sonrisa y habló con voz cargada de esfuerzo y acento extranjero, imitando el gesto del muchacho.

—Yo soy Argantio, hijo de Argantio y del pueblo de los oretanos. Tampoco te deseo ningún mal. Estoy en deuda contigo —señaló las cabezas de los cartagineses, cubiertas de arena en el extremo del refugio.

Gerión retiró la mano del pecho para hacer un gesto de despreocupación y dejó al descubierto un colgante de bronce exquisitamente trabajado, representando una piel de bóvido desplegada. La habilidad de su artífice resultaba indiscutible: docenas de pequeñas esferas se superponían a un soporte de filigrana formando una pieza de sobria belleza. Argantio observó el adorno largamente.

—¿De dónde has sacado eso?

—Es una herencia de mis antepasados. ¿Y tú de dónde vienes? ¿Qué hacías luchando contra una partida de cartagineses tan lejos de tu tierra?

El oretano le detuvo con un gesto de dolor.

—Traigo un mensaje de mi ciudad, Hélike, para tu pueblo. Pero si no me conduces pronto hasta la asamblea de los ólcades, tal vez no pueda…

La voz del extranjero se deshizo en un áspero estertor.

—De acuerdo —dijo Gerión, comprendiendo que no le quedaba más remedio que contener su impaciencia. Debía llevar al íbero a su aldea cuanto antes y, si todo salía bien, él mismo asistiría por primera vez a la asamblea—. Te lavaré la herida, comeremos unas bellotas y partiremos en seguida.

Argantio indicó con el dedo que algo más suculento esperaba en la alforja del caballo, y al momento comían torta de cebada y carne ahumada, pensando en silencio en las dificultades que les esperaban. Finalmente Gerión se frotó las manos y tomó el cuenco de agua.

—¡A ver esa espalda! Hummm…, parece que no te hice mal trabajo anoche, está bastante limpio.

La flecha había abierto una desgarradura de tres dedos de largo y se había estrellado contra el omóplato, por eso le había resultado tan sencillo extraerla. No parecía que hubiera causado daños importantes, pero con la torsión la herida se había abierto y sangraba de nuevo. Argantio dijo quedamente:

—¡Vino!

Gerión entendió y trajo de la alforja un pellejo medio vacío. Derramó lentamente el vino sobre la herida limpiándola con la capa del íbero, mientras este apretaba los dientes para contener el dolor. Reservó el final para dárselo a beber al hombre.

—Vámonos. Seguiremos un camino más largo pero más seguro. Podemos tener todavía a esos cartagineses buscándonos en el bosque.

Subió a Argantio con dificultad a la silla, se cargó las armas y ató las dos cabezas a un cordón de cuero, haciéndolas colgar a ambos lados del cuello del alazán. Tomó las riendas y empezó a caminar.

Avanzaron en silencio durante toda la mañana. Gerión dirigía la marcha hacia el oeste manteniéndose alejado de los senderos y se detenía de vez en cuanto para escuchar, pero nada halló en el aire distinto de los sonidos y perfumes del bosque. Argantio se mantenía recostado sobre el cuello del caballo, pálido y mudo de dolor, sobrellevando con valentía el sufrimiento.

Pararon a mediodía en una amplia vaguada salpicada de álamos y sauces, entre paredes de arenisca roja, para descansar y comer un puñado de olivas y un trozo de queso. A pesar de que acababan de pasar el solsticio, hacía ya calor, y un suave zumbido de insectos iba y venía entre los árboles. Argantio rompió el silencio:

—¿Cuál es tu pueblo?

—Cirmo. Somos ólcades.

—Bien. Pero tu nombre no es ólcade, ni siquiera celtíbero, y tampoco lo es ese colgante —dijo Argantio señalando al pecho de Gerión—. He visto algunos parecidos, pero hace mucho tiempo y a muchas leguas de aquí. ¿Cuál es su origen?

Gerión se irritó.

—¡Basta ya de preguntas, íbero! ¿Qué eres, un espía? ¡Te he salvado la vida y no haces más que interrogarme sin decir una palabra sobre ti! Dime quién eres y para qué quieres hablarle a la asamblea de Cirmo o te quedarás aquí sentado a esperar a los cartagineses.

Argantio asintió y habló eligiendo cuidadosamente las palabras:

—Mi ciudad, Hélike, está sitiada por los ejércitos de Amílcar Barca. He venido a pedir a las tribus celtíberas ayuda para defenderla.

—¡Hélike sitiada! ¡Sabía que Amílcar subía por el valle del Betis, pero no imaginaba que hubiera llegado ya tan lejos! —Gerión quiso seguir preguntando, pero se detuvo al ver que Argantio respiraba trabajosamente con los ojos entrecerrados.

Los dos quedaron en silencio, Argantio inspirando profundamente para recobrar el aliento y Gerión preguntándose si debía contarle la historia de su nombre y su colgante a ese desconocido. No sabía por qué, pero de algún modo le inspiraba confianza. «Tal vez más adelante».

Se disponían a ponerse de nuevo en marcha cuando un relincho del alazán atrajo la atención del joven; el caballo se había agitado súbitamente, resoplando e irguiéndose sobre las patas traseras.

Otro relincho le contestó desde el bosque.

Gerión tensó el arco y apuntó hacia el extremo de la vaguada, por donde un instante después apareció un espléndido caballo negro sin jinete.

—¡Por Iuno! ¡Es el caballo de Landíbil! —exclamó Argantio.

Con gruesas gotas de sudor corriendo por su frente, Gerión mantuvo el arco en tensión mirando a su alrededor, mientras el bruto se acercaba hasta ellos. Un gemido de Argantio le hizo desviar la atención hacia el caballo y quedó paralizado de espanto: cuatro cabezas cubiertas de moscas se

balanceaban atadas a la silla, una de las cuales llevaba un rollo de pergamino atrapado entre los dientes. Lo tomó sin dejar de vigilar y se lo entregó a Argantio, mientras este murmuraba con voz rota:

—Son mis compañeros…

El oretano tragó saliva y desenrolló el pergamino.

—Está escrito en púnico…, dice: «Soy Magón, capitán de Cartago. Recordad bien mi nombre. Volveremos a encontrarnos».

Las palabras vibraron en el aire cargadas de amenaza.

—No se ha atrevido a adentrarse en el bosque para perseguirnos —dijo Gerión—, pero acaso pretenda volver con refuerzos. Debemos apresurarnos.

—Antes te ruego que entierres las cabezas de mis hombres, yo no puedo hacerlo —dijo el íbero, perdiendo la mirada en la profundidad del bosque—; ruego a los dioses que un día podamos regresar para que reciban los ritos funerarios de los hombres de su pueblo.

Gerión cavó con su espada una profunda zanja en la arena suelta de la vaguada y colocó en ella las cabezas de los íberos, cubriéndolas de nuevo, mientras escuchaba una amarga letanía brotando de los labios de Argantio. Aún no había transcurrido un día desde que encontrara al extranjero herido en el bosque y no habían intercambiado más que media docena de frases, pero se sintió extrañamente conmovido por su dolor. Decidió dar al hombre una muestra de amistad y confianza.

—De acuerdo, te contaré el origen de mi amuleto —dijo Gerión, advirtiendo que Argantio interrumpía sus plegarias—. Mi familia la fundó hace muchos años un viajero del sur; llegó con una partida de los suyos huyendo de los cartagineses, y resultó herido en la batalla que se produjo cuando estos les dieron alcance no muy lejos de aquí. Se dice que ya entonces los ólcades lucharon contra los púnicos y los derrotaron.

»Las gentes de Cirmo acogieron a mi antepasado hasta que se recuperó. Pero los suyos se hallaban para entonces ya muy lejos y nunca más partió, permaneció en Cirmo y se convirtió en un celtíbero más: sacó el ganado al campo, guerreó y amó, dio hijos a la tribu y su historia se fue olvidando poco a poco —el rostro de Gerión había cobrado una expresión soñadora y remota, como si él mismo hubiera vivido todo aquello—. Pero aquel hombre le dejó a su primogénito algunas cosas: su propio nombre, Gerión, una espada, este amuleto y una plancha de plomo con signos escritos que nadie en la aldea es capaz de leer; las llamó la herencia de Tartessos. Ese era su lugar de origen, un poderoso país allí donde el Betis se pierde en el océano, pero nadie ha podido decirme nada más sobre él. Yo soy el último de la serie de

primogénitos que ha recibido la herencia, y deberé transmitírsela a mi propio hijo junto con la historia que acabas de escuchar. Eso es todo.

Los ojos de Argantio parecieron iluminarse con un fulgor súbito. Inclinó la cabeza en señal de reconocimiento y quedó en silencio.

Al atardecer del día siguiente rebasaron un collado del bosque, y ante ellos se abrió la llanura extendiéndose hasta el horizonte, donde una sierra cárdena se difuminaba envuelta en resplandores dorados; un río serpenteaba entre estrechos bosquetes de álamos, olmos y mimbreras, campos verdeantes de cereal y dehesas de encinas. A un tiro de arco se alzaba de la planicie un promontorio de roca caliza cuya cima estaba ocupada por un castro amurallado recorrido por una estrecha calle central con un centenar de casas de piedra amontonadas a ambos lados. Un sendero conducía desde el camino principal hasta la puerta en la muralla que servía de entrada al pueblo, orientada a levante; en el extremo opuesto se alzaba un torreón sólidamente construido con grandes bloques de piedra. Pequeños grupos de hombres y mujeres volvían hacia la aldea conduciendo rebaños de ovejas o con aperos de labranza echados sobre el hombro; arriba, en la calle, se advertía la agitación del final del día y columnas de humo comenzaban a elevarse entre los techos de retama de las chozas.

Habían llegado a Cirmo.

CAPÍTULO III

—¡ES Gerión, ha vuelto, viene con dos caballos y un extranjero!

El niño corrió hacia la aldea levantando una nube de polvo; todos se detuvieron y miraron hacia el este, por donde vieron aproximarse al joven montado en un llamativo alazán, guiando a un segundo caballo con un hombre tendido sobre él. Pronto la mayor parte de los habitantes de Cirmo esperaban arremolinados a ambos lados del camino, murmurando agitados en un hervidero de comentarios y conjeturas. Un hombre alto y fornido, con una larga cabellera ceñida con una cinta cayendo sobre la espalda, salió a recibir a los recién llegados; aunque vestía una simple túnica corta de lana y sandalias de cuero, el torques de plata que lucía en el cuello, los numerosos brazaletes de bronce en ambos brazos y el cinturón de grandes placas atestiguaban su alta posición.

—¡Bienvenido, Gerión! ¡Parece que los dioses te han sido propicios! —exclamó con una voz profunda y poderosa, señalando las cabezas colgadas del cuello del caballo—. Vuelves con dos caballos, un extranjero que parece herido y dos cabezas que si no fuera porque los cartagineses aún están lejos diría que son púnicas. Sin duda tendrás muchas cosas que contarnos —concluyó con la mirada llena de interrogaciones.

—Gracias por el recibimiento, Meronio, me siento muy honrado —respondió Gerión, echando pie a tierra—. Traigo muchas más noticias de las que crees. Pero tendremos que ocuparnos primero de este íbero, antes de que se nos muera y se lleve con él la mitad de la historia.

El pequeño grupo pasó entre los habitantes del poblado, mientras Gerión saludaba sonriente a muchos de ellos. Un joven de su edad se lanzó sobre él y lo abrazó con entusiasmo.

—¡Gerión, has vuelto! ¡Ya empezaba a temer por ti, te quedaba solo un día hasta el plenilunio!

—Deberías haber tenido un poco más de fe, Saunio, sabes que a veces llego un poco tarde, pero siempre llego, y no empieces ya a preguntarme, todos escucharéis mi historia esta noche alrededor del fuego. ¿Dónde están…?

No pudo terminar la frase. Un niño de seis o siete años llegó gritando jubiloso por el camino y de un salto se colgó del cuello de Gerión; tras él

descendían más pausadamente una mujer madura y una niña en el umbral de la adolescencia; los tres vestían, al igual que Meronio, sencillas túnicas de lana gruesa y sandalias de cuero.

—Tranquilo, Mimbro, que vas a arrancarme la cabeza y aún no es tu momento —dijo Gerión mientras revolvía alegre el pelo del chiquillo. Levantó la mirada con una sonrisa bailando en ella—. Me alegra ver que estás bien, madre. Y también tú, Irmán.

—Benditos los dioses que te han sonreído, hijo mío. Tu padre se habría sentido orgulloso de ti —la mujer habló con un leve temblor de emoción en la voz—. Pero veo que no vienes solo, ¿debemos preparar acomodo para el extranjero?

—Sí —respondió Gerión antes de que nadie pudiera decir otra cosa. Tenía demasiadas preguntas que hacerle a Argantio como para que se lo llevaran a otro sitio. Levantó la voz dirigiéndose a la multitud que contemplaba expectante la escena—. ¡Este hombre es Argantio, emisario del pueblo de los oretanos! Se quedará como invitado en mi casa hasta que pueda presentarse a la asamblea y los guerreros decidamos qué hacer con él.

Algunos hombres intercambiaron miradas dubitativas; en realidad no sería considerado un guerrero hasta la ceremonia de la luna llena en la noche siguiente, y hasta entonces no tenía derecho a dirigirse a la tribu de ese modo. Solo uno, un hombretón grande como un monte, de largas coletas trenzadas y bigote lacio, protestó en voz alta:

—¡Sabes que eso no puede ser, Gerión! ¡El extranjero debe quedar bajo custodia de un guerrero y tú no lo serás hasta mañana, suponiendo que los dioses te encuentren digno en la ceremonia y que hayas sido tú el que ha cortado esas cabezas!

—¿Estás poniéndolo en duda, Asúrix?

La voz de Gerión sonó cortante como un cuchillo y produjo un tenso silencio. En él se escuchó apenas el susurro de Argantio:

—El muchacho cortó las cabezas de los cartagineses. Ahora tenemos que descansar. Espero que la hospitalidad de los ólcades esté a la altura de su fama.

—Asúrix tiene razón y el extranjero también —intervino Meronio—. Se quedará en mi casa hasta la ceremonia. Después, si así lo desea, podrá instalarse en la de Gerión. Siempre que consigas tus armas de guerrero —añadió dirigiéndose a este, advirtiéndole con la mirada de que no debía contrariar su decisión.

Argantio asintió y Asúrix dejó escapar un gruñido de satisfacción. Gerión apretó los dientes conteniendo la ira que le brotaba del pecho, entregó las riendas de los caballos a Meronio y echó a caminar sendero arriba, seguido por su familia. «Soy un estúpido —pensó—, he obligado a Meronio a desautorizarme. Debí haber visto a Asúrix entre la gente». Pasó bajo el tosco arco de piedra que servía de entrada principal a Cirmo y enfiló la larga calle principal, pavimentada con grandes losas de caliza. A ambos lados se sucedían las casas, de una sola planta y forma rectangular, con paredes de piedra y tejados de ramas secas con aberturas para dejar escapar el humo del hogar. Los muros traseros estaban construidos con grandes sillares que formaban la muralla del poblado, mientras que en la parte delantera se abrían escuetos patios que empezaban a ocuparse por los rebaños de ganado que regresaban del campo. Esforzándose por devolver con amabilidad los saludos de quienes no habían bajado a recibirle, Gerión llegó ante una casa de cuyo patio se elevaba ya la barahúnda de balidos con que las ovejas saludan al anochecer; media docena de gallinas picoteaban indiferentes entre montones de leña de encina y herramientas agrícolas. En un lateral, un tejadillo de ramas de mimbre daba cobijo a un viejo caballo que relinchó con fatigada alegría saludando al recién llegado. Gerión se acercó a él y le pasó con afecto la mano por la crin.

—¡Así que aún vives, *Tinto*, temí que decidieras morirte mientras tu amo andaba cazando cartagineses!

Entró después en la casa, cruzando el pequeño vestíbulo atestado de aperos de labranza hasta la estancia principal. A la derecha de la entrada se encontraba el hogar, flanqueado por dos bancos; el contenido de una cazuela burbujeaba perezosamente sobre el fuego. Al fondo se alineaban cuatro jergones de paja tras una cortina de fibra de cáñamo. El escaso mobiliario lo completaban diversos cántaros y ollas apoyados contra la pared de piedra desnuda y dos grandes arcones: uno contenía los cuencos de arcilla cocida que utilizaban para las comidas, saquitos de grano y frutos secos y algunos cuchillos de hierro cuidadosamente envueltos en paños impregnados de aceite; el otro, las túnicas y capas de lana gruesa que utilizaban en invierno.

Su hermano Mimbro entró un instante después, seguido por Larima e Irmán.

—¡Gerión! —exclamó el niño—. ¿Por qué no intentaste convencer a Meronio? El extranjero estaba de tu parte.

—Siempre hay que saber retirarse a tiempo, hermanito; en realidad Meronio tenía razón. ¿Y tú, cómo te has portado en mi ausencia?, ¿has sabido

cuidar de la casa? —dijo, haciendo un gesto de complicidad a su madre. Sintió que recuperaba el buen humor; la admiración incondicional del chiquillo siempre le levantaba el ánimo. Mimbro afirmó enérgicamente con una expresión de dignidad que hizo reír a todos—. ¿Qué tal ha ido todo, madre?

—Todo bien, Gerión; parece que con las últimas lluvias tendremos aún pastos durante algún tiempo y la cosecha será buena. Pero ya empezábamos a temer por ti. Creo que tendrás muchas cosas que contarnos. ¡Y debes prepararte para la ceremonia de mañana!

—Así es —contestó Gerión, recordando que, a pesar de Asúrix, a la noche siguiente sería un guerrero de los ólcades y Argantio se trasladaría a su casa. «Si es que los dioses me encuentran digno», añadió para sí, recordando las palabras de Asúrix. ¿Qué habría querido decir? Sabía que la ceremonia incluía algún tipo de prueba, pero se trataba de un secreto celosamente guardado por los guerreros. En todo caso pronto lo descubriría—. Sentémonos a cenar —continuó—, ese guiso huele a gloria y hace casi una luna que no tomo una comida como es debido.

Gerión colocó las cabezas de los cartagineses en el alféizar de la única ventana de la estancia y colgó las armas de estacas de madera clavadas en la pared, mientras su madre repartía en cuencos el guiso humeante y Mimbro correteaba a su alrededor, incapaz de contener la impaciencia. Irmán dispuso sobre una tela extendida en el suelo una jarra de agua y una hogaza de pan negro, mirando a su hermano de soslayo, sonrojada de admiración.

Pronto estuvieron todos absortos en el relato de Gerión, quien no dudó en añadir a su hazaña generosas dosis de dramatismo. Su madre le miraba con una mezcla de orgullo y escepticismo mientras Mimbro lanzaba gritos de emoción e Irmán sonreía en silencio. La historia y el guiso estaban llegando a su fin cuando la figura imponente de Meronio apareció en el dintel de la puerta, recortándose contra la noche que se cerraba rápidamente.

—Que los dioses frecuenten esta casa, Larima —dijo, llevándose la mano al pecho e inclinándose levemente en dirección a la mujer. Todos le devolvieron el gesto. Miró hacia el joven—. Será mejor que vengas, Gerión, muchos estamos deseosos de escuchar cómo han llegado a tus manos esas cabezas púnicas. Y quién es en verdad el extranjero.

—Sé bienvenido, Meronio —dijo Gerión, asumiendo anticipadamente su papel de jefe del hogar—, ¿cómo está Argantio?

—Está bien; pasó el anciano Brigantio a limpiarle la herida, aplicarle un emplasto de los dioses sabrán qué y dedicarle sus oraciones. Mi Turencia le

dio después uno de sus estofados de cordero y se ha quedado dormido como un niño. Pero ya habrá tiempo de hablar, ahora nos esperan.

—En marcha entonces —respondió Gerión.

Salieron al pequeño patio delantero, donde los esperaba Saunio sosteniendo una antorcha de resina que extendía en el aire un penetrante olor a pino viejo; habrían podido pasarse sin ella, pues una luna casi llena empezaba a erguirse sobre los montes inundando Cirmo de un resplandor plateado, bajo el que los muros de caliza parecían cobrar vida.

—¡Aquí llega nuestro héroe! —dijo Saunio, feliz al ver a su amigo. Era un joven alto y corpulento, con el pelo rubio y los ojos azules de las más antiguas familias de Cirmo, aquellas en las que los ancianos aún se expresaban en celtíbero con dificultad y regañaban a los niños en la áspera lengua de los celtas. Tenía otra razón para estar contento: era la primera asamblea de guerreros a la que él mismo acudía, tras haber recibido las armas cinco lunas atrás. Sabía que la hazaña que le había convertido en guerrero no podía compararse a la de Gerión: había matado un jabalí casi por accidente una mañana en que se adentró en un denso encinar recogiendo las últimas bellotas de la temporada. El animal surgió de pronto tras una mata de retamas y cargó contra él, dándole apenas tiempo para apoyar en tierra e inclinar la lanza que utilizaba para varear los árboles; el jabalí lanzó contra la punta de hierro todo el ímpetu de su carrera y murió entre estertores con el asta de madera hundida dos palmos en su pecho. Saunio tuvo que fabricar con ramas unas angarillas y arrastrarlas trabajosamente durante horas para llevar hasta el pueblo el cuerpo del animal. «No estuvo nada mal —pensó— pero parece muy poca cosa al lado de dos cabezas cartaginesas. Gerión siempre encuentra la forma de sorprendernos a todos».

Caminaron los tres por la única calle de Cirmo, en dirección opuesta a la del arco de entrada, sorteando a los niños que jugaban después de la cena y saludando a las mujeres que se asomaban a las puertas.

—Se nos está quedando pequeño el pueblo —comentó Meronio, mientras se acercaban al final de la calle—, ya no cabemos con tantos niños y tan pocas guerras. A este paso tendremos que agrandar la aldea de Ersibannos o fundar otra más al sur, hacia el país de tus amigos los oretanos. Aunque tal vez las noticias que nos traes cambien las cosas, Gerión… Ya hemos llegado. Vas a entrar en este lugar por primera vez: sé respetuoso con los guerreros, responde a sus preguntas y no cuentes a nadie una palabra sobre lo que aquí escuches.

Habían alcanzado el extremo occidental de Cirmo, donde una torre de planta cuadrada dominaba la llanura refulgiendo a la luz de la luna. A unos cincuenta pasos de ella un muro conectaba los dos brazos de la muralla, formando un patio en el que solo los guerreros podían entrar; lo empleaban para reunirse y recluir a los prisioneros que de tarde en tarde traían de sus correrías por tierras de carpetanos, en espera de venderlos como esclavos en los mercados de Ercavica y Arecorata, las ciudades ólcades más próximas. Una pesada puerta de madera de roble con refuerzos de hierro separaba la ciudadela del resto del pueblo, para servir acaso un día como último refugio de los habitantes de Cirmo. Meronio la abrió y entró en un amplio espacio enlosado en el que esperaban medio centenar de hombres, sentados en el suelo alrededor de una hoguera. En el extremo opuesto otra puerta daba acceso al torreón, donde los guerreros se turnaban para mantener una vigilancia ininterrumpida. La planta inferior se empleaba para atesorar la tercera parte del botín de las incursiones, que los guerreros estaban obligados a entregar a la propiedad colectiva, y almacenar una reserva de grano aportada por todas las familias del pueblo, en previsión de años de escasez. Cuando los dioses sonreían a Cirmo con varias buenas cosechas consecutivas, una parte se vendía para adquirir en Ercavica perfumes para las ceremonias religiosas y ganado para las viudas sin hijos varones.

«Están todos —pensó Gerión, conteniendo una sonrisa que habría parecido impropia a los guerreros que le observaban expectantes—, incluso Asúrix, ojalá un día quiera Epona mandarle un rayo desde sus alturas». Se llevó la mano al pecho y saludó solemnemente con una pronunciada inclinación.

Era realmente extraordinario ver una asamblea de guerreros al completo en tiempo de paz, y más aún cuando el centro de atención era alguien que aún no había recibido sus armas. La última ocasión en que todos habían acudido a la ciudadela fue dos veranos atrás, cuando una numerosa partida de arévacos había bajado desde el norte reclutando hombres a la fuerza para sus interminables guerras contra los vacceos. Los guerreros se repartieron por las murallas de Cirmo con las armas bien visibles y Meronio cabalgó solo al encuentro del caudillo arévaco, a quien advirtió de que si no seguían su camino de inmediato deberían vérselas con todo el pueblo de los ólcades. «Elegid si queréis tener a los ólcades por hermanos celtíberos o por enemigos», dijo en una voz tan alta como para ser oída hasta en las murallas, de modo que fueran todos testigos de su hazaña. Los guerreros de Cirmo golpearon ruidosamente las espadas contra los escudos y fue tal el estruendo

que el arévaco decidió probar suerte más al oeste, en alguna aldea carpetana menos belicosa. En aquella asamblea Gerión tuvo que mantenerse fuera de la ciudadela como todos los muchachos, tratando de escuchar las palabras que decían los hombres en el interior. Pero ahora era él quien debía hablar, y se propuso hacerlo bien alto para que su historia saltara el muro y se extendiera por toda la aldea.

—Te escuchamos, Gerión —dijo Meronio acomodándose cerca del fuego.

—Ocurrió en los montes al pie de la sierra roja —comenzó Gerión manteniéndose de pie con los brazos cruzados sobre el pecho—. Pensé que sería un buen lugar para encontrar jabalíes, y así fue, pero los machos que probaron el hierro de mi jabalina consiguieron escapar antes de que pudiera rematarlos con la espada.

—Los niños disfrutarán mucho escuchando esa historia, Gerión, pero ahórranosla a nosotros —dijo un hombre pelirrojo con expresión jovial—, no estaríamos aquí si nos hubieras traído una cabeza de jabalí.

Todos rieron y Gerión notó cómo se sonrojaba, rogando a los dioses que nadie se diera cuenta a la luz temblorosa de la hoguera.

—Tienes razón, Tesindro. Es cierto que las cabezas de jabalí abundan en Cirmo —sabía que corría el riesgo de que tomaran su respuesta por una insolencia, pero tampoco estaba dispuesto a que su tío, el único hermano varón de su madre, siguiera tratándolo como a un imberbe. Por las carcajadas que respondieron su ironía, las más ruidosas tal vez las del propio Tesindro, supo que había acertado, y se apresuró a continuar antes de que nadie pudiera interrumpirle de nuevo—. El caso es que una tarde escuché de pronto gritos y chocar de metales en la distancia y me acerqué a ver lo que ocurría. Desde un otero vi que se estaba produciendo un combate en el cruce del camino de Arecorata. Cuatro cartagineses luchaban contra dos íberos entre varios cuerpos tendidos en el suelo; los íberos parecían estar ya en una situación desesperada. Uno de ellos lanzó un ataque que el segundo aprovechó para escapar por el bosque hacia donde yo estaba, y vi cómo dos cartagineses salían tras él y le alcanzaban con una flecha en la espalda. Sentí que los dioses estaban conmigo y preparé el arco mientras el íbero atravesaba un claro del bosque exactamente al pie de mi otero. Entonces apareció un púnico, y luego el otro, y descubrí que los hombres son mucho más fáciles de matar que los jabalíes —Gerión hizo una pausa saboreando el silencio expectante con que la asamblea seguía su historia, y decidió mantener en silencio la causa por la que se abstuvo de matar al extranjero—. Busqué al íbero herido y, pensando que podría sernos de utilidad, lo llevé hasta un escondite seguro. Le curé su herida

como pude y lo conduje hacia aquí a través del bosque, temiendo ser alcanzado por los cartagineses en cualquier momento.

—¿Crees que los púnicos pudieron seguir tu rastro? —preguntó Meronio.

—Sin duda lo intentaron, pero no dejé huellas y los púnicos no se atrevieron a adentrarse en el bosque; estaba oscureciendo y no tenían forma de saber cuántos enemigos había a su alrededor. Al día siguiente encontramos el caballo de uno de los íberos. Llevaba las cabezas de los compañeros de Argantio y un mensaje del jefe cartaginés, un tal Magón, prometiendo venganza.

—¡¿Pero tú te das cuentas de lo que has hecho, insensato?! —intervino Asúrix—. ¡Mataste a dos púnicos, a dos soldados del ejército más poderoso de Ispania! ¡Les arrebataste a su presa y la trajiste hasta el pueblo, acaso con los cartagineses supervivientes detrás de tus talones! O tal vez hayan buscado refuerzos y estén ya en marcha hacia aquí para capturarlo y hacernos pagar tu osadía. ¡Esto puede ser la ruina de Cirmo!

—Los púnicos destruyen a todos los pueblos que no aceptan someterse a su yugo, han demostrado muchas veces que de ellos solo puede esperarse esclavitud o muerte —interrumpió Meronio—. Son nuestros enemigos, Asúrix, y deben morir si entran en nuestro territorio sin ser invitados. Gerión hizo lo que tenía que hacer, pero es cierto que estamos en una situación peligrosa. ¿Cómo es posible que estén ya tan cerca? Las últimas noticias los situaban aún en el valle del Betis, en los alrededores de Kástulo[3].

—Argantio dijo que el ejército de Amílcar Barca está sitiando Hélike —dijo Gerión, deseoso de recuperar la iniciativa tras la intervención de Meronio.

Una inmensa conmoción recorrió la asamblea.

—¡No es posible! —gritó Saunio. Hélike era una de las ciudades principales del país de los oretanos, y distaba no más de seis o siete días de marcha desde Cirmo.

Tras una larga ausencia, los cartagineses habían desembarcado de nuevo en Gádir[4] algunos veranos atrás, y habían comenzado a ascender por el valle del Betis, dominando a los pueblos íberos que encontraban a su paso. Los comandaba un general temible, Amílcar Barca, primogénito de una de las más poderosas familias de Cartago, quien se había hecho famoso entre los pueblos de Ispania por su astucia, genio militar y crueldad. A sangre y fuego o por el soborno y el engaño, turdetanos, bastetanos y túrdulos habían caído bajo su dominio, y cada año los viajeros y comerciantes traían noticias de nuevas conquistas. Pero el Betis quedaba muy lejos, y los ólcades de Cirmo habían

pensado que aún transcurriría un largo tiempo antes de que la llama que recorría el sur llegara hasta Celtiberia. Con Amílcar a las puertas de Hélike, el peligro de los cartagineses se convertía ya en una amenaza inmediata.

—Argantio ha sido enviado por los oretanos para pedirnos ayuda a los celtíberos. Quiere hablarle a la asamblea de Cirmo —concluyó Gerión.

La inquietud de la asamblea creció hasta convertirse en un inmenso griterío. Todos los guerreros, puestos en pie, hablaban a la vez, haciendo preguntas a Gerión y lanzando gritos de combate. El peligro los convertía en una jauría en la que palpitaban a partes iguales la inquietud y la sed de lucha.

—¡Ya basta, parecéis niños imberbes! —gritó Meronio, haciéndose oír por encima de la turbamulta, que se redujo poco a poco hasta un murmullo expectante—. ¿Acaso creéis que vais a salir esta misma noche a enfrentaros a Amílcar? En primer lugar, deberemos escuchar al extranjero… Argantio. Si viene desde Hélike a hablar con nosotros, tendrá respuestas para muchas de las preguntas que nos hacemos.

Asúrix se puso en pie y habló con los ojos encendidos de cólera:

—No estoy de acuerdo, Meronio. Los ólcades nunca hemos sido atacados por los cartagineses, y acoger ahora a un íbero perseguido por ellos les da una razón para hacerlo. ¡Entreguémosles al extranjero a cambio de que nos dejen en paz! ¿Qué tenemos que ver nosotros con los oretanos, ese montón de afeminados que no hacen más que corromper nuestras costumbres? Tal vez salgamos ganando si Amílcar los liquida, incluso quizá podamos quedarnos con sus tierras si apoyamos ahora a los púnicos. Es sabido que los cartagineses son implacables con sus enemigos, pero muy generosos con sus aliados. Si no aprovechamos nuestra oportunidad, otros lo harán. ¿No es cierto que en Cirmo ya no queda espacio para nuevas familias y necesitamos encontrar tierras?, ¿es que queréis ver Hélike ocupada por carpetanos, edetanos o turboletas?

Unas voces de apoyo y otras de desaprobación se elevaron entre los guerreros. Meronio y Asúrix quedaron mirándose frente a frente a cuatro pasos de distancia. Desde que algunos años atrás la asamblea eligiera a Meronio como su jefe, nunca nadie había contrariado su criterio tan abiertamente como ahora lo hacía Asúrix, y ello aumentaba la sensación de incertidumbre que se había extendido en la ciudadela.

—Jamás Cirmo ha negado refugio a un herido, Asúrix, y siempre ha luchado abiertamente contra sus enemigos —Meronio habló lentamente, poniendo toda su autoridad en cada una de las palabras que pronunciaba—. Puede que el engaño y la traición sean las armas de otros pueblos, pero las

nuestras siempre han sido el hierro y el coraje de nuestra sangre. Nadie te niega el derecho a que los guerreros tomen en cuenta tus opiniones, pero eso será después de haber escuchado al oretano. Y para eso aún tiene que recuperarse de la herida y de la pérdida de sangre. Esta es mi decisión: mañana por la noche será la ceremonia del plenilunio; a la caída del sol del día siguiente nos reuniremos aquí de nuevo para escuchar a Argantio y resolver qué hacer. La asamblea ha terminado.

Todas las miradas se clavaron en Asúrix, quien, tras un instante en que pareció que de nuevo desafiaría a Meronio, sonrió levemente e inclinó la cabeza en señal de asentimiento. El resto de los hombres expresaron ruidosamente su aprobación y comenzaron a dirigirse hacia la salida de la ciudadela. «Asúrix espera su momento —pensó Gerión preocupado, mientras caminaba con los demás—; no ha hecho otra cosa que averiguar el apoyo que puede tener en la asamblea y probar la paciencia de Meronio. Pero ¿cómo puede habérsele ocurrido una alianza con los púnicos?». Saunio vino a reunirse con él, impaciente por cambiar opiniones sobre la reunión.

—¡Has estado espléndido, Gerión, tengo que reconocer que me has metido el miedo en el cuerpo! Pero no entiendo aún la actitud de Asúrix: de un solo golpe desafía a Meronio y nos propone pasarnos al bando de los cartagineses. Háblame de ellos, son buenos guerreros; ¿cómo pudiste liquidar a dos tan fácilmente?

—De fácilmente nada, Saunio —contestó Gerión—, lo que pasa es que ya sabes que con el arco no hay quien me gane. Aunque es verdad que, por lo que he visto hasta ahora, tal vez sea Asúrix más peligroso para Cirmo que ellos. Me pregunto qué juego se traerá entre manos —caminaron los dos en silencio, perdidos en sus especulaciones—. Bueno, amigo, ha sido un día muy largo y mañana no lo será menos. Parece que vienen acontecimientos más interesantes que la marcha de las cosechas y los partos de las ovejas, y será mejor que nos encuentren descansados.

Habían llegado ya hasta la entrada de la casa de Gerión y se despidieron con un breve abrazo. Saunio continuó su camino y Gerión se detuvo un momento para verlo marchar a la luz incierta de la luna, pensando en todos los años difíciles en que su amistad había sido un apoyo imprescindible; sintió que la gratitud y el afecto le inundaban el pecho. El canto cargado de presagios de una lechuza llegó en brazos de la noche inmóvil, y aquí y allá se escucharon las voces de los últimos grupos de hombres que se resistían a dar por terminada la jornada. «Descansa, Saunio, tal vez no nos sobren ocasiones

de hacerlo en el tiempo que viene», dijo para sí, y entró en la casa iluminada solo por los rescoldos del hogar.

CAPÍTULO IV

GERIÓN despertó y permaneció con los ojos cerrados, disfrutando del olor de la casa, hecha de cuero, barro y ceniza, y de la presencia de los suyos. Torció el gesto al percibir un todavía débil hedor procedente de las cabezas en el alféizar; felizmente serían destruidas ese mismo día. Prestó atención también a los sonidos: su madre dando de comer a las gallinas en el patio, Irmán hablando con alguna amiga en el portón de la calle, más a lo lejos el ladrido de un perro, el balido de una oveja. Y una respiración junto a su cama. Abrió los ojos y encontró a Mimbro mirándolo atentamente.

—Buenos días, Gerión. ¿Qué tal fue todo anoche?

—Todo bien, hermanito, aunque ese malnacido de Asúrix trató de amargarnos la fiesta. Pero no me hagas creer que no sabes nada: seguro que todos los niños del pueblo estabais subidos a las murallas espiándonos —Mimbro negó con la cabeza conteniendo la risa, con una falta de convicción que era toda una declaración de culpabilidad—. Y no me hagas hablar más, porque ya sabes que estoy bajo juramento de silencio.

—Que sepas que aunque yo no he hecho nada, no he podido evitar enterarme de algunas cosas que se cuentan por ahí. Hoy todos los niños de Cirmo quieren estar con el hermano de Gerión el valeroso.

Gerión se sintió de pronto muerto de hambre y se levantó de un salto, calzándose a trompicones unas sandalias de camino hacia la mesa, sobre la que encontró una gran jarra de cerveza, un cuenco de gachas con trozos de carne y dos manzanas arrugadas. Comenzó a comer vorazmente, observado con atención por Mimbro.

—¿Qué harás hoy, hermano? —preguntó el niño—, ¿podré acompañarte?

—Creo que iré a ver cómo se encuentra Argantio y bajaré después a echar un vistazo a la cosecha. Volveré pronto, tengo que estar preparado a la puesta del sol para la ceremonia. Pero acompañarme, ni lo sueñes. Ya has hecho esperar demasiado a las ovejas; seguro que aprovechando la nueva fama de tu hermano se las has encomendado a cualquiera de tus amigos. ¡Así que en marcha, Mimbro, no te quedes ahí sentado mirándome como un pasmarote!

El niño esbozó un gesto de resignación y salió a la carrera hacia la puerta. Gerión terminó apresuradamente su desayuno y salió a su vez, entornando los ojos al recibir en el rostro la viva luz del sol. Fuera su madre desplumaba una

gallina: sin duda quería preparar una cena especial el día en que su hijo recibiría las armas de guerrero.

—Buenos días, hijo. ¿Fue todo bien anoche?

—Sí, madre, más o menos. Supongo que ya sabrás que se aceptó escuchar al oretano en la asamblea cuando se reponga, pero no faltaron dificultades… —respondió Gerión, dando a entender que no podía ser más explícito—. Voy a donde Meronio.

Salió a la calle, vacía a esa hora central del día en la que los habitantes de Cirmo se disponían a almorzar en sus casas o a la sombra de las encinas, en el valle. «Bajaré primero al campo —pensó—, sería descortés llamar a esta hora a la puerta de Meronio». Caminó calle abajo hasta la puerta de la muralla, abierta y sin vigilancia como siempre a pleno día, y continuó por el camino que descendía recorriendo la ladera del promontorio. Hacía un día espléndido y los campos de cebada dominaban el paisaje con su intenso color verde; en el horizonte, difuminadas nubes de polvo señalaban el paso de los rebaños de ovejas. El silencio se poblaba de los sonidos del mundo sin dejar de ser silencio: trinos de pájaros, un balido distante cortando el aire transparente. Gerión disfrutaba siempre de una soledad así; en esos momentos pasaba revista a su vida, a sus sueños y proyectos, y se dejaba llevar por la embriaguez de imaginar que ese esplendor duraría siempre. Pero se avecinaba un tiempo lleno de cambios: tal vez en cuestión de días estarían en guerra y recordaría ese momento como algo perdido. La sola idea de la guerra sirvió para animarle; la aventura le atraía con un poder inexorable, independientemente del precio que debiera pagar por ella. La guerra era el yunque en el que cada guerrero forjaba su honor, y él estaba impaciente por hacerlo. No entendía bien, sin embargo, lo que había en el corazón de los cartagineses. «¿Qué empuja a los hombres a ir a jugarse la vida a miles de millas de su aldea, su tribu, del suelo donde yacen sus antepasados?».

Por supuesto, sabía como todos lo que buscaban los púnicos en Ispania: oro y plata para sus joyas, hierro y estaño para sus armas, hombres y caballos para sus ejércitos; pero le intrigaba la sed de conquista que llevaba a ese pueblo a tantos sacrificios propios y ajenos, a verter tanta sangre en tierras remotas. «Tal vez seamos todos como ellos, y las ambiciones dependan solo de lo grande que sea el poder que las invente —se dijo, recordando los ataques de sus ólcades de Cirmo contra las más frágiles o desprevenidas aldeas vecinas—. ¿Qué se le habrá torcido al hombre dentro para sentirse tan atraído por la muerte?». Sacudió la cabeza para alejar de sí esas ensoñaciones, incomodándole ese impulso suyo que le llevaba una y otra vez a hacerse

preguntas sin respuesta, a buscar la compañía y conversación de Brigantio, el anciano que hacía el papel de sacerdote, médico y consejero espiritual de Cirmo.

Devolviendo su atención a los campos que le rodeaban, tomó el camino del río y no tardó en llegar junto a una estrecha franja de tierra colmada de brillantes brotes de cebada. «Realmente tiene buen aspecto», pensó, y continuó después hacia los huertos de la ribera, donde contempló las pulcras hileras de cebollas y zanahorias y los cuatro manzanos que había plantado con su padre cuando era niño. Regresó pausadamente al pueblo, disfrutando del paseo y saludando a cuantos veía, pero sintiendo ya una punzada de expectación ante los acontecimientos que le traería la caída de la noche.

Poco después Gerión se asomaba a la puerta de la casa de Meronio, encontrando a la mujer de este amasando harina de cebada en grandes tortas que después cocería sobre piedras aplanadas, ya colocadas junto al fuego.

—Que los dioses frecuenten esta casa, Turencia —saludó—, ¿está Meronio?

—Hola, Gerión, ya sabes cuánto me alegra que también la frecuentes tú —contestó la mujer—. No, no está Meronio, ha salido de caza, pero imagino que en realidad a lo que vienes es a visitar a tu oretano.

Gerión enarcó las cejas y sonrió. Le encantaba Turencia: ninguna otra mujer de la aldea le trataba con tanta complicidad y desenvoltura.

—Está ahí dentro —continuó ella, conduciéndole al fondo de la sala, donde con dos pieles colgadas del techo habían improvisado un estrecho espacio para dar a Argantio un mínimo de tranquilidad en aquella casa sobrada de gente y ajetreo. Gerión apartó las pieles y encontró al íbero tendido en un jergón, con el torso desnudo rodeado por un aparatoso vendaje, pero despierto y bienhumorado. Ambos se alegraron visiblemente al volver a encontrarse.

—¡Argantio, por los dioses que tienes buen aspecto, parece que no te tratan mal en esta casa! —dijo Gerión, sentándose en el suelo de tierra—. Espero no tener que obligarte para que vengas mañana a la mía.

—Tendré que pensármelo, tal vez tengas que traerme un guiso de los tuyos para poder comparar —contestó el hombre riendo—. Es verdad que sentiré marcharme, pero también deseo que tengamos tiempo para conversar. ¿Cómo están las cosas en Cirmo? Meronio se ha negado a contarme nada, excepto que mañana deberé presentarme ante la asamblea.

—Yo tampoco puedo hacerlo, Argantio, las reuniones de los guerreros son secretas —dijo Gerión, haciendo un gesto hacia fuera, donde se oía a

Turencia atareada—. Tendrás que tener cuidado con Asúrix —añadió, bajando la voz hasta casi un susurro—. Me refiero al hombre de las trenzas que se opuso a que te instalaras en mi casa.

—Me parece que también tú —respondió Argantio con una interrogación en la mirada—. Su recibimiento de ayer por la tarde no fue demasiado amistoso; se diría que tenéis alguna cuenta pendiente. Ya sé que eso no es asunto mío, pero al menos debes explicarme por qué es una amenaza para mí. Me gustaría conocer el terreno que piso cuando acuda a la asamblea.

—Supongo que tienes razón —dijo Gerión tras un instante de silencio—. Asúrix es uno de esos celtíberos que opinan que todo lo bueno que tenemos procede de los celtas, y todo lo malo de los íberos; de hecho, se considera a sí mismo celta por encima de todo. Su abuelo fue un guerrero vacceo que cayó prisionero en una escaramuza cerca de Ercavica y pasó años trabajando en los campos como una mula hasta que pudo comprar su libertad. Para entonces, le habían llegado noticias de que, dándole por muerto, otro vacceo había tomado a su mujer por esposa, y decidió quedarse entre nosotros como hombre libre. Pero nunca perdonó al guerrero que lo derrotó y lo trajo cargado de cadenas desde Ercavica: Gerión, el padre de mi padre. Por esa antigua afrenta los descendientes del vacceo han arrastrado un amargo resentimiento hacia mi familia y han aprovechado cualquier oportunidad para causarnos daño; Asúrix me odia y yo le odio a él —concluyó, con un timbre oscuro en la voz.

—Entiendo —dijo Argantio, asintiendo gravemente—. Imagino que no será el único en Cirmo que desprecie a los íberos —añadió, tratando de empujar a Gerión a continuar hablando.

—No, no es el único —respondió el muchacho—. Es cierto que nuestras costumbres están cambiando: los mercaderes íberos traen a Celtiberia ropajes, joyas y herramientas que deslumbran a muchos. Incluso hay quienes cultivan plantas desconocidas traídas de la costa, adoran a dioses nuevos y consideran anticuadas las viejas tradiciones que nos enseñaron nuestros padres. No te será fácil encontrar aldeas ólcades donde un joven aún precise conseguir una cabeza para convertirse en guerrero, como ocurre en Cirmo.

—Parece que tampoco a ti te gustan mucho los cambios —interrumpió Argantio.

—Desde luego, no todos; creo que los celtíberos debemos seguir siendo lo que hemos sido siempre. Pero hay cosas buenas que sería estúpido rechazar, como los nuevos arados, o el vino, o esa habilidad asombrosa de representar con signos las palabras que decimos. Además, el primer Gerión fue también un extranjero venido de tierra de íberos, y no fueron pocas las novedades que,

según dicen, terminó por hacer corrientes en Cirmo. También por eso nos odia Asúrix.

—Tartessos no fue tierra de íberos, Gerión —señaló secamente Argantio —. Nunca ningún pueblo íbero ha soñado con parecerse a lo que fue Tartessos en su tiempo de esplendor, antes de que los malditos púnicos llegaran con sus ejércitos africanos para robarnos las minas, las vegas fértiles, los rebaños de ganado —el hombre se interrumpió de pronto, advirtiendo su imprudencia.

—¿Robarnos? —preguntó Gerión, perplejo por el curso que había tomado la conversación. No solo Argantio parecía conocer perfectamente el lugar del que llegó su antepasado, sino que había hablado de aquel como de algo extraordinario y propio; sintió que la irritación le crecía de pronto en el pecho, al advertir que la sinceridad con que se había comportado no era correspondida—. ¿Qué tienes tú que ver con Tartessos?, ¿cuántas cosas me ocultas, extranjero? —dijo, levantando la voz.

—Tranquilo, Gerión —murmuró Argantio, indicando con gestos que Turencia debía haberle escuchado, y continuó con un tono casi inaudible—, no debes desconfiar de mí. Te contaré todo lo que desees saber sobre Tartessos cuando estemos a solas y creo que también tú podrás darme más información de la que imaginas. Tal vez la lámina de plomo de tu antepasado pueda respondernos a los dos muchas preguntas.

Gerión contempló al oretano en silencio, conteniendo una intensa agitación.

—¿Crees que serás capaz de leerla? —preguntó al fin. Ignorante de los secretos que pudiera contener, su familia había sido siempre muy reticente a mostrar la lámina, pero sabía que en una ocasión su padre la había llevado para que la examinaran los sacerdotes de Ercavica y ninguno había sido capaz de descifrar los angulosos símbolos que la cubrían. El recuerdo de su padre le trajo a la memoria las muchas advertencias que este le había hecho para que solo a personas de completa confianza permitiera contemplar el documento. «Argantio ha cometido una torpeza y yo otra —pensó—; habrá tomado mi pregunta por una invitación para verla, y aún no estoy seguro de que deba hacerlo».

El oretano advirtió la preocupación de Gerión y comprendió que debía ser más cauteloso si no quería que esta se convirtiera en desconfianza.

—Tal vez, pero diría que ahora tienes cosas más urgentes en las que pensar; además, me has hecho hablar más de la cuenta y creo que voy a necesitar otro estofado de cordero para recuperarme —dijo

despreocupadamente—. Ya habrá tiempo más adelante para que le echemos juntos un vistazo si lo deseas.

—Creo que tienes razón, debo irme. Una sola pregunta más: ¿dónde has aprendido a hablar así nuestra lengua?

Dada la proximidad de la frontera entre los mundos celtíbero e íbero y sus frecuentes relaciones comerciales y militares, era muy corriente que unos y otros tuvieran un conocimiento rudimentario de la lengua de sus vecinos, e incluso no era extraño que se produjera intercambio de palabras entre ellas. Pero el dominio que Argantio mostraba del idioma celtíbero le parecía a Gerión realmente extraordinario.

—He pasado algunos años recorriendo Celtiberia en busca de metales —contestó el íbero—; es asombroso todo lo que contienen estos montes vuestros: plomo, estaño, plata y oro, casi cualquier cosa. Los oretanos somos buenos metalúrgicos y siempre estamos interesados en encontrar nuevas fuentes de suministro. ¿Responde eso a tu pregunta?

—Sí. Pasaré mañana por la mañana a buscarte —dijo el joven ólcade, haciendo un gesto de despedida.

—Estaré preparado. Que los dioses te sean propicios esta noche, Gerión.

—Y también a ti; ¿sabes ya que probablemente no te será fácil descansar? —Argantio negó con la cabeza—. En el primer plenilunio después de la noche más corta del año todas las familias de los ólcades hacen sacrificios frente a sus casas y danzan hasta el amanecer. Es una lástima que no estés en condiciones de disfrutar de la ceremonia, tal vez consiguieras atraernos también la protección de tus dioses íberos —dijo Gerión con tono divertido mientras se alejaba hacia la puerta.

En el mismo instante en que el último rayo de sol se disolvía en lo alto del torreón de Cirmo, un bramido metálico retumbó frente a la casa de Gerión. «Ya están aquí», dijo Mimbro, mientras su hermano se levantaba de la mesa y comenzaba a descolgar las armas de la pared. Larima se acercó a Gerión y le entregó una bolsa de piel con las dos cabezas cartaginesas en su interior.

—Tengo que reconocer que me alegra perderlas de vista —dijo sonriendo —. Rogaré a los dioses para que no tengas ningún contratiempo; piensa en tu padre, su espíritu no estará lejos —la mujer abrazó brevemente a Gerión.

Este asintió, abrazó a sus hermanos y salió al exterior. En la calle esperaba Brigantio, vestido de túnica negra y tocado con una corona en la que se entretejían espigas de trigo y colmillos de lobo; le acompañaban dos jóvenes guerreros, los últimos en recibir sus armas: su amigo Saunio, que

portaba una gran tuba de bronce, y Tirtanios, igualmente compañero de correrías, con una flauta de doble caña del mismo metal. Todos se saludaron con el gesto ritual y echaron a caminar calle abajo sin intercambiar una palabra, mientras Saunio y Tirtanios arrancaban turbios gemidos de los instrumentos, que hacían asomarse a las puertas a los habitantes de Cirmo. Descendieron hasta el río y, tras vadearlo, llegaron hasta un muro rocoso de cuya base partía una escalera tallada toscamente en la caliza. «Hasta aquí llega lo que he visto desde la muralla durante todos estos años», pensó Gerión. Pocas cosas le habían atraído tanto como ver salir a los muchachos de la aldea camino de su mayoría de edad, y ahora era él quien iba en busca de la suya. Por supuesto, a todos los niños les abrasaba la curiosidad por saber lo que había más allá del último peldaño, pero sabían que eso podría atraer sobre ellos la cólera de los dioses y de los hombres de Cirmo: si eran descubiertos rebasando el primer escalón, perderían para siempre la posibilidad de convertirse en guerreros.

Los cuatro comenzaron a ascender por la escalera y tras unos minutos de arduo esfuerzo, que arrancaron roncos jadeos del pecho de Brigantio, se encontraron en un ancho repecho alfombrado de hierba; tras él continuaba el cortado vertical hacia los altos páramos que se extendían al norte de la aldea. Gerión miró a su alrededor. En el centro de la pradera bailaba un fuego muy vivo que iluminaba en el anochecer a los hombres de Cirmo, distribuidos de pie en su derredor; entre ellos destacaba Meronio, con los brazos y el cuello cubierto de brazaletes y torques de plata y bronce. Gerión observó que tanto el jefe como los demás llevaban su armamento completo: el pequeño escudo circular de madera, cuero y metal, la espada corta, la coraza reforzada con discos de bronce y la jabalina con punta de hierro; algunos portaban además un arco cruzado a la espalda. Tras la pradera se extendía un bosquete de grandes enebros en el que a la luz incierta se entreveían estelas de piedra. En la base del risco se abría una alta caverna que había sido excavada dejando en su centro un afloramiento de roca viva cincelado para conformar un altar con una depresión en forma de cubeta en su centro. El fondo de la caverna se estrechaba en una hornacina que alojaba la estatua de un dios erguido con aire feroz y lo que parecía ser una cabeza cortada en la mano. «El templo de Cosus, me lo imaginaba». Nadie como el dios de la guerra, de la protección de la comunidad y de su asamblea de hombres para entregarle sus armas a un guerrero.

El pequeño grupo de recién llegados se abrió paso entre los hombres inmóviles y se detuvo frente a Meronio. Brigantio habló entonces y su voz

sonó clara y solemne, arrancando tenues ecos de la pared rocosa:

—¡Guerreros de Cirmo: aquí os traigo a uno que quiere ser de los vuestros!

—¿Creen los dioses que es digno? —preguntó Meronio.

Como si la pregunta se tratara de una señal, Saunio y Tirtanios dejaron sus instrumentos en el suelo y corrieron hasta el bosquete, del que volvieron con un cordero lechal que entregaron a Brigantio. El anciano ignoró los balidos lastimosos del animal y tomándolo en los brazos ascendió hasta el altar, extrajo un cuchillo de su túnica y quedó inmóvil mirando fijamente hacia el poniente.

Todo quedó en silencio en ese instante: se detuvo el zumbido de los insectos, el ulular de los autillos, el susurro de la brisa entre los enebros, la respiración de los hombres, como si el mundo entero contuviera el aliento a la espera de algún acontecimiento.

En ese silencio expectante transcurrió el tiempo, hasta que un halo lechoso apareció a lo lejos dibujando la línea quebrada del perfil de la sierra y, tras él, el disco céreo de la luna llena. Desde Cirmo llegó un amortiguado clamor: en ese instante el pueblo entero se lanzaba a la calle central para disimular con sacrificios, gritos y bailes el vértigo amedrentado que sembraba en los corazones ese frío rostro colgado del cielo. A pesar del ruido distante, el silbido del cuchillo de Brigantio rasgando el aire y el balido roto del cordero atrajeron la atención de los hombres. La sangre brotó a borbotones del cuello del animal y formó un charco denso y oscuro en la pila de piedra. El anciano abrió después un limpio corte en el vientre de la víctima y observó su interior con atención, murmurando una letanía de palabras que nadie llegó a entender. Miró después hacia los hombres y habló con una antigua autoridad en la voz:

—Los dioses aprecian al muchacho y reconocen como legítimo el presente que hoy les trae. Le hablarán con el agua y el fuego, y si él escucha será un guerrero y vosotros le trataréis como igual.

—Deja aquí tus armas, quítate la ropa y acompáñame —dijo Meronio dirigiéndose a Gerión, al tiempo que encendía una antorcha en la hoguera; el joven comenzó a sentir por primera vez una tensa inquietud. «¿Si escucho a los dioses? ¿Se trata de otra prueba? Bueno, todos los demás han pasado por ello, de modo que no puede ser tan malo», pensó tratando de tranquilizarse mientras amontonaba sus pertenecias en la hierba. Quedó desnudo, pálido como un espectro a la luz de la luna, con solo el colgante de Tartessos brillando tenuemente sobre su pecho. Echó a andar rápidamente para alcanzar

a Meronio, quien se adentraba ya en el bosque; todos los hombres les siguieron en silencio. Se sorprendió al ver que el lugar era más grande de lo que había imaginado: había repartidas aquí y allá docenas de estelas con símbolos grabados y urnas de distintos tamaños casi ocultas por la hierba.

—Aquí están enterradas las cenizas de tu padre —dijo Meronio deteniéndose junto a una estela, proyectando sobre ella la luz de la antorcha —. Recibió los ritos que le corresponden a un guerrero celtíbero muerto noblemente.

Gerión sintió que un nudo de emoción le brotaba en la garganta. Entre los ólcades solo los guerreros podían hollar el suelo sagrado de la necrópolis, y había tenido que esperar durante mucho tiempo este encuentro. Le vino de golpe a la memoria aquel día terrible, seis años atrás, en que al caer la tarde trajeron al pueblo el cuerpo agonizante de su padre: había partido días atrás con un grupo de hombres a saquear en el país de los carpetanos, al oeste de Cirmo, y en un combate desafortunado un guerrero enemigo le había hundido una jabalina en el costado. Si hubiera muerto allí mismo, su cuerpo habría sido abandonado en el campo de batalla como era costumbre en los pueblos celtíberos, para que los buitres acercaran su espíritu a las alturas celestes e hicieran más breve el camino, pero se desangró en cambio lentamente de regreso a casa, donde murió al día siguiente. Los compañeros de su partida se llevaron el cuerpo para realizar los ritos funerarios, y él debió quedarse en casa llorando con su madre y hermanos la amargura de no poder acompañarlos.

Observó la estela, escuchando los latidos de su corazón en el silencio respetuoso que mantenían los hombres: en la parte superior tenía grabado el nombre que también era el suyo, *Gerión*. En el centro, estaban representados un hombre subiendo a un carro, un cuerpo tumbado y algunas armas repartidas a su alrededor. «Al fin volvemos a encontrarnos, padre. Pronto otro Gerión será guerrero de Cirmo», juró en silencio.

—No podemos detenernos más ahora, podrás volver cuando quieras si escuchas a los dioses —dijo Meronio suavemente, y continuaron caminando por el bosque cada vez más estrecho hasta que los árboles dieron paso a una angosta franja rocosa con la que terminaba el repecho en que se encontraban; tras ella el cortado continuaba ya sin interrupción verticalmente. El extremo daba la impresión de estar suspendido en el aire, y había sido excavado para formar una pileta alargada. Una gran losa lo cortaba perpendicularmente, dejando en su base una entrada semicircular que daba acceso a una pequeña cámara con el techo de piedra al ras del suelo.

—Entra ahí —dijo Meronio a Gerión señalando la abertura—. Recibirás un mensaje de agua y otro de fuego, debes escucharlos hasta que se abra de nuevo la puerta.

Gerión se tendió en el suelo y reptó al interior de la cámara: el espacio era tan reducido que tuvo dificultad para colocarse en cuclillas, en una posición mínimamente soportable. Desde el exterior alguien colocó un bloque de piedra frente a la abertura y selló los intersticios con arcilla, dejando el espacio interior completamente a oscuras. Comenzó a transcurrir el tiempo sin que nada ocurriera hasta que, de pronto, un rayo de luna se abrió paso por un pequeño orificio circular en el techo e iluminó la cara de Gerión. «Han quitado la tapa que lo ocultaba —comprendió—, ¿qué vendrá ahora?».

Como respondiendo a su pregunta se escuchó un borboteo y un líquido frío comenzó a caer encharcando el suelo; Gerión se humedeció un dedo y se lo llevó a los labios. «Agua, aquí llega el primer mensaje». El nivel comenzó a subir en la cámara cubriendo su cuerpo lentamente, hasta que solo manteniendo la cara pegada al techo pudo seguir respirando. «Con el próximo cántaro se acabará el aire. Esa es la prueba». Inspiró profundamente un instante antes de que ocurriera lo que había previsto; por un momento contempló la luz plateada espejeando en el agua y de nuevo quedó a oscuras. Trató de mantenerse relajado y sereno, buscando cualquier cosa en la que pensar para apresurar el paso del tiempo. Poco a poco su pecho comenzó a agitarse, como si un animal en su interior luchara por salir, extendiendo escalofríos por todo su cuerpo. Una nube de puntos de luz se reunió tras sus párpados, girando en un silencioso remolino. Se concentró en el movimiento para no dejarse llevar por la angustia; sintió que algo iba a estallarle dentro.

Entonces, como por una voluntad ajena a la suya, le brotó en el recuerdo la imagen de su padre, vigoroso y sonriente, mirándole a los ojos, hablándole con su voz cálida y vibrante, como metal largo tiempo expuesto al sol… «Llegan tiempos turbios, hijo mío, tiempos de dolor, de pérdida, pero también de gloria para quienes sepan merecerla». Gerión manoteó a su alrededor, tratando de rasgar la oscuridad que lo envolvía, buscando el origen de las palabras que latían a su alrededor. «Habrás de saber precaverte de la traición incluso en el seno de nuestro pueblo; recuerda que mis enemigos son también los tuyos». ¿Gloria, traición, enemigos…? Un abismo de inconsciencia lo atraía, tiraba de él. «Y no subestimes el coraje de los de tu linaje. Sé siempre un guerrero noble y valiente… y no dejes de escuchar».

Gerión se estremeció en un espasmo agónico y quedó inmóvil, con el corazón desbocado. El pensamiento comenzó a deshilachársele en una bruma

turbia y sin límites…

«¡Y no dejes de escuchar!».

En el silencio de la cámara, oyó un burbujeo ascender junto a su oído. Un burbujeo.

Aire.

En un destello de lucidez comprendió lo estúpido que había sido: acercó los labios al techo y encontró una pequeña bolsa de aire, respiró ávidamente tragando no poca agua, tosió y volvió a respirar. «¿Cómo no me di cuenta antes? —se preguntó—, la cámara filtra agua lentamente por las junturas de las losas». Recuperando la serenidad, trajo a la memoria todo lo que había escuchado en aquel silencio denso y oscuro. «Gracias, padre. Te juro por todos nuestros dioses que seré un guerrero del que puedas sentirte orgulloso allá donde estés. Tuyo ha sido el mensaje del agua, ¿cuál será el del fuego?».

Esperó. «La muerte no debe ser algo muy distinto a esto —se dijo—, aguardar a los dioses en mitad de la noche». Pasó un largo rato antes de advertir que la bolsa de aire de la que respiraba, cada vez más amplia, parecía haberse templado. Acercó la mano a la losa del techo y no le cupo duda: estaba caliente; escuchó atentamente y le pareció oír el crepitar de una hoguera por encima de él. Se quedó esperando, en la posición más cómoda que pudo encontrar, a lo que tuviera que llegar. Poco a poco el calor se hizo más fuerte: el agua se mantenía tibia, pero el aire que entraba en sus pulmones empezaba a quemarle la garganta y el pecho. Resistió hasta que sintió que se mareaba y cerró los ojos… Y allí estaba otra vez, de nuevo la constelación de destellos de luz flotando en la oscuridad, adoptando algo parecido al contorno de un rostro, agitándose con una vibración que le susurraba palabras dentro del cráneo. Supo inmediatamente de quién se trataba. «Nunca terminan de conocerse los prodigios del fuego. Puede extinguir las vidas de los hombres, pero también purificar sus almas para mostrarles el camino de los dioses». El primer tartesio de Cirmo, el Gerión que dio nombre y linaje a su familia. Quiso preguntarle en voz alta cuál era el propósito del fuego en esa noche de plenilunio, pero no encontró palabras: el calor ardiente de la cámara parecía haberle sellado los labios con metal fundido. «También permite llevar al corazón de los hombres las voces que han sido, siempre que exista la voluntad de creer en ellas». Gerión asintió aturdido; trató de sumergir la cabeza y tragó agua, tosió con violencia y se llenó los pulmones con una bocanada de aire que lo incendió por dentro. «Puedes confiar en el forastero que viene del mediodía: aunque su pueblo ha cambiado mucho, él ama aún el lugar del que yo vine y podrá entender mis palabras, muéstraselas; hay algo en ellas que

necesitaréis pronto. Y dile que la tribu perdida llegó a su destino, aunque algunos quedamos atrás. Están en la última tierra de poniente, al norte del río del olvido. Ahora resiste y con la luna vendrá la vida».

Gerión se sintió rodeado por un silencio rojo y palpitante, se tapó el rostro con las manos y contuvo una vez más el aliento para evitar inspirar un aire que quemaba como la vaharada furiosa de una hoguera. Aguantó más allá de lo que creía posible, y cuando el pecho parecía rasgársele por la mitad, escuchó un roce de piedra contra piedra y un haz de luz plateada rasgó la oscuridad.

«Con la luna vendrá la vida».

La luna brillaba a través del orificio del techo de la cámara.

Acercó los labios y bebió del aire fresco que entraba por él, sintiéndolo derramarse por su cara ardiente como un bálsamo. Escuchó un fuerte golpe contra la losa frontal y el nivel del agua comenzó a descender rápidamente.

El agua se derramó a borbotones sobre el suelo enlosado y tenues vaharadas de vapor se elevaron de ella al contacto con el aire frío de la noche. Amontonados a un lado de la cámara, los rescoldos mal apagados de una hoguera llenaban el aire de ese olor a ceniza mojada que queda flotando en los pueblos después de los incendios. Los hombres se arremolinaron alrededor de la abertura y esperaron mudos de tensión hasta que dos pies asomaron por ella. «¡Está vivo!», pensó Saunio. La única vez que había asistido al ritual le había tocado ocupar él mismo el interior de la cámara y no podía fiarse de su propio juicio para comparar, pero le había parecido que algunos hombres, entre ellos el propio Brigantio, se habían cruzado miradas de preocupación ante la formidable hoguera que Arskoro, hijo de Asúrix, había alimentado sobre la gran piedra plana que formaba el techo del cubículo. «Seguro que ha intentado llevar al límite la prueba del fuego, su padre se habría alegrado si Gerión no hubiera resistido».

Arrastrándose sobre la espalda con dificultad, Gerión salió al fin al aire libre, jadeando ruidosamente.

Despegó los párpados y los resplandores de las antorchas bailaron desenfocados ante sus ojos; trató de levantarse, pero un mareo le hizo desistir. Sintió que unas manos le tomaban de las axilas y le ayudaban a ponerse en pie. Alguien vació un cántaro de agua fresca sobre su cabeza y escuchó junto a él la voz tranquilizadora de Meronio:

—Ya ha pasado lo más difícil, Gerión, espero que hayas aprendido algo de los dioses —dijo con un levísimo tono de interrogación en la voz. El joven

asintió, advirtiendo que poco a poco el rostro del jefe se hacía más nítido ante él—. Pero aún nos quedan cosas que hacer, debemos continuar —añadió Meronio iniciando el regreso.

Gerión echó a andar junto a él, sintiendo en las piernas pinchazos de dolor que le recordaron la incómoda postura en la que había permanecido en la cámara, y todos los demás les siguieron levantando un rumor de murmullos entre las hojas nuevas del bosque. «Ya hay otro guerrero Gerión en Cirmo, padre —dijo para sí al pasar junto a la estela que llevaba su nombre—. Como me dijiste, no dejé de escuchar». Sacudió la cabeza de un lado a otro, consciente de pronto de la magnitud del cambio que la experiencia de la cámara había obrado en él.

Supo que para ser un guerrero no es bastante acabar con los enemigos. Además es preciso saber escuchar con el espíritu la voz de los muertos.

De regreso a la pradera del altar de Cosus, Meronio esperó a que Brigantio y los demás guerreros formaran junto a él un círculo rodeando tanto la hoguera como a Gerión, y con una fuerte voz que arrancó ecos del acantilado dijo:

—Ahora debes ofrecer a los dioses del fuego las cabezas que trajiste como prueba de tu virilidad, y a los del agua, el arma con que las cobraste.

Sin un titubeo Gerión se agachó sobre el montón de armas y ropajes que había dejado allí al inicio de la noche, empuñó el arco de madera de álamo y la bolsa de flechas y caminó hacia el borde del promontorio, atravesando el corredor que le abrieron presurosos los hombres. Al llegar a él gritó:

—¡Rinla y Epona, diosas del agua, la noche y la muerte, os entrego mis armas! —Y lanzó el arco y las flechas a la oscuridad; poco después se escuchó un chapoteo cuando se hundieron en la corriente del río.

Regresó junto a la hoguera y, abriendo la bolsa de cuero, sacó las cabezas de los cartagineses. Tras cuatro días, tenían un aspecto arrugado y oscuro, y desprendían un intenso hedor.

—Cosus, dios de la hermandad de los guerreros; Bandua y Luc, dioses de la luz, el fuego y la guerra: os traigo la prueba del sacrificio —dijo, y lanzó las cabezas al corazón de las llamas, levantando un vivo chisporroteo y una columna de humo con el olor amargo del pelo quemado. Comprendió que ya había hecho todo lo que había que hacer y se sintió de pronto sereno y cansado; la tensión había mantenido la fatiga a raya y ahora esta llegaba a cobrarse su pieza, corriendo como los lobos por los páramos a la luz de la luna. Meronio se acercó a él con una espada refulgiendo sobre las palmas de las manos. Parecía un arma excelente, con el brillo característico del mejor

hierro de los montes Belos del norte y una hermosa empuñadura con incrustaciones de plata y cobre rematada con dos pequeñas esferas de bronce.

—¡Esta es tu espada de guerrero, Gerión de Cirmo! —exclamó Meronio sin poder ocultar su regocijo, y en voz baja añadió—: Le prometí a tu padre que esto ocurriría un día.

Gerión tomó la espada y la observó con admiración: era realmente una pieza magnífica.

—¡Gracias, hermanos guerreros de Cirmo, nunca dejará esta espada de estar a vuestro lado! —gritó, desbordado de orgullo. Como si despertaran de un hechizo, los hombres comenzaron a acercarse para felicitarle con grandes risas y palmadas en la espalda; incluso Asúrix le dirigió un gesto cortés. Algunos aparecieron desde el fondo de la caverna acarreando barriles de *kelia*, la fuerte cerveza ritual que se consumía en todas las celebraciones, y ofrecieron a Gerión un gran cuenco lleno hasta el borde de líquido espumoso. Bebió y sonrió ampliamente, levantando la mirada hacia el cielo cuajado de estrellas como hacía siempre que temía dejarse llevar por la soberbia. «Del cielo inmenso se aprende humildad», pensó, extendiendo los brazos para recibir el abrazo de Saunio y Tirtanios, quienes se aproximaban hacia él.

—Enhorabuena, amigo mío, no sabes cuánto esperaba este momento —dijo Saunio llevándose la mano al pecho con exagerada reverencia y lanzándose después a abrazar a Gerión—, al menos ya somos tres para empezar a pensar en excursiones guerreras. ¡Por los dioses, se me olvidaba que tengo un regalo para ti, especialmente traído de las fundiciones de Segontia! —exclamó jovialmente, y extrajo de su túnica un torques de bronce decorado con un fino hilado y dos piezas macizas rematando los extremos del arco—; espero que puedas llevarlo muchos años contigo.

—Gracias, Saunio —contestó Gerión mientras se colocaba el torques en el cuello—, y si lo que queréis son excursiones guerreras, creo que no voy a defraudaros. Pero ahora vamos a divertirnos, que esta es una noche de celebración y no de hacer planes —añadió, empujando a sus amigos hacia el círculo de guerreros que cantaban y bailaban alrededor de la hoguera. Sintió que se le evaporaba la fatiga y una ligereza desconocida le inundaba el cuerpo.

«Debe de ser la *kelia*», reflexionó vagamente mientras comenzaba a bailar.

CAPÍTULO V

CUANDO Gerión llegó a casa de Meronio, encontró a Turencia atareada en el patio. Tan pronto como le vio, la mujer le saludó con una formalidad muy alejada de su habitual camaradería. El joven respondió con una amplia sonrisa.

—Que los dioses frecuenten esta casa, Turencia. Y no hace falta que estés tan seria: soy Gerión, ¿recuerdas? —La mujer sonrió al fin—. ¿Está preparado Argantio?

—¡Claro que lo estoy! —exclamó el oretano desde la puerta, dirigiéndole una elegante inclinación de cabeza en señal de reconocimiento a su nuevo rango—. Parece que mi amigo Gerión se ha convertido en guerrero de Cirmo —añadió, señalando la espada reluciente que colgaba del cinturón del joven en una funda guarnecida con discos de hierro—. Espero que tus dioses fuesen más indulgentes contigo que conmigo; como me advertiste, no he podido pegar ojo entre tanta barahúnda de plenilunio.

—Hola, Argantio, me alegra verte de tan buen humor a pesar de todo —contestó Gerión. Desde la noche anterior no había dejado de recordar las palabras que había escuchado en la cámara del ritual, y aunque algunas le habían inquietado profundamente y otras le planteaban enigmas fuera de su comprensión, al menos ahora sabía que podía abandonar sus recelos hacia el íbero. Eso le producía un alivio que no dejaba de sorprenderle, como si la sólida figura de Argantio atenuara la incertidumbre de la nueva etapa que acababa de iniciar—. Sí, todo fue bien —continuó—, aunque esta mañana la cabeza no deja de recordarme toda la cerveza que necesité para celebrarlo.

Argantio miró a Gerión con curiosidad, advirtiendo en sus ojos brillantes y en su sonrisa que la desconfianza que desde el primer momento había mostrado hacia él parecía haber desaparecido.

—Acompáñame —dijo el íbero—, tengo algo para ti que tal vez te ayude a olvidar el dolor de cabeza —y le condujo hacia una esquina del patio donde los hijos pequeños de Meronio y Turencia jugaban a revolcarse en el polvo peleando con espadas de madera. A la sombra de un techado de paja, dos caballos rumiaban heno con aire cansino; ambos animales alzaron la cabeza y relincharon cuando Argantio se acercó a ellos, palmeando primero el cuello

de su propio alazán y después el del caballo negro de su amigo Landíbil, el mismo que en el bosque les había llevado el macabro mensaje de Magón.

—Gerión: este es *Turmo*, el caballo de uno de mis más grandes amigos —la voz se le disolvió por un instante al recordar las cabezas de sus compañeros enterradas lejos de casa y de sus cuerpos—. Yo mismo lo compré para él en Carmo[5] cuando la Vía Heraclea, la gran carretera que transcurre junto al curso del Betis, era aún segura. Nunca he visto un ejemplar igual: es listo, rápido, resistente y jamás se asusta en la batalla. Si él te acepta, es tuyo.

Gerión se quedó mudo de sorpresa. «No es posible —pensó—, este animal vale una fortuna; ni con cincuenta ovejas podría comprarlo. Pero si fuera cierto…, ¡si fuera cierto!». Nada deseaba en el mundo tanto como un caballo de verdad, después de que el de su padre hubiera ido convirtiéndose en un animal torpe y fatigado. Claro que con el transcurso de los años le había cobrado un gran afecto a *Tinto*, pero era tan viejo que ya solo servía para dar apacibles paseos alrededor del pueblo y tirar del arado con la tierra tierna recién llovida; muchos otros le habrían sacrificado tiempo atrás, pero para él y su familia representaba de algún modo el recuerdo de su padre.

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó, tratando de ocultar su emoción.

—De ningún modo —respondió Argantio—, hace mucho aprendí que solo quien no tiene ilusiones se ríe de las de los demás. Pero te repito que debes conseguir que te acepte —a su alrededor los niños habían dejado de jugar y contemplaban expectantes la escena junto a su madre, en un denso silencio.

Gerión miró a *Turmo* y encontró sus grandes ojos acuosos clavados en él, como si pudiera entender lo que estaba ocurriendo. «¿Recuerdas nuestro encuentro en el bosque? —susurró—, tú traías la cabeza de tu amo y yo tenía conmigo las de dos de los hombres que lo llevaron a la muerte. Juntos buscaremos la venganza que necesita su espíritu para alcanzar las alturas de los dioses». Lentamente llevó la mano hasta el cuello del animal y comenzó a acariciarlo con suavidad. *Turmo* quedó inmóvil, dilatando rítmicamente los orificios de la nariz. Gerión se aproximó aún más. «Me aceptarás, ¿verdad?». El caballo pareció titubear durante un largo instante e inclinó al fin su hermosa cabeza, piafando tenuemente. Como impulsado por un resorte ajeno a su voluntad, Gerión subió de un salto al lomo de *Turmo* y sintió entre sus piernas una poderosa tensión contenida; «ya eres mío», se dijo, y con una leve presión de los talones condujo al caballo hacia la calle. Una vez en ella, trotó hacia el muro de la ciudadela atrayendo la atención de cuantos a esa hora participaban de la ajetreada actividad de las mañanas de verano en Cirmo.

Se sintió inmensamente feliz, sediento de vida y aventuras, de mundo para recorrer con ese nuevo compañero que un mediodía caluroso había llegado a su encuentro cargado de hombres rotos. «Tú y yo veremos grandes cosas, *Turmo*, amigo —pensó—, libraremos batallas y conoceremos ciudades, trazaremos nuevos caminos para regresar a casa, seremos conocidos por todos, el jinete por su caballo y el caballo por su jinete». Volvió como en brazos de los dioses hasta la casa de Meronio y encontró a Argantio esperando sin prisa, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Parece que *Turmo* ha dejado bastante claro que te acepta —dijo el oretano, rompiendo a reír al ver la expresión de feliz estupor del joven guerrero—. Y ahora, si ya has tenido bastante paseo por el momento, tal vez podríamos empezar a pensar en ir a mi nuevo hogar.

—Por supuesto. Vamos allá —dijo, y un momento después se alejaba sobre *Turmo* calle abajo.

Argantio cargó sus alforjas en el lomo de su alazán, montó sobre él y, dirigiendo a Turencia un expresivo gesto de gratitud, se apresuró a alcanzar a Gerión. Poco después llegaron a la casa de este, desmontando y cruzando el patio hacia la puerta abierta.

—¡Madre, hermana, salid a ver esto! —gritó Gerión.

Larima se asomó primero, secándose las manos en la túnica, y de inmediato apareció también Irmán, mirando con curiosidad mal disimulada al extranjero que llegaba para instalarse entre ellos; aún tenía adherida a las manos alguna pluma de la gallina que habían sacrificado para ofrecerle una cena de bienvenida.

—Argantio me ha regalado el caballo —dijo Gerión, pasando con orgullo la mano por el lomo del animal—, se llama *Turmo*. Perteneció a Landíbil, un poderoso guerrero de los oretanos.

—Tal vez fuese más correcto que nos presentaras primero a tu invitado, creo que *Turmo* no se lo tomará a mal —le respondió su madre con un tono más divertido que avergonzado.

—Desde luego. Madre, hermana —comenzó Gerión, obligándose a hablar en tono formal—, este es Argantio, emisario de los oretanos; vivirá bajo nuestro techo mientras él y los dioses lo deseen. Argantio: esta es Larima, mi madre, viuda de Gerión, y esta Irmán, mi hermana —los tres se saludaron llevándose la mano al pecho e inclinando la cabeza—. Y esta es mi casa. Será también la tuya si la encuentras digna de ti.

—Me siento honrado, Gerión. Acepto tu hospitalidad y os ofrezco, a ti y a los tuyos, la mía si un día los dioses nos permiten volver a Hélike, mi ciudad

—contestó Argantio utilizando la fórmula tradicional celtíbera con una elegancia extraordinaria—. ¿No falta nadie? —añadió al recordar al pequeño que había bajado corriendo a recibirlos al llegar a Cirmo.

—Sí, Mimbro, lo conocerás más tarde. Ahora estará durmiendo a la sombra de algún árbol mientras las ovejas pastan a su alrededor —replicó Gerión—. Vayamos adentro.

Ataron primero los caballos junto a *Tinto* bajo el tejadillo de caña; los tres animales se olfatearon con curiosidad y resoplaron después amistosamente saludándose a su vez. Argantio se echó al hombro las alforjas que contenían su escaso equipaje y acompañó a Gerión al interior de la casa, seguido por las dos mujeres. La sobria sala le recordó inmediatamente a la de Meronio y Turencia; al igual que en otras aldeas celtíberas que había visitado, parecía imperar un igualitarismo que no dejaba de resultarle sorprendente: en tiempo de paz el jefe y el último guerrero se diferenciaban tan solo por el número y la calidad de los torques y brazaletes que llevaban sobre el cuerpo, pero sus viviendas y formas de vida eran idénticas. «Tal vez esa sea una de las cosas valiosas que los pueblos íberos hemos perdido en contacto con los púnicos —pensó—, una sociedad organizada según el coraje y el mérito, y no de acuerdo con el número de cabezas de ganado, las tierras y las minas que se posean. Lástima que los celtíberos más próximos a nuestra tierra, como los lobetanos, los turboletas y los belos, se nos parezcan en eso cada vez más». La voz de Gerión interrumpió su reflexión:

—Esta será tu cama —dijo señalando un lecho de paja cubierto por una manta de lana, colocado a continuación de los cuatro que ocupaban los habitantes de la casa—; en el patio encontrarás un cántaro de agua para lavarte y junto al cobertizo trasero la letrina. Sé bienvenido.

—Gracias, Gerión, ojalá tenga ocasión de corresponderte —contestó Argantio.

—Y si te sientes con fuerzas, quizá quieras que te muestre los alrededores de Cirmo. Tenemos aún algunas horas antes de que se reúna la asamblea de guerreros —concluyó Gerión.

—Tengo algo que decirte.

Las palabras de Gerión pusieron fin al silencio que se había instalado sobre ellos. Permanecían quietos sobre sus monturas, contemplando a sus pies los campos vaporosos bajo el mediodía de Celtiberia. Argantio le miró enarcando las cejas en un gesto de interrogación.

—Anoche escuché las voces de mis antepasados… —comenzó Gerión eligiendo cuidadosamente las palabras; sabía que de ningún modo podía contar a un extranjero la ceremonia de la que había sido protagonista, pero tenía que transmitir al íbero la enigmática revelación que había recibido para él. Las palabras habían quedado grabadas en su mente de un modo que parecía indeleble y, desde que esa mañana los vapores de la *kelia* se habían ido disipando, no había podido dejar de pensar en ellas—. Una de ellas fue la de Gerión el Tartesio, el primero de los Geriones de Cirmo —continuó, advirtiendo que Argantio se erguía de súbito en su silla y miraba al horizonte para evitar urgirle con las preguntas que afloraban a sus ojos—. Me dijo que podía confiar en ti, y que te mostrase sus palabras. Sin duda se refería a la plancha de plomo. Tal vez haya algo en ella que nos sea de utilidad.

Argantio lo miró de hito en hito, sin decir nada.

—Y algo más…, algo que no sé interpretar. Me dijo que la tribu perdida llegó a su destino. La última tierra de poniente, más allá del río del olvido. Eso es todo —concluyó Gerión, y le pareció que la ventana que había abierto al reino de los muertos apagaba por un momento la luminosidad del sol vertical del mediodía.

Sintió que un vértigo lo envolvía, como si estuviera viviendo una alucinación que convertía aquel lugar tan conocido en un confuso espejismo. «Deben ser aún los efectos de la *kelia* —se dijo, sacudiendo la cabeza y secándose en la túnica el sudor que le empapaba las palmas de las manos—, o que los dioses nos sobrecogen cuando andan cerca». Quedó absorto en su recuerdo, preguntándose por primera vez si Argantio creería sus palabras y si estas tendrían algún sentido para él. Miró al hombre y lo encontró rígido y tenso, con ojos vidriosos y respiración violenta. Cuando habló, pareció que su voz venía de muy lejos.

—En verdad los dioses de los celtíberos son poderosos; abren caminos a los hombres, aunque tal vez también abismos. Ahora es mi turno de confiar en ti y contarte una larga historia; busquemos un lugar apartado donde continuar esta conversación.

Cabalgaron en silencio por una ancha senda que no tardó en adentrarse en el bosque. Se trataba de un encinar que había sido clareado permitiendo a los árboles salvados del hacha alcanzar portes extraordinarios. Aquí pasaban gran parte del otoño las piaras de cerdos dándose un festín con las bellotas que caían al suelo; los hombres se apostaban en la espesura y daban caza a los jabalíes que al anochecer llegaban a buscar su parte. Pero ahora, al principio del verano, era un lugar poco transitado porque la espesa alfombra de hojas

secas impedía que creciera el pasto. Gerión desmontó, dejó suelto a *Turmo* para que buscara alguna brizna de hierba por los alrededores y se sentó en el suelo apoyando la espalda contra el tronco rugoso de una gran encina. «Igual que aquella tarde en que con ruido de metales en el aire comenzó esta historia —pensó mientras Argantio se acomodaba a su lado—; parece imposible que hayan transcurrido apenas cuatro días».

La voz del oretano vibró profunda en el silencio del bosque.

—Hace mucho tiempo floreció junto a la desembocadura del Betis un pueblo de ganaderos. Deberías ver aquellas tierras: son feraces, hay agua todo el año y los inviernos son suaves, la hierba crece junto a las marismas hasta la altura de la cadera de un hombre. De modo que los rebaños de bueyes de aquellas gentes se multiplicaron hasta que su renombre cruzó la tierra y el océano, y pueblos celtas descendieron desde el norte para instalarse en aquel país cálido y perfumado donde parecía fácil olvidar el hambre; marineros de cabello rubio y rostros impenetrables llegaron desde islas heladas trayendo consigo el arte de encontrar y trabajar los metales, y no tardaron en descubrir que las sierras de Ispania hervían de ellos.

»Pero la riqueza atrae siempre la codicia entre los hombres —Argantio miró a Gerión con una sonrisa desvaída en la comisura de los labios—. Una primavera, una flotilla de extrañas naves del levante, con remeros innumerables y velas cuadradas, amaneció anclada en la bahía por la que el río se convierte en océano, sembrando el pavor en los corazones de aquella gente. Apresuradamente se reunió una asamblea de hombres libres que decidió elegir a tres guerreros para ir a conocer las intenciones de los recién llegados. Ellos fueron los hijos de Crisaor, la sacerdotisa de los dioses del agua; sus nombres eran Laranu, Birisao y Gerión, el mayor de ellos, un hombre espléndido, justo y valiente, generoso y cabal. Debes saber que tal vez su sangre sea la tuya —Argantio calló un momento y Gerión sintió en el aire una densidad hecha de siglos.

—Continúa —murmuró.

—Los tres hermanos esperaron en la playa frente a los navíos hasta que una barca se apartó de estos y se aproximó gobernada por tres hombres con cascos de bronce cubriéndoles el rostro, hasta varar en la arena. Los guerreros pusieron pie en tierra y el que parecía tener el mando entre ellos se acercó a Gerión con una pesada copa de oro en las manos; era una pieza extraordinaria, con piedras preciosas incrustadas y filigranas finísimas recorriéndola de geometrías. El hombre habló con un acento tosco y bárbaro: «Nos llevaremos lo que necesitemos —dijo—, daos por pagados con la

copa». Gerión quedó desconcertado un momento mirando aquella joya y al levantar la vista vio que numerosas barcas se acercaban a la playa refulgiendo bronce. Intentó echar mano a la empuñadura de su espada, pero una hoja de hierro le atravesó de parte a parte; el extranjero gritó: «Soy Heracles, nos llevaremos cuanto necesitemos».

»Así comenzó un tiempo difícil. Los guerreros del mar pronto eliminaron la resistencia de los hombres mal armados y peor adiestrados que les salieron al paso y durante semanas saquearon las casas y los rebaños a su antojo. Y de todo el odio que ese tiempo alumbró, ninguno fue tan grande como el del niño Gerión, quien tras ver morir a su padre en la playa debió huir con su madre y hermanas y con muchos otros a la espesura. Desde un otero contempló los resplandores de su casa incendiada por los bárbaros y se juró levantar un reino que no pudiera ser pisoteado por piratas como aquellos, un reino que hasta los pueblos más lejanos conocieran y respetaran. Cuenta la leyenda que Gerión permaneció en su atalaya durante muchos días, indiferente a la fatiga y el hambre, hasta que un anochecer vio cómo los extranjeros volvían a sus naves con las barcazas cargadas de botín.

»Quién sabe el dios que visitó al chico en ese instante, que le hizo correr hasta la bahía y zambullirse en sus aguas oscuras…

»Poco a poco la noticia de la partida de los extranjeros corrió por los montes y familias famélicas comenzaron a emerger del bosque, a descender por las colinas, hasta que una multitud se congregó en la playa escrutando la oscuridad, tratando de convencerse de que los hombres del mar se habían marchado al fin. Alguien encendió una hoguera y luego otra y otra más, hasta que la noche se inflamó de luces, de risas y llantos, porque a pesar de la alegría todos tenían lutos que guardar. Y entonces, cuando el alba empezaba a teñir de color ceniza las dunas y la densa quietud del mar, surgió del agua Gerión cubierto de algas y, antes de derrumbarse sobre la arena, mostró a su pueblo un objeto que llevaba en las manos. Era la copa de Heracles. Al menos así lo cuenta la leyenda.

Argantio se detuvo y miró a Gerión. Este mantenía los ojos cerrados, como si quisiera convertir en imágenes detrás de los párpados las palabras que oía.

—¿Has traído agua? —preguntó el oretano, sintiendo en la garganta el olor a polvo y leña seca del mediodía—. Tendrás que darme un trago si quieres que siga hablando.

Gerión salió de su ensimismamiento y abrió los ojos con la expresión de estupor de quien despierta de un sueño profundo.

—Desde luego, y también algo de comer —dijo, sacando de un zurrón un pellejo de agua, un trozo de queso y unos rábanos—. Y ahora continúa, ¿fundó Gerión su reino?, ¿qué fue de la copa de Heracles?

Argantio bebió largamente y masticó un rábano con aire reflexivo antes de retomar su historia.

—Nadie sabe qué fue de la copa de Heracles. Tal vez se trate de una fantasía o quizá con el correr del tiempo le fueran arrancadas las piedras preciosas y terminara convertida en un lingote, o acabara en manos de un ladrón o de un algún comerciante de oriente.

»Con respecto al niño —continuó el oretano—, realmente terminó por fundar el reino que había soñado. Fue tan extraordinaria su aparición en la playa y la magnitud de su hazaña que allí mismo fue proclamado rey y, a pesar de su edad, demostró una prudencia y una capacidad que pronto hicieron crecer el respeto de todos. En una isla de la desembocadura del Betis trazó el perímetro de una nueva ciudad y le dio el nombre con el que entonces aquel pueblo llamaba al río: Tartessos. Gerión dedicó su vida a la ciudad y al reino recién nacidos: dictó leyes justas, armó un ejército capaz de mantener a raya a los pueblos del mar y a las tribus celtas del norte, abrió caminos y excavó nuevos pozos mineros en la sierra, construyó un puerto profundo y abrigado donde pronto comenzaron a recalar pesados navíos mercantes de levante en busca de plata y hierro, y barcos de esos países de septentrión donde dicen que el frío vuelve sólido el mar y la bruma no se disipa nunca, con sus vientres llenos de armas de bronce y lingotes de estaño. Un día murió aquel Gerión y tras él llegó otro, y después otros reyes de otros nombres y otras sangres; con ellos el nombre de Tartessos saltó de borda en borda y de boca en boca hasta que todos los pueblos del mundo supieron de él.

»Entonces ocurrió algo que habría de cambiar la suerte del reino. Los fenicios de Tiro, deslumbrados por la abundancia de metales de Tartessos, fundaron un emporio comercial en la isla de Eriteia, situada en la entrada de una amplia bahía al sur de la ciudad de Gerión, y lo llamaron Gádir, que en su lengua quiere decir “reducto”. Allí comenzaron a llegar mercancías fabulosas para pagar los metales tartésicos: cerámicas decoradas de los talleres de oriente, tejidos con motivos y colores nunca vistos, joyas habilísimamente trabajadas, y fue tal el éxito que tuvieron entre los tartesios y otros pueblos de Ispania que tras ellas vino un sinnúmero de artesanos fenicios a instalar sus propios talleres, y más tarde también sacerdotes, arquitectos, metalúrgicos, pescadores y armadores hasta que Gádir hirvió de prosperidad. Gádir creció bebiendo de la savia de Tartessos, como también Tartessos creció bebiendo

de la de Gádir. Pero mientras que los fenicios tenían poco que aprender de los tartesios, estos quedaron deslumbrados por la gran civilización de aquellos. De Gádir aprendió Tartessos a trabajar el barro con tornos giratorios y a obtener metales más puros con nuevas técnicas; de Gádir tomó Tartessos nuevos dioses y ritos y el más prodigioso de los inventos humanos: la escritura. Algo que también a ti parece haberte impresionado…

—Creí que odiabas a los púnicos —terció Gerión con frialdad—, y ahora cuando hablas de ellos en tu voz no encuentro sino admiración.

—Odio a los cartagineses, que siempre han traído consigo sangre y destrucción —respondió Argantio—, pero no a los fenicios, porque supieron dar tanto como recibieron. Claro que si Cartago envió sus ejércitos a Ispania fue porque sus hermanos de Gádir pidieron su auxilio cuando Tartessos advirtió que los fenicios se estaban volviendo demasiado poderosos y tomaron las armas contra ellos, pero cualquier pueblo habría recurrido en esas circunstancias a todos los medios a su alcance para defenderse. Los tartesios creyeron que eran lo bastante fuertes como para hacerse con la inmensa riqueza que fluía por las venas de Gádir: hacía poco tiempo que había muerto Argantonio, el rey tartesio más poderoso y longevo, pacífico y justo, y el reino se ensoberbeció con una riqueza que parecía ilimitada.

—¡Argantonio! —exclamó Gerión enarcando las cejas—, es un nombre muy parecido al tuyo.

—Argantonio dio a todos sus hijos nombres próximos al suyo. Argantio, hijo de Argantonio, fundó mi familia.

Gerión quedó en silencio, tratando de encajar todas las piezas del relato lleno de implicaciones que estaba escuchando.

—¿Qué ocurrió entonces? —preguntó.

—El ejército cartaginés se abatió sobre Tartessos como un vendaval irresistible. La ciudad fue arrasada hasta sus cimientos y, después, una tras otra todas las poblaciones tartesias fueron cayendo en manos de los invasores: Kalasce, Elibirge, Maenace, Herna y muchas más cuyo nombre ya no recordamos. Casi todos aceptaron el yugo de los nuevos amos, pero unos pocos centenares de familias, las más leales a la tradición o a la sangre del reino, huyeron río arriba llevando consigo aquella parte del tesoro de Argantonio que pudieron salvar y buscaron refugio en las serranías de donde brotan las aguas del Betis. Allí, entre escarpaduras y valles cortados en la roca, fundaron una ciudad donde conservar el aliento de Tartessos y proteger la herencia del reino y le dieron por nombre Curris[6], que en la vieja lengua quiere decir «memoria». En Curris los últimos tartesios vivieron largos años

sin contratiempos hasta que el aire transparente de las alturas les hizo pensar que la pesadilla de Cartago se había disuelto como una nube que cae tras el horizonte. Pero, un día, una gran masa de polvo alzándose despacio en la llanura al pie de los montes y un clamor amortiguado por la distancia les anunciaron que un nuevo ejército púnico estaba en camino hacia ellos. Todos, hasta los más niños, se congregaron ante el santuario de la ciudad aquella noche y discutieron qué hacer. Hubo quien, harto de huir, propuso una resistencia final en aquella agreste atalaya, pero eran demasiado pocos y las murallas —apresuradamente levantadas— demasiado frágiles para resistir la maquinaria de asedio cartaginesa. Los más reconocieron con dolor que era hora de ponerse de nuevo en marcha, y aún no había amanecido cuando una larga caravana de hombres y mujeres tristes comenzó a alejarse por la senda que habría de conducirles a la amplia llanura del este, cargando sobre mulas su valioso equipaje, sabiendo que antes de que transcurriera un día los púnicos tomarían la misma ruta siguiendo sus pasos. Tras ellos quedó Curris esperando al invasor, vacía y silenciosa.

»Fueron días terriblemente duros. Un grupo de guerreros quedó atrás tratando de obstaculizar la persecución cartaginesa, provocando desprendimientos de rocas sobre el camino y destruyendo los endebles puentes sobre los cortados; el tiempo que ganaron fue suficiente para que la columna de tartesios llegara al llano y en él encontrara un poblado abandonado donde buscar refugio, sobre un espolón que dominaba un mar de encinas y viñedos. El poblado parecía ser un asentamiento ibérico destruido por un incendio en fechas no muy lejanas, y en él encontraron un santuario consagrado a Iuno, la diosa íbera que los fenicios llaman Astarté, guardiana de los cultivos y los caballos, de la metalurgia y de la muerte. Bajo su protección celebraron esa noche una nueva asamblea. En ella, un pequeño grupo defendió crear un nuevo hogar para los tartesios, allí mismo o en los alrededores. “Los cartagineses no pueden seguir avanzando siempre —dijeron —; tal vez se sientan satisfechos con haber ocupado Curris, la última puerta al valle del Betis, y nos olviden. Al fin y al cabo no somos más que un puñado de fugitivos, y no tienen por qué conocer el valor de lo que llevamos con nosotros”. Pero la mayor parte quisieron continuar adelante: “No levantaremos un nuevo hogar para abandonarlo cuando un ejército púnico aparezca en el horizonte. Esta vez iremos lejos, muy lejos, a algún lugar donde el nombre y la amenaza de Cartago sean desconocidos y podamos ver crecer a nuestros hijos sin una sombra de temor en la mirada”.

»No fue posible un acuerdo: cada bando se mantuvo inamovible en su intención y a los argumentos del otro opuso los suyos, igualmente poderosos. Tras toda una noche de discusión, cuando el alba teñía de violeta la inmensidad de aquella tierra, resolvieron al fin que el grupo tendría que dividirse. Y así lo hicieron. Ese mismo día todos los exiliados sacrificaron corderos a la diosa y cada cual persiguió su sueño. Un gran número de los tartesios pusieron rumbo al norte, con la práctica totalidad del tesoro del reino, y nunca más se supo de ellos. Es asombroso… Ellos son la tribu olvidada de los que te habló tu antepasado, creo que él fue uno de ellos. Sus palabras —las tuyas— son la única noticia que hemos recibido de ellos hasta donde alcanza la memoria de mi familia. La última tierra de poniente, el río del olvido…

Siguió un largo silencio acuchillado por el canto de las chicharras.

—Comprendo tu emoción —dijo Gerión—, pero imagina tú la mía. Acabas de contarme mi propio origen hasta un pasado tan remoto que no pudo comprenderlo. Sabes más de mí que yo mismo, Argantio, y las voces de mis muertos te ayudan a resolver tus propios enigmas. Me dices que provengo del linaje del fundador de un reino fabuloso de antaño, que también tú eres descendiente de reyes… —Gerión sacudió lentamente la cabeza de un lado a otro, dándose tiempo para captar todas las implicaciones del relato que había escuchado—. Debes contarme ahora qué fue de los tuyos, qué azares hicieron que aparecieras tú un día en el país de los ólcades.

—Parece que los dioses han querido que, ante el regreso de los cartagineses, las dos mitades de Tartessos se encuentren de nuevo, Gerión —respondió el íbero hundiendo los dedos en la barba para rascarse el mentón—. Efectivamente Argantio, hijo de Argantonio, fue de los pocos que en aquel poblado decidieron poner término a la huida. Durante días otearon el llano, pero ninguna señal de los púnicos asomó al horizonte; como habían aventurado, Cartago parecía haberse dado por satisfecha asegurando las fértiles tierras del valle del Betis. Una tarde un grupo de íberos a caballo llegó ante la muralla; venían de una poderosa ciudad próxima, Hélike, plaza principal de los oretanos, y querían conocer el origen y las intenciones de los extranjeros. Argantio les habló en nombre de todos de su larga huida desde Tartessos, de la amenaza siempre próxima de los cartagineses, de su voluntad de establecerse en aquella nueva tierra para dejar que el tiempo les hiciera olvidar sus muchas pérdidas, y pidió a los oretanos hospitalidad y ayuda. Debieron de ser grandes y hermosas sus palabras en aquella hora, porque los

íberos les invitaron a regresar a su lado a Hélike y quedarse entre ellos, haciendo de la Oretania su nueva patria.

»Ya sabes que así fue. Utilizando la exigua porción del tesoro de Tartessos que habían conservado y el trabajo de sus manos, los tartesios de Argantio adquirieron propiedades y levantaron sus casas junto a la ancha muralla de Hélike, y poco a poco consiguieron que sus anfitriones les abrieran un hueco en su confianza y en la vida de su ciudad. En aquellos días Hélike y Kástulo se disputaban el papel de capital de la Oretania, y para los habitantes de Hélike fue notorio desde el primer momento que de los recién llegados tenían mucho que ganar. Y no les defraudamos. Les enseñamos muchas de las cosas que nosotros mismos habíamos aprendido de los fenicios y de otros pueblos, y pronto los hornos de fundición de Hélike empezaron a producir metales de mejor calidad, las joyas de los orfebres se enriquecieron con filigranas y granulados, los nuevos arados hicieron que el campo produjera más alimentos. Con el paso del tiempo empezaron a hacerse frecuentes los matrimonios entre oretanos y tartesios y casi llegó a olvidarse el origen de aquellos fugitivos que un día habían arribado huyendo de las tropas de Cartago. De entre sus descendientes terminaron por salir jefes guerreros y sacerdotes, e incluso el rey que hoy gobierna Hélike.

—¿Orissón es un tartesio? —se sorprendió Gerión. La fama y el nombre del rey oretano hacía mucho que habían llegado hasta Cirmo.

—Orissón es un oretano cuya familia ha mantenido puros el recuerdo y la sangre de Tartessos… —contestó Argantio, y pareció titubear un momento, como si hubiera olvidado de pronto las palabras que se disponía a decir.

Gerión buscó en la mirada del íbero una explicación a su repentino silencio y creyó percibir un conflicto, una duda en ella.

Argantio dejó escapar un suspiro y continuó hablando lenta, cautelosamente.

—Hay algo que debo decirte, pero de que mantengas el secreto puede depender la suerte de todos nosotros.

Gerión asintió.

—Argantio es mi nombre tartesio, pero entre los oretanos soy conocido como Orissón.

Gerión dio un respingo y miró al oretano con abierta incredulidad. Tras la larga historia que había escuchado, pensaba que su capacidad de sorpresa estaba agotada, pero la última revelación de Argantio superaba todo lo demás.

—¿Tú, Orissón, el rey de Hélike? —acertó a decir al fin.

—Entiendo que te cueste creerlo, pero así es.

—¡Y lo dices ahora! ¿Pero por qué no te diste a conocer al llegar a Cirmo? Los hombres te habrían tratado de otro modo; Meronio se enfadará cuando descubra que ha alojado en su casa al rey de Hélike sin saberlo. ¿Y cómo es posible que hayas abandonado tu ciudad en su momento de mayor peligro?

—No levantes la voz, Gerión, te lo ruego —dijo Argantio con un filo de severidad en la voz—, te he dicho que es importante que esto permanezca en secreto. Salí de Hélike porque la asamblea de los oretanos decidió que la ciudad nunca derrotaría a Amílcar sin contar con el auxilio de otras tribus, o al menos sin impedir que esas tribus se pusieran al servicio de los cartagineses. Convencí a los ancianos y los guerreros de que, estando la defensa de la ciudad bien organizada, sería más útil que yo mismo tratara de obtener la ayuda que necesitamos. Pero si Amílcar supiera que el rey de la única ciudad íbera que hasta ahora ha resistido a su ejército anda desprotegido por los caminos de Celtiberia, no ahorraría esfuerzos para capturarlo o matarlo. Sin ninguna duda hay en estas tierras gente dispuesta a hacerlo por él a cambio de una buena cantidad de dinero.

—¿Te refieres a Asúrix? —preguntó Gerión.

—Tal vez —murmuró Argantio—, pero no solo él. Los caminos están llenos de mercaderes y artesanos fenicios que seguramente trabajan ya a las órdenes de Amílcar. Tiene suficiente dinero e influencia como para hacer de vuestro país un lugar peligroso.

—¡Un momento! —interrumpió Gerión tratando de contener su agitación —, tal vez Amílcar lo haya sabido desde el primer momento. ¿Por qué si no os siguió desde Hélike la tropa de Magón?

—Amílcar ya no cuenta con espías en Hélike. Por supuesto que los tuvo, mas supimos dar con ellos y ya no los tiene —Argantio esbozó una mueca de disgusto—. Pero aunque mis compañeros y yo conseguimos huir de la ciudad sin ser vistos, no es fácil que un grupo de íberos pase inadvertido en estos días por los caminos. La noticia llegó pronto hasta Amílcar y envió a Magón al mando de un destacamento para terminar con lo que parecía solo una partida de guerreros desesperados. Si hubiera sabido que yo estaba entre ellos, habría armado una fuerza que ni mi grupo ni toda tu gente habrían sido capaces de resistir. Y si hoy lo supiera, en pocos días esa fuerza estaría acampada frente a las murallas de Cirmo o de cualquier ciudad de los ólcades que me acogiera. Sin duda Amílcar piensa que si acabara conmigo la resistencia de Hélike se desmoronaría en poco tiempo.

Gerión ponderó el relato de Argantio. La historia que acababa de escuchar parecía hecha de la materia de los sueños: un reino legendario fundado por sus antepasados, ciudades levantadas de la nada y destruidas por las armas de Cartago, la copa de Heracles, los últimos tartesios huyendo con el tesoro de Argantonio, el famoso Orissón revelándole sus secretos en el encinar solitario. «Tal vez sea solo un sueño, pero el más grande de mi vida —se dijo —, y juro por todos los dioses que lo recorreré hasta donde quiera llevarme».

En ese momento Argantio le posó la mano suavemente en el brazo y con un gesto le indicó que guardara silencio. Gerión escuchó atentamente durante lo que le pareció un largo rato, pero nada llegó a sus oídos distinto de los familiares sonidos del bosque: el canto ocasional de un pájaro, el ritmo metálico de las chicharras, los tenues gemidos de los troncos, una voz amortiguada llegando desde la llanura. Entonces lo oyó. Un leve crujido, un roce. Miró al oretano y este le señaló una densa mata de retama a unos quince pasos de donde ellos estaban. Ambos se levantaron sin ruido y avanzaron hacia allí con las manos en las empuñaduras de sus espadas. Gerión desenfundó lentamente y, de pronto, abandonando todo sigilo, trazó con la hoja de hierro un amplio movimiento que segó la retama tan limpiamente como si hubiera sido hierba seca. Miró tras ella y en su rostro se dibujó primero una expresión de sorpresa, después de alivio y, por último, un inmenso enfado.

—¡Mimbro!

Tras las ramas caídas un niño se ovillaba temblando de miedo. Argantio se quedó mirándolo estupefacto, con la espada desnuda aún en la mano, sin saber qué hacer.

—Lo liquidaría ahora mismo si no fuera porque tu madre se lo tomaría como una tremenda afrenta, siendo como soy su huésped —contestó, sin poder evitar una sonrisa al ver los ojos abiertos como platos de Mimbro. Pero la broma duró solo un instante; una honda preocupación se instaló de inmediato en su semblante—. Si tu hermano ha oído todo lo que te he contado, corremos todos un grave riesgo.

Gerión agarró a Mimbro de una oreja y lo sacó de su escondite ignorando sus gemidos de dolor.

—Pero ¿se puede saber qué estás haciendo aquí, cómo se te ocurre abandonar el rebaño y venir a espiarnos? ¿No te das cuenta de que podíamos haberte matado antes de descubrir quién eras?

Gerión inspiró profundamente tratando de controlar su ira. Mimbro miró a su hermano con los ojos húmedos de lágrimas y la boca entreabierta, incapaz

de pronunciar una sola palabra.

—Es un niño, Gerión, apacíguate —terció Argantio—. Creo que somos nosotros quienes debemos sentirnos avergonzados por nuestra imprudencia, cualquier otro podría haber ocupado su lugar. Y ahora —continuó, dirigiéndose a Mimbro con voz suave— debes decirnos si alguien puede haberte seguido hasta aquí y cuánto de lo que hemos dicho has escuchado.

—¡Claro que nadie me ha seguido! —protestó el niño, recuperando rápidamente el aplomo. En su voz había una nítida nota de gratitud hacia el oretano—. Y no era mi intención espiar. Yo estaba como todos los días aburriéndome con el rebaño en la llanura y os vi alejaros por el camino hacia aquí. Pensé que lo cortés era acercarme a presentarte mis respetos y le pedí al primo Vereino, que andaba por allí cerca tan aburrido como yo, que me cuidara un rato las ovejas. Corrí todo lo que pude, pero cuando llegué estabais ya en mitad de la conversación y no quise interrumpir, así que me senté tras la retama a esperar a que terminaras. Y…, bueno, es verdad que no pude evitar escuchar la mayor parte de tu historia —una sonrisa pícara iluminó su rostro —. Pero te juro que jamás una sola palabra saldrá de mi boca, rey Orissón, y que siempre podrás contar conmigo para darles una lección a esos perros cartagineses.

Argantio sonrió y el propio Gerión sintió que se le disipaba el enfado.

—Escúchame bien, Mimbro —dijo Argantio, colocando con gran solemnidad sus manos sobre los hombros del niño y mirándole intensamente a los ojos—. Acepto y agradezco tu amistad y te ofrezco la mía. Pero jamás, bajo ninguna circunstancia, dirás a nadie una sola palabra de lo que has oído mientras «esperabas a que terminara nuestra conversación». Jamás me llamarás rey Orissón, ni me mostrarás más respeto que el que se debe a un guerrero de otro pueblo que disfruta de la hospitalidad de tu casa. Jamás volverás a tomarte como un juego de niños asuntos de los que pueden depender las vidas de todos nosotros. Tú sabes que no te comportaste como se espera de un buen celtíbero, pero dejémoslo correr por esta vez. Si sabes ser prudente, tendrás mi reconocimiento y el de mi pueblo.

Mimbro se quedó mirando de hito en hito a Argantio, como si la voz amable pero llena de autoridad de este le hubiera envuelto en un hechizo. Sin saber por qué, sorprendiéndose incluso a sí mismo, hincó una rodilla en tierra y, tomando la mano derecha del rey íbero, la besó. Cuando habló, su voz pareció de pronto la de un adulto.

—Será como has dicho. Juro ante los dioses que te guardaré lealtad mientras viva.

—Vamos, vamos, no hace falta que hagas esos juramentos tan terribles —dijo Argantio, sonriendo mientras hacía levantarse a Mimbro—. Aun sin ellos puedes considerarte perdonado, ¿no te parece, Ge…?

Se interrumpió al ver la expresión de Gerión. Este parecía al mismo tiempo furioso y triste.

—Pero ¿qué estás diciendo, Mimbro, es que te has vuelto loco? Sabes perfectamente que el juramento de devoción solo le está permitido a los guerreros.

—Ya está hecho —respondió Mimbro.

—Has invocado el nombre de los dioses sin derecho a hacerlo —dijo Gerión, abrazando con ternura a su hermano—. El tiempo dirá si has atraído su ira hacia nosotros.

Argantio se alejó unos pasos, con la imagen del abrazo de los dos hermanos grabada en su ánimo. Por supuesto conocía la *devoción* celtibérica, ese vínculo de lealtad entre un jefe y sus guerreros que llegaba hasta la muerte e incluso más allá de ella. Pero de ningún modo creía que las palabras de un niño como Mimbro fueran suficientes para crear un compromiso semejante. Silbó para llamar a su caballo, mientras una punzada de tristeza le recordaba que seguramente nada sería igual en Cirmo tras su visita.

CAPÍTULO VI

LA noche era dulce y serena, cargada de luz de luna y del perfume de los romeros floreciendo en el páramo. Ello hacía aún mayor la sensación de agitación y revuelo que se respiraba en la ciudadela, con grupos de guerreros hablando aquí y allá. Meronio se mantenía erguido, inmóvil y silencioso a escasos pasos de la hoguera, dando una impresión de firme calma acaso ensombrecida por un filo de tensión. O de impaciencia. En ese momento se abrió el portón del muro y por él entraron Gerión y Argantio, extendiendo sobre la asamblea un denso silencio.

A Gerión le llamó la atención de inmediato que Meronio llevara colgando sobre sus hombros, desplegado sobre el pecho y la espalda, el magnífico adorno de discos de plata que le señalaba como jefe del poblado. «Tal vez no sea a Argantio a quien quiera recordar su autoridad esta noche», pensó. Meronio hizo al oretano un gesto para que se aproximara mientras los hombres se sentaban alrededor del fuego; Gerión entendió que esa noche sería un guerrero más y buscó con la mirada a su amigo Saunio, hallándolo junto a Tirtanios cerca de la pared del torreón, casi fuera del alcance del resplandor de la hoguera. «De modo que así son las normas de la jerarquía —se dijo—; tendré que hacerme a la idea de que he dejado de ser el primero de los muchachos para convertirme en el último de los guerreros. Por ahora». Al rodear el círculo de hombres vio entre ellos a Asúrix; parecía expectante y tenso. «Como quien se prepara para entrar en combate», pensó inquieto. Cuando llegó hasta donde se encontraban sus amigos y se acomodó junto a ellos, intercambiando sonrisas, Meronio comenzó a hablar.

—¡Extranjero! —dijo, con su voz clara resonando en los muros de piedra —. Soy Meronio, hombre principal de Cirmo por voluntad de sus guerreros. Si vienes con ánimo de paz, sé bienvenido en esta asamblea.

—Te saludo, Meronio, y saludo también a los guerreros de Cirmo —a pesar de su levísimo acento íbero, las palabras de Argantio vibraron con un timbre majestuoso—. Yo soy Argantio, guerrero oretano, y he venido para que el rey Orissón de Hélike hable por mi boca —en su rincón, Gerión sonrió pensando que nadie podría acusar a su amigo de haber mentido—. Agradezco vuestra hospitalidad y vuestra ayuda, a los ólcades de Cirmo debo mi vida.

Pero aunque nada sea tan grato a mi ánimo como la paz, hoy vengo a hablaros de guerra.

Un vivo rumor recorrió la asamblea. «Tienes la voz y la habilidad de un rey, Argantio —se dijo Gerión—, pero esta noche no todos están dispuestos a ser convencidos».

—Las palabras de Orissón serán escuchadas con respeto por esta asamblea —respondió Meronio, dando por terminado el intercambio de cortesías—. Habla ya, que son muchas las preguntas que tienes que respondernos: si lo que nos contó Gerión es cierto, el ejército cartaginés está a las puertas de Hélike. No imaginábamos un avance tan rápido de Amílcar en la Oretania. Debemos saber con cuántas fuerzas cuenta y a qué has venido tú al país de los ólcades perseguido por una tropa de púnicos. Habla ya, oretano, que no es la paciencia virtud de los celtíberos.

—Ni hablar con palabras huecas defecto de los oretanos, jefe Meronio —contestó Argantio—. Espero poder contestar a esas preguntas. En primer lugar, nosotros mismos nos hemos visto sorprendidos por la velocidad del avance de los cartagineses. Hasta hace un año la guerra había progresado mucho más lentamente. Amílcar se había visto obligado a desviar parte de su atención y de sus tropas hacia la revuelta de las tribus libias que habitan las montañas cercanas al gran desierto del otro lado del mar, y los turdetanos pudieron reunir un magnífico ejército, cuyo contingente principal lo formaban tres mil guerreros celtíberos, a quienes fiaron sus esperanzas de libertad. Entre los celtíberos había gente de muchos pueblos: arévacos, pelendones, titos y belos, y para el mando de todos ellos fueron elegidos dos hermanos, ólcades como vosotros. Sus nombres eran Istolacio e Indortes y procedían de Arecorata; tal vez vosotros mismos los hayáis conocido o al menos sus nombres no os sean extraños.

Argantio hizo una pausa para observar la reacción de su auditorio. Algunos hombres hicieron gestos de asentimiento o de sorpresa, otros cuchichearon entre sí, pero de inmediato volvieron su atención hacia él; era evidente que había conseguido despertar su interés. «Tal vez aún no sepan lo que he venido a pedirles —se dijo—, pero no he conocido a ningún celtíbero que no disfrute con una buena historia».

—Istolacio e Indortes mantuvieron ocupado a Amílcar durante muchos meses —prosiguió Argantio—. Siendo como era su tropa muy inferior en número, evitaron siempre el combate frontal y prefirieron atacar una y otra vez en los momentos y lugares más insospechados para desaparecer de nuevo, desbaratando las líneas de aprovisionamiento de Amílcar, acosando a su

vanguardia y a sus forrajeadores, auxiliando a las poblaciones que aún combatían a los púnicos. Pocas veces Ispania ha visto un coraje, una habilidad y una resistencia como los de vuestros compatriotas en la Turdetania.

Exclamaciones de admiración y orgullo se elevaron entre los hombres. «Es bueno tu amigo —susurró Saunio al oído de Gerión—, está poniendo a todos de su parte».

—Amílcar ideó la forma de terminar con lo que se estaba convirtiendo para él en una pesadilla: envió un emisario para ofrecer a los celtíberos una inmensa cantidad de oro por cambiarse de bando. Istolacio e Indortes reunieron a su ejército en las proximidades de Carmo, en el valle medio del Betis, para decidir en asamblea sobre la propuesta del púnico. Pero los cartagineses tienen espías en todas partes, incluso en los ejércitos que les combaten, y en la madrugada del día siguiente a su reunión los celtíberos descubrieron que el ejército de Amílcar, con quince mil hombres a pie y ochocientos jinetes, los había rodeado completamente. Tal vez aún así habrían podido plantar cara, pero el general de Cartago les reservaba una última sorpresa: una primera línea de inmensos animales monstruosos, con la altura de tres hombres y una piel más dura que el cuero viejo, con colmillos de dos pasos de longitud y un gran brazo en el centro del rostro. Tal vez penséis que estos monstruos son una invención, pero hoy están frente a las murallas de Hélike para que vaya a verlos quien dude de mi palabra. Los llaman «elefantes».

»La confusión de los celtíberos fue tan grande que cuando aquellas bestias avanzaron hacia ellos, haciendo retumbar la tierra con sus pasos y con los terribles mugidos que lanzaban, la gran mayoría se arrojó al suelo pensando que eran los mismos dioses quienes acudían al combate.

—¿Y qué ocurrió entonces? —preguntó alguien—, ¿qué fue de los dos ólcades?

—Istolacio e Indortes lucharon mientras pudieron, y no fueron pocos los púnicos que por su hierro dejaron la sangre en aquella tierra amarilla siempre sedienta, pero eran tantos los adversarios que terminaron por ser reducidos. Entonces Amílcar Barca, en venganza por la lealtad que aquellos dos hombres nobles habían mantenido hacia los turdetanos, con sus propias manos les arrancó los ojos y la lengua, y los hizo crucificar para que murieran lentamente junto a la Vía Heraclea, a la vista de los viajeros que habían de pasar por ella. Muchos hombres pueden confirmar que es verdad lo que digo —la voz de Argantio pareció quedar suspendida por un momento en el aire, grave y cargada de dolor—. Por una cantidad muy inferior a la que

inicialmente había ofrecido el cartaginés, viendo a sus jefes mutilados y agonizantes, confundido y atemorizado, el ejército celtíbero se puso al servicio de Amílcar. Y con él siguen hasta el día de hoy, bajo el mando de un lusón de nombre Tilego.

Un silencio denso y pesado como una losa de piedra se extendió sobre la asamblea.

—Cuando la noticia corrió por los caminos de la Turdetania —continuó Argantio—, fue tal la desesperanza que causó que, comenzando por la propia Carmo, una tras otra todas las ciudades del Betis abrieron sus puertas a los cartagineses rogando clemencia. Y, siendo como es Amílcar tan hábil como cruel, supo mostrarse magnánimo ante los rendidos, prohibiendo a su gente, bajo pena de muerte, causar ningún daño a todos aquellos turdetanos que no hubieran derramado sangre púnica. Así cayó en manos de Cartago el más antiguo y poderoso pueblo íbero, cuyo territorio alcanzaba desde el océano hasta no muy lejos de donde el gran río nace entre barrancos. Así llegó el Bárquida con un ejército aún más temible hasta tierras de túrdulos y a la Oretania, y tampoco allí se atrevió nadie a plantarle cara: ni en la antigua Ipolka[7], ni aun en Kástulo, la más rica de nuestras ciudades, desde la que un día brotaron metales innumerables para las forjas de todos los pueblos del mar de levante.

»En Kástulo decidió Amílcar instalar su campamento para dar descanso a su ejército y pasar el invierno, y en la inactividad de las noches largas y cargadas de lluvia quisieron los dioses poner en el ánimo del púnico el propósito de levantar una ciudad no lejos de la oretana. Tal vez fuera porque sabía que nada es más peligroso para un general que un ejército ocioso durante largo tiempo, y así sus hombres dedicaron su esfuerzo a trazar calles, excavar cimientos y levantar murallas y torreones. Para que su ciudad fuera al tiempo sólida y hermosa, Amílcar hizo abrir canteras en las limpias calizas de las sierras, y así nació Akra Leuke, o Castillo Blanco. Ya han comenzado a llegar hasta ella púnicos e íberos de todos los oficios, pensando que tal vez esa ciudad aún vacía sea más pronto que tarde la capital de Cartago en Ispania. A tan solo catorce días de marcha de Cirmo.

»Aunque las nuevas del fin del ejército celtíbero no llegaron a Hélike sino como un rumor confuso e impreciso, la de la caída de Kástulo sí se conoció de inmediato en nuestra ciudad, y a ninguno nos cupo duda de que seríamos el siguiente objetivo de Amílcar. El rey Orissón convocó por ello una asamblea de guerreros y ancianos y en ella fueron parejos en número los que propusieron buscar una rendición digna como habían hecho nuestros

hermanos de Kástulo y los que se declararon dispuestos a defender con sus vidas la libertad de Hélike y el honor de toda la Oretania. Todos volvieron entonces la vista al rey, sabiendo que su voluntad habría de decidir la cuestión, y a casi nadie sorprendió que tomara partido por los que se negaban a aceptar el yugo de los púnicos. Yo estuve allí: os digo que Orissón pronunció ese día un discurso que llevó hasta a los corazones más acobardados el ánimo de resistir, y la ciudad dedicó el invierno a forjar armas y acumular víveres, a reforzar las murallas y excavar trincheras que los elefantes cartagineses no pudieran saltar.

«No es extraño, si hablaste ese día como lo estás haciendo hoy», se dijo Gerión, sintiendo un profundo orgullo por haber salvado la vida de ese hombre que resultó ser un rey y que le había brindado su amistad. Por primera vez se le ocurrió pensar que tal vez él mismo, Gerión, un muchacho ólcade que hasta aquel día del bosque no había hecho más que pastorear ovejas y jugar a los guerreros con sus amigos de Cirmo, podía haber desviado el rumbo no ya de su pueblo, sino de toda la Oretania. Miró a su alrededor y vio que los hombres contenían el aliento, pendientes de cada palabra que salía de los labios de Argantio.

—Tan pronto como los tempranos calores del alto Betis secaron el barro de los caminos, Amílcar se puso de nuevo en marcha dejando en Akra Leuke una guarnición para vigilar la nueva ciudad, aún frágilmente amurallada, y asegurar la sumisión de los oretanos de Kástulo. Poco después, hace cuarenta días, los guerreros de guardia en las torres de Hélike avistaron en el horizonte las primeras unidades del ejército cartaginés. Pero se encontraron las puertas cerradas y los parapetos erizados de metal. Esta vez los oretanos los estábamos esperando.

»Así dio comienzo el sitio de Hélike. Un día tras otro intentaron los cartagineses asaltar nuestras murallas, y cada vez tuvieron que retirarse dejando a muchos de los suyos en el campo de batalla. También nosotros hicimos una salida en una noche sin luna, y, aunque perdimos a no pocos guerreros, matamos a muchos de los suyos. Pero hicimos algo quizás más importante: descubrimos que los elefantes son animales al fin y al cabo, y como tales mueren cuando reciben suficiente hierro en el vientre o el cuello. Y mostramos a Amílcar que en las noches oscuras podían llegar hasta su tienda cuchillos oretanos. Pero el púnico es tenaz y, al contrario que a Hélike, le sobran los hombres, el tiempo y los alimentos. Comprendimos que, aunque pudiéramos resistir una, o dos, o doce lunas, jamás conseguiríamos derrotarle si no convocábamos a otros pueblos en nuestra ayuda. Orissón decidió reunir

a un grupo de guerreros y enviarlos bajo mi mando a comprobar si en esta hora decisiva para Ispania los celtíberos se pondrían de parte del invasor o de los hombres libres.

»Pudimos cruzar el cerco sin ser vistos la noche siguiente, cuando los cartagineses estaban ocupados reforzando las defensas de su campamento en previsión de un nuevo ataque, y, avanzando de noche y descansando de día, alcanzamos en la madrugada de la cuarta jornada las murallas de la ciudad ólcade de Belgeda. Pero sus puertas permanecieron cerradas para nosotros: desde lo alto del torreón un guerrero nos gritó que Belgeda no tomaría partido en esta guerra y nos ordenó que continuáramos nuestro camino. Creímos entonces que vuestros hermanos habrían ya alcanzado un acuerdo con Amílcar para ponerse de su lado o, al menos, para no luchar en su contra. Lo supimos con certeza cuando tres días después una patrulla cartaginesa nos dio alcance al caer la tarde, no lejos de aquí, en el camino de Arecorata. Sin duda fueron los propios hombres de Belgeda quienes dieron aviso a Amílcar de nuestra misión, y a los púnicos les fue fácil recuperar el tiempo perdido cabalgando con caballos de refresco y sin necesidad de tomar precauciones para no ser vistos. El resto ya lo sabéis: todos mis compañeros murieron a manos de la tropa del capitán cartaginés, Magón, y ese habría sido también mi fin si no hubiera aparecido Gerión aquel anochecer en el bosque, y si no fuera un arquero extraordinario. Gracias a él, y a Cirmo, me he salvado yo y, tal vez, la esperanza de mi pueblo.

Argantio hizo una pausa e inspiró profundamente. Su historia llegaba a su fin.

—Ahora os ruego que escuchéis lo que he venido a pediros —dijo lentamente—. Hélike necesita la ayuda de los ólcades. Ojalá fuera posible pedírsela también a los lobetanos, los turboletas y otros pueblos celtíberos del norte, pero tal vez mi ciudad no pueda resistir mucho tiempo; el auxilio deberá venir de los ólcades, o no vendrá. Mas sabed que no vengo para contratar mercenarios, sino para establecer una alianza de pueblos libres. Hélike es lo único que se opone a que el Bárquida tenga despejado el camino a vuestro país, y luchar por ella es luchar por vosotros mismos. Luchar hoy por mi ciudad tal vez evite que mañana lo tengáis que hacer por las vuestras. Amílcar sabe bien que vuestros montes están colmados de hierro y que en vuestros ríos abunda la plata, y de ninguna otra cosa tiene tanta sed como de metales. Si cae Hélike, no os quepa duda de que Amílcar vendrá. La libertad de Hélike es en este tiempo de sangre la garantía de la vuestra.

Transcurrieron algunos segundos antes de que los hombres advirtieran que Argantio había concluido. Uno tras otro fueron volviendo su mirada hacia Meronio: era como si la voz del íbero hubiera tejido un encantamiento que solo el jefe podría romper. Por un momento Gerión temió que fuera Asúrix quien empezara a hablar.

—Ha sido una buena historia la tuya, extranjero, pero, aunque larga, no lo explica todo —comenzó Meronio al fin—. Sin duda sabes que los ólcades no somos un pueblo numeroso: con todos los hombres dispuestos al combate no seríamos capaces de reunir un ejército de más de cinco o seis mil guerreros. Y sería necesario convencer a otros más decisivos que nosotros; no olvides que le estás hablando a la asamblea de un poblado que solo tiene cincuenta. Pero aunque consiguieras que Arecorata, Ercavica y algunos otros atendieran tu llamada, unos pocos millares de guerreros ólcades nada podrían hacer contra los casi veinte mil que dices tiene Amílcar. Lo que pides es un absurdo suicidio.

Argantio se disponía a responder cuando Meronio le detuvo con un gesto.

—Y hay algo más —añadió—. Según tus palabras, tres mil hombres del ejército del púnico son celtíberos. Yo no mataré a mis hermanos para defender a los oretanos, y no creo que lo haga ninguno de los ólcades.

Gerión se sintió desolado. Las objeciones de Meronio eran evidentes y levantaron un inmediato rumor de asentimiento. Le pareció que el efecto del discurso de Argantio se disolvía en la brisa fresca que había comenzado a soplar.

—No olvides a los cuatro mil oretanos que resisten dentro de Hélike, Meronio —dijo el íbero—. Tal vez eso también parezca un absurdo suicidio, pero lo preferimos a vernos gobernados por un cartaginés que crucifica a sus adversarios más valerosos y sacrifica niños a sus dioses. Y yo también tengo algo más —Gerión creyó advertir un titubeo en la voz de Argantio—. Hemos recibido un mensaje de Tilego, el lusón que puso Amílcar al frente de sus celtíberos. No han olvidado a Istolacio e Indortes y sienten como una deshonra su derrota de aquel día, están cansados de que el Bárquida los coloque siempre en la primera línea y se retrasa el cobro de su soldada. Se pasarán a nuestro lado si les pagamos lo que debían cobrar por toda la campaña. En Hélike se está fundiendo hasta la última joya de oro para reunir la cantidad fijada: ocho talentos.

Un hombre con mirada afilada, larga cabellera rubia y un grueso torques de oro al cuello se puso en pie. Llevaba los brazos cubiertos de brazaletes y un cinturón de placas de bronce le ceñía la cintura: su aspecto señorial parecía

ir parejo a su riqueza. Era Ariolaco, el padre de Saunio, uno de los más estrechos amigos de Meronio. Cuando el padre de Gerión aún vivía, los tres habían sido compañeros inseparables de correrías.

—Con los celtíberos de Tilego tal vez podríamos derrotar a Amílcar, extranjero —dijo—, pero no veo cómo van a poder cambiar de bando si les rodean los otros dieciséis mil guerreros del ejército cartaginés.

—Tienes razón —señaló Argantio—. Por eso es necesario que Amílcar reciba un ataque desde el exterior: los púnicos deberán dividirse para hacer frente a los atacantes sin abandonar el sitio de Hélike. Si en ese momento se produce la salida de los guerreros de la ciudad, la confusión será grande y Amílcar tendrá que dirigir a sus tropas en dos frentes a la vez. Tilego y los suyos aprovecharán ese momento para volver sus armas contra los cartagineses.

Ariolaco asintió y volvió a sentarse en el suelo. No lejos de él se levantó un guerrero pelirrojo con la cara enrojecida; «Barimno ha bebido esta noche más de la cuenta», pensó Gerión, advirtiendo que el hombre cruzaba una fugaz mirada con Asúrix antes de comenzar a hablar.

—¿Es que quieres que muramos todos, oretano? —preguntó casi gritando, con un timbre pastoso en la voz—. Si dices que en Carmo tres mil celtíberos fueron incapaces de enfrentarse a los elefantes de Amílcar, está claro que pretendes conducirnos a los ólcades a la misma suerte. ¡Tal vez hayáis llegado a un acuerdo con él para quitarnos de en medio y repartiros nuestras tierras!

—Si no estuviera acogido a vuestra hospitalidad, cualquier hombre tomaría tus palabras como una ofensa —contestó Argantio, endureciendo de pronto la expresión de su rostro—. Cada día que pasa mi gente está muriendo en las murallas de Hélike, justamente por rechazar cualquier acuerdo con el púnico. Gracias a ellos estamos hablando aquí esta noche libres y seguros, no lo olvidéis; aceptaremos luchar solos, pero no que nos insulten aquellos a quienes buscamos como aliados —hizo una pausa y miró a su alrededor. Barimno pareció querer decir algo, pero a duras penas podía mantenerse en pie—. Y respecto a los elefantes, os he dicho que los oretanos hemos aprendido que es posible matarlos si no falta el coraje. Además, solo son efectivos en una batalla a campo abierto, pero no entre los huertos y bancales que se extienden a los pies de Hélike…

—Cirmo te ha recibido con amistad —interrumpió Meronio—, te hemos alojado en nuestras casas y te hemos curado de tus heridas, te hemos dado además voz en nuestra asamblea asegurándonos el ánimo de venganza de los cartagineses. Así que no seas rápido para sentirte ofendido entre nuestros

muros, Argantio. Ahora nos pides que te acompañemos a luchar contra un general cuyo nombre despierta pavor en toda Ispania, en una empresa llena de incertidumbre para la que solo contamos con tu palabra. Debes darnos alguna muestra de que todo es como dices.

—Y ¿cómo hacerlo? —preguntó Argantio—. No puedo mostraros otra cosa que las cabezas púnicas que Gerión trajo de nuestro encuentro en el bosque y la herida de flecha con que llegué hasta vosotros. Pero prestad atención a las voces que recorren los caminos, id a Arecorata o a Belgeda, adonde los vientos de guerra han llegado antes que a Cirmo.

Un grito áspero y feroz hizo callar el incesante rumor de la asamblea.

—¡¡Basta!!

Asúrix se levantó lentamente. Parecía fuera de sí: a pesar del frescor creciente de la noche, sudaba copiosamente y en sus ojos bailaban los resplandores del fuego con un intenso color carmesí, y mantenía violentamente apretados los puños y la mandíbula.

—¡Ya basta de palabrería íbera! —aulló—. ¿No os dais cuenta de que este extranjero está embaucándonos a todos con sus dulces palabras? —Asúrix hizo una pausa, recorriendo con la mirada los rostros expectantes de los guerreros—. ¿Es que vamos a permitir que un oretano fugitivo nos lleve a una guerra que solo a él conviene, es que vamos a creer todas las mentiras que nos ha dicho? ¡Yo digo no! ¡No a que un solo ólcade pierda la vida en una guerra que no es la suya, contra un enemigo que no es el suyo!

Argantio se mantenía imperturbable, como si llevara toda la noche esperando este momento. Miró a Meronio y vio que también este sudaba contemplando fijamente a Asúrix; en sus ojos refulgía una hostilidad próxima al odio. «Ciertamente no es la mía la única guerra que se disputa esta noche», pensó volviendo la atención a Asúrix, quien en ese momento comenzó a dirigirse directamente hacia él.

—Nada de lo que os ocurra nos concierne, íbero, porque nunca hemos recibido nada bueno de vosotros. Siempre nos habéis tratado con arrogancia, como si fuéramos unos pobres salvajes. ¡Qué estúpidos! ¿Pensáis acaso que nos impresionan vuestras delicadas túnicas o vuestros afeminados perfumes? ¡No y mil veces no! Nosotros somos hombres libres, pero vosotros sois y habéis sido siempre esclavos de los púnicos. ¿O no es cierto que como ellos adoráis a Tánit y a Reshef y honráis a vuestros muertos danzando en círculo cogidos de la mano? Ellos os han enseñado a escribir y a construir casas, a convertiros en animales sin juicio bebiendo vino, a buscar en los montes los metales que ellos quieren. Ellos se han ganado vuestra sumisión con finas

porcelanas y brillantes joyas, y vosotros habéis creído ser más grandes pareciéndoos a ellos. Esta no es nuestra guerra, íbero, es la vuestra. Habéis cometido el terrible error de levantaros contra vuestros amos y ahora debéis pagar por ello: mostrad al menos coraje y no vengáis a mendigar ayuda a quienes siempre vivieron dignamente, sin aceptar otra servidumbre que la de los dioses y la muerte.

Gerión sintió un estremecimiento. Despreciaba a Asúrix más que a ninguna otra persona, y desde el primer momento se había jurado que estaría con Argantio hasta el final, pero sabía que las palabras de aquel habían causado una honda impresión en la asamblea. Sintió el impulso de levantarse y defender él mismo la causa de Hélike, pero entonces Argantio comenzó a hablar.

—¿Qué te hemos hecho, Asúrix, para que nos odies de ese modo? Jamás en tu vida y la mía se han enfrentado nuestros pueblos en el campo de batalla. Nos hemos tratado siempre con respeto aunque sean distintos nuestros orígenes, hemos comerciado y aprendido cada uno la lengua del otro, muchos de los nuestros están unidos por negocios comunes y aun por matrimonio. ¿Quién ha puesto ese veneno en tu lengua y tu pecho?

—¿Qué estás insinuando? —interrumpió Asúrix, inclinándose ligeramente hacia delante como si se dispusiera a saltar sobre el íbero.

—Nada que tú mismo no des a entender —respondió Argantio—. Nos acusas de ser esclavos de los púnicos, aunque bien sepas que eso no es cierto. Sí lo es que aprendimos durante siglos muchas cosas de los fenicios y eso nos ha hecho más grandes y prósperos, pero escúchame bien: ¡jamás fueron nuestros amos ni los hombres de Tiro ni los de Cartago! También los ólcades habéis bebido siempre de la fuente de los pueblos celtas, y eso no os hace siervos de los vacceos o los vascones; ¿permitiríais acaso que llegaran ellos incendiando vuestros campos y degollando vuestros rebaños?, ¿toleraríais que aquellos a quienes acudierais entonces buscando ayuda os hablaran como tú lo has hecho esta noche? Te diré algo una sola vez, Asúrix: si los dioses han escrito que Hélike debe caer, sea. Mi sangre la acompañará cuando eso ocurra. Pero no dudes que tras la Oretania seréis vosotros quienes encontraréis un día a Amílcar al pie de las murallas. Decide ahora si quieres luchar en Hélike como hombre libre o esperar en casa mientras otros mueren por ti —Argantio inspiró profundamente y se dirigió a la asamblea—: ¡decidid todos, guerreros de Cirmo!

Una intensa exaltación recorrió la piel de Gerión como un escalofrío. La resistencia de Hélike frente a Cartago se le apareció de pronto como su propia

causa: aquella a la que dirigir el poderoso anhelo de aventura y honor que sentía, y también un oscuro deseo de venganza.

«Puedes confiar en el forastero que ha venido del sur».

Las palabras de su antepasado brotaron en su memoria como una orden que le hizo ponerse en pie.

—¡Yo iré contigo, Argantio!

Saunio y Tirtanios cruzaron una mirada de sorpresa y admiración, y un momento después ambos se levantaron a su vez.

—Tirtanios y yo también iremos —dijo Saunio sonriendo, como si aquellas pocas palabras lo hicieran sentirse guerrero por primera vez.

Por un instante pareció que nadie secundaría a los tres jóvenes, pero entonces fue Ariolaco quien, lentamente, con una extraordinaria dignidad, se irguió cruzando los brazos sobre el pecho.

—No dejaré que mi hijo vaya solo a la guerra —dijo solemnemente.

Haciendo gestos de aprobación, Tesindro se levantó también, y después, uno tras otro, bajo la mirada atenta y radiante de Argantio, los guerreros de Cirmo fueron poniéndose en pie, hasta que solo unos pocos quedaron sentados en el suelo. Gerión hizo para sí un rápido recuento: «Asúrix y su hijo Arskoro, sus cuñados Artices y Virídix, el borracho de Barimno, tal vez porque a estas alturas ya no sea capaz de moverse, y los inseparables Tambasco y Alendro, el par más canalla de Cirmo. Me temo que Asúrix no olvidará fácilmente esta humillación», pensó, sintiendo que un mal presagio le cruzaba el pecho como una sombra. Esta vez fueron las palabras de su padre las que escuchó como si alguien las hubiera pronunciado junto a su oído: «recuerda que mis enemigos son también tus enemigos»; no le cabía duda que se trataba de una alusión a Asúrix. Reparó de pronto en la ausencia de Ambato, el hijo mayor de este, y recorrió con la mirada a los hombres puestos en pie para comprobar que tampoco estaba entre ellos. «Algo importante deben de estar tramando para que Ambato no haya acudido a esta asamblea», se dijo, cuando un codazo de Saunio le apartó de sus pensamientos.

—¿Se puede saber qué te ocurre? Acabamos de ayudar a tu amigo Argantio a conseguir una victoria en toda regla, vamos a acudir a Hélike a luchar contra los cartagineses y estás pálido y ausente como si acabaras de ver un espectro.

—Me parece que eres tú quien ve visiones —respondió Gerión—. Pero gracias a los dos, al final vais a resultar ser menos inútiles de lo que pensaba.

Con ayuda de los dioses tal vez consiga hacer de vosotros guerreros ólcades de provecho.

Los tres rieron, interrumpiéndose al ver que Meronio pedía con gestos silencio a la asamblea.

—Ya hemos oído lo que los guerreros tenían que decir —dijo tratando de ocultar una alegría que se empeñaba en asomar a su voz—. Pero quizás los dioses hayan querido también hacernos saber sus deseos. ¿Ha sido esta una noche de presagios, Brigantio?

El anciano se irguió con esfuerzo de su lugar, el más próximo a la hoguera. Vestía una larga túnica blanca que reflejaba la luz danzante del fuego con un leve fulgor dorado. Guardó silencio con los ojos cerrados durante unos instantes antes de hacer oír su voz cansada.

—Cuando los hombres hablan rectamente, los dioses pueden guardar silencio.

Algunos hombres lanzaron exclamaciones de alegría y comenzaron a intercambiar bromas y bravatas. Más allá de los argumentos y el poder de persuasión de Argantio y de la profunda hostilidad que la mayoría sentían hacia los cartagineses, habían transcurrido ya casi diez años desde la última guerra abierta en la que habían participado. Fue cuando la falta de lluvia abrasó la cosecha de los carpetanos y diezmó sus rebaños, y estos trataron de ocupar con más de dos mil guerreros los cultivos y pastos de verano de los valles ólcades y arévacos hacia el poniente de la Celtiberia. Fue un mes de combates durísimos hasta que consiguieron expulsar a los invasores, quienes aún no habían terminado de recuperarse de la derrota y la hambruna terrible que sufrieron. Así que muchos estaban impacientes por abandonar la rutina de las cosechas, los rebaños y las incursiones ocasionales y verse de nuevo formando parte de un ejército en campaña donde surgieran oportunidades para ganar gloria y botín. Los más veteranos habían pasado esos años recordando las hazañas de entonces, y los jóvenes, escuchándolas; aquellos sentían ya la necesidad de renovar su repertorio, y estos, de empezar a vivir el suyo propio.

—¡Así sea, Cirmo acudirá en ayuda de Hélike! —gritó Meronio, y una algarabía de júbilo saludó sus palabras—, pero sabéis que de nada servirá si no se suman a nosotros todos los ólcades. Esta es mi decisión: formaremos grupos para reclamar el auxilio de las ciudades de nuestro pueblo. El primero irá a Arecorata y lo dirigiré yo mismo; me acompañarán Argantio, Gerión, Tesindro, Baulio y Nisandro. Ariolaco irá a Ercavica con su hijo Saunio y cuatro guerreros más que él elija. Eliovices marchará a Belgeda con su hijo

Tirtanios y otros cuatro guerreros; tened mucha cautela, recordad que la ciudad puede haberse aliado ya con Amílcar; habrá que conocer sus intenciones sin revelar las nuestras mientras no pueda contarse con su lealtad. Aliortes elegirá cinco guerreros para vigilar las fronteras del oeste; si llegan a Contrebia noticias de nuestra empresa, tal vez los carpetanos sientan la tentación de buscar venganza por el desastre que sufrieron a nuestras manos. Bitis y cinco más tomarán posiciones en la ruta que conduce a Kástulo y a la guarnición púnica de Akra Leuke. La seguridad de Cirmo será responsabilidad de los restantes guerreros, bajo el mando sabio y prudente de Brigantio. ¿Alguna pregunta? —concluyó Meronio.

—¿Qué mensaje deberemos llevar a nuestros hermanos? —preguntó Ariolaco.

—Les contaréis las palabras que se han dicho aquí esta noche y les pediréis que estén con los de su sangre en esta hora. Todos los ólcades dispuestos a combatir a Amílcar nos reuniremos cuatro días antes del próximo plenilunio al pie del monte del dios Luc, en el límite de nuestra tierra. Cuatro jornadas nos separarán entonces de las murallas de Hélike. ¿Crees que tu ciudad podrá resistir ese tiempo, oretano?

—Resistirá si los dioses no nos abandonan, o morirán todos antes que rendirse al Bárquida —respondió Argantio.

—¿Cuándo deberemos volver a Cirmo? —inquirió Bitis.

—Ocurra lo que ocurra, dentro de una semana todos los grupos deberemos estar de regreso —dijo Meronio—, pero tanto tú como Aliortes dejaréis dos hombres cada uno en la frontera para mantener la vigilancia.

Todos los hombres se lanzaron a hacer planes con sus vecinos cuando Asúrix, que hasta ese momento había permanecido sentado en silencio, se puso en pie temblando de ira. Tenía los ojos enrojecidos y extraviados y la piel pálida como la cera; parecía descompuesto, fuera de sí. Cuando habló, pareció que algo se le había roto dentro.

—Os equivocáis si pensáis que dejaré que este extranjero traiga la ruina a nuestro pueblo.

Caminó lentamente hacia el portón seguido por los pocos hombres que le habían secundado y abandonó con ellos la ciudadela, dejando un espeso silencio extendido sobre ella. Meronio miró a Brigantio, de pie a pocos pasos de él, y este le hizo un gesto de asentimiento: tendría cuidado con Asúrix y los suyos. Sintiéndose más preocupado de lo que habría querido reconocer, Meronio se apresuró a tomar de nuevo la palabra para dar por terminada la asamblea.

—Ya hemos perdido demasiado tiempo, debemos ponernos en marcha cuanto antes. Completad los grupos y preparad las armas y los caballos. Partiremos en cuanto amanezca.

—¡Por Cosus!, ¿os dais cuenta? —exclamó Saunio mientras la asamblea se deshacía en un agitado desorden—, ¡dentro de unas horas…! —interrumpió la frase al ver una expresión circunspecta en el rostro de Gerión —. Ya entiendo, te preocupa Asúrix. Pero puedes estar tranquilo, Meronio lo ha dejado en Cirmo precisamente para que no pueda hacer ningún daño. Además, Brigantio y los otros estarán alerta.

—Claro, todo irá bien —dijo Gerión, esbozando una sonrisa—. Creo que ahora debemos reunirnos con nuestros grupos. Sé que Meronio ha elegido correctamente, pero habría sido magnífico que estuviéramos los tres en el mismo. Tened cuidado y no dejéis de avisarme si alguno de vosotros se encuentra con Amílcar.

Los tres rieron y caminaron hacia la hoguera, separándose en busca de sus jefes de grupo. «Quién pudiera como ellos tener por jefe al propio padre», pensó Gerión sintiendo como otras veces una punzada de pérdida, de ausencia…

Y de pronto comprendió que ya estaba bien, que no podía seguir sintiéndose huérfano toda la vida, que tenía que sobreponerse de una vez por todas a esa amargura que nunca le había abandonado por completo. Y decidió sustituir en su recuerdo al padre arrebatado de su infancia por la presencia cálida y cercana que había compartido con él la oscuridad de la cámara del ritual.

Sintió que un peso enorme se le retiraba del pecho.

Sonrió.

Vio entonces que sus cinco compañeros lo estaban ya esperando y apresuró el paso, congratulándose por formar parte del grupo de Meronio y Argantio, y de su tío Tesindro. A Baulio y Nisandro no los conocía mucho, pero sabía que habían sido compañeros de cuadrilla de su tío y, como él, tenían una sed y un apetito inmensos y un sentido del humor ruidoso y lento para tomar ofensa.

—No creo que haya más que decir —comenzó Meronio cuando Gerión estuvo junto a ellos—. Llevad equipo completo de combate y alimentos para tres días, no podremos entretenernos buscando caza. Nos reuniremos en la puerta de la muralla cuando rompa el alba. ¿Compartís alguno téseras de hospitalidad con gentes de Arecorata?

—Yo partí la piedra el año pasado con Kintortes —respondió Tesindro.

—Y mi familia la tiene con la de Jamecio desde tiempos de mi abuelo —añadió Nisandro.

—Muy bien —prosiguió Meronio—, llevadlas con vosotros, nos serán útiles… —Se detuvo al ver a Argantio hacer un gesto de interrogación—. ¿Conoces nuestras téseras, íbero?

Este negó con la cabeza.

—Es una vieja costumbre celtíbera: dos familias unidas por lazos de amistad inscriben un compromiso de hospitalidad mutua en una pequeña estela de piedra o bronce, después la parten por la mitad y cada familia conserva un fragmento. Los miembros de una familia están obligados a acoger en su casa y dar sustento a aquellos de la otra que les presenten su mitad de la tésera e invoquen el compromiso.

—Los celtíberos tenéis costumbres que debería aprender mi pueblo —comentó Argantio.

—Tal vez. Y ahora pongámonos en marcha.

Argantio y Gerión se encaminaron hacia la casa de este saliendo a la calle desierta, dejando atrás a los numerosos guerreros que intentaban convencer a los jefes de grupo para que los llevaran con ellos; ahora que los acontecimientos se ponían al fin en marcha, nadie quería quedarse al margen. A Gerión le pareció que el oretano guardaba un extraño silencio, a pesar de que la noche había estado llena de acontecimientos que comentar.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

Argantio tardó unos segundos en contestar, y antes dejó escapar un largo suspiró que inquietó al joven ólcade.

—Hay algo que debes saber.

Gerión se detuvo y miró a su compañero inquisitivamente. Argantio bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—No es verdad que Tilego, el jefe de los celtíberos de Amílcar, haya aceptado pasarse con sus hombres a nuestro lado por ocho talentos de oro. Quiero decir, todavía no.

Gerión dio un respingo.

—¿Cómo dices?

—¡Shhh!, no levantes la voz, cualquiera puede escucharnos. Es cierto que le hemos mandado emisarios con esa oferta, pero hasta ahora el lusón se ha negado… Aunque creo que en su fuero interno aborrece a Amílcar y todavía podría ser convencido.

—¿Pero cómo se te ha ocurrido inventar algo así? —Gerión sintió que le dominaba la ira y trató de controlar el temblor de su voz—. ¿No te has parado

a pensar que puedes estar llevando a mi pueblo al matadero? ¡Y además con mi ayuda!

—Créeme que no había previsto de antemano dar por cierta la alianza con Tilego, pero tal y como transcurría la asamblea pensé que de otro modo los guerreros de Cirmo nunca habrían decidido ayudarnos —repuso Argantio, compungido—. Ahora te pido que confíes en mí, como te dijo tu antepasado. Creo que los dioses nos han dicho por su boca que están con nosotros y que cuando llegue el momento Tilego y los suyos también lo estarán.

Gerión se mantuvo en silencio durante un largo instante, dirimiendo con las mandíbulas apretadas y gesto adusto el conflicto que se desarrollaba en su interior.

—Argantio —dijo al fin con voz grave—, me estás obligando a recorrer un camino que fácilmente puede conducir al deshonor, y ese es para un guerrero ólcade un riesgo mayor que la muerte.

—No lo ignoro, pero tu antepasado…

—Sabes que si alguien llegara a saber lo que me has dicho serías expulsado de inmediato de Cirmo, y Hélike debería enfrentarse sola a su destino —replicó Gerión mientras abría el portón del patio delantero de su casa. Los caballos relincharon quedamente en señal de saludo—. Y mi pueblo no me perdonaría haber guardado el secreto, pero me temo que ya no me queda más remedio que acompañarte en esto hasta el final. Espero que sepas lo que haces y que no te reserves ninguna otra sorpresa.

—Gracias, Gerión. Ten por seguro que no te he ocultado nada hasta ahora y tampoco lo haré en el futuro, ya te he dicho que lo de la asamblea fue una pura improvisación. Pero ten presente que tú sí estás posponiendo compartir algo conmigo: aún no me has enseñado la plancha de plomo escrita por Gerión el Tartesio.

—¡Por los dioses, la plancha! —exclamó Gerión—, ¡con tantos acontecimientos la había olvidado por completo! —De pronto le pareció imposible que hubiera sido esa misma mañana cuando transmitió a Argantio el mensaje de su antepasado—; pero me temo que aún tendrás que esperar a que regresemos de Arecorata para leerla.

—¿Por qué? —inquirió Argantio.

—Está oculta bajo el suelo de la casa. Exactamente debajo de la cama de mi madre.

La despedida fue breve, con las formas sobrias y concisas que Argantio había aprendido a considerar como un patrimonio característico de los celtíberos.

Mientras Gerión abrazaba a sus hermanos y a su madre, urgido por la claridad violácea que comenzaba a romper por el levante la negrura de la noche, el oretano admiró el equipo militar del joven, característico de los guerreros celtíberos y famoso en toda Ispania: las dos lanzas, una con asta de madera y otra completamente de hierro, el escudo redondo de madera con refuerzos de bronce dibujando un gran sol prominente en su centro —la *caetra*—, el arco y la bolsa de flechas a la espalda, el hacha de doble hoja sujeta en el cinturón, el casco de bronce con dibujos geométricos, la espléndida espada en su vaina de hierro y, sobre esta, una pequeña funda que contenía un cuchillo y dos puntas de lanza. «Un pueblo extraordinario —pensó—; ¡ay de Amílcar si un día debe enfrentarse a todo un ejército de ellos en el campo de batalla!».

—Hijo mío —dijo Larima—, haz lo que debas hacer para que los dioses te devuelvan con vida y honor a esta casa.

—Así lo haré, madre —respondió Gerión—. Y vosotros —añadió, dirigiéndose a sus hermanos—, cuidad de vuestra madre y de la casa. Serán solo unos días, así que estad tranquilos.

Irmán y Mimbro asintieron y abrazaron a su hermano, ambos conteniendo las lágrimas que trataban de asomar a sus ojos.

—Y a ti, Argantio —añadió la mujer suavemente—, esperamos verte con bien de nuevo en nuestra casa.

El oretano respondió con una inclinación de cabeza y una sonrisa, tomando después las riendas de su caballo.

—Es la hora, Gerión —dijo, y un momento después los dos salían a la única calle de Cirmo, por la que comenzaban a bajar, llenando el alba de sonidos de metales y cascos de caballos, los guerreros que habían de dispersarse por las fronteras y ciudades del país de los ólcades. Entre ellos llegó la voz de Mimbro, clara y urgente.

—¡Cuídate, hermano, y cuida también por mí de nuestro invitado!

Gerión sonrió embargado por una alegría desconocida y salvaje, la misma que tantos otros habían sentido la primera vez que partieron en busca de los misterios del hierro y la sangre, de la vida y la muerte, como si solo en esa búsqueda anduviera oculto el destino de los hombres.

«Claro que me cuidaré, Mimbro —dijo para sí—. Cuidaos también vosotros».

SEGUNDA PARTE

LOS JINETES DE TÁNIT

CAPÍTULO VII

—DEBES de estar ebrio, Lagandi, si se te ha pasado por la cabeza que eso pueda ser una chicharra.

El hombre y la muchacha quedaron inmóviles, aguzando la vista y el oído para penetrar la densa oscuridad de la noche; la luna se había puesto hacía rato y desde el torreón solo se distinguían los resplandores de los fuegos en el campamento púnico y en los puestos de guardia distribuidos a distancias regulares alrededor del perímetro de la ciudad. Durante un tiempo no escucharon más que su propia respiración y el croar de las ranas allá abajo, en el río. Entonces comenzó de nuevo: un chirrido intermitente y tenue, pero ahora ya más claramente audible.

—Creo que tienes razón, Anglea —musitó con preocupación el hombre —, parece que viene del campamento y se aproxima hacia nosotros. Me pregunto qué sorpresa nos habrá preparado ese malnacido de Amílcar. Ve a avisar a Andíbil.

La joven hizo un gesto de asentimiento y descendió por los toscos escalones de piedra hasta la puerta que se abría a la calle principal de Hélike. Pasaba completamente inadvertida en la oscuridad: sus movimientos eran ágiles y silenciosos como los de un gato montés y estaba intensamente bronceada, con la piel del color del barro fresco; vestía una túnica parda sujeta a la cintura con un sencillo cordón de bronce y llevaba el pelo negro recogido con las correas de tres hondas anudadas a la frente. Salió a la calle empedrada y caminó por ella dejando a ambos lados una sucesión de casas, casi todas de una sola planta, construidas con paredes de adobe enjalbegadas con cal, sobre un zócalo bajo de piedra. No tardó en llegar a la espaciosa plazuela, abierta en un lateral de la calle, que servía de lugar de reunión a la comunidad. De sus cuatro lados uno estaba ocupado por el santuario, donde celebraban los ritos de la fertilidad y la muerte y se depositaban los exvotos a los dioses, y otro por el edificio del Consejo de guerreros y ancianos; ambas construcciones eran el corazón de la vida de la ciudad y estaban levantadas enteramente con la piedra arenisca de la zona. Sendas antorchas sujetas a sus muros exteriores iluminaban la plaza con una luz amortiguada y cambiante. Un tercer lado estaba ocupado por el almacén colectivo de grano y los talleres metalúrgicos y en el cuarto se prolongaba el frente de casas de la calle por la

que había llegado, destacando entre ellas, por su posición central y mayor tamaño, la suya propia.

Anglea atravesó la plazuela, saludó con un gesto al guerrero que montaba guardia junto a la puerta del edificio del Consejo y, apartando una pesada cortina de piel de buey, pasó adentro. El interior lo ocupaba completamente una amplia sala apenas iluminada por el fulgor rojizo de las ascuas de una hoguera mortecina en su centro, que arrancaba débiles resplandores de las espadas fijadas a la pared como homenaje a los grandes príncipes de la ciudad caídos en combate. En el suelo, empedrado con guijarros blancos y negros formando figuras geométricas, medio centenar de hombres dormían junto a sus armas, llenando el aire de un olor agrio hecho de sudor y de la grasa de cerdo que utilizaban para mantener libre de herrumbre el metal de las armas. Si alguien diera en la muralla la voz de alarma, estos guerreros serían los primeros en acudir, junto con los de un retén similar acomodado al pie del torreón de la puerta norte de la ciudad. Casi dos centenares más se repartían a lo largo de los dos mil quinientos pasos de la ancha muralla que defendía a los habitantes de Hélike y a los muchos otros que habían buscado refugio en la ciudad cuando el ejército de Amílcar abandonó Akra Leuke y se adentró en el corazón de la Oretania, dejando un rastro de granjas y aldeas saqueadas a su paso; de las doce pequeñas ciudades tributarias de Hélike, todas las situadas a poniente habían sido evacuadas completamente. En cada casa, taller y almacén se amontonaban desde entonces los refugiados, compartiendo con los heliketas tanto la defensa contra los cartagineses como los alimentos cada vez más escasos.

«Nadie creería con este silencio que somos tantos en la ciudad», pensó Anglea mientras, sorteando cuerpos, se aproximaba al fondo de la sala, donde un hombre extraordinariamente corpulento con barba de color castaño trenzada sobre el pecho dormía boca arriba, con la mano derecha apoyada en el pomo de una gran falcata tendida en el suelo fuera de la vaina. No había llegado aún la muchacha hasta él cuando el hombre se sobresaltó en su sueño y abrió los ojos.

—¿Ocurre algo, Anglea? —murmuró este con voz ronca al reconocer la silueta esbelta y el destello de color verde en los ojos de la recién llegada.

—Siento despertarte, Andíbil —se disculpó Anglea—, pero algo extraño está ocurriendo en el campamento púnico esta noche. Lagandi me ha enviado a buscarte.

—Vamos —dijo Andíbil ya completamente alerta—, ¿queda mucho para que amanezca?

—No —respondió Anglea—, pero cuando dejé el torreón aún no habían regresado los forrajeadores.

Una sombra de preocupación cruzó los fríos ojos grises de Andíbil. Desde que comenzó el sitio, cada noche una partida de jóvenes próximos a convertirse en guerreros se descolgaba por algún punto de la muralla o utilizaba alguna de las poternas alejadas de los resplandores que señalaban la posición de los puestos de guardia cartagineses y recorría los campos y granjas abandonadas del alfoz de Hélike en busca de alimentos para el inmenso apetito de los millares de almas que atestaban la ciudad. Pese al concienzudo saqueo de los púnicos, siempre encontraban algo que llevar de vuelta: ovejas perdidas en el monte, confundidas por la larga ausencia de sus pastores, que debían ser sacrificadas en el momento de su captura para que sus balidos no delataran a los forrajeadores en el regreso, puñados de hortalizas arrancadas de huertos abandonados, tinajas de grano enterradas en el suelo de las granjas, bellotas comidas por los insectos en el suelo de los encinares. Pero era una tarea peligrosa: por tres veces ningún miembro del grupo había vuelto a Hélike, sorprendidos sin duda por las patrullas de Amílcar. En una ocasión los púnicos se habían lanzado sobre los muchachos cuando estos ya alcanzaban la muralla al romper el alba, y en una salida desesperada los oretanos consiguieron salvar a tres de ellos antes de que los refuerzos cartagineses les obligaran de nuevo a buscar la protección de la ciudad. Era una tarea peligrosa, pero hasta ese día no habían faltado voluntarios para llevarla a cabo.

Andíbil caminó hacia la puerta despertando a los hombres que encontraba a su paso.

—¡Todos arriba! —dijo levantando la voz—, ¡parece que los púnicos andan inquietos esta noche!

Salió al exterior seguido por Anglea, dejando tras de sí un coro de preguntas y bostezos, y ambos se alejaron en dirección al torreón principal que protegía la puerta este de la ciudad.

—Dime de qué se trata —dijo Andíbil sin dejar de mirar alrededor en busca de algún indicio que anticipara los nuevos problemas.

—Una especie de chirrido se acerca desde el campamento de Amílcar —respondió Anglea, convenciéndose una vez más del acierto de su padre al dejar la defensa de Hélike en manos de Andíbil. No pertenecía a ninguna de las familias más nobles y ricas de la ciudad, pero siempre había sido un capitán tan valeroso como prudente, con una serenidad ante el peligro y una lealtad hacia el rey y sus propios hombres que habían hecho de él un héroe

entre los guerreros. No era extraño que ninguno de los miembros del Consejo hubiera objetado su designación.

Al aproximarse al torreón, ambos lo oyeron, rasgando ese instante de silencio perfecto que cada noche precede al alba. Era como un gemido metálico y sonaba ahora próximo y nítido, extendiendo una intensa sensación de amenaza. Echaron a correr y, saltando los escalones de dos en dos, de inmediato salieron al espacio abierto en lo alto de la sólida construcción de piedra. Lagandi miraba fijamente al frente; en el cielo comenzaba a apuntar una palidez como de leche aguada.

—Ahí vienen —dijo Lagandi sin mirarlos, como hipnotizado por lo que veía enfrente—, ¡por los dioses, dad la alarma!

Andíbil tomó un cuerno de buey que llevaba sujeto en el cinturón y, llevándoselo a los labios, arrancó de él un mugido grave y lastimero que levantó ecos por las calles mudas. Con un rumor de armas y voces, Hélike comenzó a despertar, mientras los guerreros de la sala del Consejo se aproximaban ya a la carrera hacia la muralla.

Entre tanto, Anglea se aproximó a Lagandi y miró a su vez, dejando escapar una exclamación.

—¡Que Astarté nos proteja!, ¿qué es eso?

Entre la oscuridad que se disolvía por momentos, cuatro grandes formas oscuras, separadas entre sí por distancias de cincuenta pasos, se acercaban lentamente por la suave pendiente cubierta de matorrales que conducía hacia la muralla, situándose ya casi a tiro de arco de esta. Una de las dos que ocupaban las posiciones centrales estaba exactamente enfrente del torreón y, como las otras, parecía tener una altura similar a la de este, tres o cuatro pasos por encima del camino de ronda que coronaba la muralla. A lo largo de toda ella comenzaron a levantarse voces de sorpresa a medida que los hombres que se acercaban contemplaban la nueva amenaza, cada vez más precisa al deshacerse la oscuridad en largos jirones rosados. Un brillo de comprensión se asomó a la mirada de Andíbil.

—Torres de asalto… —dijo quedamente, más para sí que para los que estaban junto a él—, han construido torres de asalto. He oído hablar de ellas, pero no sé cómo funcionan, ni imaginaba que pudieran ser tan grandes.

—Deben de haberlas construido detrás de los montes, para pillarnos por sorpresa. Tal vez temieran que hiciéramos alguna salida para acabar con ellas —sugirió Anglea.

—Eso parece —convino Lagandi— pero… ¿qué pretenden hacer con ellas?

—Averigüémoslo —dijo Andíbil, y su voz adquirió el filo de autoridad que tan bien conocían todos—. Lagandi: reúne arqueros con flechas embreadas y antorchas y repártelos por la muralla frente a las torres; que esperen mi señal para disparar. Solo los guerreros que estaban de guardia deben permanecer aquí arriba, tal vez pretendan arrojarnos aceite o alguna otra cosa, o distraernos para atacar en otro punto. El resto de los hombres deben ocupar sus lugares habituales abajo.

Pronto la ciudad se llenó de un clamor de gritos y carreras cuando los capitanes de cada sector comenzaron a reunir a sus hombres y a dirigirlos a sus zonas asignadas. Viendo lo que una orden suya había puesto en marcha, Andíbil se permitió algo parecido a una sonrisa. Bajo el aparente desorden, latía una engrasada disciplina. «Orissón siempre supo que ocurriría algo así, nos ha preparado para esto desde que la primera noticia del desembarco de Amílcar llegó hasta Hélike. Quieran los dioses que vuelva a tiempo». La voz de Anglea le hizo devolver la atención a las torres cartaginesas.

—Hay hombres ahí arriba —dijo la muchacha.

Andíbil también los vio. Sobre las plataformas que coronaban las torres, recortándose contra el horizonte cada vez más pálido, iban y venían siluetas de guerreros con largas picas alzadas al amanecer. Fueron haciéndose también visibles las estructuras que los sostenían: robustos armazones de troncos cubiertos con pieles sobre grandes ruedas que giraban en ejes metálicos. Tan solo ciento cincuenta pasos las separaban ya de los contrafuertes de la muralla, de la que comenzaban a elevarse en el aire calmo pequeñas columnas de humo. Andíbil comprobó que todos los guerreros estaban en sus puestos, con flechas encendidas tendidas sobre los arcos, y tomando el cuerno sopló por él un gemido breve y urgente. Una lluvia de saetas de luz partió de los parapetos de la muralla y silbando fue a clavarse en las máquinas de guerra. Sobre ellas se produjo una inmediata agitación y, al punto, voluminosas tinajas de agua se derramaron por los frentes de las torres, apagando las flechas clavadas en una sucesión de rápidas efervescencias, mientras una nueva oleada llegaba desde Hélike. Los esfuerzos de unos y otros continuaron hasta que una de las torres quedó atrás envuelta en llamas, mientras las restantes se cernían sobre las murallas de la ciudad.

En ellas los oretanos contemplaban la escena preguntándose el propósito de aquellos torreones de madera nunca vistos, aparentemente dispuestos a estrellarse contra los muros de piedra ligada con mortero. «Tal vez sea eso lo que pretendan —pensó Andíbil—, utilizar las torres como arietes para abrir una brecha. Si es así se encontrarán a todos los nuestros esperándoles al pie de

la muralla». Miró hacia atrás y allí vio a sus guerreros, amontonados en las estrechas callejas que separaban las manzanas de casas de la muralla, tensos y listos para el combate.

—¡Ya vienen, estad preparados! —les gritó.

En ese momento, de cada torre púnica partió una descarga de flechas que fue a estrellarse sobre la muralla, levantando chasquidos de piedra y algún grito de dolor; un guerrero heliketa cayó al interior de la ciudad con una saeta atravesándole la garganta. Los arqueros oretanos respondieron dirigiendo sus dardos incendiarios sobre los cartagineses entrevistos tras las hileras de escudos que servían de parapetos a las plataformas.

Anglea observaba el inicio de la batalla con una mezcla de temor y exaltación, sabiendo que, tan pronto como Andíbil reparara en que ella continuaba allí, sería enviada a refugiarse en las casas, como todas las mujeres, los ancianos y los niños durante los asaltos. Sin embargo, quería permanecer en el torreón: tenía una vaga sensación de estar pasando algo por alto. Mientras a su alrededor la tensión del choque inminente llegaba a hacerse insoportable, trató de concentrarse en atrapar la idea que, huidiza, le rondaba. Las torres rodantes estaban ya a menos de cincuenta pasos y Anglea pudo distinguir con toda nitidez a los soldados enemigos sobre ellas, protegiéndose con altos escudos y cascos dorados, no más de dos docenas en cada una. Su mirada se cruzó con la de uno de ellos, unos ojos negros y brillantes hundidos en una tez muy oscura; «deben de ser libios», pensó, y el hombre desplegó una sonrisa que la hizo estremecer, como si la hubiera elegido ya como su pieza del botín. «Hay algo más en esa sonrisa —se dijo sintiendo una repentina certeza—; ese hombre se ríe porque sabe algo que nosotros no sabemos». Los oretanos comenzaron a lanzar sus largas picas con puntas de hierro y algunas se clavaron en las pieles húmedas que protegían el frente de las torres, haciéndolas retumbar con ecos sordos. El sol despuntó en ese instante sobre las suaves colinas cubiertas de vides y encinas y la escena se inundó de luz dorada, arrancando vivas manchas de color de las túnicas de los guerreros oretanos en la muralla.

Entonces lo vio. Duró solo un instante: un brillo broncíneo hundido en el interior de la torre, algún metal recibiendo un haz de la primera luz solar a través de alguna ranura. Y comprendió, como si ese destello le hubiera sembrado una visión en las pupilas.

—¡Andíbil! —gritó—, ¡esas torres están llenas de guerreros! ¡Van a saltar a la muralla!

Andíbil se quedó completamente inmóvil, con los ojos entrecerrados, como convertido en una de esas estatuas de arenisca que artistas griegos habían popularizado por el alto Betis años atrás. En un latido comprendió lo que quería decir la muchacha y el error que había cometido al dejar a la mayor parte de sus hombres dentro de la ciudad: si los cartagineses ponían dos o tres centenares de guerreros en el camino de ronda sobre la muralla, sería muy difícil sacarlos de allí antes de que muchos otros llegaran trepando como ardillas por sus escalas. Gritó con toda la desesperación que le cupo en los pulmones.

—¡¡Todos los hombres de Lagandi y Elíbil a la muralla de inmediato, hay guerreros dentro de las torres!! Y tú —añadió en voz baja y severa, casi sin aliento, mirando a Anglea—, es mejor que vayas a las azoteas, allí también podrás ser útil.

La muchacha se dio la vuelta sintiéndose herida, pensando que Andíbil era demasiado orgulloso para admitir que ella había visto lo que a los demás les había pasado inadvertido. Además, le enfurecía que pretendieran siempre alejarla del peligro, como si su padre no hubiera aprobado que una cazadora como ella contribuyera en primera línea a la defensa de la ciudad.

Entonces la voz del hombre la detuvo.

—Anglea… Muchas gracias, tal vez hoy toda Hélike te deba su libertad.

La joven miró a aquel guerrero formidable que le dedicaba una torpe sonrisa antes de enfrentarse una vez más a la muerte y se le inundaron los ojos de lágrimas de orgullo y gratitud. «Enseñadles a esos perros el coraje que llevamos los oretanos en el pecho, Andíbil», susurró con voz inaudible, y corrió hacia la escalera, haciéndose a un lado para dejar paso a los hombres que subían por ellas con los largos escudos ovalados ceñidos al brazo y las falcatas desenvainadas, y, como tantas otras veces, deseó ser un hombre para luchar junto a ellos. «Tal vez mi momento todavía está por venir», se dijo, tratando de consolarse, mientras llegaba a la calle.

Con un intercambio de flechas y lanzas cada vez más intenso, arrancando de sus ejes bramidos como los de un inmenso animal herido, las torres llegaron a una distancia de tres pasos de los contrafuertes de la muralla y se detuvieron. Un silencio súbito se extendió sobre todos, atacantes y defensores, como si el mundo tomara aliento antes de lanzarse a derramar sangre. Entonces, tal y como había anunciado Anglea, los portones superiores de los frentes de las torres se abatieron como puentes sobre la muralla y tras ellos aparecieron, refulgiendo al sol esplendoroso de la mañana, frentes compactos de escudos blancos recorridos de espirales rojas, con cascos de bronce y

largas picas asomando sobre ellos. Un griterío brotó del interior de las torres cuando los atacantes se vieron frente a los parapetos erizados ya de guerreros oretanos.

«Libios —se dijo Andíbil contemplando en un instante vertiginoso a los guerreros de la torre más próxima, que terminaba de tender su puente a escasos pasos del torreón donde se encontraba—; buenos guerreros, pero no tanto como los celtíberos». Alzó su escudo para protegerse de una descarga de flechas lanzadas desde la plataforma superior de la torre, situada a su mismo nivel, y con un rugido envió su pesada lanza a clavarse contra el frente de soldados libios que comenzaba a avanzar. Los oretanos se apresuraron a formar con sus escudos un muro de defensa en cada uno de los tres puntos de ataque, y un estruendo de metal contra metal, madera astillada y aullidos de rabia o agonía se alzó cuando se produjo el choque.

Desde su altura Andíbil vio cómo el impulso inicial de los libios hacía retroceder a los suyos, cayendo racimos de hombres al interior de la ciudad. Poco a poco los defensores pudieron consolidar su frente de escudos y comenzaron a empujar a su vez, mientras los guerreros de las filas traseras hostigaban a los libios, que seguían brotando del interior de la torre, arrojando hachas y picas sobre ellos. Dudó si lanzarse desde el torreón a la muralla para sumarse al combate, mientras a su alrededor proseguía el duelo entre los arqueros oretanos y los púnicos de la plataforma. Un joven que conocía solo de vista, uno de los refugiados, cayó a su lado con una flecha clavada en el pecho, dejando escapar un silbido burbujeante. Andíbil comprendió que el torreón era el punto central de la defensa y que solo desde allí podían evitar que los arqueros de Amílcar barrieran a su antojo el camino de ronda de la muralla y el interior de la ciudad, con las azoteas atestadas de heliketas contemplando en silencio el combate a pesar del peligro.

—¡Flechas incendiarias! —gritó a sus arqueros—, ¡lanzad más flechas incendiarias! —Y, viendo a sus pies la antorcha que había dejado apoyada contra el parapeto el oretano muerto, la tomó y lanzó contra la torre cartaginesa, dibujando un amplio arco de humo negro que quedó suspendido en el aire inmóvil, difuminándose lentamente. Pronto otras curvas negras se entrecruzaron con la primera cuando los dardos incendiarios saltaron hacia las torres, como depredadores buscando su presa. Alguien lanzó desde las azoteas una antorcha haciendo molinetes sobre la muralla y después otra, y otra, y pronto muchas más, y aunque la mayor parte quedaron cortas, golpeando inofensivamente la protección de cuero de las torres o cayendo incluso sobre los combatientes, cada vez eran más las que caían sobre las plataformas,

obligando a los arqueros púnicos sobre ellas a dedicar toda su atención a apagar los incipientes fuegos.

En la muralla, la lucha parecía complicarse por momentos. Aunque los oretanos aún resistían frente a las tres torres, en la situada más al norte la situación se volvía desesperada, con los libios habiéndose consolidado en una sección de más de diez pasos del camino de ronda, partiendo a los defensores en dos mitades. Aquí y allá aparecieron los extremos de las escalas cartaginesas apoyándose en los parapetos y por ellas comenzaron a ascender, ahora sí, guerreros celtíberos con cascos de cuero y bronce y largas coletas trenzadas cayendo sobre la espalda, con discos solares cubriéndoles el pecho y pequeños escudos circulares. Por los portones de las torres seguían saliendo hombres sin interrupción, como si fuera ilimitado el espacio en su interior, y rápidamente ocupaban la posición de los caídos en la muralla, convertida ya en un espectáculo terrible de cuerpos y sangre oscura derramándose por los muros de piedra. «Esos demonios están entrando en las torres por su parte trasera y suben por el interior para caer sobre nosotros —pensó Andíbil, comprendiendo al fin la letal estratagema de Amílcar—; si no terminamos con ellas, estamos perdidos».

Como respondiendo a su pensamiento, una larga llamarada se alzó de la torre central, alimentada por los muchos fuegos que los púnicos eran ya incapaces de apagar y por las antorchas que seguían llegando desde los tejados de Hélike. Un penetrante hedor agrio se extendió en el aire, denso de cuero y madera y carne quemada, y alaridos espantosos brotaron del interior de la torre cuando los soldados dentro de ella se vieron envueltos por las llamas. Tanto desde la plataforma como desde el puente empezaron a saltar hombres al vacío, algunos de ellos ardiendo como teas, y una explosión de júbilo se alzó de las azoteas.

—¡Atacad ahora, Lagandi! —aulló Andíbil, saltando desde el torreón hasta la muralla y abriéndose camino entre sus hombres y los cuerpos caídos para alcanzar la primera fila.

Lagandi se volvió brevemente y le dirigió una sonrisa extraviada y salvaje, los ojos encendidos en el rostro cubierto de sangre, el cuerpo recorrido de heridas, el casco hendido. Parecía la viva imagen del dios Reshef, el barbudo señor de la guerra cuyo culto habían traído mucho tiempo atrás los hombres de Tiro. Andíbil advirtió que los libios lanzaban miradas titubeantes por encima del hombro, atrapados entre una marea de íberos enardecidos y la torre deshaciéndose en estallidos de pavesas y humo ardiente, y se abalanzó sobre ellos llevado en volandas por el empuje de los

suyos. Durante un tiempo dilatado y confuso como una alucinación, Andíbil se sumergió en el torbellino de hombres y hierro, deteniendo con el escudo alzado los aguijonazos de las picas libias y descargando con su pesada espada golpes terribles sobre los cascos enemigos.

Poco le faltó para precipitarse él mismo por encima del parapeto tras el último guerrero libio que trató de resistir su empuje. Miró a su alrededor buscando nuevos enemigos y comprobó con una fugaz desilusión que no quedaba ninguno; sus hombres se dedicaban ya a derribar a patadas las escalas cartaginesas, algunas también en llamas. En el breve instante de silencio que señaló el fin del combate en ese tramo de la muralla, llegó hasta ellos un vivo clamor procedente de la ciudad: la carga de los oretanos era celebrada por centenares de gargantas vibrantes y esperanzadas.

Pero la lucha seguía arreciando ante las otras dos torres, haciendo imposible un respiro.

—¡Lagandi, reúne cincuenta hombres y trata de asaltar con escalas el centro de la formación cartaginesa en la muralla! —gritó Andíbil señalando hacia el norte, donde, no muy lejos, los heliketas retrocedían paso a paso ante el frente conjunto de celtíberos y libios—, ¡y envía arqueros a las azoteas de ahí enfrente!

En los tejados la multitud se había organizado para contribuir también a la defensa. Los de las casas más próximas a los combates en la muralla estaban ocupados por los muchachos más vigorosos y campesinos y artesanos sin armamento propio, que habían levantado parapetos improvisados y, protegidos precariamente por ellos, lanzaban sin descanso antorchas y flechas sobre las torres, abastecidos por mujeres jóvenes y un sinnúmero de niños de todas las edades. En los tejados más apartados se agolpaban los ancianos y las mujeres mayores, siguiendo los avatares de la lucha con el corazón en un puño.

Anglea estaba en primera fila, manejando la honda con la precisión de una cazadora consumada. Había derribado ya a un guerrero libio y se sentía dominada por una exaltación frenética. Tras abandonar el torreón, se había dirigido a las casas más próximas a este, pero cuando las dificultades ante la torre situada más al norte fueron notorias, buscó una posición cercana a ella para hostigar a los enemigos. Con breves miradas intermitentes, había seguido la batalla que tenía lugar junto al torreón, y ahora lanzó un grito de aliento al ver cómo Andíbil y los suyos se abrían paso para reforzar el frente oretano; los hombres que hasta hacía un momento retrocedían empujaban de nuevo al ver a su jefe con una numerosa partida de guerreros llegando en su auxilio.

Alrededor de Anglea comenzaron a tomar posiciones los arqueros enviados por Lagandi mientras un grupo de muchachos distribuían antorchas y haces de flechas incendiarias, y un momento después lanzaban proyectiles humeantes contra la torre púnica, por encima del combate furioso que se libraba en lo alto de la muralla y de las escalas de madera que ya se elevaban desde la ancha calle perimetral que separaba las casas de Hélike de su murallón defensivo. El propio Lagandi fue el primero en subir por una de ellas, aullando como un loco, manteniendo con dificultad el equilibrio mientras con su escudo desviaba las lanzas que le arrojaban desde arriba. La joven se abandonó a un frenesí en el que todo pareció quedar en manos del puro instinto de supervivencia, como si su pensamiento se hubiera situado al margen entregando la iniciativa a un poderoso impulso atávico que manejaba la honda y elegía blanco, obligándola a ocultarse cuando las flechas cartaginesas llegaban rasgando el aire sobre el parapeto.

Nunca supo cuánto tiempo permaneció en esa especie de trance en que se sintió nada más que músculos, ojos afilados, tendones, sangre encendida y aire en el pecho, hasta que una vibrante explosión de alegría por las azoteas la hizo pararse a contemplar la escena, aturdida y confusa como quien despierta de un sueño.

A su izquierda, la torre más septentrional comenzaba a apartarse poco a poco de la muralla en una retirada torpe y desesperada, herida por numerosos fuegos y la lluvia incesante de flechas y lanzas que se perdía en la penumbra del portalón abierto en ella como una gran boca. En la muralla los íberos celebraban ruidosamente su triunfo alrededor de un hombre cuya coraza de bronce esplendía en la distancia. «¡Bravo, Biurtites!», gritó Anglea, reconociendo al capitán que comandaba el retén de la puerta norte. Frente a ella la última torre púnica ardía al fin por los cuatro costados y los atacantes cedían terreno en el camino de ronda ante la acometida final de los oretanos; algunos libios comenzaban a deshacerse de sus armas y a saltar al exterior. Pronto tan solo una veintena de celtíberos mantenían la lucha en la muralla, indiferentes a la huida de los libios y a la inmensa tea en que se había convertido la torre.

Andíbil hizo una pausa para observarlos despacio; sabía que esos hombres ásperos y audaces morirían antes que mostrarles la espalda o rendirse, y lamentó que hubieran de malgastar su honor en el bando equivocado, con los invasores de Ispania en lugar de con sus defensores. «Si Tilego aceptara nuestra propuesta…», se dijo, y de pronto una idea súbita y precisa como la

voz de un dios se le iluminó dentro. Buscó con la mirada al guerrero que dirigía a los celtíberos hasta que dio con él: un hombre de corta estatura pero robusto como un buey, con una flecha rota clavada en el hombro derecho y un corte en la cara tan limpio y brillante que parecía una pintura ritual.

—¡Si hacéis caer a Hélike, Celtiberia será el próximo objetivo de Amílcar! —le gritó Andíbil en el celtíbero tosco y quebrado que había aprendido de los pastores lobetanos que, a cambio de un tributo, bajaban todos los años a los llanos de la Oretania en busca de pastos de invierno—. ¡Quizá vuestro propio pueblo sea vuestro próximo adversario! ¡Y dile a tu jefe que podéis venir a recoger los cuerpos de los vuestros!

Un brillo indescifrable relampagueó en los ojos del celtíbero y Andíbil tuvo la certeza de que había sido comprendido. El hombre hizo un comentario al oído de un guerrero que estaba junto a él y volvió a la batalla, mientras el otro desaparecía por una de las escalas que les había llevado a la muralla. El mensaje para Tilego estaba en camino.

A lo largo del día toda la ciudad se había esforzado en reponerse del combate: los pertrechos de los enemigos muertos habían sido distribuidos entre los oretanos desarmados más capaces, y sus cuerpos, arrojados al exterior para ser recogidos por los suyos; tres libios heridos estaban encerrados en una angosta habitación aneja al gran edificio. Por toda Hélike se alzaban pequeñas columnas de humo señalando las casas de las familias que habían perdido a algún miembro en la batalla: se trataba de ceremonias funerarias apresuradas para recoger las cenizas de los guerreros en urnas de piedra; esa misma noche se celebraría en el santuario de la plaza central un rito para acompañar a los oretanos muertos valerosamente en su tránsito hacia el mundo de los dioses. Más adelante, si la victoria sonreía a Hélike, muchos guerreros acudirían a lugares santos de la sierra sonreídos por los dioses para ofrendar a estos sus pequeños exvotos de bronce, y las urnas serían alojadas en túmulos y tumbas en la necrópolis que cubría un pequeño cerro próximo a la ciudad, junto al camino de Kástulo. Hoy el ejército de Amílcar se interponía entre ellos y la morada de sus muertos.

Declinaba el sol cuando Andíbil miró lentamente en su derredor, haciendo recuento de los presentes en el Consejo de Hélike. En primera fila, los capitanes elegidos por Orissón para dirigir los contingentes oretanos: Lagandi, Elíbil, Biurtites, Enneges y Abarien. Faltaba uno, Ultitécer, muerto en los primeros compases de la batalla frente a la torre que había estado a punto de romper por el norte la defensa de la ciudad. Tras ellos, con la

exaltación del combate aún asomándose a los rostros, una treintena de guerreros en representación de las ciudades tributarias y de las más poderosas familias de Hélike. «Cacususin y Torsinno han caído», pensó Andíbil con una punzada de dolor. Torsinno era el único hijo varón de uno de los hermanos de su madre, un hombre cuyos rebaños pastaban por gran parte de la Oretania. Al fondo, una docena de ancianos le miraban con ojos fatigados. Entre ellos se sentaba Anglea; era la mayor de los hijos de Orissón y todos sentían que a través de ella el rey se hacía de algún modo presente en sus deliberaciones. Andíbil había insistido especialmente en la asistencia de la muchacha a todas las reuniones del Consejo, como si así dejara constancia del carácter vicario de su mando sobre Hélike.

—Hoy hemos derrotado a lo mejor del ejército de Amílcar en nuestras murallas —comenzó, y una ovación recorrió la sala en respuesta a sus palabras. Andíbil la interrumpió con un gesto y prosiguió con voz grave—. Es verdad que en toda la Oretania se pintarán urnas y se cantarán canciones con las hazañas de este día, pero tal vez no sean tan felices como ahora creemos, porque nada es bueno ni malo hasta que conoce su fin —un completo silencio le invitó a continuar—. Hemos derrotado al ingenio y a los mercenarios del Bárquida, pero nos ha costado la pérdida de tres miembros de este Consejo y ochenta guerreros más. Hemos agotado una buena parte de nuestras reservas de lanzas, flechas y antorchas. Y hoy no han regresado los forrajeadores de Chadar; la noche se ha tragado a otros cinco muchachos. Con victorias como esta, Hélike no tardará en caer en manos de Amílcar; hoy han muerto al menos trescientos de sus hombres, pero su ejército sigue prácticamente intacto y solo los dioses saben qué otras sorpresas nos tendrá reservadas —dejó escapar un fatigado suspiro—. Me pregunto si hay alguna otra cosa que podamos hacer además de esperar el próximo ataque.

—Todo depende de la misión de Orissón —dijo Biurtites, poniéndose en pie con una mueca de dolor; un ancho vendaje en el muslo derecho cubría la huella de una lanza libia. Era un hombre delgado, de tez oscura y facciones afiladas, que habría podido pasar por cartaginés de no ser por su riguroso afeitado—. Hace ocho días que partió y en el mejor de los casos pasarán semanas antes de que pueda volver con ayuda. Debemos seguir resistiendo, no tenemos otra opción. Pero al menos podemos tratar de evitar que se produzca otro ataque como el de hoy: el único terreno llano por el que los púnicos pueden aproximar sus torres móviles es el que han utilizado esta mañana, y ya está en gran medida obstruido por los restos de las que destruimos en la batalla —explicó, acompañando sus palabras con gestos de

sus finas manos—. Apilando piedras y adobes frente a los puntos vulnerables, podemos terminar de cerrarles el paso.

—Buena idea, Biurtirtes —convino Andíbil—. Reúne gente mañana mismo y ponlos a trabajar. Desmontad las tapias de los corrales que hayan ido quedando vacíos y los montones de escoria de fundición.

Biurtirtes asintió satisfecho y se sentó de nuevo. Lagandi, que había dirigido la recolección y distribución de las armas de los libios y lucía como trofeos sus muchas heridas aún sin limpiar, tomó la palabra a continuación.

—Escuché lo que le dijiste al jefe de los celtíberos, eso de que si cae Hélike tal vez deban enfrentarse después a su propio pueblo. ¿Crees que aún podemos hacer a Tilego cambiar de opinión? Con él y su gente de nuestro lado, todo sería completamente distinto.

Andíbil hizo una larga pausa antes de contestar. Miró al frente como si buscara una respuesta en los muros encalados, o más allá de ellos.

—Tal vez ni el propio Tilego sepa lo que tiene en el corazón. Pero creo que fue un dios quien llevó esas palabras a mi boca, de modo que acaso tengamos una oportunidad. En todo caso —añadió con preocupación—, no sé cómo vamos a reunir los ocho talentos de oro. ¿Con qué cantidad contamos, Alorcus?

—Tres talentos —contestó un anciano de larga barba blanca, designado por Orissón como administrador de los tributos de la ciudad—. Es imposible que alcancemos los ocho talentos con solo el oro de Hélike.

En el silencio que siguió, pareció cobrar forma una sombra de desesperanza. Los hombres extraviaron su mirada en sus manos o en el suelo, como si una verdad cruel anduviera oculta en los ojos de los otros. Orissón había sido durante años el alma de Hélike, y su firme voluntad había embarcado a la ciudad en esta empresa que ahora resultaba demasiado grande para sus posibilidades. La ausencia del rey parecía privarles de las respuestas que él sí debía tener.

—Tilego estará con nosotros y mi padre llegará a tiempo al frente de un ejército de ólcades —dijo de pronto Anglea, con una certeza tan rotunda que hizo que todos la miraran sorprendidos y esperanzados, como si la voz limpia de la muchacha hubiera roto algún maleficio—. Yo misma persuadiré a Tilego e iré en busca de mi padre si es preciso, pero Amílcar no derrotará a los oretanos. Esta vez no.

«Ojalá tengas razón, niña —pensó Andíbil con ternura—. Ojalá tu Astarté sepa vencer a la Tánit de Cartago».

CAPÍTULO VIII

HABÍA comenzado a llover. A lo largo de la tarde un suave viento del norte había arrastrado desde los montes un manto de nubes bajas que ahora se licuaba en agua y bruma sobre el campamento. Las hojas coriáceas de las encinas y las grandes carpas de lona encerada devolvían en pálidos reflejos la luz de las hogueras; el aire vibraba sordamente con el barritar inquieto de los elefantes.

Dos hombres caminaban envueltos en brillantes capas de cuero; a su paso, los soldados sentados alrededor de los fuegos se ponían de pie para saludar militarmente, interrumpiendo sus conversaciones. Aunque los separaban cuatro décadas de edad, ambos tenían un gran parecido físico: pelo negro rizado y grandes ojos castaños ligeramente saltones, larga y afilada nariz, altos pómulos, labios finos rodeados por una barba igualmente rizada y cuidadosamente recortada, aún poco densa en el más joven. Sus facciones y la expresión atenta y penetrante les conferían el aspecto de aves rapaces.

—Pareces preocupado, padre —dijo el muchacho, alto y de movimientos elásticos—. Es verdad que las cosas no han resultado como pensabas, pero las pérdidas que hemos sufrido no son serias, y ellos han aprendido que la ciudad puede caer en cualquier momento. Su capacidad de defensa se está agotando rápidamente.

El hombre mayor, más bajo y robusto, contestó con un gruñido y dio algunos pasos más antes de detenerse de pronto.

—No me inquietan los que están ahí dentro —dijo con una voz tan grave que parecía hacer temblar todo su cuerpo, señalando con la mirada en dirección a Hélike, completamente invisible ahora a causa de la bruma. A plena luz del día se divisaba nítidamente desde ese punto: la muralla poniendo contorno a la ancha meseta en la que se apiñaban las casas de la ciudad, el brillo de las puntas de lanza asomadas a los parapetos, centenares de columnas de humo elevándose dibujando espirales—. Cada vez son menos hombres y más hambrientos —continuó despacio, como pensando en voz alta —, mientras que nosotros podemos traer en cualquier momento a la guarnición de Akra Leuke o incluso hacer subir desde el sur a Asdrúbal con su gente. La caída de Hélike es cuestión de tiempo, pero la resistencia absurda de estos oretanos puede complicarnos las cosas.

—Aún queda buena parte del verano por delante, y tras Hélike no hay ningún obstáculo importante hasta la costa —apuntó el joven, incapaz de comprender el ánimo sombrío de su padre. Por supuesto, a él mismo le había irritado el hecho de que las torres de asalto, utilizadas por primera vez por el ejército púnico en Ispania, no hubieran bastado para ganar la ciudad, y más aún la huida de los libios que habían quedado aislados en la muralla. Pero la crucifixión de los cobardes había servido de advertencia a toda la tropa y le parecía que Hélike estaba a punto de caer como fruta madura—. Estaremos ante Edeta[8] mucho antes de las lluvias de otoño —prosiguió—, y, en todo caso, siempre puedes dejar aquí a Bostar con parte del ejército y continuar tú hacia delante.

—Eso sería una imprudencia, Aníbal —replicó secamente el hombre, ligeramente molesto por la naturalidad con que su hijo cuestionaba su estrategia—. Hemos dejado guarniciones en Gádir, Carmo y Akra Leuke, y Asdrúbal tiene consigo la mitad de las tropas en el sur, reduciendo los últimos focos de resistencia de los mastienos alrededor de Baria[9] y Abdera[10]. No dividiré más mi ejército —sentenció en un tono que dejaba claro que no admitiría discusión—. Pero si nos quedamos aquí atascados mucho tiempo, cualquier pueblucho íbero pensará que puede hacernos frente. Y peor aún: si llegan noticias a Cartago de que estamos en dificultades, Hannón y sus terratenientes aprovecharán para causarnos problemas en el Senado. Hasta que tengamos en producción las minas de la Oretania, necesitamos tener asegurado el apoyo en casa.

Aníbal frunció el ceño y, azorado, clavó la mirada en el suelo. Desde que fue capaz de montar a caballo, había acompañado a su padre en todas sus campañas militares y ahora, con dieciocho años, deseaba que este le tratara como un soldado y no como un eterno aprendiz. Amílcar le miró fijamente y, adivinando sus pensamientos, suavizó el gesto y le puso una mano en el hombro.

—No te irrites, hijo, y no seas impaciente. No olvides que la formación que necesitas no es la de un capitán de mercenarios, sino la de un general de Cartago. Tengo sesenta años y quiero estar seguro de que cuando ya no esté a tu lado recuerdes que casi ningún problema es tan simple como parece, y que para un ejército puede ser más devastadora la imprevisión política que la militar. Nadie lo sabe mejor que yo.

El joven miró a su padre a los ojos y vio en ellos una antigua amargura. «Sicilia», se dijo.

Sicilia. Trece años atrás, cuando la larguísima guerra entre Roma y Cartago por el dominio de la isla parecía inclinarse a favor de aquella, Amílcar había equilibrado la balanza haciendo fracasar todos los intentos de los romanos por tomar su fortaleza en el monte Érix. Pero las intrigas de sus adversarios en el Senado de Cartago impidieron que tanto él como la flota púnica recibieran los refuerzos que precisaban; cuando la flota fue destruida por los romanos en una terrible batalla naval, junto a las islas Égates, no le quedó más remedio que deponer las armas y negociar un tratado de paz con el cónsul Quinto Lutacio Catulo, por el cual Cartago debió renunciar a Sicilia, su más importante base de comercio y navegación en el Mediterráneo occidental. Aníbal sabía bien de qué modo aquella humillante experiencia había alumbrado en el corazón de su padre dos odios profundos y duraderos: odio a los romanos, con su arrogancia e insaciable voluntad de conquista y poder, y odio a los terratenientes púnicos, dirigidos por Hannón, que siempre vieron el futuro de Cartago en los campos africanos y no en las rutas navales, oponiéndose a que la ciudad dedicara sus recursos a las empresas coloniales en el Mediterráneo.

Más tarde, tras la terrible sublevación de los mercenarios que había estado a punto de acabar con la ciudad misma, solo su padre había visto la inmensa oportunidad que representaba Ispania para recuperar con creces el poder de Cartago. Hervía de metales, ganado y salazones, parecía una fuente inagotable de guerreros dispuestos a alistarse como mercenarios y estaba poblada por fenicios en las zonas más productivas. Amílcar había empeñado toda la influencia política y los recursos económicos de la familia para persuadir al Senado y armar la expedición que los había llevado hasta allí. Pero no eran pocos los que con Hannón recelaban de la posición hegemónica que habían alcanzado los Bárquidas y, aunque no abiertamente, deseaban su fracaso y hacían lo posible para anticiparlo.

—He recibido carta de Mahárbal en el correo de Gádir de esta mañana —dijo Aníbal—. Hannón anda diciendo que quieres proclamarte rey de Ispania.

—Es un cerdo —espetó Amílcar con voz agria—. Sabe muy bien que Cartago necesita la plata de Ispania para pagar las reparaciones de guerra a las que nos comprometimos con los romanos, pero hará cualquier cosa para evitar que seamos nosotros quienes la consigamos. Además, nunca me perdonará que fuera yo, y no él, quien derrotara a los mercenarios en Útica e Hipona.

—También dice que debemos volver a casa para que el ejército se dedique a fundar colonias agrícolas en Libia.

—Lleva diez años hablando de eso, e incluso él mismo organizó una expedición hacia Theveste en plena guerra contra Roma. Creo que está deslumbrado con el Egipto de los Ptolomeos y piensa que, como allí, en Cartago la riqueza se encuentra mirando hacia el sur y no hacia el norte. Y reconozco que tal vez en otro momento el proyecto habría podido ser viable, pero ahora, después de que la mayor parte de las tribus libias se pusiera de parte de los mercenarios durante la revuelta, es imposible.

—Tal vez en Numidia sí pudiera hacerse con la ayuda de Naravas —apuntó Aníbal—. Ya nos ha prestado grandes servicios en el pasado.

—No imaginas cuán grandes —contestó Amílcar, luciendo una sonrisa feroz—. Si no se hubiera pasado a nuestro lado con sus dos mil jinetes númidas cuando todo parecía venirse abajo, Espendio y Autárito nos habrían hecho trizas con sus mercenarios en la batalla del río Bagradas. Claro que para ello tuve que ofrecerle a tu hermana Salambó en matrimonio. Ahora Naravas está encantado de ser mi yerno y aliado, pero ni aunque yo se lo pidiera estaría dispuesto a ver sus tierras ocupadas por los oligarcas de Hannón. Sabe bien que a su gente le tocaría representar el papel de esclavos.

Aníbal asintió, apuntando una sonrisa. Le encantaba su cuñado Naravas, con su vozarrón y su carácter exuberante, siempre dispuesto a llevarle a cabalgar por los campos cuando era muy niño, y le había regalado todos los espléndidos caballos que había tenido desde entonces.

Amílcar echó a andar de nuevo pero no tardó en volver a detenerse. Quedó en silencio escrutando la oscuridad a través de la lluvia, como si anduviera detrás de una idea. Aníbal esperó, preguntándose cuándo llegaría el momento de verse seco y confortable en el interior de la tienda. Como los oficiales que apresuraban el paso y agachaban la cabeza al pasar junto a ellos, sabía bien que nunca debía interrumpirse al general cuando se extraviaba en sus pensamientos.

—Pero también aquí ocurren cosas que me preocupan —dijo por fin—. Si la historia que contó Magón es cierta, el oretano que se le escapó debía de ser un hombre principal de Hélike. Y recibió ayuda de los celtíberos en su lucha contra los nuestros.

Magón había regresado al campamento el día anterior, con solo dos de los siete hombres que se había llevado en busca de los oretanos que acudieron a Belgeda pidiendo auxilio.

—Creo que Magón sigue siendo tan de fiar como siempre —señaló suavemente Aníbal—. Parece muy dolido de que le hayan arrebatado la pieza

de entre las manos y ha jurado encontrar y castigar al oretano a toda costa. Ya sabes lo orgulloso que es.

—Entonces tenemos que aceptar que un noble oretano anda agitando a la Celtiberia contra nosotros. Ya has visto hoy en la muralla cómo luchan esos celtíberos: al parecer es una deshonra para toda la familia que el guerrero de la casa no muera en el campo de batalla, y hasta las mujeres le ridiculizan si opinan que no ha combatido con suficiente valor —Amílcar se encogió de hombros y arqueó las cejas en un gesto de divertida sorpresa—. Es eso lo que me preocupa y no Magón —concluyó—; creo que Orissón está intentando organizarnos alguna sorpresa.

—Orissón… —murmuró Aníbal— desearía poder conocer a ese hombre antes de que lo matemos. Los íberos pronuncian su nombre con una reverencia extraordinaria y son innumerables los que le han jurado fidelidad; debe de ser un hombre singular. Desde aquellos dos hermanos celtíberos, nadie hasta él ha sido capaz de plantar cara a nuestro ejército.

—Le costará caro —escupió Amílcar—. Y recuerda bien esto, hijo: toma en serio a todos tus enemigos, pero no admires a ninguno. La admiración y el temor están separados por una distancia muy corta. Y ahora vamos, me estoy quedando helado con esta lluvia.

Aníbal echó a caminar junto a su padre por el sendero salpicado de charcos, tratando de evitarlos a la luz incierta de las hogueras próximas, absorto en el juego de estrategias, posiciones y movimientos militares que bullía sin descanso en su cabeza. Un juego en el que era él mismo, y no su padre, quien dirigía los gloriosos ejércitos de Cartago. Atravesaron uno tras otro los sectores del extenso campamento ocupados por los diversos contingentes mercenarios que constituían el ejército púnico: los infantes celtíberos y libios, los jinetes itálicos y los númidas enviados por Naravas, los honderos baleáricos reclutados en la soleada Ebussus[11]. Por todas partes brotaba el rumor de miles de hombres disfrutando de la última hora de ocio de la jornada: el aire húmedo estaba atravesado de bromas y exclamaciones en todas las lenguas del Mediterráneo cartaginés, de risas ebrias, del golpeteo de los dados arrojados sobre los escudos y el tintineo metálico de las armas. Ninguna lluvia parecía capaz de acallar a aquella formidable masa de humanidad.

Dejando atrás el eje central del campamento y ascendiendo por una suave loma desde la que se dominaba toda la hoya extendida a los pies de Hélike, padre e hijo se acercaron al fin a la gran tienda circular de color púrpura que les servía de aposento privado y de cuartel general; sobre ella ondeaba,

pesado por el agua, un estandarte con el emblema de los Bárquidas: el rayo que les daba nombre, dorado sobre un fondo negro. A ambos lados de la puerta, iluminados por dos grandes hachones chisporroteantes clavados en el suelo, montaban guardia dos soldados con el uniforme rojo y dorado de la guardia personal de Amílcar, formada toda ella por jóvenes de las familias a las que el general mantenía bajo su protección en Cartago. Aníbal sabía que la red de relaciones clientelares y alianzas matrimoniales —como la de Naravas — que con los años había construido Amílcar era la base principal del poder de los Bárquidas, y siempre le resultaba admirable que su padre conociera por su nombre a los doscientos miembros de su guardia y nunca le faltara una palabra amable cuando se cruzaba con ellos. «La Guardia es una escuela de lealtad, trátala bien», le decía frecuentemente.

Un hombre grande cubierto por un manto de lana gris esperaba inmóvil junto a los guardias, indiferente al agua de lluvia que le resbalaba en gruesos goterones por el rostro anguloso hasta perderse en una densa barba de violento color rojo. «¿Qué querrá Tilego a estas horas?», se preguntó Aníbal, inquieto.

El jefe lusón del contingente celtibérico se acercó a ellos, hizo una rápida inclinación de cabeza y habló en un púnico áspero y pétreo que sonaba más parecido a su propio idioma que a la sibilante y sutil lengua de Cartago.

—Tengo que hablarte, general —dijo secamente.

Amílcar miró al hombre con ojos afilados, haciendo patente la desconfianza que sentía hacia todos los mercenarios desde la sublevación de Espendio y Autárico tras la guerra con Roma. Pareció dudar durante un largo instante y finalmente hizo a Tilego un gesto para que le siguiera, mientras uno de los guardias apartaba la gruesa cortina de lona que servía de entrada a la tienda.

El interior era mucho más espacioso de lo que se adivinaba desde fuera. La mayor parte lo ocupaba una sala brillantemente iluminada por quinqués de aceite, con una larga mesa cubierta de mapas de papiro, en la que Amílcar reunía a sus capitanes para planificar las batallas y la marcha de la campaña; el propio Tilego había participado a menudo en esas reuniones. El único signo visible de ostentación y poder era el sillón de mando situado en la cabecera de la mesa, de terciopelo púrpura ribeteado con palmetas de oro. En el extremo opuesto a la puerta un pesado cortinaje colgaba desde el techo hasta el suelo, creando tras él un espacio que se repartían los aposentos de los dos Bárquidas. Nadie habría dicho que esa era durante gran parte del año la morada del hombre más poderoso de Ispania y de todo el imperio cartaginés.

Amílcar se quitó la capa empapada, la colgó sobre un bastidor de madera situado junto a la entrada y caminó con paso enérgico a través de la sala, tomó asiento en su sillón y chasqueó los dedos. Al punto, un sirviente surgió silenciosamente tras el cortinaje con una copa de plata en las manos; un momento después el perfume del vino caliente, espeso de la canela y el clavo que traían sus agentes comerciales desde Alejandría, inundó la sala. Amílcar cogió la copa y bebió a sorbos cortos, dejando escapar un suspiro satisfecho. Solo entonces indicó a Tilego y a Aníbal que tomaran asiento en las sillas que rodeaban la mesa.

—Habla, Tilego —dijo al fin.

El lusón se dejó caer en una silla sin quitarse el manto, incómodo por la patente frialdad de Amílcar y por la presencia de Aníbal, cuya determinación, sencillez y genio militar comenzaban a granjearle un respeto casi reverencial entre la tropa.

—Mis hombres están inquietos, general —comenzó Tilego—. No han recibido una sola moneda de su paga desde el principio del invierno y hoy han visto morir a muchos de sus compañeros en la muralla de Hélike. Sienten que el hogar está cerca y se preguntan hasta dónde les llevará esta campaña —el celtíbero concluyó abruptamente, como si no estuviera acostumbrado a pronunciar frases tan largas en púnico.

Amílcar se quedó mirándolo fijamente con la barbilla apoyada en las manos entrelazadas, los codos sobre la mesa.

—¿Eso es todo? —preguntó, con una ironía turbia bailándole en los ojos —. ¿Y para qué quieren tus hombres la paga en mitad de la Oretania? ¿Es que pretenden largarse a casa mientras Hélike aún se ríe de nosotros?

Antes de que Tilego pudiera responder, Amílcar continuó hablando:

—Tu pregunta es una insolencia, celtíbero, y merecería ser castigada. Pero tendré presente que, como has dicho, tus hombres se dejaron matar con honor en la muralla mientras esos libios cobardes huían como perros. Di a tus hombres que cobrarán, como todos los demás, cuando lleguemos a Edeta, y que, hasta entonces, cualquier murmuración merecerá la muerte. Diles también que Amílcar siempre honra su palabra.

El Bárquida hizo un gesto con la mano indicando a Tilego que la audiencia había terminado y podía retirarse, pero este se mantuvo sentado en su silla, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión de tensa obstinación en el rostro.

—Hay algo más —dijo el celtíbero. Un casi imperceptible temblor en su voz hizo notar que conocía perfectamente el riesgo que suponía su insistencia

—. Mi gente teme que tras Hélike el ejército se dirija a tierras celtíberas y debamos enfrentarnos a nuestros propios padres y hermanos. Los celtíberos también honramos nuestra palabra, y te seguiremos a cualquier lugar. Excepto al norte.

Amílcar clavó en Tilego sus ojos dilatados por la incredulidad. Poco a poco, mientras la lluvia arrancaba un rumor marino de la lona de la tienda, su rostro enrojeció y se tensaron tras la barba los músculos de su mandíbula. Finalmente, una ira cortante y salvaje le explotó en la garganta.

—¡¡Pero… ¿cómo te atreves a ponerme condiciones, bárbaro?!! —aulló. Aníbal dio un respingo en su silla y temió que su padre matara a Tilego allí mismo; miró al celtíbero y no pudo evitar sentir una secreta admiración ante su imperturbabilidad—. ¿Es que quieres que te crucifique después de arrancarte la lengua y los ojos como a aquellos cobardes caudillos vuestros? —continuó Amílcar, fuera de sí. Hizo una pausa y entonces su voz sonó arenosa y amenazante como el silbido de una serpiente—. Tú y los tuyos haréis exactamente lo que yo os diga. Primero ocuparéis la primera línea en cada asalto a Hélike hasta que la ciudad caiga de rodillas. Luego vendréis conmigo a Edeta y escalaréis también la piedra de sus murallas para ver cómo la muerte os llueve desde ellas. Y si después de eso queda vivo alguno de vosotros, me seguirá a donde me parezca que lleve la voluntad de Cartago. Ahora márchate y da gracias a tus dioses por tener aún la oportunidad de morir en el campo de batalla.

Aníbal acercó la mano a la empuñadura de la espada que aún llevaba a la cintura, temiendo que Tilego fuera incapaz de soportar la venenosa humillación que latía en las palabras de Amílcar y se lanzara contra él. Pero el lusón se levantó de la silla, sostuvo durante un latido la mirada de su general y, sin pronunciar ningún sonido, se dio la vuelta y abandonó la tienda con el paso lento y pesado de un buey.

La marcha de Tilego dejó flotando en la sala un remolino de presagios al que puso fin Amílcar con dos imperiosas palmadas.

—¡Albírcal! —gritó—, tráenos algo de cenar.

Como si hubiera estado esperando la orden, de inmediato apareció el sirviente con una bandeja de bronce en las manos. En ella no había sino un pequeño queso de cabra, un pan de trigo, un cuenco de barro rojo con carne ahumada, una crátera ática y dos copas de plata. Siempre frugal y austero, desde los tiempos de Sicilia, Amílcar presumía de no tomar en sus campañas militares otro alimento que el de sus soldados. Los dos Bárquidas comieron

en silencio durante largos minutos, hasta que Aníbal se decidió a hablar de lo ocurrido.

—Estuviste muy duro con Tilego, padre —dijo, esforzándose porque la observación no sonara a reproche—. Es un buen comandante que siempre ha cumplido tus órdenes sin cuestionarlas.

—El que has escuchado es el único lenguaje que entienden los mercenarios.

—¿No te preocupa que decidan marcharse? No habrían mandado a Tilego a hablar contigo si no se sintieran tan cerca de casa; muchos de ellos llevan ocho años sin ver a sus familias.

—No se marcharán. Si quieres evitarte problemas con los mercenarios, haz dos cosas: págales la soldada puntualmente, pero no antes de que alcances tus objetivos, y trátales con mano dura para que te tengan miedo. Esos hombres no entienden de amabilidad ni gratitud.

Aníbal se encogió de hombros. No estaba de acuerdo con su padre pero no quería irritarle aún más discutiendo con él. Su gesto no pasó desapercibido a Amílcar.

—Te contaré algo —dijo este—. Durante la revuelta de los mercenarios, después de aquella batalla en la que Naravas se pasó a nuestro lado con los suyos, se me ocurrió que era ocasión de mostrarme generoso: ofrecí a los mercenarios prisioneros la posibilidad de incorporarse a mi ejército. Aquellos que se negaron quedaron en libertad, sin otro compromiso que el de no volver a empuñar las armas contra Cartago. La respuesta de Mato, Espendio y Autárico fue convocar una asamblea de su ejército en la que todos los que defendieron la conveniencia de llegar a un acuerdo con nosotros fueron lapidados por la multitud. Se decidió luchar contra Cartago hasta el final, a hierro y fuego, sin tibieza ni piedad, sin pactos ni prisioneros.

»Aquella misma noche, los púnicos que los rebeldes mantenían cautivos a la espera de un rescate fueron arrastrados por el campamento y torturados salvajemente a la luz de las hogueras. Unos fueron despellejados y descuartizados, otros quemados vivos, otros crucificados con un corte en el vientre para que la agonía fuera larga y dolorosa. Todos ellos murieron escuchando los aullidos de una horda de bárbaros enloquecidos. Cuando la noticia llegó a Cartago, juré ante la llama sagrada de Baal Hammón responder con la misma moneda y no volver a mostrar nunca magnanimidad ante un mercenario. Así ha sido hasta ahora y así seguirá siendo mientras viva.

Amílcar quedó mirando a su hijo sin verlo, perdido en sus recuerdos de aquellos días trágicos. También en Aníbal habían dejado una huella

imborrable. Durante tres largos años había vivido sintiendo la amenaza de la guerra al mismo pie de las murallas de la ciudad, pendiente de los rumores que extendían por las calles las nuevas de reveses y atrocidades, de esperanzas y devastaciones. Durante tres años había compartido con su madre y hermanos las jornadas interminables de espera temiendo recibir en cada momento la noticia de la muerte de Amílcar, y se había asomado con sus amigos a los torreones para ver en el horizonte el humo y el polvo, para escuchar en la distancia el agrio lenguaje de la guerra. Cada día que pasaba sentía más fuerte el deseo de estar allá afuera con su padre y sus cuñados Bomílcar y Asdrúbal, con los amigos de la familia que tantas veces habían jugado con él en el amplio patio de la Casa Bárquida, con sus valerosos conciudadanos de Cartago. Cuando todo acabó, con nueve años recién cumplidos, Aníbal sintió que su infancia había escapado disuelta en el río de sangre de la guerra y que era ya momento de comenzar a empuñar una espada.

—Me retiro a descansar, hijo —dijo Amílcar con voz fatigada, sacando al muchacho de su ensimismamiento—. Hoy ha sido un día muy largo. Y si crees que puedes hacer algo para aplacar el orgullo herido de los celtíberos —añadió—, hazlo.

Se levantó y caminó despacio hacia sus aposentos, donde Albírcal tenía preparado ya el baño y el masaje que el general disfrutaba todas las noches antes de dormir. Su viejo cuerpo, recorrido de cicatrices y dolores antiguos, llegaba al final de la jornada cada vez un poco más gastado y quebradizo, como si solo una voluntad extraordinaria lo mantuviera erguido. Aníbal vio por primera vez a su padre como un anciano, y sintió que un nudo le estrechaba la garganta. «¿Qué ocurrirá cuando nos falte?», se preguntó, retirándose él mismo hacia su dormitorio.

En la antecámara conversaban en voz queda Maharcón, su sirviente y ayuda de campo, y Giscón, el soldado que esa noche debía velar su sueño. Ambos se incorporaron tan pronto como vieron entrar a Aníbal, evitando su mirada en un intento de ocultar la impresión que les habían causado las palabras escuchadas a través del cortinaje. Ambos sabían que cualquier indiscreción sería pagada con la muerte.

—¿Dónde está el envío de Sósilo? —preguntó Aníbal.

—Sobre tu cama, señor —contestó Maharcón.

Aníbal entró en el dormitorio urgido por la impaciencia que llevaba consumiéndolo todo el día. La estancia estaba ocupada por una cama estrecha, dos arcones con herrajes metálicos, una pequeña bañera circular y un

aguamanil de bronce y una mesa cubierta por rollos de papiros con una silla de campaña frente a ella. Aníbal se quitó la espada y la coraza, lanzó a un rincón las grebas y las botas cubiertas de barro y dejó que su sirviente le sacara por la cabeza el sayo de algodón teñido de púrpura. Vestido solo con una fina túnica de lino, se aproximó a la cama y un brillo de codicia asomó a sus ojos al tomar en sus manos los grandes rollos de papiro que le había enviado Sósilo, su preceptor espartano, desde Gádir. Leyó los títulos en las tiras de color rojo que colgaban en sus extremos y dejó escapar un grito de júbilo.

—¡Por Baal, la *Historia de Alejandro* de Ptolomeo y la *Ilíada* de Homero! Maharcón, haz llegar un mensaje a mi buen Sósilo diciéndole que sabré recompensarle como se merece. Y recuérdale que aún espero la copia que me prometió de la biografía de Alejandro de ese tal Clitarco. Ahora tráeme una copa de vino caliente y retírate.

Mientras Maharcón salía a cumplir el encargo de su amo, Aníbal se sentó a la mesa y tomó el primero de los rollos que contenían el gran poema del bardo griego. Sabía bien que Alejandro había recibido ese libro de su maestro Aristóteles y lo había llevado con él durante sus gloriosas campañas. Él mismo había soñado con hacer lo mismo y ahora sentía una violenta exaltación al tenerlo al fin en sus manos y desenrollarlo cuidadosamente por primera vez, escuchando el crujido del papiro como una voz de otro tiempo. Comenzó a leer, pronunciando para sí las hermosas palabras griegas de Homero:

«Canta, oh Diosa, la cólera de Aquiles, hijo de Peleo; cólera funesta que ocasionó infinitos males a los aqueos y precipitó al Hades tantas almas valerosas de héroes, que fueron pasto de perros y aves. Se cumplía así el designio de Zeus, desde el día en que una querella dividió al hijo de Atreo, protector de su pueblo, y al divino Aquiles…».

CAPÍTULO IX

—MALDITO cerdo púnico.

Las palabras de Tilego al entrar en su tienda hicieron levantar la mirada a los hombres que le esperaban dentro dando buena cuenta de un cabrito asado y un pellejo de vino. Se sentaban en dos bancos corridos a ambos lados de una tosca mesa de madera que servía de lugar de reunión a los capitanes del contingente celtíbero. Tras ellos, un cortinaje de piel ocultaba la angosta alcoba de Tilego, con el espacio justo para contener un jergón de paja, un bastidor para la panoplia y un arcón.

Los hombres eran cuatro. Cada uno de ellos dirigía una fuerza de setecientos cincuenta guerreros y habían sido elegidos por Tilego de modo que representaran a los pueblos de los que habían surgido los grupos de mercenarios más numerosos cuando Istolacio e Indortes realizaron su campaña de reclutamiento por encargo de los príncipes turdetanos. El arévaco Ibolo, el pelendón Kaamarina y el ólcade Bacso dirigían unidades de guerreros de a pie con armamento pesado. El lobetano Gaspamo estaba al frente de la caballería y de la protección y administración del campamento celtíbero, situado a cierta distancia del principal en una llanura rodeada de colinas junto a la carretera que conducía a la puerta de poniente de la ciudad. Los cuatro habían decidido junto con Tilego la visita de este al general, y ahora fruncían el ceño esperando las malas noticias que debían venir tras las primeras palabras de su jefe.

—Maldito cerdo púnico —repitió Tilego, quitándose el manto empapado y sacudiendo la cabeza de un lado a otro mientras se sentaba junto a los suyos. Tomó un largo trago de vino antes de continuar hablando—. Amílcar ha montado en cólera y me ha tratado con una arrogancia intolerable; me ha amenazado con crucificarme como a Istolacio e Indortes y creo que poco ha faltado para que llamara a la guardia y me hiciera matar allí mismo. Ha dicho que cobraremos como los demás cuando lleguemos a Edeta y que hasta entonces estaremos en primera línea en todas las batallas. Que iremos con él allí donde le lleve la voluntad de Cartago y que cualquier queja merecerá la muerte. Eso es todo.

Los demás se miraron unos a otros haciendo gestos que mostraban que no habían esperado otra cosa. En realidad, la misión de Tilego representaba más

una exigencia de su sentido del honor que una esperanza real de obtener nada del Bárquida: a pesar de que ninguno de ellos había hecho un juramento de fidelidad personal que les ligara a Amílcar, habían sido contratados por él y debían darle una oportunidad antes de tomar la decisión que habían estado discutiendo.

—¿Estaba allí el Cachorro? —preguntó Kaamarina, empleando el apodo que utilizaban entre sí para referirse a Aníbal.

—Sí —respondió Tilego—, pero se mantuvo al margen. Me pareció que no le gustaron mucho las palabras de su padre, pero no abrió el pico.

—Bien. Ambos han podido cambiar el curso de las cosas y no lo han hecho. Sigamos adelante —dijo Bacso antes de atacar de nuevo la pierna de cabrito que tenía en las manos.

Tilego los miró uno a uno y todos asintieron.

—Trae al jefe de los muchachos, Gaspamo —dijo—, de paso le daremos las gracias por la cena que nos trajeron.

Todos rieron mientras el lobetano salía de la tienda cubriéndose con un manto. En efecto, un cabrito y un pellejo de vino eran lujos que raramente podían permitirse después de haber esquilmado los alrededores durante más de un mes de asedio, pero los forrajeadores oretanos aún eran capaces de encontrar por los montes y las aldeas abandonadas delicias como esas.

Pocos minutos después Gaspamo volvió a entrar en la tienda sujetando firmemente del brazo a un joven de pelo negro y brillante y unos grandes ojos castaños que parecían más atentos y expectantes que asustados; miraba a su alrededor como si aún en ese espacio cerrado lleno de guerreros esperara encontrar una ocasión para escapar.

El oretano había llamado la atención de Tilego desde que la patrulla lo trajera junto con sus compañeros la noche anterior, cuando, no lejos de allí, la infantería libia comenzaba a ocupar sus posiciones en el interior de las torres. Había actuado como jefe y portavoz del grupo de forrajeadores, resistiendo la mirada helada del jefe celtíbero y negándose a dar ninguna información que pudiera resultar comprometida para Hélike. Tal vez por el coraje del chico, o por la indecisión que no dejaba de ganar terreno en su interior, Tilego resolvió de pronto retener a los oretanos en lugar de entregarlos a Himilcón, el comandante púnico encargado de custodiar e interrogar a los prisioneros. No ignoraba el riesgo que corría al hacerlo, pero no había querido perder lo que parecía un medio inmejorable para, si llegaba el momento, comunicarse con los príncipes de la ciudad.

Sin embargo, no esperaba que todo ocurriera tan rápido. Pocas horas después, tras el fracasado intento de tomar Hélike con las torres de asalto, el arévaco Letondunos, único superviviente de los celtíberos que habían luchado en la muralla, se presentó ante Tilego para transmitir el mensaje recibido del jefe oretano. Tal y como este había prometido, nadie hostigó a los celtíberos que se aproximaron al pie de la muralla a recoger los cuerpos y las armas de los compañeros caídos.

Estos habían sido trasladados al caer la tarde, acompañados por un gran número de guerreros, hasta un otero alejado del campamento desde donde los buitres se encargarían de elevarlos hasta las transparentes moradas de los dioses, como correspondía a quienes morían honrosamente en combate lejos de casa. Mientras dirigía a Cosus una silenciosa plegaria en aquella altura inhóspita, batido por el viento, Tilego había sentido una profunda gratitud hacia aquellos enemigos oretanos que mostraban hacia las creencias celtíberas más respeto que el general púnico al que prestaban servicio. Dirigió entonces la mirada hacia el norte e imaginó en la distancia las siluetas de color pizarra de los montes de Celtiberia; como un mazazo cayó sobre él el recuerdo del angosto valle cortado en la caliza del páramo donde ocho años atrás había dejado una esposa y tres hijos, e imaginó al ejército de Amílcar marchando hacia ellos a través de las colinas y la ancha llanura. En ese instante resolvió las dudas que le ensombrecían el ánimo y tomó una decisión.

De regreso al campamento, reunió a sus capitanes y todos estuvieron de acuerdo con él: era ya demasiado tiempo lejos de casa, a las órdenes de un cartaginés que había asesinado a sus jefes delante de sus ojos y los trataba como si fueran salvajes, pagándoles siempre tarde y poco. Habían aguantado todo eso hasta allí y habrían estado dispuestos a seguir haciéndolo, pero solo si recibían lo que era suyo y se les aseguraba que nunca habrían de alzar el hierro contra los suyos. Por eso había ido Tilego a hablar con Amílcar esa noche, y por eso tenía ahora ante sí a aquel muchacho oretano que lo miraba con extrañeza, como si tratara de adivinar los pensamientos que le hacían prolongar un silencio roto solo por el repiqueteo de la lluvia en la lona.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al fin Tilego en íbero, mientras tomaba un costillar de cabrito de la bandeja de barro cocido que ocupaba buena parte de la mesa.

—Chadar —respondió secamente el oretano.

—Pareces valiente, Chadar.

El chico hizo un gesto de impaciencia.

—No creo que me hayas hecho venir para decirme eso.

Tilego prefirió pasar por alto la insolencia.

—No. Tengo una misión para ti. Agradéceselo a tus dioses, porque de lo contrario en este momento estarías probando el hierro y el fuego con que Himilcón agasaja a los invitados como tú.

Chadar enarcó las cejas, haciendo un visible esfuerzo para mantener a raya la inquietud que le producían las palabras de Tilego.

—Una misión que es además un servicio para tu pueblo —continuó este —. Ahora escúchame bien. Hace tres semanas llegó hasta nosotros un emisario con un mensaje de tu rey Orissón. Nos prometió pagarnos los ocho talentos que hemos convenido con Amílcar para toda la campaña si nos ponemos del lado de Hélike cuando llegue el momento de la batalla decisiva. Hoy hemos decidido aceptar esa oferta, con condiciones.

Chadar dio un respingo y una sonrisa titubeante asomó a su rostro.

—Tú llevarás a Hélike nuestra respuesta. Dirás esto: los celtíberos del ejército de Amílcar lucharemos con los oretanos si recibimos aquí los ocho talentos de oro antes de que la resistencia de la ciudad se venga abajo. No aceptaremos excusas ni retrasos, pero moriremos todos si es preciso para cumplir nuestra promesa si vosotros cumplís con la vuestra. Marcharás ahora, tú solo; tus compañeros quedarán bajo mi protección hasta que todo acabe: ya has visto que un grupo de cinco no pasa tan fácilmente inadvertido. Dos de mis hombres te acompañarán hasta donde sea prudente; si después eres capturado por una patrulla libia, te dejarás matar antes que repetir una palabra de lo que se ha dicho aquí. ¿Estás de acuerdo?

Chadar tragó saliva y asintió con la cabeza.

—Márchate entonces. Que Epona te oculte de todas las miradas.

Poco después, Chadar y dos taciturnos guerreros celtíberos abandonaban el campamento por su extremo norte, donde las tiendas topaban con un denso monte bajo de carrascas y lentiscos. El agua caía densamente a su alrededor, levantando un rumor que silenciaba por completo el de sus pasos, y extendía en el aire un penetrante olor a musgo. La noche estaba oscura como boca de lobo y pronto debió ser el propio Chadar el que dirigiera a sus acompañantes por aquel monte que conocía como la palma de la mano, evitando los senderos y las zonas abiertas, aguzando el oído en busca de voces o pasos que señalaran la proximidad de una patrulla.

Caminaron trazando un amplio arco hasta que, al llegar a la zona vigilada por los libios, los dos celtíberos se dieron la vuelta sin decir una palabra y volvieron sobre sus pasos, dejando a Chadar a un tiro de arco del torreón que remataba por el norte las defensas de la ciudad. El muchacho avanzó hacia

ellas en silencio, acostumbrado ya a incursiones nocturnas como esa, y por dos veces debió ocultarse, agazapado inmóvil tras los matorrales, hasta que pasara la patrulla de guardia, cuatro libios cubiertos con mantos grises que intercambiaban comentarios en voz baja. Con el corazón golpeando violentamente en el pecho, Chadar consiguió llegar al límite del bosque en un punto en el que este alcanzaba casi un denso macizo de higueras que crecía al pie de la muralla. Se mantuvo inmóvil y alerta durante unos instantes antes de decidirse a recorrer la docena de pasos que le separaban de ellas, y cuando lo hizo alcanzó sin contratiempos la protección del tupido dosel de hojas y ramas retorcidas. Allí se sintió seguro por primera vez desde que abandonara la ciudad por aquel mismo lugar la noche anterior. Inspiró profundamente y sonrió, pensando que tal vez un día sería recordado el papel de un muchacho llamado Chadar en la defensa de Hélike cuando el asedio de Amílcar. Poniéndose de rodillas, gateó bajo las ramas bajas hasta ver frente a sí los pálidos brillos de la piedra húmeda: entre los toscos sillares se adivinaba apenas un pequeño portón de hierro.

Chadar golpeó el portón suavemente con los nudillos y, un momento después, una ahogada expresión de sorpresa llegó desde el interior a través de la plancha de hierro. En su centro se recortó el contorno rectangular de una mirilla y dos ojos se asomaron a él.

—¡Por todos los dioses, Chadar, ¿eres tú?! ¿Vienen los otros? Todos os dábamos ya por muertos o prisioneros.

—Sí, soy yo, Lortas —contestó Chadar reconociendo la voz del hombre, un armero popular en Hélike por su bonhomía y por una extraordinaria habilidad para nielar figuras de plata en la hoja de las falcatas—, pero vengo solo. Abre rápido si no quieres que algún cartaginés nos oiga y te quedes sin conocer la historia.

Al punto se escuchó el susurro de un cerrojo bien engrasado al desplazarse y la puerta se abrió hacia el interior, cerrándose de nuevo una vez Chadar hubo entrado por ella. El centinela saludó con una palmada en la espalda al recién llegado y le hizo sitio bajo el tejadillo clavado en el muro que servía de exigua protección contra la lluvia al puesto de guardia.

—Eres un hombre con suerte —dijo Lortas jovialmente—. Andíbil ordenó que se mantuviera la vigilancia en los portones aunque nadie haya salido a forrajear esta noche. Supongo que temía alguna sorpresa de Amílcar después de la batalla. Pero ¿dónde están los otros?

—Creo que están tan seguros como pudieran estarlo aquí dentro, pero es una larga historia que debe conocer el Consejo antes que nadie. Acompáñame

y explícame de camino qué es eso de la batalla —dijo Chadar, trayendo a la memoria la agitación que había percibido en el campamento celtíbero durante todo el día.

—De acuerdo, muchachito —respondió Lortas—, pero prométeme que me contarás todo más tarde con pelos y señales. Algo importante tiene que haberte ocurrido para que salgas de la ciudad una noche a buscar zanahorias mohosas y vuelvas la siguiente con estos misteriosos aires de príncipe. Y para que no te hayas enterado de la gloriosa paliza que les hemos pegado hoy a los cartagineses en la muralla. Pasaremos primero por el puesto de guardia para dar novedades a Biurtites y él decidirá si debemos ir a despertar a Andíbil; aún no hace dos horas que terminó la ceremonia de los muertos y no deben quedar más de dos para que amanezca, de modo que es mejor que nos aseguremos de que lo que traes es algo importante si no queremos que el jefe nos cuelgue a los dos de los pies en el torreón para que vengan a entretenerse los arqueros númidas con nosotros.

Chadar asintió con una sonrisa, agradeciendo el buen humor de Lortas tras las últimas horas de temor e incertidumbre, y juntos recorrieron el corto trecho de la calle de circunvalación que les separaba de la puerta de poniente, desde donde Biurtites dirigía la defensa de ese sector de la muralla. Apoyado sobre ella, se había construido un amplio cobertizo de madera donde descansaban los guerreros del retén de guardia; desde su interior llegaban, amortiguados por el rumor de la lluvia, suaves ronquidos. Sobre la puerta del torreón una antorcha siseaba al recibir las gotas de agua; a su luz mortecina Chadar y Lortas vieron erguirse de pronto al centinela, como si el sonido de los pasos le hubiera sobresaltado en la duermevela, y Lortas se apresuró a tranquilizarle dando el santo y seña. El hombre dejó escapar un suspiro de alivio que, al reconocer a Chadar, se trocó en exclamación de sorpresa.

No habían terminado uno y otros de intercambiarse saludos cuando se abrió la puerta y apareció en ella Biurtites con expresión de alarma y la espada en la mano. Era evidente que se había tendido a dormir tal cual retornó de la ceremonia: aún llevaba puestas las grebas y las botas de cuero, el ancho cinturón y, sobre el pecho, un disco de bronce con una amenazante cabeza de lobo forjada en él. Biurtites miró a Chadar de arriba abajo y advirtió de inmediato el origen del manto con que este se cubría.

—¡Chadar! ¡Que me lleven los dioses si no has tenido un encuentro con los celtíberos de Amílcar! —dijo con un brillo de astucia en la mirada, devolviendo la espada a su funda—. Y como no creo que te haya parecido más útil para Hélike robar mantos que buscar comida, imagino que son ellos

mismos los que te han puesto eso sobre los hombros —continuó, mientras Chadar asentía con la cabeza—. Eso plantea algunas preguntas cuya respuesta Andíbil no querrá perderse; iremos a verle ahora mismo. Silacum: envía a un hombre a ocupar la posición de Lortas y alerta a los centinelas del torreón y el camino de ronda para que se mantengan atentos; tal vez hayan dejado escapar al muchacho para descubrir su vía de acceso a la ciudad y quieran acercarse ahora a ver si sigue abierta.

Silacum corrió a cumplir las órdenes de su capitán y este, acompañado de Chadar y Lortas, caminó a paso vivo hacia la calle central de Hélike, que comunicaba en una línea recta las dos puertas principales de la ciudad. Atravesaron primero el sector de los alfareros, dos amplias manzanas situadas a ambos lados de la calle, con patios centrales a los que asomaban las pequeñas construcciones abovedadas de los hornos de leña, y después el de los talleres de carpintería, con un tenue perfume de serrín húmedo flotando en el aire. Dejaron a su derecha la manzana de los comerciantes fenicios, donde antes del inicio de la guerra se había comerciado con artículos suntuarios de todo el mar de levante: telas de Tiro estampadas con fantásticos motivos, cerámica ática, estatuillas votivas de Ebussus y de la propia Cartago, *garum* de Gádir, fíbulas y cinturones etruscos y perfumes de países de oriente tan lejanos que su nombre no había alcanzado las costas de Ispania. Pero cuando corrió por la ciudad la noticia de que el rey partiría con un grupo de guerreros a pedir ayuda a los ólcades de la Celtiberia, uno de los fenicios fue sorprendido disponiéndose a lanzar por encima de la muralla un mensaje prendido a una flecha. Orissón hizo matar al hombre y a todos los varones adultos de su pueblo en lo alto de la muralla sur, a la vista de las avanzadillas cartaginesas, y recluyó en un corral a las mujeres y a los niños, casi un centenar de personas. Las propiedades de los fenicios fueron confiscadas por la ciudad y ahora sus casas servían de cobijo a un buen número de refugiados oretanos.

Tras el barrio fenicio se sucedían las espaciosas viviendas de los propietarios de tierras y rebaños, minas y lagares, con dos plantas y amplios patios abiertos ocupados durante el asedio por familias enteras de campesinos, y a continuación se abría la plaza central, donde horas antes miles de oretanos se habían congregado para rendir honor a los muertos y gratitud a los dioses. Pero nadie excepto el centinela del edificio del Consejo la ocupaba ahora, y los pasos de los tres hombres levantaron ecos por todas las fachadas. Ninguno de ellos advirtió que un ventanuco se abría en la planta superior de la casa de Orissón.

Momentos después Andíbil, Biurtites y Lortas, y los guerreros del cuerpo de guardia, escucharon la historia de Chadar; cuando este repitió el mensaje de Tilego, un agitado murmullo se extendió por la estancia.

—Por fin buenas noticias; has hecho un trabajo digno del mejor guerrero —dijo entonces Andíbil sonriendo a Chadar, quien resplandeció de orgullo. El guerrero se dirigió a continuación a Biurtites—. El Consejo se reunirá dos horas después del alba; es preciso enviar un mensaje al rey para que sepa que ya no es suficiente que nos traiga a los ólcades. Ahora necesitamos también cinco talentos de oro.

Algunos hombres rieron, otros advirtieron que tras el humor de su jefe latía una inmensa fatiga. Un incómodo silencio bailó en la luz de las antorchas.

Una voz femenina desde la entrada de la sala vino a quebrarlo con un timbre de autoridad y firmeza que atrajo la mirada sorprendida de los guerreros. Con la atención de todos atrapada por la historia de Chadar, solo el centinela de la puerta había visto la llegada de Anglea.

—Dije esta mañana en el Consejo que iría e iré, Andíbil. Te ruego que no trates de impedir que sea yo quien parta en busca de mi padre.

Vestida con una túnica blanca, Anglea entró en el templo de Astarté por la pequeña puerta privada que había hecho construir Orissón ante su insistencia cuando, hacía un año, había sido consagrada como sacerdotisa de la diosa. El templo era contiguo a su casa —de hecho, ambos edificios habían sido levantados simultáneamente por su familia dos generaciones atrás—, y de este modo la muchacha podía practicar sus ritos privados a horas en que el santuario permanecía cerrado. Sujetando en una mano un candelabro con velones encendidos y en la otra un pebetero de bronce, Anglea avanzó por uno de los brazos de una estancia en forma de cruz cuyo eje principal conducía al portón de la calle. El lugar resultaba de una sencillez estremecedora a la imprecisa luz de las velas: las paredes tenían como único adorno una capa de almagre de color rojo oscuro aplicada sobre la cal. En el centro de la cruz, visible desde todos los puntos del santuario, se alzaba un altar octogonal tallado en un único bloque de arenisca, y tras él un monolito de piedra gris rematado por un capitel recorrido por toscas formas de hojas y ramas. Era el *betilo*, la representación simbólica de la diosa, el fragmento de la Madre Tierra donde Ella se materializaba durante los ritos de sangre.

Anglea dejó sobre el altar el candelabro y el pebetero, levantando un tintineo metálico que se perdió en los rincones umbríos de la estancia. La luz

de las velas hizo refulgir el pebetero con destellos dorados: era una pieza asombrosa, conservada por su familia desde los tiempos legendarios de la huida de Tartessos. Tenía forma de copa, con tres estatuillas de animales, dos ciervos y una leona, tendidas en el borde. La muchacha inclinó la cabeza en dirección al *betilo* y, sin apartar la vista de este, caminó hacia atrás por el corredor y se detuvo al alcanzar la puerta de la calle. A los lados se abrían sendas cámaras alargadas en completa oscuridad. Entró en la situada a su derecha y volvió a salir con una cajita de alabastro, un manojo de ramas secas de encina, una pequeña ánfora de barro rojo y una paloma viva, con patas y alas atadas al cuerpo. El animal dejó escapar un zureo ahogado de temor que pasó a través de Anglea como una fugitiva punzada de culpa; durante las semanas de asedio, se había privado de una parte de sus exiguas raciones de alimento para mantenerla viva y había terminado por cobrarle afecto. Regresó caminando hasta el altar, colocó todo cuidadosamente sobre él y se arrodilló, apoyando las manos sobre las rodillas e inclinando la cabeza. Comenzó a murmurar una letanía con voz monótona y oscura:

—Bendita seas entre todos los dioses, Astarté antigua y fecunda, señora de los vivos y los muertos, protectora de los nobles caballos, de los campos ubérrimos y del metal que nace del fuego. Bendita seas, Madre de la Tierra y de la Noche que hace a los hombres conocer el silencio, dueña severa y dulce, amante de quienes están dispuestos a pagar el precio de tu sabiduría.

Se incorporó y, retirando la tapa de la caja de alabastro, volcó un puñado de polvo ocre en la taza del pebetero. Aproximó un velón del candelabro y el polvo comenzó a arder con una llama azul casi imperceptible, desprendiendo un humo denso y aromático que resbaló por el aire inmóvil de la estancia. Tomó después el atado de ramillas y derramó encima cera ardiendo hasta que la leña prendió, añadiendo perfume de colmena y resina a la atmósfera espesa. Agarró la paloma y la sacrificó rompiéndole el cuello con un brusco movimiento de muñeca; la colocó a continuación sobre el manojo y escuchó el furor del fuego al envolver el cuerpo inerte.

—Bendita seas, Astarté benefactora de tus hijas, recibe la carne y la sangre de esta criatura pura y escucha mi ruego: quiera tu benevolencia conducirme hasta mi padre, quiera tu poder guardarme y darme consejo para servir a Hélike con valor y sabiduría.

Un súbito mareo hizo a Anglea buscar apoyo en el altar. «Ha sido un día muy largo», pensó: no había dormido desde que en mitad de la noche anterior el eco de pasos en la calle la había sacado de su frágil sueño para llevarla a escuchar la historia de Chadar. Vinieron después horas de espera y una

larguísima reunión del Consejo en la que debió echar mano de todos sus recursos de persuasión para conseguir que los hombres la dejaran ir. «Debieron de pensar que me iría de todos modos —se dijo—, y tenían razón. Al menos así se aseguran de que viajaré con la protección de dos guerreros». Cerró los ojos y descubrió que, como con voluntad propia, su pensamiento se alejaba del ritual y se tornaba impreciso, dibujando imágenes temblorosas. Vio a los compañeros que partirían con ella en busca de Orissón. El de más rango era Abarien, uno de los capitanes de Hélike, un hombre bajo y grueso con humor pausado e ingenio vivo, tal vez el mayor propietario de viñedos de toda la Oretania. Era uno de los mejores amigos de su padre y del propio Andíbil y había sido incorporado al grupo por expreso deseo de este. Ella lo aceptó de buen grado; desde niña había apreciado su bienhumorada paciencia y su reserva inagotable de historias y anécdotas, y sabía bien que a pesar de su aspecto era un consumado combatiente con una falcata o una segur en la mano. Y, completando el trío, Lortas el metalúrgico, el mismo que abrió la portezuela a Chadar a su regreso del campamento púnico: había sido elegido porque en su juventud fue capataz de una mina de hierro en tierra de lobetanos y conocía bien los caminos, la lengua y las costumbres de los celtíberos. Junto a su temperamento jovial, era conocido en la ciudad por su devota lealtad a la familia de Orissón; Anglea sabía que Lortas era, como ella misma, de estirpe tartésica. Otros muchos habían querido ir, y en especial su tío Enneges, único hermano de su madre Casindes, pero Andíbil se había opuesto con rotundidad, consciente de la importancia que tenía su enérgica personalidad y su parentesco con Orissón para atenuar la sensación de vacío que provocaba la ausencia de este.

Un chisporroteo le hizo interrumpir su ensoñación y devolver la atención al fuego; debió hacer un gran esfuerzo para enfocar la mirada. Las ramas se habían consumido casi en su totalidad y, sobre ellas, de la paloma solo quedaba un rescoldo de huesos y cálamo del que ascendía un penetrante hedor a cuerno quemado. Tomó el ánfora y vertió un breve chorro de vino sobre los restos de la hoguera y otro en la taza del pebetero, extinguiendo ambos fuegos con un silbido burbujeante y una nueva nube de humo. El aire del santuario era ya apenas respirable y provocó un golpe de tos y una creciente sensación de desorientación en Anglea. Con extrema lentitud, tomó en la punta de los dedos una pequeña porción de las cenizas húmedas de la paloma, la sumergió en la taza de bronce y tomó después esta con ambas manos. Sintió que a su alrededor se encendían efímeras explosiones de colores y una fuerte náusea la

sacudió el pecho. Advirtió vagamente que gruesas gotas de sudor le caían por las sienes y el pecho, resbalando entre los senos tensos.

—Bendita seas —musitó despacio con voz pastosa—, Astarté, compañera en las tinieblas y en el último tránsito, dirige tu ira contra nuestros enemigos y comparte con los tuyos tu sereno poder. Entra ahora en mí y dame tu protección y tu guía.

Con un último esfuerzo, alzó el pebetero hasta los labios y bebió su contenido de un solo trago. Quedó inmóvil durante un largo instante, con los ojos dilatados y un brillo de locura en las pupilas; el pebetero se desprendió de sus manos y cayó al suelo levantando un clamor metálico que sonó lejano en sus oídos. Como si un hilo se hubiera roto, Anglea perdió toda referencia espacial y sintió que caía por un pozo interminable en la más completa oscuridad. Una voz cálida y dorada habló entonces en el interior de su mente. «Bendita seas, Anglea. Debes buscar las huellas de tu padre, aunque a veces las cubra un velo de tristeza». Las palabras parecían surgir fugazmente en la negrura que atravesaba en su vuelo ingrávido y callado, para volver a disolverse en ella a continuación. «No desesperes. Sigue a los jinetes de Tánit cuando te sientas perdida». Como letras de fuego danzando ante ella. «Volveremos a encontrarnos antes de que termine este tiempo de sangre».

La muchacha quedó tendida en el suelo, con una leve sonrisa dando vida al rostro inconsciente.

CAPÍTULO X

HORAS después, cuando hacía largo rato que la noche se había cerrado sobre Hélike, Anglea, Abarien y Lortas abandonaron la ciudad por el portón secreto próximo al torreón norte. Los tres vestían mantos y túnicas oscuras, y habían amarrado firmemente sus armas para que ningún tintineo los delatara en el bosque. La noche los ayudaba en su propósito: ya no llovía, pero espesas nubes bajas se deslizaban sobre la tierra, convirtiendo la muralla y las grandes encinas en formas difusas emergiendo entre la bruma; sobre aquel manto la luna ascendía lentamente en el cielo, confiriendo al bosque una palidez lechosa y espectral. «Así debe de ser el mundo de los muertos», se dijo Anglea, y notó que la piel se le erizaba al recordar el ritual de esa tarde. Una vez más se preguntó qué habría querido decir la diosa al referirse a los jinetes de Tánit, el nombre con que los cartagineses la veneraban, pero dejó la idea a un lado cuando, a un gesto de Abarien, abandonaron la protección del macizo de higueras y cruzaron hasta el bosque. Ni el más débil sonido quebró el silencio vigilante de la niebla. Antes de emprender el camino hacia el norte, los tres se volvieron como si hubieran recibido una señal inaudible y miraron en dirección a la muralla. Sobre el torreón entrevieron las siluetas difuminadas de Andíbil y Biurtites, y supieron que ambos esperaban con el alma en vilo, temiendo que en cualquier momento un grito en la noche o el silbido de una flecha revelara que la salida había sido descubierta. Pero nada de eso ocurrió.

—Que los dioses os protejan —susurró Andíbil allá arriba—. Que Astarté dirija vuestros pasos y Reshef el metal en vuestra mano.

Y, en silencio, comenzó a bajar las escaleras en dirección al cuerpo de guardia.

Caminaron durante toda la noche, tocándose casi para no extraviarse en el bosque convertido de pronto en un lugar extraño, húmedo y callado. Una y otra vez debieron confiar en la capacidad de orientación de Anglea, quien durante años se había ejercitado como cazadora entre las carrascas, los madroños y los pinos y parecía conocer cada rincón, cada regato, cada pista trazada por conejos o jabalíes. Gradualmente fueron ganando altura y la niebla terminó por diluirse, desapareciendo de pronto como barrida por un

viento imperceptible. Sobre sus cabezas se abrió un cielo terso y cuajado de estrellas que apuntaba ya hacia levante una tímida luminosidad rosada.

Frente a ellos se alzaba una poderosa serranía, oscura y pizarrosa, cubierta de un sotobosque de matorrales salpicado de canchales de piedras desprendidas de lo alto. A su izquierda se vislumbraba un sendero que conducía a los primeros contrafuertes de los montes. El rostro de Anglea se dilató en una ancha sonrisa, la primera desde que la despedida de su hermano Argonio le hubiera extendido una persistente sombra de pesar en el corazón.

—¡¿Qué os parece?! —exclamó—, ¡no habríamos llegado mejor a plena luz del día!

—Es realmente extraordinario —dijo admirativamente Abarien, mirando a la muchacha con los ojos entrecerrados—, no me explico cómo has podido seguir tu rumbo con esa niebla. Tal parece que los propios dioses hayan dirigido tus pasos.

—Quién sabe —respondió Anglea con aire enigmático, encogiéndose de hombros—. Pero continuemos, el lugar aún queda lejos. Me muero por tomar algo caliente y poner a secar esta ropa. Siento que en lugar de sangre me corre niebla por las venas.

Reanudaron la marcha hasta adentrarse en el sendero que ascendía siguiendo la linde de un arroyo henchido de agua turbia por las últimas lluvias. El sol había despuntado ya sobre los riscos cuando alcanzaron una pradera rodeada de colinas salpicadas de enebros, con una laguna espejeante en su centro y una casa junto a ella. En un cercado pastaban media docena de caballos; el ladrido de un perro trepó por las laderas inundadas de resplandores dorados y se perdió en un cielo completamente azul; olía a aire transparente, a hierba fresca, como si el mundo se hubiera parido a sí mismo tras la lluvia y todo fuera tierno y limpio. El perro corrió hacia ellos sin dejar de ladrar al tiempo que dos hombres armados aparecían en la puerta de la casa.

—¡Soy yo, Anglea! —gritó la muchacha, y lanzó después un agudo silbido que cortó el aire como un cuchillo—, ¡y deja ya de hacer ruido, *Tizón*, que vas a conseguir que te oiga hasta Amílcar en su campamento!

Anglea conocía bien aquel lugar. Había dado con él su padre en una partida de caza y lo había convertido en el refugio ideal para su manada de caballos cuando el calor del verano agostaba los prados del llano. En esta pradera había aprendido ella a montar, y no fueron pocas las noches que pasó en la casa de los mayorales escuchando sus historias al calor de la lumbre, soñando con convertirse en una amazona famosa en toda la Oretania. Allí

había nacido y crecido también su yegua, *Caliza*, blanca y dura como la piedra que le daba nombre, un animal inquieto y vivaz que comenzó a relinchar tan pronto como un soplo de brisa le llevó el olor de su dueña, haciendo a esta gritar de alegría. «Ya solo quedan seis», pensó Anglea contando los animales en la distancia. Cuando un año atrás los vientos de guerra fueron evidentes para Orissón, este decidió convertir aquel lugar apartado en una posta de aprovisionamiento para quienes debieran abandonar la ciudad; hacía ocho días él mismo había pasado por allí con sus compañeros al iniciar su misión; de aquel lugar habían tomado los caballos que los llevaron al norte.

Los dos hombres que habían salido de la casa se aproximaban ya hacia ellos: eran Albendi, el mayoral del potrero, y Birébil, pastor de la manada, ambos casi ancianos, con ese aspecto de cuero viejo, gastado pero resistente y flexible, que confiere la montaña a quienes pasan su vida en ella. En sus rostros curtidos se mezclaban la alegría por la llegada de la muchacha y sus compañeros e inquietud por las noticias que pudieran traer consigo: no habían recibido ninguna desde que uno de los más hábiles forrajeadores se llegara hasta ellos la noche siguiente a la partida de Orissón para llevar a la ciudad la nueva de que el rey había logrado atravesar las líneas púnicas y tomado montura para continuar hacia el norte con los suyos. Anglea recorrió con una breve carrera la distancia que los separaba y saludó a ambos con uno de los abrazos que les prodigaba cuando era niña.

—¡Anglea, qué alegría verte! —exclamó Albendi, un tanto azorado—. Veo que te acompañan el señor Abarien y otro guerrero; ¿qué ha ocurrido, cómo están las cosas en Hélike?

—Tranquilo, Albendi, tranquilo —dijo ella radiante de excitación—, la ciudad aún resiste y Amílcar se pone más nervioso cada día que pasa. Estamos pagando un precio, claro, y no pequeño —una sombra de pesadumbre recorrió los ojos verdes—, pero ni uno solo de los nuestros ha flaqueado. Ahora vamos a la casa, tengo que calmar a *Caliza* antes de que eche la berma abajo y debemos preparar provisiones y monturas para un largo viaje; prometo contaros hasta el último detalle cuando todo esté listo y hayamos comido algo. Espero —añadió con una sonrisa cargada de afecto— que este tiempo turbulento no haya acabado con la hospitalidad que recuerdo.

El encuentro de Anglea con su yegua produjo en esta un efecto asombroso: el animal, de largas crines y lomo esbelto, relinchó violentamente con los cascos delanteros alzados en el aire, los ojos inflamados y el pecho palpitante, hasta que la muchacha se le acercó murmurando palabras secretas.

Se quedó entonces todo lo inmóvil que le permitía un incontenible temblor, y cuando Anglea saltó a su grupa se arrancó en un galope desbordado y feliz que llevó a ambos a dar vueltas alrededor de la pradera como si debieran consumir una energía ardiente largamente acumulada. Solo después consintió *Caliza* en ser devuelta al potrero, y pudieron los recién llegados lavarse en el agua fresca de la laguna y dar cuenta del almuerzo. Se atarearon después hasta bien entrada la tarde preparando alforjas de alimentos y eligiendo caballo y arreos para Abarien y Lortas. Cuando todo estuvo listo eligió Birébil un cabrito de un pequeño corral adosado a la parte trasera de la casa, lo sacrificó y desolló con precisos movimientos de pastor y, ensartándolo en un espetón, lo puso a asar lentamente sobre un fuego bajo de tocones de carrasca, en el amplio hogar que ocupaba el centro del interior de la cabaña de piedra, un único espacio con las paredes cubiertas de estribos, bocados, bridas y arneses. Pronto el aire se llenó de las breves efervescencias de los goterones de grasa al caer sobre las ascuas y un aroma casi olvidado hizo sonreír a los recién llegados, acostumbrados durante interminables semanas a la dieta monótona y frugal del asedio. Tomaron asiento y Albendi sacó un pellejo de vino áspero y oscuro como los montes donde crecían las vides que lo producían.

Fue una tarde extraña, con esa cualidad vaporosa e irreal de los momentos que, transcurrido un tiempo, se recuerdan como sueños. Primero quiso Anglea escuchar de boca de Albendi el relato del paso de su padre por el lugar, y después Abarien y ella misma narraron los últimos avatares de la guerra, describiendo con gran dramatismo el asalto a las murallas con las máquinas de guerra. Albendi y Birébil siguieron con el alma en vilo la aparición de las grandes torres en la madrugada, la avalancha de soldados libios brotando de sus vientres, las alternativas del combate en el camino de ronda y la lluvia de proyectiles desde los tejados, la aparición de los celtíberos por las escalas, y gritaron de júbilo al llegar a las últimas cargas de Biurtites y Andíbil. Nada supieron, sin embargo, del mensaje de Tilego que Chadar había llevado a la ciudad; Abarien había dado órdenes expresas a Lortas y Anglea de mantenerlo en estricto secreto. «Están en un lugar demasiado vulnerable —había dicho—; cualquier día una patrulla cartaginesa puede dar con ellos y les será mucho más fácil no desvelar nuestra misión si no la conocen». De modo que hicieron creer a los mayorales que partían para llevar al rey noticias sobre la situación de Hélike y ayudarle en su tarea.

El vino enérgico y la narración les infundieron a todos una alegría casi eufórica que convirtió la guerra, la situación desesperada de Hélike, el hambre

y la muerte en algo improbable y lejano. Entre aquellos muros de una cabaña perdida en las sierras de Oretania los cuatro hombres y la muchacha se sintieron de pronto lejos del fragor de un tiempo que había llegado para recorrer con un vendaval de violencia el mundo que conocían; un tiempo que habría de hacer de Ispania el trágico escenario del duelo entre los pueblos más poderosos del Mediterráneo. Mientras la noche caía en sombras cárdenas entre los montes, comieron y bebieron despacio al calor del fuego, compartieron bromas y recuerdos de un pasado en el que Cartago no era sino un nombre vago y enigmático, rieron y cantaron con las mejillas encendidas y los ojos brillantes. Olvidaron. Será tal vez que los dioses sintieron un día piedad de los hombres y, junto a la conciencia de la permanente inminencia de la muerte, les alumbraron en el alma la capacidad de ignorar lo insoslayable, de disfrutar de un momento como si de pronto se concentrara en él la vida entera. Tal vez.

Partieron al rayar el alba con el vino y la conversación palpitándoles aún en el corazón y las sienes. Albendi y Birébil les despidieron en la puerta: durante largo rato mantuvieron una mano en alto como si ese gesto los uniera por un hilo invisible a los tres jinetes mientras estos se alejaban por el valle siguiendo el camino que los había conducido hasta allí el día anterior. Continuaron después hacia el norte por un sendero de pastores que se trenzaba a la sombra de las grandes peñas, entre empinadas laderas cubiertas de un denso matorral de acebuches grisazulados, mirtos y lentiscos. Durante horas cabalgaron sumido cada cual en los vericuetos de su alma; solo el ritmo guijarroso de los cascos de los caballos turbaba el silencio de una mañana calma y transparente. Abarien había ponderado las ventajas e inconvenientes de esa ruta: sin duda era más lenta que el trillado camino que conducía de Hélike a Belgeda y constituía la principal vía de comunicación entre la Oretania oriental y el sur de Celtiberia, pero esta era recorrida a menudo en estos días por patrullas y agentes de Amílcar y habría representado un riesgo demasiado grande. De modo que el día se les fue en un ir y venir entre grandes peñas, en largos rodeos para sortear gargantas imprevistas o salvar los mil arroyos que habían hecho nacer las lluvias en las montañas. Fue tal la urgencia que aquella demora les infundió en el ánimo que no hicieron siquiera un alto para almorzar: comieron sin detenerse mendrugos de pan, cebollas arrugadas y olivas, y saltaron solo de las grupas para beber en riachuelos espumeantes mientras los caballos abrevaban.

Mediada la tarde, vadearon un caudaloso río hundido entre desfiladeros y al fin, cuando el sol rodaba ya hacia poniente inflamando el cielo de fulgores de incendio, apareció ante ellos, salpicada de colinas forradas de esparto, la gran llanura de hierbas ondulantes y encinares. En la distancia se alzaban volutas de humo señalando la posición de aldeas y caseríos; a esa hora debían de estar volviendo hacia ellos los pastores y sus rebaños, los labriegos cansados de tanto campo. «Así era mi mundo antes de Amílcar —pensó Anglea, y sintió que se le humedecían los ojos de rabia y nostalgia—. Y así será de nuevo».

—Ya era hora —resopló Abarien—, creí que no íbamos a salir nunca de ese laberinto. Buscaremos un lugar apartado y descansaremos hasta que salga la luna; trataremos de estar lo más lejos posible cuando rompa el día. En ese llano no será tan fácil pasar inadvertidos.

—Conozco un lugar —apuntó Lortas señalando en dirección a un promontorio de roca asomado al desfiladero. Sacudió lentamente la cabeza y sonrió, como si hubiera atrapado algún recuerdo—. No está lejos de aquí, es una gruta donde en otro tiempo un grupo de sacerdotes fundían estatuillas votivas para los santuarios. Yo mismo les llevé el metal en alguna ocasión. Alguien me dijo que se marcharon hace años.

Abarien asintió con la cabeza y se pusieron de nuevo en marcha girando hacia la izquierda por una senda salpicada de matorrales que evidenciaban un largo abandono. De uno de ellos saltó un conejo que corrió hacia una madriguera abierta en la ladera; antes de lograrlo, fue detenido en seco por una piedra que le acertó en el centro del lomo. Quedó tendido, agitado por temblores espasmódicos, mientras Anglea devolvía la honda a su frente y saltaba de la grupa de *Caliza* para ir en su búsqueda.

—Esta noche también cenaremos caliente —dijo al regresar con la pieza aún palpitante en las manos.

No habían recorrido quinientos pasos cuando el sendero se adentró en un bosquete de encinas al pie de una pared de piedra desnuda; en su base, oscura en la densa penumbra, se abría una amplia cueva hasta la que llegaron caminando tras dejar a los caballos buscando algún pasto en los alrededores. Junto a la entrada se conservaban los restos de un antiguo horno de fundición en su mayor parte desmoronado: muchos de sus ladrillos cocidos habían sido utilizados para improvisar asientos y un hogar cuadrado que mostraba aún restos de fuego.

—Parece que este lugar se ha convertido en refugio de pastores —dijo Lortas, reuniendo un puñado de ramitas y dejándose caer en uno de los

asientos—. Uuuuhn —gimió—, me temo que, después de tantos años sentado frente al yunque, a mi culo se le había olvidado lo vengativas que son las sillas de montar —añadió, rebuscando en su alforja hasta dar con un atado de yesca y dos fragmentos de pedernal con los que de inmediato se aplicó a encender un fuego.

—Yo traeré la leña —se ofreció Abarien—, quiero echar un vistazo a los alrededores antes de que oscurezca.

Abarien salió y Anglea extrajo del ancho cinturón que ceñía su túnica un cuchillito de hoja triangular con el que desolló al conejo en unos instantes de absorto silencio, mientras el agudo rechinar de los pedernales de Lortas evitaba cualquier posibilidad de conversación entre ellos. Pronto el olor tibio y dulzón de la sangre se combinó con el humo brotando de la yesca para crear una sensación de cocina, casi de hogar, en aquel lugar desolado. Para cuando el conejo comenzaba a dorarse sobre el fuego, regresó Abarien con un buen acopio de combustible, y poco después pudieron los tres lanzarse sobre su cena con apetito voraz.

—Bueno —dijo suspirando Anglea—, de momento todo marcha sin contratiempos; imagino que lo más complicado estará aún por venir. Y dado que nunca he viajado más allá de esta sierra, espero que podáis prescindir de mis servicios de guía en lo sucesivo. ¿Qué camino debemos seguir mañana?

—Supongamos que Hélike está aquí —comenzó Abarien, tomando una ramilla e iniciando el esbozo de un mapa en el suelo de arena—. Desde que salimos de allí, no debemos de haber recorrido más de cuatro leguas en línea recta, y estamos muy cerca ya del límite del territorio tributario de tu padre —acompañando sus palabras, Abarien dibujó unas líneas onduladas que representaban la serranía y una recta que la atravesaba, rematada por un aspa —. No tardaremos en encontrar el monolito que levantaron tus antepasados para señalárselo a los viajeros.

—¿Vamos a ver el famoso monolito? —interrogó excitada Anglea—, ¡he oído hablar tanto de él!

—Probablemente, pero no a la luz del día. Más allá comienza una llanura de no menos de treinta leguas de ancho: no es un territorio hostil, pero tampoco amigo; en él conviven aldeas oretanas bajo la autoridad de príncipes o consejos locales con caseríos de pastores ólcades, lobetanos y carpetanos. Es una frontera inestable y cambiante, donde cada cual trata de ganar terreno sin provocar un conflicto abierto con sus vecinos. Orissón ha intentado poner a los oretanos del llano bajo la protección de Hélike y, de hecho, no son pocos los que hoy están en el interior de la ciudad arrimando el hombro a la defensa,

pero me temo que en nuestro pueblo hay todavía demasiada desconfianza hacia quienes parecen volverse demasiado poderosos.

—En otro tiempo ese territorio fue oretano en su totalidad —apuntó Lortas—, pero según se cuenta nuestras principales ciudades de entonces se enfrentaron en una guerra entre hermanos que las dejó exhaustas y abrió el llano a la codicia de los invasores del norte.

—Es cierto —admitió Abarien—, pero ya antes se notaba la presión, especialmente de los ólcades. No sé bien de dónde salen, pero lo cierto es que cada vez son más y no dejan de buscar nuevos territorios para asentarse. Orissón los ha tolerado porque nunca han buscado enfrentamientos con nosotros y el comercio con ellos ha sido beneficioso para todos; es en reciprocidad por lo que ha acudido ahora a buscar su ayuda. Los celtíberos no siempre han sido amigos nuestros, pero mucho menos de los cartagineses.

—La verdad es que son una gente de lo más singular —dijo Lortas—, y no creáis que no los aprecio; de hecho, dejé entre ellos algún buen amigo y conservo el recuerdo imborrable de una especie de cerveza que tomaban en las grandes celebraciones. Un brebaje maravilloso, capaz de tumbar a un buey. Nunca dejaron de desconcertarme: son buenos metalúrgicos capaces de fabricar armas inigualables y no le tienen miedo a nada, pero siguen matándose entre sí por ritos terribles o disputas de honor incomprensibles. Me temo que en el fondo son bárbaros imprevisibles de los que no deberíamos terminar de fiarnos.

Abarien se encogió de hombros, como renunciando a discutir el tema con su compañero.

—Tal vez, pero ahora son nuestra única esperanza, los tres sabemos que Hélike no podrá resistir a Amílcar durante mucho más tiempo… —Pareció titubear un momento—. Y, ¿sabes una cosa, Lortas? Cada vez que he visitado una ciudad celtíbera he tenido una sensación extraña: es como si nosotros hubiéramos sido como ellos alguna vez y nos hubiera cambiado después, poco a poco, el contacto con otros pueblos más cultos, más exquisitos, más, digamos, civilizados —Abarien calló durante un largo instante, clavando su mirada en la entrada de la cueva—. No digo que eso sea malo, no: hoy nuestros muchachos aprenden a leer textos fenicios en pergaminos policromados, son habilísimos cazadores y danzantes, dominan modernas artes de manufactura y de guerra, hacen producir al campo más que nunca con herramientas nuevas como ese extraordinario arado de hierro que se está haciendo tan popular. Pero, de algún modo, creo que hemos perdido algo. Alguna vitalidad básica, primaria, un sentido del honor y de la hombría ajeno

a influencias de otros, una fe sin límites en los dioses propios. Puede que sea una estupidez, pero a veces pienso que los celtíberos son la fortaleza de Ispania.

Un silencio cayó entonces sobre los oretanos, como si las palabras de Abarien les hubieran abierto caminos que explorar. Sonó fuera el reclamo de un autillo y pareció una llamada de atención, una advertencia; explotó en voz baja un rescoldo en el hogar. Anglea se sintió incómoda y se apresuró a pronunciar las primeras palabras que se le vinieron a los labios:

—¿Y después?

—Después… ¿de qué? —preguntó Abarien con un filo de lejanía en la mirada.

—Después de la llanura.

Abarien tardó en contestar.

—Después de la llanura: Celtiberia, pero Lortas sabrá hablarte mejor que yo de eso. Mi memoria se limita a Numancia, en tierra de arévacos, y Ercavica, de ólcades, donde pasé algún tiempo buscando tierra soleada y robusta para plantar viñedos. Por cierto que la encontré, pero el vino es aún algo extraño para esta gente y nadie quiso embarcarse conmigo en el proyecto.

—Algo me dice que volverás a intentarlo, me parece que esa tierra te dejó huella en el alma —dijo Lortas con una sonrisa. Sin esperar una respuesta, tomó la ramita de la mano de Abarien e indicó con líneas quebradas una gran serranía al norte de la llanura; como desprendiéndose del extremo meridional de aquella, dibujó un pequeño círculo, semejando un islote en el confín del llano—. Este es el monte que nosotros llamamos Vigía y los celtíberos Luc; es un lugar sagrado para ellos: en su cima hay un extraño santuario de piedra donde, según se dice, aún se realizan sacrificios humanos. Aquí comienza el territorio reconocido por todos como ólcade, y cuatro leguas más al norte está la primera de sus ciudades importantes: Belgeda la traidora.

Anglea asintió gravemente. Todos sabían en Hélike que Belgeda no solo había ignorado la petición de auxilio de Orissón, sino que además había enviado un mensajero a Amílcar para ponerle al corriente de la misión del rey. Este, no obstante, había tenido la prudencia de ocultar su verdadera identidad. Quiso el azar que el emisario se topara en el llano con una patrulla de reconocimiento cartaginesa cuyo capitán, un tal Magón, decidió partir de inmediato en busca de los oretanos y enviar al campamento púnico a dos de sus guerreros junto al hombre de Belgeda para transmitir las noticias al general. La historia había terminado por correr por todo el campamento y fue

llevada hasta Hélike por un desertor, un oretano de Kástulo enrolado como guía en las fuerzas auxiliares de Amílcar cuando cayó su ciudad, al que la tenaz resistencia de sus compatriotas había impresionado de tal modo que una noche decidió cambiar de bando.

—Al norte de Belgeda —prosiguió Lortas—, a poco más de dos días de marcha entre montes, está Arecorata, la capital de los ólcades, una ciudad grande y próspera cuando yo la conocí; y más allá Ercavica en su peñasco rodeado de pinares. Un camino muy transitado comunica las tres ciudades, atravesando la mayor parte del territorio de ese pueblo. Creo que te gustará, Anglea, es una tierra áspera pero hermosa, con montes cubiertos de bosque, valles excavados profundamente en la caliza, altas parameras barridas por el viento… —Lortas sonrió a la muchacha y quedó en silencio, contemplando el mapa que había completado mientras hablaba; trazó un círculo alrededor del punto que señalaba la posición de Arecorata—. Propongo que nos dirijamos aquí, a la capital; es el primer destino lógico si desde Belgeda uno marcha hacia el norte, está en una posición central del territorio ólcade y cuenta con el Consejo más influyente. Orissón sabía bien que la actitud que tomen los ólcades dependerá en gran parte de la de esa ciudad. Además —el hombre hizo una mueca pícara—, las muchachas de Arecorata, con sus ojos celestes y largos cabellos dorados, son famosas en media Ispania.

—Creo que la princesa Anglea brillará incluso en Arecorata —declaró solemnemente Abarien, haciendo una teatral reverencia.

La muchacha enrojeció visiblemente y, riendo, lanzó con gran puntería al hombre un hueso de conejo.

—Gracias por el cumplido, Abarien, pero no es necesario que me adules para seguir teniendo carne fresca para la cena; sencillamente soy así de magnánima. Y, respecto a mis brillos, mejor será que pasemos desapercibidos mientras no estemos seguros del terreno que pisamos: Arecorata podría ser tan traidora como Belgeda.

—Desde luego —convino Abarien—. Ahora será mejor que descansemos un rato. Yo haré la primera guardia, Lortas la segunda y tú la tercera; partiremos cuando esté la luna en lo alto del cielo.

Las horas transcurrieron sin contratiempos y, cuando llegó el momento indicado, los tres viajeros se pusieron en marcha bajo la luz enigmática de la luna, ya visiblemente menguante tres noches después del plenilunio. Avanzaron hacia el norte entre densos encinares y en dos ocasiones debieron dar un amplio rodeo para evitar acercarse a sendos caseríos que se alzaban en

oteros junto al camino; tras el segundo de ellos, el ladrido lejano de los perros les acompañó durante largo rato en la travesía nocturna. Cuando la luna comenzaba a ponerse, el camino que seguían desembocó en la carretera principal, la misma que habían evitado anteriormente atravesando los montes. Junto a la intersección, en un cerrillo, se recortaba contra el cielo estrellado un monolito de piedra erguido sobre un elevado zócalo.

—Ahí está el cipo —dijo Abarien en voz queda—, hasta aquí llegan los dominios de Hélike. Doce leguas nos separan ahora de la ciudad siguiendo el camino. Anglea: si quieres verlo, apresúrate, este es un lugar muy expuesto.

La muchacha desmontó y corrió hasta alcanzar la base del monumento, contemplándolo ávidamente a la luz cada vez más escasa. Sobre el podio se alzaba una columna cuadrada rematada por un capitel en cuyos lados se habían esculpido figuras de hombres tendidos, vestidos con túnicas y anchos cinturones. Sobre el capitel se erguía la escultura de un buey que recibía los últimos reflejos de luz de luna y refulgía como animado por una vitalidad silenciosa de otro mundo. Escrutando la oscuridad creciente, Anglea advirtió que el pilar principal estaba decorado con el relieve de un hombre montado a caballo con un bastón de mando en la mano, vestido con un largo manto recorrido de pliegues. Uno de los cascos delanteros de la montura descansaba sobre lo que parecía ser una cabeza. «De modo que eres tú el viejo Argantio —se dijo—, el nieto del tartesio que trajo a estas tierras nuestra sangre. De modo que eres tú quien tras tan solo dos generaciones consiguió convertir a los nuestros de exiliados en reyes». Pasó la yema de los dedos por los rasgos del jinete, suavizados por tantos años de intemperie, y sintió que alguna fuerza mágica saltaba sobre el transcurso implacable del tiempo, vinculándola a otras muchas vidas pasadas.

Volvió al encuentro de sus compañeros sintiéndose más grande y antigua. De un salto se acomodó de nuevo en la grupa de *Caliza*.

—¿Y bien? —preguntó Abarien—, ¿qué te ha parecido?

—Hermoso, mágico. Pero también extraño y perturbador. Como si en la piedra latieran poderes antiguos cada vez más desconocidos, más ajenos —la muchacha se encogió de hombros—. Por primera vez me he preguntado si no terminaremos por olvidar quiénes somos.

—No mientras nosotros vivamos y tengamos hijos a quienes transmitir nuestra memoria —repuso Lortas con el semblante inusualmente serio.

—Me gustaría volver para descifrar todos los secretos que contiene esa piedra. Está claro que el buey representa a las viejas familias ganaderas de Tartessos, y sé que el jinete es el nieto del primer Argantio que llegó a Hélike,

abuelo del abuelo de mi abuelo. Pero ignoro qué es lo que pisan los cascos del caballo y quiénes son los hombres tendidos del capitel.

—Los hombres no están tendidos sino muertos —explicó Lortas—, son los reyes enemigos que derrotó tu antepasado para construir su reino. Por cierto que fue él quien adoptó el nombre de Orissón para evitar que los oretanos de Hélike sintieran que les gobernaba un extranjero. El caballo pisa en las cuatro caras del pilar los símbolos de los pueblos vencidos: carpetanos al oeste, ólcades al norte, edetanos al este y bastetanos al sur; en aquella época no se andaban con sutilezas. Si no acabas demasiado harta de mí durante este viaje —añadió con una sonrisa, esforzándose por recuperar el buen humor—, será un honor acompañarte cuando regreses. Pero, por el momento, será mejor aligerar el paso; conozco un buen lugar para ocultarnos si no le tenéis miedo a los espíritus. Podemos estar allí antes de la salida del sol.

Durante largo rato recorrieron en silencio un denso pinar, las grandes copas de los árboles recortándose como manchas de oscuridad contra el cielo estrellado, y alcanzaron su extremo a esa hora en que las formas comienzan a hacerse visibles con la primera grisura del alba. Entonces lo vieron: un montículo cubierto de túmulos que se confundían casi con la tierra de la que parecían brotar como un rebaño de extrañas criaturas geológicas; la alta hierba que los cubría se agitaba en la brisa como matas de crines descoloridas. *Caliza* piafó inquieta y Anglea sintió que se le erizaba el vello. Reparó de inmediato en las ruinas de una construcción en el punto central de la necrópolis: parecía haber sido una gran torre de piedra ahora desmoronada, con sus sillares desperdigados entre los túmulos circundantes. La imagen le suscitó al tiempo una imprecisa aversión y una curiosidad urgente, como si fuera una puerta abierta a secretos fascinantes pero turbios. La voz de Lortas impidió que siguiera recorriendo inadvertidamente el camino que conduce desde la fascinación hasta el trance.

—Aquí lo tenéis; como os dije, no es precisamente un lugar que atraiga visitas. La gente de los alrededores cuenta todo tipo de historias espeluznantes sobre esta necrópolis, de modo que podremos pasar unas horas tranquilos.

—De acuerdo —convino Abarien, y echando pie a tierra comenzó a retirar las alforjas de la grupa de su caballo. Se detuvo al advertir que Anglea seguía inmóvil, sin apartar la mirada de los túmulos—. ¿Ocurre algo?

—Iré a conocer ese lugar, volveré en seguida —respondió la muchacha, y, desmontando, comenzó a caminar.

Los dos hombres la contemplaron atónitos por un instante, cruzaron una mirada de alarma y se apresuraron a alcanzarla, colocándose a su lado cuando ya comenzaba a internarse entre los túmulos; no tardaron en llegar a la base de la construcción de piedra. Aun en su actual estado de ruina, era un monumento imponente: sobre una plataforma cuadrada se alzaba una torre cuyo extremo había sido demolido, a todas luces intencionadamente. Los grandes sillares de piedra calcárea que formaban los ángulos de la base de la torre estaban esculpidos representando leones tendidos, con las fauces abiertas en actitud de amenaza.

Anglea sintió un escalofrío y se envolvió en el grueso manto de viaje.

—¿Qué es esto? Parece muy antiguo.

—Lo es —respondió Lortas—, tiene más de trescientos años. Se cuenta que fue erigido por un rey de antaño, tan poderoso como sanguinario, que se creía descendiente del mismísimo dios Hadad; esta tumba estaba destinada a ser el lugar donde se le rindiera culto tras su muerte. En los túmulos están enterrados los más notables de los hombres que asesinó; al parecer pensaba humillarlos eternamente convirtiéndolos en su guardia personal en el más allá.

—¿Y qué ocurrió?

—Que fue tal la crueldad con que gobernó a su pueblo y castigó a sus enemigos, tanta la sangre que derramó y tanto el odio que sembró en los corazones, que no fue visto como dios, sino como demonio. Hasta que un día, durante una partida de caza, un grupo de hombres valientes le dieron muerte y crearon un consejo para elegir un nuevo rey y compartir con él el gobierno de su ciudad. Por cierto que los de aquí, gente presuntuosa, se jactan siempre de haber inventado de ese modo la forma de gobernarnos que hoy tenemos los oretanos. El caso es que el consejo decidió abandonar el cuerpo del rey en un páramo para que fuera devorado por los lobos y demoler el monumento funerario como aviso a los viajeros de que en el país ya no se toleraban tiranías. Pero una suerte de maldición quedó instalada sobre el lugar y es evitado por toda la gente de la comarca; ello lo hace muy apropiado para audaces que prefieran vérselas con un ejército de espíritus antes que con una patrulla cartaginesa de carne y hueso. Es decir, para nosotros.

Mientras Lortas hablaba, Anglea había rodeado la torre, contemplando absorta los relieves tallados en sus sillares, claramente visibles ahora que la luz del día se hacía cada vez más firme en la madrugada, hasta detenerse frente a uno que representaba la figura de una diosa alada sentada rígidamente en una silla de tijera, con un voluminoso peinado y el tallo de una flor de loto entre las manos.

—Astarté —murmuró, y juntando las palmas de las manos hizo una breve inclinación de cabeza.

—Sí, Astarté —apuntó Abarien, quien no había dejado de vigilar, atento a cualquier señal de peligro—. No creo que ignores que era bien conocida en estas tierras antes del exilio de los tuyos; la influencia de Gádir y Tartessos se dejó sentir aquí durante siglos antes de la llegada de Cartago. Y ahora, si tu curiosidad ha sido satisfecha, mejor será que volvamos al pinar y descansemos lo que podamos.

Anglea asintió y los tres desanduvieron el camino hasta el lugar donde habían dejado los caballos. Un intenso rocío formaba gotas brillantes en las acículas de los pinos y convertía en columnas de vapor el aliento de los animales; había en el aire una transparencia que auguraba un radiante día de verano tras las inusuales lluvias de las jornadas anteriores. Anglea sintió que una alegría se le encendía en el pecho, extinguiendo las sombras que la visita a la necrópolis le había tendido en el ánimo. «Astarté protegerá hoy nuestro descanso», pensó, y la fatiga de tantas horas de cabalgada y tantos hallazgos le cayó en el cuerpo como una pesadísima losa de piedra.

Tras un frugal desayuno, comenzó de nuevo la rutina del sueño interrumpido por los turnos de guardia, mientras el sol se alzaba arrancando vapores y disolviendo misterios en la llanura. Por insistencia de Abarien, esperaron a que cayera la noche para reanudar la marcha, ante el temor de que hubiera espías cartagineses vigilando la Vía Heraclea, y, tras cruzar esta sin contratiempos, se dirigieron después hacia el noroeste, buscando senderos en el interior del bosque que los mantuvieran alejados de los caminos más trillados; tan solo en una ocasión a punto estuvieron de darse de bruces con un grupo de jóvenes carpetanos dedicados a la caza de liebres por los montes. Habiendo descansado sobradamente durante el día, marcharon a buen ritmo, y más de siete leguas dejaron atrás antes de que el alba pusiera fin a una larga jornada sobre la montura. Con la primera claridad contemplaron frente a ellos un imponente cerro con forma de cono truncado tras el cual se extendía hacia septentrión una serranía de montes cenicientos.

—Hemos recorrido una gran distancia —dijo Lortas satisfecho—, eso que veis no es sino el monte Vigía; señala el inicio del territorio celtíbero y es una especie de lugar sagrado de esas gentes. ¿Veis aquel río? —preguntó señalando hacia el norte, donde una lejana cinta de agua comenzaba a rielar pálidamente en la madrugada—. Los celtíberos lo llaman Olca y los nuestros Sucro; tras cruzarlo, el camino se aparta de su curso y a menos de dos leguas

hacia el noreste está Belgeda, encaramada a un ancho cerro que domina el paso.

—Pues tendremos que elegir otra ruta —repuso Abarien entornando los ojos para escrutar el horizonte—, mejor será mantenernos apartados de esa ciudad.

—Claro —continuó Lortas—. Si nos mantenemos junto al río, el bosque de sus riberas nos permitirá pasar inadvertidos. Volveremos a encontrarnos con el camino principal cuatro leguas al norte de Belgeda, donde el río gira hacia levante buscando sus fuentes. Otras tres leguas y, si quieren los dioses ahorrarnos contratiempos, habremos llegado a Arecorata y podremos empezar a buscar a Orissón. Soy de natural modesto, pero convendréis conmigo en que como guía no tengo precio.

—¡Arecorata! ¡Que sea cuanto antes! —suspiró Anglea, tomando el relevo del tono jocoso de Lortas—. Esta excursión campestre está resultando de lo más agradable, pero con tantas precauciones llevamos dos días sin encender un fuego y empiezo a cansarme de bellotas, olivas, pan seco y carne ahumada. Espero que estos ólcades amigos vuestros sepan al menos preparar un buen asado.

Acamparon en una choza de pastores en el interior de un cercado de zarzales con signos de abandono. Allí pasaron el día, los hombres y la muchacha en la cabaña y los caballos pastando al sol, como si se tratara realmente de una placentera excursión campestre, como si el mundo hubiera hecho una pausa para ellos antes de lanzarlos de nuevo al remolino de sus azares.

Se pusieron de nuevo en marcha cuando las sombras comenzaban a ganar terreno sobre el mundo y, siguiendo los consejos de Lortas, avanzaron entre espinos albares, pinos y acebuches por la ladera del monte Vigía, temiendo que algún dios bárbaro los vigilara desde su cúspide. Al anochecer cruzaron el río Sucro por un sólido puente de troncos y durante largo rato siguieron un sendero que acompañaba su curso entre chopos y ortigas.

Comenzaba a despuntar el alba cuando el bosque se aclaró formando una dehesa de fresnos en la que desembocaba la carretera principal.

—Magnífico, Lortas, es verdad que como guía no tienes precio —dijo Anglea saltando a tierra.

Mientras sus compañeros se animaban también a desmontar para estirar las piernas, la muchacha miró a su alrededor. Era un lugar hermoso: el Sucro conversaba con los montes grises con su rumor de piedra y espuma. Frente a ellos la carretera se alejaba poco a poco del curso del río, trepando hacia

levante hasta una sucesión de suaves colinas entre las que se perdía de vista. A un centenar de pasos se desgajaba de ella un camino que cruzaba el río y se perdía entre los peñascos y el denso bosque de la otra orilla. Parecía que no hubiera un alma en leguas a la redonda.

—Está claro que los celtíberos sienten aún la guerra como algo lejano —señaló Abarien—; de lo contrario, habrían puesto vigilancia en un lugar como este; cualquiera que se dirija hacia sus ciudades del norte debe pasar forzosamente por aquí.

—Tal vez —admitió Lortas—, de hecho debo reconocer que alguna inquietud tenía al respecto. Pero esto es una especie de tierra de nadie entre los territorios controlados por Belgeda y Arecorata. Si no han cambiado las cosas y tantos años respirando metales no me han arruinado la memoria, encontraremos un poblado con un cuerpo de guardia de guerreros de Arecorata a unas cuatro leguas de aquí, en el punto donde el camino se divide: un ramal conduce hasta su ciudad y el otro continúa más o menos en línea recta hacia el norte hasta Ercavica. Propongo avanzar un poco más y descansar. Si nos ponemos en marcha a mediodía, podremos llegar al puesto de guardia a media tarde y a Arecorata al anochecer.

—¿Cómo crees que nos recibirán los ólcades? —interrogó Anglea, a quien solo ahora el objeto de su viaje comenzaba a parecer algo próximo y real. Sintió una trepidación en el pecho al pensar en su padre y en la posibilidad de encontrarse con él muy pronto.

El hombre se encogió de hombros.

—Quién sabe…, creo que depende de si Amílcar ha tenido suficiente tiempo y dinero para ponerlos a todos de su lado. Pero me cuesta creerlo: los turdetanos han venido muchas veces a estos montes a reclutar guerreros para luchar contra los cartagineses, podría decirse que para los celtíberos se ha convertido casi en una costumbre. De modo que imagino que habrán recibido a Orissón con hospitalidad curiosa pero fría, y que de igual manera lo harán con nosotros, mientras discuten en sus interminables asambleas, regadas de cerveza hasta la inconsciencia, qué hacer con Hélike.

—¿Asambleas? ¿Es que ellos no tienen reyes?

—No exactamente. Tienen consejos similares a los nuestros, formados por guerreros y ancianos, que eligen a un hombre sobresaliente para dirigir la vida de la ciudad y las campañas militares, pero este caudillo puede ser apartado en cualquier momento de su puesto por decisión del Consejo o por el desafío de un aspirante. Un fenomenal lío, eso es lo que es, si queréis saber

mi opinión: los caudillos suelen durar lo que una espada de cobre en un combate.

—A no ser que el hombre sea realmente bueno —apuntó Abarien—, en cuyo caso los guerreros le presentan un juramento de devoción que los vincula a él hasta la muerte. En fin, creo que es hora de continuar.

Volvieron a sus monturas y apenas habían reanudado la marcha cuando un brillo entre las altas hierbas próximas llamó la atención de Abarien.

—Un momento, ahí hay algo.

Puso pie a tierra, se inclinó junto al camino y sacó de entre la vegetación una pesada falcata de hierro con la hoja curva manchada de sangre seca. Abarien se quedó mirándola con expresión primero de estupor, después de desconsuelo. Lortas y Anglea desmontaron y se acercaron corriendo junto a él.

—No puedo estar seguro, pero diría que esta espada pertenecía a uno de los hombres que acompañaban a Orissón.

—Déjame ver, yo mismo he forjado muchas de las falcatas de Hélike —dijo Lortas, tomando el arma y observando la empuñadura, rematada en forma de cabeza de caballo—. ¡Por Melqart, es la espada de Tiburno!, me la encargó después de vender a buen precio una partida de aceite a los fenicios el año pasado. ¿Qué le habrá ocurrido?

—Aquí ha habido una batalla —señaló Anglea, escrutando el suelo a su alrededor con semblante serio y experto—. Mirad, hay huellas de cascos por todas partes, aunque la mayoría están ya medio borradas; aquí también ha llovido. Y eso debe de ser sangre —se agachó y pasó la yema de los dedos por un manchón oscuro en el suelo del camino—. Debió de ocurrir hace siete o diez días —añadió con voz trémula. Miró a sus compañeros con un oscuro temor asomándole a los ojos.

—Está claro que Orissón y los suyos lucharon aquí con un grupo de enemigos —dijo Abarien—, pero no demos por supuesto el desenlace. Si hubo muertos, alguien tiene que haberse hecho cargo de los cuerpos y puede que haya dejado algún rastro que nos ayude a imaginar lo que ocurrió. Echemos un vistazo. Poneos los cascos y tomad los escudos, dentro de poco habrá luz suficiente como para que cualquiera pueda hacer puntería sobre nosotros desde esos riscos.

Los tres oretanos desataron los escudos de la grupa de sus caballos por primera vez desde que abandonaran el potrero en la montaña, se ajustaron los cascos de cuero y comenzaron a rastrear los alrededores mientras el amanecer se adueñaba del mundo; se levantó una brisa fresca que agitó un rumor en las

copas de los pinos. No tardó en escucharse un grito de Lortas, quien se había adentrado en el camino que salía del principal cruzando el río.

—¡Venid, aquí hay un rastro!

Cuando Anglea y Abarien lo alcanzaron, Lortas había abandonado ya el camino y se adentraba en el bosque; delante de él las altas hierbas se veían tumbadas y rotas aquí y allá y, entre ellas, huellas de caballos conducían al interior del pinar. Los hombres desenvainaron las espadas y Anglea aprestó la honda. Avanzaron lentamente entre los troncos, hollando sin un ruido la espesa alfombra de acículas, y se encontraron de pronto ante un claro.

Lo que vieron en él los paralizó como un mazazo: cuatro pequeños túmulos improvisados con piedras amontonadas, dos de ellos cubiertos por sendos escudos, el tercero con una falcata, el último con una lanza clavada a sus pies. Dos cuervos que se afanaban entre los intersticios de las piedras levantaron el vuelo y se perdieron en el cielo lechoso; su aleteo pareció en el silencio del alba el de la misma muerte. Los oretanos corrieron hasta alcanzar los túmulos y contemplaron incrédulos las armas, casi idénticas a las que ellos mismos portaban. La quietud se hizo aún más densa y ominosa.

—Han muerto cuatro, queda uno vivo —dijo Abarien con voz rota; inspiró profundamente y sacudió la cabeza de un lado a otro—. Fueron los cartagineses, sin duda, pero… ¿quién sobrevivió y cómo? Si fue el superviviente quien trajo los cuerpos hasta aquí y les dio sepultura debemos pensar que, al menos, no fue hecho prisionero. Los púnicos no se habrían demorado por esto. Además, parece que los túmulos son muy recientes.

Mientras Abarien hablaba, Anglea examinó con el corazón desbocado las armas de los túmulos, temiendo reconocer alguna de ellas como procedente de la panoplia de su padre. «Los escudos seguro que no —se dijo—, y la espada tampoco. Pero… ¿y la lanza? ¡Todas las lanzas son iguales!». Sintió que un espasmo de angustia se le aferraba a la garganta y cayó de rodillas con los ojos inundados de lágrimas. Trató de mantener la calma, pero un grito se le hizo astillas en los labios.

—¡Padre, padre!

Sintió que una mano se le posaba en el hombro. Se giró y vio los ojos grises de Lortas sonriéndola con tristeza.

—Ten valor, muchacha, mantén la esperanza. Parece que los dioses han querido ponernos las cosas difíciles y comprobar la materia de la que estamos hechos. Ahora lo único que importa es que uno de los nuestros, tal vez tu padre, debe de estar aún vivo, quién sabe si no lejos de aquí, en estos mismos

montes. Encontrémosle y daremos acaso respuestas y algún alivio a nuestros corazones.

Anglea mantuvo la mirada del hombre y se sintió reconfortada por su humanidad grande y afectuosa, por las pupilas limpias y la voz dulce. Dejándose llevar por un impulso, se abrazó a él, apoyó la cabeza en su pecho y permitió que los poderosos brazos del herrero la rodearan con un lenguaje hecho de metal caliente y ascuas palpitantes, como si de ese modo pudiera alejar por un momento las sombras cargadas de dolor y amenaza que flotaban en el claro del bosque.

Entonces llegó el relincho de un caballo desde el camino.

—Hemos sido unos imprudentes dejando los caballos solos y expuestos durante tanto tiempo —dijo Abarien—. Iré a por ellos y pensaremos qué hacer a continuación.

—Espera —dijo Anglea de pronto, separándose de Lortas y quedando inmóvil con la cabeza inclinada, como si tratara de recordar algo o escuchar una música distante. Se arrodilló y apoyó un oído contra el suelo, incorporándose al punto de un salto—. ¡Vienen jinetes galopando desde el sur, estarán en el cruce en seguida! —exclamó, y, colocándose ambos dedos índice en la boca, dejó escapar un silbido.

En pocos instantes sus caballos llegaron junto a ellos y piafaron inquietos al percibir el olor de la muerte.

—Shhh, tranquilos —murmuró la muchacha, acariciando primero a *Caliza* y después a los otros dos animales—, ahora debéis quedaros quietecitos y en silencio, tenemos visita.

El fragor de los cascos se hizo claramente audible.

—¡Subamos a esa peña! —urgió Abarien, señalando un promontorio cubierto de encinas y piornos—, ¡tenemos que averiguar quiénes son esos jinetes!

Los tres corrieron pendiente arriba hasta alcanzar la cima. Hacia poniente se abría a sus pies el claro del bosque desde el que sus caballos los observaban atentamente, inmóviles junto a los túmulos; hacia levante tenían una perfecta visibilidad del río y el cruce de caminos. «¡Qué lugar para una emboscada! —se dijo Anglea tendiéndose junto a sus compañeros entre los arbustos—; tal vez aquí mismo estuviera esperándote el enemigo, padre».

Un momento después aparecieron los jinetes: serían un centenar y se aproximaban velozmente a un galope ligero, ondeando un estandarte con un caballo amarillo sobre fondo púrpura. Vestían túnicas rojas y coseletes de

anillas metálicas, grebas y cascos de bronce; llevaban escudos circulares y arcos sujetos a la espalda.

—Caballería cartaginesa —murmuró Lortas.

La formación la dirigía un hombre alto con barba negra rizada y piel tostada; le distinguían una crinera roja sobre el yelmo y un manto del mismo color. A su lado galopaba un joven con una túnica gris y un casco redondo de cuero que dejaba escapar una larga cabellera de color pajizo.

—Mirad —dijo Abarien—, ese va sin silla de montar, debe de ser celtíbero.

Y de pronto, al llegar al cruce de caminos, el estandarte púrpura se abatió tres veces y el grupo giró a la izquierda, cruzó el río y se dirigió directamente hacia ellos.

—¡Por las barbas de Melqart! —masculló Lortas, echando la mano a la espada—, ¡nos han visto!

—No lo creo —murmuró Abarien—, no os mováis y rogad a los dioses que nuestros caballos no relinchen.

Anglea cerró los ojos y se encomendó a la protección de la diosa mientras los jinetes enemigos, haciendo vibrar el suelo bajo sus cascos, llegaban hasta la base del promontorio en el que se encontraban y pasaban de largo, desapareciendo por la pista que ascendía hacia el oeste. El ruido de los cascos se alejó con ellos y no tardó en convertirse en un rumor levantando ecos amortiguados en las paredes de piedra.

Abarien, Lortas y Anglea se incorporaron intercambiando miradas de alivio y sorpresa.

—Un centenar de cartagineses adentrándose al galope con un celtíbero en el país de los ólcades —dijo Abarien enarcando las cejas, con la mirada fija en el punto por el que habían desaparecido los jinetes—. Cuatro de los nuestros muertos y enterrados y ni rastro del quinto. Me temo que las cosas se presentan mucho más difíciles de lo que imaginábamos.

—¿Qué crees que debemos hacer? —inquirió Lortas.

—¿Adónde conduce ese camino?

—No estoy seguro. Probablemente recorra algunos poblados ólcades menores, o tal vez lleve a Contrebia Cárbica, en el país de los carpetanos.

—Continuaremos hacia Arecorata —dijo Abarien tras una larga pausa—. Si el superviviente pudo seguir viajando, nada nos hace pensar que decidiera cambiar su destino. En caso contrario, deberemos ser nosotros quienes llevemos a cabo la misión del rey, y Arecorata sigue siendo el lugar adecuado

para ello, más aún cuando hemos visto que los cartagineses han evitado dirigirse hacia el norte.

Lortas asintió y echó a andar hacia los caballos al lado de Abarien, advirtiendo la enorme dificultad de la tarea que la ciudad les había encomendado. Pensó, como tantas otras veces a lo largo de esos días, en su mujer y sus críos, allá en Hélike, y un latido cálido y húmedo le ascendió por el pecho hasta la garganta. «Os echo de menos —se dijo—; quieran los dioses que la ciudad siga resistiendo y os encontréis bien». Sacudió la cabeza tratando de no dejarse llevar por la nostalgia y un momento después reparó en la ausencia de Anglea. Volvió la cabeza y la encontró de pie, inmóvil en lo alto del promontorio, con los brazos pegados al cuerpo y los ojos muy abiertos, con la expresión de quien encuentra un regalo inesperado en el recuerdo.

—Anglea, ¿ocurre algo?

Anglea sintió un mareo súbito y se detuvo. Miró a su alrededor y comprobó que los árboles y las rocas perdían la nitidez de sus contornos y parecían vibrar sutilmente. La luz del sol se atenuó como si un manto de sombra hubiera caído de algún lugar del cielo.

Reconoció la presencia sin un atisbo de duda.

Sonrió levemente y recordó. «No pierdas la fe si las huellas de tu padre están empañadas de tristeza». No lo haría, nunca perdería la fe. «Sigue a los jinetes de Tánit si te sientes perdida».

«¡De modo que era eso! —se dijo, encontrando al fin sentido a las palabras que Astarté había hecho resonar en el santuario de Hélike—. Los jinetes de Tánit». Sabía bien que Tánit era el nombre que los cartagineses daban a su diosa.

—¡Al oeste! —gritó—, ¡tenemos que seguir a los púnicos!

Su voz extendió un silencio expectante en el aire terso de la mañana.

CAPÍTULO XI

PARA cuando Aníbal montó en su caballo e inició el regreso a su tienda, el campamento se hallaba ya pleno de actividad: por todas partes se veían hombres sentados al dulce sol de primera hora de la mañana lustrando con aceite sus armas o llevando grupos de caballos a las colinas en busca de pastos; muchos de ellos saludaban al muchacho con una voz o un gesto, y él correspondía sin detenerse. Entre el rumor de hombres y bestias se alzaban las voces de mando de los jefes sometiendo a sus unidades al entrenamiento cotidiano, gritando en lenguas tan diversas como la composición del ejército púnico: había infantes libios y jinetes númidas, hoplitas cartagineses e itálicos, honderos baleáricos y arqueros sirios, además del contingente celtíbero de Tilego.

Tilego. Aníbal torció el gesto trasluciendo preocupación. Se había levantado, como acostumbraba, antes del alba, para acudir al sector del campamento donde se ubicaban las tiendas de los celtíberos, formando círculos concéntricos alrededor de la de Tilego en una ancha vaguada junto al camino que conducía a la puerta de poniente de la ciudad. Su propósito, tal como le anticipara a su padre la noche anterior, había sido suavizar el efecto que las duras palabras de este debían de haber causado en el temperamento hosco y orgulloso del lusón, pero tras la visita se sentía aún más inquieto. Naturalmente había sido recibido con corrección e invitado a romper el ayuno junto a Tilego y sus capitanes, tomando asiento con ellos en el suelo alrededor de un fuego frente a la tienda; compartió sus bellotas, gachas de avena y carne ahumada, contra su costumbre bebió vino aguado y se esforzó por mostrarse como uno de ellos, dirigiéndose a los hombres por su nombre y haciendo bromas gruesas en el rudimentario celtíbero que había conseguido aprender en los últimos meses. Pero tenía la sensación de que había sido en vano: Tilego se había mostrado tenso y esquivo, los hombres mantuvieron la mirada fija en la comida respondiendo sus preguntas con las palabras justas y sus bromas con sonrisas que más parecieron muecas incómodas. «En fin —se dijo encogiéndose de hombros—, espero que se les vaya pasando el enfado; yo por lo menos lo he intentado». Volvió la atención a las tropas tratando de ignorar la inquietud que se había adueñado de él.

Cuando se aproximaba a la tienda púrpura sobre el altozano vio que su criado Maharcón corría hacia él.

—Señor —dijo al alcanzarlo, inspirando profundamente para recobrar el resuello—: el general me envía a deciros que os aguarda en el campo de entrenamiento junto al cercado de los elefantes.

—Gracias, Maharcón, no le haré esperar —respondió Aníbal, y con una leve presión de las rodillas en los ijares del caballo puso a este a un trote vivo que le condujo con prontitud al lugar indicado.

Allí le aguardaba, en efecto, su padre, erguido en el soberbio caballo blanco que Naravas le regalara al pedirle la mano de su hija Salambó y del que no se había separado desde entonces. Bajo el yelmo griego de bronce bruñido, el rostro de Amílcar parecía circunspecto y afilado, como si el sueño no hubiera disuelto tampoco en él la aspereza de la noche anterior. Junto a él estaba Bostar, un primo lejano de Aníbal que en ausencia de Asdrúbal comandaba el contingente de infantería de ciudadanos cartagineses que constituía el corazón del ejército púnico. Un gran número de ellos estaba en ese instante formado ante los dos hombres, con largas picas alzadas como un bosque hirsuto y un frente continuo de escudos redondos de color blanco con la silueta negra de un caballo en su centro, refulgiendo al sol recién alzado. El reflejo de la luz matutina se multiplicaba en las cotas de malla, las altas grebas de bronce decoradas con relieves y los cascos rematados por crineras metálicas. La imagen era impresionante.

Amílcar comenzó a hablar sin desviar la mirada hacia su hijo.

—Míralos bien, Aníbal, son el arma más poderosa y leal de nuestro ejército: mil veinticuatro hombres de Cartago, cuatro *syntagma* perfectamente equipados y entrenados según los principios de tu admirado Alejandro.

Aníbal asintió con un fulgor de admiración en los ojos. Conocía hasta su último detalle la organización de la falange macedónica, la más formidable unidad de combate jamás desplegada, la misma que había triturado a los ejércitos persas en Gránico, Issos y Gaugamela. Una falange completa estaba formada por dieciséis mil trescientos ochenta y cuatro hombres fuertemente armados organizados en dos *keras*, cada una al mando de un *kerarka* y dividida a su vez en dos *phalangarchias*, y estas en *merarchias* divididas en *chiliarchias*, cada una con dos *pentekosiarchias* formadas por dos *syntagma* de doscientos cincuenta y seis hombres. Y, al frente de todos ellos, un *strategós* ocupando el puesto que un día fuera de Alejandro Magno. Aníbal contempló la tropa formada ante él y le pareció pequeña, casi patética al compararla con la gran falange de su imaginación. «Aun sumándolos con los

hoplitas del tío Asdrúbal, apenas alcanzamos una *merarchia*», pensó, lamentando una vez más la parquedad demográfica y el acomodo de sus conciudadanos que obligaba a Cartago a completar, cada vez en mayor número, sus ejércitos con contingentes mercenarios. «Yo formaré un día una falange completa en Ispania —se prometió de pronto, estremeciéndose sin saber por qué—, y el mundo se asombrará de lo que seré capaz de hacer con ella».

Tras una larga pausa, Amílcar continuó hablando, ajeno a los sueños de grandeza de su hijo.

—A partir de ahora acompañarás a Bostar en la instrucción y, llegado el caso, en el combate. No darás consejos, no harás sugerencias, tan solo preguntarás lo necesario para ser capaz de dirigir un día una unidad como esta. Recuerda que él es el *merarka* y obedece sus órdenes sin rechistar: al lado de Bostar no serás mi hijo, sino un capitán inexperto. A cambio, aprenderás de él más de lo que puedes imaginar.

A Aníbal le dio un vuelco el corazón, feliz ante la perspectiva de iniciar al fin su formación como mando de tropa. Desde el inicio de la campaña, no había hecho sino acompañar a su padre montado a su lado, protegido como él por la Guardia Bárquida, y comenzaba a sentirse un estorbo o, en el mejor de los casos, una figura decorativa con la que el general se entretenía rememorando historias del pasado. Era cierto que Amílcar compartía con él sus reflexiones y análisis estratégicos, pero únicamente en privado; ante los demás hombres adoptaba un tono desabrido que pretendía transmitir la impresión de que ningún favor obtendría su hijo por el hecho de serlo. Pero ahora todo cambiaría. Con una sonrisa apuntándole en las comisuras de los labios, dirigió sendas inclinaciones de cabeza a los dos hombres.

Amílcar lo miró con aire severo, con los ojos entrecerrados bajo la visera del yelmo, como si calibrara el talento militar que esperaba a ser descubierto en el interior de su hijo. De su coraje a nadie le cabía ninguna duda, y había dado ya sobradas muestras de una capacidad extraordinaria para arrostrar esfuerzos y privaciones como uno más de los soldados, y el ejército le admiraba por ello, pero era aún un enigma su comportamiento al frente de una unidad en el combate. A sus dieciocho años era ya hora de empezar a averiguarlo.

—Y ahora quiero que conozcas a alguien —añadió el general dando por concluido el tema, e hizo un gesto a un hombre que esperaba de pie a la sombra de una encina, a un centenar de pasos de donde se encontraban.

Aníbal no había reparado antes en él y le observó con atención mientras se aproximaba con paso liviano y elástico. Era un anciano de pelo y barba canos y un rostro anguloso que transmitía una impresión de gran dignidad. Vestía una sencilla túnica de lana blanca que refulgía al sol de la mañana y calzaba sandalias de cuero. «Griego, sin duda», se dijo mientras el hombre llegaba junto a ellos.

—Este es Bitón de Siracusa, maestro eminente de la escuela de Pitágoras, hábil e ingenioso como ninguno en el diseño y construcción de máquinas de guerra —el anciano contestó con un gesto de reconocimiento las palabras de Amílcar—. Le mandé llamar tan pronto como supe que el asedio podría complicarse y llegó ayer de Gádir con la carta de Mahárbal, a tiempo de ver consumirse los rescoldos de las torres que construimos sin su ayuda.

—No me parecieron mal hechas, señor —apuntó Bitón en lengua púnica con un fuerte acento griego—, pero sí deficientemente protegidas contra el fuego enemigo.

—Espero que las tuyas sean más efectivas, griego —repuso Amílcar dejando traslucir una leve irritación por la interrupción—, no te pago para escuchar tus cumplidos sino para que eches abajo esas malditas murallas. Y no me llames «señor» si no quieres que te tomen por esclavo; aquí los cartagineses me llaman Amílcar y los bárbaros general. Siento decirte que a estos efectos tú entras en la segunda categoría. Construirás las torres que sean necesarias, y también catapultas y balistas, tan rápido como si te llevaran los demonios. Cuando caiga Hélike, serás un hombre rico y tal vez te permita fundar en Gádir una de esas academias vuestras.

Aníbal sonrió. Sabía que su padre despreciaba la pasión de los griegos por la filosofía; en alguna ocasión se había admirado de que hubiera llegado tan lejos un pueblo que, como él decía, perdía tanto tiempo pensando. Borró la sonrisa en el acto cuando vio que Amílcar se dirigía a él.

—Y tú, hijo, cuando termine la instrucción, busca al *boetarco* Berébal, reúne con él a todos los carpinteros y herreros, armeros y gente de impedimenta del ejército y ponlos a trabajar con Bitón. Griego —añadió clavando la mirada en el anciano—: este es mi hijo Aníbal; si él lo merece y Melqart lo consiente, un día será general de Cartago. Deberás enseñarle todo lo que sabes, hasta que tus diseños y cálculos no tengan secretos para él. Si es verdad que en vuestros números baila la armonía del universo, quiero que al menos un Bárquida participe de ella. Me temo que yo ya no tengo edad para bailes.

Bitón asintió, ignorando el tono sarcástico y cortante de Amílcar. Estaba impaciente por ponerse manos a la obra y conocer al muchacho del que tanto había oído hablar; en los foros y los emporios de los puertos se decía que Aníbal era como un nuevo Alejandro, brillante y hambriento de gloria.

—Será como dices… general.

Amílcar volvía la mirada hacia la tropa dando por concluida la conversación cuando llamó su atención el repique de un galope: un jinete númida se aproximaba hacia ellos levantando una huella de polvo en la mañana calma; en la distancia era bien visible el casco de cuero teñido de rojo que identificaba a los mensajeros al servicio de los oficiales de mayor rango del ejército. Todos quedaron expectantes durante un largo instante, sabedores de que el hombre debía de traer noticias importantes, hasta que este llegó junto a ellos, desmontó de un salto y quedó de pie ante Amílcar con la mirada baja, esperando permiso para hablar.

—¿Y bien? —preguntó el general.

—Me manda Himilcón desde el cuerpo de guardia. Poco después de la salida del sol se ha presentado ante el puesto del camino del norte un jinete celtíbero; afirma tener información importante, pero solo hablará ante el general. Es ólcade, si ha dicho la verdad. Himilcón le ha enviado bien custodiado a la tienda púrpura, seguramente ya estará allí.

—Últimamente todos los bárbaros parecen necesitar hablar conmigo —dijo Amílcar con fastidio, y sin esperar respuesta se alejó trotando, recorriendo el frente de la tropa formada. A una señal de Bostar, los hombres rindieron las picas en señal de respeto, arrancando una mueca de orgullo del rostro del Bárquida, surcado de arrugas y cicatrices.

Aníbal se colocó a su lado y cabalgó en silencio, haciéndose conjeturas sobre el significado de la llegada del ólcade. «Tal vez averigüemos algo sobre el oretano que escapó de Magón», pensó, recordando la preocupación que había mostrado su padre al respecto la noche anterior. En todo caso, agradecía que algo viniera a romper la monotonía del asedio: si algo le había entristecido realmente del fracaso de las torres de asalto había sido la perspectiva de volver a la rutina de las horas muertas, rota solo por ocasionales partidas de caza y las frecuentes pero intrascendentes escaramuzas en la muralla, ordenadas por Amílcar para mantener a sus hombres en tensión de combate y debilitar poco a poco las defensas de la ciudad. Y ni siquiera le era permitido participar en ellas en primera línea. «No servirás a Cartago dejando que te mate una flecha oretana en un lance

estúpido —le dijo su padre en una ocasión en que dejó traslucir su irritación —. Aprender a mandar es también aprender a esperar».

Tal como había anunciado el númida, frente a la gran tienda de mando esperaba un destacamento de auxiliares libios que mantenían sus espadas desenvainadas alrededor de un hombre joven, alto y robusto, con dos gruesas trenzas de pelo rojo cayéndole sobre los hombros y un mostacho abundante y lacio. Vestía una túnica gris ceñida por un cinturón de grandes placas de bronce del que pendía una funda ahora vacía; el pecho estaba protegido por un disco de hierro sujeto por cuatro correas de cuero que iban a anudarse en el centro de la espalda. El hombre sostuvo altivamente la mirada escrutadora de los recién llegados, con más curiosidad que temor brillando en sus fríos ojos grises. Únicamente su mano derecha delataba una leve inquietud por la ausencia de la espada cuya empuñadura buscaba, empujada por un largo hábito convertido ya en instinto. «No está acostumbrado a estar desarmado», pensó Aníbal.

Amílcar puso pie a tierra y quedó frente al celtíbero con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Soy Amílcar Barca —dijo en lengua íbera—. Di lo que hayas venido a decir.

Todos comprendieron que el general quería conocer la estirpe e intenciones del extranjero antes de honrarle haciéndole pasar a la tienda.

—Soy Ambato, hijo de Asúrix, de Cirmo, en el país de los ólcades, y no te deseo ningún mal —respondió el celtíbero con voz áspera y gutural—. Me envía mi padre para dar información y proponer un acuerdo al general púnico.

—Llevadlo dentro —ordenó Amílcar a los libios sin dignarse a contestar al hombre, y entrando en la tienda tomó asiento en su sillón, se quitó el yelmo con ambas manos y lo dejó sobre la mesa. Hizo una seña a Aníbal para que se sentara a su lado y otra a Albírcal, quien se había acercado solícito, pidiendo algo de beber. Esperó a aclarar con un largo trago de agua la garganta reseca por el polvo del campo de instrucción antes de dirigirse al celtíbero, quien esperaba de pie, rodeado por sus custodios, junto a la entrada.

—Te escucho, Ambato.

—Hace cuatro días llegó a Cirmo un extranjero, oretano por su apariencia, acompañando a un muchacho del poblado, un tal Gerión. El extraño dijo llamarse Argantio y ser un principal de la ciudad de Hélike —Ambato omitió deliberadamente mencionar las dos cabezas púnicas que Gerión había traído colgando del cuello de su caballo—. Aquella noche Gerión compareció ante la asamblea y explicó que el propósito del oretano

era conseguir el socorro de los ólcades en la guerra que su ciudad libra contra ti. Aseguró que, de lo contrario, el próximo objetivo de tu ejército serían los propios ólcades.

—¿Cuál fue el parecer de la asamblea?

—Aún no se había pronunciado cuando abandoné Cirmo en la madrugada siguiente. Nuestro jefe, Meronio, resolvió conceder dos días a Argantio para que se repusiera de una herida que traía abierta en la espalda, antes de hacerle comparecer ante los guerreros; mi padre pensó que dos días de espera eran demasiado tiempo y me hizo partir de inmediato hacia aquí. Él es partidario de que los ólcades se alíen con Cartago en lugar de con Hélike, pero conoce el odio que Meronio siente hacia los púnicos y teme que pueda convencer a la asamblea para atender la petición de los oretanos.

Ambato calló y Amílcar quedó pensativo, jugueteando con el grueso anillo de oro, cruzado en la superficie del sello con el relieve de un rayo, que utilizaba para autentificar sus cartas y despachos.

—No es mucho lo que has explicado —dijo al fin—. ¿Qué propone tu padre…, como quiera que se llame, y cuál es su posición de poder entre tu pueblo? ¿Y qué influencia puede tener Cirmo, un poblado, según tú mismo has dicho, en la decisión que tomen las ciudades de los ólcades? Habla claro o pensaré que quieres hacerme perder el tiempo.

—Asúrix —respondió impasible Ambato—, mi padre se llama Asúrix. Te ofrece su ayuda para capturar al oretano y evitar que los ólcades acudan en auxilio de Hélike. A cambio quiere sellar un acuerdo de amistad con Cartago y tu apoyo, con tropas si es preciso, para proclamarse rey de los ólcades. Cree que los íberos van corrompiendo poco a poco a los nuestros y prefiere verlos bajo el poder púnico antes que libres y ambiciosos. En cuanto a la influencia de Cirmo, es verdad que nunca ha sido grande, pero parece que con la llegada de Argantio los dioses le han dado un papel principal en lo que haya de ocurrir.

Ambato terminó abruptamente la parrafada pronunciada con palabras lentas y pétreas, como si las trajera aprendidas de memoria aunque no terminara de comprender su significado. «No subestimes nunca a un celtíbero por su aspecto tosco y sus modales primitivos», se advirtió en silencio Aníbal.

—Ambicioso, tu padre —dijo Amílcar—. Sin embargo, tu historia abre más incertidumbres de las que despeja. No parece que traigas ninguna evidencia que me impida pensar que te lo has inventado todo y que en realidad pretendes espiar mi campamento y arrastrar a mis hombres a una trampa. Quién sabe…, tal vez incluso pretendas asesinarme.

Los guardianes libios se tensaron de inmediato y estrecharon el cerco de las espadas sobre Ambato.

—Lo hemos desarmado nosotros mismos, general —dijo uno de ellos.

—Claro —asintió Amílcar clavando la mirada en el ólcade, tal vez buscando alguna reacción a sus palabras. Ambato permaneció imperturbable y solo habló cuando el prolongado silencio le hizo pensar que nada ocurriría si no lo provocaba él.

—He dicho la verdad, que lo creas o no es cosa tuya. ¿Cuál es tu respuesta?

—¿Qué debemos hacer, según tu padre? —preguntó Amílcar, con una arista de sarcasmo en la voz.

—Yo conduciré a una partida de tus hombres hasta la vecindad de Cirmo; con jinetes avezados y buenas monturas podemos estar allí en tres días sin matar a los animales. Mi padre nos esperará en un punto convenido para ponernos al corriente de la situación en el poblado y del paradero del oretano. Él y el capitán que envíes al frente de tu tropa convendrán qué hacer.

—¿Cuántos hombres serán necesarios?

—En Cirmo hay cincuenta guerreros que han pasado los ritos y setenta hombres más que podrían empuñar las armas; de todos ellos al menos veinte estarían de nuestro lado. Si fuera preciso el combate, cien soldados vuestros serían suficientes para dominar el poblado. Pero debemos evitar a toda costa el enfrentamiento por las armas con los guerreros de Cirmo: mi padre quiere impedir que nuestro pueblo busque su ruina, no causarla él mismo. Si conseguimos quitar de en medio a Meronio y a media docena de los que le son más próximos, los demás terminarán por acomodarse a la nueva situación.

Amílcar quedó pensativo un momento y cruzó una rápida mirada con Aníbal, quien a un tiempo se encogió de hombros y asintió con la cabeza. Exhaló después un largo suspiro, se levantó y caminó hasta situarse frente a Ambato, con una autoridad tan henchida de amenaza que el celtíbero sintió por primera vez una ríspida sequedad en la garganta. Aquel anciano fatigado tenía en sus manos el destino de Ispania, y no dudaría un instante en labrarlo a su medida, a sangre y fuego.

—De acuerdo, ólcade —dijo al fin el general, con una voz tan grave que parecía el retumbar de un tambor dentro de su pecho—. Todo esto no termina de convencerme, pero no habría llegado hasta aquí si el corazón no me pidiera de vez en cuando asumir ciertos riesgos. Cien jinetes al mando de uno de mis capitanes te acompañarán de regreso a tu aldea; será él quien tome las decisiones, le guste o no a tu padre. Y escúchame bien: juro por Melqart que,

si hay un engaño detrás de todo esto, cobraremos la sangre de cada uno de mis hombres con la de cien de los vuestros. Y tú, Ambato, maldecirás a todos tus dioses por haber nacido.

Saboreó un momento el silencio helado de la tienda antes de dirigirse al que había actuado como portavoz de los libios.

—Ahora llevadlo al puesto de guardia. Decidle a Himilcón que le procure una nueva montura y vituallas para un viaje de varios días, irán por él a primera hora de la tarde.

Amílcar concluyó con un gesto que hizo al grupo partir apresuradamente. Se volvió entonces hacia Aníbal, quien había seguido la conversación con creciente interés y esperaba a todas luces una oportunidad para hablar.

—¡Quiero ir, padre! —exclamó el joven—, ¡te ruego que me des tu permiso!

—De ningún modo —repuso tajante Amílcar—, y no empecemos otra vez con lo de siempre. Sea o no una trampa, estoy seguro de que esa incursión en el corazón de la Celtiberia no será tan sencilla como cree el bárbaro.

—¡Pero todos los soldados deben correr riesgos! —insistió Aníbal, frustrado, consiguiendo evitar apenas que la voz le temblara de rabia—. Nunca me convertiré en uno de verdad si sigues protegiéndome bajo tu ala.

—Lo que es seguro es que no te convertirás en un soldado si te dejas matar por un capricho. Además, recuerda que acabo de encomendarte dos nuevas tareas: instruirte con la *merarchia* y supervisar con Bitón la construcción de las catapultas. Son mis órdenes y espero que no se te ocurra discutirlas: ese sí es un principio básico de un buen soldado. Pero no te impacientes —añadió suavizando el tono, como siempre que lamentaba poner freno al ímpetu de su hijo—, seguro que no te faltarán emociones y pruebas para tu valor antes de que termine la campaña. Ahora haz llamar a Magón, creo que vamos a darle la oportunidad de sacarse la espina que le dejó la huida de ese oretano…, ¿cómo dijo el ólcade que se llamaba?

—Argantio —señaló Aníbal, pensando de pronto que su padre se estaba volviendo olvidadizo en los últimos tiempos.

Amílcar se acarició la barba.

—Extraño nombre, no me suena íbero. Lástima que hayamos perdido a nuestro informador en Hélike, nos habría sido útil alguna información sobre ese hombre.

Pasaban dos horas del mediodía cuando el grupo de Magón se puso en marcha, dirigiéndose hacia el norte por la ancha pista que conducía al país de

los carpetanos. Como había previsto Amílcar, Magón había saludado con un júbilo feroz la oportunidad de volver a la Celtiberia en busca de Argantio y de los arqueros desconocidos que se lo habían quitado de entre las manos, matando a dos de sus mejores hombres. Aun cuando Amílcar hubiera previsto en un principio enviar con él jinetes númidas, Magón le convenció de la necesidad de arriesgar una de las tres unidades de caballería de combate, formadas por jinetes itálicos y cartagineses, con las que contaba su ejército. Los númidas eran más rápidos y ligeros, y podían hacer prodigios con el arco desde la grupa del caballo, pero en caso de enfrentamiento pie en tierra no serían rivales para los celtíberos, robustos y poderosamente armados.

Mantuvieron el rumbo al norte por una áspera serranía de piedra gris recortándose contra el cielo inmaculado, ajenos al verano hirviendo de perfume de hierba recién llovida y zumbidos de insectos. Magón dirigía el grupo con Ambato a su lado, manteniendo el suave galope al que sus unidades de caballería eran capaces de recorrer distancias de hasta nueve leguas diarias en largas marchas. Descendieron a un río tumultuoso encajonado entre paredes de piedra color ocre y volvieron a ascender a la sombra de farallones y pináculos hasta que la sierra se deshizo en un suave oleaje de colinas cubiertas de almendros y crines de esparto, en cuyo término el camino iba a perderse en una borrosa llanura hacia el norte. El grupo continuó cabalgando hacia septentrión hasta que, cuando la luz comenzaba a ser incierta, Magón lo detuvo para tomar cena y descanso al cobijo de un bosquete de grandes pinos, y partieron bien antes del alba, de nuevo al galope, confiados en el fragor de su tropel para mantener despejado el camino de posibles oponentes.

Recorrieron la llanura como una cuchilla amenazante y sombría que amedrentaba a los hombres y desaforaba a los perros; muchos aldeanos oretanos, celtíberos y carpetanos los vieron pasar, y hasta el último de ellos sintió que el silbido hambriento de la guerra recorría el aire. El áspero propósito de venganza de Magón empujó la cabalgada hacia el norte sin más descanso que el imprescindible para evitar que hombres o bestias fueran rendidos por el esfuerzo. Al anochecer del segundo día tras la partida de Hélike, se detuvieron al divisar, sobre un escarpe apartado del camino, las murallas de Belgeda. Magón señaló uno tras otro a cuatro hombres de las primeras filas y los llamó a su lado con un gesto.

—Para vosotros se ha acabado el viaje: iréis a Belgeda a comprobar si el Consejo de la ciudad sigue dispuesto a honrar sus compromisos con Amílcar y averiguaréis cuanto podáis de las noticias que corren por Celtiberia. Estad

alerta y fiaos solo de vosotros mismos: estos bárbaros son traidores por naturaleza. Mantened vigilado el camino y esperad aquí nuestro regreso; si en lugar de nosotros bajara de los montes un ejército celtíbero, deberéis movilizar a los guerreros de la ciudad y salir con ellos a cerrar el paso. Y uno de vosotros llevará noticia a Amílcar de inmediato. Tú quedas al mando, Bomílcar —dijo al hombre de más edad, un veterano de rostro enjuto, barba rala y ojos prominentes que asintió con brevedad marcial y, seguido de los otros, tomó la pista que conducía hacia la muralla, sobre la que habían aparecido, silueteados contra el cielo cárdeno del atardecer, numerosos hombres armados.

Tras una pausa para abrevar a los caballos y dar descanso a los hombres, la columna continuó cuando la luna comenzaba a perder altura en el cielo y una densa oscuridad se extendía por el fondo del valle. Ambato guio a partir de entonces el curso de los jinetes, advirtiendo la incomodidad de Magón por verse obligado a confiar en su conocimiento del terreno; el púnico volvía inquieto la mirada en todas direcciones, esperando a cada instante que una luz o un tintineo metálico en las laderas invisibles delatara una emboscada. Pero nada ocurrió, y al despuntar el día la sierra que habían mantenido a su izquierda se hendió en un valle por el que se adentraba un camino desgajado del principal.

—¡El de poniente es el camino de Cirmo! —gritó Ambato—, ¡tres leguas más y habremos llegado!

Magón asintió, reconociendo el lugar donde días atrás su patrulla había dado alcance al grupo de oretanos y a punto había estado de terminar con todos ellos. «Juro por Baal que no se me escapará ese bárbaro por segunda vez», se dijo, exaltado por la proximidad de la venganza. Percibió en los muslos y la brida la tensión de su yegua: también ella parecía recordar el combate. Hizo un gesto al portaestandarte y este inclinó el gallardete púrpura hacia la izquierda una, dos y tres veces, indicando a los jinetes el giro y la nueva formación en fila de a tres. Un momento después la cabalgada cruzó el río por un precario puente de troncos y se adentró en el camino de poniente, rodeando un denso pinar del que emergía como un torreón vigía un montículo de piedra arenisca cubierta de vegetación.

Nadie advirtió que en su cúspide dos hombres y una joven tendidos en el suelo contenían la respiración al verlos pasar.

El rostro del guerrero resplandeció al ver la espléndida unidad de caballería cartaginesa con la que había regresado Ambato. Los hombres y las bestias

mostraban signos de una gran fatiga, estas con ollares dilatados y ojos vidriosos, aquellos sudando copiosamente y cubiertos de polvo, pero era patente que formaban una temible fuerza de combate.

—Soy Asúrix, hijo de Carauntas, de los ólcades de Cirmo. Habéis sido puntuales.

Magón saltó a tierra y se aproximó al ólcade, quien aún sostenía la mano derecha sobre el pecho. Le sorprendieron la corpulencia y el vigor del hombre, y su larga cabellera trenzada de color rojo; a pesar de su edad resultaba más imponente que la mayor parte de sus hombres, e incluso aún más que los de Tilego. «Hay que admitir que Celtiberia produce formidables soldados», pensó con disgusto, e hizo una inclinación de cabeza casi imperceptible.

—Soy Magón, capitán del ejército de Amílcar Barca. Mi general ha decidido aceptar tu propuesta y me envía para cumplir su parte del trato y asegurarse de que tú cumples la tuya —el cartaginés hizo una pausa y miró en su derredor. Habían abandonado el camino hacía más de una hora, tomando un sendero pedregoso por el que ascendieron hasta el ralo piedemonte, salpicado de enebros y sabinas, en el que ahora se encontraban. Frente a ellos se alzaba un último escarpe calizo hendido de oquedades; más allá, la piedra daba paso con brusquedad al vasto cielo de los páramos, en el que media docena de buitres trazaban amplios círculos. Magón calibró instintivamente las posibilidades de defensa del lugar y sus contornos más vulnerables antes de continuar hablando.

—¿Es este un lugar seguro?

—Sí —contestó Asúrix—, solo al final del verano suben hasta aquí los pastores. Los jabalíes prefieren parajes más densos, de modo que tampoco hay riesgo de encontrar cazadores.

—Bien —Magón buscó con la mirada a su lugarteniente Gimialcón, uno de los dos hombres que había sobrevivido al encuentro en el camino con los oretanos de Argantio—. Organiza un perímetro de guardia, incluyendo un puesto allá arriba; llévate al joven ólcade para que te muestre el camino, y dónde abrevar a los caballos. No le quites el ojo de encima. Los hombres que no participen en el primer turno pueden descansar, pero sin abandonar las armas ni encender fuegos; sé implacable con quien olvide que estamos en territorio enemigo.

Magón miró de nuevo a Asúrix y comprobó que este le observaba con expresión atenta. El ólcade había hablado hasta entonces en íbero, pero tal vez

entendiera el púnico mejor de lo que quería aparentar; tomaría más precauciones en lo sucesivo.

—Tu hijo ayudará a los míos a reconocer el terreno. Mientras, tú y yo tenemos asuntos que tratar.

Ambato miró a su padre y este hizo un gesto de asentimiento. Imperturbable, el muchacho clavó los talones en los ijares de su caballo y se alejó trotando al lado de Gimialcón.

—Acompáñame, Magón —dijo Asúrix—, hay un abrigo al pie del risco donde podremos hablar a solas. El tiempo apremia.

Los dos hombres caminaron hasta una hondonada poco profunda en la base de la pared de piedra; en su interior había dos bancos frente a un rudimentario hogar de piedra a cuyo alrededor se mezclaban en el suelo huesos mondados y vellones de lana. Se adivinaba aún en el aire el olor a orines y ropa vieja de los corrales de esquileo.

—Más habría valido hablar fuera —dijo Magón con una mueca de disgusto—, ¡menuda pocilga! En fin, mejor será que acabemos cuanto antes. No tienes más que decirme dónde está el oretano y quienquiera que le ayudara a escapar y nosotros nos haremos cargo del resto. No te preocupes, que el poblado será tuyo cuando nos marchemos… si es que queda algo en pie.

La expresión solícita que había mantenido Asúrix desde la llegada de los cartagineses se borró de golpe de su rostro, dando paso a una frialdad afilada y pétrea. Apretó la mandíbula y se aproximó a Magón con lentitud deliberada, como una torre de músculo y metal.

—Te diré algo una sola vez, púnico: seré tu aliado si así lo queréis tú y tu famoso general, pero nunca tu siervo. ¿Ves esos montes? —El ólcade señaló hacia el exterior del abrigo sin destrabar su mirada de la de Magón—. Hierven de odio hacia los de tu raza. No saldréis vivos de aquí si tu arrogancia convierte a los míos en tus enemigos. Y si prefieres que sea la sangre la que resuelva esta disputa, mi brazo y mi espada están listos para medirse con los tuyos. Tú eliges.

Magón quedó desconcertado por el súbito cambio de actitud de Asúrix. Titubeó un momento, la mano derecha ya pronta para acudir al hierro. Sacudió al fin la cabeza y escupió en el suelo, asegurándose de que nadie había seguido la conversación desde el exterior, antes de contestar.

—Ya habrá tiempo para eso. Ahora dime de una vez qué está ocurriendo en Cirmo y cómo hacer aquello para lo que he venido. Cuanto antes regrese al asedio, mejor. Imagínate que me pierdo la caída de la ciudad. Y el saqueo.

—Debes estar al corriente hasta la partida de mi hijo Ambato —comenzó Asúrix, seco y lacónico—. Como estaba previsto, a la noche siguiente se reunió la asamblea de guerreros y ancianos para escuchar al oretano. El hombre se presentó con aires de gran príncipe y habló largo rato, hábil y elocuente como esos bardos que recorren las aldeas contando historias. Con arte de embaucador despertó en el corazón de los nuestros el recuerdo de Istolacio e Indortes y de su muerte a manos de Amílcar, se llenó la boca de grandes palabras como «honor», «libertad» y «dignidad» y llamó a plantar cara al invasor. Yo me opuse, claro: hace mucho tiempo que he visto cómo los íberos socavan poco a poco la forma de vida de nuestro pueblo. Nos debilitan, nos afeminan, hacen que nuestra forma de vida y nuestro código de honor parezcan algo rústico y primitivo. Si no los detenemos, pronto no tardaremos en ser como ellos, y los ólcades olvidarán cómo vivían en aquella tierra hermosa y agreste de septentrión de la que los ancianos dicen que provienen.

»Pero, como era de esperar, el jefe Meronio se puso de parte del íbero y del muchacho que lo salvó de vuestra patrulla y lo trajo al poblado, un huérfano arrogante y estúpido llamado Gerión —Asúrix hizo una pausa y ahora fue él quien escupió en el suelo, el rostro contraído en una mueca de odio amargo. Magón advirtió de inmediato que en los propósitos del celtíbero había cuentas personales que saldar, como también las había en los suyos—. Todos sabemos que Meronio tomará siempre partido contrario a los púnicos —continuó Asúrix—, sobre todo si soy yo quien los defiende. Por un momento pensé que podría reunir apoyo suficiente para ganarle la mayoría de la asamblea, pero no fue así. Él se salió una vez más con la suya y yo prometí hacer cuanto pudiera para evitarlo. Previendo eso, había mandado a Ambato a llamaros.

»El caso es que han formado varios grupos para acudir a las ciudades de los ólcades buscando ayuda para Hélike. El propio Argantio, el oretano, partió con Meronio y Gerión rumbo a Arecorata, como otros fueron a Ercavica y a Belgeda, y antes de tres días deben regresar con noticia de lo ocurrido para preparar la reunión del ejército. Es decir, habéis llegado en el momento justo para prepararles la bienvenida.

—Espera un momento —interrumpió Magón—, vamos a ver si lo entiendo. Cirmo ha decidido ayudar a Hélike, pero tienes un puñado de partidarios que discrepan de la decisión. Una buena parte de los guerreros del poblado anda por los caminos de la Celtiberia tratando de persuadir a otras ciudades de que se sumen a la campaña, porque Cirmo es por sí solo

insignificante. Por cierto que me asombra el solo hecho de que lo intenten: el tuyo debe de ser un pueblo insensato si las grandes palabras de un extraño le mueven a lanzarse contra el ejército más poderoso de esta parte del mundo. En todo caso, lo que importa es que tu aldea debe de estar desprotegida, lista para caer en nuestras manos. Y parece muy probable que si actuamos con energía y acabamos con Argantio y Meronio esta absurda aventura de los ólcades termine antes de nacer.

—Así lo creo, pero no será tan fácil como suena en tus labios. Quedan aún setenta guerreros en el poblado, la mayoría leales a Meronio; también lo es Brigantio, el anciano que ha quedado al mando. Te explicaré el plan que he preparado.

Al atardecer se levantó un viento frío y silbante que devolvió el sabor del invierno a los montes ólcades. Cabalgando en él, llegaron grandes nubes grises que cerraron la noche antes de tiempo y apresuraron la partida de los soldados púnicos desde el aprisco. Avanzaron en silencio guiados por Ambato, los cascos de los caballos envueltos en trapos, las armas firmemente hundidas en sus vainas, inaudibles, a pesar de su número, gracias al rumor del viento deshaciéndose en las acículas de los pinos. Salieron al camino cerca ya de la muralla de Cirmo. Dejaron atrás una docena de hombres en guarnición para guardar el camino y cuidar de los caballos y continuaron hasta distinguir la silueta oscura del poblado tendido en su cerro. Ni un ruido, ni una luz desmentían la impresión de que allí arriba no había nadie, de que solo el aire triste habitaba aquel lugar muerto y olvidado. Los cartagineses tomaron la pista que conducía hasta la puerta en la muralla; a mitad de camino, un numeroso grupo dirigido por Magón y Asúrix se encaminó, en fila de a uno, atravesando la ladera del cerro, hacia el extremo opuesto de la aldea, donde la masa de un torreón se recortaba contra el cielo nocturno. El resto, conducido por Gimialcón y Ambato, prosiguió por el sendero en dirección al arco de entrada en la muralla.

Magón vio el torreón en la muralla cuando casi estaba bajo él. Se esforzó, tenso y desconfiado, tratando de discernir los movimientos de Asúrix. El ólcade dio un levísimo golpe en una poterna y esta se abrió sin un ruido; un hombre se asomó al vano y habló en susurros.

—Adelante, Asúrix, todo está en orden. Artices está con media docena más en la puerta del arco, así que podemos ponernos en movimiento de inmediato.

—Me alegra verte sobrio esta noche, Barimno —contestó Asúrix, y pasó bajo el dintel acompañado por Magón.

Se encontraron en la angosta cámara situada en la base del torreón, con una atmósfera densa por la luz aceitosa de una tea y el rumor sofocado de un grupo de guerreros en atuendo de combate apiñados en ella. Todos observaron con curiosidad a Magón, el primer soldado cartaginés que había pisado el suelo de Cirmo desde su fundación. Asúrix se impacientó.

—Vamos, no os quedéis ahí pasmados, que cada cual ocupe su puesto.

La mayor parte de los ólcades salieron al patio, abriendo espacio para que los soldados cartagineses comenzaran a entrar desde el exterior. Barimno se colocó al frente de ellos y los condujo por una escala de madera que ascendía al piso superior del edificio, desde donde sendas puertas se abrían al camino de ronda. Asúrix, Magón y dos de sus hombres cruzaron el espacio abierto de la ciudadela y salieron al extremo de la calle central del poblado, avanzando por ella ya sin disimulo, mientras a lo largo de la muralla tomaban posiciones los arqueros, siluetas casi invisibles en la noche espesa.

Entonces, en uno de los patios próximos, ladró un perro.

Por un momento se hizo un silencio completo, hasta el viento pareció amainar su oleaje en los muros de piedra y los tejados de paja. Los hombres quedaron inmóviles buscándose los rostros en la oscuridad. Rompiendo el hechizo, llegó el segundo ladrido y después el tercero, el relincho de un caballo y el balido de una oveja, y pronto el aire de Cirmo se llenó de una barahúnda de animales alborotados tanto por el olor de extraños como por el ánimo de sumarse al coro estridente de los otros.

Al mismo tiempo, en el extremo opuesto del poblado, Artices abrió la puerta bajo el arco de piedra y dio paso a Ambato, quien entró con Gimialcón y algunos de los púnicos mirando de reojo a los guerreros ólcades que se resguardaban junto a la muralla del viento y las miradas. Artices hizo un gesto a los recién llegados para que le siguieran y echó a correr calle arriba, cuando en una de las primeras casas se abrió la puerta y un hombre cubierto solo por una túnica de lana apareció en el umbral; llevaba en la mano un basto garrote de pastor y escrutó la oscuridad tratando de descubrir la causa de la batahola. Se quedó perplejo al ver llegar a la carrera al guerrero de Cirmo seguido por gente de armas desconocida.

—¡¡Artices, Ambato!! —exclamó—, ¡¿se puede saber qué ocurre?! ¿Quién es esa gente?

—¡Hay grandes novedades, Turbimos! —respondió Artices sin dejar de correr—, ¡Hélike ha caído y Amílcar se dirige ahora contra los carpetanos;

pronto pasará cerca de aquí! ¡Apresúrate, Brigantio ha convocado la asamblea en la ciudadela!

Todo fue ya un rebato de gritos y carreras, una confusión en la sombra rota por antorchas asomándose a las entradas de las casas. A la voz de alarma de Artices, se sumó la de Ambato, y ambas convergieron hacia la morada de Brigantio, en el centro del pueblo. Pronto todos los habitantes de Cirmo estuvieron en la calle, las mujeres y los niños aturdidos por la confusión y la incertidumbre y los hombres cubriéndose apresuradamente para acudir a la asamblea, con la atención entre expectante y desconfiada puesta en el puñado de soldados púnicos.

Asúrix alcanzó la puerta de Brigantio y la golpeó con insistencia, rodeado por los vociferantes perros del anciano, hasta que este salió a abrir ya cubierto con un manto y con la vara de su autoridad en la mano.

—¡Debes reunir a la asamblea, Brigantio! —apremió Asúrix—, ha llegado un grupo de emisarios de Amílcar con noticias urgentes: la resistencia de los oretanos se ha venido abajo y el ejército cartaginés ha tomado el camino del norte, ya ha rebasado Belgeda y se dirige hacia aquí. Muchos guerreros se están reuniendo en el torreón.

Brigantio ponderó las palabras de Asúrix con abierta cautela. Recordaba bien el despecho del guerrero en la última asamblea y la preocupación que Meronio se había llevado consigo cuando partió hacia Arecorata. Miró a su alrededor y comprobó consternado que un completo desorden se había adueñado del poblado. Cuando reparó en los soldados púnicos que esperaban junto a Ambato en la calle, y en el grupo que acudía con Artices, su desconcierto se transformó en ira.

—¡¿Quién ha sido el estúpido o el traidor que ha dejado entrar a esos en Cirmo en mitad de la noche?! —gritó, y, echando a Asúrix a un lado, salió al centro de la calle con los ojos llameando por los reflejos de las antorchas. Se colocó entre los dos grupos de cartagineses y extendió los brazos como si se entregara a una invocación u ofreciera un sacrificio. Permaneció inmóvil, transpirando de su cuerpo menudo y frágil una autoridad enigmática que, poco a poco, acalló a hombres y animales y disolvió el revuelo hasta que solo la voz del viento recorrió la noche.

Todos le observaron como si fueran testigos de un prodigio. Magón y sus hombres intercambiaron miradas de aprensión, con esa incomodidad que los hombres de armas sienten ante la vecindad de los dioses ajenos. Brigantio bajó al fin los brazos y habló con una remota fatiga en la voz.

—Ya basta —dijo—, la noche es demasiado azarosa como para que además nos comportemos todos como locos ruidosos. La asamblea se reunirá sin demora en la ciudadela; espero que haya una buena explicación para lo que está ocurriendo —el anciano clavó en Asúrix una mirada furibunda—. De los púnicos, solo su jefe será admitido, los demás quedarán fuera bajo la custodia del turno de guardia. Quienes no formáis parte de la asamblea volved a vuestros hogares y esperad allí las noticias. Si a alguno se le ocurre curiosear desde la muralla o causar alboroto, conocerá mi cólera.

Todos se apresuraron a cumplir las órdenes y el recinto al pie del torreón no tardó en colmarse de guerreros que escrutaban a Magón y cruzaban comentarios en voz baja, la mayor parte de ellos apenas armados con espadas o cuchillos. Los hombres de Asúrix se repartieron por los extremos peor iluminados para pasar inadvertidos y controlar los accesos al recinto y al torreón, procurando mantener a quienes portaban antorchas alejados de la muralla. Los hombres abrieron un círculo en el centro y alguien clavó en el suelo un hachón encendido para evitar el mal augurio de que los ólcades no tuvieran un fuego para iluminar sus palabras.

—Sentaos —dijo Brigantio, colocándose de pie junto a la antorcha. Magón quedó un paso detrás de él, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión de adusta arrogancia en el rostro tostado—. Tú no, Asúrix —continuó el anciano al ver que el guerrero titubeaba—; como responsable de la guardia de esta noche, debes explicarnos por qué has dejado entrar a gente armada en el pueblo sin consultarme primero. Sabes bien que has quebrado las reglas y mereces un castigo si no cuentas con un motivo que nos convenza.

Asúrix inspiró profundamente, tirando del freno de su ira, antes de contestar.

—Los cartagineses se presentaron en la puerta del arco en la segunda hora de la guardia y pidieron ver con urgencia al jefe del poblado. Ese hombre —Asúrix señaló a Magón, quien esbozó una sonrisa desdeñosa al saberse aludido— explicó que Hélike había caído y que su general está de camino hacia Contrebia Cárbica; el propio Amílcar los había enviado a proponernos una alianza. Artices me envió recado al torreón y acudí a escuchar al púnico. Comprobé desde lo alto del baluarte que los cartagineses no eran más que un puñado y les franqueé el paso para asegurarme de que eran en efecto emisarios del Bárquida. Tras escuchar a Magón, pensé que el asunto era grave y perentorio y acudí a avisarte, pero los perros decidieron dar la alarma por su cuenta antes de tiempo. Eso es todo.

—Habrías debido informarme tan pronto como te llegó el mensaje de Artices; tu precipitación ha puesto en riesgo la seguridad del poblado. Trataremos luego de eso, sin la presencia de un extraño —Brigantio se volvió hacia Magón y le miró largamente por primera vez desde que comenzaran los acontecimientos de esa noche turbia. Observó sus suntuosas grebas de bronce, la túnica y el manto púrpuras, el pectoral musculado, los ricos adornos de oro y plata, hasta detenerse en el rostro adumbrado por el alto yelmo con la cimera de crin. Sintió en derredor del púnico un aura de crueldad que le insinuó un escalofrío, y deseó terminar cuanto antes con su presencia—. Te escuchamos, cartaginés —dijo en íbero, y su voz sonó extraña y hueca, como si otra persona hablara por su boca.

—Soy Magón, capitán de Cartago. Ya habéis escuchado que los oretanos de Hélike han sido aplastados y que nuestro ejército se dirige hacia la Carpetania; la guarnición de Akra Leuke se ha puesto también en marcha, de modo que los carpetanos se verán atrapados entre dos ejércitos. Amílcar quiere utilizar esta ruta en lugar de la carretera de la llanura para caer sobre Contrebia Cárbica por sorpresa, y está dispuesto a llegar a un acuerdo con Cirmo para tener paso franco y contar con guías que conozcan el terreno. Son muchos los celtíberos que combaten con nosotros, y desea mantener la amistad con vuestro pueblo. Si aceptáis, os permitirá tomar parte en el saqueo de la ciudad y os concederá el dominio de todo el territorio que se extiende hasta sus murallas. De lo contrario, comprobaréis que es peligroso contrariar la voluntad de nuestro general.

Los hombres de Asúrix iniciaron un rumor apreciativo que prendió entre otros muchos miembros de la asamblea. Aquellos que peor entendían el íbero pidieron explicaciones a sus vecinos y un tumulto de conversaciones se enseñoreó de la ciudadela. Brigantio trató de aprovechar la pausa para hacerse una idea cabal de la situación. Más allá del comportamiento irregular de Asúrix, su historia y la de Magón resultaban verosímiles, y una eventual resistencia de Cirmo ante el avance de Amílcar se antojaba disparatada. Pero resultaba extraño que los cartagineses hubiesen traído noticia de la caída de Hélike antes que ninguno de los grupos de guerreros del poblado que se habían dispersado por el país de los ólcades en busca de ayuda para la ciudad que ahora parecía haber sido derrotada. Al menos el grupo de Eliovices, el que se había dirigido a Belgeda en el sur, debía de haber sabido de los acontecimientos; ¿por qué no se había apresurado entonces en regresar a casa? «Por los dioses, Meronio —se dijo—, en mal momento dejaste en mis viejos hombros la carga de Cirmo». Advirtió que el silencio había vuelto a la

asamblea y que todos esperaban sus palabras. Trató de leer los rostros de los guerreros y solo en los de los más próximos a Meronio halló propósito de oponerse a la propuesta, o la amenaza, de Magón. Se sintió pequeño y cansado. Miró de nuevo al cartaginés y vio en sus ojos oscuros una sonrisa lobuna. Como si un dios le hubiera hablado al oído, supo en ese instante, sin la más mínima fracción de duda, que todo lo que había oído era mentira.

—No podrás escuchar esta noche una respuesta a esa oferta, púnico —dijo, consciente del riesgo que corría al no pedir el parecer de la asamblea, pero también de que esta se inclinaría a favor de Magón si lo hiciera—. Nuestro jefe, Meronio, anda con una partida de guerreros en el norte y debe regresar muy pronto; sabrás cuál es nuestra decisión cuando eso ocurra —cada palabra que pronunciaba le hacía aún más patente lo frágil de su posición, pero necesitaba ganar tiempo para tener de vuelta a Meronio, Ariolaco, Bitis y los demás guerreros. Un día o dos, tres a lo sumo—. Hasta entonces, tú y los tuyos seréis tratados como invitados de Cirmo.

Un griterío se alzó en la ciudadela con la última palabra del anciano. Muchos hombres se alzaron voceando airadamente su protesta, y solo unos pocos se esforzaron en respaldar la decisión de Brigantio. Sobre todas las demás voces se alzó, como un rugido colérico, la de Asúrix.

—¡Pero qué dices, viejo! ¡La asamblea tiene derecho a decidir y nadie va a impedir que lo haga!

De algún rincón del gastado cuerpo de Brigantio brotó un grito poderoso y feroz que hizo callar a todos.

—¡¡Silencio!! ¡¡Si alguien pretende que Cirmo se entregue en brazos de Amílcar y abandone a su suerte a quienes esta misma asamblea ha enviado a recorrer los caminos, deberá matarme a mí primero!!

Los guerreros se miraron pasmados por el estallido de furor de su sacerdote y quedaron sin saber qué hacer, azorados y contritos como niños cogidos en falta.

Entonces, sin decir una palabra, con la silenciosa agilidad de un felino, Magón sacó de su vaina una espada resplandeciente y trazó con ella un amplio arco hasta más allá del cuello del anciano. La cabeza de Brigantio saltó proyectada por el impulso del borbotón de sangre y cayó al suelo, rodando hasta detenerse junto a la antorcha clavada en la tierra. Un instante después, el cuerpo se desplomó como un fardo con un ruido sordo que hizo aún más denso el silencio. Todos contemplaron la escena con horror, llevados por el ritmo vertiginoso de los acontecimientos a una sensación de irrealidad paralizante. Al fin Seliuntas, uno de los sobrinos de Meronio, tomó su espada

con ambas manos y se abrió paso hacia Magón aullando como un oso herido; varios hombres lo siguieron, convergiendo hacia el centro de la asamblea, donde el púnico permanecía de pie con el metal ensangrentado apuntando al suelo. No llegaron a alcanzarlo. Un haz de silbidos cruzó el aire y, uno tras otro, los guerreros cayeron con flechas hundidas en sus pechos. Los demás alzaron espantados sus miradas a la muralla y vieron el camino de ronda recorrido de arqueros cartagineses apuntando sus poderosos arcos de doble curva contra ellos. Magón gritó algo en su lengua y el portón del torreón se abrió con un chirrido, dando paso a un tropel de soldados que tomaron posiciones, junto a los hombres de Asúrix, en el perímetro de la ciudadela.

Nadie más pretendió resistirse. Todos comprendieron que el destino de Cirmo había cambiado de dueños y ahora estaba en manos de Asúrix y Magón, un traidor y un extranjero. Pero ni uno solo dejó de sentir la más amarga y humillante deshonra al ser desarmado.

Mimbro sintió que los ojos se le inundaban de lágrimas y un temblor incontrolable le agitaba el cuerpo. Hundió la cara entre las manos y creyó que la muralla entera comenzaba a dar vueltas. No estaba seguro de lo que había ocurrido detrás del muro después del grito enfurecido de Brigantio, pero los sonidos que habían llegado hasta él entrecortados por las ráfagas de viento hablaban de traición y de sangre. Y había visto con una claridad aterradora cómo los arqueros extranjeros se alzaban en la muralla y descargaban una oleada de muerte sobre los suyos.

Se preguntó si habría podido evitarlo. Por muy conminatoria que hubiera sido la orden de Brigantio de permanecer en las casas, no había dudado ni por un instante que debía acudir, como de costumbre, a seguir el curso de la asamblea desde la muralla. «Nadie va a venir aquí después a contar lo que ocurre —había dicho a su madre cuando esta trató de impedir que saliera—, y puede que la vida de Gerión y la del oretano estén en peligro». Había trepado al tejado de su casa tan pronto como se cerró la puerta de la ciudadela y de él había saltado al camino de ronda, avanzando con un sigilo auxiliado por el fragor del viento.

Le faltarían no más de veinte pasos para alcanzar la intersección con el muro que cerraba el extremo del poblado cuando creyó distinguir frente a él una forma oscura tendida en el camino. Le pareció sumamente extraño, pero había sido tal el énfasis con que Brigantio había tratado de alejar a los curiosos, que creyó posible que el anciano hubiese colocado a algún guerrero para atrapar a los transgresores. De modo que quedó inmóvil, conteniendo el

aliento para atrapar las palabras que el viento traía o llevaba caprichosamente, y utilizó su imaginación infantil para rellenar los huecos que se abrían entre ellas. No pudo comprender bien el primer parlamento de Asúrix ni el del púnico, pero un oscuro temor fue creciendo en él hasta que el tumulto final le golpeó como un mazazo. Cada una de las palabras finales de Brigantio se le habían grabado en la memoria y los huesos, y estaba seguro de que las recordaría con un estremecimiento hasta el final de su vida. «¡¡Silencio!! ¡¡Si alguien pretende que Cirmo se entregue en brazos de Amílcar y abandone a su suerte a quienes esta misma asamblea ha enviado a recorrer los caminos, deberá matarme a mí primero!!».

Instantes después, la forma oscura del camino se había convertido en un arquero enemigo, y la noche disolvió sus contornos en los de una pesadilla.

Desde el extremo opuesto del pueblo le llegó un sonido rítmico sobreponiéndose al jadeo violento del viento; volvió su atención hacia él, tratando de ignorar todo lo demás para detener la rápida espiral que le conducía hacia el pánico. Comprendió en seguida que era el paso de muchos hombres corriendo por la calle enlosada; distinguió voces amortiguadas hablando en alguna lengua desconocida y líquida. «Ahí llegan». Entrevió túnicas rojas y coseletes metálicos, grebas y yelmos, escudos broncíneos. Supo que eran cartagineses por su parecido con aquellos hombres morenos que había contemplado con asombro infantil junto a Asúrix y Ambato, tras abrirse camino entre el gentío de curiosos agolpado en la estrechez de la calle frente a la casa de Brigantio.

Vio cómo a los soldados púnicos se unían los ólcades del turno de guardia y comenzaban unos y otros a irrumpir primero en los patios y después en las casas, hundiendo a patadas las frágiles puertas de junco y tabla, acallando a filo de espada los ladridos de los perros. Escuchó un lamento hecho de sorpresa y pavor alzarse lento de las entrañas de Cirmo, y en un estallido de odio púrpura que le nubló la vista comprendió la magnitud del desastre que se había abatido sobre su pueblo. Murmuró con una rabia estremecida palabras oídas a sus mayores: «Te maldigo, Asúrix, traidor, que Epona consuma para siempre tu espíritu y tu simiente», y recordó de pronto a su madre y su hermana, enfrentándose solas a la violencia de los intrusos, y a su hermano Gerión, lejos ahora que era tan preciso, y lloró la amargura de saberse niño, inerme y confuso.

Una idea se abrió paso poco a poco en su desolación. Gerión, Argantio y los demás debían de haber iniciado ya el regreso a Cirmo, pronto cumpliría el plazo que se habían marcado para llevar a cabo su misión. Ignorantes de que

el poblado había caído en manos de Asúrix y los cartagineses, serían emboscados en el camino o capturados tan pronto como cruzaran la puerta de la muralla…

Le sacudió un escalofrío de vértigo y urgencia.

Supo lo que tenía que hacer.

Buscó con la mirada el tejado de su casa y dirigió una plegaria a los dioses para que cuidasen de su madre y su hermana. Miró después al frente y vio que los arqueros seguían pendientes de lo que ocurría en el interior de la ciudadela. Se arrastró hacia el parapeto que prolongaba en toda su longitud el rostro de la muralla e, incorporándose, pasó sobre él y comenzó a descender por la pared desnuda, buscando cuidadosamente puntos de apoyo en la oscuridad, hasta que pudo alcanzar el suelo. Se sintió a salvo y, sin volver la vista atrás, echó a correr ladera abajo, con el corazón saliéndosele del pecho.

El viento amainó de súbito. El ruido de los pasos crepitó en la noche.

Uno de los arqueros se asomó al parapeto.

TERCERA PARTE

LA LÁMINA DE PLOMO

CAPÍTULO XII

—¡POR todos los dioses, Arecorata, ya era hora!

El vozarrón de Nisandro hizo sonreír a todos, impacientes ya por alcanzar su destino después de casi tres días cabalgando los ásperos caminos de la Celtiberia.

—¡Creo que el perfume de los asados ya llega a mis narices! —exclamó Tesindro, olfateando como una liebre el aire templado de la tarde—, ¡apresurémonos no sea que se nos pase la hora de la cena!

Avivaron el paso para alcanzar el altozano donde les esperaba Nisandro, urgiéndolos con gestos y voces. El hombre había ocupado la vanguardia desde el breve alto que hicieron, antes del mediodía, al pie de la aldea de Orices, donde un destacamento de guerreros de Arecorata controlaba el paso a la pista que, apartándose del camino de Ercavica, conducía a su ciudad. Orices había sido fundada por Arecorata sobre un poderoso risco en la confluencia del Sucro con un pequeño río de montaña que descendía del este, y servía de frontera al territorio controlado de forma directa por la ciudad. Más allá, el camino y el curso del Sucro se disputaban durante algún trecho el angosto espacio del fondo de un valle encajonado entre paredones calizos, de modo que el destacamento de Orices constituía un punto de control que nadie que quisiera alcanzar Arecorata desde el sur podía evitar. Los hombres del puesto habían reconocido a Meronio, un jefe de renombre entre los ólcades a pesar de la exigua dimensión de su poblado, y habían franqueado el paso al grupo cambiando bromas de bienvenida y mirando con curiosidad el atuendo íbero de Argantio. «Daos prisa si no queréis encontrar cerradas las puertas de Arecorata», advirtieron a los viajeros, y Nisandro decidió que la perspectiva de una buena cena y una noche bajo techo bien valía un último esfuerzo. Durante horas dirigió al grupo adentrándose, una vez superada la garganta de Orices, por un ancho valle limitado por dos sierras bajas de colinas calcáreas en las qué solo el color amarillo vivo de las aulagas en flor rompía la monotonía del gris de la piedra y el verde oscuro de las sabinas. El espacio entre ambas aparecía denso de pinos negrales y robles melojos, de choperas, prados y caseríos, de huertos y campos arados con la tierra rojiza vibrante de trigo tierno y agua reciente. A todas luces el valle era el granero de Arecorata,

el fértil alfoz que había permitido a la ciudad ganar con gran rapidez poder y población.

Gerión sintió una oleada de impaciencia: por fin iba a conocer la más célebre y poderosa ciudad de los ólcades. Trató de imaginarla reconstruyendo el borroso recuerdo de su única visita a Ercavica, hacía ya seis años, cuando acompañó a su padre al mercado anual de ganado que había hecho famosa a la localidad. De pronto el que había sido su mundo le pareció insoportablemente estrecho, y una vez más se regocijó por el encuentro con Argantio, un golpe de suerte que le había cambiado la vida. Miró al oretano, que cabalgaba a su lado, y sonrió al traer a la memoria los dos días de viaje junto a él y al resto del grupo. Habían hablado sin descanso, Gerión interrogando a Argantio con la infinita curiosidad de su edad, este empeñado en conocer hasta el último detalle de las creencias y costumbres de los ólcades. El joven guerrero había escuchado fascinado las anécdotas y saberes de la extensa vida de su amigo, le había ayudado a enterrar a sus muertos junto al cruce de caminos, había recibido con gratitud su ayuda paciente y bienhumorada para comenzar a moverse con alguna soltura en los vericuetos del idioma íbero. Ocurriéndosele de pronto que el oretano debía tener más o menos la edad con que habría contado su padre de no haber muerto, Gerión apremió con los talones a *Turmo* y alcanzó a Nisandro tras un breve galope.

Dejó escapar un silbido de admiración. Desde el altozano se veía cómo el valle se ensanchaba, dando paso a una llanura cubierta con un mosaico de cultivos y dehesas cruzado de caminos por los que se alejaban cansinos rebaños de ovejas y campesinos con sus aperos al hombro. La tarde comenzaba a deshacerse en una bruma delgada y quieta que parecía exhalada por la propia tierra; de ella brotaba también, en la distancia, un ancho promontorio de roca sobre el que se erguían, erizadas de torreones y contrafuertes, las murallas de Arecorata. «Por Epona —pensó—, al lado de esto Cirmo parece un villorrio miserable».

—¿Qué me dices, Gerión? —preguntó Tesindro al llegar junto a él, dándole una vigorosa palmada en la espalda—. Imponentes, ¿eh? Y si las murallas te parecen dignas de admiración, verás como dentro de ellas hay… digamos atractivos que lo son mucho más. Dado que el bueno de tu padre hace años que marchó a las moradas de los dioses, creo que será responsabilidad de tu tío Tesindro guiar tus pasos por el dulce pero peligroso mundo de la holganza de los guerreros ólcades en una gran ciudad como Arecorata. Comprenderás que las costumbres de Cirmo pueden resultar aquí demasiado rústicas…

—Tesindro —contestó Gerión con gravedad—, sin duda puedes ser para mí un ejemplo a seguir en no pocas materias, pero permíteme que no incluya entre ellas la finura en los modales.

Todos rieron, y el resto del camino fue ya un intercambio de chanzas en las que al humor grueso de Tesindro, Nisandro y Baulio se oponía sin desfallecer el ingenio afilado y mordaz de Gerión. Argantio seguía el toma y daca con una media sonrisa mientras concentraba su atención en la ciudad cada vez más próxima. Su ubicación era realmente privilegiada. Ocupaba en su totalidad un extenso risco que limitaba hacia el norte el valle del Sucro en el punto en que este giraba buscando el levante, adentrándose en profundos cortados por la serranía, de modo que a ojos de los viajeros parecía una formidable muralla geológica cerrando el fondo del valle. En su extremo sur el promontorio moría abruptamente en un vertiginoso abismo cortado por la paciencia del río; del otro lado un solitario peñasco de piedra erosionada en fantásticas formas semejaba un torreón extraviado de la línea de la ciudad. Argantio contempló admirado la robustez y complejidad de las murallas, muy reforzadas y ampliadas desde la última vez que visitara Arecorata, hacía más de una década. «Han aprovechado el tiempo estos ólcades —pensó—; la ciudad parece más grande y mejor protegida que nunca. Muros avanzados, torreones con poternas para las salidas…, se diría que algún poliorceta griego se ha dejado caer por aquí últimamente». Paseó la mirada por las innumerables columnas de humo que comenzaban a elevarse hacia el cielo atardeciente y trató de estimar la población de la ciudad. «La superficie amurallada debe de rondar las doscientas áreas —calculó— y parece atestada de gente. Diez mil habitantes como mínimo, tal vez quince mil; entre tres y cuatro mil hombres en edad de portar armas». Contuvo en el pecho una tremolina de esperanza.

Poco después, cuando ya Arecorata se alzaba sobre ellos, el camino comenzó a ascender cortando en diagonal la ladera para alcanzar el extremo norte del promontorio, donde se encontraba la puerta principal de la ciudad, flanqueada por dos grandes torres cuadrangulares que avanzaban formando un pasillo de la anchura de un carro que por fuerza debían atravesar los visitantes. A ambos lados se extendía la muralla, a cuyos pies la ladera pedregosa había sido ocupada con largos corralones delimitados por muretes de piedra, en los que en ese momento los pastores recogían los rebaños con gran alboroto de gritos y balidos. Por debajo de los corrales, en las zonas de menor pendiente, grandes piedras habían sido hincadas verticalmente en el suelo, a todas luces para servir de obstáculo a los ataques.

La puerta estaba custodiada por dos imponentes guerreros que los miraron con curiosidad al acercarse; Arecorata no era tan grande como para que pasara inadvertido un grupo de visitantes, en especial si había un íbero entre ellos. Uno de los guardianes salió al paso de los recién llegados y se llevó a la *falera* que le protegía el pecho un brazo cubierto de brazaletes de bronce.

—Sed bienvenidos a Arecorata, hermanos ólcades… —El hombre se interrumpió y miró fijamente a Meronio—. ¿No eres tú el jefe de Cirmo?

—El mismo —respondió Meronio, devolviendo el saludo.

—Yo soy Velauno. Habéis llegado justo a tiempo, no tardaremos en cerrar las puertas. Si traéis téseras ya sabréis adónde ir; de lo contrario, marchad a la sala del Consejo, allá os buscarán un lugar para dormir.

—¡Claro que traemos téseras, muchacho! —exclamó Tesindro desde atrás, incapaz de mantenerse callado—, somos ólcades, no vagabundos. Kintortes y Jamecio aullarán de alegría cuando nos vean.

—Pasaré por alto lo de muchacho —repuso Velauno—, pero si esa es tu forma de presentarte, no me extrañaría que te cerraran la puerta en las narices. Además, veo que hay un extranjero entre vosotros.

—Es un oretano amigo —se apresuró a explicar Meronio, ordenando a Tesindro con un gesto que se guardara la respuesta—, se llama Argantio y viene de Hélike. Yo respondo por él.

—¡De Hélike, ni más ni menos! El jefe Buntalos tendrá mucho interés en hablar con vosotros si traéis noticias frescas sobre la guerra; se dice que el ejército cartaginés anda ya de correría por el norte de la Oretania… —Velauno hizo una pausa para dar pie a alguna explicación, pero ninguno de los viajeros abrió la boca—. En fin, supongo que lo que os haya traído aquí lo reservaréis para oídos más importantes que los míos. Ahora entrad de una vez si no queréis pasar la noche con los pastores en los corrales, y ponedme al corriente de todo cuando haya ocasión.

Meronio asintió y entró en la ciudad seguido por sus compañeros. Arecorata los recibió con una escena de intenso ajetreo. Frente a ellos daba comienzo una ancha calle enlosada que parecía servir de eje central a la ciudad; a ambos lados se desparramaba un dédalo de casas de piedra y adobe con tejados de paja, por el que se abrían paso estrechas callejas. Frente a las puertas se ofrecían cestos de frutas y hortalizas, vasijas, cuencos y morteros de barro cocido teñido de almagre, espadas, bocados de caballo, fíbulas y herramientas agrícolas de hierro o bronce; un gentío iba y venía llenando con el rumor de conversaciones sin número el aire tibio del anochecer: unos observaban las mercancías y regateaban su precio u ofrecían trueques a los

comerciantes, otros se afanaban alrededor de un telar o un torno, los más se entretenían con algún amigo, aún con los aperos al hombro, disfrutando de un breve momento de ocio antes de regresar a casa y dar por terminada la jornada.

Gerión se quedó pasmado. Si ya las murallas colmadas de torres le habían parecido extraordinarias, aquel bullicio le cautivó por completo. Caminó junto a sus compañeros escuchando las conversaciones al paso, observando los rostros, las ropas de variedad inimaginable, asimilando en silencio el súbito cambio de dimensión que de pronto había experimentado el mundo a sus ojos. La voz de Argantio le sacó de su ensimismamiento.

—Imagino cómo te sientes, Gerión. Cirmo es un hermoso lugar, pero es difícil comprender desde él lo numerosos y diversos que son los pueblos de los hombres. Y todavía has conocido poca cosa. Yo he visto con mis propios ojos la Gádir de los fenicios, próspera y luminosa junto a su mar resplandeciente, con templos de todos los dioses y gentes de todas las razas, y créeme que Arecorata o Hélike no son nada junto a ella. Y aun dicen los mercaderes que nada es Gádir al lado de Cartago o de la noble Roma, de Alejandría junto al gran río o de Atenas la legendaria. —Argantio suspiró y se encogió de hombros—. Quién sabe qué otras maravillas existirán de las que ni siquiera hemos oído hablar.

—No sé por qué te atraen tanto esas ciudades lejanas, Argantio —se entrometió Tesindro, que caminaba un paso por delante de ellos—. ¿Es que no puedes encontrar en tu propia casa todo lo que necesitas para estar satisfecho de la vida que llevas? Mira, nosotros somos ólcades y nos gustan nuestros montes, nuestras partidas de caza y criar a nuestros hijos. Nos gusta honrar a nuestras mujeres y a nuestros dioses, y comer y beber cuando se puede. Y también pelear, claro, sobre todo con esos malditos carpetanos de Contrebia Cárbica, pero con la condición de que no sea demasiado lejos del techo y la cama de uno. Solo los muertos de hambre se enrolan en ejércitos extranjeros para jugarse la vida por un reyezuelo turdetano o un general púnico… Mira, ya estamos llegando a casa de Kintortes.

Tesindro giró a la izquierda, saliendo de la calle principal, y avanzó por un callejón que los condujo a una plazuela cuadrangular con un horno de alfarero en cada esquina y un pozo en el centro; por todas partes se veían vasijas recién torneadas, pilas de ripios de arcilla y montones de leña. Un grupo de niños se entretenía atemorizando a media docena de gallinas, persiguiéndolas y lanzando aullidos, hasta que uno de ellos se detuvo en seco al ver a los recién llegados.

—¡Padre —gritó—, viene gente extraña!

Un momento después, en el umbral del portalón de la que parecía ser la casa principal, apareció un hombre alto y enjuto, con larga coleta y una poblada barba de color rojo violento. Vestía tan solo un mandil de cuero y calzas de lana, y llevaba las manos cubiertas de arcilla húmeda. Era notorio que el aviso del niño le había apartado de su tarea, y parecía irritado por ello.

—¿Quién…?, ¡por todos los dioses, pero si es el bribón de Tesindro!

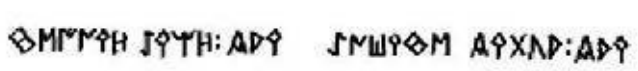
Sin esperar respuesta, el hombre se dio la vuelta y entró de nuevo en la casa. No tardó en volver, llevando en la mano un pequeño objeto de bronce con forma de U, con letras grabadas en una de sus caras.

—Tesindro de Cirmo —dijo, deteniéndose frente al grupo con expresión inescrutable—. Si los dioses no se han apiadado de mí y una vez más vienes a abusar de mi hospitalidad, a vaciar mi bodega y diezmar mis corrales, más vale que traigas tu parte…

Tesindro colocó en el suelo el hatillo que llevaba a la espalda y, tras hurgar en él unos instantes, extrajo una pieza similar a la que le mostraba el hombre.

—Kintortes de Arecorata, no es tu vino aguado ni las famélicas ovejas de tu corral lo que me invita a venir a verte de vez en cuando, sino la exquisita cortesía de tus recibimientos.

Ante la mirada sorprendida y expectante de los demás, los dos hombres unieron las dos piezas de la tésera, que encajaron con una precisión extraordinaria formando un texto:



Tesindro Cirmo: Car Kintortes Arecorata: Car.

«Tesindro de la ciudad de Cirmo, Kintortes de la ciudad de Arecorata». La expresión tradicional de hospitalidad entre los celtíberos. Entonces ambos comenzaron a reír ruidosamente, dándose grandes palmadas en la espalda y alzando grandes voces.

—¡Me alegro de verte, viejo amigo!

—¡Y yo a ti, Tesindro! Y… ¿quiénes son todos estos?

—Una historia muy emocionante. Solo con ella, casi casi os habéis ganado la cena.

Kintortes se incorporó y comenzó a pasear en torno a la mesa baja en la que se amontonaban, junto a una crátera de vino, los huesos pelados del

cordero que acababan de comer. A su alrededor, en los bancos corridos que ocupaban los dos laterales más largos de la estancia, se agolpaban su mujer Licites y sus dos hijos mayores, Teitabas y Turibas, Jamecio, a quien había enviado aviso para que viniera al encuentro de su amigo Nisandro, y los visitantes de Cirmo. Enarcó las cejas y cruzó las manos en la espalda, ponderando la narración que acababan de escuchar de boca de Meronio, con frecuentes interrupciones de todos los demás.

—Pero por Luc que las que traéis no son buenas noticias. Desde hace semanas llegan a la ciudad informes cada vez más alarmantes sobre los movimientos de Amílcar, incluyendo el asedio a Hélike, pero eso está demasiado lejos de nosotros como para habernos inquietado gravemente hasta ahora. Por supuesto, se han tomado algunas precauciones: el jefe Buntalos ha reforzado la vigilancia en los caminos y ha enviado una patrulla a Belgeda para controlar desde allí la llanura del sur; ahora me explico por qué no hemos sabido de ella desde entonces. Eso es lo más preocupante. Belgeda fue fundada por familias de Arecorata hace cuatro generaciones y es tributaria nuestra, de modo que una alianza suya con los cartagineses equivale a una declaración de guerra. Está claro que esos perros han decidido terminar los viejos vínculos y quieren contar con el apoyo del Bárquida para hacernos frente.

—A nadie debería sorprenderle mucho —apuntó Jamecio, torciendo la boca en gesto de desprecio. El amigo de Nisandro, propietario de un gran rebaño de bueyes que a menudo había pastoreado la familia de este, era un hombre bajo y robusto, con el cabello del color de la paja vieja y la barba cuidadosamente recortada, y una prodigiosa barriga como público testimonio de su estilo de vida, más inclinado al vino y los asados que a las asperezas del páramo ólcade—. El año pasado eligieron a un nuevo jefe, un tal Cambaro, de quien se dice que por tener sangre turboleta guarda rencor a la gente de Arecorata. En tiempos de nuestros padres —explicó Jamecio al ver la expresión interrogante de Argantio—, Arecorata y Turba se enfrentaron en una gran guerra que dejó a los turboletas sin buena parte de su territorio. El caso es que, instigados por Cambaro, los belgedetas se inventaron todo tipo de excusas para evitar pagar el tributo, hasta que Buntalos les amenazó con ir a buscarlo él mismo. Más de una tésera entre las dos ciudades se ha deshecho en los últimos tiempos.

—Entonces todo encaja… —comenzó a decir Meronio, pero se interrumpió al escuchar un súbito alboroto más allá del vano de la puerta. Una voz estentórea llegó retumbando hasta ellos.

—¡Por todos los dioses, huele a gloria! Nadie prepara como Licines el asado de cordero con hierbas del páramo. ¡Kintortes, ingrato!, ¿es que no pensabas invitarme? ¿Dónde te has metido?

Antes de que nadie pudiera reaccionar, un guerrero entró en la estancia seguido por Velauno, el guardia que había saludado en la puerta de la ciudad a los viajeros de Cirmo. Un tropel de niños observaba la escena desde más atrás. El guerrero puso los brazos en jarras y miró a su alrededor.

—¡Vaya, qué de gente, parece que estaba a punto de perderme una fiesta en toda regla!

Más que un hombre, parecía un oso. Superaba con holgura los dos pasos[12] de altura y la abundancia de torques, brazaletes y discos pectorales no conseguía ocultar una musculatura formidable que parecía forjada en el yunque de los años —no tendría menos de cuarenta y cinco—; el rostro era igualmente poderoso, con cejas y nariz prominentes enmarcando unos ojos grises rodeados de arrugas y cicatrices; la melena y la barba, de color castaño con reflejos cenicientos, caían sobre el pecho y la espalda en largas trenzas rematadas con anillos de plata. Vestía una túnica roja, un cinturón de placas de bronce decoradas con figuras estilizadas de caballos y un manto de color azul oscuro sujeto en el hombro con una hermosa fíbula que representaba un carro de guerra. Del cinturón colgaba un tahalí con una gran espada en su funda de cuero.

Kintortes palideció.

—Pero… ¡Buntalos!

—Sí, tu jefe Buntalos. Se supone que cuentas con mi protección, así que tengo derecho a esperar que me invites si hay diversión. Y aprende de este joven… Velauno, le faltó tiempo para avisarme de que había llegado un inusual grupo de visitantes a la ciudad.

Kintortes balbuceó sin acertar a dar con una respuesta.

—Me parece que el vino está empezando a oscurecerte el pensamiento —dijo Buntalos con voz de trueno, y dio una palmada en la espalda del alfarero que hizo a este tambalearse—. A ver, hacedme sitio y que alguien me traiga algo de comer.

Buntalos se encaminó hacia el banco donde se sentaban los hijos de Kintortes y se acomodó en el hueco que estos se apresuraron a abrirle entre ellos. Al punto Licines volvió con una crátera de vino, una torta de pan y una pierna de cordero que había apartado para el día siguiente. El jefe de Arecorata bebió largamente bajo la atenta mirada de todos los presentes.

—¿Y bien? —dijo al fin, pasándose satisfecho el dorso de la mano por los labios—, ¿quiere alguien contarme quiénes son nuestros invitados y qué está pasando?

Uno tras otro todos los viajeros se presentaron al jefe, haciéndolo Argantio en último lugar. Buntalos lo miró de arriba abajo.

—Un hombre principal de Hélike, de nadie tendría más interés en escuchar noticias. Además… —añadió con expresión dubitativa—, tu cara me resulta familiar. Diría que ya has disfrutado antes de la hospitalidad de Arecorata.

Argantio asintió de forma ambigua y volvió a su lugar en el banco. Después, mientras Buntalos daba cuenta con parsimonia del vino y el cordero, entre las paredes de adobe encalado volvió a escucharse el relato de la derrota de los mercenarios celtíberos de Istolacio e Indortes ante los muros de Carmo, la caída de Kástulo y el sitio de Hélike, la expedición de Argantio y la aparición de Gerión, el debate en la asamblea de los guerreros de Cirmo y lo resuelto en ella. Hubo no pocos añadidos al calor de la imaginación y el sentido heroico de los narradores espontáneos, incluidos los anfitriones de Arecorata, que no dejaron de interrumpir a Merodio y Argantio, y este sonrió al pensar que la historia que pronto correría por plazas y caminos poco tendría que ver con la que había tenido lugar. «Más entusiastas que corteses, estos celtíberos», se dijo. Al cabo el relato concluyó con la llegada de sus protagonistas ante las murallas de la ciudad y todos quedaron en silencio esperando la reacción de Buntalos.

Disfrutando del efecto dramático, el jefe terminó de roer a conciencia la pierna de cordero y bebió sin respirar un cuenco de vino.

—Una buena historia —sentenció, paseando satisfecho la mirada por la estancia—, una de las mejores que he oído. Y un cordero insuperable —añadió guiñando un ojo en dirección a Licines—; decididamente me tienes que invitar a cenar más a menudo, Kintortes. Claro que muchas cosas ya las sabía: hoy en día son muchos los caminos que pasan por Arecorata, aunque no siempre sea fácil distinguir la verdad de la mentira. Pero, dejando a un lado las fantasías que el vino ha inspirado en algunas cabezas huecas, parece que todo tiene sentido. Hace días que llegaron las primeras noticias del sitio de Hélike, y aun antes indicios de que Belgeda estaba fraguando su traición. No habéis hecho sino confirmar la sospecha. ¡Perros de Belgeda! —rugió, agitando airado un puño grande como un adobe—, ¡pronto lamentarán haberse puesto en manos de ese hijo de rata de Cambaro!

»Pero no es ese el único dolor que vuestro relato me ha causado —añadió, pasando sin transición de la ira al abatimiento—. Pocos ignoran en Arecorata la muerte de Istolacio e Indortes, después de que centenares de viajeros los vieran durante semanas pudriéndose en sus cruces, junto al camino de Gádir, pero todos creímos que cayeron en combate limpio, honorable a los ojos de los dioses, y que hasta ellos fueron llevados sus cuerpos por los buitres. Y ahora este oretano viene a decirnos que fueron engañados por el púnico y abandonados por sus hombres, que el mismísimo Amílcar les arrancó los ojos y la lengua antes de dejarlos morir poco a poco, como desertores. ¡Maldito seas, Bárquida, que tu espíritu se encuentre con Luc cuando te llegue la hora! —Buntalos escupió en el suelo pavimentado con guijarros y miró a Argantio con una sombra de pesar en los ojos grises—. Supongo que sabes, oretano, que los dos hermanos que dirigieron la defensa de la Turdetania eran hijos de Arecorata, casi todos aquí teníamos alguna relación con ellos o su familia. También yo: los muchachos eran hijos de una prima lejana de Licines, ambos me habían jurado fidelidad y recibieron mi autorización para marchar al Betis y demostrar allí su valía como guerreros ólcades. Y no pocos de nuestros jóvenes fueron con ellos, embriagados por las promesas de gloria y de riqueza que les hizo ese lusón del norte, Tilego, enviado como emisario por los turdetanos. Pobres chicos.

Todos los presentes adoptaron una actitud circunspecta en señal de respeto.

—La afrenta a Istolacio e Indortes lo es para toda la ciudad de Arecorata, pero tal vez haya otras formas de hacerla pagar que levantar un ejército para ir a la guerra —continuó Buntalos—. Podría desafiar a Amílcar a un combate singular, como en los viejos tiempos.

—Con tu permiso, jefe Buntalos —dijo con suavidad Argantio—, Amílcar jamás aceptaría algo así. Es ya casi un anciano y sabe bien que la fuerza de su ejército es mucho mayor que la de su brazo. Puede que las cosas fueran distintas con el joven Aníbal, en quien dicen que la fogosidad corre pareja a la habilidad con el hierro, pero puedes dar por seguro que su padre no le permitirá ninguna aventura. Si quieres hacer pagar al Bárquida lo que hizo a los tuyos y retornar a Belgeda a la autoridad de Arecorata, ahora tienes la oportunidad de hacerlo junto a Hélike y los celtíberos de Tilego; también entre ellos hay muchos ólcades, y arevacos, titos, belos y pelendones, que esperan la oportunidad de vengarse por la humillación en los campos de Carmo. Tu corazón sabe que el púnico no permitirá que Arecorata

permanezca neutral en una guerra que para él no tiene otros límites que los de Ispania.

Buntalos ponderó en silencio las palabras de Argantio.

—Y…, ¿qué hay de Cirmo, amigo Meronio? —dijo al fin, cambiando de interlocutor—, ¿cómo es que tu poblado, audaz pero parco en guerreros, se ha resuelto a plantar cara a todos los ejércitos de Cartago? ¿Habéis abusado de la *kelia*, o es que este extranjero os ha embrujado con algún sortilegio íbero?

Meronio se encogió de hombros.

—Creo que ya conoces la respuesta, jefe Buntalos; ha sido la voluntad de los dioses, no la mía, la que trajo al oretano hasta Cirmo y no a cualquier otro lugar. Desde hace generaciones los nuestros han vivido en estas tierras, combatiendo a nuestros vecinos unas veces y comerciando en paz con ellos muchas otras, pero nunca un pueblo ha sido exterminado o dominado completamente por otro. Es como si supiéramos dónde está el límite más allá del cual nuestro mundo dejaría de ser como lo conocemos. Y no me cabe duda de que si Amílcar dirige su avidez hacia la Celtiberia, ese límite saltará en pedazos. No quiero que los míos se conviertan en esclavos de Cartago.

—¡Bien dicho, Meronio! —exclamó Buntalos con aire satisfecho—, siempre te he tenido por un hombre valiente, y ahora descubro que además sabes encender los corazones. No dejes de hospedarte en mi casa en tu próxima visita a Arecorata.

Todos guardaron silencio mientras el jefe se demoraba en continuar hablando. Gerión a duras penas podía contener su impaciencia, y esperaba las palabras del hombre como un veredicto que había de marcarle rumbo al destino. Miró de reojo a sus compañeros y en todos los rostros leyó la misma expectación tranquila de los guerreros veteranos, de aquellos que saben bien que no está el destino en la voluntad de los capitanes, sino en el capricho de los dioses. Al fin, Buntalos se golpeó vigorosamente los muslos con las palmas de las manos y se irguió arrancando tintineos de sus torques.

—Mi corazón me dice que nos ha tocado vivir un tiempo que ha de cambiarlo todo, un tiempo en el que ningún pueblo podrá quedar a salvo de sus enemigos escondiéndose en los montes. Esta es una guerra que no pasará de largo. Vuestra petición no hace sino precipitar una decisión que pronto sería inexorable. De modo que ¡sea! —rugió, y una batahola de alborozo se adueñó de la sala. Solo Argantio mantuvo una compostura que lo hizo parecer más regio y extranjero que nunca. Buntalos sonrió con ferocidad y dejó que poco a poco volviera el silencio—. Mañana mismo convocaré al Consejo y le pediré su aprobación formal; Meronio y Argantio acudirán en representación

de sus ciudades para presentar la petición de auxilio. Supongo que encontraremos oposición en alguno de los ancianos, pero podéis ir dando por cierto que Arecorata estará de vuestro lado.

—Podrías llevar también a Tesindro, jefe Buntalos —exclamó Kintortes —, para que el Consejo vea lo que un tiempo demasiado largo de paz y molicie puede hacer de un ólcade.

Todos rieron. Argantio, como tantas otras veces en esos días, se sintió de pronto al margen de los demás. Para él la guerra podía ser un deber o una necesidad, un precio a pagar por la prosperidad y el poder, incluso un medio para mantener activos a los jóvenes más ardorosos. Pero nunca una fiesta.

El día siguiente fue para Gerión una experiencia memorable. En compañía de Kintortes, Jamecio y Velauno, el grupo se lanzó a recorrer el laberinto de callejuelas de Arecorata, y si ya la tarde anterior, a su llegada, habían sido objeto de la curiosidad general, una vez los niños de la plazuela de los alfareros corrieron la voz de lo que había ocurrido en casa de Kintortes, toda la ciudad se echó a la calle para conocer y agasajar a los visitantes. Gerión se sintió como un guerrero legendario, rodeado de un enjambre de chiquillos ruidosos que lo miraban pasmados de admiración y le pedían una y otra vez que relatara su encuentro con los cartagineses en el cruce de caminos. «Cuidado con el engreimiento, Gerión —le dijo Argantio al oído en el preciso momento en que el orgullo empezaba a desbordarse en su pecho—: la adulación arruina el corazón de los hombres aún con más rapidez que la avaricia».

Por deseo expreso de Buntalos, visitaron los frutos más recientes de la vibrante pujanza de Arecorata: una amplia zona de almacenamiento de grano con grandes silos laboriosamente excavados en la roca viva; el soberbio edificio del Consejo, capaz de albergar a un centenar de hombres; la última ampliación del barrio de los artesanos, con media docena de telares de lana y lino. Argantio mostró curiosidad por la figura de un gallo tallado en el dintel de cada uno de los talleres.

—Representa a Luc, dios tutelar de los comerciantes y artesanos —explicó Velauno—. A él ha sido consagrado el barrio.

El propio Buntalos les acompañó en la parte culminante de la visita. En el extremo sureste de la ciudad, allí donde la muralla parecía a punto de despeñarse por el barranco del Sucro, separada del resto de la ciudad por un robusto muro de piedra y un portón forrado de bronce, se encontraba la nueva ceca de Arecorata. Dentro del recinto un gran número de artesanos

metalúrgicos se afanaban alimentando de leña de encina los hornos de fundición, accionando los fuelles, retirando carretas de escoria, vertiendo el metal líquido en moldes de arcilla. De ellos salían relucientes láminas de plata y de cobre que se cortaban después en discos de diversos tamaños; al metal aún caliente se aplicaban cuñas de madera para grabar en ambas caras los motivos de las monedas.

—Contemplad la más poderosa de las armas de Arecorata —proclamó con solemnidad Buntalos, sudoroso y con los ojos enrojecidos por los agrios humos que escapaban de los hornos—. Un puñado de estas somete más voluntades que las grandes palabras de los heraldos, por mucha piel de lobo con que se cubran.

«¿Piel de lobo?», se interrogó Argantio, e hizo un gesto de extrañeza a Gerión, que se encontraba a su lado. «La piel de lobo es el atributo de Cernunnos, el mensajero de los dioses —le cuchicheó el joven—; los heraldos de los celtíberos se cubren con ella para hacerse inviolables cuando viajan a un territorio enemigo». Argantio asintió, preguntándose cuándo acabaría de conocer las sorprendentes costumbres de sus anfitriones, mientras Buntalos tomaba unos cuantos ases de plata de un montón recién acuñado y entregaba uno a cada visitante.

—Para que deis fe de la generosidad con que Arecorata trata a sus amigos —dijo satisfecho el jefe ólcade— y de los recursos con que cuenta para hacer frente a sus enemigos.

Todos agradecieron el obsequio llevándose la mano al pecho e inclinando la cabeza. Argantio examinó los motivos grabados en ambas caras: un jinete con una lanza y la leyenda «Arecorata» en el anverso, una cabeza barbada y una espiga en el reverso. Sonrió al reconocer el perfil de Amílcar; obviamente, los orfebres ólcades habían copiado un modelo púnico, tal vez ignorantes de que reproducían el rostro de quien la noche anterior se había convertido en su enemigo.

Tras almorzar en el torreón de la guardia que dominaba el recinto, emplearon la tarde en una larga caminata hasta el santuario principal de los dioses de Arecorata. Salieron de la ciudad por una poterna próxima a la ceca, descendieron hasta el río y, sofocados por el calor, ascendieron de nuevo hasta la cima del risco que se erguía frente al extremo de la muralla, separado de ella por un abismo en cuyo fondo espumeaba el curso violento del Sucro, impaciente ya por alcanzar el valle tras un largo trecho serpenteando entre las angosturas de la sierra.

Gerión quedó sobrecogido por la extraña belleza del lugar. El cerro asemejaba un gran monolito de piedra desnuda, de color cambiante desde el gris más sombrío hasta encendidas manchas de naranja y ocre, salpicado de matorrales de aulaga aferrados a las grietas. En la cúspide, enfrentada a la muralla de Arecorata, la aspereza de los inviernos ólcades había labrado en la roca tierna una amplia cavidad abierta al precipicio. Llegando hasta ella, el joven ocupó su lugar al final de la fila de guerreros y, cuando le llegó el turno, hizo lo mismo que quienes le habían precedido: se colocó frente al abismo, extrajo un pequeño puñal de hoja triangular de su funda, lo sostuvo en las palmas de las manos mientras pedía en silencio la protección de Luc ante la guerra que se avecinaba y lo abandonó después a la hambrienta gravedad del vacío.

No pudo resistir la tentación de seguir con la mirada la trayectoria del arma mientras esta rasgaba el espacio, oscura y precisa como un azor trayendo la muerte desde la altura, hasta desaparecer en el remolino del río, mucho más abajo. Sintió que el espacio abierto a sus pies lo llamaba irresistiblemente, que el fragor del agua hablaba un lenguaje rugiente y sutil que con solo un poco de atención podría descifrar. Una oscuridad súbita le nubló la vista y volvió helado el sudor en su frente, un vértigo desconocido le abrazó el pecho…

Tardó un instante en advertir que una mano le agarraba el hombro derecho con firmeza. Se volvió, aún aturdido, y encontró los ojos penetrantes de Argantio clavados en él.

—Ten cuidado, Gerión —dijo el hombre—, nuestro espíritu se siente siempre atraído por lo que más teme. ¿Por qué, si no, son más venerados los dioses crueles que los bondadosos? Ahora démonos prisa, los demás nos llevan ventaja.

Más tarde, mientras el Consejo de Arecorata aprobaba por ruidosa unanimidad la propuesta de Buntalos de tomar las armas contra Belgeda y Cartago, no fue Tesindro, sino el guerrero Velauno, quien mostró a Gerión los alicientes de la vida secreta de la ciudad. Juntos acudieron a un amplio caserón situado no lejos de su puerta principal; en un patio empedrado hombres y muchachas bebían vino aguado y reían al amparo de la escasa iluminación provista por dos antorchas. Gerión no necesitó más que un trago para seguir, manso como un cordero, a una joven que le pareció la mismísima encarnación de Epona: bella y terrible, dulce y perversa. Con ella entró en una de las numerosas estancias dispuestas alrededor del patio, el aire en su interior

denso de cera, perfumes fenicios y sudor desleído de un millar de hombres. Más tarde, Gerión no recordaría ni las paredes encaladas, ni la luz incierta del velón, ni el jergón de paja. En su memoria hubo apenas espacio para el tacto ardiente de la piel de ella, para el temblor líquido de su boca, para el placer palpitando en las sienes y el vientre. No vino a visitarlo después la voz de ningún dios; tan solo un sueño largo y translúcido, como el de los que aún no han nacido.

Poco después del amanecer fueron acompañados hasta la puerta de la ciudad por Buntalos, Velauno, Kintortes y Jamecio, y un buen chiquillerío ya ocioso a esa temprana hora. Los viajeros y sus anfitriones se cambiaron el saludo habitual, la mano en el pecho y la inclinación de cabeza, y aquellos partieron con promesas de un próximo reencuentro. «¡Seremos puntuales! —retumbó el vozarrón de Buntalos cuando los jinetes ya comenzaban a descender hacia el valle aún envuelto en bruma—; ¡sedlo también vosotros o nos ocuparemos solos de esos malnacidos!».

A lo largo de todo el día desanduvieron el camino de regreso a Cirmo: el feraz valle del Sucro y los acantilados de Orices, las llanuras salpicadas de caseríos entre el río y el páramo, los bosquetes de encinas, los enebros desperdigados entre las rocas; hasta que al anochecer plantaron el campamento no lejos del cruce de caminos, el puente y el promontorio. Por allí pasaron cuando la mañana siguiente era aún un tumulto de pájaros e insectos exaltados por la frescura del aire y el cielo transparente. Hicieron un breve alto para que Argantio orara ante las sepulturas de los suyos y poco después un grito suyo les hizo acudir a él con urgencia:

—¡Mirad! ¡Alguien ha estado aquí!

En efecto, el suelo esponjoso en derredor de los túmulos cubiertos de armas mostraba numerosas huellas superpuestas a las que ellos mismos habían dejado cuatro días antes, cuando enterraron a los compañeros del heliketa.

—Diría que eran tres —dijo Meronio tras examinarlas con el atento sigilo de los cazadores expertos—, uno de ellos probablemente un niño. No portaban demasiado peso encima; seguramente viajaban a caballo.

Argantio asintió, sin apartar la mirada del terreno cubierto de musgo al pie de las tumbas centrales.

—Es extraño… —dijo, frunciendo el ceño y agachándose para pasar la yema de los dedos por dos suaves depresiones en el suelo—. Uno de ellos, el menos corpulento, se arrodilló ante los túmulos.

Los hombres cruzaron miradas inquietas.

—Creo que debemos irnos —dijo Meronio—. Empieza a pesarme haberme ausentado de Cirmo tanto tiempo en estos días de guerra en la frontera y desconocidos en los caminos.

La preocupación del grupo creció cuando, por la profusión de marcas de cascos en el camino y el polvo acumulado en los arbustos de sus márgenes, concluyeron que un gran número de jinetes había transitado la pista no mucho tiempo atrás. Apresuraron el paso mientras el camino ascendía y proliferaban los pastos de altura que permitían alimentar a los rebaños de los ólcades durante todo el verano. Los hombres guardaban un silencio circunspecto que parecía ensombrecer el día radiante. Ya pasado el mediodía, tras comer a lomo de caballo un puñado de bellotas y una tira de carne ahumada, Gerión observó la expresión grave y remota de Argantio y trató de aliviar la tensión de ambos trabando conversación.

—Tal vez los grupos de Ariolaco y Eliovices ya hayan regresado. Es verdad que Ercavica y Belgeda están más alejadas de Cirmo que Arecorata, pero nosotros nos hemos demorado todo un día. Y espero que hayan tenido tanto éxito como nosotros, aunque dudo que hayan encontrado jefes tan extraordinarios como Buntalos.

Argantio miró a Gerión con el pensamiento aún distante y tardó unos segundos en esbozar una sonrisa.

—Claro. Hasta ahora las cosas no habrían podido salir mejor. Arecorata es una ciudad muy poderosa y diría que Buntalos tiene cualidades de gran general.

—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa tanto?

Argantio lanzó un largo suspiro, como si se armara de resolución para hablar con el joven.

—Me exaspera no tener medio de saber lo que está ocurriendo en Hélike, y cada día que pasa aumenta mi inquietud. ¿Quiénes son esos jinetes que han pasado por aquí? ¿Serán amigos o enemigos de mi pueblo? Sé que tengo que resistir el desánimo a toda costa, se lo debo a los míos, pero a veces dudo que lleguemos a tiempo. Tal vez la ciudad siga resistiendo a Amílcar, o tal vez no.

—¡Argantio! —exclamó Gerión—, ¡no puedes perder la fe ahora! No conozco bien a tus dioses oretanos, pero te aseguro que los míos estarán de nuestro lado mientras no nos falte el coraje.

Argantio pareció no haber oído a Gerión y mantuvo la mirada fija en el horizonte transparente de Celtiberia. El camino recorría un amplio valle hacia poniente, flanqueado por montes de caliza desmoronada en grandes bloques

cubiertos de liquen. Junto a la ruta, el suelo estaba cubierto de brezos altísimos y aulagas en flor que salpicaban de un amarillo intenso el fondo de piedra y clorofila. Cuando Gerión ya daba por concluida la conversación, recibió la respuesta de Argantio.

—Que ellos te oigan. La verdad es que no puedo dejar de preguntarme si fue una decisión acertada salir yo mismo en busca de ayuda para mi ciudad. Desde que contemplé por primera vez al ejército púnico avanzando por la llanura, supe que Hélike no se bastaría para derrotarlo, que debíamos ser capaces de convocar a otros para defender juntos nuestra tierra. Y quizás por vanidad pensé que ningún otro podría hacerlo mejor que yo. Pero hay otros grandes capitanes en la Oretania que habrían sido igual de capaces, y ahora siento a menudo que mi lugar está allí, sobre las murallas asediadas, compartiendo el sacrificio y la dignidad de mi pueblo. De mis propios hijos.

Gerión se sintió sorprendido por la franqueza de Argantio. Hasta ese momento el hombre siempre se había mostrado ante él lleno de convicción, de seguridad, de certidumbres, hasta el punto de adquirir ese halo de infalibilidad y omnipotencia que un muchacho encuentra en un padre fuerte y cabal. Pero ahora el oretano le abría su corazón con una humanidad cálida y desnuda, y Gerión comprendió que se estaba produciendo un cambio profundo en la relación que había entre ellos. Argantio, súbitamente envejecido, acudía a él en busca de apoyo y ayuda.

A Gerión solo le costó un instante dejar a un lado su desconcierto para mostrar su disposición a seguir escuchando.

—Tus hijos —dijo con suavidad—. Nunca me has hablado de ellos.

Argantio le miró con una tristeza cargándole las cejas. Hacía calor en aquel camino encerrado entre pinos; el sofoco del corazón de la tarde le perlaba de sudor la frente y hacía resoplar a los caballos.

—Tuve tres hijos de Casindes, la mejor mujer del mundo. Después de diez años haciéndome la vida encendida y fragante, murió al dar a luz al último de ellos. Tal vez por eso sea Argonio como es, retraído y sombrío, inteligente y sutil como a su pesar, como si viviera prestada una vida ajena. Más aún desde que, hace tres años, su hermano mayor muriera en una escaramuza contra una cuadrilla de ladrones contestanos. A todos se nos rompió el corazón: mi hijo Antio era un joven magnífico, un rey desde que tomó conciencia del mundo, una alegría y un orgullo para todos los heliketas. No ha pasado un solo día desde entonces sin que mi hija y yo derramemos lágrimas por él, pero el golpe en Argonio fue más profundo y lo ha arrastrado hasta hoy como un luto amargo e interminable.

»Gracias a los dioses que está Anglea, que nos conforta por igual al niño y a mí. Anglea es cálida y resuelta, bienhumorada y hermosa, capaz como nadie de leer los corazones de la gente, devota de los suyos, de Astarté y de las cacerías por los montes de la Oretania. Es una hondera insuperable, ¿sabes?

Argantio miró a Gerión con una sonrisa ya sincera iluminándole el rostro. El joven enarcó las cejas.

—Ignoraba que tu pueblo cultivara la práctica de la honda.

—Está cayendo en desuso, pero, bien manejada, es un arma formidable. Yo mismo entrené a Anglea, igual que a sus hermanos, como dicen los viajeros que se entrena a los niños baleáricos. Cuando llegaba la hora de comer, colgaba una hogaza de la rama de una encina y hacía a los niños lanzar contra ella desde una distancia cada vez mayor; solo cuando deshacían el pan de una pedrada podían comer de él. Antio pronto encontró más masculino el arco y la espada, y Argonio nunca mostró interés por la caza o la guerra, de modo que ya solo ella continúa llevando las tres hondas anudadas en la frente.

—¿Las tres hondas? —preguntó Gerión.

—Claro. La larga, de junco negro, que llega más lejos que ningún arco. La corta, de nervios, que proporciona una precisión asombrosa. Y la de cerdas, para cuando no se sabe cuál elegir. Pídele que te las enseñe cuando la conozcas, estará encantada de practicar el celtíbero contigo.

«¡Cuando la conozca! —se dijo Gerión—. Para llegar a Hélike debemos derrotar primero a todo el ejército de Amílcar».

«Anglea».

Repitió para sí el nombre despacio, como tratando de descifrar un enigma.

Un carraspeo de Argantio atrajo su atención; el oretano le miraba con una sonrisa pícara en la comisura de los labios. Gerión sonrió a su vez buscando algo que decir.

—Ya estamos cerca. Una hora más y pasaremos junto a Ersibannos, y en otra más estaremos en Cirmo, puntuales para la…

Se interrumpió a la vez que *Turmo* relinchaba de pronto. A la izquierda del grupo el pinar clareaba dando paso a una vaguada cuajada de pastos; más allá la ladera se cubría de nuevo de árboles hasta coronar el risco entre grandes piedras desnudas. El sol de la tarde arrojaba una sombra quebrada sobre la pradera, de la que acababa de surgir, a una distancia de unos doscientos pasos, una figura, nítida ahora, en la luz dorada. Caminaba

lentamente hacia ellos. Gerión lanzó una exclamación y todo el grupo de jinetes se detuvo, escudriñando el aire terso en la dirección indicada.

Todos vieron que se trataba de un niño.

Un momento después, pareció tropezar y cayó al suelo, perdiéndose de vista entre las altas hierbas.

Transcurrieron unos segundos sin que el caído reapareciera, como si se hubiera tratado de una de esas visiones efímeras que a veces inspiran los dioses. *Turmo* relinchó de nuevo, presa de una agitación cada vez mayor, y Gerión tuvo la certeza de que al animal no le era desconocido aquel que había caído entre la hierba…

Una idea súbita le llenó de alarma.

Espoleó al caballo y lo condujo al galope hasta que ubicó el cuerpo del niño tendido boca abajo, inmóvil. Saltó de la grupa y se arrodilló junto a él. Lo giró suavemente, con el corazón latiendo ya con estrépito en el pecho. Reconoció el rostro de inmediato a pesar de estar cubierto por entero de barro.

—¡¡Mimbro!!

Fue un grito de angustia y de ruego.

Temblando de urgencia, desanudó del cinturón una cantimplora de cuero y derramó el agua que contenía sobre la máscara de lodo, hasta que bajo ella aparecieron las suaves facciones del niño, cubiertas ahora de magulladuras y rasguños.

—¡Mimbro, hermano! —gritó de nuevo Gerión, advirtiendo sin volverse que los demás habían alcanzado el lugar y contemplaban la escena desde una respetuosa distancia.

Durante un instante interminable, pareció que un velo ceniciento empañaba el resplandor del sol. Un halcón errabundo chilló en la altura, heraldo de tragedias o azares. Entonces, como respondiendo a su llamada, el niño despegó los párpados y abrió a la tarde sus profundos ojos verdes. Un momento después una sonrisa le iluminó el semblante.

—¡Gerión!

Al punto recordó algo que le sobresaltó las pupilas.

—¡No sigáis adelante, hermano, los púnicos os han tendido una trampa!

CAPÍTULO XIII

MIMBRO no dejó escapar una queja cuando Argantio le limpió a fondo las heridas, en especial un profundo corte en el hombro izquierdo que había sido tapado con un emplasto de hierbas.

—Esta es la peor —dijo el oretano con gravedad al dejarlo al descubierto —, diría que ha sido una flecha. Debes de haber perdido mucha sangre. Gracias a los dioses está bien limpia, y el resto no son sino arañazos y contusiones.

El niño se encogió de hombros y forzó una sonrisa, recibiendo con orgullo la preocupación y los cuidados del hombre a quien un día que ya parecía muy lejano había rendido su lealtad. Gerión, Meronio y los demás contemplaban la escena alrededor, entre los árboles, ocupando lo que parecía ser un amplio revolcadero de jabalíes, resguardado de la vista desde el camino por un caprichoso afloramiento de rocas. Unos pasos más allá Tesindro mantenía guardia bufando de impaciencia, a todas luces más atento a lo que ocurría a su espalda que a la eventual aparición de cartagineses en los alrededores.

—¡Pero bueno! —exclamó de pronto el hombretón—, ¿es que este crío no va a contarnos nunca lo que pasa? ¡Estoy con el alma en vilo, por todos los dioses!

—Tranquilo, Tesindro —replicó Gerión—. Mimbro está aún más impaciente que tú por contar su historia, pero antes debe curar sus heridas y comer algo.

Y en efecto, poco después, con un aparatoso vendaje en el hombro, una hogaza de pan en una mano y un pedazo de queso en la otra, Mimbro dio comienzo a su narración con el momento en que, dos noches atrás, una súbita conmoción de gritos y hierro había sacado del sueño a todos los ólcades de Cirmo. Fue tal su empeño en dar cuenta con precisión de lo sucedido, y su pesar por la alarma que causó en quienes le escuchaban, que apenas pudo disfrutar del hecho de ser por primera vez el centro de atención de los más admirados entre sus mayores. Todos se quedaron mudos de espanto al conocer la toma de Cirmo por los cartagineses, la muerte de Brigantio, la participación de Asúrix y los suyos en la traición.

—Allá arriba, en la muralla, pensé de pronto en todos vosotros. Fue como si una voz me hablara dentro de la cabeza, como si me aparecieran las palabras detrás de los ojos. Pensé que lo que ocurriera con mi madre y mi hermana estaba en manos de los dioses, que nada podía hacer yo por ellas, pero que alguien tenía que avisaros de que la aldea había sido conquistada por los enemigos. Salté al camino y eché a correr pendiente abajo, con miedo a tropezar en cualquier momento, porque estaba oscuro como la boca del lobo. Pensé que lo había logrado, que me había escapado, y entonces, cuando estaba a punto de llegar al río, un silbido llegó por el aire como un halcón y se me clavó en el hombro, tirándome al suelo. Aunque parezca una tontería, al principio no me di cuenta de que era una flecha, de tanto que quemaba. No sabía que el metal llevaba fuego dentro; ahora entiendo por qué mueren tantos hombres en las guerras. Pero pude levantarme, y descubrí que el fuego me daba también fuerzas para seguir corriendo. Crucé el río y subí la ladera de enfrente hasta el encinar de arriba, justo donde Balinnos suele esquilar las ovejas. Sentí que me mareaba y me senté en el suelo; el fuego se había ido y ahora el hombro me dolía mucho. Eché la mano y me encontré con que la punta de la flecha asomaba de este lado, pringosa de sangre. Me llevó un buen rato cortarla con mi cuchillo, pero al final lo conseguí y saqué desde atrás el asta tirando de las plumas. Me aplasté en los dos lados de la herida unos vellones viejos para parar la sangre y eché a andar otra vez para alejarme del pueblo, desde donde seguían llegando gritos y ruido de armas. Me sentía cada vez peor y me quedé dormido en mitad del bosque.

»Cuando desperté, vi que ya era pleno día y que Epona me había conducido en la oscuridad hasta los manantiales del arroyo de Valangosto; unos pasos más y me habría caído de cabeza en la poza. Allí bebí y me limpié la herida, y metí berros en el agujero de la flecha, porque el viejo Brigantio siempre decía que el berro cierra las heridas y limpia la sangre.

Al niño se le humedecieron los ojos al recordar al sacerdote y se apresuró a limpiarse una lágrima que le caía por la mejilla. Su hermano le confortó poniéndole una mano sobre el hombro. Todos los hombres guardaron silencio.

—Desde allí los vi —continuó Mimbro, esforzándose por controlar un leve temblor en la voz—: guerreros con túnicas rojas apostados junto al recodo ese donde el camino se estrecha entre dos rocas y sale un manantial de la piedra. Eran cartagineses como los que entraron en Cirmo, al menos diez, pero no me vieron, así que pude seguir adelante, rogando a los dioses alcanzar el camino antes de que vosotros pasaseis por él. No encontré otra cosa para

comer que bellotas podridas, y a mediodía sentí que se me iba la vista y las piernas ya no me respondían. Me quedé sentado contra un roble, vigilando el camino. Cada vez me sentía peor. El suelo empezó a dar vueltas y aparecieron sombras como de muertos entre los árboles. Había caras sin ojos girando en el aire, oía voces que me llamaban. Me pareció que todo se volvía gris y hacía frío… Entonces… —El niño tomó aliento, se arrimó a su hermano Gerión y miró en derredor—. Tal vez no me creáis, pero entonces vi una señora de luz blanca que hizo que las sombras se fueran. Se me acercó y me tocó el hombro, sonriendo. Creo que era Epona. Después desapareció.

»Entonces llegasteis vosotros. Al principio no pude reconoceros a lo lejos, pero sabía que erais vosotros. Me levanté y traté de alcanzaros antes de que pasaseis de largo. Entonces me desmayé. Ya sabéis todo lo demás.

Cuando Mimbro concluyó su historia, en la forma abrupta y sin advertencia que acostumbran los niños, todos quedaron callados, como si escucharan la sutil algarabía del atardecer en el monte.

Embargado de orgullo y pavor, Gerión abrazó a su hermano.

—Eres todo un tartesio —le murmuró al oído—, y estate tranquilo, verás como madre e Irmán no han sufrido daño. Epona las habrá protegido como lo ha hecho contigo.

«¡Qué estúpidos hemos sido! —se lamentó en silencio, recordando las palabras de su padre en la prueba del agua—; a pesar de las advertencias, dejamos a Asúrix el terreno despejado para sus planes, y ahora Brigantio está muerto y Cirmo en poder de los púnicos. —Miró a Mimbro—. Padre supo ver el coraje que hay en tu corazón cuando yo aún ni lo sospechaba, hermano». La sonrisa del niño le ayudó a vadear la laguna de incertidumbre que le había anegado el pecho.

Meronio se acercó y abrazó también a Mimbro. Después, uno tras otro, con gran solemnidad, todos los hombres hicieron lo mismo; incluso Tesindro, quien abandonó un momento su guardia para enterrar el cuerpo menudo del niño en su pecho con un abrazo inmenso.

—Ahora no me cabe duda —dijo con lágrimas en los ojos—, este niño ha salido a su tío. Todo un valiente, y mirad cómo come el muy bribón.

Argantio se reservó para el final.

—Gracias, Mimbro —dijo, contradiciendo a sus ojos sonrientes el tono grave—. Casi todo lo que ha de ocurrir está aún en el propósito desconocido de los dioses, pero tal vez tu acción haya cambiado el destino de Cirmo, y el de Hélike.

El niño resplandeció de felicidad.

—Por eso son tan importantes los detalles que puedas darnos —señaló Meronio, sentándose en el suelo junto al niño—. ¿Cuántos cartagineses crees que entraron en Cirmo, y a cuántos de los nuestros puso Asúrix de su lado?

—No estoy seguro. No pude ver a los que había dentro de la ciudadela, y en la calle había mucho jaleo y poca luz. Además, estaban los arqueros de la muralla. En total, a lo mejor cien, o más…

—¿Había regresado alguno de los otros grupos, o se había recibido noticia de ellos?

Mimbro negó con la cabeza.

—Mucho mejor —murmuró el jefe ólcade, mesándose la barba con aire reflexivo. Inspiró profundamente y paseó la mirada por la expectación de la de sus compañeros—. Lo que ha ocurrido parece que está claro. Asúrix lleva mucho tiempo deseando verse como jefe de Cirmo, y cuando vio en la asamblea en la que Gerión relató su encuentro con Argantio que sus fuerzas aún no bastaban para desafiarme, perdió la paciencia. Anticipó que Cirmo se pondría del lado de los oretanos y, pensando que Amílcar será el ganador de este juego, decidió nadar a favor de la corriente. Envió de inmediato a alguien al campamento del Bárquida, probablemente a su hijo Ambato; no recuerdo haberlo visto después de aquella noche.

—¡Cierto! —exclamó Gerión—. ¡Me sorprendió mucho que no asistiera a la segunda asamblea!

—Propuso un acuerdo a Amílcar a través de Ambato —continuó Meronio — y este regresó con una tropa púnica para capturar a Argantio e impedir que los ólcades acudamos en auxilio de Hélike.

—Y, para ello, no ha dudado en sacrificar a Brigantio y quién sabe a cuántos más —interpuso Nisandro con los ojos húmedos de roja ira—. Que el alma del traidor nunca conozca las alturas de los dioses. Estoy impaciente por encontrármelo cara a cara.

—Te juro que nos llegará el momento, Nisandro, pero aún tendremos que esperar —dijo Meronio—; nosotros solos somos demasiado pocos para intentar nada. Lo primero que necesitamos es reunir el mayor número posible de hombres. Los grupos de Ariolaco, Eliovices y Bitis tomaron esta ruta, y si no han tenido contratiempos, no deben tardar en regresar. Este es un buen lugar para esperarlos. De Aliortes y los suyos nos tendremos que olvidar, no tenemos guerreros para vigilar los caminos que vienen de Contrebia Cárbica y sería demasiado arriesgado llegar hasta allí.

—Si llegan a Cirmo sin saber lo que ha ocurrido, serán capturados o muertos —repuso Baulio. Su hermano Bagoadas era uno de los cinco

guerreros que habían acompañado a Aliortes.

Meronio se encogió de hombros.

—Dado que su misión era vigilar la frontera carpetana, imagino que llegarán justo al final del plazo fijado, y para entonces tal vez haya pasado ya lo que tenga que pasar. De todos modos, si quieres ir a buscarlos, puedes hacerlo, pero tendrás que ir solo.

Baulio asintió con fiera determinación.

—También podemos contar con la gente de Ersibannos —sugirió Gerión —; debe de haber al menos quince hombres y muchachos capaces de empuñar una espada. Y tal vez otros tantos en las granjas y caseríos a lo largo de su valle.

—Desde luego —convino Meronio—. Iremos al amanecer, tú y yo. Argantio y Tesindro se quedarán aquí cuidando de Mimbro y vigilando el camino.

—¿Y después? —interrogó Argantio, aceptando de buen grado que una vez más fuese el ólcade quien tomara las decisiones. Desde que muchos años atrás muriera su padre, había sido él siempre la persona decisiva, a la que todos miraban en momentos de peligro o adversidad, a quien se acudía a pedir consejo o justicia, ayuda o protección. La fama de su nombre había corrido mucho más allá de las murallas de Hélike, y no eran pocos los príncipes de otras ciudades oretanas que le reconocían como el primero entre ellos. Pero al ponerse bajo la tutela de los ólcades de Cirmo se había resuelto a aceptar sin reservas la autoridad de su jefe, y no lo lamentaba. En los días que llevaban juntos, había aprendido a admirar el juicio rápido y preciso de Meronio, su coraje sobrio y prudente, la capacidad innata para dirigir hombres tan volubles e impacientes como los de su pueblo.

—Después iremos a visitar a los cartagineses apostados en la fuente de piedra —Meronio se levantó, cruzó sus brazos musculosos sobre la *falera* de plata en el centro de su pecho y quedó mirando en dirección a Cirmo—. Cuando hayamos terminado con ellos, nos ocuparemos de ese conocido tuyo, Magón, y del canalla de Asúrix. Aún no sé cómo, pero ya se nos ocurrirá. Además, algo tendrán que poner los dioses de su parte.

Sin una hoguera para iluminar los rostros y las conversaciones, la caída de la noche arrojó una manta de negra quietud sobre el campamento. Como si el silencio abreviara la distancia con el enemigo, Meronio organizó las guardias casi en susurros, asignando a Gerión el primer turno. Mimbro se presentó voluntario de inmediato para acompañar a su hermano y, aunque todos

insistieron en que necesitaba reposo, no se dejó disuadir. Así pasaron los dos un largo rato juntos, sentados en la linde del bosque, sintiéndose dueños de los campos apenas bañados por la tenue luz del firmamento. Mimbro quiso conocer hasta el último detalle del viaje a Arecorata y Gerión le dio satisfacción con un largo relato a media voz, acompañado por los ronquidos que llegaban rítmicamente desde la hondonada y el ulular ocasional de una lechuza próxima, pero se abstuvo de mencionar las dudas de Argantio, las muchas incertidumbres que pendían sobre todos ellos en ese mismo instante, la inquietud que le crecía en el corazón por la suerte que hubieran podido correr su madre y su hermana en manos del capricho de los invasores. Calló también el nombre de Anglea. Una leve trepidación le agitó el pecho al pensar cómo sería ella… Reparó entonces en el prolongado silencio de Mimbro y comprobó que el niño se había quedado dormido acurrucado bajo su brazo.

—Nos han tocado tiempos heroicos, hermano —susurró—, como los que nos contaba padre junto al fuego en las noches de invierno. Y parece que los dos tenemos un papel que desempeñar en ellos.

Tomó con dulzura al niño en brazos, lo llevó hasta el campamento y lo envolvió en una manta junto a la mole durmiente de Tesindro. Despertó a Nisandro pidiendo el relevo y buscó acomodo él mismo en el suelo mullido de hojas secas. Vio estrellas parpadeando entre las ramas de los árboles. Olía a musgo y a leña, a sudor y a cuero. Se quedó dormido pensando en los cartagineses que, media legua más allá, velaban el mismo camino, los mismos montes.

Baulio partió antes de la madrugada, dispuesto a dar un largo rodeo por el sur para evitar ser visto por los cartagineses apostados en el camino y en el torreón de Cirmo. Poco después lo hicieron en dirección contraria Meronio y Gerión, camino de Ersibannos, la aldea de pastores fundada tan solo una generación atrás por familias de Cirmo necesitadas de espacio para acomodar a sus cada vez más numerosos hijos y rebaños.

Llegaron allí cuando el caserío se aprestaba para un nuevo día de labor y en el aire fresco el rocío daba paso a voces y cencerros. Hablaron con Cormieros, un primo de la mujer de Meronio a quien se reconocía una cierta autoridad en el poblado, y con la docena de hombres que se congregaron curiosos ante la llegada de los visitantes. Todos recibieron con espanto las noticias que llegaban de Cirmo, preguntaron inútilmente por la suerte de los familiares que allí tenían y, azuzados por las mujeres que escucharon el

relato, se apresuraron a poner sus armas al servicio de Meronio para lo que fuera preciso.

Poco después, guiados por el propio Cormieros, los dos jinetes recorrieron el alfoz de Ersibannos, un pequeño valle entre montes cubiertos de robles y encinas con un arroyo de aguas mansas en su centro. Mientras el sol se alzaba sin prisa en un cielo inmaculado, visitaron media docena de granjas dedicadas al engorde de piaras de grandes cerdos de color negro, muy cotizados en el mercado de Ercavica, y, cuando pasado el mediodía regresaron a Ersibannos, les acompañaban catorce hombres, la mayoría sin monturas y precariamente armados, ninguno con la condición reconocida de guerrero, pero todos buenos ólcades dispuestos a mostrar su honor ante los enemigos de su pueblo. Diecisiete más se reunieron con ellos en la plaza central de la aldea, y Gerión no pudo dejar de sentir orgullo ante aquella tropa no por improvisada menos resuelta: treinta y un hombres en total, doce caballos, muchos arcos, flechas y jabalinas de cazadores de subsistencia, aunque poco armamento de gente de guerra. Con todos ellos volvieron al encuentro de sus compañeros ya mediada la tarde, y al llegar al campamento descubrieron que en el transcurso del día habían llegado los grupos de Ariolaco y de Bitis. La hondonada se convirtió en un hervidero de gentes y monturas, en un laberinto de reencuentros y noticias.

Mientras desmontaba de un brinco de la grupa de *Turmo*, Gerión oyó una exclamación de júbilo y vio a su amigo Saunio caminando hacia él. Y, por primera vez, tras cruzar una mirada de mutua comprensión, se saludaron con el gesto formal de los guerreros celtíberos, y no con el abrazo de los muchachos que habían sido. A continuación, en compañía de Mimbro, se condolieron por la captura de Cirmo y la muerte de Brigantio y se intercambiaron los relatos de sus correrías, aderezados por no pequeñas dosis de fantasía. Arecorata y Ercavica se convirtieron en fortalezas prodigiosas con incontables guerreros; Buntalos y Tersinnos, el principal de Ercavica, jefes míticos hechos no de carne sino de metal; los caminos de Celtiberia, morada de todos los peligros. Por Saunio supo Gerión que Ercavica, al igual que Arecorata, había acordado acudir a la convocatoria de Cirmo, y que no menos de dos mil guerreros de la ciudad y su comarca se sumarían al ejército ólcade en la fecha acordada.

—La verdad es que no nos costó mucho convencerlos —dijo Saunio con una sonrisa bailándole en los ojos, azules como el cielo de la tarde—. Hace años que arévacos y lusones andan entretenidos peleando en el norte, junto al gran río, contra una gran multitud de vascones que bajó de las montañas; y,

con los carpetanos aún lamiéndose las heridas después de la última tarascada, muchos andaban impacientes por participar en una campaña como es debido. Creo que, aunque la asamblea hubiera decidido lo contrario, muchos jóvenes habrían acudido de todos modos; tenías que haber visto cómo se les encendió la mirada cuando mi padre pronunció el nombre de Amílcar. No debe de haber un solo guerrero en todo nuestro pueblo que no sueñe con ser él quien le corte la cabeza al púnico.

Una vez puestos al corriente de sus andanzas respectivas, los tres se incorporaron a lo que empezaba a configurarse como una asamblea espontánea, apenas menos numerosa de la que solía reunirse en la ciudadela de Cirmo, excepcional a todas luces no solo por el emplazamiento donde tenía lugar sino también por la presencia de pastores y labriegos sin la condición de guerreros, e incluso la de un niño; unos y otros hablaban animadamente en pequeños grupos. Era una reunión exaltada e imprudentemente ruidosa, habida cuenta de que los enemigos se encontraban a media legua, y Meronio no tardó en imponer silencio.

Un haz de luz del sol poniente se coló entre los troncos de los árboles y cayó sobre su figura de guerrero en sazón, agitando con brillos dorados sus torques y brazaletes, haciendo de la gran *falera* de plata sobre su pecho una luna esplendente. «Como si los dioses lo señalaran como a uno de los suyos», pensó Gerión, orgulloso de tener a un jefe como Meronio en un momento de dificultad como el que vivían. A su lado, Saunio intercambió un comentario admirativo con su padre. Era esa confianza en su jefe, solo puesta en tela de juicio por Asúrix y su pequeño grupo de seguidores, la que había provisto a Cirmo de estabilidad y pujanza en los últimos años.

Cuando el silencio fue completo, Meronio comenzó a hablar. Lo hizo despacio, como si no pretendiera sino ordenar sus pensamientos en voz alta, extrayendo del torrente de acontecimientos y relatos tan solo los hechos precisos para dibujar la situación en la que se encontraban, desgranando con el mismo tono sobrio los motivos para la alegría o el desconsuelo. Nadie se atrevió a interrumpirle; hasta el rumor antiguo del bosque pareció cesar mientras el hombre hablaba.

—De modo que así están las cosas —recapituló al fin, y por primera vez paseó la mirada por la asamblea—. El país de los ólcades se prepara, sin otra excepción que Belgeda, para acudir a la guerra, ignorante de que una tropa cartaginesa ocupa la pequeña Cirmo. Sin duda estos púnicos conocen ya nuestras intenciones; Asúrix debe de haberles puesto al corriente del lugar y

el día fijados para la reunión de nuestros guerreros y del propósito de Tilego de poner a sus celtíberos de nuestro lado en la batalla.

Gerión sintió una punzada de culpa al oír esto. Solo él sabía que Argantio no había dicho la verdad al dar por segura la alianza con Tilego, y le consternaba pensar que su lealtad hacia el heliketa le hiciera mancillar la más antigua y profunda que le debía a Meronio. Sin saber qué hacer buscó a Argantio en la luz evanescente del anochecer y lo encontró sentado junto a Tesindro, con sus ojos sabios clavados en él. «Confía en mí —parecía decirle aquella mirada como de ascuas oscuras abriéndose paso en la penumbra—; los dioses saben que a veces es preciso señalar el camino a las verdades que aún están por suceder. Nada es cierto o falso hasta que llega el final». Sintiéndose incapaz de cambiar ya el curso de las cosas, el muchacho hizo un gesto de resignación y devolvió su atención a Meronio, quien continuaba hablando.

—Todo depende ahora de una sola cosa: ignoramos si los púnicos de Cirmo han enviado ya mensajeros a Hélike para llevar noticias. Si Amílcar conoce nuestras intenciones, podrá anticiparse para desbaratar nuestro ataque o apresurar la caída de la ciudad, y Tilego correrá la misma suerte que Istolacio e Indortes. Eso sería el fin. Pero confío en que no haya ocurrido tal cosa: el mejor camino para ir al sur es este, por el que ellos mismos vinieron, y en la mañana de ayer, pocas horas después del ataque, nosotros ya cabalgábamos por él.

—Son muchos los senderos de pastores que cruzan los montes —dijo un hombre de Ersibannos—. Tampoco faltan lugares junto al camino donde un jinete puede esconderse si advierte la llegada de otros.

—Estoy convencido de que ningún mensajero ha salido de Cirmo —intervino Argantio, con una rotundidad que sorprendió a todos—. Que me lleven los dioses si el capitán de los cartagineses de Cirmo no es el mismo Magón de quien escapé gracias a la ayuda providencial de Gerión. Me escurrí entre sus mismísimos dedos; debió de hervir de furia. Nos buscó durante todo un día y, cuando tuvo que desistir, no lo hizo sin enviar antes aquel mensaje macabro e impío. No lo he olvidado: «Soy Magón, capitán de Cartago. Recordad bien mi nombre. Volveremos a encontrarnos». Por causa mía sin duda tuvo que soportar a su regreso la ira y el desprecio de Amílcar, y no soportaría fracasar de nuevo. No enviará ningún emisario a su general si no le acompaña mi cabeza en su alforja.

El oretano calló con un extraño aire consternado, como si lamentara los acontecimientos que había desencadenado o percibiera la rabia afilada que

envenenaba el corazón del púnico.

—En todo caso —continuó Meronio con un tono neutro que no dejaba traslucir su opinión—, para averiguarlo no tenemos otra opción que hacernos de nuevo dueños de Cirmo, sin dejar que escape ni uno solo de los cartagineses, tanto del poblado como del paso de la fuente de piedra. Creo que tenemos una oportunidad.

Mientras la noche terminaba de cerrarse, Meronio desgranó ante la asamblea la suma de improbabilidades que constituían su plan. Tenían una oportunidad, tal vez, pero pequeña y frágil, confiada al azar no menos que al arrojo de sus guerreros. Sin embargo, aquella voz honda y rocosa, brotando de una figura de contornos ya imprecisos, se adueñó de la oscuridad de la hondonada con timbre de augurio, levantando ecos sutiles en las piedras y las hojas y confianza en el pecho de los hombres de Cirmo.

Comenzaron a aproximarse cuando el alba era solo una leve insinuación en el horizonte de levante. Con cada paso, un puñado de estrellas se disolvía en la luz lechosa que crecía aproximándose hacia ellos. Gerión se concentró en el sendero apenas visible, sabiendo que el rocío lo tornaba resbaladizo y que un solo traspié podría dar al traste con todo. Detrás de él venía Tesindro levantando roces livianos de la hierba; delante, Meronio no era sino una silueta oscura y sigilosa que se detuvo de pronto, esperándolo.

Al llegar junto a él, los vio. Desde donde se encontraban, el encinar descendía en suave pendiente y abajo, ocupando una dehesa salpicada por media docena de grandes árboles, estaba el campamento de la tropa cartaginesa. A la luz aún incierta, Gerión contó doce hombres tendidos en el suelo, aparentemente aún dormidos, y uno más sentado en una piedra. En el tono ceniciento que lo bañaba todo destacaba el color rojo de las túnicas, y Gerión recordó cómo sus flechas habían acabado con dos jinetes que vestían ese mismo uniforme. Hacia la derecha, arremolinados bajo una encina algo apartada, estaban los caballos, muy numerosos, contagiados de ese silencio absoluto y sobrenatural con que da comienzo el alba. Y, más allá, sobre un promontorio recortado contra el gris pálido del cielo, otro soldado vigilaba el camino que, media legua más allá, llegaba hasta Cirmo.

Era el momento. En cuestión de minutos la luz del día pondría en fuga aquella mágica quietud de sombras y el centinela despertaría al campamento; tal vez aún antes el olor de los extraños alcanzaría el fino olfato de los caballos, alzando un coro inquieto de bufidos y relinchos. Meronio hizo un gesto a Gerión y este descolgó el arco de su espalda, colocó una flecha y,

tensando el arma, apuntó cuidadosamente. Soltó y el dardo saltó hacia delante como un animal hambriento, demasiado veloz para ser visible en la penumbra. Un instante después, el soldado sentado en la piedra dejó escapar un gemido ahogado y se desplomó a tierra como un fardo.

Meronio, Gerión y Tesindro echaron a correr colina abajo, seguidos por una docena de compañeros, con pálidos fulgores de hierro brotando en sus manos como flores letales de la madrugada. A derecha e izquierda sendas columnas de hombres, una dirigida por Ariolaco y la otra por Bitis, surgieron de la sombra del bosque y se dirigieron también hacia el campamento, formando un fluido tridente de muerte.

Gerión se detuvo y, alzando la mirada, buscó al centinela en el promontorio mientras colocaba una nueva flecha en el arco.

No le costó encontrarlo.

La saeta sobrevoló el campamento y fue a estrellarse en el pecho del cartaginés, haciéndolo caer al suelo.

A pesar de la distancia, el ruido del impacto llegó hasta Gerión con un timbre metálico. Acaso el cartaginés llevaba alguna protección bajo…

Se escucharon gritos en la dehesa y Gerión volvió su atención a la batalla que comenzaba. El campamento se convirtió en un desorden de hombres de túnicas rojas que despertaban buscando sus armas, demasiado tarde para plantar cara a los guerreros, silenciosos e implacables, que brotaban del amanecer.

Vio cómo Meronio cortaba limpiamente la cabeza del primer soldado que le hizo frente, y la trayectoria de la jabalina de Ariolaco hasta el estertor borboteante que le puso término en el pecho de otro. Se demoró durante un único latido de su corazón desbocado y, no viendo rastro alguno del vigía del promontorio, desenvainó la espada y se lanzó al encuentro del combate, rogando a los dioses que no terminara antes de darle ocasión de hacer algo memorable.

Pero no fue así. Cuando Gerión alcanzó la penumbra bajo la primera encina, los ólcades habían terminado ya con la desordenada resistencia que encontraron, y aquí y allá yacían los cuerpos de los cartagineses como si el sueño de tan solo un parpadeo antes hubiera terminado roto en contorsiones de pesadilla. El joven advirtió que había también dos cuerpos inertes sin túnica roja y acudió a reconocerlos: un pastor de Ersibannos y Kaasimanu, uno de los hombres del grupo de Bitis. Sorprendiéndose él mismo por el escaso sentimiento que le produjo la visión de los muertos, suspiró aliviado. «¿Qué tendrá la guerra —se dijo vagamente—, que nos quita el corazón de

hombres y nos lo pone de lobos?». Vio que Argantio caminaba hacia él con su pesada falcata, roja de sangre, aún en la mano. Se dirigieron mutuamente sonrisas que decían: «esta vez la muerte pasó de largo, les tocó a otros; celebremos que aún estamos vivos».

—Me alegra verte sano y salvo, Gerión —dijo el oretano al llegar junto a él, poniéndole con afecto una mano en el hombro—. La verdad es que todo ha salido a pedir de boca; la mayoría de esos púnicos ha muerto sin terminar de comprender lo que ocurría. Vamos ahora, Meronio está reuniendo a los hombres en el centro del campamento para dar instrucciones.

Gerión asintió y echó a caminar junto a su amigo, con una imprecisa inquietud hormigueándole en el pecho. Sentía que estaba pasando algo por alto, que la exaltación del combate le había hecho olvidar…

Un relincho tembloroso al otro lado de la dehesa atrajo la atención de todos.

A un centenar de pasos, bajo la umbría de la última encina, uno de los caballos cartagineses se apartó de los otros con un jinete en su grupa, se irguió por un instante sobre sus cascos traseros relinchando de nuevo y rompió a galopar en dirección a Cirmo. El púnico espoleaba al animal abrazado a su cuello; parecía herido.

«¡El centinela del promontorio!», murmuró Gerión mientras se apresuraba a armar el arco y enviar una flecha en pos del fugitivo.

Todos los ólcades quedaron en suspenso, conteniendo el aliento. Solo esa flecha podía evitar que el centinela alcanzara Cirmo y diera la voz de alarma; el destino de todos volaba silbando en el delgado aire de la madrugada.

Pero el púnico estaba ya demasiado lejos. La saeta fue a clavarse, inerme y exhausta, en el suelo polvoriento, dando paso a un silencio hecho aún más denso por el repicar del galope que se alejaba; los hombres cruzaron miradas de incertidumbre.

Entonces se escuchó algo parecido a un suspiro y después un golpe sordo, un crujido. En la distancia, a punto ya de perderse de vista, el cartaginés rebotó como un pelele durante unos instantes sobre el lomo de su montura y cayó al suelo. El caballo avanzó aún una docena de pasos antes de detenerse y mirar tras de sí, desconcertado.

Gerión lanzó una exclamación de sorpresa y quedó con la boca abierta. Miró a su alrededor y vio que todos tenían la misma expresión de estupor, señalándose unos a otros la posición del jinete caído, incapaces de formular conjeturas. Todos, excepto uno. Junto a él, Argantio soltó de pronto un borbotón de palabras en íbero. «No puede ser, no puede ser», tradujo

mentalmente Gerión, dudando de si entendía correctamente a su amigo, quien parecía presa de una gran agitación.

—¿Qué te ocurre, Argantio, acaso sabes lo que le ha ocurrido al cartaginés?

Mientras hacía la pregunta, sintió que un inmenso alivio se sobreponía a la curiosidad. «Sea cual sea la razón, ese centinela nunca llegará a Cirmo». Sabía que no era culpa suya que el centinela hubiera sobrevivido al flechazo en el promontorio: sin duda llevaba una cota de malla bajo la túnica, pero algo o alguien había evitado que ello tuviera consecuencias irreparables. «Algo o alguien…». Ante la falta de respuesta, iba a interrogar de nuevo al oretano cuando este, sin decir palabra, comenzó a andar. La luz de la mañana aún no era firme, pero para su asombro Gerión creyó advertir que el hombre iba llorando.

Cuando Argantio hubo recorrido una veintena de pasos, tres figuras emergieron del bosque y comenzaron a descender hacia la dehesa. Gerión aguzó la vista: dos hombres y un muchacho, o tal vez una mujer. Una mujer… El oretano echó a correr hacia los tres desconocidos y pronunció una sola palabra que quedó suspendida en el aire inmóvil antes de desvanecerse. Una palabra que dejó a Gerión aturdido como si hubiera recibido un mazazo en su casco de bronce.

—¡Anglea!

«¿Anglea? ¿Cómo que Anglea?».

¿Cómo era posible que el capricho de los dioses hubiera conducido a la hija adorada de Argantio, Anglea la sacerdotisa, la hondera, a ese lugar remoto en el preciso instante en que un soldado cartaginés que él mismo había dejado escapar galopaba hacia Cirmo para arruinar la suerte de los suyos?

A lo lejos, Argantio se fundió en un abrazo interminable con la muchacha mientras los dos hombres, el uno bajo y grueso, el otro alto y fornido, contemplaban pacientes la escena. Después, cada uno de ellos cambió un rápido saludo con el oretano —la mano derecha de cada uno en el hombro izquierdo del otro, los brazos extendidos— y, tras conversar apresuradamente durante algunos instantes, los cuatro echaron a andar hacia la tropa de ólcades que los observaba sin saber qué hacer. Un murmullo comenzó a crecer en las gargantas de los celtíberos.

Gerión vio a Anglea acercándose hacia él con el paso callado y flexible de un felino. La recorrió entera con la mirada: las botas de cuero, los pantalones grises de piel, el cinturón brillando al sol recién brotado de los montes, el rostro bronceado y esbelto, las hondas amarradas en la frente.

«Anglea».

Argantio se inclinó hacia el oído de su hija y deslizó en él un puñado de palabras. Ella asintió y lo miró a él, a Gerión, de frente. Con lentitud deliberada, le dibujó una sonrisa.

El joven guerrero sintió que un puño cerrado le ascendía de algún lugar del vientre y se le instalaba en la garganta.

La llegada, en circunstancias tan extraordinarias, de los tres heliketas causó una honda impresión entre los ólcades, que se arremolinaron expectantes alrededor de ellos. Tan pronto como pudo, Argantio se dirigió hacia Meronio, haciendo con toda formalidad el saludo de los celtíberos.

—Jefe Meronio, guerreros de Cirmo y Ersibannos —comenzó, alzando la voz para ser oído por todos—, sabed que los dioses me han hecho hoy el regalo más inesperado. Quiero presentaros a tres compatriotas: Abarien, capitán de Hélike, hermano mío, más que amigo; Lortas, el más hábil fundidor de armas de mi ciudad y audaz guerrero, tan célebre por su humor como por la calidad sin par de sus hierros —los dos íberos hicieron sendas inclinaciones de cabeza al ser nombrados—. Y mi propia hija, Anglea, sacerdotisa de Astarté y, como habéis podido comprobar, cazadora experta.

El rostro de Argantio pareció quedarse pequeño para alojar la anchísima sonrisa con que concluyó sus palabras. Tras ellas, la muchacha imitó con la mayor naturalidad el saludo que había visto intercambiar a su padre con los ólcades, alzando de estos un murmullo admirativo. A todas luces, su notorio encanto personal y la forma tan oportuna en que había demostrado su puntería le habían granjeado el favor de todos. La mirada de Gerión se cruzó con la de su amigo Saunio y este le guiñó un ojo con gesto pícaro.

—Los tres han sido enviados por el rey y el Consejo de Hélike para recibir y entregar noticias —prosiguió Argantio—; llegaron hasta aquí siguiendo a los jinetes de Amílcar; ellos podrán contároslo mejor que yo. Pero dejadme que os diga que hay al menos un motivo más para el regocijo: cuando mis compatriotas partieron de Hélike, la resistencia de la ciudad se mantenía firme, y son ya innumerables los enemigos que han perdido la vida frente a sus muros.

Los guerreros, aún exaltados por el desenlace del combate en la dehesa, prorrumpieron en vítores. Los recién llegados sonrieron ante el entusiasmo de los ólcades, sorprendidos y felices por el recibimiento de que eran objeto; encontrar a su rey en compañía de una tropa de aliados tan resueltos como estos sin duda había superado todas sus expectativas.

Fue Lortas quien dio un paso al frente, con una expresión de jovialidad irresistible; Abarien había insistido en que fuera él quien hablara primero, siendo de los tres el más familiarizado con la lengua y las costumbres de los celtíberos. Parecía, de hecho, uno de ellos, grandón y desgreñado tras los días de intemperie.

—Han sido generosos los dioses —comenzó el íbero— conduciéndonos hasta amigos tan nobles cuando más necesitados estábamos de ellos. Ciertamente, Hélike aún resiste. Por tres veces ha enviado ese malnacido de Amílcar a los suyos contra nuestros muros y las tres han tenido que retirarse sin brazos suficientes para llevarse a los muertos. Nos hemos enfrentado a feroces hombres de piel oscura, a esas bestias inmensas que llaman elefantes, a colosales torres de asalto montadas sobre ruedas, llenos sus vientres de guerreros e ingenios para lanzar proyectiles. Por los dioses que Hélike aún resiste, pero al precio de la vida de muchos de sus hijos, y tal vez todo sea en vano si no recibimos pronto el auxilio que precisamos; el Bárquida es una pieza demasiado grande para que la cobre uno solo de los pueblos de Ispania. Por eso nos envió el Consejo de la ciudad en busca de O…, de Argantio.

El titubeo fue perfectamente perceptible para Gerión: Lortas había estado a punto de decir «en busca de Orissón». Sin duda, en la conversación que habían mantenido los oretanos al reunirse en la dehesa, Argantio había precavido a sus compañeros de que nadie allí conocía su verdadera identidad. «Nadie excepto yo», pensó Gerión, y resolvió pedir a Argantio que cuanto menos revelara a Meronio que él mismo era el célebre rey de Hélike; sin duda el jefe de Cirmo comprendería la conveniencia de guardar el secreto, pero no que se le mantuviera fuera de él.

—Cuatro días después del inicio de nuestro viaje —continuó Lortas, disimulando su azoramiento con gestos teatrales—, por un azar dimos con las sepulturas de nuestros compatriotas en el interior del bosque, junto al cruce del camino de Arecorata, y allí nos encontrábamos cuando pasó frente a nuestras narices a galope tendido una nutrida tropa cartaginesa, guiada por un jinete celtíbero. Imaginad nuestro desconcierto: ¿qué hacían allí aquellos demonios, adentrándose en los montes ólcades con tanta urgencia?

»Resolvimos seguir a los púnicos con la esperanza de que nos condujeran hasta las respuestas de las muchas preguntas que nos hacíamos. Así pudimos ver cómo la gente de Amílcar se reunió esa tarde, en un claro del monte no lejos de aquí, con un grupo de celtíberos. Hace dos días de eso. Después todos juntos, auxiliados por la oscuridad y por la traición de los que guardaban las puertas, irrumpieron en Cirmo y ganaron la plaza tras un combate del que

poco os podemos decir. Hubo un gran clamor de gritos y chocar de armas, pero estábamos lejos y las murallas se sumaron a la noche para impedirnos ver lo que ocurría tras ellas. Todo pareció calmarse poco antes del alba, y la primera luz del día nos mostró los parapetos tomados por arqueros cartagineses.

»Al principio nos quedamos consternados; ¿y si habíamos llegado tarde y nuestra esperanza había muerto delante mismo de nuestros ojos? —Lortas hizo una pausa, sabiendo cuánto apreciaban los celtíberos estos efectos dramáticos en las narraciones—. Recordamos entonces que la noche anterior habíamos visto cómo los púnicos, antes de dirigirse a Cirmo, habían dejado un retén de guardia custodiando el camino, lo que significaba que temían que se presentara alguien que contrariara sus planes, y que deseaban acabar con ese alguien antes de que llegara a la vista de la muralla del poblado. Naturalmente, nosotros estábamos del lado de ese alguien, quienquiera que fuese.

»Regresamos aquí y nos mantuvimos vigilantes mientras transcurrían el día y la noche; hasta que, poco antes del alba, el bosque se pobló de figuras sigilosas que nos hicieron preguntarnos qué tipo de criaturas recorren los montes de los ólcades en esa hora de enigmas. Debo reconocer que fue una cierta decepción descubrir que eran guerreros de carne y hueso; vosotros, por supuesto. Atacasteis el campamento y todo terminó en un abrir y cerrar de ojos. En el mismo momento en que Anglea exclamaba que había visto a su padre entre los atacantes, un jinete púnico se dio a la huida, fuera ya del alcance de los arcos pero no de la honda de esta muchacha: por Melqart que es asombroso lo que es capaz de hacer con una piedra y una tira de cuero. El resultado ya lo conocéis…

Lortas calló, satisfecho. Hacía mucho tiempo que no se embarcaba en un relato en lengua celtíbera y hacerlo le había transportado a aquellos años lejanos de cobertizos a pie de mina y talleres caldeados por los hornos de fundición, en tierras de lobetanos y turboletas.

—Sed bienvenidos, Abarien, Lortas y Anglea —dijo Meronio tras ponderar un instante la narración del íbero—. Argantio es amigo de nuestro pueblo y a vosotros os recibimos también como tales. Además, estamos en deuda con vosotros: ese jinete era una gran amenaza. Pero decidme: ¿qué hay de Orissón, vuestro rey? No te he oído mencionarlo. ¿Y de los celtíberos que luchan con Amílcar?, ¿sigue Tilego dispuesto a cambiar sus lealtades?

Fue ahora Abarien quien se apresuró a contestar, considerando su imperfecto dominio del celtíbero un mal menor que el entusiasmo de Lortas, a

menudo inclinado a la imprudencia.

—Orissón está bien, luchando por su pueblo —nadie podría acusarle de haber mentido—. Y Tilego envió un mensaje a la ciudad antes de nuestra partida: él y los suyos están dispuestos a luchar contra Amílcar.

Tal y como Orissón les había indicado, omitió cualquier mención a los ocho talentos de oro que el lusón les había exigido a cambio de su defección. Sin duda, su rey debería explicarles muchas cosas cuando se encontraran a solas.

Pero aún debieron esperar un largo rato para ello. La curiosidad de unos y otros tardó buena parte de la mañana en saciarse, y cuando la reunión se deshizo en pequeños grupos, el sol ya estaba alto y el canto obsesivo de las chicharras acuchillaba el aire.

Anglea se sentó bajo una de las encinas más apartadas junto a su gente. Miró a su padre con súbita atención, como si una vez más necesitara asegurarse de que estaba allí, fatigado y cubierto de polvo, con una herida aún cicatrizando en la espalda pero de nuevo a su lado. «No sé qué habría hecho si hubiera sido tuya una de aquellas sepulturas —pensó, sintiendo al tiempo una punzada de pérdida por aquellos valerosos hombres de Hélike que, ellos sí, habían encontrado la muerte en el cruce de caminos—. Malditas guerras; acaso algún día los dioses hagan entender a los hombres que no son esos los sacrificios que les requieren». Se esforzó en desviar el pensamiento hacia otro lado y advirtió que el guerrero ólcade, Gerión, se había unido a ellos con ese amigo suyo, alto y con los ojos de un azul como arrancado de la bóveda del cielo, Sanio, o Sunio, creía haber entendido que se llamaba. Miró de nuevo a Gerión con curiosidad y gratitud. Según le había susurrado su padre al oído cuando caminaban al encuentro de los ólcades, ese joven le había salvado la vida abatiendo con sus flechas a dos perseguidores cartagineses.

—Gracias, Gerión.

Se sorprendió por haber expresado su agradecimiento en voz alta y por un momento pensó que iba a ruborizarse. El guerrero sonrió e hizo un gesto de asentimiento, aceptando su gratitud con sencillez.

Junto a los dos jóvenes ólcades estaba también el niño, Mimbro, que poco antes había llegado al campamento al frente de la caballada de los suyos, reclamando con urgencia que alguien le contara lo ocurrido y lamentando con amargura infantil no haber tomado parte en el ataque. Tras unas apresuradas explicaciones de su hermano, quedó en silencio mirándola con ojos como platos, con una suerte de devoción que no menos que a ella le mostraba a su

padre, y al propio Gerión. Descubrió de pronto cuánto le gustaba aquella gente.

Almorzaron sin prisa queso y pan seco, bellotas y carne ahumada, poniéndose al corriente de sus respectivos azares desde que, casi tres semanas atrás, el rey de Hélike abandonara la ciudad por la poterna oculta en la muralla. Argantio relató su historia, que, por ya conocida, Gerión pudo seguir en su todavía rudimentario íbero: la decepción ante las puertas de Belgeda, el encuentro con Magón y la aparición providencial de Gerión —en este punto Anglea le dirigió una mirada tan luminosa que lo dejó aturdido—, la asamblea de Cirmo y el viaje a Arecorata, la jovial resolución de Buntalos, las huellas frente a las sepulturas de sus compañeros en el regreso, el encuentro con Mimbro y la narración de este.

—¿De modo que te aventuraste solo en mitad de la noche —preguntó Anglea al niño—, arriesgando tu vida para precaver a los tuyos? Eres un muchachito muy valiente.

Mimbro le sostuvo la mirada con el mismo aire de feliz expectación que muestran los perros cuando son alabados. A todas luces no había entendido una sola palabra, pero había reconocido su nombre en el relato de Argantio y sabía que la muchacha le había expresado su admiración. A punto estuvo de quitarse la túnica para mostrarle la herida del hombro, aún protegida por un paño. Su hermano le tradujo el comentario de Anglea y Mimbro se incorporó, haciendo un gentil gesto de agradecimiento.

—De modo que esta es nuestra historia —concluyó Argantio conteniendo la risa—, que no habría podido reunirse con la vuestra de un modo más oportuno. Ahora hablad vosotros, que me come la impaciencia. ¿Cómo está realmente la ciudad? ¿Han caído muchos de los nuestros, quedan aún alimentos, resisten las murallas y se mantienen animosos los corazones?

—¡Poco a poco, Argantio! —exclamó Lortas con una risotada—. No hay otra forma de responder preguntas que de una en una; ¿qué fue de tu circunspección y tu mesura? Pareciera que una semana con los celtíberos haya bastado para contagiarte su proverbial impaciencia. Sosiego, Argantio, sosiego —concluyó, comenzando a encontrar divertidas las posibilidades que abría la identidad fingida de Orissón. Naturalmente, nunca se le habría ocurrido, allá en Hélike, dirigirse a su rey con tanta sorna y familiaridad.

Como si algún dios quisiera a su vez gastarle una broma a Lortas, en ese momento Ariolaco llamó a Saunio a grandes voces.

—¡Vamos, Saunio, holgazán, que es tu turno de montar guardia! ¿Es que pretendes pasarte ahí sentado todo el día?

El joven se irguió musitando una protesta y se encaminó al encuentro de su padre. Con él abandonaba el grupo el único que ignoraba quién era en realidad Argantio.

—¿Así que «sosiego, Argantio, sosiego»? ¿«Qué fue de tu circunspección y tu mesura»? —El rey contempló a Lortas con una severidad tan teatral que hizo reír a todos, excepto al pobre armero—. Ya hablaremos de tus dotes de actor cuando volvamos a casa. Tal vez cuidando piaras de cerdos encuentres un público a la altura de tu talento.

Lortas pareció absolutamente consternado.

—Solo pretendía darle verosimilitud a todo esto. Te pido disculpas, Orissón.

—¡¿Cómo que Orissón?! —exclamó Argantio en voz baja—. ¿Aún no te has metido en tu dura mollera que aquí soy Argantio? ¡¡Argantio!! ¡No se te ocurra llamarme de otro modo!

El desconcierto de Lortas fue ya tan completo que todos rompieron a reír a carcajadas. Argantio, con lágrimas en los ojos, dio una amistosa palmada en la espalda del tantas veces burlador, ahora burlado.

—Tranquilo, Lortas, era broma. Pero vamos a las respuestas a mis preguntas, aunque sean de una en una.

—Hélike resiste, Argantio —terció Abarien—, Albendi está dirigiendo bien la defensa y nadie da muestras de desfallecer. Pero eso no significa que la situación no se esté volviendo desesperada. Son miles las bocas que hay que alimentar allá adentro y las salidas de los forrajeadores son cada vez más arriesgadas e infructuosas; estimo que en dos o tres semanas el hambre se adueñará de la ciudad, si antes no lo han hecho los cartagineses. El último ataque de los púnicos a punto estuvo de desbaratar nuestra defensa; esos demonios se plantaron delante de la muralla en grandes torres de madera desde las que tomaron posiciones en el camino de ronda.

—¡Así que tienen torres de guerra! —interrumpió Argantio—, ¡por todos los dioses, he oído hablar de ellas! Un grupo de guerreros de Edeta que combatieron en Sicilia con el Bárquida me contaron prodigios de esos ingenios; se dice que los griegos de Siracusa sufrieron grandes pérdidas por su causa, y que no fueron pocos los reveses que infligieron con ellos a los romanos los ingenieros de Cartago. Pero me temo que otras sorpresas nos esperan —el rostro de Argantio se ensombreció— si Amílcar cuenta con ellos también aquí, en Ispania. Los edetanos vieron en acción muchas otras cosas:

máquinas capaces de arrojar piedras gigantescas, arietes formidables… ¡Pobre Hélike! Se enfrenta a una fuerza que solo Roma ha sido capaz de resistir.

—Entonces —intervino Gerión, incapaz de mantenerse al margen de la conversación— ¿por qué no pedimos ayuda a Roma, si es tan poderosa y odia a Cartago como nosotros?

En los últimos años las noticias de ese pueblo que había obligado a los púnicos a abandonar Sicilia con el rabo entre las piernas habían llegado hasta los montes celtíberos, haciendo aparecer en la imaginación de Gerión a los romanos como guerreros fabulosos.

—No estaría mal —contestó Argantio—, pero están demasiado lejos como para llegar hasta ellos a tiempo y me temo que nos ignorarían como el buey ignora a la hormiga que pisa. Además, al menos formalmente siguen sujetos al tratado de paz que firmaron hace una década, cuando Amílcar tuvo que rendirse en su fortaleza del monte Érix tras la destrucción de la flota cartaginesa en las islas Égates. Alguno de mis amigos edetanos estuvo allí y lo vio con sus propios ojos; dicen que Cartago se comprometió a pagar a Roma una fabulosa cantidad de dinero y que por eso el Bárquida vino a Ispania, a saquear nuestras ciudades y apropiarse de las minas.

—Pero tal vez los romanos empiecen a preocuparse —apuntó Abarien, con expresión meditabunda—, los púnicos ya han ocupado aquí un territorio mayor y más rico que el que perdieron en Sicilia. En Kástulo se cuenta que, poco después de que Amílcar iniciara la construcción de Akra Leuke, recibió una embajada desde la mismísima Roma enviada para averiguar sus propósitos. No creo que los romanos deseen que su enemigo vuelva a hacerse demasiado poderoso.

—Quién sabe —concluyó Argantio, encogiéndose de hombros—, tal vez un día veamos por estas tierras no embajadores, sino grandes ejércitos enviados por Roma. Pero algo me dice que no será para nuestro bien. En fin —el hombre suspiró largamente—, volvamos a Hélike, nunca terminaremos de contar nuestras historias si elegimos senderos que llevan tan lejos.

—El caso es que, a pesar de sus máquinas —continuó Abarien—, los libios y celtíberos que Amílcar mandó contra nosotros fueron rechazados y dejaron no menos de trescientos muertos en el campo.

—¡Andíbil y Biurtites dirigieron la última carga en la muralla —interrumpió Anglea, impaciente por el ritmo pausado y reflexivo de Abarien —, mientras todos arrojábamos proyectiles desde los tejados! ¡Tendríais que haberlo visto! Los libios saltaban como ratas asustadas mientras las torres

ardían por los cuatro costados. Creo que se lo pensarán dos veces antes de volver a por más.

—¿Y los celtíberos? —interrogó Gerión, con una arista de tristeza en su voz. La idea de que hombres de su pueblo estuvieran dando su vida por Cartago —«por un puñado del oro de Cartago», se corrigió mentalmente— se le hacía insoportable—. ¿Combatieron con valor?

En la mirada de Anglea había un brillo de admiración cuando le contestó.

—Se comportaron tan valerosamente como los nuestros, Gerión, lucharon y murieron como hombres de honor a pesar de que su lealtad hacia el Bárquida ha desaparecido casi por completo. En la noche posterior a la de la batalla, su jefe Tilego nos envió un mensaje con un forrajeador de los nuestros, que sus guerreros habían capturado. Los celtíberos del ejército púnico aceptan nuestra propuesta y se pasarán a nuestro lado si reciben los ocho talentos de oro que Amílcar les prometió como pago por la campaña.

—Es una magnífica noticia —sentenció Argantio—; con los tres mil guerreros de Tilego y el ejército que están reuniendo los ólcades podremos hacer frente a Amílcar incluso a campo abierto.

—Solo si el auxilio llega a tiempo y somos capaces de reunir los ocho talentos que exige el lusón —dijo Abarien, visiblemente incómodo por tener que morigerar el entusiasmo de su rey. Miró de reojo a Gerión y titubeó un instante, preguntándose si debía seguir hablando en presencia del guerrero ólcade. Devolvió la mirada a Argantio y este, leyendo la pregunta en ella, le hizo un gesto afirmativo—. El anciano Alorcus ha recorrido toda la ciudad requiriendo hasta la más pequeña pieza de oro y no ha conseguido más que tres talentos; el Consejo nos ha enviado no solo a saber de ti y traerte noticias, sino también a ayudarte a conseguir los otros cinco talentos que nos faltan. Tilego fue muy claro: no aceptará excusas ni promesas. Tal vez la suerte de Hélike dependa de ese oro.

—¿Y de dónde vamos a sacar cinco talentos de oro en tan poco tiempo?

La pregunta de Argantio pareció más dirigida a sí mismo que a sus acompañantes.

—Argantio…

El oretano miró a Gerión; no le había pasado desapercibida la súbita severidad en la voz del joven.

—¿Sí, Gerión?

—Tienes que hablar con Meronio, no puedes esperar más. Es preciso que conozca las nuevas dificultades a que nos enfrentamos.

Argantio se mesó la barba.

—Lo sé. Te aseguro que lo haré en cuanto tenga ocasión.

Gerión asintió en silencio, sosteniendo durante un largo instante la mirada de su amigo. Al fin se levantó, hizo una breve inclinación de cabeza y echó a caminar hacia el extremo del campamento donde Saunio hacía guardia. Argantio lo observó alejarse, frunciendo el ceño en un gesto contrito y preocupado.

—Es mucho lo que le estoy pidiendo a este joven; salvarme la vida le ha supuesto una pesada carga. Quiere que le explique a su jefe Meronio las condiciones que ha puesto Tilego para pasarse a nuestro lado, y es justo que así sea, pero antes tengo que ser capaz de encontrar una forma de conseguir ese oro…

—¿No nos lo pueden proporcionar en préstamo los propios ólcades? —sugirió Lortas—. Esta gente parece de lo más amistosa; están dispuestos a jugarse la vida por nosotros, y no creo que le tengan más aprecio a sus ahorros que a sus pellejos.

Argantio negó con la cabeza.

—No. Esta es tierra de plata, no de oro. Probablemente solo Buntalos, el jefe de Arecorata, podría reunir una cantidad tan grande, y no nos ocultó su aprecio por el dinero; incluso ha creado una ceca para acuñar moneda y acrecentar el poder de su ciudad. Con su participación en la guerra los ólcades esperan derrotar a un enemigo odiado y cada vez más peligroso y obtener ventajas territoriales, pero también conseguir un botín. Si les pedimos el dinero pensarán que los tomamos por estúpidos o que tratamos de engañarlos. De modo que habrá que buscar en otro sitio: tal vez en Kástulo o en Ipolka. Son ciudades más ricas que Hélike y estoy seguro de que harían cualquier cosa por sacudirse de encima el yugo de los púnicos. O acaso Iaspis, que está más próxima…

Un pesado silencio siguió a las palabras de Argantio. La posibilidad de obtener una cantidad de oro tan formidable en ciudades situadas a muchos días de marcha parecía remota, habida cuenta del escaso tiempo de que disponían, pero ni siquiera Abarien expresó sus dudas en voz alta. Estaban disfrutando de un día de reencuentro que nadie quería arruinar recordando a los otros las muchas amenazas que aún pendían sobre ellos.

—¿Y qué hay de nuestro pequeño Argonio, Anglea? —preguntó Argantio con una sonrisa triste, sabiendo que a ninguno le pasaba por alto su deseo de cambiar de tema—, ¿también él está sobrellevando el cerco con coraje?

—Está bien, padre, obedeciendo sin rechistar las órdenes que recibe, junto a los demás niños, de los ancianos. Reúne piedras para los honderos, busca la

poca leña que aún queda para los hornos de las armerías, ayuda en la reparación de las murallas y en el cuidado de los heridos. Pero no ha pronunciado una sola palabra desde que te fuiste, y ni siquiera yo puedo saber lo que hay en su corazón. Trató de evitarlo, pero rompió a llorar cuando me despedí de él; creo que habría dado cualquier cosa por acompañarme. Por mucho afecto que le brinden la vieja Estereia, el tío Enneges y toda la familia, debe de sentirse terriblemente solo. No puedo dejar de acordarme de él.

Argantio abrazó a su hija y ambos quedaron callados, confortándose mutuamente.

Una llamada en celtíbero vino a interrumpir la escena. Aquí y allá, grupos de hombres comenzaron a caminar hacia el centro del campamento, donde Meronio esperaba con los brazos cruzados sobre el pecho, acompañado por Ariolaco, Bitis y Cormieros. Aunque el calor todavía era sofocante, el sol comenzaba a caer lentamente hacia el horizonte, con una trayectoria que señalaba la dirección de Cirmo, como si quisiera recordarles a todos la tarea que les aguardaba. Una tarea comparada con la cual el ataque de esa mañana parecía el entretenimiento de una cuadrilla de niños.

Se acercaba la hora de ponerse en marcha.

CAPÍTULO XIV

EL corazón de Gerión palpitaba con tanta violencia que este temió que terminara por delatarlo. Miró a sus compañeros, agazapados tras espesos arbustos de enebro en la linde del bosque. Saunio y Avalo llevaban, como él, el arco a la espalda y una fina jabalina de hierro en la mano, mientras que Anglea no dejaba ver otras armas que las hondas anudadas alrededor de su melena negra. Los tres tenían toda su atención puesta al frente, en la muralla, donde eran claramente visibles las siluetas de los soldados enemigos. Se demoró un momento en Anglea, congratulándose una vez más de que Meronio hubiera decidido incluirlos en el mismo grupo, junto a Saunio y Avalo, un joven guerrero con fama también de buen arquero. De la puntería y el sigilo de ellos cuatro dependía en gran medida el éxito del ataque. «Y de Mimbro, naturalmente». Volvió a observar el perfil de Cirmo, a no más de dos tiros de arco de donde se encontraban, convertido por obra del atardecer en un mosaico de brillantes manchas de sol y densas sombras. «Tres hombres en el torreón de poniente, dos recorriendo cada lienzo de la muralla y dos más sobre la puerta de levante», recontó mentalmente.

—El sol está a punto de ponerse —susurró Saunio.

En efecto, el gran disco dorado, hinchado como si no hubiera dejado de crecer a lo largo del día, comenzaba a desaparecer tras las colinas del oeste. El zumbido de los insectos se intensificó de pronto, poniendo en el aire un timbre de urgencia o pérdida; hasta el perfume amargo y resinoso de los enebros pareció cobrar nuevos bríos. Todo estaba a punto de comenzar. Hacía poco rato que habían visto a Mimbro aproximarse a la puerta del poblado con un pequeño rebaño de ovejas traído de Ersibannos, aprovechando para pasar desapercibido la hora en que las mujeres y los niños volvían de los campos; como habían anticipado, los púnicos mantenían a los hombres recluidos en el poblado. Gerión había contenido el aliento mientras Mimbro pasaba junto a los centinelas de la puerta, un púnico y uno de los hombres de Asúrix, temiendo que a alguien le llamara la atención su llegada tras dos días de ausencia, pero nada había ocurrido.

—Escuchad.

El agudo oído de cazadora de Anglea había sido el primero en advertirlo, pero pronto fue evidente para todos: desde el sur, amortiguado por la masa

terrosa del poblado, llegó el rítmico rumor de caballos al galope. Un grito en lengua púnica se alzó de las murallas de Cirmo.

—Jinetes —tradujo la oretana.

—¡Jinetes!

Uno de los centinelas apostados en las defensas de la puerta del poblado alzó el brazo señalando hacia el camino y volvió a gritar: «¡jinetes!».

Todos los cartagineses sobre la muralla se apresuraron a otear en la dirección indicada mientras un mensajero corría en busca de Magón, quien consumía la impaciencia de la espera avergonzando en ejercicios de esgrima a Asúrix y los suyos. Para cuando ambos llegaron al parapeto, sudorosos y jadeantes, era ya bien visible un grupo de media docena de jinetes que cabalgaba hacia Cirmo. Aunque la sombra que se derramaba desde las colinas los había envuelto ya en una densa penumbra, no cabía duda de que vestían túnicas rojas y estaban tocados con yelmos de bronce.

—Son cartagineses —dijo alguien.

Magón supo de inmediato que había problemas. Si aquellos jinetes formaban parte del destacamento que guardaba el camino —y, que él supiera, no había otros soldados cartagineses en varios días de marcha a la redonda—, nunca habrían debido abandonar su posición sin que él lo autorizara.

No tuvo tiempo de buscar explicaciones. De pronto, desde el oscuro encinar que bordeaba el camino, un segundo grupo de gente a caballo irrumpió en este, cortando el paso a los suyos. Los recién llegados superaban la docena y llevaban una indumentaria bien distinta: túnicas pardas o grises, coseletes de cuero, brillantes protectores pectorales de metal, pequeños escudos circulares y espadas desenvainadas.

—¡Celtíberos, van a atacar a los nuestros! —La voz de Magón dejó traslucir todo el desconcierto que le producía lo que estaba viendo; ¿de dónde habían salido aquellos guerreros, dónde estaba el resto del destacamento que había dejado esperando al oretano y a los emisarios ólcades?—. ¡Rápido, mi caballo y mis armas! —gritó—. ¡Gimialcón, quiero al retén de guardia formado ante la puerta ahora mismo, vamos a salir a ocuparnos de esos bárbaros! ¡Y que los arqueros tomen posiciones en los parapetos! Tú también vienes, Asúrix, apresúrate —añadió, mirando al ólcade con un filo de desconfianza en las pupilas.

Corrió escaleras abajo mientras el gemido de un cuerno inundaba el poblado, sacando a los habitantes de Cirmo de sus casas y empujando a los soldados púnicos acantonados en la ciudadela del torreón a un frenesí de

preparativos para aprestarse al combate, en medio de una confusión de órdenes y relinchos nerviosos. Poco después, una veintena de jinetes partía al galope por la calle central del pueblo, levantando del enlosado de piedra un estruendo de cascos y obligando a apartarse apresuradamente a los ólcades que trataban de averiguar lo que ocurría. Para cuando alcanzaron la puerta del poblado, Magón les esperaba ya montado en su caballo, flanqueado por Gimialcón, uno de sus oficiales más veteranos, y el celtíbero Asúrix.

Magón se colocó el yelmo de bronce, con su característica crinera roja, y empuñó el escudo con la enseña del ejército de Amílcar en Ispania: el caballo negro, rampante sobre un fondo blanco. La calma del atardecer trajo a sus oídos alaridos y ruido de armas amortiguados por la distancia; el combate en el camino había comenzado.

El púnico miró al frente con sus helados ojos negros y sonrió. Tomó la rienda y su montura se puso en marcha, rompiendo a galopar tan pronto como la puerta del poblado quedó atrás.

Justo después de que el cuerno extendiera su timbre de metal en el aire de la tarde, vieron cómo toda la atención de Cirmo se volvía hacia el sur. Fue como si el poblado entero se escorara, vertiendo hacia la muralla del mediodía un cargamento mal estibado de hombres de armas púnicos y celtíberos, y las miradas, indecisas entre el temor y la expectación, de los ólcades que por una vez se ponían del lado de los atacantes, fueran quienes fuesen. Como había ordenado Magón, los arqueros se colocaron en las defensas de la puerta y en los tramos de los parapetos más próximos a ella; entre ellos, todos los soldados que no cumplían turno de vigilancia se agolparon para seguir el curso de lo que aconteciera. Incluso los dos centinelas del lienzo norte de la muralla se acercaron, tratando de encontrar un lugar de observación ventajoso, hasta las inmediaciones de la puerta.

Gerión hizo un gesto de asentimiento: eso era lo que habían esperado.

—Vamos.

Su voz puso al grupo en movimiento, iniciando el descenso de la colina en la media luz. Avanzaron buscando la protección de piedras y arbustos, con el sigilo de quienes han pasado muchas horas en el bosque acechando corzos y jabalíes, hasta la estrecha vaguada, cuadriculada de huertos e hileras de frutales, recorrida por el río; lo vadearon y poco después llegaron al pie del promontorio sobre el que se alzaba el poblado. Se detuvieron al escuchar un estruendo de caballería que hacía vibrar la tierra y acometieron después el ascenso de la pendiente pedregosa que conducía hasta la muralla. Se sentían

ahora agudamente conscientes de su visibilidad; bastaría con que un centinela se asomara al parapeto para que los arqueros cartagineses los cazaran como a conejos. El rumor de una nueva cabalgada llegó hasta ellos saltando por encima del poblado, y después un clamor de voces, y supieron que debían apresurarse.

Al alcanzar la base de la muralla, Gerión escrutó durante un largo instante, mirando hacia lo alto, la superficie de piedra revestida de arcilla.

«Nada», se dijo, desconcertado.

Un nítido entrechocar de metales les avisó de que había comenzado el combate en el camino.

Los demás le dirigieron miradas interrogativas y el guerrero se encogió de hombros. Notó que se le secaba la garganta al pensar, por primera vez, que pudiera haberle ocurrido algo a Mimbro.

Tendrían que intentar trepar por algún punto de la pared…

Un golpe sordo interrumpió sus pensamientos y allí estaba, exactamente donde habían acordado, una gruesa soga balanceándose con suavidad desde la altura. Se sujetó la jabalina en el cinturón, se secó en la túnica el sudor de las palmas de las manos y ascendió ágilmente hasta asomarse al parapeto. Más allá de los tejados, el atardecer convertía ahora a los soldados enemigos en siluetas recortadas contra el cielo ceniciento. A la izquierda, en el entorno de la puerta, había unos cuarenta de ellos, siguiendo con ruidosas exclamaciones el combate que estaba teniendo lugar más allá, en el camino. A la derecha, a una distancia de treinta pasos, los tres centinelas sobre el torreón estaban igualmente pendientes de lo que ocurría.

—Gerión…

La cabeza de Mimbro apareció al otro lado del camino de ronda, en el punto donde la soga se apoyaba en el borde interior del muro para descender hasta el interior de la casa. El niño sonrió.

—¿Madre e Irmán? —susurró Gerión.

—Aquí abajo, esperándote. Dice madre que los guerreros leales a Meronio están encerrados en la planta baja del torreón. Son cuarenta y tantos, algunos de ellos heridos. Hay guardias púnicos en el patio y la puerta de la ciudadela.

—Gracias, hermano, ahora vuelve adentro.

Mimbro se deslizó al interior de la casa por la trampilla del tejado y Gerión se volvió para dar cuenta de las noticias a sus compañeros. Sin esperar respuesta, se encaramó sobre el parapeto y pasó al otro lado, quedando en

cuclillas en el camino. Preparó el arco mientras, uno tras otro, Avalo, Saunio y Anglea aparecían a su lado.

En ese instante, alertado por algún ruido o por su instinto, uno de los vigías del torreón se volvió y dio un respingo de sorpresa al verlos. Dudó un momento, confundido acaso por la escasa luz y la profusión de acontecimientos, y, cuando al fin se decidió a dar la voz de alarma, la flecha de Gerión se le hundió en la garganta. El hombre dejó escapar mezclados un gemido y un borbotón de sangre y cayó al suelo. Sus compañeros se volvieron a tiempo de recibir de frente los dardos de Avalo y Saunio, en el rostro el primero de ellos y en el pecho el segundo. La cota de malla salvó la vida de este último, quien comenzó a chillar con el timbre agudo y urgente de los cerdos cuando son sacrificados, hasta que una nueva flecha salida del arco de Gerión le entró con un silbido hambriento por la boca abierta.

A partir de entonces todo transcurrió a velocidad de vértigo. Anglea saltó al interior de la casa de Gerión por la trampilla y los guerreros echaron a correr hacia el torreón empuñando las jabalinas de hierro. En el otro extremo de la muralla los gritos del centinela habían alertado ya al grueso de la tropa púnica de la presencia de los intrusos, y un grupo de hombres comenzó a acercarse con gran rapidez por el camino de ronda, mientras algunas flechas caían, inocuas por la distancia, en los tejados.

Cuando los tres ólcades alcanzaron la intersección de la muralla con el muro de la ciudadela, comprobaron que Mimbro estaba en lo cierto. Había dos soldados cartagineses en el patio, junto a la puerta del torreón, y dos más en el exterior, guardando la entrada al recinto. Estos últimos reconocieron de inmediato a los recién llegados como enemigos, y no dudaron en lanzar sobre ellos sus jabalinas. Aprovechando su posición de ventaja sobre la muralla, los ólcades eludieron sin dificultad las pesadas lanzas de los púnicos colocando al tiempo nuevas flechas en sus arcos. Avalo lanzó la suya a hundirse en el vientre de uno de los dos soldados y, saltando al interior del poblado, desenvainó su espada para enfrentarse al segundo, mientras Gerión y Saunio atacaban a los guardianes del patio de la ciudadela, quienes, rodeados por las altas paredes, miraban desconcertados a su alrededor, incapaces de interpretar los gritos repentinos y el silbido de las flechas, invisibles en la creciente oscuridad. Uno de ellos cayó con un dardo clavado en la garganta, pero el yelmo de bronce salvó la vida del otro, y Saunio corrió por la escalerilla de piedra adosada al muro para ocuparse de él.

Sin perder tiempo, Gerión alcanzó el muro del torreón que ponía fin al camino de ronda y subió de un salto hasta la plataforma superior, donde los

cuerpos de los centinelas yacían sin vida, con las flechas apuntando al cielo como si hubieran caído de él; miró hacia la muralla sur y vio que la tropa de enemigos se hallaba ya casi a la distancia de un tiro de arco. «No hay tiempo, no hay tiempo», se dijo, escuchando con el corazón en vilo el entrechocar de metales de los combates de sus compañeros; en unos instantes Avalo quedaría al alcance de los púnicos.

En ese momento se escuchó un crujido seco y el primero de los cartagineses que acudían cayó al suelo. Un instante después un segundo hombre lanzó un breve gemido y se desplomó sobre el parapeto, desapareciendo tras él. Todos los demás se detuvieron, protegiéndose con los escudos y mirando a su alrededor. «¡Bien, Anglea, así se hace!». Gerión pensó en la muchacha, manejando la honda con letal precisión desde el patio de su propia casa, y sintió que un intenso calor le inundaba el pecho. Cada cual estaba haciendo su parte; todos dependían ahora de que él mismo no les fallara.

De una patada apartó el cuerpo de uno de los púnicos, dejando al descubierto la trampilla que comunicaba la plataforma exterior del torreón con la cámara del primer piso. Retiró el grueso cerrojo de hierro, alzó la portezuela y saltó al interior, alzando un gran estrépito al caer sobre un suelo de tablones. Un rumor de voces celtíberas se coló por los intersticios. Tal y como había dicho Mimbro, allá abajo, en la sala que ocupaba la planta baja, estaban encerrados los hombres leales de Cirmo y él iba a sacarlos de allí con ayuda de Anglea, Saunio y Avalo.

La estancia donde se encontraba estaba apenas iluminada por una tea sujeta a un muro, que, más que luz, arrojaba a las paredes sombras que se agitaban como oscuras bailarinas. En su derredor se amontonaban en desorden toda suerte de armas, pertenecientes sin duda a los guerreros que Magón y Asúrix habían hecho prisioneros.

En el suelo había una segunda trampilla, igualmente con un cerrojo de hierro, que Gerión se apresuró a deslizar, produciendo un chirrido que alzó un nuevo rumor del piso inferior.

Al abrir la portezuela y asomarse a ella, una vaharada de aire caliente y fétido, denso de días de encierro, respiraciones y murmullos, le golpeó en la cara. Docenas de hombres se apiñaban allá abajo en una oscuridad casi completa, todos con la mirada alzada al rectángulo de luz que se había abierto en el techo, incapaces de identificar en el contraluz a la silueta que se recortaba en él.

—¡Hermanos, soy Gerión! —gritó—, ¡hemos venido a echar de Cirmo a esas ratas púnicas!

Los hombres estallaron en un rugido de júbilo. Una voz rotunda como un trueno se alzó sobre las demás:

—Nunca pensé que un día me alegraría tanto de oír tu voz, Gerión. Pero ahora danos nuestras armas y abre esa puerta y nosotros mismos nos ocuparemos de los que nos encerraron aquí. Tenemos algunas deudas que saldar.

—Pues quítate de en medio, Alisocos —contestó Gerión, reconociendo al hombre que había hablado—, si no quieres que te caiga un hacha en la cabeza y tus deudas tengan que esperar al reino de los muertos. Aunque, tal y como huele, cualquiera diría que es allí donde habéis pasado los últimos días.

Acompañado por las risotadas de los guerreros, Gerión inició una actividad frenética, tomando grandes brazadas de armas y dejándolas caer por la trampilla, llenando el aire de polvo y estrépito de metal. Había hecho poco más que empezar cuando un nuevo griterío le advirtió de que la puerta exterior se había abierto.

—¡Saunio! —gritó alguien—, ¿pero es que solo los cachorrillos os habéis atrevido a venir a liberarnos?

«¡Bravo, Saunio! —se regocijó Gerión—, ya sabía yo que un cartaginés asustado no sería rival para ti».

Mientras los hombres que ya se habían provisto de armas comenzaban a abandonar la estancia lanzando grandes gritos, Gerión descolgó de uno de los muros la escalera de madera que servía para comunicar los pisos del torreón y descendió hasta los que aún esperaban, siendo recibido con vítores y abrazos.

—¡Rápido, subid a por lo que queda y venid todos!

Se abrió paso hasta la puerta y salió al patio, en el centro del cual Saunio, con la espada empapada de sangre aún en la mano, daba instrucciones a los hombres que se arremolinaban a su alrededor.

—¡Alisocos, toma a todos los hombres que puedas y haceos fuertes en la muralla sur, los cartagineses vienen por ella hacia aquí! ¡Y ayudad a Avalo a abrir la puerta de la ciudadela o nos cazarán como a conejos! ¡Licinos, tú ocúpate del muro norte con media docena de guerreros!

Desde el exterior llegó un gemido entrecortado, el impacto sordo de un cuerpo al caer al suelo y, un instante después, un clamor de voces más distante.

Durante un único pero angustioso latido Gerión pensó que tal vez fuese Avalo el hombre que acababa de morir al otro lado del portón, y que si este no

se abría de inmediato sería demasiado tarde para acudir en ayuda de Anglea. Si no eran capaces de tomar el control de Cirmo, el resultado del combate en el valle sería irrelevante y serían derrotados. Un escalofrío le perló la frente de gotas de sudor. «No abandones ahora a los guerreros ólcades, Cosus —murmuró entre dientes—, acepta el sacrificio que te brindamos y que esta noche sea la sangre de nuestros enemigos la que sacie tu sed».

Al acabar la plegaria, el portón tembló con un chirrido de hierro y se abrió de golpe, enmarcando en su vano la figura de Avalo. El joven dio un paso al frente y se desplomó de bruces, quedando inmóvil en el suelo.

—¡Que alguno de los heridos se ocupe de Avalo! —urgió Saunio, saltando sobre el cuerpo de su compañero para ganar la calle—, ¡los demás conmigo!

El exterior estaba sumido en una densa penumbra; evidentemente, ningún anciano se había atrevido a hacer la ronda para prender las teas al anochecer. La única luz provenía del extremo opuesto de la muralla, donde entre la tropa de Magón y de Asúrix se encendían antorchas, y del último aliento del día en el cielo pizarroso, contra el que se recortaba el destacamento que avanzaba por el lienzo sur, obstaculizado por los proyectiles de Anglea, en dirección a la ciudadela. La oretana había ganado el tiempo justo para que Alisocos y los suyos pudieran tomar posiciones, desafiando al enemigo con aullidos y burlas. Un momento después comenzó el intercambio de flechas y jabalinas.

Saunio miró a Gerión y sonrió, los ojos azules brillantes de exaltación. En su derredor se había reunido una veintena de guerreros iracundos, impacientes por cobrarse la humillación y la derrota y los dos días interminables que habían permanecido encerrados como animales.

—Tenemos que ganar el control de la puerta principal —dijo Saunio—. No tengáis piedad con los púnicos, pero respetad la vida de los ólcades de Asúrix si tiran las armas. Pelead por Brigantio: que la sangre de los enemigos haga su alma querida a los dioses.

—¡Por Brigantio! —contestaron todos, golpeando con las espadas el *umbo* de bronce de sus *caetras*.

—Por Brigantio —repitieron al unísono Saunio y Gerión, y echaron a correr calle abajo seguidos por los demás.

Magón espoleó su caballo, devorando a gran velocidad el espacio que le separaba del lugar donde se desarrollaba el combate en el camino. Uno de los suyos había caído ya y la superioridad numérica de los celtíberos acabaría con los demás si él y su tropa no llegaban a tiempo para impedirlo. Cuando

alcanzó por fin la distancia de tiro, arrojó su jabalina contra un guerrero ólcade de gran corpulencia que acababa de destrozar, con un hacha gigantesca de doble filo, el escudo de uno de los cartagineses. La lanza astilló el disco de madera de la *caetra* del celtíbero y se clavó en su hombro, arrancando del hombre un rugido de dolor. Magón desenvainó la espada y se lanzó a completar la tarea, pasó junto al cartaginés sin mirarlo y descargó un mandoble brutal que el ólcade apenas pudo detener con el magnífico acero de la suya.

Entonces, como siempre ocurre en el corazón de las batallas, el tiempo pareció detenerse y la estridencia del metal, de los gritos y los relinchos se licuó en un furioso latido acompasado con el de su pecho y sus sienes. Mientras los suyos se incorporaban a la lucha, su mirada se encontró con la del ólcade por encima de los hierros cruzados. En las pupilas grises del hombre leyó arrebato y dolor… y algo más. Tal vez un atisbo de sonrisa, un enigma.

De pronto tuvo la certeza de que algo iba mal, terriblemente mal.

Golpeó con su escudo el de su adversario, aún con la jabalina clavada en él, y se giró.

El soldado con uniforme cartaginés a quien acababa de salvar se abalanzaba sobre él con la espada en alto. No era púnico, ni itálico. Bajo el yelmo de bronce asomaban una cabellera roja como el fuego y triunfantes ojos azules.

En un estallido de claridad comprendió la magnitud de su propia estupidez: había sido engañado por un enemigo al que consideraba bárbaro y salvaje. Clavó cruelmente los talones en los ijares de su caballo y este se alejó de un brinco.

—¡Es una trampa! —bramó—, ¡los que llevan nuestro uniforme son también celtíberos!

Sus hombres ya lo habían descubierto: tres habían caído de sus monturas y los demás parecían aún desbaratados por la sorpresa.

—¡Todos a mí, reagrupaos conmigo!

Estaba tenso y vibrante como la cuerda de un arco, hambriento de venganza.

Y en ese momento, desde el encinar asomado a lo alto del terraplén, llegó primero una voz y luego un rumor silbante, y una docena de flechas, apenas visibles en la luz moribunda, se abatió sobre ellos. Una fue a clavarse profundamente en su muslo, otras hicieron blanco entre sus soldados. Aullando como un demente, desvió con su escudo el nuevo ataque del bárbaro

vestido con el uniforme de Cartago y le hundió la espada en el vientre. Miró a su alrededor y vio cómo Asúrix, acosado por un celtíbero grande y majestuoso cubierto de torques, volvía grupas e iniciaba la huida; tan solo seis o siete de los suyos aún resistían.

Todo estaba perdido.

—¡Retirada!, ¡regresad al poblado!

Aún con la saeta clavada en el muslo, azuzó a su montura y se lanzó en pos de la estela de polvo que había dejado Asúrix, dirigiendo al celtíbero la inmensa ira que le desbordaba el pecho. «Por Baal que me las pagará ese perro sarnoso. ¡Ha huido! Nadie abandona el campo de batalla antes de que lo ordene Magón».

Una segunda oleada de flechas saltó desde el bosque buscando a los fugitivos. Magón detuvo una con su escudo, pero no pudo evitar que otra se clavara en el cuello de su caballo; el soberbio animal, negro y brillante como un cielo olvidado de estrellas, perdió pie y rodó por el camino, arrastrando al púnico en un remolino de confusión y agonía. Cuando al fin quedó inmóvil, Magón mantuvo los ojos cerrados, tragando saliva en un intento de hacer soportable el dolor que le laceraba la pierna, donde la flecha clavada le había abierto un profundo desgarro, y el brazo izquierdo, dislocado o roto con el escudo todavía sujeto a él.

Como a través de un filtro púrpura y cortante, oyó a una tropa de caballos pasar junto a él. Uno se detuvo y un hombre saltó a tierra. El orgulloso capitán de Cartago abrió los ojos para recibir a la muerte de frente.

Ante él, un guerrero lo observaba sin moverse. Llevaba atuendo íbero y una falcata en la mano. Aunque el casco y la penumbra le ocultaban el rostro, supo de inmediato quién era. Mientras perdía el conocimiento, la evidencia de que el oretano del cruce de caminos le había derrotado por segunda vez se le clavó como un cuchillo helado en el corazón.

Meronio advirtió que no darían alcance a los pocos enemigos que habían logrado escapar con vida de la emboscada antes de que estos llegaran a la puerta de la ciudad. Dejó a un lado la decepción que le producía tener que posponer el final del duelo que Asúrix había abandonado de forma tan cobarde y, suavizando el galope de su caballo, concentró su atención en la muralla sur de Cirmo, buscando señales de la suerte corrida por Gerión y los suyos.

Vio primero un nutrido grupo de gente de armas ocupando los parapetos más próximos a la puerta del poblado: a todas luces habían estado siguiendo

el curso del combate y ahora alzaban voces de alarma y consternación. Al fulgor de las antorchas que iban prendiéndose entre ellos, el rojo de las túnicas cartaginesas pareció teñir de sangre el perfil de Cirmo. Alguno se aventuró a lanzar una flecha hacia él. Detuvo su montura antes de entrar en el campo de tiro de los arqueros enemigos, al tiempo que la puerta del poblado se cerraba tras el último de los jinetes fugitivos. Se permitió una fugaz sonrisa de satisfacción: magnífico plan el de Ariolaco, todo había salido según lo previsto.

Pero ¿y los jóvenes?

Mientras el resto de sus compañeros terminaban de agruparse a sus espaldas, un alboroto de voces llevó su atención hacia poniente, donde el torreón parecía una colina geométrica alzada contra el anochecer. Sobre el camino de ronda, casi a oscuras, dos grupos de hombres trababan combate; entre la distancia y el fragor de las armas creyó distinguir la voz de Alisocos bramando insultos y maldiciones. No fue el único en reconocerla.

—¡Por el miembro de Cosus que ese es el herrero Alisocos! —exclamó Ariolaco—, ¡si pone tanto empeño en la espada como en los gritos no va a dejar vivo a uno solo de los cartagineses! Y si Alisocos está ahí arriba cortando cabezas, debe de querer decir que mi Saunio y sus amigos se han portado tan bien como nosotros.

—Eso parece —contestó Meronio, contagiado del optimismo inveterado de Ariolaco, pero siempre cauteloso—, aunque aún es pronto para celebrar. El enemigo debe de seguir siendo más numeroso que los nuestros, y mientras las puertas del poblado continúen cerradas no vamos a poder ser de gran ayuda. ¿Cuánta gente hemos perdido, Bitis?

—Han muerto cuatro hombres, Meronio: Lubbo de Ersibannos y su hijo Letondón y los guerreros Babpo y Uxentio, ambos de mi grupo; y tres más han sido heridos de consideración: Ségilo y Lessón, de Ersibannos, y Tesindro.

—Que Cernunnos acoja a los muertos y les haga encontrar el camino de las moradas de los dioses —dijo Meronio con gravedad—, y que el cuervo de Luc sane a los heridos. ¿Cómo está Tesindro? Yo mismo vi cómo la jabalina del jefe púnico le atravesaba la *caetra* y el hombro.

—Ha perdido mucha sangre pero está bien —contestó Bitis—, sobre todo desde que ha sabido que el cartaginés ha sido hecho prisionero. Anda imaginando venganzas y enseñándole a todo el mundo su herida, presumiendo como un niño. Dice que ahora entiende lo que sienten los corderos cuando los ensartan en el espetón. Y otra buena noticia: Aliortes, Baulio y tres guerreros

más vienen hacia aquí por el camino de Contrebia Cárbica, no tardarán en reunirse con nosotros. En total, tenemos cuarenta y un hombres capaces de empuñar las armas.

—Magnífico —se congratuló Meronio—, al menos podremos hostigar a los púnicos y mantener a sus arqueros ocupados.

Siguiendo las órdenes de Meronio, los ólcades se desplegaron, formando un semicírculo alrededor de la puerta principal de Cirmo, y los arqueros comenzaron a hacer puntería sobre los enemigos entrevistos en los parapetos, aunque la mayor potencia de los arcos compuestos de los púnicos les obligaba a guardar una distancia que los tornaba inofensivos. Un grupo dirigido por Cormieros galopó hacia poniente para acosar desde el exterior a los cartagineses que se enfrentaban a la tropa de Alisocos. Con el enemigo controlando las fortificaciones y la puerta cerrada, poco más podían hacer.

Corriendo junto a Saunio en la turbia luz del crepúsculo, poco faltó para que Gerión se diera de bruces con Anglea cuando esta salió a su encuentro con la honda en la mano y los ojos tan brillantes que parecían transparentar una luz encendida en su interior. El guerrero sintió una trepidación instantánea en el pecho y un intenso alivio, pero no acertó a decir otra cosa que el nombre de la íbera antes de apresurarse para alcanzar de nuevo a su amigo.

Avanzaron hasta que el reflejo sinuoso de las antorchas en un frente de escudos de bronce les señaló la presencia de los soldados púnicos cerrando la calle de lado a lado. Gerión cayó en la cuenta de que no había recuperado la jabalina que arrojara al guardián del patio de la ciudadela, y se hizo a un lado para dejar expedito el campo de tiro a los que le seguían.

Pero no fueron solo lanzas lo que voló por el aire al encuentro de los cartagineses. Un adobe, una jarra de arcilla, un taburete, un tronco de carrasca; una lluvia de piedras y objetos empezó a abatirse sobre la disciplinada falange enemiga.

Gerión se volvió extrañado y lo que vio le llenó de asombro: más allá de la tropa de guerreros, la gente de Cirmo salía de sus casas para sumarse a la batalla. Los campesinos sin derecho de armas, las mujeres y los niños, en los patios o en la calle o encaramados a los tejados, lanzaban contra los cartagineses todo lo que encontraban, al tiempo que urgían a los guerreros con gritos de aliento. Y en primera línea de todos ellos distinguió, tirando cantos con infantil precisión, la figura menuda de su hermano Mimbro.

Sintió que se le inflamaba el pecho de puro orgullo.

Sonrió despacio, se volvió para afrontar de nuevo la línea púnica y cargó, espada en alto, aullando como le aúllan los lobos a la luna del páramo.

Una batalla es siempre una gran confusión, y más aún cuando tiene lugar en una calleja angosta atestada de guerreros, y a una luz tan frágil que apenas permite distinguir a los propios de los contrarios. Entonces no es ningún lúcido propósito el que guía el brazo, sino el instinto y la inspiración caprichosa de los dioses, y no es la prudencia lo que guarda la vida, sino la fortuna.

Una batalla es una danza ancestral en la que el azar oficia el ritual de la vida y la muerte entre guerreros que ofrecen el sacrificio de su coraje.

Gerión supo por primera vez estas cosas mientras se sumergía en un fárrago de golpes y alaridos, de filos brillantes y sangre tibia, de escudos rotos y sudor y polvo. Detuvo ataques innumerables con su *caetra* y descargó otros tantos con la espada que días atrás lo había convertido en guerrero, abrió vientres y tajó gargantas, sintió como si fuera liviano y fugaz el dolor con que el hierro enemigo le abría cortes en el brazo y el muslo, entrevió a su lado a sus compañeros como si en realidad estuvieran muy lejos, como si una barrera transparente lo separara de ellos.

Y cuando ya una fatiga insuperable parecía lastrarle los músculos y enturbiarle las pupilas, cuando el aire se negaba a entrar en el pecho y el escudo era poco más que una astilla sujeta al brazo, descubrió de súbito que ya ningún cartaginés se mantenía en pie frente a él. Donde antes se habían alzado los escudos púnicos con el caballo rampante de los Bárquidas estaba ahora la figura esbelta de Anglea. La muchacha se volvió hacia él y Gerión dio un respingo al ver el rostro hermoso bañado en sudor, los ojos negros como simas, los labios entreabiertos en una sonrisa imposible, hecha a partes iguales de dulzura y furor.

Si Astarté tuvo alguna vez un rostro humano, debió de ser el de Anglea aquella noche en que la muerte hizo sonar su cuerno entre los muros de Cirmo.

—¡Se retiran a la muralla! —gritó la joven—, ¡rápido, a la puerta, a la puerta!

El primer silencio de la noche se había deshecho en un estallido de furia que levantaba ecos de la piedra y los montes. Una formidable batalla estaba teniendo lugar en el interior del poblado. A poniente, Alisocos y los suyos, auxiliados desde el exterior por la gente de Cormieros, mantenían sus posiciones frente a los púnicos, pero todo parecía indicar que el combate

principal se libraba en la calle central, cerca de la puerta, hacia donde una buena parte de los arqueros de la muralla habían desviado su atención.

Cada grito de agonía podía ser el de uno de los hijos, o esposas, o hermanos, de cualquiera de ellos. Meronio resolvió que no podían esperar más.

—Vamos a atacar —dijo al pequeño grupo que había junto a él, formado por Ariolaco, Bitis, Argantio y Abarien—. No podemos seguir cruzados de brazos mientras los nuestros combaten ahí adentro; la oscuridad nos dará alguna protección y obligaremos a los púnicos a repartir sus fuerzas en otro frente.

Todos asintieron. Meronio arrancó de su cuerno un mugido grave y urgente que sus hombres contestaron aquí y allá golpeando sus *caetras* con las espadas y se lanzó al galope hacia la entrada de Cirmo, seguido de los otros, mientras sus arqueros se acercaban a las murallas por las laderas pedregosas. Una andanada de flechas se abatió sobre ellos y algunos hombres cayeron. Meronio vio cernirse sobre él la masa oscura de la muralla; sin dejar de espolear a su caballo, lanzó su jabalina contra una de las siluetas recortadas en los parapetos y desenvainó su espada, sintiéndose inerme ante las sólidas defensas del poblado, que él mismo había contribuido a levantar. Se preguntó si ese era el irónico destino que le habían reservado los dioses: morir a las puertas de Cirmo, asediando su propia ciudad.

En ese instante, dibujando un rectángulo de luz de antorcha que se ensanchó con un chirrido, la puerta se abrió. Y aunque al contraluz no pudo distinguir el rostro de los que se asomaban a ella, supo sin atisbo de duda que eran tres de los jóvenes guerreros que había enviado a arriesgar la vida para abrirla: Gerión y Saunio y la oretana Anglea. Con un bramido de júbilo se lanzó al interior del poblado, rogando a los dioses que Asúrix conservara aún la vida, para que nadie sino él la cobrara.

Los dioses atendieron las preces de Meronio y, poco después, cuando ya los últimos cartagineses se lanzaban desde la muralla buscando una huida improbable, los dos hombres se encontraron frente a frente en el camino de ronda. Durante un largo momento ambos se observaron, con las armas dispuestas, casi sin moverse, como en un extraño baile helado.

Meronio escrutó el rostro de Asúrix mientras la luz de las teas proyectaba en él jeroglíficos de sombra, y leyendo en ellos supo que cuando un hombre traiciona a los suyos pierde no solo el honor, sino también el coraje, como si una vez abierta una grieta en el alma fuese ya solo cuestión de tiempo su

desmoronamiento. Sintió a su alrededor las miradas de los vivos y las voces de los muertos urgiéndole a derramar la sangre de quien había causado tanta.

Asúrix apenas tuvo tiempo de iniciar una plegaria antes de sentir cómo el acero del rival más odiado le hendía el pecho, exigiéndole el precio de su traición en un borbotón de olvido y oscuridad.

CAPÍTULO XV

CUANDO, dada la batalla por concluida, había marchado al encuentro de su familia, Anglea había resuelto acompañarlo.

Naturalmente, Gerión no podía imaginar que el breve rato que la íbera había pasado en la casa al principio de la batalla, mientras hacía puntería sobre los cartagineses que acudían por la muralla hacia el torreón, le había sido suficiente para crear un vínculo de complicidad extraordinaria con Larima e Irmán, y para reforzar el que ya de antes tenía con Mimbro. Por eso, y porque las mujeres leen el alma de los hombres con una sutileza de todo punto inalcanzable para ellos, Anglea comprendió mucho mejor que el propio Gerión la mirada con que Larima lo recibía.

El joven que había marchado a Arecorata volvía convertido en un guerrero cubierto de heridas, con las manos y las pupilas saciadas de muerte.

La mujer tardó solo un instante en apartar de su alma el escalofrío y abrazó a su hijo con todas sus fuerzas.

Fue feliz el encuentro, y también el intercambio posterior de noticias y relatos, todos sentados alrededor del hogar donde, sobre una piedra plana, se iban tostando sin prisa tortas de harina de bellota, que comían acompañándolas de queso y carne de liebre ahumada. Argantio se unió a ellos cuando Larima daba cuenta de los días de rabia muda y temor en el poblado ocupado por los extranjeros.

—Quieran los dioses que el demonio de ojos negros que mató a Brigantio, ese Magón, tenga el castigo que merece —dijo la mujer mirando al oretano, tras ser informados por este de que el púnico había sido malherido y hecho prisionero en el combate del camino—. Aún peor que la muerte de los nuestros fue tener a ese cuervo cruel revoloteando alrededor con su látigo de cuero, abriendo heridas más difíciles de cicatrizar que las del hierro —Larima calló por un momento, tal vez para detener el temblor de su voz, e Irmán posó con suavidad la mano en su antebrazo—. Solo Ambato, el hijo de Asúrix, se ha atrevido a tentar la ira del cartaginés haciendo frente a sus desafueros, negándose a admitir otra autoridad que la de su padre. El muchacho es un traidor, pero no un miserable ni un cobarde. Fue él quien, ignorando la prohibición de Magón, autorizó que diéramos a nuestros muertos ritos funerarios dignos, y también él quien salvó a Babpo, el alfarero, de ser

ejecutado por escupir al paso de una patrulla púnica. Desde la primera noche hizo saber que mataría con sus propias manos a quien violara a una mujer ólcade. Ha actuado como si los cartagineses no fuesen sino molestos invitados del nuevo señor de Cirmo; Ambato puede que merezca la muerte, pero no el deshonor.

—¿Y Asúrix? —preguntó Gerión.

—Asúrix se dedicó a pavonearse como si él fuera el primer necesitado en convencerse de su autoridad. Ya conocíais al hombre: era hábil con la palabra y la insidia, y no le faltaba valor, pero el odio y la ambición le habían roído el alma. Tal vez temiera a Magón, o tal vez considerara útil su ferocidad como medio de amedrentar a los insumisos y consolidar su posición. El caso es que dos días de principado han sido suficientes para colmar la medida del odio que merecía, y parece escasa una sola muerte para hacerle pagar los muchos males que nos ha traído. Pero bien muerto está.

Ecos del jolgorio que se había instalado en muchos patios de Cirmo pusieron un contrapunto extravagante al tono sentencioso de las palabras de Larima. Gerión se sintió movido a llevar la conversación por derroteros más ligeros y se embarcó en una descripción de las asombrosas novedades vistas en Arecorata que terminó de consumir la breve noche de verano. Una lividez gris que empezaba a hacer visible el rectángulo de la ventana en la pared sirvió de señal para que todos comenzaran a buscar acomodo para dormir.

Fue entonces cuando una prolongada llamada de cuerno les advirtió de que Meronio había decidido que era hora de empezar a organizar las cosas. Farfullando protestas, Gerión y Argantio salieron al exterior, donde el alba colmada de rocío se encargó de despabilarlos, y cruzaron saludos con otros guerreros que se dirigían con aire cansino hacia la ciudadela.

Una voz femenina les hizo detenerse en seco.

—¿No pensaréis dejarme durmiendo en casa?

Los dos hombres se volvieron y vieron a Anglea mirándolos de hito en hito con una sonrisa desafiante en el rostro. Iba cubierta con un manto con capucha sobre la que había anudado las hondas para hacer notoria su condición de combatiente. Junto a ella, asomándose a la puerta, Larima e Irmán seguían la escena sin ocultar de qué lado estaban sus simpatías.

—Si valgo para matar cartagineses, nadie podrá impedirme que asista a vuestra asamblea. Para que lo sepas, padre, si Andíbil no me hubiera permitido asistir al Consejo de Hélike, hoy no estaría aquí. Y tal vez Abarien y Lortas tampoco.

Argantio interrogó a Gerión con la mirada.

—Hasta ahora solo los hombres de armas han asistido a las asambleas —contestó el ólcade, encogiéndose de hombros—, pero parece que esta va a ser bastante excepcional: por lo que veo, no están convocados solo los guerreros y ancianos, sino todos los hombres. Si se ha hecho una excepción, no veo por qué no puede hacerse otra.

«En todo caso —se dijo—, no seré yo quien contraríe a Anglea esta noche».

Ni ningún otro. Ya en la ciudadela, algunos hombres interrogaron a Meronio con la mirada y este, por respuesta, dirigió a la íbera el saludo tradicional, llevando la mano su espléndida *falera* de plata. El hombre llevaba aún puesto todo su atuendo de combate, como si al menos él hubiera resuelto mantenerse vigilante en aquella noche en que la *kelia* había corrido con la misma abundancia que la sangre. Entre no pocos guerreros eran acaso más visibles los efectos de la espesa cerveza que de las armas enemigas.

Gerión miró a su alrededor y advirtió que no solo Meronio había estado activo en las últimas horas: sobre los parapetos del torreón y a lo largo de la muralla que circundaba el poblado, las cabezas de los enemigos muertos habían sido clavadas sobre picas, todas ellas mirando hacia el exterior. Si el coraje de los ólcades en el combate había satisfecho a los dioses, aquella tétrica cohorte de centinelas protegería al poblado mejor que ningún ejército. Nunca había visto tantas juntas; trató de hacerse una idea del número. «Por Epona, debe de haber por lo menos cinco docenas». Reparó en que Anglea miraba con espanto la escena y se sintió orgulloso: había sido su primer combate y había luchado con valor, acrecentando su honor y el de su familia. Se prometió hacer una ofrenda a la tumba de su padre. En el torreón, sobre una pica más alta que las otras, distinguió las largas trenzas bermejas de la cabellera de Asúrix.

Volvió su atención a los vivos y vio a Saunio venir hacia él con la misma expresión de feliz agotamiento que él mismo lucía en el rostro; saludó a su amigo con un breve abrazo acompañado de una palmada en la espalda, del modo en que celebraban las hazañas con la cofradía de muchachos, y una tenue incomodidad compartida les hizo comprender al punto que ya no era un saludo apropiado para dos guerreros. Lortas y Abarien se acercaron poco después hasta ellos, en compañía de Ariolaco, charlando animadamente con él en íbero; en apariencia, habían honrado la hospitalidad del padre de Saunio aquella noche. La mañana era clara y fresca, densa de perfumes y alboroto de pájaros, como si se empeñara en borrar la poderosa presencia de la muerte.

Una vez todos hubieron tomado asiento en el frío pavimento de piedra, Meronio comenzó a hablar.

—Los dioses y el vigor de nuestros brazos nos han brindado la victoria esta noche, hermanos —una gran ovación saludó las primeras palabras del jefe—. A veintidós de los nuestros se les ha requerido la vida y todos ellos la entregaron con valor, tomando del enemigo retribución. Que sus almas sean tan queridas a los dioses como a nosotros sus voces; esta noche tendrán los honores funerarios que les corresponden —su gesto se ensombreció por un instante; un murmullo de aprobación recorrió la ciudadela. La mención a los ritos sagrados trajo a la memoria de Gerión la muerte de Brigantio, y sintió una afilada punzada de pérdida—. Peor ha sido para los invasores y los traidores: sesenta y seis púnicos han entregado sus cabezas a las picas y treinta más han sido hechos prisioneros; el mercado de esclavos de Ercavica tendrá también motivos para celebrar el combate de esta noche. Entre los cautivos está el asesino Magón; ese perro lamentará no haber muerto con honor cuando tuvo ocasión. También han muerto Asúrix y seis de los suyos: que la maza de Cernunnos les golpee eternamente en los infiernos. De los que viven, solo Ambato luchó hasta que fueron demasiadas las heridas para seguir haciéndolo. Será juzgado por esta asamblea si sobrevive.

—Tal vez entonces haya quien hable a su favor —intervino el herrero Alisocos; el grueso mandil de cuero que vestía estaba desgarrado por varios puntos y lucía un aparatoso vendaje en el brazo derecho, dando testimonio de la dureza de la batalla que había dirigido sobre la muralla—. Pero ¿qué hay de la guerra? Las cosas deben de estar mucho peor de lo que pensábamos si los cartagineses pueden enviar a un centenar de jinetes cruzando toda la Oretania y el alfoz de Belgeda sin que nadie se lo impida.

—¿Y dónde están Eliovices y los suyos? —gritó alguien. Otras preguntas se alzaron de la asamblea.

Meronio hizo un gesto pidiendo silencio y expuso con sobriedad el resultado de la visita a Arecorata y Ercavica y las malas noticias sobre Belgeda, repartiendo después las muchas tareas que tenían por delante: asignó a Ariolaco los turnos de vigilancia en las murallas y de custodia de los prisioneros, a Argantio el cuidado de los heridos, al propio Alisocos le correspondió la reparación de armas y pertrechos y a Bitis la incineración de los cadáveres enemigos en el campo abierto. Él mismo se ocuparía del ritual de aquella noche.

—De acuerdo, Meronio —convino Ariolaco—, pero me parece que olvidas algo: Magón debe morir, ha matado a Brigantio con su propia mano y

ha hecho que Cirmo pierda la quinta parte de sus guerreros, entre ellos tu sobrino Seliuntas.

—¡Matémosle ahora! —vociferó Nisandro—, ¡saquémosle los ojos y crucifiquémosle como su jefe Amílcar hizo con Istolacio e Indortes!

Toda la asamblea se sumó ruidosamente a la propuesta de Nisandro y hubo quien hizo ademán de dirigirse hacia la puerta del torreón en busca del cartaginés. Meronio desenvainó la espada y golpeó repetidamente su *caetra* con ella, hasta que de nuevo pudo hacerse oír.

—Nadie desea más que yo la muerte de ese hombre —dijo despacio, con una helada fiereza en la voz y en los ojos grises—, pero todavía puede sernos más útil vivo. Sabe muchas cosas sobre el ejército del Bárquida que acaso las artes de Alisocos con el metal y el fuego le hagan contarnos. Y pronto habrá ocasión de darle muerte ante los ojos de los dioses y de todos los ólcades.

Alisocos sonrió.

—No te preocupes, Meronio. La mano izquierda me sobra para que ese hijo de mil padres nos lo cuente todo sobre Amílcar; después de pasar por mi herrería, preferirá vérselas con uno de sus famosos elefantes en época de celo.

—¡Viene el primo Gerión con los extranjeros! ¡Viene el primo Gerión con los extranjeros!

El niño salió corriendo y desapareció por la puerta de la casa dando voces. Para cuando Gerión, Argantio y Anglea franquearon la portezuela y comenzaron a cruzar el patio, un ruidoso comité de bienvenida había salido ya a su encuentro.

—¡Os lo dije, viene el primo Gerión con los extranjeros!

Junto al chiquillo que había proclamado la noticia, tres niñas contemplaban a los recién llegados de hito en hito, como si fueran los primeros seres humanos que veían en su vida. Todos vestían gastadas túnicas de lino crudo y sandalias de cuero, todos tenían los mismos anchos ojos marrones y la misma melena de color paja. Al punto, una mujer se asomó al umbral y sonrió a los visitantes.

—Que los dioses frecuenten esta casa, tía Ulcatas —dijo Gerión.

—En tu compañía, sobrino, sé bienvenido. Y sedlo también vosotros, extranjeros —añadió la mujer, dirigiéndose a los oretanos.

Argantio y Anglea hicieron al tiempo el saludo celtíbero e intercambiaron un guiño divertido. Ulcatas era una versión más joven y regordeta de su hermana Larima, con vivos ojos pardos y mejillas sonrosadas y satisfechas.

Llevaba el pelo enredado en un moño vertical y tanto su voz alegre como su actitud desenvuelta invitaban al buen humor y a la franqueza.

—Ya me han contado cómo te lanzaste sobre los escudos cartagineses cuando os hicieron frente delante de la puerta, Gerión —dijo Ulcatas mirando a Anglea de reojo—, por Rinla que honraste las armas que llevabas.

Gerión resplandeció de placer, y carraspeaba en busca de respuesta cuando un vozarrón tronó impaciente desde el interior de la casa.

—¿Pero se puede saber qué estáis haciendo ahí fuera? ¡Podéis pasar, que no muerdo!

Todos se apresuraron a acudir al encuentro de Tesindro cruzando la estancia principal de la vivienda, donde sobre un telar, junto al hogar aún con ascuas encendidas, iba cobrando forma un paño de lana nueva; en la pared se alineaban sacos de vellones que daban fe de la fructífera esquila de la primavera. Habían interrumpido a Ulcatas en plena faena, pero la mujer parecía más bien aliviada por ello. En el fondo, tras un tabique de adobes, se repartían en el suelo los jergones en que dormía la numerosa familia. Tesindro estaba tendido en el mayor de ellos, colocado de modo que dominaba perfectamente la mayor parte de la casa. A su lado, sentados en taburetes, Nisandro y Baulio pasaban el tiempo con su amigo bebiendo sin prisa cuencos del vino aguado que habían traído de Arecorata.

—¡Ya era hora de que vinieras, oretano! ¡Si no hubiera sido por las manos milagrosas de mi Ulcatas y por la atención de mis amigos, me habría desangrado mientras tú te divertías por ahí!

—Había otros heridos en peor condición que tú, Tesindro —dijo Argantio en tono conciliador—, y sabes tan bien como yo que Ulcatas me habría hecho llamar si hubiera sido preciso. Pero por los dioses que los gritos que pegas y la medicina que tomas dan buen testimonio de tu salud.

—Sí, tú encima búrlate —gruñó el guerrero, tratando de mantener una actitud digna a pesar de las risas de los demás—. Pero bueno, contadme, ¿qué hay de nuevo en Cirmo? ¿Se sabe algo del grupo de Eliovices?

—No, aún no —contestó Gerión, taciturno como cada vez que le recordaban la suerte incierta de su amigo Tirtanios, del padre de este, Eliovices, y de los demás miembros del grupo.

—Su destino, como el de todos, está en manos de los dioses —sentenció Tesindro, tratando de dar por concluido el asunto cuanto antes—. Y Cosus, que a veces tiene a bien venir a visitarme cuando le honro bebiendo piadosamente algunas jarras de kelia, me dice en el corazón que, libres o cautivos, siguen vivos.

—Déjame ver cómo está tu herida —dijo Argantio, y, sin esperar respuesta, desanudó el vendaje y comenzó a retirarlo con precaución. Tesindro apretaba las mandíbulas teatralmente, como si debiera contener un intenso dolor. Al fin vio la luz el pecho tumefacto del ólcade, con una profunda herida, cubierta con un emplasto manchado de sangre, en el hombro izquierdo, donde se había clavado la lanza de Magón tras atravesar la *caetra* —. ¿Qué es esto?

—Es vellón hervido empapado en polvo de *vettonica* —contestó la mujer, provocando un gesto de interrogación en Argantio—; ¿no la conoces? Puedes verla plantada en muchos patios y en las lindes de los huertos, en otoño da pequeños frutos de color púrpura. Brigantio aprendió sus virtudes de un arúspice vetón que le dio un puñado de semillas; solía decir que la casa donde se haya sembrado *vettonica* queda protegida contra todos los maleficios.

—¿Cómo se prepara? —interrogó Argantio, que siempre aprovechaba la oportunidad de incorporar novedades a su repertorio de hierbas medicinales.

—Puedes hervir las hojas en infusión o secarlas al sol y pulverizarlas en el mortero. Mantiene limpias las heridas y acelera la cicatrización; añadida al vino, tonifica el estómago y aclara la vista. Te daré semillas si lo deseas.

—Claro que sí; muchas gracias, Ulcatas —contestó el oretano, volviendo su atención a la herida para someterla a una detenida inspección—. Está muy bien; en verdad tus manos o esa hierba *vettonica* parecen milagrosas. Tendrás que guardar reposo unos días, Tesindro, pero si te cuidas, pronto podrás sacar a pastar las ovejas. Eso sí, las aventuras militares han terminado por este año, amigo mío; lamentablemente mis compatriotas de Hélike no podrán ser testigos de tus prodigios.

Tesindro se quedó mirando en silencio al oretano.

—¿Tú has visto alguna vez un acero tan flexible como el de los celtíberos? —preguntó al fin, guiñando un ojo sin disimulo a sus amigos.

—Ciertamente no —respondió Argantio.

—¿Y burros tan resistentes como los de nuestros montes?

—Tampoco, los burros celtibéricos son célebres en toda Ispania —esta vez fue Argantio quien hizo una seña de divertida complicidad a su hija.

—Pues que sepas que los guerreros ólcades somos tan flexibles como nuestro acero y tan resistentes como nuestros burros —concluyó Tesindró notoriamente satisfecho de su ingenio—, de modo que no se privarán tus compatriotas de verme en acción persiguiendo al mismísimo Amílcar Barca al pie de sus murallas. Y respecto a lo de reposar unos días, calculo que con un

par de horas será suficiente; no creo que Meronio pueda pasarse más tiempo sin mí.

Todos celebraron con risas las fanfarronadas de Tesindro, excepto Ulcatas y Argantio.

—Ni se te ocurra acudir esta noche a los ritos funerarios —advirtió con seriedad el oretano—, si no quieres reunirte antes de tiempo con los difuntos.

—Me moveré lo menos posible, Argantio —objetó Tesindro con tono de súplica y expresión seria—, pero tengo que ir. Entre los muertos está Birimnos, el hijo primogénito de mi primo Teriunnas; el valeroso Seliuntas, a quien Meronio quería como a un hijo; el pastor Lentalos, que me salvó la vida hace pocos años cuando me mordió una víbora, y tantos otros que no puedo enumerar ahora sin que se me oscurezca el alma y marche a cobrarme yo mismo la venganza de los prisioneros púnicos. Este es un poblado pequeño, oretano, y cada pérdida deja un hueco que cuesta llegar a ignorar. Esta noche iré a los ritos funerarios aunque sea lo último que haga en la vida. Prefiero eso a que los espíritus de los muertos me echen de menos y vengan a despedirse.

Tesindro calló dejando un denso silencio instalado en la alcoba; hasta los niños miraban en suspenso, con la boca abierta, sin acabar de entender por qué se había extinguido de pronto el impenitente buen humor de su padre. Argantio se encogió de hombros y sonrió con afecto.

—Entonces tendremos que vendarte de nuevo. Y, ya que le tienes tanto afecto a los burros celtíberos, irás montado en uno de ellos y no te apearás de su lomo.

—Tú mandas, íbero —remató Tesindro, de nuevo jovial, como si nada hubiera ocurrido—, ¡y haz el favor de traer más vino, Ulcatas, que se queda uno sediento cuando le hacen hablar tanto!

—¿Por qué no les cuentas a los oretanos cómo fue lo de la víbora? —sugirió Nisandro con aire pícaro—, por Cosus que nunca había visto una mordedura en lugar tan poco honorable. Haciendo lo que hacías, lo raro fue que el pobre animal no muriera al instante.

Esta vez todos rieron, incluido Tesindro, hasta que la herida del pecho le obligó a reprimir, no sin esfuerzo, las carcajadas.

Esa noche, por primera vez, fue Meronio quien ofició la ceremonia. Antes o después un nuevo arúspice surgiría en el seno de la comunidad, o llegaría un buen día errante por los caminos, pero hasta entonces era costumbre que el jefe del poblado dirigiera los ritos. Para ello Meronio vestía un manto largo teñido de negro ceñido con un cinturón de placas de bronce del que pendía en

su funda un cuchillo triangular; una piel de lobo le cubría la cabeza y buena parte de la espalda. En la mano llevaba, como báculo, un nudoso cayado de roble.

Un prolongado toque de *karnyx* atrajo la atención de todos y extendió un rumor de expectación. Delante de Meronio, vestido con el mismo manto negro pero con la cabeza descubierta, Saunio sujetaba el largo instrumento de bronce, que tocó por segunda vez. El sol había terminado de ocultarse tras el horizonte y la comitiva se puso en marcha, pasando bajo el arco de la puerta de levante primero el músico y el arúspice, y un guerrero con el cordero que había de ser sacrificado cruzado sobre los hombros; tras ellos los cadáveres, llevados sobre angarillas que sostenían en alto los familiares varones: vivos y muertos estaban ataviados con una indumentaria militar tan recargada como permitían sus haciendas. A continuación todos los habitantes del poblado, siguiendo el ritmo de la tuba con un canto monocorde y oscuro. Anglea sintió un escalofrío y a punto estuvo de tomar del brazo a Gerión al comenzar a caminar a su lado. Detrás de ellos, guiado por la paciente Ulcatas, Tesindro cerraba la marcha montado, tal y como había prescrito Argantio, en un burro.

Anglea seguía todos los detalles con la misma curiosidad minuciosa que había aplicado desde el primer momento a conocer y comprender la forma de vida y las creencias de los celtíberos. Su expectación había crecido al calor de las historias con que Abarien y Lortas habían entretenido las largas horas a lomo de caballo desde que salieron de Hélike y, más aún, tras el encuentro con su padre y la tropa ólcade al término del combate en el campamento púnico, junto al camino. El respeto y la franca admiración que su padre mostraba hacia aquella gente eran tan notorios que contribuían a acrecentar su propia fascinación, haciéndole pasar por alto con indulgencia la rústica tosquedad de la vida en Cirmo. En comparación con lo que había conocido en Hélike y otras ciudades oretanas, todo aquí parecía sencillo y primitivo: la lana de las túnicas era basta y estaba mal teñida, la cerámica apenas estaba decorada con motivos geométricos, las viviendas aun de guerreros de relieve como Tesindro habrían servido en su país como cabañas de pastores. Solo dos cosas parecían poner un contrapunto de destreza y opulencia entre tanta sobriedad: la calidad extraordinaria de las labores metalúrgicas, que producían armas y joyas sin parangón en toda Ispania, y algo aún más inesperado: la lengua celtibérica, con sus ocurrentes giros, su sonoridad y su concisión. Llevada por un súbito impulso de curiosidad, susurró una pregunta en el oído de Gerión:

—¿Sabes leer y escribir?

El ólcade se volvió y la escrutó a la luz cambiante de las antorchas. En su rostro se sucedieron expresiones de sorpresa, desconcierto, acaso vergüenza. «Lo he ofendido —pensó Anglea lamentando su imprudencia—; pensará que le tomo por un bárbaro ignorante». A su alrededor la salmodia pareció cambiar de pronto, haciéndose más lúgubre a la vez que más urgente; el *karnyx* resbaló hacia un tono grueso y profundo que arrancaba vibraciones del suelo y los huesos.

—No —contestó Gerión al fin—, no es fácil aprender en un lugar como Cirmo. Brigantio se ofreció muchas veces a ser mi maestro, pero yo siempre tenía cosas más interesantes que hacer. Ahora que él ya no está, ¿me enseñarás tú?

—Claro que sí, cuando todo esto acabe —Anglea se congratuló de que la semioscuridad hiciera invisible su sonrojo—. Mi padre me ha dicho que los signos de tu lengua son muy parecidos a los de la mía, y que en ambos casos proceden del alfabeto de nuestros antepasados, los tartesios.

Gerión se echó instintivamente la mano al adorno que le colgaba del pecho, el mismo que había provocado el estupor de Argantio en su primer encuentro. Era la primera vez que Anglea se refería a su linaje común. No sabiendo qué decir, se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Puedes explicarme el ritual? —preguntó Anglea, con la intuición de que él agradecería cambiar de tema de conversación—, no entiendo muy bien qué está pasando.

—Saunio toca el *karnyx* para reclamar la atención de los dioses —respondió Gerión—; de ese modo se les predispone a manifestar su voluntad en los sacrificios y a indicar el camino a las almas de los guerreros que intenten ascender hasta ellos cuando sus cuerpos sean incinerados. Eso mismo les pedimos con nuestro canto: «Mostrad el camino, oh dioses, a los que en mayor estima tuvieron al honor que a la vida». Meronio es el *Combalcores*, el Rey de los Sacrificios; va cubierto con la túnica sagrada y la máscara de Cernunnos. El lobo representa al dios de los infiernos porque, como él, reparte en la oscuridad la muerte a su capricho. Quien lleva la máscara de lobo se considera sagrado entre los celtíberos; por eso es un atributo no solo de los arúspices, sino también de los mensajeros enviados a parlamentar en tiempos de guerra. Él leerá el augurio en las entrañas de la víctima e iniciará el fuego purificador si es propicio.

—No es tan distinto de nuestro rito, al fin y al cabo —comentó Anglea—, aunque en la Oretania no falta quien prefiere la inhumación: los comerciantes fenicios, por ejemplo. Pero tenía entendido que los guerreros celtíberos que

caían en combate eran abandonados en el campo de batalla para que sirvieran de alimento a los buitres; imagino que mucho de lo que se cuenta de vosotros por los caminos será pura fantasía.

—No, eso al menos no es fantasía; los guerreros se entregan a los buitres para que estos los eleven a las moradas de los dioses, pero solo cuando caen en el campo, alejados de las murallas. Cuando la muerte se produce en la ciudad, dejamos que sea el fuego el que los lleve a las alturas. Los amigos y parientes varones deben, en los dos casos, recoger después los restos para que sean enterrados en una urna.

Mientras conversaban, la cabeza de la procesión había alcanzado los campos al pie del promontorio, avanzando después hasta la amplia era donde al final del verano los habitantes de Cirmo se reunían para trillar y aventar la cosecha de trigo, cebada y mijo. En esta ocasión todo el espacio central estaba ocupado por una plataforma circular de troncos y haces de leña entrecruzados que se alzaba hasta una altura de un paso sobre el suelo. Uno tras otro los cadáveres fueron colocados sobre ella, en disposición radial, con la cabeza orientada hacia el centro. Después, todos los presentes se distribuyeron en círculo alrededor sin dejar de cantar, sosteniendo en alto las antorchas.

Anglea sintió que se le aceleraba el corazón en el pecho, como siempre le ocurría cuando en sus propios ritos sentía próxima la presencia de la divinidad. En un destello de inspiración, entendió de pronto que la escena cobraba todo su sentido contemplada desde lo alto: los cuerpos tendidos como los radios de una rueda o los rayos del sol: luz y movimiento, vida y fuego, círculo, proceso que se perpetúa por medio de la muerte. Como si los mismos misterios que Astarté revelaba a sus fieles entre vapores y visiones cobraran vida también en la noche ólcade, perfumada no de incienso o almizcle, sino de tierra húmeda, resina y arcilla.

Tras una prolongada llamada de la tuba, el canto cesó al unísono en todas las gargantas, creando un silencio expectante que ni los grillos ni las ranas se atrevieron a perturbar. Bajo un cielo cuajado de estrellas, Meronio avanzó majestuoso hasta el borde de la tarima, donde un grueso tocón de chopo había sido plantado, erguido a guisa de altar. Dos hombres colocaron el cordero sacrifical sobre él, sujetándolo de modo que ofreciera su vientre al cuchillo del arúspice. Un solo balido de pánico y agonía astilló el silencio, recorriendo los campos hasta encontrar respuesta en los rebaños hacinados en los patios del pueblo y en los perros inquietos. Los nielados de plata de la hoja sagrada trazaron en el aire un arco con sus brillos pálidos.

—Los augurios son propicios —dijo Meronio tras descifrar el lenguaje palpitante del cuerpo de su víctima. Reanudó el cántico y, un momento después, todos lo siguieron. Tomó en sus brazos poderosos el cuerpo hendido del cordero y lo arrojó al centro de la plataforma, entre las cabezas de los muertos. Cogió después la antorcha que Saunio había mantenido en alto, dando luz al sacrificio, y la lanzó también. Los que portaban teas de entre la gente de la aldea imitaron el gesto del *Combalcores* y la oscuridad aún no atemperada por la luna se tejió de breves arcos de fuego yendo a reunirse entre la leña y los cuerpos. Unas se apagaron con un chisporroteo o un suspiro, otras encontraron aliento en la madera seca, en los mantos y las túnicas, y comenzaron a cobrar viveza uniéndose unas a otras, lamiendo los torques, las espadas y los brazaletes, extendiéndose por la plataforma. Saunio reanudó el ritmo triste y oscuro del *karnyx* y con él brotó de nuevo el canto de la muchedumbre, acompasándose a su cadencia cada vez más rápida, más perentoria, hasta que, cuando ya la pira lanzaba a lo alto violentos remolinos de chispas y pavesas, el timbre del bronce y las gargantas se fundió en un único grito desesperado.

Anglea miró a su alrededor confusa, aturdida. Enfocó con esfuerzo la mirada en el fuego que inventaba efímeras formas serpenteantes. No era solo aire encendido lo que escapaba del incendio: entre las llamaradas tornasoladas un rosario de vidas extinguidas partía a llevar su memoria a algún lugar lejano. En un destello de luz supo lo que había contenido cada una de ellas: conoció sus gozos, sus audacias y esperanzas, sus temores, sus vilezas. Trató de cerrar los ojos para apartar de sí un conocimiento que no deseaba y descubrió que ya tenía los párpados apretados, intentando inútilmente contener las lágrimas que le quemaban las mejillas.

Pero el olor de la encina y la carne fue acallado entonces por un perfume de musgo y tierra húmeda, de matas de tomillo en la ventosa soledad del páramo, de piel tibia y palpitante haciendo soportable la oscuridad, de la insensata perseverancia de la vida que una y otra vez se empeña en comenzar de nuevo, de llantos de niños y acuosas miradas de ancianos, de mediodías, tormentas, escarchas de madrugada, lluvias mansas, atardeceres. Deseó turbiamente conseguir ese perfume para ofrecérselo a su diosa allá, en casa, en Hélike sitiada; deseó poder llenar con él su hermoso pebetero de Tartessos. Se preguntó después si era delante o detrás de los párpados donde una oscuridad oleosa comenzaba a acumularse, girando despacio, convocándola a un sueño ajeno a su cuerpo, ajeno a esa noche funeraria en un rincón de los montes ólcades extraviado del mundo, ajeno a…

—¡¡Anglea!!

¿Anglea? Reconoció su nombre a duras penas. Alguien lo repitió zarandeándola con premura.

—¡Anglea, hija, ¿qué te ocurre?!

Un rostro surcado de arrugas, unos ojos frescos y brillantes como el fondo de un pozo, un desorden de pelo plateado. Sonrió al reconocer a su padre, y al joven celtíbero junto a él, cada uno tomándola de un brazo. Como si no fuera capaz de tenerse sola, ella, Anglea, sacerdotisa de Astarté.

—Estás blanca como la cera, hija —dijo Argantio, escrutando con preocupación su rostro—, será mejor que vayamos a descansar. Además solo los guerreros pueden tomar parte en lo que resta: ellos recogerán las cenizas y los huesos y los llevarán a sus sepulturas —el viejo oretano calló por un momento, como si tratara de atrapar palabras que aleteaban frente a él—. Esta noche ya no nos pertenece a nosotros, ni a nuestros dioses.

Anglea miró a su padre, se aferró a su brazo y echó a andar.

Nadie advirtió que sonreía.

El relincho del animal tuvo tanto de júbilo como de reproche cuando Gerión, desconcertado por encontrar la casa desierta al despertar con la larga noche de ritos palpitándole en las sienes, fue en su búsqueda. Le susurró palabras deshilvanadas al oído, tomándose tiempo para aliviar el peso de los párpados y hacer llevadera la luz violenta de la mañana. Montó al fin, prescindiendo de la manta para sentir en los muslos el vigor nervioso del caballo, el pelaje áspero y templado, y abandonó al trote Cirmo, devolviendo apenas los saludos que recibía. Era evidente que *Turmo* deseaba tanto como él salir a respirar el aire resinoso de los montes, espeso ya de calor y rechinar de chicharras, a levantar de los caminos el polvo perezoso del mediodía. Tomó el camino de Contrebia Cárbica y dejó que el animal se lanzara al galope, disfrutando ambos de la anchura de horizontes, del esfuerzo físico, de la libertad que produce no tener un destino fijado de antemano. Durante largo rato Gerión se dejó llevar, absorto en el remolino de imágenes y emociones que los últimos días le habían brindado.

Ya de regreso, aminoró el paso hasta un suave trote y dejó que la brisa le refrescara la piel bañada en sudor. Dio unas palmadas en el cuello palpitante de *Turmo* y le dedicó unas palabras distraídas de encomio. «Se disfruta más de estar en casa cuando se sabe que es por poco tiempo», se dijo, inspirando profundamente para llenarse el pecho del silencio del encinar. Cuatro días más tarde se pondrían en marcha hacia el monte Luc, más al sur de lo que él

había estado jamás, para reunirse con el ejército ólcade que acudiría en auxilio de los oretanos de Hélike. Sonrió; allí se encontraría de nuevo con sus recientes amigos de Arecorata: el jefe Buntalos, el bueno de Kintortes, Jamecio y Velauno; y con un sinnúmero de desconocidos de Ercavica, Urbicua y muchos otros lugares de los que ni siquiera habría oído hablar. Con todos ellos iría a hacerle la guerra al temible Amílcar, el conquistador del valle del Betis, de Carmo, Ipolka y Kástulo, el verdugo de Istolacio e Indortes con sus elefantes y sus arqueros libios, con las falanges de ciudadanos de Cartago que habían triturado todo intento de defensa de turdetanos, túrdulos y oretanos… Se preguntó de pronto de dónde pensaba sacar Argantio los cinco talentos de oro que les faltaban para que el contingente de Tilego se pusiera de su parte; era evidente que sin los celtíberos del lusón sus posibilidades de victoria se reducirían drásticamente. Volvió a inspirar la calma reseca del mediodía, encogiéndose de hombros sin darse cuenta. «En fin —se resignó—, nuestro destino está siempre en manos de los dioses».

Otro jinete se acercaba por el camino en dirección a él.

Reconoció a Argantio al tiempo que el hombre le saludaba alzando la mano y se alegró de que su llegada interrumpiera sus elucubraciones. Cuando llegó junto a él el oretano sonreía abiertamente, pero las arrugas de su frente dejaban traslucir un atisbo de tensión. A Gerión le pareció que su amigo tenía ese aire de impaciencia contenida de quienes traen una noticia pero esperan para comunicarla a que llegue el momento oportuno. Ambos reanudaron al paso el regreso a Cirmo.

—Vaya, Argantio, es un honor que todo un rey de los íberos venga a buscarle a uno para el almuerzo.

—Son exigencias de la diplomacia: ganarse el favor de la población local —respondió el oretano con una ironía que pareció fatigada o triste—, pero la próxima vez podrías mantenerte un poco más a mano: he tenido que preguntar a la mitad de los niños del pueblo hasta averiguar en qué dirección habías salido.

Gerión miró la posición del sol.

—Demasiado temprano aún para el almuerzo. Algo me dice que no es esa diplomacia tuya lo que te trae hasta aquí.

Argantio asintió con la cabeza.

—No te equivocas. He hablado con Meronio, se lo he contado todo.

Gerión enarcó las cejas en un gesto de sorpresa e interrogación.

—¡Por fin! ¿Y…?

—No ha sido fácil; tengo que admitir que mis motivos para haber mantenido en secreto mi identidad y lo incierto del apoyo de Tilego me han parecido mucho menos convincentes al explicárselos a Meronio. Él se ha mantenido sereno y ecuánime, por supuesto: me ha escuchado sin mover un músculo, escrutándome con esos temibles ojos grises, pero a todas luces se ha sentido engañado y ha quedado muy preocupado. Me temo que no me va a ser fácil recuperar plenamente su confianza. Y no tanto por haberme hecho pasar por quien no soy: él sabe que si se hubiera corrido la voz de que el rey de Hélike andaba buscando ayuda por la Celtiberia, el Bárquida habría dedicado todos sus recursos a capturarme. Mucho más grave le ha parecido que haya dado por seguro el apoyo de Tilego cuando en este momento no podemos satisfacer sus condiciones. Me ha dicho que me he aprovechado de su buena fe y de la de todos los ólcades para embarcarlos en una guerra mucho más dudosa de lo que pretendía; que no he respetado el derecho de todo pueblo libre para conocer los riesgos que comportan sus decisiones, que no he correspondido el favor que ha puesto en mí.

Argantio calló haciendo una mueca de pesar.

Gerión apretó los labios. Sentía que se le quitaba un peso de encima, pero todo ese peso parecía habérsele quedado atascado en la garganta. Nunca habría debido aceptar que las cosas llegasen a ese punto, tendría que haber sabido honrar mejor sus lealtades…

Aunque eso ahora ya no importaba. Comprendió que el poso de amargura que le quedaba en el pecho era experiencia, sabiduría, vida aprendida.

—Tiene mucha razón. Ambos sabemos que no debías haber esperado tanto para hablar con él. Meronio no es un hombre para andar con medias verdades. Y ha empeñado en esto todo su honor. Pero no insistiré más en ello, lamentarse no sirve de nada. ¿Te ha dicho qué hará ahora? Me imagino que convocará de inmediato a la asamblea de guerreros y que tus compatriotas tendrán que hacer frente solos a su destino.

—No —repuso Argantio—, ya es demasiado tarde. Todas las ciudades ólcades están movilizadas y eso es algo que no se le puede ocultar a Amílcar; para bien o para mal la guerra ya se ha puesto en marcha. Además, no olvides que hemos destruido una unidad de caballería púnica y mantenemos prisionero a Magón. El Bárquida no es hombre para dejar sin castigo esa afrenta. Meronio seguirá adelante, pero me ha hecho jurar que conseguiré esos talentos de oro y que Tilego luchará a nuestro lado cuando llegue el momento. Me hará responsable ante los dioses de toda pérdida si no es así.

Gerión frunció el ceño.

—Has hecho un difícil juramento; la Celtiberia es rica en plata pero no en oro, y cinco talentos son una cantidad formidable. ¿Qué piensas hacer?

—Llevo dándole vueltas a esa pregunta desde la llegada de mis compatriotas y me temo que no tenemos muchas opciones. Una posibilidad sería Kástulo: antes de la llegada de Amílcar, era la ciudad más rica de la Oretania, y acaso solo Gádir la superara en toda Ispania. Las minas de Kástulo llevan generaciones proporcionando grandes fortunas y hay comerciantes en la ciudad para los que en tiempo de paz cinco talentos no habrían supuesto un gran problema. Y, aunque suene inmodesto decirlo, créeme que el nombre de Orissón siempre ha sido tenido allí en gran estima. Pero ignoro hasta qué punto el ejército cartaginés habrá saqueado la ciudad y si vivirán aún los hombres de mi confianza; hay que contar también con la guarnición de Akra Leuke y con que la ciudad estará infestada de espías.

—Olvídate de Kástulo —interrumpió Gerión—, está demasiado lejos. Para cuando quisiéramos llegar a Hélike desde allí, la guerra ya habría acabado.

Argantio perdió la mirada en el sur, donde las colinas daban paso a un llano velado por la calima, como si tratara de calibrar distancias remotas a simple vista. Chasqueó la lengua.

—Es cierto. La alternativa sería ir a Iaspis, en la Edetania; es una próspera ciudad a unas treinta leguas de Hélike, hacia el noreste. Hace años que alcanzamos un acuerdo de fronteras con ellos y desde entonces mantenemos fructíferas relaciones comerciales; tengo buenos amigos en su consejo de principales que acaso estuvieran dispuestos a prestarle a Hélike esa suma. Con cuantiosos intereses, naturalmente: para los edetanos la amistad y el negocio van siempre cogidos de la mano. Es peligroso y el éxito muy dudoso, pero creo que no tenemos elección. Saliendo pasado mañana, tendríamos el tiempo justo para ir hasta Iaspis y dirigirnos después directamente al monte Luc, a la reunión del ejército —Argantio hizo una pausa para tomar aliento y escrutó a Gerión—. ¿Qué te parece?

—¿Y qué quieres que me parezca? Tú mismo lo has dicho: no hay elección, así que pongámonos en marcha y no perdamos el tiempo lamentándonos. ¿Vendrá alguien más con nosotros?

Argantio agradeció con un gesto la disposición del joven para acompañarlo.

—Lortas podrá sernos útil. Se desenvuelve bien en celtíbero, es fuerte y siempre mantiene el buen humor; además, teniéndolo con nosotros evitaremos que se vaya de la lengua en el momento más inoportuno. En cambio será

mejor que Abarien se quede con los demás: es muy competente militarmente y podrá ser de ayuda en los preparativos de la campaña. Nadie como él para evitar que Meronio termine de perder la confianza en los heliketas. Y respecto a Anglea —añadió con un brillo de complicidad en las pupilas—, no creo que haya forma de convencerla de que se quede, así que mejor será no intentarlo.

—Me parece bien —convino Gerión—, siempre que Meronio consienta.

—Sí, deberás hablar con él, aunque te verás obligado a admitir que conocías lo que él ignoraba. A mí no me ha hecho ninguna pregunta al respecto, pero estoy seguro de que no se le ha pasado por alto.

—No le ocultaré nada, pero creo que lo dejará pasar, al menos de momento. Si él mismo se ve obligado a seguir adelante, no creo que tenga ganas de poner en cuestión la rectitud de los demás. Y creo que la magnanimidad de Meronio sabrá ver lo que hay en mi corazón.

Alcanzaron el punto del camino donde había tenido lugar el combate con el destacamento de Magón; la tierra removida, las huellas de cascos y las manchas de sangre reseca daban cuenta de lo ocurrido unas horas antes. Pero no quedaba una sola arma: los niños del pueblo habían hecho su trabajo a conciencia. A lo lejos aún humeaba la pira en la que los propios prisioneros habían amontonado y dado fuego a sus compañeros muertos. Más adelante, junto al camino, en el punto en que este comenzaba a ascender hacia la puerta del poblado, un rebaño de ovejas pastaba indolente mientras tres figuras parecían conversar de pie, al sol. Un perrillo pastor comenzó a ladrar y echó a correr hacia los jinetes. *Turmo* relinchó suavemente.

—Si no me falla la vista, aquellos de allí son Mimbro, Anglea e Irmán, y ese que viene corriendo es *Cardo* —señaló Gerión—. Nunca había visto un perro y un caballo tan bien avenidos como él y *Turmo*. Se conocen desde hace poco más de una semana y ya se saludan como si no pudieran pasarse el uno sin el otro.

Argantio detuvo su montura y carraspeó, dando a entender que aún le quedaba algo que decir antes de que se reunieran con los demás. Gerión lo miró con curiosidad, conteniendo con las riendas la impaciencia de *Turmo* por seguir adelante.

—¿Y bien, de qué se trata?

—Yo he cumplido mi parte —dijo el oretano con aire enigmático—, pero tú no puedes decir lo mismo. ¿No se te olvida algo, una última prueba de confianza?

«¿Una última prueba de confianza?». Gerión quedó en suspenso, sin entender a qué se refería su amigo. ¿Esperaría Argantio que él tomara alguna

iniciativa en relación a Anglea? Por supuesto que, entre los ólcades, su condición de guerrero le autorizaba ya a procurarse esposa, pero no tenía ni la más remota idea de los usos y costumbres de los íberos en la materia y bien podía ocurrir que, por acción u omisión, hubiera cometido algún error. Acaso el oretano esperara una disculpa por alguna actitud desconsiderada que a él le hubiera pasado inadvertida o, muy al contrario, quizá le estuviera dando pie para mostrar su interés por la muchacha. Vio que Argantio, intrigado, no le quitaba el ojo de encima.

—No te entiendo —dijo al fin Gerión, alzando el tono de voz para hacerse oír por encima de los ladridos histéricos de *Cardo*, que había llegado junto a ellos y corría en círculo en derredor de *Turmo*. Simuló mirar distraídamente las cabriolas del perro para evitar encontrarse con la mirada del íbero—, ¿qué prueba de confianza es esa que me reclamas?

—Me parece que lo sabes muy bien. ¿Es que vas a echarte atrás ahora?

—Esto…, verás, me imagino que te refieres a…

—A la plancha de plomo, por supuesto —interrumpió Argantio, crecientemente irritado—. Dijiste que tendríamos que esperar al regreso de Arecorata para leerla. Pues bien, ya hemos vuelto. Tengo que admitir que ardo de impaciencia; durante todos estos días no he podido dejar de hacer cábalas sobre las revelaciones que contendrá ese mensaje. Proviene de una época de la que han desaparecido ya casi todos los testimonios, y la transmisión de la memoria de un pueblo de padres a hijos no puede sino empobrecerse y deformarse en cada generación.

Gerión abrió la boca, completamente desconcertado. Poco faltó para que se diera una palmada en la frente al caer en la cuenta de que las expectativas del oretano nada tenían que ver con Anglea. «¡La lámina de plomo! ¡El íbero se refería al texto que había dejado su antepasado grabado en una plancha de metal, ¿cómo podía haberlo olvidado?!». Se sintió disgustado: ¿hasta dónde le estaba llevando su inclinación por la muchacha? Estaban en vísperas de la mayor campaña militar en mucho tiempo y a un guerrero como él no debían faltarle cosas más urgentes en que ocupar el tiempo y el pensamiento.

—¡Naturalmente, la plancha de plomo! Con tantos acontecimientos lo había olvidado. Tienes razón, no hay por qué esperar: hoy mismo comprobaremos si eres capaz de descifrar las palabras del primer Gerión, el tartesio. ¿Quién sabe, oretano —se interrogó en voz alta al tiempo que, golpeando suavemente los ijares de *Turmo*, reanudaba la marcha—, acaso los dioses te hayan traído hasta aquí para que nos desveles grandes secretos?

Argantio se rascó la cabeza tratando de explicarse el súbito cambio de humor de Gerión y se preguntó si algún día terminaría de comprender a los ólcades. Se secó el sudor con el antebrazo; la brisa se había detenido y el calor parecía hincharse a su alrededor, haciendo vibrar las imágenes y amortiguando el sonido. Reparó en que su respiración se había convertido en un jadeo. Hacia levante, en el corazón de la sierra ólcade, densas nubes grises comenzaban a apilarse sobre los montes, alzándose hacia lo alto como prodigiosas columnas amenazantes.

Aún tuvieron que esperar. Para cuando, tras reunirse con Mimbro y las muchachas, regresaron a casa, se había hecho la hora del almuerzo y Larima conminó a todos a tomar asiento en los bancos, mientras ella removía sobre el fuego un guiso de trozos de carne y gachas de avena en un caldero de bronce. Poco después comenzó a repartir porciones en cuencos negros de barro cocido, empezando por Gerión en su condición de cabeza de familia; entonces, con la vista ya habituada a la penumbra después de la luz deslumbrante del mediodía en los campos, el joven advirtió que su madre estaba radiante: se había recogido el pelo en un alto moño rodeado por una diadema de bronce y llevaba unos pendientes de plata exquisitamente repujados con siluetas de puntas de lanza; en los antebrazos lucía un juego de brazaletes que solo acostumbraba a usar en las grandes celebraciones. Gerión se sintió orgulloso por el empeño de su madre en que su papel de anfitriona y la hospitalidad de su casa estuvieran a la altura del rango de sus invitados.

El almuerzo transcurrió animado por la insaciable curiosidad de Mimbro, quien hizo a los íberos las más variopintas preguntas acerca de sus dioses, ciudades y costumbres; y causó la hilaridad de todos tratando de explicar las propias poniendo como ejemplos anécdotas un tanto embarazosas sobre sus hermanos mayores. Por boca del niño supieron los demás que Irmán utilizaba la espuma de la cerveza *kelia* para suavizar la piel del rostro, y que siendo niño Gerión tiró al río todos los utensilios metálicos de la cocina pretendiendo hacer una ofrenda a Rinla. En justa correspondencia, Larima contó que, en una ocasión, Mimbro había oído a su tío Tesindro ensalzar las propiedades del cerebro del oso, que confería el poder y el furor del animal a quien lo comiera, y desde entonces devoraba con avidez los sesos de los gallos que se sacrificaban para la comida como si también estos tuvieran propiedades virilizantes.

Concluyendo el almuerzo, Gerión reclamó la atención de todos adoptando un aire solemne que en seguida produjo un silencio curioso y expectante.

—Madre, hermanos: dónde, no lo sé, pero hay un lugar desde el que nuestros muertos contemplan los avatares con que se nos va tejiendo la vida. Estamos menos solos de lo que hayáis podido pensar, menos desamparados de lo que desearían nuestros enemigos.

Hizo una pausa y buscó las miradas de los suyos, tratando de compartir en ellas la emoción que empezaba a asomar en su voz. Todos quedaron en suspenso, esperando que continuara.

—Los ritos de los guerreros —continuó con voz grave— deben mantenerse en secreto, pero habéis de saber que los dioses han permitido que lleguen hasta mí palabras de quienes ya no caminan junto a nosotros. Ellos sabían…, sabían muchas cosas. Algunas que sucedieron después como ellos las anunciaron, otras que acaso nos depare el futuro o que no he sido aún capaz de entender. Y me dieron consejos y advertencias que hasta ahora han probado su valor.

Gerión se sintió desgarrado entre la necesidad de contar a los suyos la aparición de su padre y del primer tartesio durante el ritual y la obligación de guardar reserva sobre lo ocurrido.

—¿Te encuentras bien, Gerión, hijo? ¿Qué es lo que debes decirnos? Háblanos sin temor.

La ternura en la voz de su madre estaba llena de intuiciones y Gerión se preguntó si en verdad tan solo los guerreros podían escuchar a los muertos… Pero ahora todos le miraban esperando que continuara el soliloquio que había iniciado con tanta solemnidad.

El estallido de un trueno estremeció el aire, y una lluvia súbita y furiosa comenzó a repicar sobre el tejado.

Gerión descubrió que había perdido el hilo de sus palabras y concluyó abruptamente.

—Debo mostrarle a Argantio la lámina de metal de nuestro antepasado. Tal vez él pueda entender sus signos.

Se incorporó sin esperar respuesta ni prestar atención a las expresiones de sorpresa y caminó resuelto hacia la alcoba. La tormenta distante retumbó en el silencio que siguió a sus palabras y, como si fuera una señal, movió a todos a apresurarse en pos del joven.

Con la ayuda de Argantio, izó el catre central y lo colocó sobre los jergones contiguos, dejando al descubierto un pavimento de losas de piedra talladas con gran maestría. En el centro se encajaba una trampilla de madera cuadrangular con una gruesa argolla de bronce incrustada; una ininterrumpida capa de polvo indicaba que no había sido movida en mucho tiempo. Gerión

tomó la anilla de metal con ambas manos, alzó la portezuela de un golpe seco y la echó a un lado, dejando al descubierto la boca de un pozo envuelto en sombra.

—Trae una lámpara, Mimbro —dijo sin desviar la vista de la oquedad. Los demás se arremolinaron a su alrededor en completo silencio, como si se tratara de un rito religioso.

El niño tardó un abrir y cerrar de ojos en regresar con una lamparilla de aceite humeante recién encendida en las ascuas del hogar. Con ella en la mano, Gerión hizo un gesto a Argantio para que lo acompañara y comenzó a descender por unos empinados escalones de piedra.

Solo una luminosa intensidad en la mirada traicionaba la apariencia de completa serenidad de Argantio cuando siguió los pasos de Gerión. Se balanceó de un lado a otro tratando de evitar las volutas de humo rancio que desprendía la lamparilla y sus movimientos parecieron los de algún remoto baile ceremonial. Había esperado que bajo el catre un simple nicho contuviera la herencia del tartesio y su expectación se había desbocado al descubrir que bajo la casa había una cámara subterránea. Desde luego, sabía que los celtíberos tenían costumbre de excavar silos en sus viviendas para almacenar cereal y bellotas secas —de hecho la práctica no era infrecuente en tierra de íberos—, pero el corazón le decía que aquel lugar era algo más que una bodega.

En un momento se encontraron en una pequeña cámara excavada en la piedra caliza. Frente a ellos se abría un vano que daba paso a una estancia alargada cuya densa oscuridad se desvaneció al entrar en ella Gerión con la tea en alto. Argantio reprimió un estremecimiento al seguirle: la temperatura había descendido bruscamente, como si el corazón de la piedra, eterno e indiferente, fuera un territorio prohibido para los rigores del verano. Escuchó un roce y un cuchicheo a su espalda: Mimbro y las muchachas habían bajado también y ahora se arracimaban en la cámara de entrada tratando de pasar inadvertidos; solo Larima permanecía arriba tratando de aprovechar el momento de soledad para apaciguar la agitación que le había asaltado al escuchar el relato de Gerión. Todo eso lo supo el oretano sin necesidad de darse la vuelta, como si la capacidad de percepción se multiplicara en aquel lugar y pudiera observar lo que ocurría a su alrededor utilizando medios más poderosos que la vista. A pesar de que el olor agrio de la lámpara empezaba a enseñorearse de la cámara, aún era posible percibir la atmósfera de húmedo abandono, de herrumbre y madera podrida que les había dado la bienvenida.

Pero en el aire estancado había algo más. Acaso un temblor, una vibración imperceptible. Una intuición mágica, sobrenatural.

Miró a su alrededor. La estancia donde se encontraban tenía aproximadamente un paso y medio de ancho, tres de largo y otros tantos de alto; en su parte superior las paredes se aproximaban, sirviendo de techo las mismas losas rectangulares que formaban el pavimento de la alcoba desde la que habían descendido.

La alcoba… El exterior parecía de pronto algo vago y distante, algo irreal, imaginado.

Sendos bancos tallados en la piedra, cubiertos de grandes tinajas de color negro, recorrían de extremo a extremo las dos paredes principales, terminando en un testero con un nicho excavado en él. En su interior algunos objetos arrojaban sombras danzantes sobre la pared. Argantio asintió con la cabeza en un gesto de reconocimiento, con el pulso acelerado y una extemporánea sonrisa en el rostro.

—Es una cripta tartesia, Gerión —dijo alzando la voz lo suficiente para ser oído por todos—, ¡por todos los dioses, es una cripta tartesia! Hubo un tiempo en que los grandes hombres de nuestro pueblo eran inhumados en lugares como este, y aún es posible encontrar sus túmulos en los campos del sur si se sabe mirar.

Gerión asintió en silencio.

—Dice la tradición de la familia que el primer Gerión, el tartesio, dedicó los últimos años de su vida a excavarla; son muy pocos los extraños que han entrado aquí. Nosotros la utilizamos para guardar el cereal en los años de buena cosecha. Y para honrar la memoria del antepasado. Mira.

Acercó la antorcha al nicho iluminando su contenido. Había dos vasijas de pie con una forma singular: tenían anchas asas horizontales y el vientre grácilmente abombado, estaban rematadas por un labio plano sobre el que descansaba una tapa cónica. Una de ellas era de tosca factura, sin otra decoración que una capa de engobe rojo, pero la otra estaba esmaltada con un barniz negro, brillante a pesar del paso del tiempo, con primorosas figuras blancas pintadas en derredor.

A Argantio le dio un vuelco el corazón: «¡Por la barba de Reshef, una crátera ática!». Se acercó para verla mejor y distinguió las siluetas de dos jóvenes desnudos sentados sobre mantos; uno de ellos estaba siendo coronado por dos seres alados. Vasijas similares seguían siendo una mercancía enormemente apreciada en el valle del Betis y las costas íberas; las traían de lejanas tierras de levante unos comerciantes de esbeltas naves llamados

foceos, pero nunca había pensado que encontraría una en el subsuelo de una remota aldea celtíbera. Junto a la crátera había una espada rota en tres fragmentos y un yelmo de bronce sin penacho, de anchas carrilleras proyectadas hacia el frente. «También el casco es griego —se dijo—, debe de ser muy antiguo». Y un monolito de piedra tallada, un *betilo* como el que su propio pueblo utilizaba para representar a la divinidad.

—Todos los Geriones empuñaron esta espada —dijo el joven— hasta que se quebró en manos de mi padre, durante el combate que le costó la vida. Pero el yelmo no ha sido usado desde el tiempo del tartesio. La vasija negra contiene sus cenizas y el ajuar funerario: un cinturón de plata y un puñado de fíbulas y bocados de caballo. Y en la otra no hay más que la lámina; se diría que fue hecha precisamente para guardarla.

Gerión levantó la tapa de la crátera sin esmaltar y extrajo una plancha de metal flexible de considerable tamaño.

—Aquí la tienes —dijo con una vaga reticencia en la voz, como si al desvelar el secreto de la familia se desprendiera de algo de gran valor—. ¿Comprendes los signos?

Argantio apoyó en el nicho la lámpara de aceite y tomó de manos de Gerión la hoja de plomo, extendiéndola junto a la luz. Con el corazón trepidante, paseó la mirada por la superficie de metal ennegrecido por el paso del tiempo, como si todo brillo hubiera sido extinguido por una capa de hollín que, no obstante, contribuía a resaltar una densa multitud de pequeños signos minuciosamente grabados que ocupaban todo el espacio disponible.

Las piernas comenzaron a temblarle y buscó asiento en el banco de piedra que tenía a su espalda. Apenas advirtió que los ojos se le inundaban de lágrimas. Los otros se arremolinaron a su alrededor guardando un respetuoso silencio cargado de expectación que al fin astilló la voz exultante de Anglea:

—¡Padre, es un texto tartesio!

—Así es —corroboró Argantio, haciendo un esfuerzo para sobreponerse a la turbación que le había producido encontrarse en las manos con un testimonio de un tiempo que consideraba legendario—, un texto tartesio como nunca había visto otro igual —lo examinó despacio, con reverencia, mientras todos guardaban un tenso silencio—. Es realmente maravilloso. He conocido otras planchas grabadas de aquella época, por supuesto, pero se limitaban a dar cuenta escuetamente de una decisión administrativa o del contrato de una transacción comercial. Esto es algo del todo diferente, un trabajo extraordinario que debió de ocuparle un largo tiempo a aquel hombre.

Acarició las hileras de letras angulosas con admiración, tiñéndose de negro las yemas de los dedos.

—Los signos son muy similares a los nuestros —dijo Gerión—, pero los que saben leer celtíbero dicen que las palabras no tienen ningún sentido.

—Es que tanto vuestro alfabeto como el nuestro son copias más o menos alteradas de este —explicó el oretano sin apartar la vista del texto—, el cual utiliza a su vez en gran medida los signos de los fenicios. Se dice que a través del valle del Betis ellos enseñaron a escribir a todos los pueblos de Ispania y seguramente es cierto.

—¿Y bien? —urgió Gerión—, ¿entiendes lo que dice?

—Claro que sí, aunque está lleno de abreviaturas y de omisiones. Es lo habitual para ahorrar tiempo y espacio: se eliminan todas las palabras que no impiden comprender el sentido del texto. Pero intentaré reconstruir el relato original. Disponeos a escuchar las palabras de vuestro antepasado.

Argantio comenzó a leer, inundando la cámara con su voz cálida y solemne, convocando con cada palabra un tiempo legendario y remoto, atando en aquella tarde de tormenta un cabo que había permanecido suelto durante generaciones.

Entonces, sin saber por qué, pensó en Larima, sentada sola arriba, en la alcoba, escuchando la lluvia y las palabras amortiguadas que llegaban hasta ella como si fueran el aliento con que respiran los secretos de la tierra.

CAPÍTULO XVI

«SOY GERIÓN de Tartessos, hijo de Gerión, del linaje del hijo primogénito de Crisaor, padre del fundador de nuestro reino. Que los dioses me amparen. Acaso Tartessos la luminosa, la sabia, la poderosa, termine en estos días oscuros. No lo quiera Astarté en su majestad, Reshef en su poder, Melqart en su audacia. Que las deudas que tuviéramos con ellos quedaran saldadas con la caída de Curris, el último santuario, la última esperanza de fundar otra Tartessos allí donde nacen las aguas del río que la regó un día.

»¿Cuál fue nuestro pecado, nuestra culpa? En la hora trágica no supimos siquiera permanecer unidos. En tierra de íberos quedó Argantio con quienes quisieron seguirle. Argantio mi amigo, mi hermano, incapaz de comprender que si un día fundamos otra patria será lejos del gran río que le dio nombre a la nuestra. Me postro cada noche ante el betilo para rogar por él, por mí, por todos nosotros. Se me rompió el corazón viéndolo marchar aquella noche triste. Yo fui de los que resolvieron continuar hacia el norte: acaso dos centenares de familias caminando junto a asnos y caballos cansados, cruzando ásperas sierras y una llanura sin fin.

»Allí fue donde supimos que una patrulla púnica nos había avistado y vimos de nuevo la nube de polvo en lontananza, acercándose con rapidez. Tuvimos que dejar atrás una parte de nuestra herencia: quedó al amparo de la piedra, acariciada por los dedos de la luna, a los pies de la diosa que todo lo ve, de los que fueron poderosos antaño. Otra separación, otra pérdida, otro fracaso, otra huida. Acaso algún día le sea de utilidad a mi pueblo, o a lo que quede de él, o a aquello en lo que se haya convertido.

»Marchamos ya más ligeros pero terminaron por darnos alcance, de todos modos, no muy lejos de aquí, en las riberas del Sucro, como lobos silenciosos en la primera luz del alba. Perros púnicos, que les devoren las entrañas para siempre los demonios de las simas ardientes. Habríamos muerto todos si no hubieran llegado en nuestra ayuda los hombres de los montes. Surgieron de la nada, grandes guerreros de cabello claro, cubiertos de metales; solo los dioses saben por qué tomaron partido por nosotros. Nosotros los fugitivos, los desposeídos, los errantes. Lucharon a nuestro lado con la ira poderosa del que defiende su tierra sagrada y pusieron en fuga a los cartagineses al tiempo que el sol se alzaba sobre el mundo.

»Se llamaban ólcades. Ayudaron a incinerar a nuestros muertos y dieron derecho de paso a la afligida columna de supervivientes. Se hicieron cargo de mí cuando todos pensaron que no sobreviviría a las heridas que había recibido en el combate. Yo mismo me sentí muerto entonces: oía voces de dioses y veía turbias figuras danzando a mi alrededor. No podía hablar, ni entender, ni protestar. No pude decir que no, que prefería marchar y morir con los míos, que si la vida tenía que ser sin mi pueblo y mis dioses, no la quería. Cuando desperté de las fiebres y las sombras, ya estaban muy lejos. Comprendí que ya era tarde, que el sueño de Tartessos había desaparecido acaso para siempre camino de septentrión, que yo había quedado abandonado entre desconocidos a los que ni siquiera entendía cuando hablaban.

»Lloré largo tiempo, como si las lágrimas pudieran conducirme a la muerte ansiada. Pero conservé la cordura rezándole al betilo hora tras hora. Formaba parte del ajuar funerario que los míos habían dejado en certidumbre de mi muerte. También mis armas y la crátera griega, y hermosos objetos de los tiempos prósperos, y esta lámina de plomo que siempre me había resistido a fundir, en espera de un propósito que ahora comenzaba a desvelarse. Los ólcades cuidaron de mí y poco a poco recuperé las fuerzas. Aprendí su lengua. Me ayudaron a construir esta casa y me dieron un rebaño de veinte ovejas para hacer de mí un hombre libre. Me enseñaron sus ritos y sus montes, me dieron a beber su cerveza amarga, me llevaron consigo en sus correrías. Hicieron de mí uno de los suyos.

»Conocí a una joven hermosa y despierta, Aricia, y la hice mi esposa, aun antes de saber que sería ella quien me haría al fin pertenecer a esta tierra. Aquí, en estos montes, en esta altura transparente, he aprendido que solo el amor enseña a descubrir una nueva patria. Y Aricia me ha dado algo todavía más mágico y valioso: un hijo que ahora corretea a mi alrededor y se detiene a veces a observar cómo recorro la superficie del metal con el punzón.

»Mi hijo. Le di mi nombre cuando aún le unía a su madre el cordón de la vida. Colgué de su cuello el lingote de Tartessos, la piel de buey que eligieron como emblema sus antepasados. Hay ya otro Gerión en este remoto poblado extraviado en los montes ólcades. Cuando digo su nombre en voz alta, invoco al tiempo mi pasado y mis sueños. Gerión. Quiera Astarté la magnánima que tras de él vengan otros. Para ellos he escrito esta memoria, para que sepan de dónde vienen y quiénes son, y qué significa el metal que llevan en el pecho.

»Me postro cada noche ante el betilo para rogar por ellos.

»Que los amparen Astarté en su majestad, Reshef en su poder, Melqart en su audacia».

Al desvanecerse la última palabra pronunciada por Argantio, se instaló en el aire estancado un silencio como solo puede concebirse en las entrañas del mundo; un silencio denso y consistente como un fluido, invisible pero insoslayable, que amortiguaba el ritmo de las respiraciones y el chisporroteo ocasional de la lámpara de aceite.

Gerión se estremeció con un escalofrío involuntario mientras trataba de asimilar el relato que había oído; se sentía trágico y esperanzado al mismo tiempo, en una confusión que era también evidente en las palabras de su antepasado, y, como nunca antes, aceptó con todas sus consecuencias la responsabilidad de dar continuidad a un linaje que tenía un origen tan fabuloso y remoto. Él, un ignorante guerrero celtíbero que solo escasos días atrás había conocido de labios de Argantio la historia de Tartessos, resultaba ser heredero en línea directa del fundador de la mítica ciudad. Sacudió la cabeza de un lado a otro con incredulidad y por un momento deseó que todo aquello no fuera sino un sueño, que tras un parpadeo todo se desvaneciera y volvieran los tiempos despreocupados que precedieron a su encuentro con el oretano; añoró las cacerías y las incursiones a tierra de carpetanos con sus amigos, los coqueteos con las muchachas del poblado, las largas horas de soledad acompañando a los rebaños, las conversaciones con sus hermanos y su madre en los tempranos anocheceres de invierno, reparando aperos o puliendo las armas con la ayuda de Mimbro mientras las mujeres se afanaban en el telar o en el molino de piedra.

Pero fue solo un instante. «Por nada del mundo cambiaría todo esto», se dijo, obligándose a sonreír para deshacer las sombras que se habían dado cita en la cámara subterránea. Los dioses habían escogido precisamente aquel tiempo para que el mundo basculara sobre un fulcro desconocido y cambiara de rumbo, y él estaba dispuesto a hacer frente a lo que le correspondiera. La hora de la verdad no le hallaría dormido o inerme. No a él, a Gerión, heredero de Tartessos, hijo de Gerión, del linaje del hijo primogénito de Crisaor.

«Que los dioses me amparen».

Solo cuando todos se volvieron hacia él, advirtió que las últimas palabras las había pronunciado en voz alta.

—Que nos amparen a todos —murmuró con suavidad Argantio. También él sonreía y, aunque la luz era escasa, sus ojos parecían brillantes o, acaso, húmedos. Era patente que la historia de la lámina de plomo le había conmovido sobremanera y ahora parecía exhausto y feliz. Como movido por un impulso, se irguió, abrazó a Gerión y volvió a su asiento antes de que el joven guerrero pudiera reaccionar—. Anglea, hija —llamó con voz queda.

La joven íbera se sentó junto a su padre.

—¿Has oído la voz del pasado, hija mía? Nos ha hablado directamente, sin las distorsiones que deforman las palabras cuando viajan de boca en boca, sin el riesgo de tomarlas por un mito. ¡Qué regalo de los dioses ser testigos de algo así! ¡Qué inmenso azar, que el heredero del linaje de Gerión viniera a salvar mi vida cuando parecía concluida en un bosque de la Celtiberia!

—¿Y lo llamas azar, padre? Más parece la voluntad de los dioses.

A pesar de que había hablado en íbero, sonrió al joven sabiendo que lo había comprendido.

—Gerión, amigo mío, ¿no te parece que en ocasiones los caprichos de los dioses superan todas nuestras expectativas? —Argantio esbozó una sonrisa en la que se mezclaban asombro y gratitud; enarcó las cejas y dejó exhalar un prolongado suspiro—. Tu antepasado dice del mío que era «su amigo, su hermano». También confirma nuestra creencia de que una parte de los exiliados de Tartessos siguió su camino hacia el norte buscando un lugar lejano donde refundar la patria: «dos centenares de familias caminando junto a asnos y caballos cansados». Pero eso ya lo sabíamos, ¿verdad?, él mismo te lo dijo en la cámara del ritual, en el templo de Cosus.

—«La tribu perdida alcanzó su destino —recordó Gerión sin esfuerzo, ignorando su obligación de guardar silencio sobre el ritual; aquellas palabras parecían haber sido grabadas en su memoria indeleblemente—. Están en la última tierra de poniente, al norte del río del olvido». También dijo que tal vez hubiera algo en la plancha de plomo que podemos necesitar pronto…

—¡Seguro que se refería a la parte del tesoro de Tartessos que dejaron atrás cuando descubrieron que eran perseguidos por los cartagineses! —intervino Irmán sin ocultar su excitación.

Gerión miró a su hermana y descubrió en sus ojos una pasión que nunca había visto en ellos. Y un poco más allá, al pie de la escalerilla, vio a su madre con los brazos cruzados, como si se abrazara a sí misma en aquel momento encendido de enigmas. No la había oído bajar.

—¡Claro que sí! —exclamó Anglea—. Si consiguiéramos dar con ella, acaso nos sirviera para completar el pago a Tilego. Padre, ¿quieres volver a leer esa parte?

—«Tuvimos que dejar atrás una parte de nuestra herencia: quedó al amparo de la piedra, acariciada por los dedos de la luna, a los pies de la diosa que todo lo ve, de los que fueron poderosos antaño. Otra separación, otra pérdida, otro fracaso, otra huida. Acaso algún día le sea de utilidad a mi pueblo, o a lo que quede de él, o a aquello en lo que se haya convertido». Sí,

no cabe duda —convino Argantio, frunciendo el ceño y acariciándose la barba con aire meditabundo—. En un intento de ganar ligereza en la huida, ocultaron objetos de valor, probablemente joyas o lingotes de metales preciosos, ¿pero dónde, al amparo de la piedra, acariciada por los dedos de la luna? ¡Toda Ispania es tierra de piedra y luna! ¿A los pies de qué diosa, de qué poderosos de antaño? Debe de referirse a algún templo, o acaso al escenario de alguna batalla de los tiempos antiguos, pero las posibilidades son numerosas: entre la serranía donde nace el Táder[13] y estos montes hay decenas de lugares que podrían responder a esa descripción. Está claro que tu antepasado no se atrevió a ser demasiado explícito, pero temo que no estemos a la altura del acertijo.

Gerión se sintió perdido; él jamás había tenido la ocasión de recorrer los parajes a los que se refería Argantio. Se suponía que era el oretano quien debía ser capaz de interpretar el mensaje grabado en el plomo. Hizo notar su impotencia encogiéndose de hombros.

El silencio volvió a adueñarse de la cripta, trayendo consigo una agria sensación de fracaso.

—«A los pies de la diosa que todo lo ve» —dijo de pronto Anglea en un susurro—. Astarté.

Gerión la miró de hito en hito, desconcertado por sus palabras. La muchacha tenía los ojos entornados y el aire concentrado y ausente de quien sigue la pista a una idea esquiva.

—¿Cómo?

—Sí, Astarté —insistió Anglea, sonriendo ahora abiertamente—, ella es la diosa que todo lo ve. Y me dijo que volveríamos a encontrarnos. Antes de que termine este tiempo de sangre…

Gerión sacudió la cabeza con incredulidad; miró a su alrededor y vio que Larima, Irmán y Mimbro estaban siguiendo la conversación completamente absortos, inmóviles y con la boca entreabierta, sin atreverse casi a respirar. Pero Argantio había empezado a sonreír. El oretano miraba a su hija como si no le cupiera duda de que ella debía de tener la clave para descifrar el enigma. Alzó las cejas invitándola a continuar.

Anglea cerró los ojos y recordó las piedras caídas en la luz cenicienta del alba, la hierba envolviendo en murmullos los viejos túmulos… Como entonces, sintió que se le erizaba el vello del cuerpo. Se reconfortó trayendo después a la memoria la imagen de la diosa, sentada en su trono hierática y formidable, con la flor de la vida en las manos. Astarté otra vez haciéndose presente para guiar sus pasos entre la incertidumbre.

—Yo conozco ese lugar. Puedo llevaros hasta allí.

En el instante de concluir su historia, el íbero supo que todo resultaba demasiado fabuloso, demasiado improbable. La maltrecha confianza que Meronio pudiera conservar hacia él tras las revelaciones de aquella misma mañana no bastaría para hacerle creer en aquel relato cuajado de voces del pasado, hipótesis aventuradas e intuiciones femeninas inspiradas por Astarté. Una plancha de plomo celosamente guardada en una urna, palabras pronunciadas por los muertos en una cámara ritual, un tesoro oculto por los últimos exiliados de Tartessos. A él mismo parecía desvanecérsele ahora, sentados en la estancia principal de la casa del jefe de Cirmo, la frágil esperanza que habían concebido en la atmósfera onírica y sobrenatural de la cripta. Pero había comprometido su honor en no volver a ocultar nada a Meronio, y estaba dispuesto a arrostrar las consecuencias.

—En todo caso —se apresuró a añadir, retomando el que había sido su plan original—, hay una alternativa. A un día de marcha desde el lugar donde pensamos que se encuentra el oro de Tartessos, hacia el levante, se encuentra la ciudad edetana de Iaspis, con la que Hélike ha mantenido en los últimos tiempos una provechosa relación comercial. Si el tesoro no existe, o no somos capaces de hallarlo, trataré de conseguir en Iapsis la suma que nos falta. Si todo va bien, podremos reunirnos con vosotros en el monte Luc antes de que partáis hacia Hélike; si las cosas se complican, os daremos alcance por el camino.

—Suponiendo que tengáis éxito —preguntó Meronio con voz gélida—, ¿cómo le harías llegar el oro a Tilego?

—Tampoco eso será fácil —admitió el oretano—. Habrá que localizar el campamento del lusón e introducirse en él sin ser visto por la gente de Amílcar. Y alguien tendrá que hacer lo mismo saliendo de la ciudad; como sabes, la otra parte del metal ha sido reunida en Hélike y aún está allí.

—¿Cuándo y con quién partirás?

—Mañana mismo, al amanecer. Me acompañarán mi hija Anglea y el herrero Lortas. Y Gerión. Si estás de acuerdo, Abarien se quedará contigo, será muy útil para preparar la campaña: conoce bien el terreno alrededor de Hélike y los recursos del ejército del Bárquida. Además, habla el púnico a la perfección. Ignoro qué pretendes hacer con Magón y los demás prisioneros, pero os ayudará a entenderos con ellos si se presenta la necesidad.

Meronio rumió sus pensamientos en silencio durante un tiempo que a Gerión le pareció eterno. Mantenía la mandíbula apretada y la barbilla

apoyada en los puños cerrados, los codos se le clavaban en las rodillas. Su tensión era tan evidente como sus esfuerzos por mantenerla bajo control.

Sin pretender disimular que había escuchado toda la conversación desde el pequeño vestíbulo donde se afanaba en hacer harina de bellotas, Turencia entró en la estancia acompañada por el leve tintineo de las placas de bronce que llevaba colgadas del cuello y se colocó de pie junto a su esposo sin decir palabra, apoyando con afecto una mano sobre su hombro. Las facciones del guerrero se suavizaron de inmediato, buscó con su mano la de su esposa y comenzó a hablar.

—He confiado en ti desde que guardaste convalecencia en esta casa tras tu llegada a Cirmo, íbero. No me preguntes por qué, simplemente mi corazón me inclinó a ello, y el bueno de Brigantio solía decir que los dioses gustan de expresarse por medio de las inclinaciones de nuestros corazones. Apoyé tu petición de ayuda ante la asamblea de guerreros, envié a nuestros mejores hombres para que todas las ciudades ólcades acudieran a hacer la guerra a Cartago y yo mismo viajé contigo a Arecorata, luché a tu lado contra los púnicos de Magón y los traidores de nuestro propio pueblo, vi morir a muchos de los nuestros por tu causa. Me has dado a cambio verdades a medias, me has revelado la magnitud de los riesgos que corremos cuando ya era demasiado tarde para rechazarlos. Mas todo eso ya está hablado, no insistiré en ello. Ahora me ofreces como salvación una lejana ciudad edetana o una historia de muertos y herencias que puede que no sea producto de vuestra imaginación o puede que sí. Me dices que marcharás mañana en busca de esa esperanza, que cuando partamos hacia el sur no me acompañarás al frente de la columna, que acaso estarás ausente cuando todos los ólcades nos reunamos en el monte Luc.

»Pero ¿sabes lo que pienso, íbero? Que la moneda ya está echada y caerá por el lado del rostro o por el del jinete según dispongan los dioses; ya no puede hacerse otra cosa que preparar las armas y el coraje. Cuando la moneda está girando en el aire, a un hombre solo se le pide que cumpla con su deber, que esté a la altura de su honor. Los ólcades ya hemos empeñado nuestro honor, y eso no admite marcha atrás: lucharemos contra Amílcar con o sin los celtíberos de Tilego, con o sin los oretanos de Hélike, con o sin ti; solo responderemos de nuestros actos ante los dioses y ante nuestras familias. ¿Me entiendes, Argantio? Cuando llegue el día cuyo final acaso no hayamos de ver, no pediré de ti oro, sino honor. ¿Y me entiendes tú, Gerión? —Meronio dirigió entonces su mirada de metal pulido hacia el joven, que había guardado silencio durante la larga conversación—. Ese día no pediré de ti prudencia o

buen juicio o ser también yo merecedor de tu confianza y tu lealtad, pediré tan solo honor. Compartiré orgulloso con vosotros el viaje a la morada de los dioses si hemos muerto valerosamente con la espada en la mano, hayáis podido traer o no esos talentos de metal. Te conozco bien, Gerión, acaso mejor de lo que imaginas, y sé que estarás a la altura de tus antepasados. Y en cuanto a ti, íbero, a pesar de todo, sigo creyendo que eres un hombre honorable.

»No me preguntes por qué, simplemente mi corazón me inclina a ello.

Meronio guardó silencio y se levantó dando a entender que la visita había concluido; Argantio y Gerión se alzaron a su vez.

El rey de Hélike se llevó la mano al pecho y habló lentamente, como si por primera vez tuviera dificultad para encontrar en celtíbero las palabras que necesitaba.

—Ese día estaré a tu lado, Meronio de Cirmo, con la espada en la mano; lo juro por todos los dioses de tu pueblo y del mío. Y si está escrito que los dos debamos morir entonces, sabe que también yo estaré orgulloso de ir en tu compañía allá donde van los hombres que mueren honrosamente. A la morada de tus dioses, o a la de los míos.

CUARTA PARTE

HAMBRE DE DESTINO

CAPÍTULO XVII

—CREO que oigo pasos —susurró Tirtanios—. ¿Será él?

Los guerreros contuvieron el aliento, tratando de penetrar el húmedo silencio de la cámara de piedra. Una visita fuera de las horas en que los guardianes les bajaban la comida solo podía significar dos cosas: que Teuuntas iba a sacarlos de ese agujero o que Cambaro había decidido hacer la situación irreversible liquidándolos sumariamente. En algún lugar una filtración producía un pausado goteo que levantaba ecos sordos, como si un corazón latiera en la oscuridad. Un momento después fue evidente para todos: el avance cauteloso de varios hombres llenaba de roces y susurros la escalinata excavada en la roca que conducía hasta su celda, en la que compartían cautiverio con los tres emisarios de Arecorata que Buntalos había enviado a la ciudad semanas atrás. Los pasos se detuvieron ante la sólida puerta de madera de roble que les había mantenido apartados del mundo, sin otra luz que la de las antorchas que traían sus guardianes.

Con un chirrido metálico, la puerta se abrió y una temblorosa claridad dorada inundó la angosta cámara en la que se agolpaban los reclusos. Tardaron unos segundos en acostumbrar los ojos a la luz y reconocer al hombre que portaba la tea: Teuuntas, acompañado de dos guerreros que sostenían sendas brazadas de armas. Todos suspiraron aliviados.

Teuuntas hizo una mueca de disgusto ante el hedor de excrementos suspendido en el aire inmóvil y habló con tono urgente.

—Es el momento, Eliovices. Cambaro descansa solo en su aposento y uno de los nuestros está al mando del cuerpo de guardia; los hombres que lo acompañan también son leales. Para llegar a la alcoba del turboleta debemos atravesar la estancia donde duermen Bomílcar y sus púnicos; os hemos traído espadas y *caetras* por si presentan resistencia. En todo caso, si traban combate, tú y yo iremos directos a por Cambaro y dejaremos a los demás que se ocupen del resto.

—Todos haremos la parte que nos toque, Teuuntas —respondió Eliovices con una sonrisa feroz—. Daremos la vida antes que dejar a ese perro traidor sin castigo.

Tirtanios sintió cómo un estallido de exaltación lo colmaba de pronto: por primera vez oía ese timbre hambriento en la voz de su padre, por primera vez

se enfrentaba él mismo a un combate que ponía su vida en juego. Tomó la espada y el escudo que le ofrecía Teuuntas e hizo un gesto afirmativo que pretendía expresar gratitud hacia el hombre que había urdido el golpe que se disponían a dar. Cuando tras su llegada a Belgeda habían expuesto a Cambaro y a un reducido grupo de hombres principales de la ciudad su petición de ayuda para hacerle la guerra a Amílcar, solo él se había atrevido a expresar en voz alta su opinión favorable, a pesar de que ello suponía oponerse de manera abierta a la política de amistad con el Bárquida que había puesto en práctica Cambaro desde que el ejército púnico alcanzara el valle alto del Betis. Cambaro había montado en cólera, ordenando callar a Teuuntas y enviando a los emisarios de Cirmo al calabozo excavado bajo el torreón oeste de la ciudad, cometiendo así un grave sacrilegio contra el dios Cernunnos, quien protegía la inviolabilidad de los mensajeros. Allí se habían encontrado con los hombres de Arecorata, que habían tenido un recibimiento similar cuando llegaron a la ciudad reclamando tributos atrasados y pruebas de lealtad. Tirtanios se estremeció al recordar los primeros días en aquel lugar apestoso, compartiendo en completa oscuridad con su padre y sus compañeros la desolación y la vergüenza de pensar que habían fracasado, que estarían ausentes cuando los guerreros de Cirmo cabalgaran hacia los monstruosos animales cartagineses haciendo sonar sus cuernos de barro cocido.

Pero al fin uno de los vigilantes les había transmitido el mensaje de Teuuntas que les había devuelto la esperanza: muchos hombres valientes de Belgeda estaban dispuestos a librarse de Cambaro y a ponerse del lado de las ciudades ólcades en la guerra contra Amílcar. La forma brutal e impía con que el turboleta había tratado a los emisarios de Cirmo había causado un gran malestar en la ciudad. Y el clima de descontento se había extendido de modo decisivo cuando, poco después del encierro de estos, había llegado a Belgeda una patrulla de soldados púnicos con la intención de quedarse durante algunos días en la ciudad. Los comandaba un tal Bomílcar, y se habían convertido de inmediato en una suerte de guardia personal de Cambaro, protegiéndolo y vigilándolo al mismo tiempo. Los guerreros más orgullosos lo habían interpretado como el primer paso para la creación de una guarnición cartaginesa permanente, y eso era algo que no estaban dispuestos a soportar. «Cambaro era bueno al principio, buen jefe en la batalla y generoso con sus amigos —había dicho el guardián—; yo mismo lo apoyé en la asamblea aunque tuviese su origen en Turba. Pero las promesas de Amílcar le han trastornado la cabeza y ha acabado dando la espalda a su propia gente; ahora

le ha abierto la puerta a los púnicos y estos no se darán por contentos hasta convertirnos en sus esclavos».

Tirtanios interrumpió sus pensamientos al ver a su padre, Eliovices, ponerse en marcha tras Teuuntas y sus acompañantes y se apresuró para mantenerse inmediatamente detrás de él. «Es un regalo de los dioses que mi padre vaya a ser testigo de mi primer combate —se dijo, notando cómo poco a poco el nerviosismo cristalizaba en resolución impaciente—; no lo defraudaré».

Tras ascender por la escalinata y franquear la puerta abierta del torreón, salieron a la templada noche de Belgeda. La luna iniciaba su recorrido en el horizonte proyectando largas sombras sobre el pavimento y los muros de las casas, enlucidos de cal; en las azoteas y los paramentos de la muralla brillaba un fulgor plateado que a Tirtanios le pareció de buen augurio, como si Epona quisiera de ese modo hacerles patente su presencia y complicidad. Dijo para sí una oración de encomienda mientras corría tras su padre por el lado de la calle sumido aún en la oscuridad, temiendo escuchar a cada momento los ladridos de los perros que pusieran en guardia a sus oponentes.

Se detuvieron frente a una casa de grandes dimensiones cuya fachada estaba iluminada por una tea sujeta con un soporte a la pared. Tres guerreros esperaban junto a la puerta; el que parecía de mayor autoridad hizo un gesto a los recién llegados indicando que todo marchaba según lo previsto.

—Vamos —dijo Teuuntas entre dientes, y de una patada abrió la puerta de par en par con gran estrépito, lanzándose al interior con la espada en la mano, seguido de Eliovices, Tirtanios y los demás. Cruzaron sin detenerse un vestíbulo envuelto en sombras e irrumpieron en la estancia principal, débilmente iluminada por las ascuas aún iridiscentes en el hogar, al tiempo que los hombres tendidos en ella, bruscamente arrancados de su sueño, trataban de incorporarse empuñando las armas junto a las que dormían. Teuuntas hundió su espada en el vientre del más próximo de ellos, un hombre barbado de ojos saltones vestido con una túnica carmesí, y cargó contra el segundo utilizando la *caetra* como ariete; Eliovices seccionó del primer golpe el brazo armado con un hacha de otro oponente mientras Tirtanios y el hombre que comandaba la guardia de Belgeda atacaban simultáneamente al último de ellos.

Un guerrero apareció de pronto en la puerta que se abría en el extremo de la estancia opuesto a la entrada. Era de gran corpulencia y, a excepción del inmenso torque de plata trenzada que llevaba al cuello y de la espada y el escudo que empuñaba, estaba completamente desnudo. Ese hecho, junto a su

cabellera pelirroja y al rictus de ira que le deformaba el rostro, le conferían el aspecto de uno de los demonios que guardan las moradas subterráneas del dios Cernunnos. Era Cambaro.

—¡¡Teuuntas, traidor!! —aulló el hombre—, ¡¿necesitas tantos cómplices para venir a asesinarme mientras duermo?! Yo te enseñaré lo que hago con los cobardes.

Poniendo fin sin dificultad a la resistencia de sus adversarios, Eliovices, Tirtanios y los demás quedaron en suspenso, obligados por las reglas del honor a mantenerse al margen del combate que daba comienzo.

Cambaro se lanzó hacia Teuuntas y ambos guerreros comenzaron a intercambiar golpes, rugiendo como animales salvajes encerrados en la estrechez de la cámara. Aprovechando su mayor corpulencia, Cambaro fue arrinconando poco a poco a Teuuntas, hasta que se encontró con espacio suficiente para descargar un mandoble brutal que hizo astillas la *caetra* de este y lo empujó hasta chocar contra la pared de piedra. Apoyándose contra ella para recobrar el equilibrio, Teuuntas respondió con una rápida estocada bajo el escudo de su oponente que le abrió un profundo tajo en el costado.

Cambaro rugió de dolor y, tirando el escudo al suelo, trató de detener con la mano libre el borbotón de sangre que se desbordaba de la herida. Por un momento, el turboleta pareció indeciso, calibrando tal vez las posibilidades de victoria que le restaban, cuando, de súbito, el segundo cartaginés derribado por Teuuntas, que había quedado tendido inmóvil entre ambos hombres, acudió en auxilio de Cambaro lanzando desde el suelo un mandoble que se hundió en el muslo de aquel.

Teuuntas trató de dar un paso hacia adelante, con su pierna ensartada por la espada. Gimiendo de sufrimiento y de rabia, trastabilló y cayó de rodillas.

El rostro de Cambaro se iluminó con una sonrisa lobuna.

—Los dos sin escudo, los dos heridos. Nadie podrá decir que no fue un combate limpio —dijo, y alzó la espada para rematar a Teuuntas.

No tuvo tiempo. Dibujando una espiral de reflejos metálicos en el aire estancado, denso ya del olor tibio y dulzón de la sangre, un hacha cruzó la estancia y se clavó en el rostro de Cambaro, quien puso los ojos en blanco, dejó caer la espada y se derrumbó sin proferir ningún sonido. Tirtanios, quien había visto cómo su padre tomaba del suelo el arma que poco antes uno de los púnicos de Bomílcar había blandido contra él y la lanzaba contra el turboleta, llegó un momento después y terminó con el soldado que había herido en la pierna a Teuuntas.

Eliovices palmeó satisfecho la espalda de su hijo y se puso en cuclillas para observar de cerca la herida de Teuuntas, ignorando las palabras de gratitud que este se esforzaba en pronunciar a pesar del dolor.

—Guarda tus fuerzas, Teuuntas —dijo Eliovices—, vas a necesitarlas pronto. Ya te dije que los de Cirmo haríamos nuestra parte, como tú y los tuyos habéis hecho la vuestra. En cuanto a la herida, parece limpia y no has perdido demasiada sangre; en un combate a pie no aguantarías mucho, pero no te impedirá montar a caballo y acudir a Hélike, si ese es tu deseo.

—Lo es. ¿De cuánto tiempo disponemos?

—De muy poco, de hecho tal vez ya sea tarde —contestó Eliovices mientras cortaba con su espada una larga tira de tela de la túnica del guerrero muerto junto a él y comenzaba a vendar el muslo de Teuuntas—. Si no he perdido la cuenta en ese agujero, falta una noche para el plenilunio; ese era el plazo fijado por Meronio para que quienes desearan responder a la llamada de Cirmo acudieran al monte Luc. Ignoro cuánto tardaremos en llegar hasta allí y cuántos guerreros vendrán con nosotros.

Teuuntas contestó sin dejar de observar con aire crítico la cura que le estaba practicando Eliovices.

—Respecto a los guerreros, tendremos que prescindir de aquellos que no disponen de montura y de los leales a Cambaro; tampoco podremos acudir a las aldeas y caseríos más lejanos, y además deberemos dejar una guarnición en la ciudad para evitar sorpresas. Eso significa no más de ochocientos. Si llamamos a asamblea al amanecer, podríamos ponernos en camino al mediodía. Sin detenernos más que para dar descanso a los caballos estaremos en Luc en la mañana del día siguiente.

Eliovices hizo un gesto de contrariedad y negó con la cabeza.

—Demasiado tarde: Meronio no esperará tanto para ponerse en marcha. Una vez reunido el ejército, deberán darse prisa para que las noticias no lleguen al campamento de Amílcar antes que ellos. Tenemos que llegar a Luc antes de que despunte ese día.

—Así sea; podemos ganar algo de tiempo si contamos solo con los guerreros presentes en la ciudad… Pero no aprietes más ese vendaje si no quieres que se me pudra la pierna y me reúna antes de tiempo con Cambaro en el infierno.

CAPÍTULO XVIII

«Y moribundo ya, le respondió Héctor el del tremolante casco:

»—Ya preveía yo, conociéndote como te conozco, que no lograría conmoverte, porque tienes el corazón de hierro. No olvides que los dioses me vengarán el día en que Paris y Apolo te den muerte, a pesar de tu valor, ante las puertas Eneas.

»Y habiendo interrumpido su discurso la muerte, voló su alma, y descendió al Hades llorando porque se veía obligada a abandonar un cuerpo lleno de vigor y juventud. Y cuando ya la muerte le vio, díjole Aquiles:

»—¡Muere! Que yo moriré a mi vez cuando Zeus y los demás dioses quieran que se cumpla mi destino».

—¡Por todos los dioses, Héctor muerto!

Aníbal se rascó la cabeza, desconcertado. Desde luego, aún más le habría sorprendido que fuese Aquiles quien cayera en el combate singular entre los dos grandes héroes, ¡pero que los dioses hubieran abandonado a Héctor de ese modo, que el mayor campeón de los troyanos huyera del aqueo corriendo como un conejo asustado a la vista de toda su ciudad! Alzó la vista y comprobó que la lona de la tienda transparentaba una tenue luminosidad lechosa. Comenzaba a amanecer. «Me he pasado la noche leyendo —se dijo con cierto sentimiento de culpabilidad—; espero que mi padre no se haya dado cuenta». Se encogió de hombros con despreocupada resignación: los poemas de Homero lo absorbían por completo y hacían que las horas discurrieran con una celeridad asombrosa. Acuciado por la impaciencia de retomar la lectura, la noche anterior ni siquiera se había desvestido, y ahora se enfrentaba a un día que prometía ser interminable y cansado.

Además, no era un día cualquiera: después de diez jornadas de intenso trabajo, las máquinas de Bitón estaban terminadas y esa misma mañana iban a presentárselas a Amílcar. Debía apresurarse: había convenido con Bitón que se encontrarían al alba para comprobar juntos que todo estaba a punto. Apagó de un soplido la lamparilla de aceite y enrolló cuidadosamente el pergamino, se lavó con energía el rostro en el aguamanil que Maharcón le preparaba cada noche, tomó la espada y el yelmo y salió de la pequeña cámara como una exhalación, sacando de su sueño a su criado, quien dormía en una esterilla en la estancia principal.

—Me marcho —dijo Aníbal sin detenerse—, desayunaré con Bitón en la campa de las máquinas. Dile al general que allí nos encontraremos.

—¡¡Aníbal!!

Mencionar a Amílcar y escuchar su voz de trueno fue todo uno. Aníbal dirigió a Maharcón un gesto de interrogación y caminó hasta la cámara de su padre, contigua a la suya; apartó la cortina que servía de puerta y le vio de pie, con el pelo revuelto y los brazos en jarras, leyendo un despacho mientras su sirviente Albírcal le abotonaba a la espalda un coselete de cuero.

—Llevo horas viendo el resplandor de tu quinqué a través de la lona —le espetó Amílcar levantando la vista del pergamino con el ceño fruncido y en los labios un rictus de severidad—. Si vuelves a pasarte la noche en vela con esos pergaminos, los quemaré todos y prohibiré a Sósilo que te envíe ni uno más, ¿está claro? Estamos en campaña, y eso significa que cada día nos jugamos nuestra vida y las de los que están a nuestras órdenes; un hombre cansado no puede confiar en su juicio y es presa fácil para el adversario en el combate.

—Así será, padre —dijo Aníbal, inclinando brevemente la cabeza con aire contrito—. ¿Qué, buenas noticias? ¿Se sabe algo de Magón?

Amílcar dobló cuidadosamente el pergamino y se lo entregó a su sirviente.

—Las noticias del sur son buenas: Baria ha caído al fin en manos de tu cuñado Asdrúbal y solo Abdera permanece en manos de los mastienos. Si las cosas van bien, podremos reunirnos y avanzar hacia la costa como un único ejército antes de que acabe el verano. Pero no, nada de Magón.

Aníbal sintió haber hecho la pregunta, sabiendo que la ausencia de noticias de la incursión al norte sumía a Amílcar en un estado de ánimo hosco y desapacible.

—Sin duda sabrá arreglárselas, padre —señaló Aníbal con tono tranquilizador—. No creo que debamos temer ninguna amenaza del norte, pero acaso no esté de más reforzar los destacamentos de guardia en la llanura.

Albírcal terminó de abotonar el coselete y ajustó en el torso de Amílcar una bruñida coraza de bronce. Este, trasluciendo cierta impaciencia, se ajustó el cinturón y comenzó a pasear por la estancia con las manos cruzadas en la espalda y la barbilla en alto, como si buscara respuestas en el techo de lona.

—Ya he dado las órdenes. Y no comparto tu despreocupación. No sabemos qué diablos está ocurriendo en la Celtiberia, y la ignorancia en la guerra es siempre una amenaza. Además, se me ha informado de que nadie en Kástulo conoce a ese noble oretano, Argantio. ¿Quién es ese hombre? Mi

instinto me dice que Orissón nos está preparando una sorpresa, y si algo no me gusta son las sorpresas. De modo que lo mejor será que pongamos a prueba cuanto antes esas máquinas y reduzcamos Hélike a escombros. Muerto el perro, se acabó la rabia.

Aníbal conocía demasiado bien ese tono perentorio de su padre como para saber que no debía demorarse más. Inclinó la cabeza y, dando media vuelta, atravesó la estancia y salió al exterior.

La mañana le devolvió de inmediato el buen humor. Era su hora favorita: el espacio infinito de la noche, cuajado de estrellas y enigmas, comenzaba a retirarse con los primeros resplandores rosados, dando paso a un cielo mucho más próximo, confortable y humano. Solo en ese instante ambos mundos, el del día y la noche, el de la vida y la muerte, el de los dioses y los hombres, estaban presentes al mismo tiempo, como si uno pudiera transitarlos juntos, o elegir libremente cuál de ellos hacer propio. Entonces la luz comenzaba a afianzar su dominio y estallaba entre las ramas de las encinas la algarabía de los pájaros y el rocío arrancaba perfumes de la tierra al tiempo que la sembraba de minúsculas gotas brillantes. Aníbal se llenó el pecho del aire jugoso y vibrante, saludó jovialmente a los guardias de la puerta y se encaminó hacia la parte trasera de la tienda en busca de su caballo.

Tras atravesar el campamento, rechazando a su pesar las muchas invitaciones para detenerse a desayunar que recibía de los corros de soldados, alcanzó al fin la pradera que habían convertido en febril taller de construcción durante los últimos días. Allí estaban, pulcramente alineadas, las espléndidas máquinas que había alumbrado el genio mecánico de Bitón con la ayuda del *boetarco* Berébal y su legión de operarios. Habían trabajado todos sin descanso, de sol a sol, espoleados por las frecuentes visitas de inspección de Amílcar y por la fascinación que suscitaban en los cartagineses los sofisticados diseños del griego. El propio Aníbal había dedicado una atención creciente a los trabajos, terminando por pasar en ellos todo el tiempo que le dejaba libre la instrucción con la *chiliarchia* de Bostar. Estaba persuadido de que la guerra en Ispania iba a requerir abundantes recursos de asedio, y la oportunidad de aprender con Bitón era irrepetible. Además, sentía una simpatía cada vez mayor por el griego. El hombre parecía saber de todo, y disfrutar hablando de todo, ya fuera filosofía, poliorcética, historia o agrimensura, y en todos los casos lo hacía con la misma agudeza penetrante y sutil. «Debe ser que echo de menos las conversaciones con Sósilo», se dijo Aníbal, añorando a su preceptor espartano.

Bitón se encontraba ya en la tienda de campaña que servía de centro neurálgico de las labores de construcción. Se trataba de un amplio espacio diáfano atestado de caballetes que exhibían los planos de las máquinas de guerra, trazados todos ellos por la mano experta del siracusano, aunque muchos habían sido inspirados por los diseños de famosos ingenieros militares del mundo griego. Allí estaba el *petrobolon*, el célebre ingenio para lanzar piedras de Caronte de Magnesia; y la versión perfeccionada por Zopirus de Tarento del *gastraphetes*, la catapulta de ballesta inventada por los hombres del tirano Dionisio cuando, casi dos siglos atrás, los ejércitos de Cartago habían puesto sitio a Siracusa; y el *elepolis* de Posidonio de Mileto; y la *sambuca* de Damio de Colofonte; y las catapultas de torsión de Ctesibios de Alejandría. Aníbal estaba convencido de que nunca antes se había reunido una muestra tan completa del resultado de aplicar la física y las matemáticas al arte de la guerra, y no dejaba de animar a Bitón a que escribiera un compendio de sus asombrosos conocimientos.

El centro de la estancia estaba ocupado por un espacioso tablero de madera soportado por borriquetes, cubierto por completo de croquis, tinteros, reglas y compases. Con los codos clavados en él, Bitón examinaba con atención un pergamino desplegado frente a él. El hombre parecía laso y desaseado, como si también él hubiera prescindido del sueño durante la breve noche de verano. Saludó a Aníbal sin levantar la vista.

—Buenos días, Aníbal. Hazme el favor, pide a alguien que nos traigan algo de desayunar; estoy hambriento.

No hizo falta. Al punto entró un sirviente con una bandeja bien surtida de gachas de trigo, aceitunas y fruta fresca; no faltaba una jarra de vino aguado y dos copas de plata, una de ellas llena hasta el borde de aceite de oliva. Aníbal hizo un gesto de repugnancia: no podía comprender que el anciano rompiera su ayuno cada mañana de ese modo.

—Creo que preferiría asaltar yo solo las murallas de Hélike que tener que beberme eso —dijo el joven, acercándose a Bitón para mirar por encima de su hombro—. ¿Qué estás leyendo?

—Pues que sepas que el aceite de oliva es un líquido prodigioso —dijo Bitón, acercando la copa a sus labios con un pulso extraordinariamente firme y bebiendo su contenido en dos largos tragos—. Conozco a varios médicos muy solventes que afirman que consumirlo a menudo, en particular en ayunas, es uno de los secretos de la longevidad. Y respecto al pergamino, me llegó de Gádir en el correo de ayer. Es la última obra de mi paisano Ateneo,

conocido por muchos como El Mecánico, uno de los mejores ingenieros que existen. Lástima que se haya puesto al servicio de los romanos.

—¿Por qué lo ha hecho?

Bitón suspiró resignado.

—Eso mismo le he preguntado yo muchas veces. El hombre siente auténtica admiración por ellos; en una ocasión me respondió que los romanos han mostrado mentalidad y aptitudes de ingenieros en todos los ámbitos de la vida pública. Le maravillan la precisión de sus leyes, la robustez de sus instituciones republicanas, el equilibrio de su orden social, la organización de su ejército. Y, naturalmente, sus grandes obras propiamente ingenieriles, diseñadas y ejecutadas para durar toda la vida. Sus acueductos son tan hermosos y perdurables que se diría que están hechos para transportar vino de Falerno en vez de agua. El bueno de Ateneo afirma que los romanos han heredado lo mejor de los etruscos y de los griegos pero que, al contrario que ellos, han sabido construir un verdadero estado.

Aníbal se sintió al mismo tiempo interesado y furioso, como siempre que oía hablar de Roma. Le atraía irresistiblemente el aura de leyenda que rodeaba ese nombre, la indiscutible efectividad militar de sus legiones, pero no podía olvidar ni un instante la sombra que había extendido sobre el alma de su padre, ni el juramento que este le había hecho pronunciar antes de embarcarse para Ispania. «Seré enemigo de Roma tan pronto como pueda —había dicho en el gran templo de la colina de Byrsa, ante el rostro implacable de Baal Hammón, con toda la solemnidad que cabía en sus nueve años de edad—, lucharé contra Roma sin otro límite que el de mi propia vida». Sintió un escalofrío y trató de apartar de su mente la imagen que no dejaba de estremecer sus sueños.

En todo caso, sin necesidad de poner a los dioses por testigos, odiar a Roma era algo tan natural en la familia Bárquida como amar a Cartago. Y, además, aún tenía muy próxima la impresión que le había causado, pocos meses atrás, su primer conocimiento directo de los romanos: la visita al campamento de Akra Leuke de un grupo de embajadores del Senado de la ciudad. ¡Los muy arrogantes se habían presentado ante Amílcar, con sus hermosas túnicas y su expresión altiva, pidiendo explicaciones por la campaña en Ispania, como si olvidaran que los tratados le reconocían a Cartago ese derecho! Aún le sorprendía la urbanidad con que su padre los había tratado, mandándolos de vuelta a casa con un cargamento de buenas palabras, asegurándoles que el objeto de la campaña no era otro que obtener recursos para poder hacer frente a las reparaciones de guerra comprometidas

con Roma por los tratados. «Llegará nuestro momento, hijo mío, no te quepa duda», le había dicho Amílcar con los dientes apretados tan pronto como los vio salir por la puerta.

Aníbal miró a Bitón y advirtió que este había observado con curiosidad su momento de reflexión. Se sintió escrutado y habló con un acento de irritación en la voz.

—Tal y como hablas, pareciera que compartes el embeleso de Ateneo. De hecho, no dejo de preguntarme por qué has accedido a trabajar para Cartago. Tu pueblo y el mío han sido enemigos irreconciliables desde la noche de los tiempos; no hay rincón de Sicilia que no hayamos regado de sangre con nuestras guerras.

Bitón royó pensativo una aceituna y escupió el hueso, enviándolo con singular habilidad al exterior de la tienda.

—No niego el talento de los romanos, pero creo que han renunciado al genio creador, a la imaginación. Llevan a los mayores extremos de perfección las invenciones de otros, pero se cuentan con los dedos de la mano los productos de su propia originalidad. No se conoce su poesía, ni su música; su gastronomía es horrorosa, su religión un batiburrillo de préstamos ajenos. Son copistas extraordinarios, pero copistas al fin y al cabo. Además, me resultan demasiado voraces e impenitentemente militaristas. Si nadie lo impide, terminarán por conquistar el mundo y aplicarán su eficaz perseverancia a hacer de él un mundo romano. Adiós a la alegre espiritualidad de los etruscos, a la enigmática majestuosidad de los egipcios, al caótico entusiasmo de los griegos. Adiós a la Galia, a Ispania, a la propia Cartago. Todos romanos por obra y gracia del sutil poder de convicción de las legiones. Además, me gusta tu padre; acaso sea el hombre que les tome la medida. Y, aunque parezca una servil expresión de adulación, sentía deseos de conocerte a ti.

Aníbal se sorprendió por la conclusión de la larga perorata del griego. No pudo evitar sentir halagada su vanidad.

—¿Y…?

Ahora sí, Bitón levantó la vista del pergamino de Ateneo y miró a Aníbal de hito en hito.

—Y nada. Si sigo regalándote los oídos, vas a hacerte tan arrogante como los romanos. Por cierto, no tienes buena cara, y por el aspecto de tu túnica se diría que has pasado la noche de fiesta con los elefantes.

Aníbal sonrió, apreciando la habilidad de Bitón para cambiar de tema de conversación.

—Tampoco yo he dormido gran cosa. No eres el único que recibe apasionantes pergaminos en el correo de Gádir.

—¿Ah, sí? ¡Un futuro general apasionado de la lectura, qué insólito! ¿Y qué andas leyendo, si no se trata de un secreto de estado?

—La *Ilíada* de Homero —respondió Aníbal pasando por alto el tono sarcástico del griego.

—¡La *Ilíada*, extraordinario! ¿Y…?

A punto estuvo Aníbal de responder «y nada», pero su entusiasmo pudo más que la tentación de devolver a Bitón su misma moneda.

—Es lo más impresionante que he leído jamás. Ahora entiendo por qué el gran Alejandro llevaba el libro adonde quiera que fuese. Pero tengo que admitir que me ha desconcertado la muerte de Héctor; no esperaba que al final se comportara de forma tan deshonrosa.

Bitón le escrutó con una suerte de bienhumorada benevolencia chispeando en la mirada. Comió otra aceituna y demostró la misma puntería que con la anterior.

—¿Quién es tu favorito: Aquiles o Héctor?

—Aquiles, desde luego —sentenció Aníbal como si no hubiera otra respuesta posible—. ¿Acaso no es el tuyo?

—Pues no. Aquiles es fabuloso, sin duda, pero no es exactamente un hombre. En su personalidad pesa mucho más su madre diosa, Tetis, que su padre guerrero, Peleo. Tetis era una de las nereidas y pertenecía al fondo del mar; y Aquiles era tan voluble e imprevisible como el propio mar. Podía ser magnífico, hermoso y nutricio, pero también caprichoso, violento y cruel sin medida. No lucha por principios, sean estos buenos o malos, sino por impulsos veleidosos. Se niega a combatir cuando Agamenón le arrebata a su esclava Briseida, se venga atrozmente de Héctor cuando este mata a Patroclo.

»Pero el hijo de Príamo y Hécuba no es ni más ni menos que eso: un hombre. Sus padres son mortales espléndidos, pero mortales; conoce la duda, el amor, el miedo; su coraje es más valioso porque sabe que el precio a pagar puede ser su vida y la de los suyos e incluso la propia existencia de su ciudad; ama cabalmente a su esposa Andrómana y a su hijo Astianacte. Corre ante Aquiles porque sabe que no tiene ninguna opción ante el pélida y porque lo abruma su cólera vertiginosa, divina…

La apasionada reflexión de Bitón habría podido prolongarse aún durante largo tiempo si un grito de aviso en el exterior no hubiera venido a interrumpirle.

—¡Ya llega el general!

Aníbal salió bruscamente de su ensoñación. Desde su infancia había estudiado la lengua griega y había adquirido una considerable maestría en su uso; le fascinaba su flexibilidad, su capacidad de expresar nuevas ideas, de inventar palabras, de estructurar la imaginación. Y, cuando la escuchaba de labios de alguien tan hábil e instruido como Bitón, le cautivaba además su cadencia nítida y precisa, su baile de énfasis y acentos. Sacudiendo la cabeza en un gesto de impotencia y admiración, salió al exterior.

En efecto, Amílcar se aproximaba al trote acompañado de Bostar, el *merarka* de la porción de falange de que disponían; Adhérbal, el comandante de la caballería; y Belitas, el noble libio que dirigía la infantería ligera. Berébal esperaba ya de pie en un pequeño montículo desde el que se dominaba la campa salpicada de máquinas; el hombre resplandecía de orgullo por el resultado de su trabajo, y saludó a Aníbal y Bitón abriendo los brazos como si les diera acceso a su círculo de felicidad.

Instantes después, Amílcar ponía pie a tierra junto a ellos, haciendo un gesto de salutación casi imperceptible. Toda su atención estaba puesta en los artefactos que se desplegaban ante sus ojos.

—Muy bien, Bitón, explícame todo lo que deba saber.

El griego se adelantó y habló con la fría precisión de un ingeniero, señalando sucesivamente las máquinas según se refería a ellas.

—No hemos construido torres de asalto. Los íberos se han empleado a conciencia para llenar de obstáculos las zonas de aproximación a la muralla y sería costoso en tiempo y hombres despejar el camino. Por ello hemos dedicado todo nuestro esfuerzo a reforzar nuestra capacidad artillera. Disponemos de tres escorpiones que lanzan virotes de hierro con gran precisión a doscientos pasos, dos ballestas de torsión para piedras de veinte libras, dos catapultas de eje trenzado y dos más de fuste flexible. Con ellas podemos combinar distancia, peso del proyectil y precisión casi a voluntad. Y, por último, tenemos el *petrobolon*.

Bitón señaló a la máquina más próxima al lugar donde se encontraban. Se trataba de un artefacto de gran tamaño. La base, formada por troncos de pino sin desbastar, estaba soportada por cuatro ejes ensartados en ruedas con las rodaduras forradas de láminas metálicas. Un entramado de madera servía de pivote a un largo fuste de cuyo extremo colgaba un bolsón de piel que alojaba una piedra redondeada de un codo de diámetro. El fuste se mantenía en posición horizontal amarrado al bastidor inferior mediante una soga cuya vibrante tensión evidenciaba la fuerza ejercida por el contrapeso del extremo opuesto, un cajón relleno de piedras.

—Se trata de una versión mejorada del diseño original de Caronte de Magnesia: hemos adaptado los sistemas de tracción y de recarga para que pueda ser accionado por un elefante. De ese modo se ahorra tiempo y se liberan hombres valiosos para portar armas. El principio de funcionamiento es muy sencillo: cuando la soga se libera, el contrapeso cae bruscamente lanzando la piedra del bolsón a una distancia de trescientos cincuenta pasos. Se puede utilizar sin peligro, fuera del alcance de las flechas y los proyectiles de los íberos. Contando con tiempo suficiente, hará trizas el segmento de muralla que convenga.

Amílcar asintió con la cabeza y caminó en derredor del artefacto, observando minuciosamente el ingenioso despliegue de ruedas, tornos y poleas, golpeando incluso con los nudillos aquí y allá para comprobar la solidez de los amarres y las piezas. Un brillo de admiración comenzó a asomar a sus ojillos entrecerrados a medida que se le hacía evidente la robusta simplicidad de las soluciones técnicas pergeñadas por el siracusano. Finalmente se reunió de nuevo con el grupo evidenciando su satisfacción.

—Es una máquina magnífica, Bitón, mejor que ninguna otra que haya visto. Te felicito, y también a ti, Berébal: habéis hecho mucho en poco tiempo —ambos hombres recibieron el elogio con una inclinación de cabeza—. Si todas las demás están igual de bien construidas, la resistencia de Hélike se vendrá abajo en cuestión de días —concluyó Amílcar, frotándose las manos y esbozando una amplia sonrisa.

Aníbal sintió una punzada de despecho al verse excluido de los comentarios laudatorios de su padre. Había dedicado a la construcción todo el tiempo y la energía disponibles, había hecho sugerencias que en muchos casos Bitón había incorporado a los diseños, incluso en ocasiones se había despojado del yelmo y la coraza para ayudar a los hombres a mover o encajar piezas pesadas, sudando con ellos copiosamente bajo el sol de la Oretania, más inclemente cada día que pasaba a medida que se adentraban en el corazón del verano. Cruzó una mirada con el griego tratando de disimular unos sentimientos que a él mismo no dejaban de resultarle pueriles.

—Gracias, general, todos los hombres se sentirán honrados de merecer tu felicitación. Aunque me temo que mis servicios ya no te serán necesarios en el futuro: tanto Aníbal como Berébal se han convertido ya en maestros consumados en el arte de construir ingenios de guerra.

Amílcar dirigió, primero a Bitón y después a su propio hijo, sendas sonrisas benevolentes, apreciando tanto la sutileza del griego para hacer también a Aníbal merecedor de los elogios como el alivio de este. Si él no lo

había hecho era por su determinación de evitar que el joven cayera en la autocomplacencia, acostumbrado como estaba a recibir de continuo expresiones de admiración y reverencia, con frecuencia desmesuradas. Si él no enseñaba a su hijo a protegerse de la adulación, nadie lo haría.

—¿Cuándo podemos probarla? —preguntó después, volviendo a sus preocupaciones más inmediatas.

—Ahora mismo si lo deseas; todo está dispuesto.

—Sea —dijo Amílcar—, veamos lo que esta máquina es capaz de hacer.

Bitón alzó un brazo y lo agitó de un lado a otro. En el linde de la campa el *mahout*, un hombrecillo achaparrado y de piel muy oscura sentado en la cerviz de un elefante, golpeó el lomo de este con una vara rematada por un aguijón de hierro y el animal puso en movimiento su inmensa mole. Al acercarse, todos pudieron sentir en las plantas de los pies cómo el suelo se agitaba con trémulas vibraciones bajo el impacto de las patas del coloso, cilíndricas y rugosas como troncos de almez.

Con el estímulo de la atenta mirada de Amílcar, un grupo de operarios amarró en un abrir y cerrar de ojos el bastidor del *petrobolon* al arnés de cuero que ceñía el torso del elefante. El *mahout* se inclinó hacia la oreja derecha de este hablando en una lengua desconocida, hecha de sonidos que a Aníbal le sugirieron imágenes de remotos desiertos batidos por el viento, y castigó de nuevo la piel coriácea con el aguijón. El animal emitió un estremecedor barrito, más de ira que de dolor, y, lanzando todo su peso con furia hacia delante, comenzó a arrastrar la catapulta en dirección a Hélike, siguiendo la pista principal que atravesaba el campamento.

La comitiva fue un espectáculo que atrajo en su trayecto a gran parte del ejército púnico. Los capitanes hicieron pausas en la instrucción para que los hombres pudieran vitorear a su general y al joven Aníbal cabalgando con su séquito de acompañantes delante del elefante y la máquina, a cuál más colosal y formidable. Parecía un desfile triunfal, una aplastante demostración de superioridad, una promesa del inminente final del asedio. Una efervescencia de júbilo recorrió la multitud.

—Dejémosles que disfruten —murmuró Amílcar, atrayendo la mirada de su hijo—, dejémosles. Llevan años sin ver sus casas, sus campos, sus familias. Muchos no lo harán nunca y vestirán de luto sus hogares —el Bárquida hablaba para sí, con la mirada, nublada de heridas y recuerdos, perdida en el horizonte—. ¡Cuántos sacrificios nos exige Cartago! ¿Quién sabe? Acaso este áspero suelo de Ispania nos aguarde también a nosotros.

Una súbita oleada de inquietud y afecto inundó a Aníbal. «Es ya toda una vida en el campo de batalla, padre —dijo en silencio—, toda una vida de muerte y distancia, de sangre y esfuerzo, de amigos hallados o perdidos, de traición y lealtad como las dos caras inseparables de una misma moneda. Cartago nos exige sacrificios, pero más aún nos exigimos nosotros mismos. ¿Qué sería si no la vida? ¿Criar hijos y atender los campos o la política, viendo cómo cada día es igual al anterior y escapa sin gloria, sin huella, sin ningún motivo para ser recordado? No, padre. Esta es la existencia que nos corresponde, la que nos han asignado los dioses y nuestros antepasados. Tal vez a ti empiece a fatigarte, pero yo apenas la he dado comienzo.

»Tengo hambre de destino, padre, y a veces pienso que una sola vida no será bastante para saciarla».

—¿Qué celebran?

Los vítores llegaban nítidos hasta la muralla, suspendidos en el aire transparente, pero el motivo que los provocaba se mantenía fuera de su campo visual.

Andíbil hizo una mueca de disgusto y se atusó las trenzas de la barba.

—Alegría en el campo púnico significa problemas para nosotros. Nos preparan una sorpresa, estoy seguro, y ese barritar de elefante debe de tener que ver con ella. ¡Biurtites, Lagandi, Elíbil! ¡Todos los hombres en alerta, todos los arqueros a los parapetos!

Con una disciplinada fluidez nacida de la larga campaña, sus órdenes se convirtieron en voces de mando y señales con las cuernas de bronce. Andíbil observó con orgullo agridulce cómo la tropa de Hélike respondía a la llamada. Los hombres estaban hambrientos, casi famélicos; muchos cojeaban o cubrían con vendajes sus heridas, pocos conservaban intactas sus armas, yelmos y corazas. Y eran ya muchos menos de los que, dos meses atrás, habían resuelto plantar cara al más poderoso ejército que se hubiera visto en Ispania. Pero no hubo ni un lamento, ni una reticencia; todos se apresuraron a seguir a sus capitanes con la misma obstinada determinación impresa en sus rostros huesudos. Andíbil sintió el deseo de abrazarlos a todos, uno a uno. «Resistid aún un poco más, valientes —los arengó en silencio, conmovido—, no desfallezcáis todavía, que Orissón llegará a tiempo. Ningún dios que os vea como yo os veo puede pasar por alto vuestro esfuerzo».

—Es una catapulta —dijo a su lado Enneges, quien oteaba el campo enemigo haciéndose sombra en los ojos con el dorso de la mano—, una catapulta gigantesca tirada por un elefante.

Andíbil la vio también. Una catapulta, sí, pero de una escala que nunca se habría atrevido a imaginar. Estaba claro que también era algo extraordinario para los cartagineses: el griterío llegaba hasta ellos cada vez con mayor claridad y una nube de polvo daba noticia de la multitud que seguía el trabajoso avance de la máquina. Frente a la masa gris del elefante que tiraba de ella, distinguió pequeñas figuras vestidas de color rojo abriendo la marcha; sin duda se trataba del mismísimo Bárquida y de su muchacho, el tal Aníbal, cuya fama ni a ellos les era desconocida. Un momento después el cortejo se detuvo y entre la tropa enemiga se abrió paso un silencio lleno de expectación. «No es posible que eso tenga tanto alcance —se dijo—; están por lo menos a trescientos pasos». Inspiró profundamente, disponiéndose, con una firmeza fronteriza con la fatalidad, a hacer frente al nuevo golpe que se cernía sobre ellos.

El griterío subió de tono y se acompasó en un ritmo de vítores acompañado de patadas en suelo.

«¿No es posible?».

—Ve y ocúpate de que las mujeres y los niños se refugien en las casas más sólidas —le dijo a Enneges—. Van a empezar a llover piedras de un momento a otro.

No había terminado de hablar cuando la lejana máquina se estremeció con un súbito crujir de maderas y un fragor rasgó el cielo en dirección a Hélike. La vio venir casi desde el arranque de su vuelo: una piedra gris, grande como una urna funeraria, rotando perezosamente sobre sí misma mientras trazaba un arco en el aire a gran velocidad. Anticipó la trayectoria: el proyectil golpearía en lo alto de la muralla, a una veintena de sus pasos a su izquierda. Los hombres situados en el lugar echaron a correr por el camino de ronda, en ambas direcciones.

Toda la muralla, y aun el suelo terroso y los muros de adobe de las casas, vibraron con el impacto. Se produjo un estallido colosal pero breve, como un trueno instantáneo, y un lienzo de muro de tres pasos de ancho se desplomó levantando una nube de polvo que por unos instantes ocultó la magnitud del daño.

Andíbil se echó las manos a la cabeza. Un solo proyectil había bastado para abrir un gran boquete en una de las zonas más robustas de las defensas de la ciudad; bien dirigidos, unos pocos impactos más abrirían una brecha de acceso por la que podrían pasar incluso aquellas bestias infernales, los elefantes. La resistencia de Hélike llegaba a su final.

Percibió de pronto una presencia inmóvil tras él y se volvió. Como si se hubiera materializado de la polvareda que, en la quietud de la mañana, se demoraba en desaparecer, allí estaba Argonio, el hijo menor de Argantio, sucio y demacrado, envuelto en una túnica hecha jirones. A duras penas contuvo la áspera amonestación que se le vino a la garganta; sabía bien cuán quebradizo era el carácter del niño y de qué modo la ausencia de su padre y hermana le había consumido en las últimas semanas.

—Argonio —dijo con suavidad—, tienes que volver abajo y buscar refugio. No hay nada que puedas hacer aquí.

El niño le miró con una sombría inteligencia iluminándole los ojos negros.

—Claro. Solo quería decirte que podemos levantar una muralla dentro de la muralla —dijo, y, dándose la vuelta, desapareció por la escalera adosada al muro.

Tras un instante de estupor, Andíbil supo lo que debían hacer: utilizarían las piedras desbaratadas por la catapulta del Bárquida para alzar una defensa semicircular que impidiera el acceso a la ciudad desde la brecha. Sería, desde luego, una protección mucho más frágil y precaria que la anterior, pero no tenían otra opción. Se trataba de ganar tiempo: un día, una hora, un momento.

Un nuevo proyectil surcó el cielo transparente, yendo a caer a pocos pasos de la base de la muralla, sobre uno de los montones de adobes que habían levantado para obstaculizar el avance de las torres de asalto en las rutas de aproximación más vulnerables.

—¡Enneges, reúne a toda la gente que puedas, vamos a levantar una muralla alrededor del boquete! ¡Deprisa, deprisa!

Ganar tiempo. Mantener con sangre y aliento y porfía la esperanza del regreso de Orissón. Morir al fin, tal vez, pero no de barato.

CAPÍTULO XIX

LA noche era dulce y templada, casi calurosa para su costumbre, y apenas la iluminaba una luna grávida y amarillenta que acababa de aparecer sobre el horizonte. Las chicharras rasgaban el aire calmo. Se llenó el pecho del aire del bosque y sintió un atisbo de decepción al percibir solo olores familiares: la fragancia resinosa de los pinos y las jaras, el frescor amargo del tomillo, la huella maloliente de la presencia del jabalí. Como en casa. «¿Qué esperabas? —se dijo—, ¿qué todo fuese distinto tan pronto como pusieses pie en el llano?».

En realidad sí lo esperaba. Durante años había escuchado historias del maravilloso mundo más allá de los montes, atribuyéndole en su imaginación toda suerte de rasgos fabulosos y exóticos, y había ardido en deseos de emprender un viaje como ese. «Bueno, no hemos hecho más que empezar —razonó consigo mismo—, ya habrá tiempo de novedades».

Se irguió y paseó alrededor del campamento, procurando no hacer ruido, deteniéndose de vez en cuando para aguzar el oído y esforzar la vista, consciente de que cada legua que avanzaban hacia el sur los acercaba al enemigo. El cielo salpicado de estrellas, el lenguaje enigmático y amortiguado del bosque, las horas dilatadas de la vigilia le trajeron a la memoria aquel otro turno de guardia, compartido con Saunio y el pequeño Mimbro, pocas horas antes de asaltar el campamento cartaginés en el camino de Arecorata. Hizo un recuento mental y se asombró de que solo hubiera transcurrido una semana desde entonces. ¡Una semana! Pensó en Saunio, probablemente ya en camino hacia el monte Luc, con el resto del ejército; y en Mimbro, que había llorado con toda la amargura que le cabía en el cuerpo menudo al verse dejado atrás una vez más. Sonrió con ternura. «Acaso Cirmo seguiría en manos de Magón y de Asúrix si no nos hubieras lanzado aquella soga sobre la muralla, hermano».

Se acercó a los caballos y acarició el lomo de *Turmo*. El animal resopló quedamente y le lamió la mano antes de continuar durmiendo. Gerión volvió a la piedra que le había servido de asiento y se acomodó en ella, observando ahora a las tres figuras tendidas en el suelo: Argantio, Lortas, Anglea.

Anglea.

La muchacha dormía con la cara vuelta hacia él, con el pelo de color azabache cayéndole indolente sobre la mejilla. Su cuerpo se agitaba acompasadamente, sumido en un sueño en apariencia sereno y profundo. Tenía los párpados caídos y la boca entreabierta en una expresión de indefensión que le produjo un estremecimiento. No había visto en su vida nada más hermoso. Sintió el impulso de ponerse en pie, caminar hasta donde yacía y cerrar con sus labios los de ella; de deshacer de una vez por todas la timidez que siempre le asaltaba en su presencia. Entre los suyos era un joven resuelto y seguro de sí, y jamás había sentido vergüenza o temor en los juegos amorosos con las muchachas del poblado. Pero ante Anglea se veía a sí mismo tosco, burdo, ignorante de casi todo; un pastor para el que la hija de un rey resultaba tan inalcanzable como un sueño. «No, un pastor no —se corrigió, irritado consigo mismo—, un guerrero ólcade de noble linaje, y ya es hora de que…».

Se interrumpió de pronto. Sin agitar ni un músculo, como si aún durmiera, Anglea había abierto los ojos y lo miraba; sus pupilas brillaban como monedas de plata. Su voz llegó hasta él cálida y susurrante, oliendo a piel, lecho y anhelo.

—He soñado contigo —susurró en celtíbero, sonriendo como si compartiera una broma secreta consigo misma—, pero no me preguntes qué.

Se levantó y, echándose la manta sobre los hombros, se acercó hasta Gerión y se sentó junto a él.

Gerión sintió el calor de su cuerpo como si las túnicas que ambos llevaban se hubiesen desvanecido. Saboreó el perfume que exhalaba la muchacha: pleno y fecundo, antiguo y fresco a un tiempo. «Huele a almendras —se dijo—, a tierra recién llovida». Dejó pasar el tiempo; la proximidad de Anglea le envolvía en un manto de intuiciones y deseos que no se cansaba de explorar.

—¿Sabes una cosa? —el murmullo de Anglea sonó distante, como si solo hubiese puesto un pie en la vigilia y el otro aún recorriera su sueño—. Deseo con todas mis fuerzas volver a casa, desde luego, y que seamos capaces de derrotar a Amílcar y retomar la vida que los cartagineses vinieron a arrebatarnos. Deseo abrazar a mi hermano, y a mi aya, y encomendar a Astarté en el santuario las almas de nuestros muertos, y dejar que el tiempo vaya cicatrizando las heridas que la guerra nos ha abierto. Deseo recuperar la libertad de recorrer los montes y los caminos, y conversar de nuevo con mi padre por las noches, junto al fuego. Pero, al mismo tiempo, sentiré perder algunas de las cosas que he hallado.

Gerión se volvió hacia la muchacha, trató de escrutar su rostro sumergido en sombras.

—¿Qué cosas?

Anglea se encogió de hombros.

—No estoy segura. Tu hermana Irmán, por ejemplo; creo que podríamos llegar a ser grandes amigas. Y esta especie de intensidad, de sinceridad, que el peligro le imprime a los días que pasan. Todo tiene un sabor más afilado cuando es incierto, cuando puede perderse en cualquier momento. Hay una cierta libertad en eso: hay que aprovechar cada momento porque acaso mañana estemos muertos; hay que darle rienda suelta al corazón mientras aún se pueda.

Anglea miró a Gerión; un brillo nacarado señalaba el contorno de su sonrisa.

—Si no fuera así, tal vez no me atrevería a decirte que me gusta estar aquí contigo esta noche.

—También a mí me gusta estar contigo —contestó Gerión despacio, adentrándose con precaución en un sendero que le parecía improbable y frágil, empujado a seguir hablando por una extraña sensación de irrealidad—. Creo que lo he deseado desde que te vi aparecer aquella madrugada, caminando hacia el campamento púnico con la honda aún en la mano, en compañía de Abarien y Lortas.

Anglea sonrió de nuevo y extendió la mano para acariciar el colgante de Tartessos que Gerión llevaba sobre el pecho.

—De todos los hombres de la Celtiberia, debes de ser el único que luce este emblema. Y tuviste que ser precisamente tú quien salvara a mi padre cuando todo parecía perdido —Anglea movió despacio la cabeza de un lado a otro y enarcó las cejas—. Es asombroso cómo los dioses tejen sus designios, ¿no te parece? Todos nos afanamos cada día para construir proyectos o perseguir sueños; en nuestra inocencia nos creemos libres, dueños de nuestro destino, asemejamos el futuro a una multitud de caminos entre los que podemos escoger el que más nos convenga o al que el corazón nos incline. Y entonces Astarté, o Epona, o cualquier otro dice: «espera, yo tengo otros planes…» —la muchacha hizo una larga pausa que se llenó del chirrido de las chicharras; cuando habló de nuevo lo hizo en un tono casi inaudible—. ¿Qué planes tendrán los dioses para nosotros, Gerión?

—No lo sé —contestó él—, ni siquiera estoy seguro de que tengan alguno: creo que somos demasiado insignificantes para que presten atención a lo que hacemos. Y, además, ¿qué importa eso?, tenemos que seguir adelante

de todos modos. Sea por la razón que sea, aquí estamos, camino de la guerra. Juntos. Ten por seguro que no me quedaré cruzado de brazos esperando que los dioses vivan nuestra vida por nosotros.

Anglea soltó el colgante y llevó la mano hasta la mejilla de Gerión. Acarició la barba incipiente, juvenil aún, con una suerte de atención minuciosa, como si quisiera memorizar el relieve de los pómulos, de la mandíbula, de la barbilla. Alzó el rostro, recogiendo en los ojos el reflejo de la luna baja, besó fugazmente los labios sorprendidos del guerrero y, sin darle tiempo a reaccionar, se puso en pie.

—Tampoco yo tengo costumbre de esperar a que las cosas ocurran por sí solas.

Sin decir una sola palabra más, la muchacha volvió a su lecho de campaña y, poco después, su pecho había recuperado la acompasada respiración del sueño.

De nuevo pudo él observar a su antojo a la muchacha, con esa suerte de impunidad trasgresora que siempre asalta a quien contempla furtivamente a un durmiente. «¿Abrirá de nuevo los ojos, vendrá otra vez a compartir conmigo la tibieza de su cuerpo?». Sonrió. Aquella extraña conversación en la medianoche había roto alguna barrera entre ellos dos. Tras ofrecerle su proximidad y el perfume de su piel, Anglea había dejado de ser para él la princesa inalcanzable, la sacerdotisa enigmática y sensual perteneciente a un mundo ajeno al suyo. Prestó atención: el canto de las chicharras había cesado, como si también ellas se hubieran sumido en sus pensamientos. La luna, al elevarse, clareaba el bosque y acortaba las sombras.

—Es hora de despertar a Lortas —murmuró.

A la mañana siguiente, apremiados por lo escaso del tiempo con que contaban, decidieron continuar cabalgando a plena luz del día, temiendo a cada momento ser descubiertos por los espías de Amílcar. Durante horas interminables recorrieron los montes de arcilla rojiza y de caliza gris, intercambiando solo de tanto en cuanto comentarios lacónicos o inconclusos fragmentos de conversación: la creciente proximidad de su destino parecía sumir a los cuatro viajeros en un ánimo reservado y circunspecto. Solo al llegar a la llanura ardiente, ahogada por el sol, buscaron el refugio de los densos encinares y descansaron hasta bien entrada la noche, prosiguiendo después a la luz de la luna por senderos poco expuestos. Amaneció y el paisaje comenzó a resultarle a Anglea crecientemente familiar: cada vez con mayor frecuencia reconocía paisajes por los que había pasado con Abarien y

Lortas en su camino hacia el norte, poco más de una semana atrás. Se recordó a sí misma cuando salió de Hélike aquella noche lluviosa, exaltada por la aventura e impaciente por dar con el paradero de su padre, y le pareció que los acontecimientos acaecidos desde entonces eran más propios de meses o años que de días.

Poco antes del mediodía divisaron al sur la Vía Heraclea, la gran arteria comercial que comunicaba el valle del Betis con los puertos del mar de levante. Estaban ya muy cerca del lugar a donde se dirigían: detrás de la colina que tenían frente a ellos, al otro lado de la calzada, se alzaban los túmulos, las ruinas olvidadas y malditas. Anglea sintió un escalofrío de anticipación: pronto sabrían si su intuición había sido correcta, si en efecto había sabido interpretar el mensaje del tartesio. Pero ese breve trecho final era el más peligroso: si en algún lugar era previsible que Amílcar hubiera colocado vigilancia, sin duda era en esa frontera polvorienta que cualquiera que se dirigiera al sur debía atravesar. Ella misma había pasado por allí sin contratiempos con Abarien y Lortas en su camino hacia los montes ólcades, días atrás, pero no sin tomar la precaución de esperar a que cayera la noche para atravesar el terreno descubierto y la propia pista.

Manteniéndose ocultos al resguardo de los árboles, escrutaron las colinas circundantes esperando ver alguna señal que delatara la presencia de vigías púnicos, sin que nada llamara su atención hasta que, cuando el sol se encontraba en su cenit, una caravana formada por dos carretas tiradas por bueyes con una abundante escolta de jinetes pasó lenta y pesada en dirección al este dejando tras de sí una densa nube de polvo.

—Comerciantes fenicios —dijo Lortas—, esos carretones de cuatro ruedas son inconfundibles. Y si algo sé de esa gente es que el peligro les gusta tanto como a mí las barbas de Amílcar. Si toman esta carretera es porque piensan que es segura, y eso significa que los esbirros del Bárquida no deben de andar lejos. Es una lástima, porque seguro que llevan mejores viandas que las nuestras, y un cambio de dieta no nos vendría mal. Quienquiera que inventase la carne ahumada merecería haber sido enviado a desarrollar su arte culinario en los infiernos.

—No seas quejica, Lortas —le reconvino Anglea, sumándose al tono bien humorado del armero—, ya verás como tu mujer aprecia los efectos que el cambio de dieta durante el viaje ha producido en tu apostura. Solo lamento el desperdicio: con el sebo que has perdido se habría podido iluminar el santuario de Astarté durante todo el próximo invierno.

Lortas hizo un esfuerzo para contener la carcajada que se le vino a la garganta. Emparejada al humor, una inmensa ternura le asomó a la mirada.

—Astarté ya tiene en su santuario la mejor iluminación posible, mi niña. Con una sacerdotisa como tú, que se quite el sebo.

Anglea apuntó una reverencia de gratitud y le guiñó un ojo al hombretón. Argantio observaba la escena con una especie de felicidad contenida, como si todo regocijo fuera bienvenido pero provisional, prestado, mientras el destino de Hélike y de ellos mismos pendiera de un hilo.

Por un momento Gerión se sintió como un intruso entre los tres oretanos. Él mismo les había pedido que hablaran en íbero para avanzar en su dominio del idioma, y día a día realizaba grandes progresos, pero a menudo le confundían las expresiones más coloquiales, los juegos de palabras, las insinuaciones o las bromas. Nada era tan desafiante para él como esos intercambios entre Lortas y Anglea, llenos de humor afilado, de socarronería y tomaduras de pelo, de inteligencia llena de matices; llenos, sobre todo, de un afecto que le producía un extraño rubor. «Lortas es también de estirpe tartésica —le había dicho la muchacha días atrás—, y eso le convierte en alguien muy especial para mí». Durante largo rato después Gerión se había preguntado si aquello encerraba una alusión referida a él.

—¡Mirad, soldados cartagineses!

Todos siguieron con la mirada la dirección del brazo y el dedo extendido de Argantio. En efecto, tres hombres con las túnicas rojas de Cartago habían salido del bosque que cubría como un capirote verde el montecillo del otro lado del camino y se dirigían hacia la caravana llamando la atención con voces y aspavientos.

—¡Por Baal! —rugió Lortas—, ¡ahí estaban los muy perros, escondidos entre los encinos!

—Exactamente igual que nosotros —señaló, ecuánime, Argantio—, y dudo mucho que hubiéramos detectado su presencia de no aparecer tus amigos fenicios. Imagino que esos soldados se han sentido tan tentados como tú por las viandas de las carretas, o por intercambiar noticias, y han señalado imprudentemente su posición. Si llegara a oídos de Amílcar, los desollaría vivos.

—Hemos tenido suerte, desde luego —dijo Anglea con una mueca de preocupación—, pero los cartagineses no podían estar en un lugar más inoportuno. Desde ese otero no solo se domina la Vía Heraclea, sino también la necrópolis. Menos mal que Abarien nos hizo esperar a que cayera la noche para cruzar, ¿verdad, Lortas?, de lo contrario tal vez estuviéramos a estas

alturas disfrutando de la hospitalidad del campamento de Amílcar. Y ni siquiera sabemos cuántos son. Han salido tres al encuentro de los fenicios, pero seguro que otros han quedado a resguardo.

Durante largo rato todos ponderaron en silencio las palabras de Anglea, sin perder de vista el encuentro que tenía lugar en el camino. Finalmente la caravana se puso de nuevo en marcha con gritos de arreo y chasquido de fustas amortiguados por la distancia y el calor sofocante del mediodía, y los soldados cartagineses volvieron al bosque con sacos sobre las espaldas. Lortas, Anglea y Gerión volvieron entonces al unísono, como de mutuo acuerdo, la mirada hacia Argantio, esperando de él una indicación sobre qué hacer a continuación. Argantio, Orissón de Hélike, se restregó la cara como para arrancar de ella la fatiga y quedó absorto y ajeno, con las palmas de las manos juntas sobre la boca. Cuando habló pareció que lo hacía para sí mismo, más con el ánimo de ordenar sus pensamientos en voz alta que con el de orientar a sus compañeros.

—La situación no es muy halagüeña, en efecto. En todo caso, si queremos ir a la necrópolis, lo primero que tendremos que hacer es cruzar la Vía Heraclea sin ser vistos, y por mucho que no podamos permitirnos retrasos, eso significa esperar también nosotros a que caiga la noche; dispondremos entonces de una o dos horas de oscuridad antes de que la luna se alce en el horizonte. Por cierto, es evidente que eso nos obligaría a descartar sin remedio la alternativa de Iaspis. Para elegir por dónde pasar al otro lado, tenemos que decidir cómo proceder después. Podemos intentar localizar el campamento de los cartagineses en el monte y acabar con ellos con un ataque por sorpresa. Pero las dificultades son evidentes: no sabemos cuántos son, ni dónde están, ni si se mantienen reunidos en un solo punto o dispersos en puestos de observación. Si quisiéramos intentarlo, deberíamos retroceder sobre nuestros pasos y cruzar la carretera más al poniente, regresando después ocultos por el bosque del otro lado. La segunda opción consiste en seguir avanzando hacia levante, cruzar cuando quedemos fuera del campo de visión del otero y dirigirnos directamente hacia la necrópolis. Por desgracia, la noche promete ser despejada y la luna estará casi llena: parece demasiado arriesgado buscar la herencia de Tartessos en esas condiciones, en terreno abierto, al pie del otero de los púnicos. Creo que no nos quedaría más remedio que tratar de acabar con ellos. La tercera opción es olvidarnos del antepasado de Gerión y de la herencia de Tartessos y continuar hacia Iaspis sin perder tiempo, confiando en la lealtad y la generosidad de los edetanos.

Guardó silencio con aire expectante, invitando a los otros a dar su opinión.

—¡Pero padre! —exclamó Anglea—, ¡¿cómo vamos a renunciar a encontrar el tesoro de los exiliados?! ¡No podemos perder la fe ahora, cuando los propios dioses han dirigido nuestros pasos hasta aquí!

—Argantio —intervino Gerión con voz grave—, creo que tú sabes que ya es demasiado tarde para eso. ¿Qué ocurriría si las gentes de Iaspis decidieran hacernos prisioneros para congraciarse con Amílcar? ¿Aceptarías la posibilidad de no estar de regreso a tiempo para la batalla? A pesar de las incertidumbres, mi corazón me dice que nuestro destino no está ya en manos de los carpetanos de Iaspis, sino en las nuestras. No tengamos miedo de enfrentarnos a esos cartagineses, en Cirmo hemos comprobado que es posible derrotarlos aventajándolos en coraje. Acabemos con ellos y veamos qué hay de cierto en todas esas enigmáticas palabras del pasado.

Argantio enarcó las cejas, sorprendido por la resolución del ólcade.

—¿Y tú, Lortas, estás de acuerdo?

—¡Claro que sí, contad conmigo! —exclamó Lortas haciendo crujir, para disgusto de Anglea, los huesos de las manos—, ¡se van a enterar esas lombrices de cómo nos las gastamos los heliketas… y los de Cirmo, por Baal y todos los dioses!

—Me alegra veros así de unánimes y animosos —contestó Argantio—, y no seré yo quien discrepe. Será como decís. Nos queda aún un buen puñado de horas hasta el anochecer, así que mejor será que las aprovechemos para almorzar y descansar un poco.

Así lo hicieron, y el tiempo rodó lento y sin contratiempos en la perfumada umbría del encinar, desierta la carretera y el mundo en esa hora inclemente de la Oretania en la que la luz se derrama desde el cielo como fuego líquido y todo parece contener el aliento hasta que pase. Primero Lortas y luego Argantio cuidaron del sueño de los otros con la mirada fija en el aire tembloroso de la llanura, extraviado cada uno de ellos en sus pensamientos, sus recuerdos y añoranzas, sus expectativas y temores, disfrutando como de un logro propio de la respiración rítmica y confiada de los durmientes.

Tras la puesta de sol, se pusieron de nuevo en marcha en la dirección de los resplandores violáceos y anaranjados del horizonte, llevando a los caballos de las riendas por los senderos del bosque, murmurando a los animales y a sí mismos palabras tranquilizadoras, interrumpiendo a su paso el coro de anochecida de los pájaros que en seguida lo reanudaban a sus espaldas. Era ya casi noche cerrada cuando cruzaron la pista por un punto donde los árboles

llegaban hasta su linde y, ya en el otro lado, a la última luz mortecina dieron con una trocha que se adentraba en la falda de la colina hacia el este. Era tan angosta que debieron disponerse en fila para transitarla. Para sorpresa de Gerión, Argantio y Lortas cedieron con naturalidad el puesto de cabeza a Anglea, como si fuera de sobra conocida alguna cualidad suya que le facilitara el movimiento en la oscuridad, y, en efecto, la muchacha condujo la marcha con la seguridad cautelosa de un animal nocturno. Gerión iba inmediatamente detrás de ella, y no tardó en disfrutar como de algo exótico y hermoso de aquel ejercicio de seguir en la noche apacible las siluetas de Anglea y su yegua Caliza apenas visibles contra la negrura del bosque, imaginando oler a veces el tibio perfume de la oretana. Poco a poco las copas de los árboles fueron recogiendo el frío fulgor plateado de la luna y entre los troncos se hizo visible, más abajo, la llanura desierta y silenciosa, ondulada de sombras.

Anglea se detuvo de pronto.

—Venid —susurró—, ahí están. No hagáis ruido.

Dejando a los caballos alineados en la vereda, los hombres se reunieron con ella en un repecho desde el que se contemplaba, al otro lado de una vaguada aún sumida en la oscuridad, el otero del que habían salido y en el que habían vuelto a desaparecer los soldados cartagineses. La luna, limpia y nítida como un *shekel* de plata recién acuñado, flotaba ingrávida justo en la vertical del monte, como si hubiese sido alumbrada por él.

—Mirad. No lejos de la cima, al pie del peñasco.

Un punto de luz dorada titilaba entre la espesura, al resguardo de un promontorio orientado al norte que lo haría invisible desde la Vía Heraclea. Parecía tratarse de un exiguo fuego de vivaque, incapaz de deshacer la tupida masa de sombra en su derredor y de dar noticia del número de hombres que allí hubiera.

—Deberemos dejar aquí los caballos y confiar en que se mantengan tranquilos —señaló Argantio—, los suyos los olerían mucho antes de llegar al lugar. Vamos, no puedo dejar de pensar que estamos perdiendo un tiempo irrecuperable.

Amarraron las monturas y Gerión dejó en el oído de *Turmo* un último puñado de palabras de sosiego antes de ponerse en marcha campo a través, descendiendo hacia el centro de la vaguada. Anduvieron en silencio durante largo rato, cada cual absorto en el afán de no dar un traspié, de no quebrar una rama, de no hacer ningún ruido que los delatara, otra vez guiados por Anglea. Llegaron sin percances al pie del otero, protegidos aún por la sombra de este

de la luna que venía pisándoles los talones, e iniciaron el ascenso de la falda del monte siguiendo sendas de conejos que se entrecruzaban en un zigzag que poco a poco los acercaba a la cima; Gerión terminó por sentirse completamente desorientado en ese ir y venir en la oscuridad y se preguntó si en verdad Anglea sería capaz de dar con el punto al que se dirigían.

De inmediato vio respondida su pregunta. Al igual que un rato antes en la trocha, la muchacha se detuvo y se volvió hacia él y los dos hombres que venían detrás, agachándose e indicándoles con gestos enfáticos que no hiciesen ruido, aprestaran las armas y la siguieran. Así avanzaron hasta alcanzar una densa mata de majuelo a escasa distancia del paredón de roca que recortaba su masa oscura contra el cielo estrellado. En la misma base del risco, bajo la copa de un quejigo inmenso que parecía brotar de la propia piedra, a una treintena de pasos de donde se encontraban, estaba el campamento cartaginés. El fuego no era ya sino un puñado de ascuas del que se alzaban lentas llamas azuladas y apenas si iluminaba intermitentemente a media docena de hombres tendidos en círculo a su alrededor; un centinela de guardia recorría el perímetro con pasos largos y regulares, como si se entretuviera contándolos. Más allá, un bufido en la oscuridad señaló la posición de los caballos púnicos.

Al primer resoplido siguió otro, y después un relincho con aire de alerta que hizo al vigilante detenerse en seco y llevar la mano a la empuñadura de la espada.

Como en respuesta, claro y cercano en la calma de la noche, desde el otro lado de la vaguada llegó otro relincho. Gerión masculló una maldición, reconociendo el timbre vigoroso de *Turmo*, al tiempo que el centinela cartaginés comenzaba a dar la alarma a grandes voces.

—¡Maldita sea, vamos antes de que sea demasiado tarde! —exclamó Lortas, y, abandonando la protección del majuelo, echó a correr hacia el campamento empuñando la falcata en la mano derecha y un hacha de doble filo en la izquierda.

Gerión colocó una flecha en el arco y la lanzó por entre el laberinto de ramas y follaje antes de tirar el arma al suelo y seguir los pasos de Argantio en pos de Lortas, mientras descolgaba de la espalda la *caetra* y empuñaba la jabalina de hierro. Por dos veces oyó un silbido pasar sobre su cabeza y, por los crujidos y lamentos que siguieron, supo que la honda de Anglea había empezado a hacer estragos entre el enemigo.

Esbozó una sonrisa feroz y sintió que la pasión terrible del combate se apoderaba por entero de él, empujándolo hacia delante como un sustituto

tiránico e implacable de su voluntad; como le ocurriera en la batalla de las calles de Cirmo, el palpitar de su corazón le inundó las sienes con un compás salvaje de tambores que parecían redoblar desde el interior de la tierra. A través de una neblina de irrealidad, vio a Lortas destrozar de un hachazo el escudo del centinela cartaginés y hundir después la falcata en su garganta; y a Argantio trabar combate con dos hombres que apenas terminaban de incorporarse de su sueño. No tuvo necesidad de buscar rival. El fuego mortecino encendió un fugaz brillo metálico en el aire, frente a él, y casi ni tiempo tuvo de arrojarse de bruces al suelo antes de que un venablo rasgara el espacio que había ocupado él un instante antes y se perdiera en la espesura. Se irguió de un salto murmurando una plegaria de gratitud a Epona y alzó por un momento la mirada a lo alto. La luna, envuelta en un halo nacarado, se deslizaba ya sobre el borde del risco; un resplandor fantasmal le bañó el rostro y el cuerpo, calándole hasta los huesos.

La luna, lívida mensajera de la diosa.

Sintió turbiamente que no era ya su brazo, sino el de Epona, el que lanzaba la jabalina para abatir al cartaginés vociferante que cargaba contra él, el que sacaba de la vaina la espada, lívida y cortante como la muerte; que no eran sus piernas, sino las de Epona, las que le llevaban a la carrera bajo la sombra del quejigo, donde sus compañeros se batían en una confusión de gritos y metales a la que se sumó con un alarido de furia. Derribó de un mandoble a otro cartaginés, un hombre anónimo desprovisto de rostro por la penumbra; aulló más de ira que de dolor al recibir un profundo tajo en el hombro izquierdo, sobre la *caetra*; se revolvió vesánico como un jabalí acorralado para hacer frente al siguiente golpe y vio cómo su adversario, la espada de nuevo en alto, se desplomaba con un brillo de estupor en los ojos y la frente hundida por una piedra. Anglea otra vez.

Buscó infructuosamente un nuevo enemigo hasta que tomó conciencia de que el silencio se había adueñado de la noche, convocando de nuevo a las voces del bosque. Ululó una lechuza, un grillo comenzó a chirriar frenéticamente, un golpe de brisa levantó suspiros fatigados de las ásperas hojas del quejigo sobre su cabeza. Todo había terminado en un abrir y cerrar de ojos.

Un gemido roto y ahogado llegó hasta él y se le clavó en el pecho como una daga. Buscó a su alrededor con una alarma palpitándole en el pecho y vio a Argantio arrodillado junto a un cuerpo tendido al pie del árbol.

Lortas.

Llegó hasta ellos casi al mismo tiempo que Anglea y apenas si cruzó con ella una mirada, temeroso cada uno de ver ya la muerte reflejada en el rostro del otro. «Lortas, Lortas, por todos los dioses, Lortas».

Sin darse cuenta, había hablado en voz alta.

—¡Un manto, rápido! —urgió Argantio, quien mantenía las manos cruzadas sobre el vientre de Lortas, tratando de contener una hemorragia que se le escapaba entre los dedos. Junto al cuerpo había una espada púnica con la hoja teñida de oscuro hasta la empuñadura.

Gerión se arrancó el sayo de lana fina que llevaba sobre la túnica y se hincó de rodillas en el suelo al lado de Argantio.

—Dóblalo y ayúdame a tapar la herida, está desangrándose.

El torso de Lortas se alzaba y caía empujado por una respiración desesperada; cada exhalación se deshacía en un prolongado silbido de agonía, como si el cuerpo se desinflara a través de la boca abierta. También los ojos estaban abiertos, fijos en lo alto, en el denso ramaje del quejigo por el que se filtraban delgados hilos de luz de luna que atemperaban la oscuridad.

Al sentir acentuarse la presión en el vientre, Lortas dio un respingo y, haciendo un penoso esfuerzo, enfocó la mirada en sus amigos. Gerión sintió un escalofrío. Los ojos del jovial armero de Hélike estaban inundados de lágrimas y tras ellas latía una tristeza sorprendida y remota, inalcanzable.

Anglea se sentó junto al moribundo y tomó su mano izquierda entre las suyas. Habló con toda la dulzura que cabe en la voz de una mujer, disimulando el dolor, vasto y urgente.

—No tengas miedo, mi buen Lortas, no estés triste. La vida es solo una etapa de la existencia para quien la vive como tú lo has hecho; te juro que no estarás solo, que no habrá un espíritu más honrado y celebrado que el tuyo. Y no olvides el mayor don que has recibido y que nos has hecho: pase lo que pase, lleva tu risa contigo.

El hombretón miró a la muchacha y, con cierta torpeza, como si hubiera olvidado cómo hacerlo, sonrió.

—Anglea, mi niña —dijo, dando forma de palabras a un estertor—, ya no podré llevarte de nuevo al cipo de tu antepasado cuando todo esto termine, como te prometí. Pero, si vuelves allí, cierra los ojos y escucha: acaso descubras que lo que llamamos vida es una forma muy estrecha de concebir la existencia. Dile a mi Ankonaunin y a los cuatro pequeños que los llevo en el corazón, que han hecho de mi vida algo más hermoso de lo que me atrevía a imaginar… Y pídele a tu Astarté que me acompañe allá donde tenga que ir; con que sea la mitad de buena que tú, me daré por satisfecho. Y tampoco tú

estés triste —añadió, la voz desleída en un suspiro líquido y borboteante al que de pronto asomó un timbre de humor—: pierdes un tartesio pero ganas otro. El muchacho es algo tosco y reservado, pero tiene buen corazón. No lo dejes escapar.

Con la última palabra, se interrumpió la agitación del pecho y la angustia del aire escapando de él. El cuerpo formidable de Lortas quedó callado y quieto, salpicado de manchas de luz de luna, con el vientre abierto por el filo de una espada cartaginesa y una sonrisa grande como su dueño congelada en el rostro. Anglea dejó escapar un sollozo y comenzó a enhebrar el ritmo lento y sombrío de una letanía en una lengua que a Gerión le resultó desconocida; tuvo la intuición de que se trataba de la voz antigua de Tartessos, la misma con que su antepasado había grabado su relato en la plancha de plomo. Volvió la mirada a Argantio y vio que también él movía los labios con los párpados caídos, de modo que guardó silencio, recitando para sus adentros una plegaria por el amigo muerto, vagamente sorprendido por la intensidad del dolor que sentía. Había conocido a Lortas tan solo diez días atrás, pero la bonhomía y el audaz coraje del hombre le habían cautivado por completo. Lo que estuviera por venir sería más arduo sin sus bromas y su brazo poderoso.

—Lortas ha muerto valerosamente —dijo al fin Argantio, afirmando poco a poco al hablar una voz rota, ahogada—; si hay un hombre cuya compañía hará a los dioses sentirse retribuidos y dichosos, ese es él. Y si hay una ausencia que hará mi vida más pequeña y lóbrega, esa es la suya. Pero por mucho dolor que nos cause, con mayor urgencia nos requieren los vivos que los muertos; cada hora que pasamos aquí hace más improbable que alcancemos a tiempo la reunión del ejército en el monte Luc. Dejemos el duelo y el homenaje para cuando hayamos concluido nuestra tarea y la ocasión sea luminosa y propicia; demos ahora sepultura a Lortas y sigamos adelante. Ningún rito ni exvoto le será más grato que vernos liberar a Hélike, a su mujer y sus hijos de la aniquilación que traería consigo la victoria de Amílcar.

Argantio guardó silencio, se irguió con los movimientos doloridos y esforzados de un anciano, como si la muerte de Lortas le hubiese desprovisto de algún secreto manantial de energía, y quedó de pie detrás de su hija, quien seguía desgranando su oración, oscilando hacia delante y detrás, sin dar señal de haberle escuchado. Colocó sus manos en los hombros de ella, se inclinó y la besó en la mejilla.

—Vamos, niña mía —dijo con una voz colmada de ternura—, debemos ponernos en marcha. Piensa en el pequeño Argonio, y en Andíbil, y en todos

los que cada día ponen a prueba su valor en las murallas de Hélike. Son muchos los que nos necesitan, los que nos esperan. Quieran los dioses que aún resistan.

Dejándose llevar por un impulso, Gerión se acercó a la muchacha, retiró con suavidad de entre sus manos la de Lortas y le ofreció las suyas para ayudarla a incorporarse. Anglea tenía los dedos ateridos y no apartó de Gerión, mientras se erguía, una mirada inescrutable que por alguna razón le hizo recordar las últimas palabras de Lortas: «El muchacho es un poco reservado y tosco, pero tiene buen corazón. No lo dejes escapar». Acaso se le apuntara una sonrisa en las pupilas, porque para su sorpresa fue Anglea quien, saliendo de su ensimismamiento, trajo una, poco más que un esbozo, a las comisuras de los labios, apretándole por un instante las manos antes de soltarlas.

Así, con el alma algo más liviana, acompañaron ambos a Argantio a recoger las armas más robustas de los cartagineses muertos y, con ellas, se aplicaron a excavar en silencio una fosa al pie del quejigo, entre las grandes raíces que se insinuaban bajo la superficie con suaves ondulaciones. Cuando Gerión ayudaba a Argantio a depositar en ella el cuerpo de Lortas, llamó su atención un brillo metálico entre la hojarasca que alfombraba el suelo, a pocos pasos de donde se encontraban. Se llegó hasta allí y comprobó que se trataba de su propia fíbula, que había salido despedida cuando se arrancó el manto para tratar de contener la hemorragia de Lortas. Era una hermosa figurilla de bronce que representaba un caballo con las patas delanteras y traseras unidas por un grueso alfiler de pie vuelto; se la había regalado su tío Tesindro en las celebraciones que siguieron a los ritos de su mayoría de edad. «Epona —se dijo—, diosa de los caballos y los muertos». Limpió el broche con la falda de su túnica y la colocó sobre el pecho de Lortas, entre la espada y el hacha que este había empuñado en su último combate. Como de mutuo acuerdo, siguiendo su ejemplo, Argantio y Anglea desprendieron los prendedores de sus túnicas y los añadieron al exiguo ajuar funerario.

—Dadme la mano —dijo Argantio, colocándose entre los dos jóvenes de pie frente al cadáver.

Y una vez unidos los tres como en un paso de danza helada, transidos de dolor, cubiertos de tierra y sangre oscuras, el rey de Hélike alzó una voz majestuosa y bravía para acompañar con ella a Lortas en su viaje. El idioma de Tartessos otra vez, con resonancias de sal y espuma, de bueyes y marisma y sembradíos de albero, de hondos minerales y oro fino, extendiéndose como

un perfume errabundo por la noche calma y atenta, por los bosques empalidecidos por la luna.

Partieron cuando ya un arrebol sutil como sangre aguada se insinuaba en el horizonte de levante. Desanduvieron sus pasos por el mismo camino que antes habían recorrido en compañía de Lortas, buscando cada cual en su silencio la forma de sobrellevar su ausencia, hasta regresar al lugar donde los esperaban sus monturas, inquietas y sombrías como si de algún modo supieran lo que había ocurrido. Decidieron llevarse con ellos el caballo de Lortas, un bayo grande y apacible como su dueño. A su pesar, se habían visto obligados a abandonar en el monte a su suerte a los de los cartagineses. «Lástima —había dicho Argantio al soltarlos de sus ataduras—, espero que quien los encuentre sepa reconocer su valor. Son animales magníficos, de pura raza libia».

Continuaron adelante por la trocha que los había llevado hasta allí la noche anterior, llenándose el pecho a cada paso con el bálsamo de la mañana recién parida, fresca y esplendorosa con el aire colmado de rocío y del aroma limpio y picante de los romeros y la manzanilla silvestre. Descendieron la ladera recibiendo en el rostro la luz amable del primer sol, grande e hinchado sobre el otero como una promesa de calor severo para el mediodía; cruzaron el valle poniendo en fuga a innumerables conejos que pacían con la fresca en la dehesa y alcanzaron a ver perderse en la distancia un rebaño de gamos sobresaltados. Rodearon después el frente del collado; más allá se abría una dilatada llanura tapizada de pinos, cortada al norte por la Vía Heraclea y al sur por una sierra distante difuminada por vapores grisazulados. Frente a ellos, hacia levante, el pinar clareaba para dar paso a un altozano salpicado por un puñado de montículos cubiertos de hierba, repartidos en círculo; entre ellos la ruina de la torre funeraria proyectaba una larga sombra, lejana pero nítida en la claridad dorada de la mañana.

Gerión reconoció el lugar de inmediato por la descripción que de él les había hecho Anglea y sintió que se le erizaba el vello en la nuca: era resuelto y corajudo, temerario incluso, en la caza y la guerra, pero el reino de los dioses subterráneos le infundía un temor irremediable. «Excepto cuando desde él te hablan los tuyos», se dijo, recordando la serenidad que le habían inspirado las voces de su padre y del tartesio en la cámara del ritual. Reconfortado por ese pensamiento, inspiró profundamente y caminó, tirando con una mano de la rienda de *Turmo* y con la otra de la del zaino de Lortas.

Mientras se acercaban al lugar, con el sol ya alto en el cielo, rememoró la historia del lugar, que Anglea le había contado dos días antes, cuando atravesaban los montes ólcades en dirección a la llanura. Con Lortas todavía entre ellos y una sensación de confiada alegría que ahora le parecía una quimera, había escuchado fascinado el relato del cruel rey que había hecho enterrar a sus enemigos muertos alrededor de un imponente monumento funerario que jamás llegó a ocupar: su pueblo terminó por cansarse de su crudeza y le dio muerte, abandonando su cuerpo en un yermo frecuentado por lobos. «Le estuvo bien empleado —aprobó Gerión, para quien no era concebible que un príncipe no fuera elegido en asamblea ni tuviera el apoyo de los suyos—; ¡mira que creerse descendiente de un dios, qué ocurrencia!».

Turmo bufó inquieto y él mismo sintió un escalofrío al adentrarse, siguiendo los pasos de Anglea, entre los túmulos; advirtió que un denso y ominoso silencio se enseñoreaba del lugar y echó de menos el despreocupado gorjeo de los pájaros que les había acompañado desde el alba. Se sobresaltó al oír la voz de la muchacha.

—Ya hemos llegado. Impresiona un poco, ¿verdad?

Gerión asintió observando la ruinosa estructura de piedra que se alzaba en el centro de la necrópolis: las plataformas escalonadas que servían de podio, la torre derribada por la ira del pasado, los grandes sillares tallados que formaban su base. No pudo menos que sentir pasmo al reparar en los leones tendidos que formaban los ángulos: era extraordinario el realismo de los cuerpos musculosos y de las fauces entreabiertas mostrando afilados colmillos de caliza. Ni siquiera en Arecorata había visto nada igual. ¡Y pensar que tres siglos atrás, cuando aquellas figuras habían sido arrancadas del corazón de la piedra, Cirmo ni siquiera existía aún!

—Te has quedado con la boca abierta —dijo Anglea, divertida—. Pues vete preparando para Hélike: tenemos algunos de los mejores artistas de toda la Oretania. Andobales es sencillamente prodigioso, es como si en sus manos el alabastro y el mármol se convirtieran en arcilla.

—Lástima que manos tan admirables hayan tenido que cambiar el mazo y el cincel por la falcata y el escudo —señaló Argantio uniéndose a ellos—. Pero es verdad que estas gentes —añadió haciendo un vago gesto con la cabeza en dirección a la torre— dejaron monumentos magníficos. He visto en Ipolka esculturas de animales y guerreros de una factura admirable que…

—En fin… —interrumpió Anglea con un suspiro, temiendo que su padre se embarcara en una de las doctas disertaciones a las que era tan aficionado

—. Te prometo acompañarte a conocerlas cuando la guerra termine. Pero ahora, venid a ver a mi diosa.

La muchacha ascendió con agilidad por los empinados escalones de piedra hasta alcanzar la base de la torre, ante uno de cuyos sillares adoptó por un instante una actitud de reverencia, con la cabeza inclinada, los ojos cerrados y las palmas de las manos unidas a la altura del pecho. Llegando junto a ella, Gerión observó un relieve nítidamente esculpido que mostraba la figura de una mujer alada, con un alto peinado en forma de cofia, los senos desnudos y algo parecido a una flor grande y alargada entre las manos. Le resultó familiar, y al punto recordó una figurilla que Ariolaco le había regalado a su hijo Saunio años atrás, tras asaltar una caravana de comerciantes fenicios cerca de Contrebia Cárbica. Sonrió para sí trayendo a la memoria las bromas procaces que la estatuilla de la dama, solemne y sofisticada, había inspirado a los muchachos de la cuadrilla en aquel tiempo. ¡De modo que se trataba de Astarté!

—¿Y ahora qué? —preguntó—, ¿dónde se supone que debemos buscar?

—Veamos —dijo Argantio tras adoptar también él brevemente la postura de veneración hacia la diosa—, las palabras de la lámina de plomo deben encerrar alguna clave para dar con el legado. Las he memorizado: «Tuvimos que dejar atrás una parte de nuestra herencia: quedó al amparo de la piedra, acariciada por los dedos de la luna, a los pies de la diosa que todo lo ve, de los que fueron poderosos antaño».

—«Otra separación, otra pérdida, otro fracaso, otra huida —añadió Anglea, ensimismada—. Acaso algún día le sea de utilidad a mi pueblo, o a lo que quede de él, o a aquello en lo que se haya convertido».

—Este debe de ser el lugar, sin duda —convino Gerión, impresionado por la memoria de los heliketas—, pero sigo sin saber dónde mirar. Mi antepasado habría podido ser un poco más explícito.

—Es obvio que habló de forma oscura con deliberación —repuso Argantio—; no podía correr el riesgo de que el mensaje cayera en un destinatario inadecuado. Tú mismo me dijiste que tu padre había mostrado la plancha de plomo a alguno de los mercaderes y trajineros que pasaron por Cirmo. Gracias a los dioses que ninguno de ellos conocía la lengua de Tartessos; de lo contrario, acaso ya no habría nada que buscar.

Gerión asintió, enarcando las cejas y encogiéndose de hombros.

—«Al amparo de la piedra, acariciada por los dedos de la luna, a los pies de la diosa que todo lo ve» —repitió Anglea muy despacio, como tratando de hallar algún sentido oculto, soterrado en las palabras—. Excepto por la

mención a la luna, encajaría perfectamente si los tartesios hubieran guardado el tesoro tras este sillar.

Argantio se acuclilló y pasó la yema de los dedos por el contorno de la piedra sobre la que se apoyaba el relieve de la diosa; sacó después un fino cuchillito del cinto y tanteó con su punta los intersticios. Chasqueó la lengua con fastidio.

—No lo creo: estos sillares asientan unos en otros a la perfección, están asombrosamente bien cortados. Doy por cierto que no se han movido de su sitio desde que se erigió esta torre malhadada. Acaso las losas de la plataforma…

—Déjame ver —dijo Gerión, desenvainando su espada e introduciendo un palmo de la hoja en una rendija más holgada que las otras, a sus pies. Hizo palanca curvando el metal en arco hasta tocar el suelo con la empuñadura, pero el bloque de caliza ignoró por completo la presión, como si el paso de los siglos lo hubiera soldado con los que lo circundaban.

—Es verdad que los celtíberos hacéis un acero extraordinario —señaló Argantio apreciativamente—, no creo que mi falcata hubiera pasado esa prueba. En todo caso, parece que deberemos indagar en otro lado.

—Probemos abajo, en el terreno —sugirió Anglea—, desde luego parece una opción mucho más sencilla. Y, teniendo en cuenta que los exiliados sabían que los perseguían los cartagineses, no debieron de entretenerse demasiado.

Con los brazos aún doloridos y manchados de la tierra de la fosa de Lortas, de nuevo recurrieron a espadas y jabalinas para hender el terreno seco y duro contiguo a la base de la ruina, en la vertical del relieve de Astarté. Poco a poco, trabajosamente, fueron extrayendo una mezcla de grandes cantos rodados y ripio arcilloso, y para cuando el sol alcanzó su cenit habían abierto un hoyo circular de casi dos pasos de diámetro y uno de fondo en el que no hallaron ningún indicio de que el suelo hubiera sido removido con anterioridad. Haciendo realidad la promesa del amanecer, hacía ya un calor sofocante y sudaban copiosamente; tenían las manos cruzadas de cortes y heridas y los filos de las armas comenzaban a mellarse y no tardarían en perder la aptitud para el combate. Hacía rato que la conversación había decaído hasta dejarlos sumidos en un silencio absorto y preocupado.

Gerión miraba de reojo a los dos oretanos cada vez más descorazonado. Le parecía evidente que aquel esfuerzo ya se había probado estéril: allí no había nada. Pero no tenía ninguna alternativa que ofrecer y estaba resuelto a no ser él el primero en darse por vencido; mientras Argantio y Anglea

continuaran cavando, él también lo haría. Sin embargo, el tiempo seguía evaporándose en aquel montículo aplastado por el sol y la situación se hacía cada vez más apremiante. Los contingentes de las ciudades ólcades debían de estar reuniéndose ya en las faldas del monte Luc y al amanecer del día siguiente iniciarían la marcha hacia la ciudad sitiada. Según los toscos mapas que habían ido dibujando en el suelo los oretanos en los días pasados, el monte debía de estar situado al menos a ocho o nueve leguas al noroeste de donde se encontraban, de modo que tendrían que ponerse en marcha de inmediato si querían alcanzar a sus compañeros antes de que partieran, y aun así solo lo conseguirían castigando duramente a sus monturas. En realidad era un poco absurdo: poner rumbo al monte Luc significaría desandar buena parte del camino que habían recorrido. Sería mucho más sencillo esperarlos en la calzada que, atravesando la llanura hacia el sur, cruzaba la Vía Heraclea a una o dos leguas hacia poniente. El propio Argantio había advertido a Meronio que tal vez deberían dar alcance al ejército por el camino. En tal caso, y siendo ya imposible continuar hasta Iaspis, podían disponer casi de un día más en aquel lugar antes de darse por vencidos.

Para entretener el tedio, trató de imaginar cómo sería la capital oretana, y el ejército de Amílcar, formado por docenas de pueblos incógnitos para él, y aquellos animales fabulosos, los elefantes, de los que todos hablaban con un pavor casi reverencial. Se estaba preguntando cómo le respondería la bravura si le tocaba enfrentarse a uno de ellos cuando finalmente, para su alivio, Argantio dejó caer las armas al suelo y se sentó en el montón de tierra y cantales que habían formado.

El íbero suspiró largamente y movió la cabeza de un lado a otro, apretando los labios. Había en su mirada una luminosidad extraña, tal vez un temor aleteante y fugitivo, como si por vez primera concibiera la posibilidad de que allí, en aquel collado luctuoso y polvoriento en mitad de ninguna parte, no hubiese o no fuesen capaces de hallar ningún tesoro, ningún legado de aquellos fugitivos de la vieja patria desaparecida hacía tanto tiempo, ningún lingote de oro con que pagar el cambio de lealtad de Tilego y sus tres mil celtíberos. La posibilidad de tener que presentarse ante Meronio y Buntalos y todo el ejército ólcade sin poder hacer honor a su palabra, como un charlatán o un embustero o un viejo engañado por sus fantasías.

La posibilidad de que aquel viaje que había costado la vida de Lortas no hubiese sido sino una idea absurda y peregrina.

CAPÍTULO XX

—¡ARRIBA, holgazanes, no tardará en amanecer!

Saunio abrió los ojos y sintió que alguien batía un pesado tambor dentro de su cabeza. Recordó la noche anterior. A la *kelia* estaba ya más o menos acostumbrado, pero la gente de Arecorata había traído vino edetano para calentar los espíritus antes del combate y ahora descubría que el exquisito líquido carmesí no era tan amable como parecía. Se levantó mascullando y miró a su alrededor. Los rescoldos de las hogueras salpicaban de resplandores rojizos el pinar en todas direcciones y trepaban por los breñales que servían de contrafuertes al monte; a la luz mortecina distinguió a los centinelas que recorrían el campo despertando a los guerreros dormidos con voces y puntapiés. Aquí y allá se empezaban a formar corros de hombres alrededor de los fuegos y la quietud de la noche se quebraba bajo una súbita multiplicación de voces ásperas, relinchos y timbres de metal. Aunque el bosque y el perfil del terreno limitaban su campo visual, Saunio fue agudamente consciente de que, en ese instante, una multitud de guerreros ólcades como nunca antes se había visto reunida, desparramada por los campos en derredor del altivo cerro consagrado al dios Luc, despertaba impaciente por hacer frente al azar veleidoso de la guerra. También él lo estaba.

Un recuerdo urgente se abrió paso entre la bruma palpitante de su cabeza. Vio cómo el centinela que lo había despertado se acercaba de nuevo tras completar la ronda por su sector del campamento. Creyó distinguir el rostro anguloso de Menauundas, un fornido pastor al servicio de Tesindro.

—¡Menauundas! ¿Sabes si han llegado Gerión y los oretanos durante la noche?

El hombre sacudió la cabeza.

—No, que yo sepa. Pero esto es lo suficientemente grande como para que lleguen cuatro jinetes y no se entere todo el mundo.

Saunio torció el gesto en una mueca de disgusto y preocupación. «¡Por las pelotas de Cosus, ¿dónde se habrán metido?!». Se encaminó, repasando los acontecimientos de las últimas horas, a un tosco cercado que habían habilitado como letrina en un extremo del pinar.

Había llegado, junto con toda la tropa de Cirmo, poco después del mediodía, en el inicio de una tarde memorable. Uno a uno habían ido llegando

los contingentes de las ciudades ólcades, cada uno con sus *karnyx* y los estandartes de bronce propios de sus clanes: Arecorata con el toro y el águila, el buitre de Lutiaca, Ercavica con el carnero y el lobo, Urbicua con su llamativa pareja de ánades unidos por la cola. Por primera vez, ganado el derecho por el valor mostrado ante el enemigo, Cirmo había sustituido el toro de sus fundadores por un estandarte propio: en lo sucesivo una cabra representaría a todos los cirmoletas; Meronio la había propuesto ponderando la frugalidad, el coraje y la resistencia del animal, y todos se habían sentido encantados con la elección. Tesindro, cómo no, había puesto la nota de humor reivindicando con regocijo el carácter obstinado y un tanto lunático del animal. «El bueno de Tesindro», se dijo Saunio, suavizando el gesto. Nadie, ni siquiera su mujer Ulcatas, había conseguido persuadirlo de que se quedara en Cirmo dando reposo a sus heridas.

El caso es que al orgullo de los de Cirmo se sumó la alegría por el reencuentro de muchos viejos amigos, y la excitación ante la guerra inminente creció hasta inundar el campamento de un jolgorio exaltado y fanfarrón. La historia de la toma del poblado por los púnicos y los traidores de Asúrix y la reconquista posterior corrió de boca en boca, y él mismo había tenido que contar en dos ocasiones el relato a grupos de guerreros recién llegados, los cuales celebraban ruidosamente cada lance, cubriéndolo con vítores y palmadas al concluir la narración con la muerte de Asúrix en la muralla, a manos de Meronio. Nunca se había sentido tan bien. Los guerreros acompañaron sus felicitaciones con pellejos de vino y de *kelia*, y poco a poco, sin darse cuenta, había pasado del entusiasmo a la ebriedad.

A la puesta de sol, en el santuario que coronaba el monte, habían sacrificado a Magón al apetito de Luc. Saunio sintió un escalofrío al recordar la espantosa tortura ritual a la que había sido sometido el hombre a manos de Alisocos, y se preguntó qué turbio dios había empujado a todos los guerreros a aullar como dementes contemplando el espectáculo. A partir de ahí todo se volvía confuso, su memoria se disolvía en imágenes turbias e inconexas. Ni siquiera sabía cómo había llegado al sector del campamento que ocupaba su gente. «La próxima vez me andaré con más tiento», se prometió al regresar de la letrina, apresurándose para compartir el desayuno con los hombres de su clan.

Meronio recorrió con la mirada la oscuridad que lo circundaba. Había dormido poco y mal, sintiéndose enjaulado en el espacio denso e inmóvil de la tienda de campaña. Habría preferido mil veces pasar la noche entre sus

hombres, tendido al aire libre como siempre había hecho, escuchando desde una ventana entreabierta del sueño el crepitar del fuego, los pasos del centinela de guardia, la respiración de los guerreros y de los árboles. Pero ahora era el jefe de un clan, y su nuevo estatus le obligaba a ocupar un lugar en el círculo de tiendas que señalaba el centro del campamento. Además, la falta de noticias de Argantio y sus compañeros le producía una creciente incomodidad. Lamentar la decisión que había tomado al confiar en el oretano habría sido una señal de debilidad aún más grave que el propio error de juicio, pero no podía evitar sentirse irritado consigo mismo por haberse visto obligado a contar medias verdades a los hombres principales de los ólcades. Al reunirse con Buntalos de Arecorata y los demás la tarde anterior, había utilizado la misma explicación que diera a los guerreros del poblado cuando se echó en falta a los oretanos y a Gerión: Argantio daría un rodeo para intentar obtener refuerzos de la ciudad edetana de Iaspis, al sur de Turba, pero en todo caso se reuniría con ellos antes de que emprendieran el camino del sur o a lo largo de este. Ni se le había pasado por la cabeza poner en duda en voz alta el apoyo de los hombres de Tilego, y mucho menos hablar de la extravagante historia que el heliketa y Gerión le habían contado tras su visita a la cripta bajo la casa del joven. A pesar de la extrañeza que este giro inesperado había causado, sabía bien que ni Buntalos ni ningún otro le harían ningún reproche ni mostrarían recelo, pero era un mal augurio incorporarse de ese modo al consejo de los jefes ólcades. Tampoco le cabía duda alguna de que nadie se cuestionaría ni un instante el seguir adelante con la campaña: volver a casa sin combatir haría a todos los guerreros merecedores de la burla y el escarnio de sus mujeres. En todo caso, le alegraba que todos los clanes hubieran elegido a Buntalos para dirigir al ejército ólcade; ningún otro jefe sentía por él tanta confianza y simpatía. Al fin y al cabo, hasta la noche anterior él y todas las gentes de Cirmo y Ersibannos habían formado parte de su numeroso clan.

Oyó voces fuera y agradeció que llegara la hora de ponerse en marcha. Tomó su yelmo y salió al exterior, llenándose con avidez los pulmones del aire saturado de rocío que anunciaba la inminencia del alba. Saludó con un parco movimiento de cabeza al guerrero que se había mantenido de guardia frente a su tienda, junto al nuevo estandarte de Cirmo: una larga asta de bronce rematada por la cabra apresuradamente fundida por Alisocos antes de la partida de Cirmo. Resultaba tosca comparada con las demás enseñas, dispuestas formando un ruedo en cuyo centro ardía con viveza una hoguera. Los jefes de los clanes y las ciudades ólcades comenzaban ya a sentarse en el

suelo a su alrededor para romper el ayuno en común, como era costumbre durante las campañas militares.

Meronio se dirigió hacia ellos y se acomodó, como correspondía a su rango de recién llegado, entre Luviacos, jefe de un clan menor de Ercavica, y Bolendu, hombre principal de Seimata, un poblado tributario de Lutiaca. Era el lugar más alejado del que ocuparía Buntalos. Contó el número de presentes: veintisiete guerreros, muchos de gran renombre, y se sintió ogulloso de su pueblo; habían acudido todos, con la única exepción de la traidora Belgeda. «¿Qué habrán hecho con Eliovices y los suyos esos perros?», se preguntó, como había hecho tantas veces en los días pasados, mientras devolvía los saludos de bienvenida de sus nuevos pariguales. En todos los rostros y voces leyó la misma camaradería franca y cordial: la ausencia del persuasivo emisario de Hélike, el hombre que los había embarcado en aquella peligrosa aventura, parecía pesar en los ánimos mucho menos que la admiración ante la hazaña de los guerreros de Cirmo.

Justo cuando empezaba a cundir una cierta impaciencia, Buntalos hizo su aparición. Estaba soberbio. Sobre el torso lucía una magnífica *falera* con la cabeza de un toro, símbolo de su clan y de Arecorata. Su cuello ancho y musculoso sostenía tres gruesos torques, dos lisos de plata y uno de oro formado por sendas serpientes trenzadas cuyas cabezas remataban los extremos desafiándose mutuamente. Llevaba los brazos ensartados en *virias* y brazaletes tan numerosos que un hombre menos vigoroso habría tenido dificultades al añadir su peso al del escudo, la jabalina y la espada. Se protegía las espinillas con grebas de bronce finamente grabadas, obtenidas muchos años atrás como pago del rescate de un comerciante sidonio hecho prisionero cerca de Segóbriga durante una de sus temerarias correrías de juventud. Y, coronando el conjunto, su pieza más preciada: un yelmo galo adornado con dos alas de águila fundidas en plata de gran pureza. Desde que volviera con él tras un viaje por tierra de Ilergetes, al norte del gran río Iber[14], había mantenido un enigmático silencio sobre su origen. «El mismísimo Bandua lo puso una noche sobre mi cabeza», solía responder con una sonrisa socarrona a quienes le preguntaban. Meronio estaba convencido de que a Buntalos, agudo conocedor del alma de los hombres, sencillamente le complacía que en las tabernas y los hogares se fabularan para el yelmo cunas legendarias.

—Buen día nos traiga Luc, hermanos ólcades —dijo con voz de trueno frotándose las manos—; vamos a desayunar, que me muero de hambre.

El hombretón ocupó su lugar en el círculo y tomó de manos de un sirviente un gran cuenco de gachas de avena con trozos de carne flotando entre ellas; se llevó un puñado a la boca y lo pasó a Tersinnos, jefe de Ercavica, un pelirrojo enjuto y de ojos saltones sentado a su derecha. Las gachas pasaron de mano en mano, en riguroso orden de acuerdo con el rango, yendo a parar finalmente a Meronio; una vez él tomó su puñado del cuenco, todos pudieron ya servirse libremente de las viandas que los sirvientes habían dispuesto mientras tanto alrededor del fuego.

—¡Bueno, esto ya es otra cosa! —exclamó Buntalos satisfecho tras engullir de un bocado un considerable pedazo de queso—. ¿Alguna novedad durante la noche, ha llegado alguno de los que nos faltan?

—Únicamente un emisario de Rietalos, Buntalos —respondió Luviacos, a quien había correspondido dirigir el cuerpo de guardia—; han dejado limpio el camino hasta una jornada de distancia de Hélike. En total cinco puestos de vigilancia, el último con un destacamento considerable. Tres de sus hombres han entregado con honor el alma a los dioses. Rietalos está convencido de que ninguno de los púnicos ha escapado.

Rietalos era un mito entre los cazadores de toda la Celtiberia. Conocía los caminos y los secretos del monte como ningún otro, era capaz de moverse en la noche más oscura con la misma certidumbre que si un sol radiante brillara en el centro del cielo, sus pies eran tan silenciosos que pareciera que no llegaban a tocar el suelo. Todo ello le había valido el sombrenombre de «Hijo de Cernunnos», pues en verdad semejaba un lobo dentro de la piel de un hombre. De modo que su elección como jefe de la avanzadilla había sido indiscutida; si alguien era capaz de evitar que Amílcar recibiera noticia del avance del ejército ólcade, ese era él.

—Magnífico —aprobó Buntalos—, ese hombre es formidable. Cuando caigamos sobre los púnicos, pensarán que hemos salido de las mismísimas entrañas del infierno. ¡Y tú tranquilo, Meronio! —añadió levantando la voz —, puede que ese oretano amigo tuyo tenga guardada también alguna sorpresa, pero por las barbas de Luc que creo que es un hombre de palabra. Con Iaspis o sin Iaspis, seguro que estará con nosotros a tiempo de empuñar la espada.

Meronio asintió en silencio, agradeciendo el apoyo de Buntalos pero lamentando ser objeto de su atención de ese modo.

—No conozco a ese Argantio vuestro —señaló Tersinnos—, y la verdad es que tampoco me interesa demasiado. ¿Qué puede importarnos Hélike a los de Ercavica?, lo mismo da una ciudad íbera más o menos. Pero sí me importa

Amílcar y, si es verdad lo que se dice, el botín que puede obtenerse de su ejército y de las ciudades que ha sometido. Si matamos al perro, todo su rebaño será nuestro. De modo que tanto da si el oretano se ha perdido, o si le han dado un disgusto los carpetanos de Iaspis, o si le ha entrado miedo y ha puesto tierra de por medio. Lo siento, Meronio, sé que tienes vínculos de lealtad con ese hombre, y por Cosus que te has ganado el derecho de tenerlos con quien te venga en gana, pero entenderás que mi confianza descanse solo en estos millares de ólcades que han venido a apostarle su sangre a los dioses.

Meronio prefirió no contestar. No conocía a Tersinnos personalmente, pero había oído hablar mucho de él: se decía que era un hombre astuto y valiente, pero con un temperamento frío y afilado y una debilidad por los metales preciosos y las joyas más propia de un mercader de Gádir que de un guerrero ólcade.

—Yo también tengo algún vínculo con él, Tersinnos, no lo pases por alto —interpuso Buntalos sin perder el tono ligero y bienhumorado—; fue huésped de mi ciudad e hizo en ella sacrificios a nuestros dioses, recibió del Consejo y de mí mismo pacto de alianza. En fin, Luviacos —añadió cambiando de tema—, ¿cuántos resultan del recuento final?

—Tres mil guerreros a caballo y cuatro mil quinientos a pie, Buntalos.

El general de los ólcades rugió de satisfacción.

—¡Eso es un ejército, por las barbas de Luc! ¡Siete mil quinientos bravos ólcades! ¡Vamos a darle al Bárquida una lección que le va a quitar las ganas de volver a venir a fastidiarnos con sus elefantes!

Bajo la luz cenicienta del alba, el ejército formaba una inmensa mancha que ocultaba el polvo pálido del camino a lo largo de centenares de pasos. Abarien sintió renacer sus esperanzas. Millares de hombres ásperos como los montes que los habían parido, marchando a la guerra con una alegría festiva que no dejaba de causarle sorpresa y admiración. Si Hélike resistía aún, serían un enemigo temible para las fuerzas de Amílcar, a pesar de ser estas mucho más numerosas y disciplinadas que ellos, a pesar de los elefantes y los ingenios de guerra que habían sembrado el terror por todo el mar de levante.

—Celtíberos —murmuró en íbero—, son la fortaleza de Ispania. Lástima que no hayas llegado a tiempo para verlos, Orissón, se te aligeraría el corazón.

El mugido de un *karnyx* de bronce brotó desde la vanguardia de la columna, reclamando la atención del ejército en anticipación del segundo toque que daría la orden de marcha. Resonó durante un larguísimo instante,

levantando ecos cada vez más lejanos, como si fuera la propia aurora hablando con voz de metal, y se hizo un silencio extraño, imposible entre tantos millares de hombres y bestias.

Entonces lo oyeron.

Un temblor sordo y pausado como la respiración de la tierra, una vibración cada vez más intensa, un redoble licuándose en el aire. Los caballos se agitaron, nerviosos, volviendo su mirada hacia el noreste. En el horizonte, muy poco a poco, apenas visible en el claroscuro, comenzó a elevarse una nube de polvo.

—¡Por todos los dioses, nos atacan! —exclamó Tesindro, aprovechando su estatura para otear sobre la multitud.

El *karnyx* comenzó a dar órdenes frenéticas en el lenguaje militar codificado durante generaciones, cubriendo apenas la voz estentórea de Buntalos. «Guerreros de a pie en el centro, en cuña, en orden de rango de clanes. Piqueros delante, con fondo de veinte, arqueros detrás. Caballería de Arecorata a la derecha, de Ercavica a la izquierda, el resto cerrando la formación».

—¡Jinetes de Cirmo, conmigo! —gritó Meronio—, ¡los de a pie con Ariolaco!

Abarien dejó atrás a Tesindro, impedido por sus heridas aún recientes para tomar parte en el combate, y se situó a un costado de Meronio, decidido a defender el honor de Hélike junto con el suyo propio, mientras al otro lado del jefe el portaestandarte alzaba el pabellón de combate de Cirmo, la cabeza de cabra sobre fondo blanco, para servir de guía entre la confusión.

La masa del ejército se puso en movimiento y por un momento pareció que quedaría sumida en el caos más completo, pero poco a poco, guiada por sus enseñas multicolores, adoptó la formación ordenada por Buntalos, hasta que todos quedaron mirando hacia donde ya se hacía visible una delgada línea de jinetes acercándose al galope. El cuerno bramó de nuevo.

«Preparad proyectiles. Aguantad».

En el aire se suspendió una expectación tensa de inminencia mientras el fragor de los cascos que se aproximaban se hacía atronador.

«Aguantad».

Un estandarte comenzó a hacerse visible en el centro de la formación enemiga. Un fondo amarillo. Una silueta de animal en negro… Un jabalí.

Belgeda.

—Nunca pensé que esos traidores levantarían el hierro contra nosotros —musitó entre dientes Meronio.

«Tensad arcos».

Y de pronto, para sorpresa de todos, los jinetes enemigos, levantando una polvareda en cuyo interior parecieron desvanecerse, se detuvieron a poco más de un centenar de pasos del frente ólcade. Dos de ellos abandonaron la formación y se dirigieron hacia donde Buntalos, en el vértice de la cuña, rodeado por los estandartes y los *karnyx* de Arecorata, los contemplaba estupefacto. Los hombres se quitaron sus yelmos descubriendo rostros polvorientos y sonrientes.

Teuuntas y Eliovices.

—¡Buntalos! —gritó Teuuntas—, ¡¿aceptarán los ólcades a seiscientos jinetes de Belgeda, a tres de Arecorata y a cinco de Cirmo?!

«¡Eliovices…!». Meronio sintió que un nudo le obstruía la garganta. Lo deshizo, como otros siete mil quinientos hombres, aullándole su alegría al amanecer.

QUINTA PARTE

LA CÓLERA DE AQUILES

CAPÍTULO XXI

AUNQUE fuera de las más breves del año, ninguna noche de su vida se le había hecho tan interminable como aquella. Por supuesto, habían sido su padre y Gerión quienes se habían empeñado en que hiciese la última guardia, confiando en que, tras el agotamiento acumulado a lo largo del día, pudiese dormir durante las primeras horas de oscuridad. Y es verdad que ella misma había estado segura de que lo haría, incluso en aquel lugar tan enervante. Cuando la luz fue demasiado escasa para seguir con la búsqueda y se sentaron, recostados contra el pretil del monumento en ruinas, a comer con desgana pan de centeno, queso y manzanas secas, apenas había sido capaz de dar cuatro bocados. Después de haber pasado la noche anterior en vela y la jornada completa excavando aquel terreno seco y polvoriento, tuvo que hacer el mayor de los esfuerzos para mantener los ojos abiertos y participar en la conversación con la que su padre y Gerión trataban de ocultar el desánimo que poco a poco había ido adueñándose de los tres.

Pero tan pronto como se hubo tendido, envuelta en su manto, cayó en una turbia duermevela asediada de imágenes repetidas una y otra vez. Contra el fondo de los párpados cerrados transcurrió de nuevo la tarde de búsqueda infructuosa: la creciente desesperanza de su padre, el ensimismamiento de Gerión, la tierra áspera consumiéndoles las fuerzas y el filo de sus armas. Y el ataque contra los púnicos en el otero y la muerte de Lortas y la ceremonia funeraria bajo las estrellas. Durmió y veló durante un tiempo impreciso y borroso hasta que Gerión la sacó de él cuando llegó el turno de su guardia. «¿Estás bien? —le había dicho él—, no has dejado de murmurar y agitarte en toda la noche». «Sí —respondió ella—, ahora descansa tú», sin atreverse a pedirle que la abrazara, que conversara con ella, que la ayudara a deshacer los fantasmas que la noche había ido enredándole en el pecho.

Buscó, en cambio, la compañía de *Caliza*, y durante largo rato se abrazó al cuello de la yegua escuchando los cálidos latidos de su corazón poderoso. Caminó después entre los túmulos, haciendo un esfuerzo por sobreponerse a la inquietud que le causaban, y, cuando ya la luna se acercaba al horizonte, trepó a la plataforma de piedra del monumento y se sentó con la espalda apoyada en el relieve de Astarté. Trató de orar, de invocar la presencia de la diosa, de recibir de ella guía o consuelo. «Nos encontraremos de nuevo antes

del fin de este tiempo de sangre —le había dicho ella allá en Hélike la noche antes de su partida, y allí estaba, muda y hierática en su trono esculpido en la piedra—. Bendita seas —murmuró una vez más—. Astarté, compañera en las tinieblas y en el último tránsito, entra ahora en mí y dame tu protección y tu guía», y de nuevo el silencio siguió a su plegaria.

La noche tocaba a su fin. Frente a ella el disco céreo de la luna comenzó a ocultarse tras el perfil del monte donde se habían enfrentado a los cartagineses, como si fuese al encuentro de la sepultura de Lortas…

Las palabras grabadas por el tartesio en la lámina de plomo vinieron solas a sus labios:

«Acariciada por los dedos de la luna».

Sintió un sobresalto, una inquietud, un presentimiento.

Se puso en pie y contempló la necrópolis bajo la última luz plateada: los hoyos excavados durante el día alrededor de la base del torreón, los montones de ripio, los sillares rotos entre la hierba. Escuchó. Había un temblor flotando en la oscuridad, como ondas en el rostro de la noche. Había la intuición de una presencia, un aliento a punto de anunciarse. Cerró los ojos y quedó en silencio, a la espera, con las palmas de las manos tendidas hacia delante.

«Entra ahora en mí y dame tu protección y tu guía».

Un susurro le recorrió el cuerpo, estremeciéndola.

Conoció de inmediato el perfume que corría por sus venas, que formaba palabras iridiscentes detrás de sus párpados.

Sintió sin extrañeza que sus ojos se le escapaban del rostro, que toda ella se volvía ingrávida y transparente y se alzaba en el aire inmóvil.

Flotó en la noche, cubierta de estrellas, rodeada de las siluetas distantes de los montes.

Miró hacia abajo y se vio a sí misma de pie sobre la plataforma.

Vio los cuerpos tendidos de sus compañeros, y el anillo de túmulos hendido por el camino de acceso al recinto.

El anillo de túmulos…

Los enterramientos que rodeaban el monumento funerario formaban una circunferencia incompleta, como una luna menguante que aún intentara extender sus dedos para cerrarse.

«Acariciada por los dedos de la luna».

Sonrió. Sabía dónde les esperaba la herencia de Tartessos.

«Bendita seas, Madre de la Tierra y de la Noche».

Tras un súbito instante de oscuridad, se encontró de nuevo dentro de su cuerpo, sintiendo la fría piedra bajo sus pies. Saltó al suelo y sacudió a su

padre y a Gerión, quienes se despertaron sobresaltados.

—¡Anglea, pero si aún es de noche! ¿Ocurre algo?

—Ocurre que tenemos trabajo; la noche me ha desvelado uno de sus secretos.

Anglea tomó sus jabalinas y se encaminó por la senda hacia la entrada del recinto sintiendo que el corazón le desbordaba el pecho. Una vez allí, mientras los hombres se reunían con ella apresuradamente con expresiones interrogadoras, midió con sus pasos la distancia que separaba los dos túmulos más próximos a ambos lados del camino y se situó en el punto intermedio. Una luz incierta comenzaba a atemperar la noche por el levante.

—Aquí es —dijo, retirándose del rostro un mechón de pelo que sujetó con la cinta de la honda, y comenzó a excavar.

Una vez hubieron retirado el primer palmo de tierra seca y compacta, pronto fue evidente que el terreno era distinto del que habían encontrado en los anteriores intentos, con piedras más pequeñas y heterogéneas, y que podían progresar con más rapidez. Lo hicieron con un brío y una impaciencia crecientes mientras el cielo se transparentaba en grises y rosados y la oscuridad se retiraba entre los túmulos, hasta que una acometida de la jabalina de Gerión fue respondida por un amortiguado rechinar metálico.

—¡Por Luc! —exclamó el joven ólcade, mirando a Anglea con los ojos abiertos de par en par por el asombro—, ¡tenías razón, aquí está!

Se apresuraron a despejar el lugar señalado por la jabalina y poco a poco se desveló lo que parecía ser una tapadera de bronce sorprendentemente bien conservada rematada por un pomo circular y, bajo ella, un gran recipiente con asas coronadas por sendas flores de anchos pétalos metálicos.

—Es un caldero fenicio —señaló Argantio, dirigiendo a su hija una sonrisa colmada de alivio y gratitud—, creo que te corresponde el honor de ver lo que contiene.

Anglea se acuclilló en el borde del hoyo y, tomando la tapadera con ambas manos, la retiró no sin esfuerzo y la dejó caer a un lado. Se inclinó hacia delante para ver el interior del caldero y dio un respingo.

—¡Astarté! ¡Volvemos a encontrarnos, como dijiste!

Con la misma reverencia con que alzaba las ofrendas ante el *betilo* de la diosa en su santuario de Hélike, extrajo una estatuilla esculpida en un único bloque de alabastro de una blancura sin mácula, limpia y brillante a pesar del largo tiempo que a todas luces había estado allí enterrada. Representaba a Astarté sentada entre dos esfinges tocadas con tiaras, sosteniendo entre los brazos un recipiente de libaciones. La cabeza de la diosa, cubierta por un velo

que le caía por la espalda, estaba perforada por un conducto que terminaba en sendos orificios abiertos en sus pechos; y en su rostro dos grandes ojos parecían observar con curiosidad a los intrusos.

—«A los pies de la diosa que todo lo ve» —murmuró Argantio con una voz ahogada de emoción, dejándose caer de rodillas junto a su hija para admirar de cerca la maravillosa pieza—. Creo que el caldero nos reserva más sorpresas.

Gerión comprobó de inmediato que en efecto así era. Sin pronunciar una palabra, contagiado del sentimiento de los oretanos, una tras otra sacó a la luz una colección de piezas de bronce de una belleza y una perfección técnica que nunca antes había visto. Un pebetero rematado por una figura de toro tumbado. Un león alado con rostro de mujer y un extraño gorro cónico. Un jarro con el asa rematada por tres cabezas de serpiente. Una estatuilla de un estilizado ciervo; otra de un anciano con larga barba y ojos rasgados. Placas pectorales, bocados de caballo, anillos, fíbulas, delicados perfumeros de piedra traslúcida. Pero ni un atisbo del oro que necesitaban.

—Tiene que haber más —dijo Argantio leyéndole el pensamiento—; tanto en la plancha de plomo como en el mensaje del ritual tu antepasado insistió en que lo que dejaron atrás los fugitivos nos sería de utilidad. Y aunque estas piezas representen para nosotros, herederos de Tartessos, algo de un valor incalculable, no creo que se refiriera a ellas. Saquemos ese caldero y sigamos buscando.

El caldero resultó ser muy pesado y fue necesario el esfuerzo de los tres para desenterrarlo y alzarlo hasta el exterior. Reanudaron la excavación hundiendo las jabalinas tentativamente por todas partes y muy pronto un nuevo timbre de metal señaló la posición de un segundo hallazgo, contiguo al primero. Gerión retiró con su cuchillo la tierra que lo cubría y lanzó una exclamación de júbilo al comprobar que se trataba de otro caldero, al menos tan grande como el anterior. Trató de moverlo tirando del asa que había dejado al descubierto, pero el recipiente se mantuvo con obstinación en el lugar que había ocupado durante siglos.

—Por todos los dioses —señaló jadeante—, si el otro era pesado este lo es aún más.

—Es una buena señal —respondió Argantio dando al guerrero una palmada impaciente en la espalda—, pero vamos, no nos hagas esperar más, despeja la tapadera y veamos qué contiene.

Gerión lo hizo con lentitud, saboreando el silencio expectante que se había suspendido sobre ellos, hasta que, conteniendo el aliento, alzó el disco

de bronce. La luz oblicua del sol grande y violeta que se había elevado sobre las sierras de levante inundó el vientre del recipiente encendiendo una miríada de destellos dorados. A su espalda, Anglea gritó algo en íbero que no comprendió.

El caldero estaba lleno de objetos de oro.

Aturdido, Gerión hundió en él las manos y extrajo un puñado de brazaletes y torques, todos ellos decorados con innumerables esferas y rosetas dispuestas en hileras, grabadas con tan asombrosa minuciosidad que pensó que no podían ser obra de un orfebre humano. Temblando de excitación, se volvió y tendió las manos hacia Anglea, ofreciéndole las joyas.

—Para una princesa de Tartessos —dijo sin saber por qué, y se sorprendió al ver a Anglea sonrojarse por primera vez.

—Digno ornamento sin duda hasta para la mismísima Astarté, lástima que esté destinado a manos menos delicadas que las de mi hija —señaló Argantio con una sonrisa resplandeciente, inclinándose él mismo sobre el caldero, del que sacó nuevos objetos que apiló cuidadosamente en el borde del hoyo: una docena de quemaperfumes con largos fustes estriados en espiral, collares y placas de cinturón, y una cantidad extraordinaria de lingotes con forma de piel de buey, trabajados con la misma filigrana de esferas y rosetas que decoraba los torques y los brazaletes.

Al verlos, Gerión enmudeció. Tomó uno de manos de Argantio y lo comparó con el colgante que siempre llevaba al cuello, el mismo que de algún modo había dado comienzo a aquella aventura hacía casi una luna atrás. El suyo era mucho más pequeño y liviano, pero su diseño se asemejaba de modo asombroso a los del tesoro de los exiliados de Tartessos.

Argantio rio al ver la expresión de sorpresa del ólcade y movió la cabeza de un lado a otro, con la boca entreabierta, incrédulo y feliz.

—¡Ahí lo tienes, Gerión, las joyas perdidas vuelven a reunirse! ¡Apuesto a que tu colgante y estas maravillas salieron del taller del mismo orfebre!

—Pero ¿por qué siempre la misma forma? —preguntó Gerión—, ¿qué significado tiene?

—Simboliza la apariencia de una piel de buey cuando se tensa sobre un bastidor para secarla al sol después del curtido —respondió Argantio—. No olvides que Tartessos tuvo en el ganado su primera fuente de riqueza y, por tanto, de poder. Antes de que los hombres de poniente llegaran en sus barcos a enseñar a nuestro pueblo los secretos de la metalurgia, las grandes familias de Tartessos basaron su prosperidad en el comercio de carne y pieles. Con el tiempo, el lingote de piel de buey llegó a convertirse en un símbolo de la

majestad del reino, pero solo los descendientes de aquellas familias estaban autorizados a lucirlo. Tú…, tú eres uno de ellos.

—Un descendiente un tanto singular —dijo Gerión con fingida humildad —; me temo que habría dado una imagen más bien pobre en las ceremonias de aquel tiempo de maravillas. Creo que me conformaré con seguir siendo un ignorante guerrero ólcade.

—Naturalmente que no te conformarás con eso —intervino Anglea con un tono de voz bienhumorado pero que no admitía réplica—; por si no lo recuerdas, quedamos en que te enseñaría a leer y escribir. Verás como acabamos haciendo de ti todo un celtíbero civilizado.

—No estoy seguro de querer —replicó Gerión divertido—; desde que me topé con la civilización, es decir, con tu padre, mis probabilidades de llegar vivo a la vejez no han dejado de disminuir día a día.

—¡Pues por las barbas de Melqart que hoy va a ser una excepción! —señaló Argantio con voz triunfante, mientras sopesaba con sus manos algunas de las piezas—, ¡yo diría que aquí hay no menos de siete u ocho talentos de oro, más que suficiente para completar el pago a los hombres de Tilego! Y aún quedará para darle un festín al ejército cuando todo haya pasado. Creo que a aquella pobre gente no se le habría ocurrido mejor forma de emplear su legado: servirá para derrotar a sus enemigos, aunque hayan tenido que pasar centurias para que se presentase la oportunidad. ¡Con tal de que Hélike resista el tiempo suficiente!

—Resistirá, padre —dijo Anglea sin atisbo de duda, abrazándolo—, me lo dice el corazón. Pero aún tenemos que llevar esto hasta allí, burlar el sitio cartaginés y llegar hasta Tilego. Y nuestra gente tendrá que hacer su parte. Estoy impaciente por ponerme en marcha.

—No pensaréis que podemos cargar con todo esto —objetó Gerión—: uno solo de esos calderos agotaría a cualquiera de nuestros caballos en medio día de marcha. Tan solo el oro ya me parece demasiado pesado.

—Tienes razón —convino Argantio acariciándose la barba—; por mucho que lo lamente, me temo que tendremos que llevarnos el oro y dejar aquí todo lo demás, oculto donde lo hemos encontrado. Por fortuna no parece que nadie frecuente este lugar; tendremos que confiar en que los dioses lo mantengan a salvo hasta que podamos volver a recuperarlo, cuando todo haya pasado. Además, hemos hallado dos calderos, pero podría haber más; este lugar puede depararnos aún muchas sorpresas.

—Pues no nos demoremos más —zanjó Anglea, en quien el recuerdo de Hélike había despertado una súbita impaciencia—, hagamos lo que sea

preciso y pongámonos en marcha cuanto antes; el camino del sur es largo y cada hora que perdamos puede ser preciosa.

—¿El camino del sur? —se extrañó Gerión—, ¿no debíamos reunirnos con el ejército en el cruce de caminos, hacia poniente?

—Eso supondría desandar buena parte del camino —señaló Anglea con expresión dubitativa—; perderíamos mucho tiempo y cualquier esperanza de poder llegar hasta Tilego de forma inadvertida para Amílcar. Creo que deberíamos continuar sin demora hacia Hélike.

—¡Pero es necesario que Meronio sepa que hemos tenido éxito! —insistió Gerión—, ¡que podremos contar con los celtíberos de Tilego en la batalla! ¿En qué lugar quedaría nuestro honor si no nos uniésemos al ejército a tiempo?

—Anglea tiene razón —dijo Argantio—, el oro tiene que ser llevado hasta Tilego de inmediato y sin llamar la atención. Cuando el ejército llegue a Hélike, se encontrará con los cartagineses en formación de combate dándole la bienvenida con una lluvia de flechas, y no creo que nadie pueda entonces cruzar las líneas para llevar el pago a los celtíberos del lusón. Además, hay que dar el aviso a nuestros hermanos de la ciudad para que salgan con el resto del oro. Me temo que os queda la parte más difícil de la misión.

—¿Cómo que «os queda»? —se sorprendió Anglea—, ¿es que tú no piensas venir?

Argantio tomó las manos de su hija entre las suyas y la miró largamente, como dirimiendo un duelo interior, antes de contestar. Desde que salieron de Cirmo, había estado temiendo este momento.

—Nada me gustaría más, hija mía, pero no puedo. También Gerión tiene razón, es necesario llevar las noticias al ejército ólcade. ¿Recuerdas cuando fui con Gerión a explicarle a Meronio que no todo lo que le había contado era cierto, que el apoyo de Tilego dependía de una extraña promesa contenida en mensajes de los muertos? Sus palabras se me grabaron en la piel como si fueran de aceite hirviendo. «Cuando llegue el final, no pediré de ti oro, Argantio —me dijo—, sino honor. Compartiré orgullosamente contigo el viaje a la morada de los dioses si hemos muerto valerosamente en el combate, hayáis podido traer o no esos talentos de metal».

Anglea conocía a su padre lo suficiente como para comprender la magnitud de la deuda de honor que había contraído con el jefe de Cirmo.

—¿Cuál fue tu respuesta? —preguntó con suavidad.

Ambos se sorprendieron cuando fue Gerión quien contestó, con la mirada perdida en aquel momento también indeleble para él.

—«Ese día combatiré a tu lado, Meronio de Cirmo, lo juro por todos los dioses de tu pueblo y del mío. Y si los dos debemos morir entonces, también yo estaré orgulloso de ir en tu compañía a la morada de tus dioses, o a la de los míos». Fueron unas hermosas palabras, Argantio. Me hicieron sentir orgulloso de ti.

Durante largos segundos, Argantio mantuvo fija en el joven ólcade una mirada indescifrable y remota. Después alzó la mirada a la bóveda del cielo. En aquel lugar de muertos un velo parecía atenuar el brillo del sol radiante. Además, el aire parecía haberse hecho de pronto más denso y ahogado.

—Esta tarde habrá tormenta —dijo al fin—. Cubramos todo esto antes de que este lugar se convierta en un lodazal.

Desde hacía una hora llovía copiosamente sobre la tierra sedienta, arrancando de ella perfumes subterráneos. A pesar de haber seguido senderos protegidos por el denso pinar, evitando la Vía Heraclea, estaba completamente empapado, incapaz su ligero manto de verano de protegerlo de la tormenta. En otras circunstancias habría disfrutado compartiendo el alivio del monte tras tantos días de estío, y más aún sabiendo que en breve se reuniría con Meronio y el resto del ejército ólcade y se desprendería de esa sombra de deshonor que tanto le había adumbrado el ánimo en los últimos días, pero no podía librarse del peso que se le había instalado en el pecho al separarse de su hija y de Gerión. Sabía bien que las cosas no podían ser de otro modo, y que su compañía en nada hubiera aumentado las posibilidades de éxito de los jóvenes, ágiles y sutiles como él ya no lo podía ser, pero conocía también, dolorosamente, el riesgo que corrían, y debió recurrir a todas sus reservas de fortaleza para mantener al margen la fatiga de esos largos meses con la supervivencia de su pueblo pendiendo de un hilo.

Sonrió, sin embargo, una vez más, como tantas otras a lo largo de aquella tarde pizarrosa y líquida, al pensar en ellos, en Anglea y Gerión, y en el tremor que era imposible no percibir entre ellos. Habían partido hacia el sur agudamente conscientes de que por primera vez pasarían días y noches ellos dos solos, y en ambos había una expectación como si el viaje les deparara aventuras mayores que la de romper el asedio de Hélike. Le maravilló la capacidad de esa dulce edad al comienzo de la juventud en que son más reales y urgentes las emociones del corazón que los más ásperos peligros del mundo. También él había sido así, por supuesto, cuando era un muchacho y toda la dignidad que le confería ser hijo primogénito del rey de Hélike parecía poca cosa comparada con el afán de conseguir el amor de Casindes. «Te me

resististe como una ciudad orgullosa e inaccesible, mi Casindes —le dijo al rumor amortiguado del agua en los pinos—. Si supieras cuánto te echo de menos desde que te fuiste». Sacudió la cabeza de un lado a otro como si de ese modo cerrara el paso a la melancolía. «Me habría gustado que conocieras al chico, seguro que también a ti…».

No los oyó llegar.

Brotaron de ambos lados del camino como si hubieran nacido, jinetes grises y brillantes, de la cortina de agua. Antes de que un instantáneo impulso de alerta le hubiera permitido sacar su espada de la vaina, estaba rodeado por entero y media docena de jabalinas le apuntaban al pecho. Una voz seca y desabrida rasgó el rumor algodonoso de la lluvia.

—¡Alto, si te mueves te mato! ¡Dinos quién eres y de dónde vienes!

Argantio alzó las manos mostrando las palmas desnudas a sus asaltantes, sintiendo una cautelosa esperanza: el hombre le había hablado en fenicio, pero con un fuerte acento, posiblemente celtíbero. De su indumentaria nada se podía colegir, pues estaba cubierto, como los demás, por un manto pardo cuya capucha apenas si dejaba ver una nariz y una barba rala del color de la paja vieja. Pero ni él ni los demás usaban estribos ni silla de montar, al estilo ólcade.

—No me moveré —contestó en celtíbero—; soy un oretano de Hélike.

—¿Un oretano de Hélike que habla nuestra lengua? —se interrogó el hombre con un timbre de desconfiada ironía, acercando la jabalina hasta que el metal rozó el cuello de Argantio—, tenía entendido que en estos días nadie sale de Hélike sin el permiso de Amílcar. ¿Y qué podría buscar por estos caminos, en mitad de la tormenta, un amigo de Amílcar?

Un relámpago encendió por un momento el aire turbio de la tarde y un trueno rodó severo por los montes como si advirtiera a Argantio de que una demora en la respuesta podría costarle la vida. Supo que no tenía más remedio que confiar en que esos hombres fueran una avanzadilla de la tropa ólcade.

—Voy en busca del ejército de los ólcades; me llamo Argantio y soy amigo de Meronio de Cirmo y de Buntalos de Arecorata; ellos me esperan.

—¡Vaya, vaya! —se sorprendió el encapuchado—, nobles amistades tienes, viajero. Lástima que ellos no me hayan advertido de tu visita.

Argantio percibió con alivio un cambio de inflexión en la voz del hombre y una atenuación de la presión de la punta de hierro contra su cuello, y al punto comprendió el motivo de la desconfianza del celtíbero.

—¿Tal vez esperabas encontrar cuatro jinetes y no uno solo?

—Tal vez —respondió el encapuchado, aún con cautela—, ¿qué ha sido de los otros?

—Mi compatriota Lortas murió en un encuentro con una patrulla cartaginesa no lejos de aquí, y los jóvenes… —Argantio eligió las palabras cuidadosamente, evitando ser demasiado preciso hasta estar seguro de la identidad de su interlocutor—, los jóvenes llevan a su destino lo que fuimos a buscar.

—¿Una patrulla cartaginesa cerca de aquí? —tanto el celtíbero que actuaba de portavoz como sus compañeros habían acentuado de inmediato su actitud de alerta—, ¿cuándo ocurrió?

—Hace dos noches.

—¿Sabes qué camino tomaron después?

—El del infierno. Asaltamos por sorpresa su campamento y ninguno sobrevivió; si quieres comprobarlo, puedo indicarte el lugar donde están sus cuerpos, pero nos demoraría unas cuantas horas. Y si quieres encontrarlo tú solo, no tienes más que esperar a que pase la tormenta y dejarte guiar por los buitres; han estado sobrevolando el lugar durante toda la mañana.

El hombre asintió pensativamente y apartó el venablo de Argantio, al tiempo que se echaba la capucha hacia atrás, descubriendo un rostro afilado de ojos hundidos y barba rala por el que de inmediato empezaron a rodar gotas de lluvia.

—Te llevaremos ante Buntalos y él resolverá. En todo caso, creo que dices la verdad —admitió esbozando por vez primera un gesto amistoso—; en efecto, hemos visto los buitres; ¿de modo que tú eres el famoso Argantio?

—Lo soy.

—Pues bonito jaleo el que has organizado, hacía mucho tiempo que los ólcades no se reunían para la guerra como en esta ocasión. Yo soy Rietalos, conocido por muchos como «Hijo de Cernunnos», y se me ha encargado que limpie el terreno de centinelas y espías púnicos antes de que tengan ocasión de avisar a Amílcar de la llegada del ejército. Tal y como has supuesto, el mensajero que llevó ayer novedades al monte Luc trajo el aviso de que acaso encontráramos hacia levante a cuatro de los nuestros: dos hombres y una muchacha de Hélike y un guerrero ólcade de Cirmo. Pero ni sé lo que fuisteis a buscar ni cuál era su destino.

—Es mejor que ciertas noticias no recorran los caminos —respondió Argantio encogiéndose de hombros—, mas sin duda Buntalos estará impaciente por escuchar lo que tengo que decirle.

Rietalos ponderó durante un momento las palabras del oretano y asintió de nuevo. Cuando habló, lo hizo con el tono de voz de quien ha tomado una decisión y no admitirá réplica.

—Bien, así sea, ya hemos perdido demasiado tiempo y tenemos que continuar con nuestra misión. Iulintas, Taravices, vosotros conduciréis a este hombre hasta Buntalos, haceos cargo de sus armas hasta que el jefe autorice que se le devuelvan. Lo siento, íbero —añadió volviéndose hacia Argantio—, pero tengo que tomar precauciones. Espero que nos veamos de nuevo.

Sin esperar respuesta, Rietalos clavó los talones en los ijares de su caballo y se alejó, seguido por tres de sus hombres, por el camino que había traído a Argantio hasta allí. Como si con él marchara la tormenta, la lluvia perdió de súbito intensidad y una luz dorada inundó el bosque desde el oeste, encendiendo de brillos la miríada de gotas de agua que vibraban en las acículas de los pinos.

Argantio entregó la pesada falcata, el puñal y la jabalina a uno de los dos jinetes y se puso en marcha tras él, seguido a su vez por el segundo. Durante largo rato cabalgaron en silencio, sin apartarse del sendero que serpeaba por las laderas de las colinas, mientras el sol caía ante sus ojos en un cielo de azul sin mácula, bruñido y transparente tras el aguacero.

Poco antes del ocaso, desde un altozano pedregoso salpicado de viejas sabinas, avistaron la pista que descendía desde el norte cruzando rectilínea la llanura. A poco menos de media legua de donde se encontraban, un nutrido grupo de jinetes, ondeando estandartes de colores y enseñas metálicas, avanzaba por ella, seguido de una densa columna de guerreros a pie y a caballo que se perdía en la distancia, brumosa por la respiración de la tierra húmeda al calor de la tarde. Argantio sintió cómo se le aceleraba el corazón en el pecho y despegó los labios en una ancha sonrisa. Pensó en Hélike, en el pequeño Argonio, en tantos hombres y mujeres que habían visto partir a su rey cuando el enemigo se acercaba a la ciudad. «Volveré con un ejercito celtíbero conmigo», le había asegurado a la asamblea de guerreros antes de ponerse en marcha, tras una áspera reunión en la que debió recurrir a toda su autoridad y poder de persuasión para convencerlos de que con sus solas fuerzas la ciudad no sería capaz de derrotar a Amílcar. Muchas veces durante las semanas que siguieron había puesto en duda su buen juicio, preguntándose si en verdad sería capaz de acudir con el auxilio prometido y temiendo por encima de todo que la suerte de Hélike se dirimiera antes de su regreso. Jamás se perdonaría si los dioses y su propia osadía le apartaban de su pueblo en el momento decisivo.

Pero ahora, viendo aquella hueste de hombres del norte adentrándose en la Oretania, audaces e iracundos, marchando a una guerra que solo por temeridad habían hecho suya, sintió que acaso su ciudad terminara ganándole la apuesta al hombre más poderoso que había hollado jamás el suelo turbulento de Ispania. La voz de Meronio volvió a sonar en su interior. «La moneda ya está echada y caerá según dispongan los dioses; ya solo cabe preparar las armas y el coraje. Cuando la moneda está girando en el aire a un hombre solo se pide que esté a la altura de su honor». Él lo estaría. Hélike lo estaría.

Descendieron al galope al encuentro de la vanguardia de la columna y Argantio no tardó en reconocer la mole imponente de Buntalos al frente de ella, rodeado de una impresionante parafernalia guerrera. Comenzó a reconocer las oriflamas de los clanes ólcades; para su sorpresa, incluso el jabalí de Belgeda se desplegaba junto a los demás.

Cuando solo les separaban un centenar de pasos, Buntalos ordenó parar la marcha y aguardó expectante a los recién llegados, mientras Meronio y Abarien se acercaban desde atrás y se situaban a su lado. Cuando Argantio detuvo su caballo y se acercó a pie al general de los ólcades, vio que en el rostro de este había una expresión jocunda y socarrona.

—¿De modo que has vuelto, íbero? Ya sabía yo que no ibas a querer perderte la diversión que tú mismo nos has preparado.

—Mas no vuelves con la compañía con la que partiste —señaló Meronio sin ocultar su inquietud—. ¿Qué noticias traes? ¿Llegasteis a Iaspis?

Argantio comprendió que Meronio nada había dicho de la búsqueda del legado de los exiliados tartesios. Buscó una respuesta que, aunque ambigua, no le obligara de nuevo a faltar a la verdad.

—Tuvimos un encuentro con una patrulla cartaginesa y Lortas… —Argantio buscó la mirada de Abarien antes de concluir la frase— murió con honor en el combate. Que los dioses lo acojan en su altura. Gerión y Anglea han partido hacia Hélike, para poner a la ciudad y a Tilego sobre aviso de la llegada del ejército de los ólcades. Y en cuanto a Iaspis, no enviará a sus guerreros contra el Bárquida. Pero traigo un testimonio de buena voluntad.

Argantio introdujo una mano bajo su manto, extrajo uno de los torques de oro que habían dormido durante siglos enterrados en la necrópolis y se lo entregó a Buntalos, quien lo recibió con un silbido de admiración.

—¡Vaya, vaya, íbero, espléndida pieza, ignoraba que esos edetanos de Iaspis tuvieran orfebres tan excelentes!

Argantio miró a Meronio con aire contrito, como si se excusara ante este por no sacar a Buntalos de su error, e hizo un gesto de asentimiento, dando a entender al jefe de Cirmo que el oro se dirigía hacia su destino.

Meronio devolvió la mirada y el gesto a Argantio, con expresión imperturbable.

—Uno no deja nunca de llevarse sorpresas contigo —añadió Buntalos con una sonrisa, sumando el torques a la colección que lucía alrededor del cuello —, y algo me dice que aún nos tienes alguna reservada. Pero me alegra verte de nuevo, íbero.

Gerión sentía que la tormenta no podía haber sido más oportuna. Las nubes bajas que se arrastraban despacio por la llanura, aferrándose con largos dedos grises a los oteros y los pinares, habían hecho menos conspicua su marcha hacia el sur a plena luz del día, protegiéndolos del riesgo creciente de ser avistados por las patrullas de Amílcar. Además, había recibido con auténtico placer el agua tibia sobre su rostro y su cuerpo cubiertos de polvo y sudor, de cortes y rasguños, de sangre seca. Y secretamente agradecía que durante largo tiempo el aguacero hubiera reducido la conversación a un cruce intermitente de comentarios intrascendentes, dándole tiempo para acostumbrarse al hecho de encontrarse a solas con Anglea. En la extraña sensación de intimidad que le producía la cortina de agua cayendo a su alrededor había dejado a un lado los intensos acontecimientos de las últimas horas para tratar de recuperar todos los detalles de la guardia de tres noches atrás, cuando Anglea y él se regalaron palabras dulces y la proximidad de sus cuerpos, creando entre ellos un nuevo vínculo que aún esperaba a ser explorado. Trajo a la memoria una y otra vez la voz cálida y somnolienta de ella y el beso fugaz que dejara en sus labios, intentando así convencerse de su realidad, librándolo del velo onírico, imaginario, con que había quedado impreso en su recuerdo.

—¿Ves esos montes? —preguntó de pronto Anglea, arrancándolo de su ensimismamiento.

Gerión siguió la dirección que indicaba el dedo extendido de ella y comprobó que se refería a la serranía que había dominado el horizonte meridional desde que el día anterior llegaran a la necrópolis. Entonces no era sino una sombra violácea en la distancia, una silueta meciéndose en el aire caliente que se alzaba del suelo horneado por el sol. Pero ahora, cuando tras la marcha de las nubes se ofrecía de nuevo a la vista, en la atmósfera limpia y transparente de la tarde recién llovida, parecía haberse aproximado de pronto,

mágicamente, y en su masa imponente se distinguían bosques y breñas, riscos y alturas desnudas.

—Pues detrás de ellos —prosiguió la muchacha, sin apartar del frente los ojos entornados—, en un valle que mira al levante, está Hélike. Nueve o diez leguas a lo sumo, y estaremos en casa.

—Aún tendremos que ocuparnos de Amílcar antes de que puedas disfrutar de ella.

—Claro —contestó Anglea, mordiéndose el labio inferior en un gesto absorto y soñador—, pero me gusta imaginar que todo allí ha vuelto a la normalidad y es un atardecer de verano como tantos otros. Que los hombres encaminan los rebaños a los apriscos de las parameras, o vuelven a la granja con las alforjas llenas de cerezas y un par de perdices colgadas del cuello de la acémila. Que los artesanos aprovechan la fresca de la tarde para trabajar en los patios y las mujeres sacan pellejos de agua del aljibe o saludan desde el dintel. —La muchacha se giró y miró a Gerión—. Estoy impaciente por enseñarte mi ciudad… o lo que haya quedado de ella.

—Yo también lo estoy. Tu padre dice que es mucho más grande y próspera que Arecorata y Ercavica, de modo que seguro que me impresionará. No se puede decir que haya visto mucho mundo.

—¿Y qué crees que he hecho yo? —contestó ella riendo—, ¿navegar por el mar de levante? He ido a Kástulo tres o cuatro veces y en una ocasión, de niña, me llevaron a Edeta cuando la hermana pequeña de mi madre se casó con un ganadero de allí que había mantenido tratos con mi padre. Sé leer y escribir y un puñado de viejos ritos y leyendas porque mi padre se empeñó en que sus hijos conociéramos la sabiduría de Tartessos. «Un contrato no es un contrato si no queda escrito —nos decía siempre con voz grave, o— una ley no es una ley si no está escrita». Pero te puedo asegurar que muchos de mis amigos viven felices ajenos a los secretos de las letras. Estoy seguro de que todos te encontrarán fascinante. Mi pueblo siente una especie de ambigua atracción por vosotros, los celtíberos. Como si fuerais más jóvenes, más… intactos. Más primitivos pero al mismo tiempo herederos de una enigmática cultura del norte. Menos refinados pero más libres. Más violentos pero también más audaces. Sois como los míticos viejos tiempos. Les encantarás.

Gerión prefirió tomarse aquello como un cumplido. Pero algo había llamado su atención.

—¿Tus amigos? —dijo, tratando de parecer casual—; nunca me has hablado de ellos.

—¿Ah, no? —contestó Anglea con un timbre de divertida astucia—. ¿Y qué quieres que te cuente? Una cuadrilla de chicos para salir de caza y una de chicas para tejer cestos y contar chismorreos. La verdad es que últimamente prefiero a los primeros, porque las chicas no hablan de otra cosa que de bodas y embarazos.

—¿Es que a ti no te interesan las bodas y los embarazos?

Anglea enarcó las cejas y se encogió de hombros.

—No tengo prisa. Pero sobre todo el que no parece tenerla es mi padre, que se supone que es quien debe convenir mi matrimonio. Creo que tiene miedo de que mi hermano Argonio se quede demasiado solo.

Gerión se sorprendió de la intensidad del alivio que le produjeron las palabras de Anglea. En los últimos días no había dejado de preocuparle la posibilidad de que la muchacha tuviera algún tipo de compromiso en casa, y que la inclinación que le mostraba desapareciera tan pronto como estuvieran a la vista de las murallas de Hélike. Pero no se le había ocurrido pensar que la decisión tuviera que ser tomada por Argantio.

—¿Tu padre? No creía que entre los íberos los matrimonios se concertaran de ese modo.

—Pues ya ves —suspiró Anglea con fastidio—, aunque estoy segura de que mi padre nunca tomaría esa decisión sin mi consentimiento…

Anglea se quedó mirando al horizonte con aire abstraído, como si anduviera dándole vueltas a alguna idea. Finalmente, cambió de tono y de tema.

—Creo que será mejor que busquemos algún sitio resguardado para descansar un rato y reanudar la marcha cuando haya oscurecido. Amílcar sería un completo inepto si no hubiera puestos de vigilancia en aquellos montes.

—De acuerdo —convino Gerión—, no nos vendrá mal. Si crees que no tendrás problemas luego para encontrar el camino…

—Ninguno, he pasado más tiempo cazando por esos pedregales que en mi propia casa. Conozco senderos que los cartagineses ni imaginan que existen. Pasaremos sin problemas si podemos evitar que estos animalitos lancen algún relincho inoportuno.

Gerión comprendió la alusión al modo en que *Turmo* había desencadenado el ataque contra el campamento púnico dos noches atrás, en el otero, y acarició el cuello del animal, recordando aquel mediodía en que había acudido al encuentro de Argantio y de él mismo con las cabezas de cuatro

oretanos colgando del cuello. *Turmo* resopló agradeciendo la muestra de afecto.

—Mira —sugirió, señalando un tupido bosquete de chopos y sauces a un tiro de arco de donde se encontraban—, aquel parece un buen sitio. Con un poco de suerte incluso podremos abrevar a los caballos.

Cuando llegaron hasta él comprobaron que, en efecto, los árboles circundaban una escueta laguna, ensartada de eneas. Un enjambre de libélulas enhebraban sobre ella su misteriosa danza de movimientos súbitos y pausas ingrávidas, punteando el aire de destellos metálicos, azules y verdes. La sensación de paz y distancia era tan intensa que convertía en una extravagancia la idea de la guerra.

—Vaya, vaya, qué espléndido lugar —aprobó Anglea, desmontando de un salto—. Tienes suerte de viajar conmigo, Gerión; como habrás visto, Astarté nunca se olvida de su servidora. Incluso puede que…

La muchacha interrumpió la frase, se acercó a la orilla y escrutó la superficie del agua, tersa como un espejo hasta que *Caliza*, seguida al punto por *Turmo* y el caballo de Lortas, comenzaron a beber con avidez.

—La lluvia ha estado muy bien, pero me muero por darme un baño.

Sin dejar de mirar oblicuamente a Gerión, con lentitud coqueta y deliberada, Anglea se desanudó las sandalias y las hondas de la frente, se quitó uno a uno los brazaletes de los brazos y los collares del cuello y se desabrochó el pesado cinturón de placas de bronce, dejándolo caer al suelo con indolencia.

Gerión inspiró profundamente, preguntándose hasta dónde pretendía llegar la muchacha. Observó, conteniendo el aliento, la hermosa cabellera negra, los brazos y las piernas desnudos, adivinó con trémula precisión el cuerpo tibio bajo la túnica y sintió cómo el deseo comenzaba a palpitarle en el vientre. Se quedó quieto, a la espera, mientras ella se adentraba con pasos cautos en el estanque y el agua se apropiaba sin prisa de sus pantorrillas, sus rodillas, sus muslos; la vio zambullirse y salir de nuevo a la superficie con el pelo brillante y la tela mojada perfilándole el cuerpo, serena y luminosa como si en ese mismo instante hubiera sido creada por los dioses.

Se dejó inundar por el deseo, dejó que este encendiera todos los horizontes de su cuerpo; extendió los brazos con las palmas de las manos vueltas al frente, expresando de ese modo su voluntad de recorrer el camino que se abría ante ellos, ofreciéndose a ella de un modo incondicional e irreversible.

Caminó a su encuentro con un remolino de imágenes bailándole en las pupilas: ella apareciendo a la luz de las antorchas en la calle central de Cirmo y desvaneciéndose después durante la ceremonia funeraria, ella bajo el resplandor espectral de la luna en los túmulos, el dolor de ella desgranando una letanía antigua y rota junto al cadáver de Lortas, su figura sigilosa dirigiendo al grupo por los senderos nocturnos de los montes. Un jinete púnico cayendo del caballo y tres siluetas caminando hacia los ólcades en la madrugada, la voz de Argantio henchida de gozo al pronunciar el nombre de su hija…

Anglea.

La besó en los labios cuando llegó junto a ella y dejó que el sabor dulce y líquido de su lengua se le expandiera en el pecho, la abrazó como si quisiera hacerla traspasar el límite polvoriento y sudoroso de su piel, se prometió que nunca se separaría de ella al ver por primera vez el deseo bailando también en sus ojos profundos. Le quitó la túnica con lentitud, con la atenta cautela de quien tiene en sus manos algo tan hermoso como frágil, acarició sus senos erguidos y anhelantes, la piel dulce de sus nalgas, el vello hilvanado de gotas de agua de su pubis.

Se desnudó a su vez, y, mientras se tendía en la orilla del estanque, abrazado a ella, supo que iniciaba un nuevo ritual de agua y fuego, de enigmas y hallazgos.

Aceptó temblando de impaciencia la lentitud ardiente e inquisitiva de sus dedos, la sabiduría ancestral de sus labios, el incendio de su piel; alumbró un gemido desde alguna hondura desconocida de su pecho cuando ella tomó su carne violenta y le invitó a seguirla al espacio terrestre y perfumado de su vientre, extinguiéndole la memoria de la guerra, del metal, de la sangre, haciendo desaparecer en un estallido de luz el mundo que hasta entonces había sido el suyo…

Había oscurecido cuando se pusieron de nuevo en marcha, pero un tenue fulgor señalaba al sur el lugar por donde no tardaría en salir la luna. Anglea contuvo el deseo de buscar con su mano la de Gerión y se conformó con saberle a su lado, cabalgando en silencio, dejando como ella que poco a poco se le reposara en el alma el estallido de pasión y hallazgos que habían vivido juntos aquella tarde. Por un momento tuvo la certeza de que el bosque y la laguna se disolverían para siempre en la noche tan pronto como ellos se perdieran de vista, como si se tratara de un escenario mágico e imposible que ya había cumplido su misión. «Tal vez no lo creas, Gerión —dijo para sí—,

pero desde que te vi aquel amanecer en el campamento púnico, al lado de mi padre, supe que algo así debía ocurrir entre nosotros. Aunque no podía imaginar que fuese como ha sido, que nada en este mundo pudiese hacerme sentir lo que he sentido».

Lamentó no disponer de mejores circunstancias para poder explorar con calma la avalancha de pensamientos y sensaciones que no dejaban de saltarle al paso. ¿Cuál sería la actitud de Gerión ahora? ¿Se habría sacudido ya de encima, definitivamente, esa especie de sentimiento de inferioridad que a todas luces lo incomodaba desde que se conocieron, como si se sintiera ignorante y rústico ante la desenvoltura de los oretanos? Sin embargo, esa combinación de timidez y bravura, de humildad y aplomo, era sin duda una de las razones por las que se había sentido atraída hacia él. ¿Y qué pensaría su padre? Era evidente que sentía un gran afecto hacia Gerión, y parecía mostrarse complacido por la creciente complicidad entre ellos, pero de eso a admitir que su hija mayor, princesa de Hélike y sacerdotisa de Astarté, madre más que hermana del pequeño Argonio, se convirtiera en esposa de un pastor de una remota aldea celtíbera, por muy descendiente de Tartessos que este fuera, mediaba un trecho inmenso. Y además estaba Astarté. No era, que ella supiera, una ley escrita en ningún sitio, pero la costumbre prescribía que la sacerdotisa principal de la diosa no compartiera la atención debida a esta con la de una familia. Aunque nada parecía indicar que Ella reprobara su conducta, sino más bien, visto el apoyo que no dejaba de brindarles, todo lo contrario.

Se encogió de hombros, confiando que el tiempo fuera desenredando lo que ahora parecía una intrincada madeja de posibilidades. Al menos podía contar con una certeza: aquella tarde, con una naturalidad y ausencia de temor que a ella misma le sorprendieron, se había entregado a Gerión y ahora ardía en amor y pasión por él. El tacto de sus manos, de sus labios, sus roncos sonidos apenas comprendidos, su presencia rítmica y palpitante dentro de ella, el pavoroso estremecimiento que la había hecho doblarse como un junco; todo eso había cerrado una etapa de su vida y abierto otra nueva que estaba decidida a recorrer a cualquier precio.

Pero ahora tenía que apartar todas esas ideas de su cabeza y prestar atención al camino y a la respiración de la noche. Suspiró y repasó mentalmente sus planes. Deberían seguir el mismo camino que recorriera en sentido inverso con Lortas y Abarien tras salir de Hélike, aunque en esta ocasión no podría contar con el solaz de unas horas de descanso en la cabaña de Albendi y Birébil como entonces. Durante lo que restaba de la noche

atravesarían los interminables pinares de la llanura y al alba estarían ya adentrándose en la espesura de la sierra. Desde luego, cabía la posibilidad de que Amílcar hubiera estrechado aún más el cerco y hubiese ocupado los pasos y las alturas de los montes al norte de Hélike, pero no parecía probable: si el Bárquida esperaba que la ciudad pudiera recibir ayuda, protegería las principales carreteras de acceso, y no un sinfín de angostos senderos de cazadores y pastores que un ejército se demoraría días enteros en transitar. Los vigías cartagineses centrarían su atención en las vías que llegaban desde Edeta, en el levante, y desde Contrebia Cárbica, en septentrión. Por esta última bajaría el ejército de los ólcades, pero si eran guerreros tan experimentados como parecían, ya se encargarían de despejarse el camino. Así que ellos se arriesgarían a continuar cabalgando tras el amanecer, y si no sufrían contratiempos, podrían alcanzar al mediodía el río encajonado entre desfiladeros, a tan solo cuatro leguas de Hélike. Allí podrían descansar unas horas y esperar a que cayera la noche para vadear la corriente; tanto a ellos como a los caballos les vendría bien reponer fuerzas antes de acometer el último trayecto, que los llevaría a avistar las murallas de la ciudad probablemente antes del alba. A partir de entonces estarían…

—Anglea.

La voz de Gerión sonó tan queda y amortiguada que Anglea se preguntó si había sonado directamente en el interior de su cabeza.

—Sí, Gerión, dime.

—Se nos acerca la hora del destino, Anglea. El segundo amanecer que hemos de ver nos llevará ante los ejércitos de Amílcar. Allí estarán esperándonos todos esos guerreros cuyos nombres provocan espanto: los jinetes númidas, los arqueros libios, los hombres de Cartago, cubiertos de metal. Y esos animales, los elefantes, que solo cuando vea creeré que en verdad existen. Deberemos luchar contra ellos y acaso los dioses nos den la espalda y alguno de los dos muera. Quiero que sepas que, si me toca a mí, agradeceré a Epona que no viniera a buscarme dos días antes.

Anglea sonrió, buscó con su mano la de Gerión y quedó absorta apretándola, como si tratara de descifrar el clamor de los grillos. La luna flotaba ya cenicienta sobre el horizonte.

CAPÍTULO XXII

DOS centenares de miradas impacientes observaron cómo la masa oscura de la nube comenzaba a morder el perfil plateado de la luna y un suspiro de alivio se destiló de la masa de hombres apiñados junto a la muralla. Habrían debido intentarlo de todos modos, pero la oscuridad les proporcionaba una oportunidad y, sobre todo, la sensación de que los dioses seguían estando de su lado. «Siempre que no llueva —pensó Andíbil— o que no lo haga demasiado pronto». Por fortuna no había truenos ni relámpagos que anunciaran una tormenta como la de dos días atrás. Contempló a sus guerreros mientras el fulgor fantasmal que se derramaba sobre ellos se extinguía poco a poco: eran los mejores, los más enteros después de más de un mes de combates incesantes, y cada uno de ellos se había ofrecido sin titubeos para aquella misión desesperada. Sintió que el pecho le hervía de orgullo.

Revisó mecánicamente su armamento y se aseguró de que el pellejo que le colgaba del cinto estuviera bien cerrado. No debía derramarse ni una sola gota de su contenido: pocas cosas eran tan valiosas para los sitiados como esas últimas cántaras de aceite que habían preservado hasta el final. Todo estaba en orden y era el momento. «Vamos», dijo, y ascendió por una escalera de madera apoyada sobre el montón de escombro que a duras penas tapaba uno de los segmentos desmoronados de la muralla. Al llegar arriba se volvió y comprobó que Virtas subía tras él, con la urna firmemente amarrada a la espalda. A derecha e izquierda, a una treintena de pasos, sendas siluetas se recortaban ya contra el telón del cielo, al que aún se aferraba, casi imperceptible, una reverberación perlada.

Descendió con cautela por el lado exterior, se adelantó unos pasos y escrutó la noche en dirección al campo cartaginés, dando tiempo a sus compañeros para reunirse con él, del mismo modo que los grupos de Elíbil y Biurtites se congregaban, hombre a hombre, a poca distancia. Trató de no prestar atención al ruido inevitable que producían las tres hileras de guerreros salvando la muralla, pero no pudo. Una piedra rodando, un tintineo metálico, la voz áspera de un hombre mascullando al perder pie. Conteniendo el aliento, esperando escuchar en cualquier momento un grito de alarma de las patrullas púnicas, buscó en la oscuridad hasta entrever, allá abajo, alzándose sobre las copas de las higueras, el contorno de la máquina infernal, de aquel ingenio

inmenso que durante casi tres días había desmontado poco a poco la poderosa muralla, orgullo de Hélike. Solo tendrían esa oportunidad, la que les daba una perezosa nube pasajera. Si fallaban, el fin podría llegar en cualquier momento: ya eran demasiado escasos y estaban demasiado fatigados los brazos para levantar de nuevo las piedras derribadas por aquellos proyectiles grandes como ovejas, y defender al tiempo los parapetos maltrechos. Aunque sabía bien que si tenían éxito no ganarían más que un puñado de horas adicionales.

Comprobó que la mayor parte de sus guerreros estaban ya a la espera, dispuestos en pequeños grupos a lo largo de un frente que se unía por ambos extremos con los de los contingentes vecinos, y echó a andar con paso vivo, esquivando los obstáculos que habían quedado como sedimento de la batalla interminable, o que ellos mismos habían alzado para dificultar la aproximación de las torres de guerra.

De pronto, un grito en una lengua desconocida; una voz aguda, histérica, rasgó el aire denso e inmóvil.

Los habían descubierto.

Rompió a correr, descolgando el escudo de la espalda y extrayendo la falcata de su funda de cuero, descartando ya cualquier sigilo. Un tropel de pasos le hizo eco, amortiguando un nuevo grito, y luego ya una algarabía de alarma en las líneas púnicas.

Oyó el silbido de la primera flecha cuando no menos de un centenar de pasos le separaba aún de la catapulta, bien visible ya su esqueleto negro trazando ángulos contra el cielo nocturno atemperado por un atisbo de claridad. Acaso la luna se desvelaba ya, o el alba estaba más próxima de lo que había estimado. Alzó el escudo para protegerse de los dardos que comenzaban a caer con profusión. Un hombre dejó escapar a su izquierda un gemido estrangulado y un clamor de metales y voces surgió a su derecha, dando cuenta de la llegada de los centinelas cartagineses; muy pronto el enemigo sería una marea que los exterminaría sin esfuerzo. «Vamos, vamos, un poco más cerca», se dijo, y repitió las palabras una y otra vez sin dejar de correr, como si tuvieran el poder de afilarle la atención, de inyectarle aire en el pecho y sangre en las piernas.

Un enemigo, un libio a juzgar por el gorro cónico, surgió de las sombras tras de él y lanzó una jabalina invisible que fue a hundirse en el costado de Virtas, quien trastabilló y cayó de bruces en el suelo.

Andíbil volvió sobre sus pasos, derribó con un solo tajo de su falcata al libio, que no se había percatado de su presencia, y corrió junto a Virtas, cuyo

cuerpo inmóvil estaba rodeado por carbones encendidos caídos entre la hierba, iridiscentes como hinchadas luciérnagas rojas.

—El fuego, el fuego —murmuró frenético al llegar junto a su compañero.

Virtas no le contestó. Estaba muerto. Algunas de las ascuas que había contenido la urna de barro que aún tenía firmemente amarrada a la espalda levantaban ya pequeñas columnas de humo de su ropa y su pelo. Andíbil midió con una mirada urgente la distancia que aún le separaba de la catapulta. Debía bastar, un minuto después sería tal vez demasiado tarde: voces de mando se alzaban desde el campo púnico, organizando a su gente, y un nutrido grupo se acercaba a la carrera. Llegando desde atrás, varios guerreros íberos le rebasaron y se desplegaron para hacer frente a los cartagineses, quedando junto a él tan solo un pastor cuyo nombre no conocía, pero que había demostrado un vigor excepcional en los combates.

—Vamos —le dijo Andíbil—, enciende el fuego y ocúpate de las teas y las faláricas.

El hombre asintió, se acuclilló junto a los carbones y, extrayendo de la túnica un puñado de musgo seco, lo extendió sobre uno de ellos. Utilizando como abanico la hoja del hacha que llevaba en la mano, avivó el ascua hasta que una llama se abrió paso, chisporroteando, entre la yesca.

Mientras, Andíbil desató de su cinto el pellejo de aceite, tomó aliento y, girando en semicírculo su torso, lo lanzó hacia delante con todas sus fuerzas. El odre trazó un dilatado arco, pasando sobre los combates que se trababan ya a lo ancho del campo, y se estrelló contra una de las gigantescas ruedas del bastidor de la catapulta, reventando y dispersando el aceite a su alrededor. Un instante después, desde una posición algo más adelantada que la suya, a su derecha, otro odre surgió entre las higueras, cruzó el aire e impactó en el bastidor principal del ingenio púnico.

Andíbil no los vio caer: dos cartagineses habían rebasado la línea de defensa de sus compañeros y corrían hacia él. Tomó la falcata del suelo, adelantó el brazo izquierdo para protegerse con el escudo y cargó contra el primer adversario.

—Aguanta, jefe Andíbil, en seguida estaré a tu lado —oyó decir a su espalda, con una serenidad pasmosa, al pastor, quien lanzaba ya una primera falárica encendida. El proyectil destelló como una estrella fugaz.

Un instante antes del choque con el cartaginés, la falárica se clavó en la madera empapada de aceite y una llamarada se alzó de la catapulta, encendiendo la noche con un rugido, y Andíbil pudo ver con toda nitidez el casco de bronce de su adversario, el escudo blanco con el caballo rampante de

Cartago, la túnica azul, las grebas brillantes, el rostro oscuro, barbado e inescrutable, la espada hambrienta. Andíbil detuvo el primer golpe con su falcata y descargó toda su rabia en un aullido jubiloso y feroz.

Como en respuesta, desde una distancia inesperadamente próxima, el barrito de un elefante hizo temblar el suelo bajo sus pies.

Hélike. La ciudad refulgía a la luz de la luna, callada y quieta, ajena a los hombres y sus guerras. ¿Acaso había terminado el sitio? Tal vez Amílcar hubiera partido en busca de otra presa menos obstinada, o acaso la resistencia había sido doblegada y los cartagineses eran ya dueños de los altos muros. Se volvió para interrogar a Anglea, pero esta le indicó, llevándose un dedo a los labios, que guardara silencio. La muchacha señaló después hacia delante y Gerión vio, cruzando un claro del bosque, a un grupo de guerreros. «Una patrulla púnica», pensó, aunque por el atuendo y las largas cabelleras bien podía tratarse de hombres del norte, como él mismo. Cayó en la cuenta de que debían ser guerreros de Tilego cuando ya desaparecían de nuevo entre los árboles. Un momento después, una gran nube ocultó la luna, y la ciudad y el bosque se fundieron en la oscuridad.

—No te separes de mí —susurró Anglea, y echó a andar hacia la muralla por un sendero que solo ella podía ver. Caminaba despacio y con cautela, acusando el peso de los lingotes en las alforjas cruzadas en el pecho y la espalda. Gerión la siguió, tan atento a no extraviarse y a evitar que la carga lo delatara con algún sonido metálico que casi tropezó con ella cuando, avanzando en cuclillas bajo la copa de un gran árbol, Anglea se detuvo de pronto y golpeó con los nudillos en lo que por el sonido parecía un portillo de madera en la muralla. Al punto se oyó un chirrido y Gerión imaginó que alguien había abierto una mirilla desde el interior.

—¿Quién va? —interrogó en íbero una voz gutural.

—Soy Anglea, hija de Orissón. Abre rápido, acabamos de ver pasar a una patrulla enemiga.

Un momento después se hallaban en el interior de la ciudad frente a un guerrero que comenzó a hablar a borbotones, presa de una incontenible agitación.

—¡Anglea, por las barbas de Melqart, ¿en verdad eres tú?! ¡Bendita sea Astarté, ya te dábamos por muerta! ¿Y quién es ese que te acompaña? Con esta oscuridad podría ser el mismísimo Amílcar…

—Sigues siendo el mismo charlatán de siempre, Ordennas, pero no imaginas lo feliz que me hace verte, eso significa que Hélike aún resiste. ¿Por

qué está todo tan oscuro, es que no queda una antorcha en toda la ciudad?

—Se las han llevado todas —respondió el hombre—, hasta la última. Esa maldita máquina nos está haciendo papilla y Andíbil ha decidido…

Un resplandor dorado iluminó el cielo desde el sur, haciendo visible fugazmente el perfil de la ciudad arremolinada en el cerro.

—¡Fuego, fuego! —gritó Ordennas—, ¡nuestros muchachos han entrado en acción! Que conste que yo también quise ir pero no me dejaron, y todo por esta herida que un libio mal nacido me hizo en el combate de la muralla; pero él también se llevó lo suyo, vaya si…

Gerión a duras penas podía seguir el atropellado monólogo del oretano y comenzó a impacientarse. Como en respuesta, un extraño sonido hizo callar a Ordennas. ¿Qué era aquello? Parecía el toque de alarma de un cuerno de guerra, pero más agudo y vibrante, más iracundo. O un mugido. «¿Pero qué animal…?».

—Esos hijos del infierno ya están en pie, parece que se está organizando una batalla en toda regla.

Gerión comprendió.

Un elefante. «Eso» era un elefante.

Un estremecimiento lo recorrió de los pies a la cabeza.

—Entonces hay que darse prisa —dijo Anglea con un timbre de irritación en la voz. Era evidente que Ordennas, un tabernero con fama de gárrulo en la ciudad, era la persona menos indicada para dar y recibir noticias—. Es urgente que nos reunamos con Andíbil o con quien haya quedado al mando.

—Pues lo mejor será ir a la puerta de poniente; Enneges está allí con toda su gente preparado para lo que pueda pasar, nunca se sabe lo que hará el Bárquida cuando vea a los nuestros dando lumbre a sus artefactos del demonio. Yo os acompañaré.

—De ningún modo —le contradijo de forma terminante Anglea—, tú tienes que seguir vigilando la puerta; Enneges te haría picadillo si abandonaras tu puesto. Dime tan solo una cosa… —añadió, haciendo caso omiso de las protestas de Ordennas y suavizando súbitamente la voz hasta hacer perceptible en ella un temblor de inquietud—, ¿sabes cómo está mi hermano Argonio?

El hombre sonrió antes de responder.

—Está más o menos bien, que yo sepa. Muerto de hambre, como todos, pero por ahí anda con los demás niños, echando una mano…

Anglea cerró los ojos y musitó unas palabras. Con el rostro alumbrado de alivio y gratitud, interrumpió con un gesto la perorata de Ordennas y, urgida

por los barritos de los elefantes que llegaban cada vez con mayor frecuencia desde más allá de la ciudad, echó a andar a un paso tan vivo como le permitía el peso de los lingotes de oro que llevaba.

La luna se encendió de nuevo tras el paso de la nube y Gerión pudo ver que caminaban por una calle encajada entre la muralla y un frente de fachadas encaladas, muchas de dos pisos. A ambos lados se veían huellas de los derrumbamientos producidos por la caída de proyectiles, pero las defensas de la ciudad parecían mantenerse en buen estado.

—No parece que esté tan mal, ¿verdad? —comentó Anglea como si le hubiera leído el pensamiento—, pero espera a ver el otro lado, el de la puerta de levante. Es el punto más vulnerable de Hélike: una suave pendiente conduce hasta ella desde la hoya, donde Amílcar ha desplegado su campamento. Por aquí no ha habido más que hostigamientos esporádicos… O al menos no los hubo hasta que me fui. Mira, ahí está la puerta de poniente.

Gerión vio, en efecto, dos torreones cuadrados que enmarcaban, en un ángulo de la muralla, un alto portalón trancado con maderos. Junto a la entrada de la torre más próxima a ellos, un grupo de hombres conversaba con la vista alzada a los resplandores que palpitaban en el cielo, hasta que el ruido de los pasos les hizo desviar su atención. Uno de ellos, un individuo alto con una cabellera encanecida cayéndole sobre los hombros, escudriñó con creciente incredulidad la figura de Anglea, hasta que la propia muchacha le sacó de dudas.

—¡Tío Enneges, menuda bienvenida, cualquiera diría que has visto un fantasma!

—¡Anglea! —gritó el hombre y, corriendo hasta ella, la abrazó, la tomó de los hombros y la miró de hito en hito como si no terminara de dar crédito a lo que le mostraba la luz de la luna—. ¡Anglea, mi niña, pero si has vuelto! ¿Qué ha ocurrido, dónde están los demás…? —Enneges se interrumpió por un momento y reparó en Gerión, quien se llevó la mano al pecho sintiéndose fuera de lugar—. ¿Y quién es este?

—Vaya modales, tío. «Este» es Gerión, de los ólcades de Cirmo, y Hélike tiene más que agradecerle de lo que imaginas. Para empezar, salvó la vida de mi padre…

—¡Bendito sea Hadad, así que Orissón también está vivo! —interrumpió el íbero, volviéndose después hacia Gerión con una breve inclinación de cabeza—. Es un honor conocerte, Gerión, sé bienvenido a Hélike, aunque por desgracia verás que nuestra hospitalidad no tiene el esplendor de antaño. Yo soy, como ya has oído, Enneges, orgulloso tío de esta jovencita.

—Sí, está vivo… —prosiguió Anglea, haciendo una pausa para saborear por anticipado el efecto que las noticias que traía tendría en su tío y en los hombres que se arremolinaban ya expectantes a su alrededor—, y viene hacia aquí con el ejército de celtíberos que prometió: millares de los mejores guerreros que puedas imaginar. Llegarán en cuestión de horas.

Un silencio denso e incrédulo se adueñó del momento, para estallar después en una algarabía de júbilo.

—Y eso no es todo —continuó Anglea, radiante, dando unas palmadas a las alforjas de cuero que llevaba cruzadas en bandolera—, también el anciano Alorcus estará contento: traemos el oro que faltaba para pagar a Tilego. Si conseguimos llegar hasta ellos a tiempo y mantienen su palabra, los celtíberos de Amílcar lucharán a nuestro lado.

El entusiasmo subió de tono con aullidos y vítores que hicieron salir en tropel a los guerreros que descansaban en el interior de la torre. Numerosas mujeres y niños comenzaron a asomarse a las puertas de las casas con el sobresalto impreso en sus rostros. Las noticias corrieron de boca en boca, trocando el temor en regocijo.

—Pues no hay un momento que perder —dijo al fin Enneges, elevando la voz para hacerse oír sobre la turbamulta—. Andíbil ha hecho una salida con buena parte de los hombres que nos quedan para intentar destruir las catapultas de los cartagineses, y parece que la lucha es intensa.

Guardó silencio e hizo gestos para que también los demás callaran, tratando de adivinar el curso del combate por los sonidos que, amortiguados, llegaban desde el otro lado de la ciudad. Sobre el rumor del fuego, de los gritos y de los enervantes berridos de los animales, todos escucharon el galope de un caballo que se acercaba a ellos por la calle de ronda. Momentos después, un jinete detenía su montura en el espacio abierto por el corro de guerreros y, tras mirar a su alrededor con extrañeza, habló con voz apremiante.

—Enneges, me manda Lagandi. Los nuestros han incendiado la gran catapulta, pero están retrocediendo hacia la muralla con grandes pérdidas. Amílcar ha movilizado muchas tropas y parece que se disponen a intentar el asalto a la ciudad en cualquier momento. Debes disponer en los parapetos a todos los hombres que tengas. Y rápido.

El emisario clavó los talones en los ijares de su montura para partir de nuevo, pero la voz de Enneges le hizo contener el brío del caballo.

—¡Baspedas! ¡Dile a Lagandi que así lo haremos! ¡Y también que Orissón se acerca con un ejército ólcade, y que ha venido Anglea con el oro

para Tilego! ¡Alorcus debe enviarnos cuanto antes los talentos de la ciudad para completar el pago!

El jinete reparó en la presencia de la muchacha y su rostro se distendió en una ancha pero efímera sonrisa.

—¡Anglea! ¿Es cierto eso? —preguntó Baspedas, asombrado.

—Lo es, Baspedas, en unas horas Hélike dejará de plantarle cara sola al Bárquida.

—¿Unas horas, dices? —contestó el jinete—. Los dioses te oigan, pero todo puede haber acabado para entonces. Lagandi tendrá vuestro mensaje de inmediato.

Y se alejó, los cascos del caballo tamborileando en las piedras del pavimento.

El templo estaba sumido en una penumbra olorosa y espesa en la que todos los objetos se mostraban con perfiles difuminados, confusos. Tan solo su padre, ataviado con una túnica púrpura y un alto capirote cónico del mismo color, aparecía nítido. Parecía dotado de algún poder divino, porque todo cuanto tocaba surgía de la bruma y se hacía al punto exacto, real. Primero fue el *timiaterio*, en el que arrojó un puñado de mirra, produciendo una humareda de lentas volutas hinchadas de perfume. Después el cuchillo ritual y el cuerpo del buey, extendido con cuatro sogas sobre el altar. Su padre pronunció palabras que él no comprendió, absorto como estaba en la nube de humo, iluminada de pronto por una secuencia de imágenes sucediéndose en su interior. Allí estaba el caudillo de los mercenarios, Mato, quien tanto dolor le había causado a su pueblo. El traidor helaba la sangre con sus aullidos de angustia, mientras dos de los númidas de Naravas le arrancaban largas tiras de piel a la luz temblorosa de las antorchas. Después aparecieron las calles de Cartago engalanadas para el triunfo, con las fachadas de los templos y de las casas surcadas de guirnaldas ondeando en la brisa de la tarde, y una multitud alborozada cubriendo de vítores y pétalos de rosa a su padre, sonriendo sobre su caballo blanco, y a él mismo, tan solo un niño, cabalgando a su lado. Y sin solución de continuidad, la ciudad amada se extinguió y allí estaban las galeras romanas arribando al puerto de Sarcapus, iniciando el expolio de Sardinia, violando los tratados y anunciando que la lucha entre las dos ciudades sería a muerte, hasta que una de ellas, Roma o Cartago, eliminara a la otra de la piel cansada de la tierra. Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas cuando el cuchillo abrió un profundo tajo en el cuello del buey y un chorro de sangre brotó de él. Su padre lo llamó y él caminó sin apartar la

mirada de los ojos lechosos y espantados del animal. Su padre hizo un cuenco con las manos, lo llenó de sangre y se la extendió por los brazos y el rostro. Ahora sí entendió sus palabras.

—¿Cuál es tu juramento, Aníbal, hijo primogénito?

—Juro vengar a Cartago, padre, ser enemigo de Roma mientras Melqart y Baal Hammón me conserven la vida.

A su lado, los pequeños Asdrúbal y Magón comenzaron a gritar. No había advertido antes su presencia, pero allí estaban, mirándolo como si no lo reconocieran con ese aspecto, empapado de sangre tibia y viscosa, y gritando, gritando…

Gritos. Despertó empapado en sudor, como siempre que tenía ese sueño terrible. Se puso de inmediato en alerta al comprobar que los gritos no se habían marchado con el sueño.

De pronto la lona de la tienda transparentó un resplandor dorado en el exterior. Fuego.

Se puso en pie de un salto al tiempo que Maharcón irrumpía en la estancia con una antorcha encendida y la alarma latiendo en el rostro.

—¡Señor, los íberos están atacando el campamento y han incendiado el *petrobolon*! ¡Hay combates por todas partes!

Con la ayuda de su criado, Aníbal se calzó y ajustó el armamento en un abrir y cerrar de ojos, tomó el yelmo y salió a la carrera de su alcoba, justo a tiempo para dar alcance a su padre, quien lo recibió con un seco movimiento de cabeza. A la luz de las teas, la faz de Amílcar tenía un aspecto céreo y demacrado que inquietó al joven.

—¿Te encuentras bien, padre?

—Te lo diré cuando sepa lo que está pasando —contestó Amílcar con aspereza mientras apartaba la pesada cortina de cuero y salía al exterior, recibiendo el saludo marcial de los dos guardias apostados a ambos lados de la puerta.

Contemplaron la escena desde el altozano como si fuera una de las maquetas de las escuelas de instrucción militar de Cartago y Gádir. Al norte, en las suaves rampas que conducían desde la hoya hasta la puerta de la ciudad, el inmenso *petrobolon* construido por Bitón de Siracusa ardía en altas llamaradas violentas. «Como la pira funeraria que Alejandro erigió para Hefestión en Babilonia», se dijo Aníbal, fascinado por la salvaje belleza de la imagen. A la luz cambiante del fuego se veían grupos de hombres combatiendo entre los huertos, cercados y rodales de almendros e higueras que se extendían a los pies del cerro de Hélike. Los gritos y el fragor de los

metales llegaban hasta ellos con una nitidez extraordinaria, rebotando en los paredones de piedra gris que circundaban el lugar. El barritar de un elefante enfurecido turbó el aire como el bramido de dolor de un dios herido. Aníbal vislumbró a lo lejos la colosal mole del animal, rodeado de pequeñas siluetas de guerreros que parecían hostigarlo con puntos de luz.

A los pies de donde se encontraban, extendido de un lado a otro del valle, el campamento era presa de una frenética actividad: por todas partes, urgidos por las voces de mando, los hombres corrían a los puntos de reunión de sus unidades, en una febril confusión iluminada por un sinnúmero de antorchas en movimiento. En la bóveda del cielo una palidez rosada empezaba a extenderse desde el este, amortiguando la luz de la luna y apagando las estrellas una a una.

Aníbal notó que se le secaba la boca y aceleraba el pulso, como siempre que sentía próximo el combate.

A su lado, su padre había paseado lentamente la mirada por el campo sin pronunciar palabra, con un brillo de ira creciendo poco a poco en los ojos entornados. Cuando habló, su voz sonó como una madera seca al quebrarse.

—Estos bárbaros han colmado mi paciencia. ¡No esperaremos más! Terminaremos con ellos esta misma noche, a cualquier precio. Desmontaré esa maldita ciudad hasta la última piedra y los que no tengan la suerte de morir en combate adornarán las encrucijadas atados a una cruz. Toda Ispania sabrá cuál es el destino de quienes se oponen a la voluntad de Amílcar. Mañana el nombre de Hélike será solo un recuerdo. Una advertencia. ¡Gimialcón!

Aníbal se estremeció. El amor y la admiración que sentía por su padre no le impedían detestar ese apetito cruel que en ocasiones se adueñaba de él. Él no sentía odio por sus enemigos, sino más bien la generosa indulgencia con la que imaginaba que los luchadores griegos saltaban a la arena en Olimpia. Para él la guerra estaba más próxima al deporte que a la venganza.

Gimialcón, el capitán del retén de comunicaciones del alto mando, se llegó hasta ellos y saludó a Amílcar golpeándose el pecho con el puño derecho. Dos hombres con grandes *cornu* de bronce se colocaron unos pasos detrás de él.

—Te escucho, general.

—Transmite mis órdenes: movilización total.

Gimialcón hizo un gesto a los heraldos y estos, tocando al unísono, arrancaron del metal de sus instrumentos un toque largo y grave seguido de otro más breve.

—Los cuerpos de guardia y la caballería númida atacarán de inmediato a los asaltantes —continuó Amílcar con la mirada anclada en el *petrobolon*. Las llamas se reflejaban en sus pupilas como si brotaran de su interior—. Ordena exterminio. Ni uno solo debe regresar vivo a la ciudad.

Una secuencia de tonos graves y agudos vibró en la transparencia del alba.

—Envía un jinete a Belitas: la infantería libia e itálica atacará la puerta de levante y la muralla sur. No importan las bajas. Yo mismo mataré a quien regrese sin haber entrado en la ciudad. Berébal y su gente llevarán todas las escalas disponibles y barrerán los parapetos con las balistas, y Tilego lanzará a los suyos contra la muralla de poniente. Hazle llegar estas palabras: «Si tus hombres son los primeros en entrar en Hélike, Amílcar olvidará tu insolencia y sabrá ser generoso». Vamos, date prisa.

Mientras Gimialcón corría a cumplir sus órdenes, el Bárquida montó en su caballo, alzó la cabeza y cerró los ojos con una suerte de fatigada indolencia. En todo su derredor los collados comenzaban a hacerse visibles, como colosales túmulos emergiendo de las entrañas de una vasta oscuridad escarlata.

—El día llega preñado de sangre —dijo, mirando por fin a su hijo—, y Baal Hammón está impaciente porque empecemos a derramarla.

Aníbal devolvió la mirada a su padre y se sintió traspasado por los ojos remotos, helados. Una pregunta brotó en su cabeza, alumbrada tal vez por aquel amanecer sobrenatural. «¿Qué eres en realidad, padre? ¿Un gran hombre o un loco? ¿Un dios o un demonio?». Tragó saliva, espantado, y trató de apartar la idea, pero no pudo. En un destello de lucidez supo qué era esa asfixia que por primera vez se le había instalado en el pecho.

Era miedo.

Miedo no al combate, ni a la muerte. Miedo a los abismos que se abren de pronto en el alma de los hombres.

Galoparon por la suave pendiente de la colina hacia la explanada donde la *merarchia* cartaginesa completaba la formación, urgida por la estruendosa voz de Bostar. Las largas picas iban y venían con el paroxismo que se abate sobre el hormiguero cuando alguien levanta la piedra que lo protege.

—¡Utilizad las teas que os queden! ¡La bestia le tiene miedo al fuego!

En la confusión del combate, con el estruendo de los cuernos cartagineses resonando por todo el valle, solo el pastor pareció escucharle. Con el mismo laconismo resuelto y eficaz que había exhibido desde que, tras la muerte de

Virtas, llegara junto a Andíbil, el hombre puso una falárica humeante en la mano de este, blandió él mismo una antorcha y corrió hacia el elefante dando brincos y alaridos para llamar su atención.

El animal reparó en él de inmediato y se alzó sobre los cuartos traseros con tanta brusquedad que arrojó al suelo al arquero sirio que llevaba sobre el lomo, en un baldaquín amarrado con sogas. Sentado a horcajadas en el cuello, el *mahout* debió aferrarse a las grandes orejas para evitar salir también él despedido, y a pesar del fragor que se había adueñado ya por completo del campo de batalla, Andíbil pudo escuchar con nitidez las extrañas palabras que el hombrecillo oscuro gritaba para calmar a la bestia.

Durante un instante, Andíbil se quedó paralizado por la imagen del animal erguido delante del pastor, como si bailara alguna extraña danza inspirada por el fuego. Después arrojó con toda su fuerza la falárica y vio cómo iba a hundirse en aquel torso inmenso, extendiendo sobre él la brea ardiente.

El elefante lanzó un rugido estremecedor y se dejó caer sobre las patas delanteras, aplastando al pastor con rabiosa deliberación. Comenzó después a correr en círculo, ignorando la voz cada vez más frenética del *mahout*, tronchando árboles y poniendo en desbandada a cuantos guerreros de uno u otro bando se cruzaban en su camino. Finalmente, atraído tal vez por el barritar de los otros elefantes que se acercaban, echó a trotar bramando de dolor hacia el campamento púnico, sembrando la confusión entre las unidades de caballería númida que avanzaban hacia los guerreros íberos.

Andíbil apartó la idea de que el pastor había muerto sin llegar a decirle su nombre y murmuró una plegaria de gratitud a Hadad por el curso que había tomado el combate. La espantada del elefante les había proporcionado un tiempo precioso para reorganizarse y emprender la retirada hacia la ciudad. La luz del amanecer hacía ya visible la lluvia de ceniza que extendía por todas partes la gran pira del *petrobolon*. Habían cumplido con su misión.

—¡A la ciudad, heliketas, a la ciudad!

Se apresuró de un lado a otro tratando de hacerse oír, y poco a poco sus guerreros comenzaron a retroceder, manteniendo con cierto orden una tenue línea asediada por la avanzadilla y los proyectiles púnicos. De un vistazo estimó que una tercera parte de sus hombres habían caído, muertos o heridos, en el campo.

—¡Aguantad, aguantad, un centenar de pasos más y nuestros arqueros nos echarán una mano desde la muralla!

Un súbito coro de aullidos llamó su atención. Un nutrido grupo de soldados samnitas —túnicas blancas, *faleras* plateadas, yelmos rematados por

altas plumas verticales— había escapado a la ira del elefante protegido por un cercado de piedra y cargaba ahora tras un frente de escudos redondos erizado de largas picas. Andíbil corrió para sumarse al puñado de oretanos que se disponía a hacer frente a la acometida, animándose entre sí con gritos e invocaciones.

Aguantaron a duras penas el primer golpe, astillando las picas con el poderoso filo de sus falcatas o desviándolas con las adargas. Llevado por el impulso de su carrera, utilizando el escudo apoyado en el hombro izquierdo como ariete, Andíbil se lanzó con todo su peso sobre el frente enemigo, deshaciendo la línea al caer sobre dos soldados samnitas que rodaron con él por el suelo. En la turbia luz del alba, el obstáculo imprevisto provocó empellones y nuevas caídas entre los mercenarios de Cartago.

Viendo a su jefe rodeado de enemigos, los oretanos cargaron en su auxilio, tratando de compensar su menor número con una furia demente que sumió en la mayor confusión al contingente samnita.

Tal vez no eran conscientes de la magnitud de la maquinaria militar que se había puesto en marcha para destruirlos, o creían que sus dioses los hacían invulnerables. O tal vez no hacían sino dejarse llevar por la ardiente ebriedad del honor y de la muerte, por esa música salvaje y embustera que en el campo de batalla se adueña del corazón de los hombres.

Desde las murallas, los defensores de la ciudad contemplaron consternados cómo las unidades púnicas, recompuestas tras la efímera devastación provocada por el elefante, avanzaban por toda la anchura de la hoya, envolviendo a los samnitas y al puñado de guerreros oretanos con una tenaza al tiempo inexorable e indiferente.

Los primeros proyectiles de las balistas cayeron sobre los parapetos cuando el sol se asomaba con un hilo fulgurante a los montes de levante.

El asalto a Hélike había comenzado.

CAPÍTULO XXIII

EL jinete númida habló desde la grupa del caballo en un dialecto cartaginés sibilante y anguloso que extinguió el rumor de conversaciones en el círculo de tiendas.

—Me envía Gimialcón. Los íberos han hecho una salida y el general ha movilizado a todo el ejército. Ordena que ataques tu sector de muralla con toda tu gente. Esta vez no habrá retirada. Estas son sus palabras: «Si los hombres de Tilego son los primeros en entrar en Hélike, Amílcar olvidará tu insolencia y sabrá ser generoso».

—Tan generoso como un escorpión —murmuró Tilego en celtíbero, despidiendo con un gesto al emisario y volviéndose hacia sus capitanes. El ólcade Bacso, el arévaco Ibolo, el lobetano Gaspamo y el pelendón Kaamarina lo miraron de hito en hito mientras el númida se alejaba al galope dejando tras de sí una densa estela de polvo. Tras ellos, más allá de las tiendas, las unidades del ejército celtíbero al servicio del Bárquida esperaban en una desordenada formación reunida con premura cuando los *cornu* del puesto de mando se oyeron en la distancia.

—¿Y bien? —preguntó Ibolo enarcando las cejas.

—Y bien, ¿qué? —le espetó Tilego con tono agrio—. Ha llegado la hora, eso es todo. Dimos una oportunidad a esos íberos y la han dejado pasar. Soy el primero en lamentarlo. Pero ahora quien nos paga nos ordena atacar y eso es lo que haremos. Bacso, tú atacarás la puerta. La muralla norte es cosa de Kaamarina. Ibolo, tú tratarás de cruzar el barranco de poniente y darás cobertura a los demás con tus arqueros. La gente de Gaspamo se encargará de las escalas y los arietes. Daos prisa, vuestras unidades os esperan; saldremos de inmediato.

Buscó uno tras otro el rostro de sus capitanes para recibir de cada uno de ellos un gesto de asentimiento y suavizó sus facciones al percibir en todos ellos una sólida lealtad. Llevaban ya ocho años juntos y habían sufrido todos los avatares que un guerrero puede imaginar; el peligro y la lejanía de casa habían estrechado sus vínculos hasta convertirlos en una familia áspera y desesperada. Él ya casi no recordaba a la otra, a la mujer y los cuatro niños que había dejado en una granja no lejos de Turiaso. De pronto deseó estar allí, con ellos, en ese lento amanecer de verano, tomando un bocado antes de subir

al cerro a trabajar en la mina, como todos los demás, mientras el centeno se doraba sin prisa en los campos. Hizo una mueca al reparar en los caprichos del corazón de los hombres: echaba de menos la rutina de cosecha y mineral que había terminado por hacérsele insoportable en aquel tiempo, empujándolo a prestar oídos a los reclutadores de guerreros que hablaban del valle del Betis, un sur fabuloso donde las oportunidades para el honor y la riqueza brotaban en abundancia. Como también las cruces en las que Amílcar dejó que el sol ardiente matara poco a poco a sus compañeros. Nunca olvidaría aquella escena: Istolacio e Indortes mirando al cielo sin darse cuenta de que no tenían ya ojos para verlo.

Escupió en el suelo, subió a la grupa del caballo y escrutó la muralla y el perfil de la ciudad trepando por el cerro, distinguió las siluetas de los defensores oretanos tomando posiciones en los parapetos. «Ha llegado la hora, eso es todo», repitió para sí, y se giró para dar la señal de partida a los dos mil quinientos guerreros que la esperaban impacientes.

Se detuvo en seco.

Abriéndose paso a la carrera entre los hombres de Kaamarina, que cerraban el extremo norte del campamento, un grupo de gente accedió al espacio delimitado por las tiendas y los estandartes clavados ante ellas. Al frente reconoció a Teitabas, un turboleta silencioso y cabal que esa noche había estado al mando de las patrullas de vigilancia. En el interior de un círculo formado por guerreros traía a tres prisioneros.

Mientras se acercaban, pudo observarlos. Una muchacha alta y hermosa, con una larga cabellera negra sujeta con un haz de hondas abrazadas a la frente. Un joven guerrero con armamento y atavío celtíberos, ólcade, probablemente. Y un adolescente oretano con aire resuelto y grandes ojos castaños. Frunció el ceño. A ese ya lo había visto antes. Los tres llevaban bolsones de cuero cruzados en bandolera, y no podían ocultar lo pesado de la carga. Tal vez…

—Señor —dijo Teitabas, deteniéndose frente a Tilego—, tenéis que ver esto.

Los tres jóvenes dejaron los zurrones en el suelo, se arrodillaron junto a ellos y, sin decir una palabra, comenzaron a vaciar su contenido. Tilego dio un respingo y suavizó la expresión hasta insinuar una sonrisa. Un rumor nació entre las primeras filas de guerreros y creció a medida que la noticia corría de boca en boca.

En el suelo tapizado de polvo ocre tres montones de lingotes de oro de extrañas formas brillaban claros y radiantes anticipando el sol inminente.

La muchacha se incoporó, se adelantó un paso y alzó una mano en un gesto majestuoso que creó de inmediato un silencio expectante. Habló en celtíbero, con una voz alta y vibrante que pudo ser oída por todos.

—Soy Anglea, hija de Orissón, rey de Hélike. Que Astarté sonría sobre tus pasos, Tilego de los lusones. Te hemos traído lo convenido: ocho talentos de oro. ¿No era esa la cantidad que valíamos para el Bárquida los hombres y mujeres de Hélike? Hemos venido a pagártela y a pedirte que cumplas tu compromiso.

No bien hubo terminado de hablar la muchacha, antes de que Tilego tuviera tiempo de contestar, el guerrero ólcade se situó junto a ella con un orgullo indisimulable bailándole en los ojos brillantes.

—Y yo soy Gerión de Cirmo, del pueblo de los ólcades. Miles de mis hermanos se acercan para acabar con Amílcar antes de que decida llevar la guerra a nuestros montes. Hemos hecho los sacrificios, los dioses han sido convocados para ser testigos de nuestra conducta. ¿Lucharéis junto a nuestro pueblo en este día, Tilego?

El jefe lusón disimuló su sorpresa. ¿Un ejército celtíbero bajando desde el norte para enfrentarse al Bárquida? ¿Sería cierto? Entrecerró los ojos y paseó la mirada por su tropa, y supo con certeza lo que pensaban todos y cada uno de aquellos hombres duros y audaces. Miraban al joven de Cirmo como si tuviera más valor que todo el oro de la Oretania. Aquel guerrero venía de los pinares y roquedales de Celtiberia.

Aquel guerrero venía de casa.

Un murmullo de admiración y reverencia recorrió al ejército. Los primeros rayos del sol, extendiéndose sobre sus cabezas, habían ido a encender la figura que remataba el más alto de los estandartes, el suyo propio. La paloma de Luc, símbolo de Turiaso, refulgía como si estuviera a punto de echarse a volar.

Tilego levantó la espada hasta que su punta se prendió también de luz y la hizo descender después señalando al sur, al camino que conducía al corazón del campamento cartaginés.

—¡Muerte a Amílcar! —aulló.

Le contestó un rugido de voces que estremeció los oteros tapizados de esparto.

Corriendo junto a ella, Gerión envidió el paso liviano y elástico de Anglea y echó de menos una vez más a *Turmo*, atado a un árbol en la espesura de la serrezuela que protegía a Hélike de los vientos del norte. Ardía en deseos de

entrar en combate, pero habría preferido hacerlo desde la grupa del animal. Se consoló pensando en el pobre Chadar, que había sido enviado de vuelta a la ciudad y no podría siquiera tomar parte en el combate. «Un buen muchacho —pensó—, valiente y de pocas palabras». A la propia Anglea se le había indicado que debía quedarse atrás, pero la muchacha se había negado en redondo y Tilego acabó accediendo a que les acompañara siempre que en el momento del combate se protegiera tras los guerreros que llevaban armamento pesado de infantería de línea; el lusón no tenía ningún deseo de buscarse complicaciones poniendo en riesgo la vida de la hija del rey de Hélike. Tanto ella como Gerión habían sido encuadrados en la unidad del ólcade Bacso, bajo el mando directo de un primo de este, también de Ercavica, llamado Bariaso.

Aun yendo en la vanguardia de la columna, el polvo y el sudor que le corría por el rostro le permitían apenas entrever el paraje que atravesaban. A su izquierda, un alcor de piedra gris los mantenía aún en sombras. Según le había explicado Anglea, ese monte marcaba el límite occidental de la hoya de Hélike, acercándose a la ciudad hasta que solo le separaba de ella un barranco que se adentraba después en el valle como una tajadura serpenteante. Ruidos de batalla llegaban hasta ellos urgiéndoles en su carrera. Miró a la muchacha al mismo tiempo que ella le miraba a él y ambos sonrieron. Leyó sus labios y sus ojos verdes más que oír sus palabras: «Que Astarté te proteja en la batalla, Gerión». La exaltación que le oprimía el pecho se hizo más dulce. «Y que Epona te proteja a ti, Anglea», contestó.

No tuvieron ya tiempo para más encomiendas. Rodearon un último promontorio de roca y el valle se abrió ante ellos, como un inmenso estanque de sombras en retirada entre las que se erguía, aún violenta, la llamarada de la catapulta atacada por los hombres de Hélike. El polvo alzado por millares de pies en movimiento formaba un velo que difuminaba los contornos; en su seno las tropas de Cartago avanzaban turbias y fantasmales hacia el cerro en el que se desparramaba la ciudad, encendida por el primer sol de la mañana, apenas guarnecida por una muralla recorrida de boquetes y derrumbes. Por toda la longitud de esta las primeras escalas caían sobre los parapetos, e hileras de hombres, pequeños como insectos en la distancia, ascendían por ellas recibiendo los dardos y cascotes lanzados por los defensores. Proyectiles de todo tipo surcaban el cielo, muchos dejando tras de sí arcos de humo negro entrelazados en una red que se difuminaba poco a poco. Había en el aire un estruendo de tambores y piedra estrellándose contra la piedra y metal y

cuernos gimiendo y gritos de hombres y bestias. Y la presencia invisible pero insoslayable de la muerte.

Gerión abarcó con la mirada, sin dejar de correr, aquel escenario estremecedor, comprendiendo poco a poco el poder de Cartago y la magnitud de la guerra a la que su pueblo había sido convocado. Allí estaban, en un número que su cerebro se resistía a aceptar, los hombres del mar de levante, una miríada de túnicas de colores, escudos brillantes y yelmos de bronce. Y entre ellos, corriendo como gigantescas pesadillas grises, las moles de los elefantes. Tragó saliva. Al fin los había visto. Y ninguno de los relatos oídos al calor del fuego había hecho honor a la desmesura que ahora tenía ante sí.

La voz de Tilego se impuso apenas al estrépito de la batalla.

—¡Rápido, al puente, nos han visto!

Frente a la vanguardia celtíbera, a poco más de un centenar de pasos, el camino salvaba el barranco por un ancho y robusto puente de madera guardado por un destacamento de soldados ataviados con vistosas túnicas azules y profusión de adornos y protecciones metálicas. Los hombres, que habían tenido su atención puesta en el transcurso de la batalla, miraban ahora desconcertados a la columna que se acercaba a la carrera. Uno de ellos, el oficial al mando a juzgar por el penacho de plumas sobre el yelmo, se acercó gritando y haciendo aspavientos.

—¡Pero Tilego! ¿Se puede saber qué hacéis aquí? ¿Es que no has visto que todo el ejército está atacando la ciudad?

Lanzando el caballo al galope, Tilego salvó en un abrir y cerrar de ojos la distancia que le separaba del oficial púnico. Un destello de comprensión dilató las pupilas del hombre un instante antes de que la espada del celtíbero lanzara su cabeza girando perezosamente a la hondura del barranco. El resto de los soldados fueron aniquilados por los jinetes de la avanzadilla celtíbera antes de que ninguno de ellos tuviera ocasión de dar la voz de alarma, y poco después los guerreros a pie cruzaban el puente sin encontrar oposición y se desplegaban en un ancho semicírculo al otro lado, sin dejar de avanzar.

Gerión se encontró, al lado de Anglea, en primera línea. Frente a él había un campo de higueras retorcidas dispersas entre anchos bancales de labrantío que descendían hasta el borde del barranco; en su extremo, un denso contingente de soldados enemigos formaba un semicírculo alrededor de tres jinetes que parecían seguir el curso del combate desde un suave altozano. Debía de tratarse de personajes principales, pues tras ellos tres estandartes ondeaban indecisos en la calma de la mañana: un caballo rampante, un rayo y un disco solar coronado por un creciente lunar.

—¡Bendita sea Astarté! —exclamó Anglea—, ¿has visto al hombre del centro…?, ¡debe de ser el mismísimo Bárquida!

Gerión centró su atención en la persona indicada por Anglea, un anciano barbado con un soberbio yelmo de penacho púrpura montado en un caballo blanco, que impartía órdenes en una voz entrecortada y furiosa que recordaba el ladrido de un perro. «Así que tú eres Amílcar de Cartago», se dijo, casi decepcionado por la apariencia corriente de quien en los relatos que recorrían los caminos aparecía con atributos sobrenaturales.

También Tilego lo había visto.

—¡Mirad a quién tenemos ahí! —aulló—, ¡el demonio Bárquida al alcance de nuestro acero! ¡Ibolo y Kaamarina, cubridnos por el norte con vuestra gente, los púnicos no tardarán en enviar auxilio a su general!; ¡Gaspamo, rodea el montículo y córtales la huida por el este! ¡Bacso conmigo! ¡Vamos, hermanos celtíberos, atacad, recordad a Istolacio y a Indortes y a todos los demás, la hora de la retribución ha llegado!

Gerión y Anglea se unieron al rugido que brotó de todas las gargantas y echaron a correr, siguiendo a Bariaso tras la estela del nutrido destacamento de jinetes que, encabezado por Tilego, se abalanzaba ya sobre el muro defensivo de escudos dorados que el cuerpo de guardia del púnico había adoptado para hacerles frente. Mientras, un cuerno de bronce pedía ayuda con mugidos palpitantes de urgencia y flechas de uno y otro lado se cruzaban en el aire.

La carga de los jinetes abrió numerosos huecos en el frente cartaginés, haciendo retroceder la línea varios pasos, pero no consiguió desbaratarla, y al punto los soldados enemigos, espoleados por el ladrido incesante de Amílcar, comenzaron a hostigar a los jinetes y a sus monturas con las largas picas, aprovechando la dificultad de los atacantes para desenvolverse en el terrero escalonado de los bancales. El propio Tilego, acompañado de Gaspamo y de algunos otros, quedó encerrado en una bolsa de túnicas púrpura y yelmos resplandecientes.

—¡Corred, guerreros, corred, el jefe está en peligro! —gritó Bariaso, volviéndose después hacia Anglea al tiempo que desenvainaba la espada—, y tú, muchacha, atrás, deja que los guerreros hagamos nuestro trabajo.

Gerión no necesitó ver la cara de Anglea para adivinar su disgusto, pero era cierto que, sin escudo ni *falera* pectoral, nada podría hacer en la embestida. Apresuró el paso para colocarse él mismo delante de ella, dispuesto a protegerla con su vida, y corrió en primera línea del frente celtíbero, aullando al lado de sus hermanos, buscando el honor de ser el

primero en tomar contacto con el enemigo, abandonándose al instinto del cazador y a la inspiración de los dioses como aquella noche en la calle central de Cirmo.

El choque fue brutal. Grandes escudos rectangulares decorados con caballos amarillos contra pequeñas *caetras* multicolores, picas de seis pasos contra esbeltas espadas, la disciplina de siglos de Cartago contra la ira desbordada de los celtíberos. Vidas y aceros se quebraron por toda la línea y la mañana se deshizo en polvo y sangre y gritos y relinchos, en una cacofonía de angustia que apenas dejaba escuchar la voz rabiosa del Bárquida dando órdenes sin descanso a sus hombres desde la grupa del caballo.

En el centro del caos, Gerión se sumergió en un baile brumoso e irreal de acometidas y estocadas, buscando siempre el cuerpo del enemigo por entre la barrera letal de las picas, el tiempo descompuesto en una sucesión de instantes unidos solo por el azar de la vida y la muerte. Poco acostumbrado a combates en formación, en un instante de distracción perdió la línea y se sintió violentamente empujado hacia delante por una nueva oleada de guerreros celtíberos que cargaban desde atrás.

Quedó atrapado entre los dos frentes, aplastado entre la furia de sus hermanos celtíberos y la resistencia granítica de los cartagineses.

Trató de erguirse, boqueó buscando el aire que no quería entrarle en el pecho. Comprendió con espanto que acaso ese día la muerte ocultara su rostro en una tenaza de escudos.

Por algún motivo su mirada desesperada se clavó en la figura cada vez más próxima de Amílcar, en su rostro desfigurado por la demencia del combate.

Un dolor líquido le subió del pecho. Un charco de oscuridad comenzó a inundarle la vista.

«¡Anglea, mi niña!».

De pronto, una sombra gris golpeó el rostro del Bárquida, en el escueto espacio que dejaban a la vista las carrilleras del yelmo de bronce. Al púnico se le rompió en la garganta un gemido de sorpresa y agonía y soltó las riendas para llevarse las manos a los ojos. Un reguero de sangre comenzó a deslizarse entre sus dedos.

Amílcar apenas encontró aliento para lanzar un último rugido. En él se escaparon toda la ira y el coraje, todos los sueños y todas las pesadillas que le quedaban dentro. Supo en un devastador instante de lucidez que la muerte no está hecha de dioses ni destino, de honor o hazañas o recuerdos, de deudas

saldadas o pendientes, de amor o ira, ni siquiera de oscuridad, frío o silencio. Supo que en la muerte no hay nada.

Nada.

Trató de sonreírle a esa nada vertiginosa que lo envolvía y descubrió que su rostro ya no le pertenecía.

Después, muy despacio, cayó hacia atrás, se mantuvo un momento en equilibrio sobre la grupa del caballo y se desplomó al suelo, rodando por la ladera del altozano hasta desaparecer en el barranco que lo envolvía por el sur.

Alguien gritó en fenicio «¡Amílcar ha caído!» y al punto la noticia recorrió el frente como una llamarada, dejando en suspenso los combates mientras unos y otros volvían la mirada hacia lo alto del montículo, donde el caballo blanco bufaba y pateaba el suelo con aire de desconcierto. Los dos capitanes que habían acompañado al Bárquida saltaron de sus monturas y comenzaron a descender por la pina ladera del barranco acompañados por un puñado de asistentes.

Gerión notó el alivio de la presión cuando ya creía transitar caminos ajenos a este mundo, y entre espasmos se llenó el pecho con grandes bocanadas de aire. Una sola palabra se repetía al ritmo de los latidos de sus sienes.

Anglea.

Aquella sombra gris que había deshecho el rostro de Amílcar era una piedra salida de la honda de Anglea.

Desde la grupa de su caballo, cruzado de heridas, con la *caetra* astillada y goterones de sangre rodándole por la cara y los brazos, Tilego dejó escapar en un grito todo el odio y la humillación acumulados en su alma desde aquel día ardiente en los campos de albero de la Bética, a los pies del peñasco de Carmo.

—¿Dónde está ahora tu arrogancia, perro cartaginés? Quiera Luc que tu alma se encuentre con las de mis hermanos en los infiernos. ¡Vamos, guerreros, traedme su cuerpo; le arrancaremos los ojos y lo colgaremos en una cruz, como nos enseñó a hacer! ¡Que sepa Cartago que no hay ofensa a los celtíberos que no tenga su retribución!

Un lamento de consternación brotó de las filas púnicas, y el hilo de resistencia que la voz imperiosa del Bárquida había mantenido tenso se rompió de pronto. Los soldados se miraron unos a otros y comenzaron a retroceder, agolpándose a los pies del altozano, sabiendo que el barranco les impedía la huida pero que no había rendición posible ante aquella multitud de

guerreros que, frente a ellos, había prorrumpido en un griterío enloquecido. Los celtíberos se alzaban las túnicas para mostrar sus genitales a los cartagineses, burlándose de su falta de coraje, reían y bailaban como borrachos y aullaban promesas de venganza.

Entonces, de forma casi imperceptible al principio, como un ritmo sordo y vibrante después, un temblor comenzó a estremecer el aire y el suelo.

Venía desde el norte, donde Ibolo y Kaamarina habían desplegado a su gente, cruzando de lado a lado una extensa dehesa de pastos agostados, para cortar el paso a las unidades púnicas que pudieran acudir al rescate de Amílcar.

Lo que un momento antes era una formación ordenada y compacta se había deshecho en media docena de puntos. Los guerreros celtíberos corrían para evitar ser pisoteados por los elefantes que cargaban ignorando la lluvia de armas arrojadizas que recibían desde los costados. Más allá el sol de la mañana arrancaba fulgores de un frente de escudos, yelmos con crineras metálicas y cotas de malla que se abalanzaba a la carrera sobre las brechas abiertas por las bestias. Sobre el lomo de la primera de ellas, en un castillete de madera compartido con un soldado que maniobraba un banderín de señales y dos arqueros que enviaban sus proyectiles sin descanso contra la marea de guerreros que los circundaba, un joven cubierto de protecciones plateadas parecía impulsar la carga con los sones desesperados que arrancaba a un *cornu* de bronce.

—Preparaos, que esto no ha acabado —dijo Tilego con voz sobria—. Viene el Cachorro.

Se mantuvo imperturbable al cruzar la línea celtíbera, ignorando las jabalinas que silbaban a su alrededor como si su sola voluntad y el toque del *cornu* fueran capaces de desviar su trayectoria. Trató de abstraerse del fárrago que rugía a su alrededor y en el interior de su pecho, de la ira que lo había sacudido como un mazazo cuando supo de la traición de Tilego.

Pero no había sido por entero una sorpresa. Desde la brutal humillación que le inflingiera su padre semanas atrás, el lusón había mantenido una actitud hosca y distante, evitando dejarse ver en el puesto de mando más que lo indispensable. Él mismo había intentado diluir la tensión presentándose a desayunar con los celtíberos a la mañana siguiente, y no consiguió sino cargarse con un presentimiento de malaventura que venía a hacerse realidad en el peor momento posible, poniendo en riesgo lo que momentos antes era una victoria segura. Los oretanos que abandonaran la ciudad para destruir la

catapulta habían sido exterminados sin dificultad, y las primeras unidades libias e itálicas se lanzaban ya al asalto de las murallas exhaustas cuando el timbre singular del *cornu* del general había extendido por el campo su mensaje de alarma.

Se había vuelto entonces, incrédulo, mirando hacia el sur por encima del mar de picas de la *merarchia* formada a su espalda, para ver cómo en el extremo de la hoya una multitud de bárbaros vociferantes atacaba el cerrillo desde el que su padre seguía el combate, envolviendo a los trescientos hombres de la Guardia Bárquida en una marea a cuyo frente pudo reconocer a Tilego. Como antaño, en su África apenas recordada, los mercenarios volvían la espada contra sus amos. Tilego y dos mil quinientos guerreros veteranos que solo podían esperar de su traición la victoria o la muerte.

Había tomado el mando de inmediato, dando órdenes al propio *merarka* Bostar que el hombre no se atrevió a discutir. Se puso al frente de la *merarchia*, cambiando su caballo por el más formidable de los elefantes, un animal astuto y experimentado que nunca había conocido el pánico en el campo de batalla, y ordenó a Bostar que le siguiera con todas las tropas que fuera capaz de reunir. Como había previsto, los celtíberos de la línea defensiva desplegada en su camino abrieron espacios para evitar la carga directa de los elefantes, y él pasaba ahora entre ellos como un dios refulgente e invulnerable, seguido por los leales hoplitas de su falange que se derramaban por las brechas sin trabar combate, ignorando el reguero de cuerpos caídos que dejaban tras de sí, seis cuñas de color púrpura lanzadas a una carrera desenfrenada. Bostar se encargaría de los enemigos que quedaban atrás.

De pronto lo vio. Su padre, que había mantenido viva y ordenada la defensa en su derredor, resistiendo el asalto de una fuerza muy superior, cayó de pronto de su caballo y desapareció de la vista. Su padre, Amílcar Barca, príncipe de Cartago, soldado de mil batallas, abatido y acaso muerto.

Dejó la angustia para cuando pudiera ocuparse de ella y dio órdenes a los suyos a través del banderín. Los dos *syntagma* de su derecha y uno de los que le seguían, precedidos por tres elefantes, formaron una única columna que arremetió contra la mayor concentración de celtíberos, que bajo el mando de Tilego se disponía a lanzar desde el oeste el asalto final contra el altozano. Vio cómo el traidor lusón daba órdenes frenéticas, haciendo retroceder a sus hombres para evitar ser empujados al barranco por la carga de los elefantes y los hoplitas, al tiempo que buscaba el terreno escalonado de los bancales,

donde la formación púnica perdería mucha efectividad. El muy cerdo era listo, y había aprendido mucho de Amílcar en esos años.

En ese instante decidió que lo mataría como había visto morir a Mato cien veces en su sueño, arrancándole la piel a tiras con sus propias manos.

Los dos *syntagma* de su izquierda, con otros dos elefantes, se ocuparon de los bárbaros del extremo opuesto, menos numerosos y peor mandados, haciendo estragos entre los que intentaron aguantar a pie firme la avalancha que se les venía encima. Y él, seguido por el *syntagma* de honor, doscientos cincuenta y seis hijos de Cartago iguales en rango a los de la Guardia Bárquida, entró por el espacio central deshaciendo la escasa resistencia que encontró, sin reparar en la alfombra de sangre y cadáveres que cubría el campo como una cosecha de devastación, hasta alcanzar la base del altozano.

El puñado de supervivientes de la guardia le abrió paso en silencio, clavando en él miradas de consternación pero a la vez de esperanza, como si su sola presencia pudiera disolver la pesadilla que acababan de vivir.

En lo alto del montículo aparecieron, subiendo desde el barranco, Himilcón, Adhérbal y Gimialcón. Con la ayuda del criado Albírcal y el siracusano Bitón, izaron el cuerpo de Amílcar y lo tendieron sobre la hierba reseca. Había perdido el yelmo y estaba cubierto de barro; una informe masa escarlata ocupaba el espacio donde antes habían estado la nariz y los ojos del Bárquida.

Himilcón, comandante de la guardia bárquida, se acercó a Aníbal y lo encaró con la mirada turbia de lágrimas.

—Tu padre ha muerto, Aníbal, el padre de Cartago y de todos nosotros ha muerto; quieran Tánit y Baal Hammón acogerlo en su seno. Una piedra de honda ha hecho lo que no consiguieron todas las legiones de Roma.

Aníbal lo miró sin verlo, sintiendo que una súbita oscuridad extinguía el sol poderoso de Ispania. Se aferró al riel del castillete para no caer.

Su padre muerto; la esperanza de Cartago yaciendo cubierta de barro en aquel rincón extraviado de la Oretania, entre bárbaros que nada sabían de las complejas maquinarias del mundo de las que Amílcar había sido el fulcro. No era posible, no era justo. Pensó en Aquiles, en Alejandro, y no encontró en sus fantasmas ningún poder que aliviara el dolor que sentía. «El día llega preñado de sangre», le había dicho tan solo unas horas antes, ignorantes ambos de que era la suya propia la que estaba en juego. Todo un universo de posibilidades se había extinguido desde entonces. «Una piedra de honda…».

Miró a su alrededor. Todo el campo había quedado inmóvil y en silencio, paralizado por los azares de los dioses que habían elegido aquel tiempo y

aquel lugar para conmover el destino del mundo. Todos le miraban como si él fuera al mismo tiempo el nudo y la espada que había de deshacerlo.

Entre la multitud de celtíberos expectantes, la vio. Una muchacha morena con un haz de hondas atadas alrededor de la cabeza, sosteniéndole la mirada desde unos vastos ojos verdes, cogida de la mano de un joven guerrero. Percibió con una clarividencia incontestable el orgullo desafiante de ambos, la mezcla de odio y fascinación con que lo observaban, el amor que se tenían. El dedo infalible de Baal Hammón le indicó en su corazón que ellos eran los causantes de aquel desastre.

Extendió el brazo señalándolos.

El *mahout* puso al elefante en movimiento con la magia de su idioma oscuro y fluido como el barro.

La falange cartaginesa formó detrás su frente inquebrantable y comenzó a avanzar, golpeando el suelo al ritmo de los pasos de la bestia. Un hondo canto de ira y venganza surgió entre los soldados.

Aníbal mantuvo el brazo extendido, como si se dispusiera a cobrarse la venganza con sus manos desnudas…

Y entonces, llegando desde el norte, un súbito clamor estalló y sacudió el hechizo, deshaciéndolo en pavesas que se extinguieron en el aire.

Tras él se escuchó una melodía extraña de timbres poderosos y salvajes, un retumbar de agua y bosque, de piedra, de montes antiguos, de hogueras y noches transparentes, de distancia.

Eran cuernos y tambores y voces de millares de gargantas levantando ecos por toda la hoya.

Estupefacto, Aníbal hizo detenerse al elefante y buscó desde su altura el origen de aquel fragor. Se negó a creer lo que le mostraron sus ojos.

En las colinas por las que culebreaba la carretera de Edeta, al noreste de la ciudad, como surgido de las entrañas de la tierra, un ejército ofrecía sus estandartes al resplandor del sol. Entre ellos ondeaba la oriflama dorada de Hélike, la enseña de Orissón.

Un griterío de júbilo se alzó de las murallas de la ciudad.

—¡Era cierto, llegan los ólcades con Orissón! —gritó Tilego, y todos los celtíberos comenzaron a golpear sus *caetras* con las espadas, produciendo un estruendo ensordecedor.

¿Los ólcades? ¿Orissón?

Aníbal sintió que de nuevo le asaltaba la oscuridad, alejando su voluntad a algún rincón inalcanzable, y contempló paralizado cómo, a lo lejos, millares de jinetes y guerreros a pie se derramaban por las laderas como una marea

latiendo al ritmo de los tambores y los cuernos. Con dolorosa nitidez vio desmoronarse las líneas de defensa apresuradamente organizadas por sus tropas, aturdidas por las noticias de la traición de Tilego y la caída de su general y por la aparición de aquel ejército misterioso y feroz. Después, el pánico y la huida. Una multitud de soldados etruscos, libios y sabinos, de arqueros sirios y jinetes númidas desparramándose en todas direcciones, perseguidos y diezmados por aquellos ólcades llegados tras la enseña de Orissón.

En un destello de lucidez, comprendió quién era ese Argantio, el hombre principal de la ciudad que había recorrido los montes celtíberos buscando auxilio para Hélike. Ahora entendía por qué los informadores enviados por su padre a Akra Leuke habían sido incapaces de conseguir referencias sobre el oretano. ¿Dónde estarían ahora Magón y la espléndida unidad de caballería que lo había acompañado al norte? ¿Qué había sido de Asúrix y del proyecto de crear entre los ólcades un reino amigo de Cartago? Orissón los había burlado a todos por segunda vez y ya era tarde para corregir el error.

La voz de Himilcón lo sacó de su ensimismamiento.

—Aníbal, con todo respeto, el ejército está en desbandada y los hombres esperan tus órdenes. Si no convertimos esa huida insensata en una retirada ordenada, nada quedará de nuestro ejército cuando termine este día. Solo tú puedes ocupar el lugar de tu padre en ausencia de Asdrúbal.

Aprovechando el giro de los acontecimientos, los guerreros de Tilego se habían reorganizado y atacaban como dementes a los cartagineses, hostigando a los elefantes con proyectiles y con el estruendo de sus cuernos de guerra. Algo más al norte, las tropas de Bostar luchaban todavía con denuedo contra los celtíberos de la línea defensiva que Aníbal había rebasado en su carga, pero era evidente que también allí el enemigo había cobrado nuevas fuerzas y los ponía en dificultades cada vez mayores.

—Nadie puede —contestó Aníbal con la voz temblorosa y los ojos arrasados de lágrimas—, pero tienes razón. Salvaremos todo lo que podamos para reunirnos con Asdrúbal, ¡y juro por lo más sagrado que un día Hélike y esos bárbaros del norte pagarán por lo que han hecho! Gimialcón, transmite mis órdenes con el cuerno y las banderas y envía jinetes al encuentro de las tropas que huyen. Nos encontraremos donde el Táder se adentra en la llanura, tres leguas río abajo. Nosotros iremos a reunirnos con Bostar y cubriremos la retirada con la *merarchia*. Y tú, Adhérbal, hazte cargo del cadáver de mi padre; lo honraremos como merece cuando nos sea posible. Vamos, no hay tiempo que perder.

Mientras Himilcón y Adhérbal se ponían en marcha, Aníbal se llevó el *cornu* a los labios y descargó su ira y su tristeza en un ronco gemido que reverberó por toda la hoya. «Aquí estoy —pareció decir—. Amílcar ha muerto pero no yo, ni Cartago. Habéis matado a mi padre y yo, Aníbal, os haré pagar por ello». Después indicó al *mahout* que llevara el elefante hacia el norte, en busca de Bostar, y por donde pasaba sus hombres le vitoreaban sin dejar de combatir, enderezando las líneas y haciendo retroceder a los guerreros celtíberos.

Una idea fugaz le hizo volverse en el castillete y escrutar el lugar donde había visto a la muchacha de la cabellera negra y los ojos verdes, la que había matado a su padre con una piedra de honda.

Pero ya no estaba.

El tambor de mando junto a Buntalos comenzó a batir con cadencia de paso de marcha, y a lo largo de todo el ejército los tambores de cada tribu fueron sumándose al ritmo marcado por el príncipe de la hueste ólcade. Un momento después el gran *karnyx* de porcelana de Arecorata comenzó a vibrar, cambiando de tono en cada pulso de los tambores y, uno tras otro se dejaron oír los de Ercavica y Belgeda, Lutiaca y Urbicua, cada cual con su propio timbre.

Solo entonces, cuando el aire y el suelo se estremecían en un vasto latido, los hombres se pusieron en marcha, comenzando a desbordar hacia el sur las colinas tras las que habían organizado la formación.

—Ten confianza, hijo —dijo Ariolaco—, y no olvides que es en la batalla cuando los dioses y los antepasados observan a los guerreros.

Saunio asintió e hizo avanzar a su caballo. Miró a ambos lados y sintió un escalofrío de emoción al ver el frente inacabable de jinetes celtíberos en movimiento, las *caetras* y las túnicas multicolores, los destellos de los yelmos y las *faleras*, de las espadas ya prestas fuera de sus vainas. Vio reír a Buntalos junto al estandarte del toro y el águila de Arecorata, como si se dirigiera a una cacería o un torneo, y a Meronio a su lado con la enseña de Cirmo, y a Argantio con la oriflama de Hélike, y a Abarien, Velauno, Gaspamo y Kintortes junto a él. No necesitó volverse para sentir a su espalda la masa de guerreros a caballo y a pie avanzando sin prisa ni temor al paso de los tambores y los cuernos. Un canto de encomienda a Luc arrancó en el extremo del contingente de Belgeda y rápidamente prendió en la multitud de ólcades. «Gracias, padre Luc, por traernos a la batalla bajo tu protección, gracias por darnos enemigos para probar nuestra hombría». Saunio unió su voz a la de

todos sus hermanos, echando de menos a quienes hubiese deseado tener a su lado en ese instante. A Gerión, quien solo los dioses sabían dónde estaría; y a esa muchacha, Anglea, que había llegado del sur con su porte de diosa y sus ojos verdes y su cabellera negra como una noche de luna nueva; y a Tirtanios, que cabalgaba junto a los hombres de la ciudad que había ayudado a liberar; y a Tesindro, quien a pesar de todas sus amargas quejas había sido enviado por Meronio a proteger sus heridas en la retaguardia.

Los tambores apresuraron su cadencia y el paso se convirtió en un trote paciente e inexorable.

Saunio volvió su atención al campo de batalla. A su derecha, desde la muralla de la ciudad encaramada al cerro, el gentío que hacía frente a la marea de asaltantes que trepaban por las escalas prorrumpió en vítores al verlos descender por las laderas de las colinas. Sonrió imaginando el asombro de los oretanos exhaustos ante la aparición de Argantio con el ejército prometido en aquel instante en que el destino de Hélike parecía desvanecerse. Y, allá abajo, ocupando por entero un valle encajado entre montes grises, el ejército de Amílcar no menos sorprendido, reorganizando sus líneas a toda prisa en una confusión inmensa de cuernos y voces de hombres y animales. Vio sin terminar de dar crédito a sus ojos a las enormes bestias grises, y acaso habría sentido temor de no saberse parte de una fuerza irresistible, ungida por los dioses, invulnerable.

El ritmo se acentuó hasta convertirse en un redoble frenético, el cántico a Luc dio paso a un rugido mientras los caballos se lanzaban al galope y los guerreros de a pie a una carrera desenfrenada. La distancia al ejército enemigo se redujo a gran velocidad y Saunio vio frente a él, en un remolino vertiginoso, la masa de túnicas blancas y azules y rojas, los escudos multiplicados, y pudo oler el pánico de aquellos hombres que sabían de pronto que iban a morir en un país remoto, lejos de sus familias y sus altares, en una mañana teñida de rojo.

Cayeron sobre el frente cartaginés como cae una tormenta sobre los campos, hendiendo árboles y tumbando espigas. Solo algunos, hombres barbados de rasgos afilados y piel oscura, dirigidos por capitanes con yelmos de altos penachos, trataron de comportarse con honor, pero también ellos terminaron por arrojar al suelo sus escudos y darse a la huida. El orgulloso ejército de Amílcar, sojuzgador de tantas ciudades de Ispania, se deshizo en una multitud de hombres aterrorizados corriendo por su vida ante aquellos ocho millares de ólcades envueltos en su música y su furor.

Fue solo un breve puñado de tiempo, menos del necesario para arar un campo, o tejer un cesto, o dar forma sobre el yunque a la hoja de una espada. Pero quedaría siempre en el recuerdo de los ólcades. Alrededor de él se construirían leyendas de héroes y hazañas, hasta convertirlo en el cenit esplendoroso e irrepetible del destino de un pueblo. Allí el herrero Alisocos combatió de tal modo que hubo quien lo tomó por el propio dios Cosus; y Velauno de Arecorata aguantó a pie firme la carga de un elefante hasta derribar con su jabalina al *mahout*, escapando como por milagro de las patas del animal; y Meronio de Cirmo derrotó en combate singular a Belitas, comandante de la infantería ligera de Amílcar; y Orissón de Hélike salvó por dos veces la vida a Tersinnos de Ercavica, demostrando a este que hay otros tesoros más valiosos que el oro de un botín. Allí cayeron con honor Bolendu de Seimata, Cormieros de Ersibannos y Jamecio de Arecorata, y muchos otros guerreros formidables. Allí pagó Ambato con su vida y su coraje la traición de Asúrix, su padre, devolviendo el honor a su clan y a la memoria de Brigantio.

Entre todos ellos cabalgó Saunio, golpeando y tajando, sumido en una turbia ebriedad de sangre de la que a duras penas pudo desprenderse, como quien despierta de un sueño profundo, cuando el *karnyx* de Arecorata, imponiéndose a la barahúnda de la batalla, ordenó detenerse a la vanguardia de jinetes. Solo entonces miró a su alrededor y advirtió que se encontraba en el corazón del campamento cartaginés, rodeado de innumerables tiendas de lona, cuerpos caídos y restos de fuegos de campamento, algunos aún humeando. Los enemigos pasaban corriendo a su alrededor manteniéndose fuera del alcance de su espada.

—¡Saunio, vuelve aquí!

Se volvió y vio a su padre, junto a muchos otros jinetes ólcades, recomponiendo la línea para encerrar a gran parte de la infantería púnica en una bolsa que clausuraban por el norte los guerreros a pie. En su interior, los hombres de Amílcar comenzaron a arrojar sus armas y postrarse de rodillas, rindiéndose a los vencedores por millares, mientras aquí y allá algunos grupos trataban de reorganizarse.

—¿Qué ocurre, por qué no continuamos? —interrogó Saunio, cabalgando hacia su padre—, ¡están completamente derrotados y los dejamos escapar! ¡Y aún no hemos encontrado al Bárquida!

—¿No eres un poco joven para poner en cuestión las decisiones de tus jefes? —repuso Ariolaco con severidad—. Aprende de Buntalos: hoy está demostrando ser el mejor de los generales, audaz y prudente al mismo tiempo.

Mira allá abajo, no todos los cartagineses se están rindiendo o corriendo como conejos.

Saunio siguió la dirección indicada por su padre y comprobó que, en efecto, en el extremo de la hoya un numeroso contingente púnico guardaba un orden perfecto, retirándose poco a poco hacia la salida del valle sin dejar de mantener a raya, con media docena de elefantes y una muralla de escudos blancos y dorados, a una muchedumbre de guerreros celtíberos que nunca antes había visto. Debía de tratarse de los mercenarios del tal Tilego, que habían vuelto sus espadas contra Amílcar tal y como habían prometido. Según Argantio, si todo había marchado bien, Gerión y Anglea debían de encontrarse entre ellos.

—Si seguimos adelante dejando a miles de enemigos a nuestra espalda —continuó Ariolaco—, puede que seamos nosotros los que nos veamos atrapados en una tenaza.

—¡Pero tal vez el Bárquida esté entre ellos, y va a escapar!

—Acaso esté ya muy lejos de aquí, y sospecho que no tendrá ninguna gana de regresar. Aquellos escudos serán lo único que le quede de su ejército si somos capaces de ocuparnos de los que tenemos detrás. Y alegra esa cara, que por si no te has dado cuenta estamos a punto de conseguir una formidable victoria.

Saunio advirtió que su padre comenzaba a traslucir verdadera irritación por su insistencia y trató de apaciguarse. Volvió su mirada hacia la tropa enemiga que habían encerrado y entendió que, aun derrotada, era tan numerosa que no podía ser ignorada. Además, al ver cortada su huida, los más animosos de los púnicos plantaban cara, aprovechando la confusión causada por dos elefantes que corrían por el campo causando estragos entre la masa de hombres apiñados.

—¿Pero se puede saber qué hacéis ahí de cháchara? —les gritó Meronio —, ¡aún queda trabajo por hacer!

Durante largo rato descargaron su coraje contra el frente enemigo, enloquecidos por la proximidad de la victoria al igual que un carnívoro ante el olor de la carne fresca, pero no consiguieron deshacer la pared de escudos alanceada de picas que retrocedía lentamente ante ellos, como un animal prodigioso acorazado de escamas. Gerión nunca había visto una maquinaria militar tan perfecta, tan invulnerable como aquella muralla humana en la que todos los movimientos parecían dictados por una única voluntad. Aunque causaban a los cartagineses numerosas bajas, había siempre un escudo presto

para ocupar el lugar del que caía, empujado por la presencia ubicua del joven de armadura plateada que dirigía a los suyos desde el lomo de un elefante. «El Cachorro», decían sus nuevos hermanos de armas sin poder ocultar su admiración. Había sido él quien rescatara a la tropa cartaginesa que luchaba contra los guerreros de Ibolo y Kaamarina, aplastando a aquel con su elefante; él quien había conducido a los suyos hasta el estrechamiento del fondo de la hoya, donde el río y los montes protegían sus flancos y sus arqueros podían batir a placer a la masa de celtíberos agolpados en el terreno angosto. Él, Aníbal, el hijo de Amílcar, con quien había cruzado su mirada en un instante de escalofrío. Nunca olvidaría esos dos pozos oscuros en los que cabía todo el dolor y todo el deseo de venganza del mundo.

Lo vio alejarse por la quebrada, dirigiendo orgullosamente la retirada de sus tropas.

Miró a Anglea, que se había mantenido tras él durante la última fase del combate lanzando sus piedras con precisión implacable entre los escudos cartagineses, y vio que también ella sostenía la mirada en el lugar por el que se había alejado el hijo del Bárquida. Tenía el rostro tenso y cansado, pero no parecía haber recibido ninguna herida de importancia.

—¡Alto, alto! —gritó al fin Tilego, imponiendo el silencio en la vanguardia celtíbera con la potencia de su voz—, ¡el Cachorro está fuera de nuestro alcance y perseguir a la falange púnica por ese terreno sería como meterse en la boca del lobo! Bacso y Gaspamo, mantened la presión con vuestros guerreros, pero fuera del alcance de sus flechas. Necesitaremos caballería y arqueros para perseguirlos cuando lleguen a la llanura. Kaamarina, reúne a tus hombres y a los de Ibolo y venid conmigo. Parece que allá arriba todo ha terminado, pero iremos a ver si nuestros hermanos ólcades necesitan que les echemos una mano. ¡Bariaso!

El guerrero ólcade se abrió paso entre los hombres para acercarse a Tilego, mientras la columna encabezada por Bacso y Gaspamo se ponía en marcha, comenzando poco después a lanzar jabalinas contra la retaguardia de Aníbal.

—Aquí estoy, Tilego.

—El guerrero de Cirmo y la oretana… ¿cómo están?

—Están bien —contestó Bariaso, girándose para buscar con la mirada entre sus hombres—. Vivos, por lo menos, si no me engañan mis ojos.

Los guerreros hicieron corro de inmediato alrededor de Gerión y de Anglea, señalando su posición al jefe lusón.

—Estamos bien, Tilego —dijo Gerión.

—Has luchado bien, Gerión; Cirmo y tu clan pueden sentirse orgullosos de ti. Y tú, hija de Orissón, hoy has hecho algo que será recordado por mucho tiempo. Esa piedra de tu honda ha sido como un cruce de caminos para tu ciudad y tal vez para toda Ispania. ¿Cómo dijiste…? Que Astarté sonría sobre tus pasos… ¡Qué extraños son los propósitos de los dioses! Una muchacha oretana entre dos mil quinientos guerreros celtíberos y es ella la llamada a acabar con el Bárquida —Tilego calló un momento, moviendo la cabeza en una expresión de abstraída sorpresa—. Luc sabe cuánto habría deseado hacerlo yo mismo, pero acaso estuviera escrito que ese trofeo le correspondiera a una hija de Hélike. En fin, ambos tenéis mi gratitud; ese oro que trajisteis nos liberó de un compromiso que nuestros corazones ya no querían soportar. Ahora me acompañaréis, supongo que allá arriba habrá personas con las que estaréis deseando encontraros. Bariaso, búscales un caballo y no perdamos más tiempo.

—¡Tilego! —exclamó Gerión cuando ya el guerrero se ponía en marcha, haciéndole detenerse de nuevo—. Hace tan solo una luna que recibí mis armas y no tengo rango para hablar en nombre de mi ciudad ni de mi clan, pero quiero decirte que multiplicaré mi voz para que toda la Celtiberia sepa el honor que habéis mostrado en este día. Soy yo quien se ha sentido orgulloso de luchar a vuestro lado.

Gerión dio un paso adelante y se llevó al pecho el puño cerrado, inclinando la cabeza con solemnidad. Tilego sonrió y le devolvió el gesto. Un golpe seco agitó el polvo suspendido en el aire cuando centenares de guerreros lo repitieron a su vez.

—Bien dicho, Gerión, si no fueses tan bueno con la espada podrías tener futuro como bardo —dijo Bariaso, apareciendo entre los guerreros con un magnífico caballo gris llevado de las riendas—. Aquí tenéis vuestra montura, de fiar siempre que no se las vea frente a frente con un elefante. De haber tenido más temple, tal vez Ibolo siguiera vivo. El animal se volvió loco y lo tiró a los pies de la bestia del Cachorro. Solo tenemos este —añadió con expresión pícara—, espero que no os importará compartirlo.

—Pierde cuidado —respondió Gerión, subiendo de un salto a la grupa del animal. Antes de que pudiera tender una mano a Anglea, la muchacha estaba ya sentada tras él. Puso al caballo en marcha y trató de ignorar las bromas procaces que los hombres intercambiaban al verlos pasar. Anglea se inclinó entonces sobre su hombro para hablarle y él sintió la calidez de su cuerpo recorriéndole la espalda.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien. Algo dolorido, pero nada serio. ¿Y tú?

—Perfectamente, no tengo ni un rasguño; pero yo no estuve en la primera línea del asalto. No dejé de mirarte ni un instante, Gerión, en mitad de aquel tumulto de sangre del que parecía imposible que nadie saliera vivo. Solo Astarté sabe lo que temí por ti. Cuando quedaste atrapado entre los escudos de los nuestros y los de los cartagineses, pensé que todo había terminado. Fue el terror de perderte lo que dirigió mi mano al lanzar aquella piedra.

Las palabras de Anglea, su voz templada y suave hablándole al oído, hicieron estremecerse a Gerión. Se giró y miró en silencio durante un momento el rostro de ella, los ojos verdes irisados de reflejos bajo la luz del sol, los labios entreabiertos. Tragó saliva y volvió la vista al frente para no besarlos, sintiendo como un contacto físico la atención de los guerreros fija en ambos.

Habló en voz baja, como para sí mismo, sin estar seguro de que ella lo escuchaba.

—Aquella piedra salvó mi vida y acabó con la del Bárquida, rompió el coraje de los cartagineses hasta que Aníbal vino a devolvérselo. Ni el mejor de los arqueros habría podido igualar un tiro como el tuyo. También fuiste tú quien derribó a aquel centinela que huía hacia Cirmo para dar la voz de alarma. Encontraste el tesoro de los fugitivos tartesios después de pasar una guardia a solas con la luna y los espíritus de los túmulos. Hay algo en ti que no acierto a explicar, Anglea, como si a veces tuvieras un pie en este mundo y el otro en el de los dioses. Has hecho que sienta por ti cosas que ni siquiera sabía que existían; aquella tarde junto al estanque pensé que mi vida ya estaba colmada, que los dioses habían sido generosos conmigo aunque me tocara morir hoy en la batalla. Pero te miro y me pareces tan… imposible, tan distante como una estrella.

Calló y durante un largo instante cabalgaron en silencio tras Tilego y Kaamarina, seguidos por la multitud de guerreros que celebraban ruidosamente la huida de los cartagineses y hacían conjeturas sobre el desenlace del combate a los pies de las murallas de la ciudad.

Anglea se estrechó contra él y le habló de nuevo.

—Gerión, ¿es preciso que también yo te recuerde todos tus actos heroicos y todos los motivos de felicidad que me has dado? ¿Es que no comprendes que yo siento por ti el mismo asombro, la misma sensación de que eres demasiado bueno para ser verdad?

Gerión no supo responder. De pronto todo lo que estaba viviendo le parecía tan irreal como un sueño o un relato oído mucho tiempo atrás

alrededor de la hoguera.

Anglea cambió con brusquedad de tono, lanzando una exclamación.

—¡Gerión, mira allí!

Durante la conversación habían ascendido entre huertos aterrazados hasta alcanzar los campos que resbalaban en suaves pendientes desde el cerro donde se alzaba la ciudad. Frente a ellos el campamento desierto de los cartagineses se extendía como un gran rebaño abandonado de tiendas de campaña, muchas en llamas; había escudos y estandartes y cadáveres caídos por todas partes. Más allá, a los pies de Hélike, un gran gentío se desparramaba entre los árboles de las dehesas, alzando una nube de polvo que filtraba la imagen con luz cobriza. El combate había concluido.

Un grupo de jinetes se había apartado de la muchedumbre y cabalgaba hacia ellos.

Gerión distinguió primero una banderola de color dorado junto a dos enseñas de reflejos metálicos. Las túnicas grises, rojas y ocres de los hombres que las portaban, sin la imponente uniformidad de las unidades púnicas, los identificaba como celtíberos. Sin duda eran ólcades.

—Esa es la enseña de Hélike —le susurró Anglea, temblando de excitación—; ¡hemos ganado, Gerión, hemos ganado!

¿Habían ganado? La idea le resultó extraña, después de semanas viviendo en la incertidumbre. Prestó atención a los jinetes que se acercaban con rapidez y pronto pudo identificar al jefe Buntalos con Velauno y algunos otros guerreros de Arecorata, y ¡sí!, a Meronio y Argantio. Sintió una inmensa alegría al verlos vivos y juntos, y supo que la batalla había saldado todas las deudas que hubiera entre ellos. Habían cumplido con su deber, habían estado a la altura de su honor. Tras ellos vio a Ariolaco y a… ¡Eliovices! ¡De modo que el grupo que marchara a Belgeda había conseguido regresar de la ciudad traidora! De pronto le asaltó la impaciencia de abrazar a Saunio y Tirtanios y compartir con ellos los relatos de esos días vertiginosos que los habían convertido en guerreros más que ninguna otra prueba de iniciación. Pocas lunas atrás se entretenían en correrías juveniles, robando ovejas de los apriscos carpetanos, y hoy esperaba encontrarlos en un campo de batalla sembrado de cadáveres de hombres llegados de medio mundo.

En un destello de intuición, anticipó las narraciones alrededor de la hoguera, las ceremonias de gratitud a los dioses a la luz cambiante de las antorchas, el calor de la *kelia* respirando en las venas, los ritos funerarios por los muertos de ese día, cuyos nombres aún no conocía. Supo que los bardos compondrían largos poemas de la pérdida de Cirmo y de cómo la aldea fue

recobrada, de la gran batalla del campo de Hélike, de la carga de los ólcades con cuernos y tambores en el primer sol de la mañana, del tesoro de Tartessos y de la piedra de honda que derribó al Bárquida y, con él, al más poderoso ejército de Cartago. Supo que así nacían los mitos, amasados con coraje y victoria, pero también con sangre y pérdida, como una metáfora del doble rostro de la vida. ¿Habría espacio para ellos en esa leyenda? ¿Hablarían los bardos de Gerión de Cirmo y de Anglea de Hélike, que en mitad del torbellino de muerte…?

—¡Bueno, Gerión! —exclamó Tilego, poniendo fin bruscamente a sus ensoñaciones—. Parece que le ha ido bien a los tuyos; ahí los tienes. Ya no queda batalla alguna que requiera nuestra ayuda.

El jefe lusón detuvo su caballo para recibir a los recién llegados, reconociendo de inmediato a uno de ellos.

—¡Buntalos! ¡Por las pelotas de Cosus que me alegro de verte después de tantos años!

—Después de tantos años —respondió Buntalos, con los ojos brillantes y una carcajada agazapada en la voz— debes de haber olvidado que cuando nos despedimos en Arecorata, hace no quiero recordar cuánto tiempo, no estuviste tan amigable conmigo.

—Lamento mi acritud de entonces —contestó Tilego, moviendo la cabeza como si tratara de deshacerse de un triste recuerdo—. Diste tu bendición a Istolacio e Indortes para ponerse al frente del ejército reclutado por los turdetanos, pero lo que todos deseábamos era que tú mismo lo hicieras. En aquel momento no podíamos comprender tu reticencia ante lo que parecía una forma segura de ganar honor y botín en poco tiempo. Pero una vez visto cómo fueron las cosas, parece que tuviste mejor juicio que todos los demás…

—Nunca me gustaron esos turdetanos —explicó Buntalos, a todas luces satisfecho de su perspicacia—. Con sus templos, sus leyes y sus hermosos vestidos se creían el ombligo del mundo, pero a la hora de la verdad ni uno solo de ellos fue capaz de aguantarle la mirada al Bárquida sin cagarse de miedo.

Tilego se encogió de hombros y desvió la atención hacia Argantio, quien había repartido la suya entre la conversación de los celtíberos y un rápido examen visual de Anglea y Gerión para asegurarse de que no habían sufrido ningún daño de importancia.

—Y tú debes de ser Orissón. Por lo que veo, eres tú quien ha traído a todos estos ólcades hasta aquí. Buena jugada. Esa aparición sobre la colina ha sido realmente hermosa de ver.

—Los dioses sean contigo, Tilego —contestó el rey de Hélike, haciendo el saludo celtíbero—. Nuestra carga no habría tenido el mismo efecto si no hubiésemos encontrado partido y confuso al ejército púnico, y a Amílcar muerto. Has cumplido tu compromiso y Hélike sabrá honraros a ti y a los tuyos como merecéis.

—También tú cumpliste el tuyo, Orissón, aunque arriesgaste mucho; los muchachos trajeron el oro solo un instante antes de que fuera demasiado tarde. Estamos en paz. Respecto a la honra, no necesitamos más que la que nos ha procurado la espada en la batalla. La espada, y la honda de tu hija. Ella derribó al Bárquida.

Argantio deslizó la mirada al costado de Tilego hasta encontrarse con la de Anglea, montada detrás de Gerión a lomos de un caballo gris que resoplaba nervioso, y le prometió en silencio que más tarde darían rienda suelta a todas las palabras que ahora se les agolpaban en la garganta. Había en las pupilas de su hija el mismo grito de júbilo que él sentía por la derrota de Amílcar y la salvación de la ciudad, y la misma incertidumbre por la suerte de los que habían permanecido dentro de ella durante el largo asedio. Pero había algo más… Una especie de luminoso regocijo secreto que nada tenía que ver con el desenlace de la guerra. Miró a Gerión y en los ojos del joven ólcade encontró bailando el mismo brillo, y supo que la cosecha de esperanzas cumplidas de ese día era aún mayor de lo que había imaginado.

—Yo soy Meronio de Cirmo —intervino este, saludando a Tilego y a Kaamarina—, que los dioses os sean propicios.

—¡Cirmo! —exclamó Tilego enarcando las cejas—. Parece que a los dioses les gusta demostrar que no solo las viejas ciudades de renombre pueden acometer grandes tareas. Este guerrero vuestro, Gerión, se ha batido hoy como el mejor de los veteranos.

—Nunca dudé que lo haría —contestó Meronio, dirigiendo al joven una inclinación de cabeza que este devolvió aliviado, sabiendo que ese gesto cruzado ponía fin a la sombra de ofensa que el primero había arrastrado desde que descubriera la complicidad de Gerión con Argantio a sus espaldas.

—Bueno, ya vale de parabienes y galanterías —interrumpió Buntalos, impaciente por recuperar el protagonismo del momento—. Por si no os habéis dado cuenta, tenemos ahí algunos miles de prisioneros de los que ocuparnos; por Luc que vamos a animar los mercados de esclavos de toda Ispania. Habrá que ponerse de acuerdo para el reparto del botín y tomar precauciones por si a esos que se os han escapado se les ocurre volver. Y parece que los heliketas están impacientes por dar la bienvenida a sus libertadores.

En efecto, los defensores de la ciudad habían comenzado a abandonarla por todos los puntos franqueables de la muralla, como una marea famélica y andrajosa de guerreros y ancianos, mujeres y niños que empleaban sus últimas fuerzas en caminar hacia su rey, cubriendo de expresiones de gratitud a los guerreros ólcades que les abrían paso respetuosamente.

Al frente de todos ellos, llevado casi en volandas por Biurtites, Enneges y Lagandi, el anciano Alorcus se detuvo a una docena de pasos de donde Argantio les esperaba radiante de majestad y de orgullo, aunque la ausencia de Andíbil le sembró de inmediato una sombra en el ánimo.

—Bienvenido a Hélike, rey Orissón —dijo el anciano con una voz quebrada y áspera, apenas audible, que parecía destilarse de las grietas que le surcaban el rostro—, tu ciudad te ha esperado sin desfallecer, como ordenaste, pero el precio ha sido parejo a la encomienda. Hoy es un día de celebración, y también de duelo.

Argantio asintió con gravedad y descendió del caballo; caminó hasta Alorcus y lo abrazó, sintiendo toda la fragilidad del viejo a punto de rompérsele entre los brazos.

—Gracias, Alorcus —dijo con voz suave—, habéis hecho de Hélike una leyenda, y de mí el hombre más orgulloso sobre la tierra. Hoy hasta los dioses se sentirían honrados de ser heliketas. Pero veo que te has dejado el bastón en casa —añadió, suavizando la seriedad de su semblante con una sonrisa colmada de afecto—. Creo que tengo algo que te será útil. ¡Abarien!

El capitán de Hélike desmontó y se acercó, llevando en la mano la pica con el pendón dorado de la ciudad, que había enarbolado durante la batalla como lugarteniente del rey. Argantio la tomó y la puso entre las manos de Alorcus, que se cerraron sobre la madera pulida como dos manojos de sarmientos envueltos en piel traslúcida.

—Tú has sostenido a la ciudad, mi buen Alorcus. Ahora la ciudad te sostendrá a ti.

El anciano alzó una mirada turbia y lechosa y durante un largo instante contempló la oriflama de Hélike, que colgaba laxa en el aire inmóvil como un pequeño sol exhausto pero resplandeciente. Al fin murmuró algo, se llenó el pecho de aire y alzó el estandarte poco a poco, temblando por el esfuerzo.

Fue la señal que todos habían esperado para convertir en grito el júbilo y el escalofrío de aquella hora que retribuía el sacrificio de los muertos y devolvía con honor la libertad a los vivos. Heliketas y celtíberos se fundieron en una ovación que estremeció la quietud de los montes cenicientos, rodando

por sus cumbres tapizadas de esparto hasta caer como una segunda derrota sobre la columna púnica que huía hacia la llanura.

Cuando se extinguió el último eco, Argantio se volvió hacia Lagandi, Enneges y Biurtites, quienes le miraban con sonrisas que trataban infructuosamente de desvanecer las huellas del hambre y la fatiga en sus rostros. Los abrazó uno tras otro, sabiendo que llegaba el momento de hacer recuento de las ausencias.

—¿Y los demás? —interrogó, posponiendo la pregunta que más que cualquier otra le ahogaba el corazón.

—De los capitanes, Ultitécer murió hace media luna en uno de los asaltos a la muralla —contestó Lagandi sin ocultar su turbación—. Andíbil y Elíbil han caído hoy mismo, poco antes del alba, en una salida para destruir la gran catapulta de los cartagineses —el guerrero señaló, con una transparencia sombría en la mirada, hacia el esqueleto de tocones que humeaba en un extremo del campo—. Ellos provocaron el ataque que os permitió caer por sorpresa sobre el ejército del Bárquida cuando toda su atención estaba puesta en el asalto a la ciudad. De los otros, hombres de armas y ancianos y mujeres y muchachos que han entregado su alma a los dioses, la lista es demasiado larga para pronunciarla ahora, pero todos ellos murieron con honor, defendiendo Hélike.

—Quiera Astarté tenerlos en su majestad.

La voz de Anglea sorprendió a Argantio, quien no la había oído acercarse. La miró y vio inundados de lágrimas los mismos ojos que instantes antes resplandecían de júbilo. Sintió que el dolor pugnaba por abrasarle el corazón. ¡Andíbil, también Andíbil! Junto a Lortas, Andíbil era uno de los pocos hombres por los que Anglea, tanto como él mismo, había sentido una admiración incondicional. El recuerdo de Lortas le hizo anticipar agudamente la angustia inminente de Ankonaunin, su viuda, y de sus cuatro pequeños. ¡Y Elíbil, y Ultitécer, también muertos, y quién sabe cuántos otros! ¡Por Melqart, que pérdida para Hélike! Hoy era, como dijera Alorcus, un día de celebración y de duelo, y el alma transitaba desorientada entre el regocijo y el dolor, sin saber dónde aposentarse. Suspiró y reparó en Gerión, quien esperaba respetuosamente unos pasos más atrás, mirándolo con las mandíbulas apretadas en un rictus de tensión. Era evidente la impaciencia del guerrero por hablar con él. Argantio sintió que un afecto bienhumorado le burbujeaba por dentro, ayudándole a desvanecer las sombras que bailaban alrededor. La guerra se llevaba a unos y traía a otros. Para completar el balance, solo le faltaba conocer una cosa más.

—¿Y Argonio, Lagandi? —preguntó por fin—, ¿cómo está mi hijo?

El guerrero enarcó las cejas y se volvió hacia el gentío de ólcades que seguía la escena con la atención de quien contempla con el ánimo en suspenso una de las grandes encrucijadas de su propia vida.

—¡Argonio! —gritó Lagandi—, ¡tu padre te llama!

El niño salió de entre la gente y caminó hacia ellos. Estaba sucio, pálido y flaco, pero unos grandes ojos pardos le iluminaban el rostro. En ellos parecían contenerse al mismo tiempo toda la alegría y la soledad del mundo. Daba la impresión de llorar sin lágrimas, como si ya las hubiera consumido todas. Argantio y Anglea corrieron hacia él y los tres se unieron en un abrazo que arrancó nuevos vítores de la muchedumbre.

La imagen del rey arrodillado en el polvo con sus hijos hizo que cada cual volviera la atención a sus propias urgencias. Buntalos comenzó a ladrar órdenes con voz de trueno y los jefes de los ólcades se apresuraron a reunir a sus hombres para cumplir las tareas que se les asignaban. Abarien saludó a los capitanes de Hélike y echó a andar hacia el gentío en busca de los suyos, con el alma dividida entre la alegría anticipada del encuentro y el peso de la noticia que llevaba para las familias de Lortas y de los guerreros que habían acompañado al rey en su viaje hacia el norte. Muchos heliketas iniciaron el regreso a la ciudad, que con sus murallas desmoronadas y las columnas de humo alzándose de su interior semejaba un inmenso animal herido. Parecían tener prisa por empezar a cerrar las muchas laceraciones que la guerra les había abierto durante el asedio, interminable y oscuro como una pesadilla.

Gerión miró a su alrededor, reacio a alejarse de Anglea y Argantio, pero consciente de que no podía sumarse a ellos, y vio cómo Ariolaco y Eliovices se aproximaban hacia él con aire festivo.

—¡Bueno, bueno, Gerión! —exclamó el primero, dándole una palmada bienhumorada al llegar junto a él—, parece que has dejado impresionado a ese Tilego. Por Cosus que estamos ansiosos de escuchar tus hazañas. Todo esto resulta muy misterioso: te marchas sin previo aviso con Argantio en busca de ayuda de una lejana ciudad edetana y reapareces con los mercenarios celtíberos de Amílcar. Cruzas secretas miradas con Meronio y contemplas a esa muchacha con el arrobamiento de un buey ante un campo de pasto tierno en primavera.

—¡La hija de Argantio, quien de la noche a la mañana resulta ser el famoso rey Orissón, ni más ni menos! —enfatizó Eliovices—. Pues sí que apuntas alto, muchacho… ¿Y bien?

—Y bien, nada —contestó Gerión, divertido—, ya os enteraréis de lo que os tengáis que enterar. Antes contadme cómo le ha ido a la gente de Cirmo en la batalla.

Ariolaco chasqueó la lengua y esbozó una mueca de disgusto.

—Bien, pero tenemos un buen puñado de heridos y tres o cuatro muertos, entre ellos Cormieros de Ersibannos. Lástima, era un buen hombre, valiente y leal a Cirmo. Lo sorprendió un arquero oculto en un corral cuando ya parecía que la batalla había terminado. En cuanto a tus amigos, han defendido el pellejo con honor. Míralos, ahí vienen.

Gerión vio que, en efecto, Saunio y Tirtanios caminaban hacia ellos, con los yelmos aún calados y las *caetras* atadas a la espalda. Los tres amigos se abrazaron en un entrechocar de metales, mirándose a los ojos sonrientes como si trataran de leer en ellos las huellas que la guerra y la cercanía de la muerte dejan en el corazón de los hombres. A Gerión sus compañeros le parecieron más sólidos, más enteros, desprovistos de pronto de las últimas inocencias de la adolescencia, como lobos jóvenes que ya han probado el sabor de la sangre. Le alegró contar con ellos en los nuevos espacios que la vida les abría en aquella hora.

—¡Por Epona que tenéis buen aspecto! —exclamó—, ¡ni un rasguño! ¿Estáis seguros de que habéis tomado parte en el combate?

—¡Y heroicamente, además! —contestó Saunio, hinchando el pecho y alzando cómicamente la barbilla—. En lo sucesivo tendrás que llamarme «el guerrero que derrotó él solito a siete púnicos». Y al bueno de Tirtanios, famoso anteriormente por su coraje ante las ovejas de las granjas carpetanas, ya se le conoce como «el libertador de Belgeda».

—¿Siete púnicos? —se burló Tirtanios—. Dos y gracias, y uno de ellos apenas podía sostener la espada. Pero debo reconocer con humildad que lo de Belgeda es cierto. ¿Y a ti, Gerión, cómo te ha ido? Cualquiera diría que te ha pasado por encima uno de esos elefantes.

Gerión se sintió al instante orgulloso de la máscara de polvo, sudor y sangre que le cubría el rostro, y de las magulladuras y heridas repartidas por su cuerpo. Escuchó la voz de Anglea cuando se disponía a contestar.

—¡Gerión! ¿Es que no piensas venir a conocer a mi hermano? ¡Y tú también, Saunio, y traed a ese amigo vuestro si le place!

—Debes saber, Tirtanios —dijo Saunio, respondiendo a la interrogación trazada en las cejas de su amigo—, que mientras te entretenías con Cambaro en Belgeda la fortuna llevó hasta nosotros a Anglea, hija de Argantio… o sea, Orissón, hondera prodigiosa y sacerdotisa de Astarté. Por los dioses que, por

alguna razón que no acierto a comprender, parece mostrar cierta inclinación por nuestro amigo Gerión.

—Deja de decir tonterías y vamos allá —dijo Gerión, caminando ya hacia la muchacha, que se acercaba con el pequeño Argonio cogido de la mano, seguida de su padre.

—Me alegra verte sano y salvo, Saunio —dijo Anglea cuando se encontraron, haciendo con soltura el saludo celtíbero y desplegando una sonrisa que hizo tragar saliva al joven guerrero ólcade—. Y tú debes de ser Tirtanios… Rogué a Astarté porque volvierais con bien de Belgeda.

Saunio y Tirtanios se miraron el uno al otro y alzaron al mismo tiempo los hombros, como si no hubiera nada más que decir. Anglea suspiró divertida y volvió su atención a Argonio, quien contemplaba a Gerión de hito en hito, con la boca entreabierta y una feliz sorpresa redondeándole los ojos.

El niño señaló a Gerión y esbozó una sonrisa que le hizo desprenderse de su aire tímido y desvalido.

Tras un instante de desconcierto, Gerión comprendió y bajó la mirada a su pecho. Sobre el relieve plateado de la *falera*, tintineando quedamente, el viejo colgante de oro en forma de lingote jugaba con la luz del sol. Movido por un extraño impulso que no quiso detenerse a examinar, devolvió la sonrisa al niño, se puso en cuclillas y lo abrazó.

—Soy Gerión, de Cirmo —dijo—, tu hermana me ha hablado mucho de ti.

Argonio hizo un distraído gesto de asentimiento y alzó la palma de la mano hasta hacer descansar en ella el colgante. Giró la cabeza hacia atrás y buscó la mirada de Argantio, quien seguía con atención expectante la escena a pocos pasos.

—¿Has visto, padre…? —dijo—. ¡Tartessos!

«Tartessos», musitó para si Gerión, recordando que esa misma palabra, en los labios de un jinete malherido por una patrulla cartaginesa, había dado comienzo a aquella historia. Tuvo la sensación de que un vasto círculo se le cerraba en el alma.

CAPÍTULO XXIV

MIMBRO corrió por el patio alargado que bordeaba la casa, tratando de no tropezar con *Cardo*, que saltaba a su alrededor ladrando furiosamente. El alboroto produjo una inmediata agitación en el puñado de ovejas que se agolpaban en el cobertizo del fondo.

El cielo había adquirido ya esa grisura violeta con la que se desvanecen los atardeceres del verano.

El niño alcanzó la puerta de la casa, apartó la cortina y entró. Larima e Irmán, arrodilladas junto al hogar, alzaron la vista del molino de piedra que las había mantenido ocupadas durante toda la tarde.

—¡Vienen! —exclamó Mimbro a duras penas, tratando de recuperar el aliento—, ¡ya vienen!

Los rostros de las dos mujeres se iluminaron al punto.

—¿Vienen? —interrogó Larima, poniéndose en pie de un salto a pesar del entumecimiento que se le había ido cuajando en las piernas—. ¿Gerión?

Mimbro negó con la cabeza.

—No lo sé. Son los nuestros, desde luego; vienen al galope por el camino de Arecorata, pero con esta luz es imposible saber quién falta. Vamos, daos prisa, no tardarán en llegar.

Larima e Irmán salieron detrás de Mimbro, reuniéndose en la calle con un buen número de hombres de edad, mujeres y niños que corrían hacia la puerta de levante, contribuyendo con sus voces a una cacofonía en la que rivalizaban también los ladridos de los perros, los balidos de las ovejas y los vibrantes toques de cuernos con que los escasos guerreros que habían quedado en Cirmo al cuidado del poblado y de los prisioneros daban la bienvenida desde el torreón a los recién llegados. Larima vio a su hermana Ulcatas, la mujer de Tesindro, rodeada de sus críos, y se unió a ella sin decir palabra, reconociendo en sus ojos la misma esperanza medrosa que ella sentía.

Llegaron a la entrada del poblado en el momento en que dos centinelas, rodeados ya por una pequeña multitud expectante, abrían de nuevo la puerta que habían cerrado media hora antes al caer la tarde.

Antes de que nadie pudiera asomarse al exterior, en el vano de la puerta se recortó la imponente figura de Tesindro montado sobre un caballo cuya violenta respiración daba cuenta del esfuerzo a que había sido sometido.

—¡Tesindro, esposo! —gritó Ulcatas, extirpándose de un golpe toda la soledad y la inquietud incubadas en las largas noches de las tres semanas de espera, y avanzó unos pasos mientras los niños corrían hacia su padre—. ¿Vuelves con honor? —interrogó, utilizando la fórmula tradicional con que durante generaciones las mujeres ólcades habían recibido a los guerreros que regresaban de sus campañas.

—¡Ulcatas, amor mío! —respondió Tesindro con una voz pletórica de alegría y de humor—, ¡por las pelotas de Cosus que jamás se me ocurriría volver a ti de otro modo!

Un coro de risas saludó la ocurrencia. Desde el exterior llegó la voz tonante del herrero Alisocos.

—¿Quieres entrar de una vez, Tesindro, o es que pretendes hacer creer a nuestra gente que has ganado la guerra tú solo?

—No te pongas nervioso, Alisocos —repuso Tesindro—. Sabes que me corresponde por rango dar las noticias, y que hasta que no lo haga como corresponde no podéis entrar en la ciudad.

—¡Pues suéltalas ya, tío Tesindro! —gritó Mimbro, incapaz de contener su impaciencia—, ¿qué ha ocurrido?

Tesindro carraspeó y alzó la barbilla con solemnidad antes de empezar a hablar.

—¡Hombres y mujeres de Cirmo! Sabed que hace nueve días el ejército de los ólcades aplastó a los cartagineses y salvó a Hélike de su asedio. Sabed que el invasor Amílcar ha muerto, y que el carnicero Magón pagó en el altar, ante los dioses, la muerte de Brigantio, y la de Seliuntas, y la de tantos otros. Sabed que el íbero Argantio, que gozó de nuestra hospitalidad, ha resultado ser el rey Orisson de los oretanos, y os envía toda su gratitud y un generoso testimonio de ella. Sabed que nadie igualó en el campo de batalla el coraje de los guerreros de Cirmo, y que sus hazañas serán cantadas durante muchos años desde los confines de la Celtiberia hasta el valle del Betis. Sabed que cinco de los nuestros han muerto, pero todos con honor, y que Eliovices y los suyos volvieron de Belgeda con los guerreros de la ciudad para tomar parte en la batalla. Y sabed —añadió, mirando con ojos traviesos en dirección a Larima, Mimbro e Irmán— que mi sobrino Gerión, tras formidables hechos de armas, tomó en matrimonio durante los festejos de la victoria a Anglea, princesa de Hélike y sacerdotisa de Astarté.

Solo entonces, saboreando cada uno de los vítores con que fueron respondidas sus palabras, Tesindro avanzó con su caballo dando paso a los

guerreros, quienes, uno tras otro, comenzaron a pasar bajo el dintel de la puerta y a entrar en el poblado.

Tesindro desmontó y se vio rodeado al punto por sus hijos, que gritaban excitados, disputándose su atención. Repartió imparcialmente risas y abrazos entre ellos, y se abrió camino hacia Ulcatas, que le esperaba con todo el orgullo del que es capaz una mujer impreso en el rostro.

—Bienvenido a casa, esposo —dijo ella, un instante antes de desaparecer en el abrazo del hombretón cubierto de metal, cuero y polvo de los caminos.

Tesindro pareció recordar algo y se giró hacia la madre y los hermanos de Gerión. Los tres permanecían con los ojos abiertos de par en par, paralizados por la sorpresa.

—¡Alegra esa cara, Larima, no se me ocurre una hija mejor que esa muchacha! ¿Y qué me dices de su padre?, ¡un rey de los íberos ni más ni menos! Venid a casa a cenar y os lo contaré todo. Por los dioses que nunca habéis oído una historia igual.

Tesindro arrojó al patio los restos de la pierna de cordero para que los perros se entretuvieran con ella y dio un largo trago de vino aguado. Tenía la barba salpicada de restos de grasa y migas de pan, los carrillos enrojecidos y una expresión de felicidad sin orillas en el rostro. Miró a su alrededor y comprobó satisfecho que en la sala no cabía un alma; además de Larima y los hermanos de Gerión, la mujer y los hijos de Meronio y otros familiares y amigos se habían dejado caer por su casa atraídos por el relato prometido y por la fama del cordero con hierbas que preparaba Ulcatas. Los presentes a duras penas podían contener ya su impaciencia.

—Bueno, Tesindro —dijo Larima con un asomo de severidad en la voz —, ya nos has hecho esperar bastante. ¿Estás seguro de que Gerión está bien? ¿Por qué no ha venido?

Tesindro sacudió la cabeza de un lado a otro y chasqueó la lengua en un gesto de admiración.

—Claro que está bien, Larima, no imaginas cuánto. La verdad es que puedes sentirte orgullosa de él; se batió como digno hijo de su padre y digno sobrino de su tío. Acaso te parezcan palabras demasiado audaces, pero créeme que Gerión ha engrandecido el nombre de Cirmo y el de su clan. Primero consiguió, junto a Anglea y otro joven heliketa, llevar al lusón Tilego el oro prometido para que volviera a su gente contra los cartagineses. Dicen que fue cosa de maravilla ver aparecer a los tres jóvenes cargados de lingotes cuando ya los celtíberos del Bárquida se disponían a lanzar el último asalto contra la

muralla. Después participó en primera línea en el ataque que causó la muerte a Amílcar. Por cierto que no creeréis quién fue el poderoso guerrero que logró la hazaña de derribarlo…

Tesindro hizo una pausa que ocupó de inmediato un denso rumor.

—¿Gerión? —aventuró Mimbro.

—No, sobrino. Tu hermano estuvo bien, pero no tanto. Fue Anglea, esa mujer asombrosa de la que te has convertido en cuñado. Una piedra de su honda hizo lo que no consiguieron espadas ni venablos; lo derribó de su caballo blanco a la vista de todos, cuando el púnico dirigía en la batalla a lo mejor de su ejército. Y con el Bárquida muerto el joven Aníbal no fue capaz de resistir la presión simultánea de los mercenarios de Tilego y de nuestro propio ejército, apareciendo sobre las colinas con los primeros rayos del sol —Tesindro dirigió la mirada al exterior, como si la historia que relataba estuviera escrita en el cielo cuajado de estrellas. Supo que en ese instante en otros muchos hogares de Cirmo otras voces daban su propia forma a los acontecimientos de los últimos días—. Nuestro ejército… Fue hermoso, deberíais haberlo visto. Fue un instante que valió una vida entera, que cambió algo en el alma de todos los que lo vivimos.

»Aparecimos sobre aquellas colinas cuando nadie lo esperaba, cuando la ciudad sentía que no podría seguir plantando cara al vendaval de la ira de Cartago. Aparecimos como hijos del alba: los cuernos y los tambores y miles de pies haciendo vibrar el suelo, los estandartes brillando al sol como hogueras suspendidas en el aire. Caímos sobre los púnicos como cae sobre los hombres la cólera de los dioses. Los destrozamos antes de que supieran qué estaba pasando.

—¿Quién es Aníbal? —interrumpió Kerindras, el más pequeño de los hijos de Tesindro, que miraba a su padre temblando de emoción.

—El hijo de Amílcar. Un gran guerrero, a pesar de ser aún muy joven. Consiguió salvar del desastre a una parte de su ejército, dirigiéndolo desde la grupa de uno de esos animales monstruosos, los elefantes. No podéis haceros una idea de cómo son, cada uno de ellos podría derribar el torreón de poniente con una embestida.

El niño, al igual que sus hermanos y el propio Mimbro, quedó en suspenso, con la boca abierta y los ojos redondos de pavor, como si en vez de a su padre tuviera enfrente una de aquellas colosales criaturas.

—Tesindro…, no fantasees —le reconvino Ulcatas con suavidad.

—¡Que me lleven los dioses ahora mismo si no es cierto! —protestó Tesindro, con la indignación de los cuentistas que son puestos en duda

precisamente cuando dicen la verdad—. Esos bichos son grandes como oteros, tienen cuernos en la boca y una especia de pierna en lugar de nariz; preguntádselo a cualquiera. Pero aquel día, nada, ni siquiera aquellas bestias del infierno, podía detener a los ólcades. Aquel día ellos luchaban con elefantes, pero nosotros luchábamos con los dioses. Acabamos con ellos, y Gerión, Larima, salió de la batalla sin más que algunas magulladuras y rasguños que apenas le servirán para enseñar las cicatrices cuando regrese.

—¿Y Meronio, Tesindro? —preguntó Turencia—, ¿cómo está mi esposo? ¿Por qué tampoco él ha vuelto con vosotros?

—Él y Argantio, u Orissón, que ya no sé ni cómo llamarlo, con Gerión y un grupo de guerreros marcharon en busca de algo que habían dejado atrás. Pusieron mucho empeño en mantener el tema en secreto, pero en las tabernas de Hélike se decía que no todo el oro que había servido para pagar a los mercenarios de Tilego provenía de la ciudad. Que me fulmine Luc ahora mismo si no he oído que la propia Astarté mostró a Anglea el lugar donde se escondía un fabuloso tesoro de tiempos remotos. Me ofrecí a acompañarlos, claro, pero Meronio insistió en que alguien juicioso y de autoridad debía hacerse cargo cuanto antes del poblado. Me aseguró que estaría de regreso con Gerión antes del equinoccio. Así que aún te queda tiempo para engalanar la casa para recibir a los recién casados, Larima.

—La verdad es que no sé por qué han tenido que darse tanta prisa —se lamentó Irmán—, me habría encantado poder asistir a la ceremonia y conocer Hélike. Se dice que es una ciudad fabulosa, ¿no?

—Ya lo creo, Irmán, Cirmo entero cabría con holgura en la plaza principal, aunque si quieres verla en todo su esplendor deberás esperar unas lunas: los incendios y los proyectiles lanzados por los cartagineses han hecho estragos por todas partes. Algo me dice que Anglea no es mujer para quedarse mucho tiempo seguido en este poblacho, de modo que ocasiones no te faltarán. Lo que ya no tiene remedio es lo de la boda, y por Cosus que fue digna de verse, pero después de las ceremonias funerarias Argantio insistió en celebrarla de inmediato. Los ritos por los muertos nos dejaron a todos exhaustos y abatidos: las hogueras se contaron por docenas y las urnas por centenares. Hélike logró una gran victoria, pero no hay familia que no haya entregado a los dioses a alguno de los suyos para conseguirla. Creo que Argantio pretendía devolver la alegría a la ciudad con una buena fiesta, y vaya si lo fue.

Tesindro hizo una pausa y bebió generosamente de la jarra, ignorando la mirada reprobadora de Ulcatas.

—La boda de mi hijo con una princesa de los íberos —murmuró Larima con asombro, como si tuviera que repetirse las palabras una y otra vez para terminar de creer en ellas. Movió la cabeza alternativamente de arriba abajo y de un lado a otro, tratando de encontrarle rumbo al corazón—. ¿Qué es todo esto? ¿Un sueño, o una fantasía?

—Es, simplemente, la voluntad de los dioses, Larima —respondió con suavidad y ternura Tesindro—. Ellos saben que el mundo no puede ser siempre igual a sí mismo, que los hombres somos gente inquieta que necesita mirar hacia adelante, hacia lo desconocido; y que si no existiera el azar y la sorpresa, la vida no merecería la pena ser vivida. Somos como las salamandras, hechas para vivir en el fuego. Eso a veces produce muerte y dolor, pero otras, como esta, el regalo inesperado del amor. Tú sabes bien de qué hablo.

Larima sonrió con gratitud.

—Tienes razón, Tesindro. Dime, ¿cómo fue la ceremonia?

—Como pariente más próximo del novio —explicó Tesindro, adoptando un gesto teatral—, me correspondió ir a entregar el regalo nupcial, una gran vasija primorosamente decorada, a la casa de la novia. Palacio, más bien, diría yo, con dos pisos y suelos pavimentados de guijarros de colores, y media docena de habitaciones cada una con su propio hogar. Allí me esperaba Argantio con Anglea, y tengo que admitir que la muchacha me dejó impresionado, con una gran flor en las manos, el cuello completamente cubierto de collares y un tocado altísimo desde el que un velo casi transparente le caía por la espalda hasta el suelo.

»De allí salimos a recorrer las calles de la ciudad seguidos por un cortejo nupcial de bailarines con cinturones de cascabeles y músicos que tocaban una especie de flautas dobles con un ritmo que le alegraba a uno el corazón. Mejor habría sido una jarra de buen vino, claro, pero el asedio ha dejado a esos pobres sin otra cosa para echarse a la garganta que el agua de los pozos. Al pasar frente a las casas, la gente salía y se unía a la comitiva, lanzando flores a la novia y a quienes caminábamos junto a ella. Teníais que haberme visto entonces, aclamado por todos aquellos oretanos, con mi coronita de flores en la cabeza como un príncipe.

»Gerión nos esperaba en el edificio donde se reúne el Consejo de Hélike, en el otro extremo de la plaza de donde habíamos salido, y para cuando regresamos allí llevábamos detrás una multitud que se repartió por la plaza cogiéndose de las manos, formando círculos como las ondas que levanta una

piedra al caer en el estanque. En el centro quedamos nosotros: Argantio y la novia, los principales de Hélike y yo mismo, frente a un altarcito de piedra.

»Un momento después los círculos se abrieron para dejar paso a la comitiva de nuestra gente que salía del edificio. Allí estaba Gerión, y por Cosus que su aspecto levantó un murmullo de admiración del gentío, Larima. Llevaba el aparejo completo de guerrero, con el metal tan bruñido que habría podido mirarme en él para despiojarme la barba. Tenía a Meronio a un lado y a Buntalos de Arecorata al otro, y lo seguían sus amigos Saunio y Tirtanios, y los capitanes de los ólcades con los estandartes de sus ciudades. A punto estuvieron de saltárseme las lágrimas de orgullo ante aquel montón de hombres magníficos. Nuestro ejército, que había ido ocupando las calles que confluían en la plaza, prorrumpió en una ovación que hizo temblar a las viejas piedras de Hélike. Fue hermoso, ya lo creo que lo fue.

Tesindro guardó silencio durante un instante para disfrutar del murmullo de admiración que recorrió la sala atestada. Irmán lloraba a lágrima viva y Larima tenía en el rostro una expresión indescifrable.

—Poco después todos ellos estaban frente a nosotros, al otro lado del altar. Argantio alzó una mano y la música comenzó a sonar, dando la señal a los heliketas para cerrar de nuevo los círculos y comenzar a bailar, girando cada corro en sentido contrario al de los contiguos, mientras un grupo de mujeres cubiertas con túnicas quemaba perfumes en una especie de jarras metálicas. La ceremonia iba llegando a su fin. Alguien le dio a Argantio una gallina viva y él la colocó sobre el altar, e hizo un gesto a los novios para que se acercaran. Unió las manos de los muchachos sobre el animal, pronunció una larga oración en su lengua y entregó después a Gerión un cuchillito de plata. Gerión cortó la cabeza al animal, se empapó de sangre los dedos y señaló con ella la frente de Anglea, haciendo lo mismo ella con él a continuación. Argantio alzó los brazos al cielo y gritó algo que fue respondido por la multitud.

»Y eso fue todo. Tu hijo ya estaba casado, Larima. Y, de algún modo, todos sentimos que también nuestros pueblos habían contraído un nuevo vínculo. Que ólcades y oretanos adquiríamos en aquella plaza el compromiso de asistirnos mutuamente, de ser garante cada uno de la libertad y la felicidad del otro. Eso fue todo…

Todos callaron en la sala, esperando la reacción de Larima.

La mujer tomó airé, suspiró y esbozó una sonrisa.

—¿Te pareció que mi hijo era tan feliz como yo creo que lo era, Tesindro?

Tesindro resplandeció de afecto.

—Ya lo creo. Su rostro me recordó al de mi Ulcatas cuando algún dios bondadoso la indujo a casarse conmigo.

Larima sintió de pronto que el alma se le llenaba de voces y necesitó estar sola. Se levantó haciendo un gesto a Irmán y a su hermana Ulcatas para que no la acompañaran, revolvió con la mano el pelo de Mimbro al pasar a su lado y salió al exterior, atravesando el pequeño vestíbulo denso de penumbra y de olor a cereal, áspero y seco.

Fuera la recibió la noche de verano, perfumada e inmóvil. El aire estaba lleno de grillos y solo la luz de las estrellas matizaba la oscuridad, bañando la piedra de un levísimo resplandor plateado, como el recuerdo de una incandescencia ya pasada. Escuchó resoplar a *Tinto*, como si también el viejo caballo quisiera hacerle sentir su compañía. Pensó que era engañosa aquella calma, porque el tiempo no dejaba de transcurrir en ella tan tumultuosamente como lo había hecho durante las últimas semanas. Trató de imaginar a Gerión compartiendo un hogar con aquella muchacha risueña y audaz que había pasado por Cirmo como el aguacero imprevisto que suaviza la dureza de agosto. ¿Vendrían a verla, como había asegurado Tesindro? ¿Los acompañaría Argantio, con sus ojos tristes y sus hermosas palabras? Sintió un escalofrío y buscó a su alrededor la presencia aleteante de los muertos. «¿Estás ahí, Gerión, esposo mío? ¿Has venido a compartir conmigo esta noche de nuevas?».

Intentó desentrañar la madeja de emociones que se le anudaba en la garganta, y no pudo.

CAPÍTULO XXV

AVANZÓ con la antorcha en la mano. Muchas otras teas ardían a su alrededor, tratando infructuosamente de atenuar la vastedad de la noche. En su rostro, rígido como la máscara de un actor griego, solo las llamas que bailaban diminutas en el fondo de las pupilas parecían estar vivas.

A su espalda alguien comenzó a golpear rítmicamente la espada contra el escudo, en señal de homenaje, y al punto miles de hombres lo acompañaron, levantando ecos de batalla que corrieron hacia la llanura por las laderas del otero.

Llegó hasta el pie de la inmensa plataforma de troncos secos. Olía a resina y a piñas reventadas por el estío. En lo alto apenas alcanzó a ver el cuerpo envuelto en el manto escarlata, como un sudario de sangre. En un remolino de imágenes pasó ante sus ojos la agonía del buey sacrificado en sus sueños noche tras noche. Pero esta vez la víctima era quien hasta entonces había empuñado el cuchillo. Amílcar Barca, general de Cartago, príncipe de Ispania, el hombre más grande que su patria jamás había conocido.

—Yo te vengaré, padre —musitó haciendo rechinar los dientes. Una lágrima rodó por su mejilla y cayó despacio a la tierra polvorienta—. Buscaré a Asdrúbal y a Naravas y haremos que todos tus enemigos lloren de terror ante la ira de Cartago. Lo juro por Baal Hammón, el que nunca se sacia.

Introdujo la antorcha entre los troncos y se apartó unos pasos.

Poco a poco, entre suspiros y estallidos, las llamas hicieron presa en la madera y corrieron por ella con sus lenguas azules. Del fuego nació un rugido que pareció acompasarse a la oración gritada a la noche por miles de gargantas.

Solo entonces, después de días de dolor contenido, de mantener la entereza ante el ejército derrotado, Aníbal sintió que algo se le astillaba dentro.

Cayó de rodillas e inhaló el aliento ardiente de la pira. Lloraba como nunca lo había hecho en su vida. Alzó los brazos hacia la columna de pavesas que se elevaba en la noche disolviendo las estrellas. Abrió la boca y fue como si a través de siglos de guerra y de coraje, de muerte y de destino, viniera a romperle la garganta un grito desesperado.

El grito del hijo de Peleo, ante los muros de la lejana Troya.

—¡Escucha, oh diosa, la cólera de Aquiles!

FIN

Madrid, noviembre de 2006

NOTA DEL AUTOR

Cuando comencé a escribir esta novela, imaginaba la España de los pueblos prerromanos como una *terra incognita*, desconocida y fabulosa como la Aquilonia de Conan el Bárbaro, sin más noticia histórica que alguna que otra referencia desperdigada en la obra de los historiadores griegos y romanos y enigmáticos hallazgos arqueológicos como la Dama de Elche, los tesoros tartésicos y las ruinas celtibéricas de Numancia y Termancia. Pero pronto vinieron los libros a sacarme de mi error y mostrarme un mundo mucho más apasionante y mejor conocido de lo que imaginaba, un mundo de vastas riquezas agropecuarias y minerales disputadas por íberos, celtas y celtíberos, por fenicios, griegos y cartagineses en una interacción al mismo tiempo sangrienta y fecunda a la que pronto vendrían a sumarse los romanos para librar en nuestro suelo una de las primeras guerras totales de Occidente.

Pero descubrí también que aún subsisten en aquella proto-España suficientes incógnitas y zonas de sombra como para dar rienda suelta a la imaginación y la fantasía, y ello me inspiró el mismo deseo de visitarla que los espacios en blanco de los mapas victorianos despertaron en el Marlowe de *El corazón de las tinieblas*.

El punto de partida fue un pasaje de Diodoro Sículo que da cuenta del trágico desenlace del sitio de una ciudad íbera llamada Hélike por parte del ejército de Amílcar Barca, cuando un tal rey Orissón llega en auxilio de los sitiados al frente de un ejército y da muerte al general de Cartago. ¿Quién fue Orissón, cuáles los pueblos que pusieron fin a la vida de un hombre entregado a la tarea de cambiar la faz del mundo? Esta novela pretende inventar un relato de aquellos acontecimientos, libérrimo en los detalles y los personajes

menores, pero generalmente fiel a lo que sabemos de aquel tiempo y de las grandes fuerzas históricas que le sirvieron de engranaje y contexto.

Hay, por supuesto, numerosas licencias, como el empleo del término «Celtiberia» en un momento en que aún no había sido acuñado, y abundantes aportaciones de mi imaginación, como los requisitos exigidos a los jóvenes de Cirmo para acceder a la condición de guerreros (aunque las ceremonias asociadas al agua y al fuego sí se consideran probables en los ritos iniciáticos de los pueblos célticos) o las circunstancias concretas de la derrota y muerte de Amílcar, sobre la que los historiadores han registrado diversas versiones. Pero, en términos generales, la forma de vida y las creencias que atribuyo a los pueblos que habitaban la península ibérica a principios del siglo III a. de C. se corresponden con lo que de ellos nos cuentan los historiadores. No tengo reparos en reconocer que ante las discrepancias entre ellos he elegido guiado por mi inclinación personal y por el valor dramático o pintoresco de los respectivos relatos. A esos efectos las obras de Plinio y Pomponio Mela son especialmente atractivas como fuente de información casi directa, a menudo más propia de reporteros que de historiadores. De Plinio, en la edición de García y Bellido, procede buena parte del anecdotario, como las propiedades del cerebro del oso y de la hierba llamada *vettonica*.

También debo reconocer mi deuda con no pocos historiadores contemporáneos y, por supuesto, declararme único responsable de las deformaciones a que haya podido someter a la ciencia obtenida de sus libros. Francisco Burillo ha sido mi referencia principal sobre los pueblos celtíberos, y José María Blázquez, sobre la presencia de fenicios, griegos y cartagineses en el sur y el levante peninsulares. La información historiográfica y arqueológica que ambos proporcionan en sus obras es inconmensurable. Manuel Bendala, Pedro Damián Cano y Carmen Aranegui y sus colaboradores han aportado mucha de la vitalidad del retrato de los pueblos íberos y celtas, y de Pedro Barceló he obtenido la materia prima para construir la presencia cartaginesa en la novela. No puedo dejar de hacer una mención especial a Francisco Gracia Alonso: su libro *La guerra en la Protohistoria* es responsable de casi todos los aciertos que *El heredero de Tartessos* pueda tener en materia militar, y de ninguno de sus errores. Por último, como aquellos lectores familiarizados con nuestros sufridos museos arqueológicos habrán advertido, muchos de los objetos y elementos monumentales aquí descritos se exhiben en las salas del Museo Arqueológico Nacional, del Museo de Arte Ibérico de Jaén y del Museo de Cástulo en Linares.

Terminaré dando cuenta de algunas de las elecciones que he hecho en materias inciertas o controvertidas. En primer lugar, he dado plena carta de naturaleza a los ólcades como pueblo celtíbero, ubicándolos en la serranía conquense. En su obra *Los celtíberos. Etnias y estados*, Burillo explica con claridad las incertidumbres de esta interpretación. En cuanto a las ciudades ólcades, Ercavica no es unánimemente aceptada como tal, siendo atribuida por diversos autores al ámbito arévaco. Fue Knapp (citado por Burillo) quien propuso ubicar Belgeda en territorio conquense como antecesora de la romana Valeria, cuyas ruinas en un soberbio promontorio sobre el río Gritos siguen mereciendo una visita. Sin embargo, es responsabilidad mía identificar la Cartala (nombre a todas luces cartaginés) de los historiadores grecolatinos, situada en los alrededores de la actual Villalba de la Sierra (Cuenca), con Arecorata, una importante ciudad celtibérica de ubicación desconocida que Burillo propone situar en la Rioja baja. Si esta novela tiene continuidad, es posible que se aborde esa aparente contradicción. Cirmo y Ersibannos son producto de mi imaginación, y su ubicación se corresponde con la de los actuales pueblos conquenses de Barbalimpia y Hortizuela.

Existe también una intensa controversia sobre la ubicación de Hélike y Akra Leuke, relacionadas por numerosos investigadores con Elche y Alicante. Sin embargo, me ha parecido más verosímil la propuesta defendida por otros, como Pedro Barceló, que sitúan Hélike en el municipio albaceteño de Elche de la Sierra, y Akra Leuke, en las proximidades de Cástulo (Linares).

En cuanto a los personajes, además de los miembros de la familia Bárquida, de Orissón y del legendario rey tartesio Argantonio, es histórico el preceptor de Aníbal, Sósilo de Esparta. Bitón fue un célebre *poliorceta*, o constructor de murallas, del siglo III a. de C., autor de la obra *La construcción de las máquinas de guerra y las catapultas*, pero nada respalda su presencia en Ispania con el ejército de Amílcar. Todos los demás personajes son ficticios, y aunque muchos de sus nombres han sido obtenidos de registros arqueológicos o historiográficos, cuando estos empezaron a escasear eché mano de mi imaginación para fabricarlos.

Por cierto, ¿por qué llamar Ispania a la península ibérica de aquel tiempo? ¿Por qué no utilizar el griego Iberia o el romano Hispania? Me he inclinado por utilizar una simplificación eufónica del nombre que buen número de historiadores atribuyen a fenicios y cartagineses: *Isephanim*, o costa de conejos. Iberia habría parecido circunscribir el término a los pueblos íberos, e Hispania remitir a una época posterior. Quien desee considerar otras

posibilidades encontrará numerosas opciones en la bibliografía, algunas realmente imaginativas.

GLOSARIO

Betilo. Piedra erguida que representa la divinidad.
Boetarco. Responsable de intendencia de los ejércitos cartagineses.
Caetra. Escudo circular.
Chiliarchia. Unidad de la falange macedónica formada por mil veinticuatro hombres.
Combalcores. Oficiante de los sacrificios en los rituales de los pueblos celtíberos.
Cornu. Cuerno para transmisión de señales.
Engobe. Material arcilloso utilizado para recubrir las piezas cerámicas con fines decorativos.
Falárica. Jabalina incendiaria.
Falcata. Espada curva de hierro utilizada por los guerreros íberos.
Falera. Disco pectoral.
Garum. Condimento elaborado con pescado y sal muy apreciado en el Mediterráneo occidental en la antigüedad.
Karnyx. Instrumento musical similar a una tuba.
Kelia (o caelia). Cerveza elaborada por los pueblos celtíberos.
Mahout. Término originario de la India utilizado para designar a los conductores de elefantes.
Merarchia. Unidad de la falange macedónica formada por dos mil cuarenta y ocho hombres.
Merarka. Oficial al mando de una *merarchia*.
Petrobolon. Catapulta de grandes dimensiones diseñada por Caronte de Magnesia.

Shekel. Moneda hispano-cartaginesa.

Strategós. General al mando de una falange macedónica, formada por dieciséis mil trescientos ochenta y cuatro hombres.

Syntagma. Unidad básica de la falange macedónica, formada por doscientos cincuenta y seis hombres.

Talento. Unidad de peso de amplio uso en el área mediterránea. El talento ático, el más extendido, tenía un peso de 26,18 kilogramos.

Timiaterio. Quemaperfumes.

Umbo. Semiesfera metálica o de madera con la que se reforzaba el centro del escudo.

Vettonica. Término utilizado por Plinio para la hierba medicinal conocida como *Stachys officinalis*. Plinio atribuye el descubrimiento de esta planta al pueblo de los vetones, lo que hoy se considera una etimología incorrecta.

Viria. Nombre atribuido por Plinio a los brazaletes de oro utilizados en la Celtiberia.

BIBLIOGRAFÍA

Felizmente, la bibliografía sobre la España prerromana no ha dejado de sumar títulos en los últimos años, y en la actualidad disfruta de una gran vitalidad. A continuación relaciono, sin ningún ánimo de exhaustividad, aquellos títulos que más me han inspirado durante la escritura de la novela. Buena parte de ellos pueden encontrarse en la tienda-librería del Museo Arqueológico Nacional de Madrid.

ARANEGUI, Carmen, Consuelo MATA y José PÉREZ BALLESTER: *Damas y caballeros en la ciudad ibérica*, Madrid: Cátedra, 1997.

BARCELÓ, Pedro: *Aníbal de Cartago*, Madrid: Alianza, 2001.

BENDALA, Manuel: *Tartesios, iberos y celtas*, Madrid: Temas de hoy, 2000.

BLÁZQUEZ, José María: *Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente*, Madrid: Cátedra, 1992.

BURILLO MOZOTA, Francisco: *Los celtíberos. Etnias y estados*, Barcelona: Crítica, 1998.

CANO BORREGO, Pedro Damián: *Los celtas. La Europa del hierro y la Península Ibérica*, Madrid: Sílex, 2002.

GARCÍA Y BELLIDO, Antonio: *La España del siglo primero de nuestra era (según P. Mela y C. Plinio)*, Madrid: Espasa-Calpe, 1947.

GRACIA ALONSO, Francisco: *La guerra en la Protohistoria. Héroes, nobles, mercenarios y campesinos*, Barcelona: Ariel, 2003.

La edición citada de la *Ilíada* es la de Montserrat Casamada (Barcelona: Iberia, 1955).

ARTURO GONZALO AIZPIRI (Madrid, 1963) ha desarrollado su carrera profesional en el ámbito de la energía y el medio ambiente, en responsabilidades tanto públicas como privadas. Actualmente trabaja en Repsol, realizando frecuentes viajes que le permiten el ejercicio de la literatura a diez mil metros de altitud.

Ha publicado las novelas históricas *El heredero de Tartessos* (Imágica 2009, Evohé 2013), *El cáliz de Melqart* (Evohé 2014, Premio Hislibris a la Mejor Novela Histórica Española 2014) y *La cólera de Aníbal* (Evohé 2018), por la que obtuvo el Premio Hislibris al Mejor Autor Español de Novela Histórica 2019.

Ha traducido los libros de viajes *Mis andanzas por Europa* de Charlie Chaplin (Evohé, El Periscopio, 2010) e *Historia de un viaje de seis semanas* de Mary Shelley (Evohé, El Periscopio, 2014). En 2012 publicó un poemario en la colección Hazversidades Poéticas dirigida por Jaime Alejandre. Es miembro del equipo editor de las colecciones *El Periscopio* e *Intravagantes*, de Ediciones Evohé.

Notas

[1] Júcar. <<

[2] Guadalquivir. <<

[3] Linares (Jaén). <<

[4] Cádiz. <<

[5] Carmona (Sevilla). <<

[6] Cazorla. <<

[7] Porcuna (Jaen). <<

[8] Liria (Valencia). <<

[9] Villaricos (Almería). <<

[10] Adra (Almería). <<

[11] Ibiza. <<

[12] Un paso equivale aproximadamente a un metro. <<

[13] Segura. <<

[14] Ebro. <<